Universidad de Huelva

Departamento de Psicología Clínica, Experimental y Social

La adolescencia en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial

Memoria para optar al grado de doctora
presentada por:

Bárbara Lorence Lara

Fecha de lectura: 10 de julio de 2013

Bajo la dirección de los doctores:

Susana Menéndez Álvarez-Dardet

María Victoria Hidalgo García

Manuel Sánchez García

Huelva, 2013

UNIVERSIDAD DE HUELVA

PROGRAMA OFICIAL DE DOCTORADO EN CIENCIAS DE LA SALUD

Organizado por el Departamento de Psicología Clínica, Experimental y de la Salud

La adolescencia en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial

TESIS DOCTORAL

Bárbara Lorence Lara

Huelva, 2013

La adolescencia en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial

Tesis Doctoral presentada por

Dña. Bárbara Lorence Lara

para la obtención del Grado de Doctor con Mención Internacional

AUTORIZACIÓN DE LA PRESENTACIÓN DE LA TESIS DOCTORAL

Comisión Académica del Programa de Doctorado

Programa Oficial de Doctorado en Ciencias de la Salud

Dpto. de Psicología Clínica, Experimental y Social

Universidad de Huelva

Directoras de la Tesis Doctoral

Dra. Susana Menéndez Álvarez-Dardet

Prof.ª Titular del Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación

Universidad de Huelva

Dra. Mª. Victoria Hidalgo García

Prof.ª Titular del Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación

Universidad de Sevilla

Tutor de la Tesis Doctoral

Dr. Manuel Sánchez García

Prof. Titular del Dpto. de Psicología Clínica, Experimental y Social

Universidad de Huelva

Huelva, 2013

Agradecimientos

Me gustaría que estas líneas sirvieran para expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que de alguna manera me han ayudado en la realización de esta Tesis Doctoral, en especial a mis directoras, Susana Menéndez y Mª Victoria Hidalgo, por su dedicación, asesoramiento, motivación y supervisión contínua, pero sobre todo por demostrarme día a día la confianza en mí depositada. Gracias a las dos, ha sido un "gustazo" teneros siempre ahí, como directoras y compañeras. También a Manuel Sánchez, mi tutor, por sus atentas y rápidas respuestas a las diferentes inquietudes metodológicas surgidas durante el desarrollo de este trabajo.

Esta Tesis no hubiera sido posible sin la participación de los chicos y las chicas protagonistas de este estudio, a ellos y a sus familias muchas gracias por vuestra colaboración; así como a los profesionales de los Servicios Sociales Comunitarios y de los Centros Educativos que han demostrado una predisposición permanente a lo largo de toda la investigación.

Un reconocimiento especial se merece los dos Departamentos de Psicología Evolutiva y de la Educación, de las universidades de Huelva y Sevilla, en los que he crecido tanto profesionalmente como personalmente. Gracias a todos los compañeros y compañeras que me han seguido de cerca, muy especialmente a Lucía Jiménez, Javier Pérez, Jose Sánchez, Ángela Arenas, Lucía Antolín y Rocío Lago por el cariño, la ayuda, las charlas, las risas, y "cubrirme las espaldas" cuando la situación lo ha requerido. También agradecer a Violeta Luque el apoyo brindado, no solo por darme cobijo onubense cuando lo he necesitado sino por acompañarme fielmente en mi carrera universitaria desde el principio.

Un agradecimiento muy sincero a mis amigos y amigas ajenos al mundo universitario que sin entender muchas veces el porqué de tantos días de encierro han estado pendientes de mí y no han permitido que me aleje en exceso del mundo real.

Por último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a mi familia por la paciencia tenida y el ánimo recibido en todo momento. Dar las gracias a mi madre y a mi padre por la labor socializadora de todos estos años, por respetar mis decisiones, por seguir cuidándome día a día, y por estar siempre ahí. Y termino agradeciendo a mis dos "Esteban" su amor incondicional, sin vosotros hubiera sido imposible realizar este trabajo con ganas e ilusión.

A tod@s, muchas gracias.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRESENTACIÓN **13**

INTRODUCCIÓN **17**

I. MARCO TEÓRICO **21**

CAPÍTULO 1. UNA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LAS FAMILIAS EN SITUACIÓN DE RIESGO PSICOSOCIAL QUE RECIBEN INTERVENCIONES POR RAZONES DE PRESERVACIÓN FAMILIAR. **23**

1. Las familias en situación de riesgo psicosocial analizadas desde los modelos de riesgo y protección. 24
   1.1. Elementos implicados en las situaciones de riesgo de los contextos familiares. 25
      1.1.1. Factores de riesgo y protección. 26
      1.1.2. Factores de vulnerabilidad y resiliencia. 28
      1.1.3. Adversidad y protección en las familias en situación de riesgo psicosocial. 31
   1.2. Mecanismos implicados en los modelos de riesgo y protección. 35
      1.2.1. Aproximaciones tradicionales. 35
      1.2.2. Aproximaciones contemporáneas. 36
2. Las familias usuarias de los Servicios Sociales por razones de preservación familiar. 42
   2.1. Organización y funcionamiento de los Servicios Sociales en Andalucía. 42
   2.2. La preservación y el fortalecimiento familiar como marco de actuación actual de los Servicios Sociales. 46
   2.3. Caracterización de las familias usuarias de los Servicios Sociales. 53
3. Las familias usuarias de los Servicios Sociales entendidas como contextos en situación de riesgo psicosocial. 57

CAPÍTULO 2. ESTRÉS PSICOSOCIAL Y PROBLEMAS DE AJUSTE DURANTE LA ADOLESCENCIA. **59**

1. La adolescencia de los hijos e hijas como etapa de transición personal y familiar. 59
2. Estrés psicosocial. 64
   2.1. El estrés psicosocial durante la adolescencia. 66
   2.2. El estrés psicosocial en adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial. 67
3. Problemas de ajuste psicológico. 69
   3.1. Presencia de los problemas de ajuste durante la adolescencia. 71
   3.2. Los problemas de ajuste durante la adolescencia en familias en situación de riesgo psicosocial. 74
4. El estrés psicosocial y los problemas de ajuste durante la adolescencia. 83

CAPÍTULO 3. EL FUNCIONAMIENTO FAMILIAR DURANTE LA ADOLESCENCIA. **89**

1. La socialización parental en la adolescencia. 90
   1.1. Presupuestos teóricos. 92
      1.1.1. Antecedentes. 92
      1.1.2. Perspectivas contemporáneas. 94

1.1.2.1. Enfoque dimensional. 94
1.1.2.2. Enfoque tipológico. 97
1.1.2.3. Enfoque integrador 102
1.1.3. Debates abiertos en torno a la evaluación. 104
1.2. Modelo de socialización parental propuesto por Musitu y García. 106
1.3. Prácticas de crianza y educación parental en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial. 110
1.3.1. Elementos adversos asociados a las prácticas educativas de riesgo. 111
1.3.2. La socialización parental en familias en situación de riesgo psicosocial. 119
1.3.2.1. Principales características de la socialización parental. 120
1.3.2.2. Procesos explicativos y dimensiones personales implicadas. 122
1.4. La socialización parental y los problemas de ajuste durante la adolescencia. 127
1.4.1. Análisis dimensional. 128
1.4.1.1. Aceptación/implicación 128
1.4.1.2. Coerción/imposición 133
1.4.2. Análisis tipológico. 138
1.4.3. Análisis integrador. 142
2. El clima familiar durante la adolescencia de los hijos e hijas. 143
2.1. Conceptualizando la cohesión familiar. 144
2.2. La cohesión familiar en contextos en situación de riesgo psicosocial. 147
2.3. La cohesión familiar y los problemas de ajuste durante la adolescencia. 149
CAPÍTULO 4. OBJETIVOS DE LA TESIS DOCTORAL. **153**
II. METODOLOGÍA. 157
CAPÍTULO 5. DESCRIPCIÓN DEL ESTUDIO EMPÍRICO**. 159**
1. Descripción de la muestra 159
1.1. Adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial. 159
1.2. Adolescentes del grupo de comparación. 162
2. Instrumentos y técnicas 163
3. Procedimiento 169
3.1. Adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial. 169
3.2. Adolescentes del grupo de comparación. 171
3.3. Síntesis del procedimiento de la investigación. 172
CAPÍTULO 6. PLAN DE ANÁLISIS **175**
1. Diseño metodológico. 175
2. Análisis exploratorio de los datos. 176
2.1. Tratamiento de valores perdidos. 176
2.2. Examen de la distribución de las variables de estudio. 177

2.3. Tratamiento de casos extremos. 177
2.4. Comprobación de supuestos fundamentales. 179
3. Análisis confirmatorio de los datos. 180
III. RESULTADOS. 191
CAPÍTULO 7. LAS FAMILIAS USUARIAS DE LOS SS.SS.CC. POR RAZONES DE PRESERVACIÓN FAMILIAR**. 195**
1. Los hogares y la situación socio-económica de las familias. 195
2. Las adultas de las familias en situación de riesgo psicosocial responsables de los adolescentes. 199
2.1. Características sociodemográficas y personales de las adultas. 200
2.2. Las adultas en su rol como madres. 203
2.3. Trayectorias vitales problemáticas y de riesgo. 204
2.4. Trayectorias de riesgo, autoestima y controlabilidad parental. 209
2.4.1. El papel desempeñado por la acumulación de circunstancias estresantes en la autoestima de las mujeres adultas. 209
2.4.2. El papel desempeñado por la acumulación de circunstancias estresantes y la autoestima en la vivencia del rol como madres. 211
3. La intervención familiar desarrollada desde los SS.SS.CC. 213
3.1. La intervención familiar por razones de preservación y fortalecimiento familiar. 213
3.2. La intervención familiar y su relación con el perfil psicosocial de las mujeres adultas. 215
4. Resumen de resultados. 217
CAPÍTULO 8. EL ESTRÉS PSICOSOCIAL Y LOS PROBLEMAS DE AJUSTE EN LA ADOLESCENCIA DE LOS CONTEXTOS FAMILIARES EN SITUACIÓN DE RIESGO PSICOSOCIAL**. 221**
1. El estrés psicosocial. 221
1.1. Análisis cuantitativo. 222
1.1.1. Análisis descriptivo. 222
1.1.2. El estrés psicosocial en los adolescentes en riesgo y del grupo de comparación 223
1.1.2.1. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad. 225
1.2. Análisis cualitativo. 229
2. Problemas de ajuste. 233
2.1. Análisis descriptivo. 234
2.2. Los problemas de ajuste de adolescentes en riesgo y del grupo de comparación. 235
2.2.1. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad. 237
3. Resumen de los resultados. 241
CAPÍTULO 9. EL FUNCIONAMIENTO FAMILIAR EN HOGARES EN SITUACIÓN DE RIESGO PSICOSOCIAL**. 245**
1. Cohesión familiar. 245
2. Socialización parental. 246
2.1. Análisis dimensional. 247

2.1.1. Las dimensiones de la socialización parental. 247
2.1.2. La socialización parental en familias en riesgo y del grupo de comparación. 253
2.1.3. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad. 255
2.2. Análisis tipológico. 259
2.2.1. Tipología de socialización parental en familias en riesgo 260
2.2.2. Los estilos de socialización parental de las familias en riesgo y de las de comparación. ..262
2.2.3. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad. 263
2.3. Análisis situacional. 266
2.3.1. Evaluación de los especialistas en familias y adolescencia. 267
2.3.1.1. Participantes. 267
2.3.1.2. Instrumentos. 268
2.3.1.3. Procedimiento. 269
2.3.1.4. Resultados. 269
2.3.2. La socialización parental de acuerdo con un análisis situacional. 273
2.3.2.1. Análisis intra e inter-grupales según la necesidad de actuación parental. 275
3. Resumen de los resultados. 277
CAPÍTULO 10. TIPOLOGÍAS DE ADOLESCENTES: DIFERENCIAS Y SIMILITUDES ENTRE LA MUESTRA DE RIESGO Y LA DE COMPARACIÓN. **281**
1. Tipología de adolescentes. 281
1.1. Análisis de conglomerados jerárquico 282
1.2. Análisis de conglomerados no jerárquico. 283
2. Análisis de correspondencias entre las tipologías identificadas y las muestras de adolescentes. 288
3. Resumen de los resultados. 290
CAPÍTULO 11. PROPUESTA DE UN MODELO INTEGRAL PARA LOS ADOLESCENTES DE FAMILIAS EN SITUACIÓN DE RIESGO PSICOSOCIAL. **293**
1. Descripción de la muestra. 294
2. Desarrollo del modelo de ecuaciones estructurales. 296
2.1. Detección de casos atípicos y comprobación de supuestos del SEM. 296
2.2. Evaluación e interpretación del modelo planteado. 297
2.3. Evaluación e interpretación del modelo reformulado. 300
2.4. Adecuación al modelo teórico planteado. 302
3. La coerción/imposición parental y su relación con los problemas de ajuste adolescente. 303
3.1. Problemas de externalización. 303
3.2. Problemas de internalización. 305
4. Resumen de resultados. 306
IV. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES 309

CAPÍTULO 12. LAS FAMILIAS EN SITUACIÓN DE RIESGO QUE ESTÁN RECIBIENDO INTERVENCIONES PSICOSOCIALES POR PARTE DE LOS SS.SS.CC. **311**

1. Aproximación a la trayectoria de intervención psicosocial. 312
2. Perfil sociodemográfico y económico. 314
3. Circunstancias de vida de las adultas responsables de estas familias. 317

CAPÍTULO 13. LOS ADOLESCENTES DE FAMILIAS EN SITUACIÓN DE RIESGO PSICOSOCIAL. **323**

1. Una aproximación holística al estudio de la adolescencia. 324
2. Un análisis específico de las características psicosociales de los adolescentes. 327
   - 2.1. Estrés psicosocial. 327
     - 2.1.1. Análisis cuantitativo. 327
     - 2.1.2. Análisis cualitativo. 331
   - 2.2. Problemas de ajuste. 335
     - 2.2.1. Problemas externalizantes. 337
     - 2.2.2. Problemas internalizantes. 339

CAPÍTULO 14. LA SOCIALIZACIÓN PARENTAL EN ADOLESCENTES DE FAMILIAS EN SITUACIÓN DE RIESGO PSICOSOCIAL **343**

1. Enfoque dimensional. 344
2. Enfoque tipológico. 347
3. Enfoque situacional. 352

CAPÍTULO 15. APROXIMACIÓN A UN MODELO EXPLICATIVO: LA ADOLESCENCIA EN CONTEXTOS FAMILIARES EN SITUACIÓN DE RIESGO PSICOSOCIAL **357**

CAPÍTULO 16. CONCLUSIONES FINALES, IMPLICACIONES PRÁCTICAS Y LIMITACIONES DE LA INVESTIGACIÓN. **369**

1. Conclusiones finales e implicaciones prácticas. 369
2. Limitaciones de la investigación. 376

V. ENGLISH VERSION **379**

VI. BIBLIOGRAFÍA **395**

VII. ANEXOS **429**

Presentación

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación más extenso y complejo iniciado en el año 2003 por un grupo de investigadores del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de dos universidades andaluzas, Sevilla y Huelva, en el marco de sucesivos Convenios de Colaboración con la Delegación de Bienestar Social del Ayuntamiento de Sevilla. El interés inicial de este proyecto fue trazar el perfil psicosocial característico de familias en situación de riesgo psicosocial que estaban recibiendo una intervención por los Servicios Sociales Comunitarios (SS.SS.CC.), con el objetivo último de contribuir en la mejora de las políticas de intervención psicosocial desarrolladas por este dispositivo. Fruto de esta trayectoria investigadora, se han realizado varias publicaciones que ponen de manifiesto tanto las necesidades y las debilidades como las fortalezas presentes en estas familias (e.g., Hidalgo, Lorence et al., 2009; Hidalgo, Menéndez, Sánchez, Lorence y Jiménez, 2009; Jiménez, Dekovic e Hidalgo, 2009; Menéndez, Arenas, Pérez y Lorence, 2012; Menéndez, Hidalgo, Jiménez, Lorence y Sánchez, 2010) y partiendo de estos conocimientos, se ha diseñado un programa de intervención destinado a padres y madres usuarias de los Servicios Sociales (SS.SS.) denominado Programa de Formación y Apoyo Familiar (FAF, Hidalgo et al., 2011). El programa FAF, cuya finalidad es la promoción de la parentalidad positiva en contextos vulnerables, se desarrolla actualmente en todos los centros de SS.SS. de Sevilla y persigue un doble objetivo: proporcionar a estas familias una fuente de apoyo que les permita desempeñar más exitosa y eficazmente sus tareas y responsabilidades educativas; y optimizar las relaciones interpersonales y la dinámica familiar desde la filosofía de la preservación familiar.

El presente trabajo se enmarca dentro de la trayectoria de investigación descrita anteriormente, centrándose principalmente en analizar la adolescencia de los hijos y las hijas que crecen en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial. El interés por estudiar a

los menores se debe a que son ellos los que parecen sufrir más las consecuencias de las trayectorias de riesgo transaccional en las que se ven envueltas estas familias; especialmente los chicos y las chicas adolescentes, dado que el periodo evolutivo en el que se encuentran les hace más vulnerables a las circunstancias de estrés presentes en estos entornos. En concreto, este estudio tiene por finalidad identificar los comportamientos desadaptativos más frecuentes en los jóvenes que crecen en estos hogares, concretamente sus problemas de conducta internalizante y externalizante. No obstante, la presente investigación no solo se centra en describir las características de ajuste de estos menores sino que ahonda en el análisis de los elementos negativos y positivos con los que dicho desarrollo se relaciona. Con este objetivo se examina la asociación que el ajuste adolescente mantiene con variables sociodemográficas (sexo y edad de los menores), personales (autoestima, controlabilidad parental y acumulación de sucesos estresantes), interpersonales (socialización parental) y familiares (cohesión familiar). De todas las mencionadas, la socialización parental ocupa un papel relevante en esta investigación, no sólo por la relación que mantiene con el ajuste adolescente sino por la importancia que adquiere en el trabajo desarrollado por los Servicios de preservación familiar con los adultos responsables de estas familias.

El interés de esta Tesis Doctoral estriba principalmente no tanto en la novedad de las dimensiones que se ponen en relación en este trabajo como en el contexto en el que se analizan tales asociaciones. A pesar de que la investigación con familias usuarias de los SS.SS. en nuestro país es creciente (e.g., Garrido y Grimaldi, 2009; Jiménez, 2009; Rodrigo, Máiquez, Martín y Byrne, 2008; Trigo, 1998), los estudios empíricos disponibles siguen siendo escasos e insuficientes para entender la problemática tan compleja que caracteriza a las familias en situación de riesgo psicosocial, y aún más la de sus menores.

Cabe destacar que los resultados preliminares de este estudio fueron presentados en el trabajo de investigación de la doctoranda en el año 2007, por el cual obtuvo el Premio que anualmente convoca la Fundación Acción Familiar para jóvenes investigadores (Lorence, 2008). Este estudio aportó resultados muy interesantes que son analizados de nuevo en este trabajo pero con mayor profundidad, desde una perspectiva más general y con una muestra de adolescentes más amplia. Además, para este trabajo se ha contado con un grupo comparativo de chicos y chicas adolescentes de familias no usuarias de los SS.SS.CC., lo que permitirá esclarecer las diferencias durante la adolescencia que presentan los menores que crecen en contextos familiares en riesgo en comparación con otros iguales.

La Tesis Doctoral que se presenta a continuación se estructura en seis bloques de contenido que están precedidos por una breve introducción y presentación que enmarca la investigación desarrollada en este trabajo:

I. Marco Teórico: se exponen las aportaciones teóricas y empíricas más relevantes y actuales recogidas en la literatura sobre el tema. Además, en este mismo bloque se presentan los objetivos e hipótesis de trabajo que se plantean para la investigación.

II. Metodología: se describen los aspectos metodológicos que sustentan este trabajo de investigación, así como el tratamiento de los datos y el plan de análisis seguido.

III. Resultados: se presentan los resultados obtenidos en esta Tesis Doctoral, al hilo de los objetivos generales y específicos planteados.

IV. Discusión y conclusiones: se realiza la interpretación de los resultados de esta investigación en relación con la revisión de literatura realizada, ofreciendo algunas conclusiones así como reflexiones finales acerca de las limitaciones de este estudio y nuevas propuestas de investigación. Además, se hace especial énfasis en intentar traducir los resultados de esta Tesis Doctoral en propuestas para futuras líneas de intervención con estos menores y sus familias.

V. English Versión: se expone una versión breve de la Tesis Doctoral en lengua inglesa con la finalidad de optar a la Mención Internacional del grado de Doctor.

VI. Bibliografía: se presentan las referencias bibliográficas utilizadas para la realización de este trabajo siguiendo las recomendaciones de la quinta edición del Manual del estilo de publicaciones de la *American Psychological Association* (APA).

VII. Anexos: este bloque integra los documentos referidos a los largo de este trabajo.

*La presente Tesis Doctoral se ha desarrollado en el marco de una beca predoctoral FPDI (Formación de Personal Docente e Investigador) concedida por la Consejería de Economía, Innovación, Ciencia y Empleo (Junta de Andalucía), convocatoria del 2009. Resolución de 24 de Febrero de 2010.

Introducción

En esta introducción se describen los **presupuestos teórico-explicativos** que sustentan esta Tesis Doctoral desde una perspectiva amplia y generalizada, sin hacer una descripción exhaustiva de cada uno de ellos. Concretamente, esta investigación se enmarca en los principios teóricos del contextualismo evolutivo, ecológico, transaccional y sistémico.

A la hora de comentar cuáles son los grandes modelos de la Psicología del Desarrollo, la clasificación clásica con más arraigo es la que comprende el mecanicismo, organicismo y contextualismo. A diferencia de los dos primeros, el contextualismo evolutivo contempla el desarrollo humano desde una óptica compleja, considerando la influencia del contexto con el que establece una interacción dinámica. De acuerdo con Lerner (2002), esta perspectiva teórica entiende que el conocimiento y el desarrollo tienen su origen en el contexto en el que se encuentra la persona en crecimiento y que la condiciona. El contextualismo evolutivo enfatiza el carácter probabilístico y no determinista del desarrollo, y considera que las interacciones recíprocas o dinámicas que se producen entre la persona y sus diferentes contextos pueden alterar, en cualquier punto de la ontogenia, la trayectoria del desarrollo.

Una perspectiva relevante de mencionar dentro del enfoque contextualista es la propuesta del modelo ecológico realizada por Bronfenbrenner (1979). De acuerdo con ésta, el ser humano se desarrolla no sólo en multiplicidad de ambientes (e.g., iguales, familia, trabajo) que constituyen sistemas, sino, además, a diferentes niveles. Así, comprender con un esquema multidimensional los procesos evolutivos ayuda a situarlos en relación a las variadas influencias que pueden participar simultáneamente en el desarrollo y la reciprocidad entre las mismas.

Desde esta perspectiva, el desarrollo humano debe ser analizado observando al individuo en sus contextos cotidianos, cuando interactúa con las personas que le rodean y durante un tiempo prolongado. Su ambiente ecológico —definido como un sistema social compuesto por un conjunto de estructuras seriadas, dinámicas e interdependientes— debe ser estudiado en su totalidad. En concreto, Bronfenbrenner (1979) describe cuatro niveles ecológicos que comprenden desde los contextos más cercanos al individuo a los más lejanos al mismo. El primer nivel se denomina microsistema y hace referencia al entorno más inmediato de la persona en desarrollo. El segundo nivel se refiere a la relación existente entre los diferentes microsistemas en los que participa el individuo, y es denominado mesosistema. El tercer nivel abarca aquellas estructuras formales e informales en las que la persona no participa directamente pero que incluyen y delimitan lo que tiene lugar en su ambiente próximo (exosistema). Y en último lugar, el macrosistema hace referencia a los aspectos históricos, sociales y culturales propios de la sociedad en la que el individuo vive. Se trata de cuestiones relevantes que ejercen una poderosa influencia en las experiencias que tienen lugar en los diversos niveles contextuales a los que incluyen.

Este modelo es tomado como marco teórico de referencia de teorías explicativas del desarrollo psicológico del individuo a partir de la influencia que sobre él ejerce el entorno relacional, social y cultural a lo largo de su ciclo vital. Las aportaciones de Bronfenbrenner suponen un punto de inflexión para el estudio de la familia, entre otras cosas, porque ponen claramente de manifiesto cómo la familia es un sistema abierto a las influencias externas, tanto distales como proximales, sometida a un proceso de cambio y estabilidad permanente.

Desde la Psicología del Desarrollo se considera a la familia como uno de los contextos de socialización más importantes para el desarrollo humano (Menéndez, 2003). Atendiendo a la definición aportada por Palacios y Rodrigo (1998, p. 49), este trabajo entiende por familia "*un sistema dinámico de relaciones interpersonales recíprocas, enmarcado en múltiples contextos de influencias que sufren procesos sociales e históricos del cambio*". Bajo esta etiqueta se albergan los presupuestos del contextualismo evolutivo y ecológico descritos anteriormente, y además se contemplan los fundamentos de la perspectiva sistémica y transaccional que se comentan a continuación.

Por un lado, desde la perspectiva sistémica, se considera a la familia como un sistema abierto que mantiene relaciones bidireccionales con otros contextos que le rodean, influenciando e influenciándose de los cambios que se producen en éstos y de las relaciones que mantienen con los mismos (Minuchin, 1985). Por otro lado, según el enfoque transaccional, las características de los individuos moldean sus experiencias ambientales y, recíprocamente, éstas experiencias cambian las características de las personas a lo largo del tiempo (Sameroff, 1983). En este sentido, se puede decir que el desarrollo de los niños y las niñas se ve influenciado por un contexto familiar que, a su vez, ellos mismos pueden moldear a través de las interacciones que mantienen con las personas con las que conviven (Lerner y Steinberg, 2004).

En resumen, la perspectiva contextual-evolutiva, ecológica, sistémica y transaccional presenta una visión integrada de la familia que resalta la importancia del contexto,

considerando las interacciones que se producen dentro y fuera de este microsistema como bidireccionales, recíprocas y sujetas al cambio. En el marco de estos principios teórico-explicativos, las influencias que los elementos inmersos en el contexto familiar ejercen en el desarrollo psicológico se consideran indeterminadas (Arranz y Oliva, 2010): desde la indeterminación se concibe el desarrollo como un proceso que no está predeterminado genéticamente, sino que es fruto de la interacción entre el genotipo y el ambiente. En este sentido, las características individuales y ambientales de cada persona en desarrollo explican, conjuntamente, el curso de su trayectoria vital a lo largo del tiempo.

Una vez explicados los principios teóricos en los que se basa este trabajo de investigación, se exponen resumidamente cúales son los **presupuestos metodológicos** que lo sustentan. En este sentido, la Tesis Doctoral que se presenta es una investigación no experimental basada preferentemente en una metodología cuantitativa. Como se tendrá oportunidad de exponer en el bloque de metodología, se trata de un estudio descriptivo, de carácter transversal y en el que pueden diferenciarse dos tipos de diseño de recogida de datos diferentes: diseño retrospectivo con dos grupos, uno de cuasi control, y diseño basado en la técnica Delphi. Los datos recabados en este estudio, mediante entrevistas, encuestas y una técnica Delphi, fueron tratados posteriormente con la ayuda de técnicas estadísticas exploratorias y confirmatorias que permitieron dar respuesta a los objetivos planteados. Para ello, se han utilizado dos paquetes estadísticos: SPSS (versión 15.1) y EQS (versión 6.1).

I. Marco teórico

Los contenidos teóricos y empíricos recogidos hasta ahora en la literatura acerca de la caracterización de las familias y los adolescentes en situación de riesgo psicosocial se presentan a continuación estructurados en tres capítulos. En el **Capítulo 1** se abordan los presupuestos teóricos en los que se sustenta el análisis de las familias en situación de riesgo psicosocial. En este sentido, se hace referencia a los elementos que forman parte de los procesos de riesgo a los que están sometidas estas familias, así como los mecanismos implicados en la interacción entre dichos elementos. En un intento por explicar la etiología de estas familias se presenta el modelo teórico propuesto por Martín (2005), el cual hace una propuesta integradora de las nociones teóricas y prácticas tratadas a lo largo del capítulo. Con la finalidad de entender mejor las características de la muestra de esta Tesis Doctoral, seguidamente se describe cómo se organizan y funcionan los SS.SS. de Andalucía, haciendo especial hincapié en aquellas prestaciones destinadas a familias en situación de riesgo psicosocial. Y por último, se presentan a modo de síntesis las características psicosociales que comparten las familias usuarias de Servicios de preservación familiar.

En el **Capítulo 2** se ofrece la evidencia empírica que hay disponible acerca de la adolescencia en contextos adversos y de riesgo, haciendo referencia fundamentalmente a dos aspectos de interés: el estrés psicosocial y las características de ajuste psicológico. Se muestran datos referidos a la acumulación de SVE y a la prevalencia de los problemas de internalización y externalización en la adolescencia. Además, se revisa la literatura disponible que ha analizado hasta ahora la relación entre estrés psicosocial y problemas de ajuste en esta etapa evolutiva.

En el **Capítulo 3**, se examina el funcionamiento y la dinámica familiar que presentan las familias en situación de riesgo psicosocial según los datos empíricos disponibles. En concreto, la revisión se centra en elementos relacionados con la dimensión relacional de los estudios de familias. De forma particular se presentan hallazgos relacionados con la cohesión familiar y la socialización parental. Para finalizar se hace un recorrido por investigaciones centradas en población de riesgo que tratan de analizar en qué medida ambos elementos guardan relación con la presencia de problemas de internalización y externalización durante la adolescencia.

El marco teórico de este trabajo finaliza con el **Capítulo 4** en el que se presentan los objetivos generales y específicos que se persiguen con este trabajo de investigación. Los objetivos han sido elaborados a partir de las aportaciones teóricas y empíricas presentadas en este primer bloque de contenido.

Capítulo 1.

Una aproximación al estudio de las familias en situación de riesgo psicosocial que reciben intervenciones por razones de preservación familiar.

Como se ha señalado anteriormente, el presente estudio se sustenta en los fundamentos teóricos recogidos desde las perspectivas del contextualismo evolutivo, ecológica, sistémica y transaccional del estudio de la familia y el desarrollo de los menores. Desde esta filosofía, se entiende que para comprender el desarrollo infantil y adolescente es necesario observar al individuo en sus contextos cotidianos, en las relaciones que mantiene con las personas más cercanas y durante un tiempo prolongado. Del mismo modo, somos conocedores de que el desarrollo no puede ser explicado por elementos aislados, sino que la etiología del mismo debe ser considerada desde un enfoque multidimensional y procesual. Así, las características individuales de los menores y las peculiaridades de los contextos de desarrollo en los que crecen y se desarrollan permiten explicar gran parte de los problemas que se producen en los individuos y, en concreto, durante la etapa de la adolescencia.

De todos los microsistemas en los que los menores están inmersos, la familia es considerada el contexto de socialización por excelencia para los seres humanos. En términos generales, la Psicología del Desarrollo entiende a **la familia como un entorno en el que normativamente las personas crecen y se desarrollan** (Menéndez, 2003). Desde este enfoque, la familia es considerada un contexto normativo de crianza y desarrollo para todos los miembros que la componen, entre ellos, los adolescentes. La diversidad y pluralidad familiar observada en los últimos años ha generado un incremento en el número de definiciones dadas para el concepto de familia. De todas ellas, se presenta la que proponen Palacios y Rodrigo (1998) por compartir los principios teóricos que sustentan este estudio. Según estos autores, la familia se entiende como "*la unión de personas que comparten un proyecto vital de existencia en común que se quiere duradero, en el que se generan fuertes sentimientos de pertenencia ha dicho grupo, existe un compromiso personal entre sus miembros y se establecen intensas relaciones de intimidad, reciprocidad y dependencia*" (Palacios y Rodrigo, 1998, p.33).

La familia demuestra ser el entorno más apropiado para que, en su seno, queden cubiertas determinadas necesidades evolutivas y educativas propias de la cultura y del momento evolutivo del individuo. Si se hace un análisis detallado de cuáles son las funciones que ejerce sobre sus miembros, se observa que la familia ofrece numerosos beneficios tanto para los progenitores como para los niños y las niñas que viven en ella. Según Palacios y Rodrigo (1998) la familia está en la obligación de cubrir las necesidades de sus menores, al menos señalan cuatro funciones básicas relacionadas con un crecimiento y desarrollo saludable:

- Asegurar la supervivencia de los hijos y las hijas, su sano crecimiento y su socialización en las conductas básicas de comunicación, diálogo y simbolización.
- Aportar a sus hijos e hijas un clima de afecto, cariño y apoyo incondicional, estableciendo con los progenitores relaciones de apego, de apoyo, un sentimiento de relación privilegiada y de compromiso emocional.
- Estimular a los menores para hacer de ellos personas capaces de relacionarse de manera competente con su entorno físico y social, así como responder y afrontar adecuadamente las demandas y los problemas que se les presenten.
- Tomar decisiones con respecto a la apertura hacia otros contextos educativos que van a compartir con la familia las tareas de socialización y de crianza.

En general, el entorno familiar se considera el contexto más adecuado para dar respuesta a las necesidades evolutivo-educativas de los menores que residen en ella. Desgraciadamente, no todas las familias cumplen con sus obligaciones en relación a sus menores, precisamente son aquellas consideradas como **familias en situación de riesgo psicosocial** las que por incumplimiento de sus tareas educativas ponen en peligro o amenazan el desarrollo adecuado de sus hijos e hijas. Rodrigo y colaboradores (2008) ahondan en el estudio de los contextos familiares en riesgo y definen a estas familias como:

> Aquellas en la que los responsables del cuidado, atención y educación del menor, por circunstancias personales y relacionales, así como por influencias adversas de su entorno, hacen dejación de sus funciones parentales o hacen un uso inadecuado de las mismas, comprometiendo o perjudicando el desarrollo personal y social del menor, pero sin alcanzar la gravedad que justifique una medida de amparo, en cuyo caso se consideraría pertinente la separación del menor de su familia. (p. 42)

Esta etiqueta alberga en su seno una amplia variedad de situaciones familiares. Así, se puede encontrar desde familias monoparentales que derivan a una situación de riesgo psicosocial por causa del estrés parental asociado a los problemas económicos en el hogar, hasta familias cuyos madres y padres comprometen el desarrollo de sus hijos e hijas al consentir una situación de absentismo escolar. La evaluación del riesgo de una familia constituye en la actualidad un debate abierto entre los profesionales a cargo de las intervenciones psicosociales. Los elementos y mecanismos implicados en el nivel de riesgo de las familias no son siempre fácilmente identificables, por lo que hay mucha controversia al respecto.

1. Las familias en situación de riesgo psicosocial analizadas desde los modelos de riesgo y protección.

El interés por los contextos de riesgo inicia su andadura con aquellos trabajos centrados en estudiar lo que ocurre en familias altamente amenazantes para el bienestar de los menores, en concreto, las familias con situaciones de maltrato infantil. Así, las primeras aproximaciones teóricas en torno a su estudio se sitúan en los años sesenta, con la

publicación de *El síndrome del Niño Golpeado* por Henry Kempe y sus colegas (Kempe, Silverman, Steele, Droegemueller y Silver, 1962, cit. en Jiménez, 2009). Desde aquellos años hasta la actualidad, teóricos e investigadores han contribuido notablemente al conocimiento de los elementos y vías implicadas en la aparición de estas situaciones familiares.

A pesar de los avances de los últimos años, los trabajos recientes muestran la necesidad de seguir investigando en esta línea. El interés de la investigación en la actualidad estriba en desgranar los procesos que subyacen en las situaciones familiares de riesgo psicosocial, así como analizar el carácter de especificidad asociado a los mismos. En su revisión, Cova (2004) distingue en las dos últimas décadas cuatro áreas de interés que, vinculadas entre sí, están dominando este campo de estudio:

- La identificación de los procesos causales a través de los cuales los factores de riesgo inciden en el desarrollo humano desde una perspectiva procesual, lo que permite identificar los mecanismos implicados en dicha asociación.
- El estudio de las diferenciaciones individuales en el impacto de los factores de riesgo, atendiendo a las variables personales y psicosociales relacionadas con la resistencia a su influencia.
- La explicación de cuáles son los procesos y mecanismos específicos a través de los cuales se interrelacionan los factores biológicos y psicosociales ante la aparición de elementos de riesgo.
- El análisis de la especificidad de los efectos de los factores de riesgo y protección sobre los comportamientos desadaptativos, tratando de identificar qué factores están más relacionados con problemas y trastornos particulares.

A continuación, se hace un breve repaso sobre cuáles son los elementos implicados en las situaciones de riesgo de los contextos familiares (1.1.). Posteriormente, se explican los mecanismos que subyacen en estas situaciones familiares y se describen las particularidades que definen a los mismos (1.2.).

1.1. Elementos implicados en las situaciones de riesgo de los contextos familiares.

El desarrollo de una persona puede verse influenciado tanto por circunstancias intrínsecas a la propia maduración biológica del individuo como por factores presentes en el contexto ecológico. En este último caso, los elementos pueden proceder de particularidades de los miembros de la familia, de sus relaciones interpersonales, de las características de la familia como sistema o de las relaciones que este contexto mantiene con su entorno social.

Estos elementos son clasificados por los autores de maneras muy diferentes. Asimismo, si se atiende a la naturaleza de los elementos que influyen en el desarrollo humano, se puede hablar de características propias de los contextos de desarrollo (tanto factores de riesgo como de protección) y de características individuales de las personas (factores de vulnerabilidad y resiliencia) (Martín, 2005). No obstante, no todos los teóricos establecen

esta diferenciación. Algunos trabajos clasifican los cuatro elementos mencionados atendiendo a la probabilidad de aparición de problemas en el desarrollo. De este modo, los factores de riesgo compartirían clasificación con los factores de vulnerabilidad aumentando ambos las posibilidades de que aparezcan comportamientos desadaptativos o psicopatológicos en los seres humanos; y, por otra parte, el segundo grupo estaría conformado por los factores de protección y resiliencia, los cuales disminuyen la probabilidad de aparición de dichos problemas ante la adversidad (Cowan, Cowan y Schultz, 1996; Garbarino y Ganzel, 2000). En síntesis, se podría decir que así como la primera de las clasificaciones es principalmente teórica —centrada en el origen de los elementos—, la segunda propone una diferenciación más funcional.

En la práctica, la investigación recomienda usar la segunda de las clasificaciones por el carácter funcional de la misma. Aunque este trabajo de investigación aboga por esta diferenciación funcional, a continuación se presentan los elementos en el siguiente orden: por un lado, los factores de riesgo y protección y, por otro lado, los de vulnerabilidad y resiliencia. Desde esta perspectiva de análisis, se entiende que los segundos dependen de la interacción dinámica entre el riesgo y la protección presentes tanto a un nivel individual como a nivel familiar o comunitario, lo que da lugar en cada momento a trayectorias evolutivas más o menos ajustadas (Muñoz, 2012). Una revisión teórica de toda esta temática en castellano puede encontrarse en Menéndez (2003).

1.1.1. Factores de riesgo y protección.

Las revisiones teóricas e investigaciones empíricas realizadas en situaciones de adversidad describen a los factores de riesgo y protección como los principales responsables de los problemas que pueden acontecer en la vida de las personas. Los **factores de riesgo** aportan un conocimiento fundamental para comprender los determinantes de los comportamientos desadaptativos en los seres humanos (Rutter, 1989, cit. en Cova, 2004). Según Cova (2004), los factores de riesgo se definen como aquellas circunstancias cuya presencia aumenta la probabilidad de que aparezca una consecuencia negativa. Los factores de riesgo no solo comprenden características negativas presentes en el entorno del individuo, sino que también hacen referencia a la ausencia de experiencias positivas que resultan cruciales para el desarrollo humano. A modo ilustrativo, un ejemplo de las primeras sería la acumulación de sucesos vitales estresantes (e.g., Kim, Conger, Elder y Lorenz, 2003) y de las segundas la privación socioeconómica o la exclusión social (e.g., Costello, Keeler y Angold, 2001; Wadsworth, Raviv, Compas y Connor-Smith, 2005). Tanto unas como otras son consideradas elementos de riesgo para el desarrollo humano, y son objeto de estudio de multitud de investigaciones centradas en la psicopatología evolutiva.

La trayectoria de riesgo transaccional propia de las personas que viven en familias que presentan dificultades impide en muchas ocasiones explorar el poder predictivo de factores de riesgo de forma independiente. Es decir, el efecto sinérgico o acumulativo de los elementos de riesgo imposibilita a veces saber si los efectos negativos de un determinado factor de riesgo se deben únicamente a éste o a la interacción que mantiene con otros (Atzaba-Poria, Pike y Deater-Deckard, 2004). Por ejemplo, algunas investigaciones muestran

que los menores de familias divorciadas tienen más probabilidades de presentar dificultades que los de familias no divorciadas (Lansford et al., 2006). En un primer momento, este resultado podría llevarnos a considerar el divorcio como un factor de riesgo; no obstante, existen evidencias empíricas que encuentran que el efecto del divorcio depende no solo de esta situación en sí misma, sino más bien de otros factores presentes en el entorno familiar, como por ejemplo la discordia marital (Pons-Salvador y Del Barrio, 1995). Desde esta perspectiva más amplia, se entiende que el divorcio podría ser parte de un efecto en cadena de otros elementos de riesgo y que, por tanto, no tiene sentido analizarlo separándolo del resto (Buendía, Ruiz y Riquelme, 1998).

La coexistencia de los elementos de riesgo abre una nueva vía de estudio en las investigaciones más recientes sustentada en los fundamentos teóricos de la mencionada teoría ecológica: la distinción entre factores de riesgo (Rutter, 1999). En este sentido, se establece la diferenciación entre elementos de riesgo: distales, proximales y mediales. Así, los factores de riesgo situados en los sistemas más alejados al individuo (macrosistema o exosistema) se consideran elementos distales, mientras que los factores de riesgo proximales hacen referencia, principalmente, a los que son más cercanos al individuo, especialmente, los ubicados en el microsistema. De acuerdo con Baldwin, Baldwin y Cole (1990), los términos distal y proximal deben entenderse como los extremos de un continuo, mientras que los mediales se encuentran a medio camino de los dos anteriores y explican la relación entre ambos. A modo ilustrativo, un ejemplo del efecto acumulativo de estos tres elementos es aquel que comienza con una variable de riesgo distal (pobreza), cuyas consecuencias actúan sobre otra variable de riesgo medial (estrés parental) para afectar al niño a través de una variable proximal (hostilidad parental). A pesar de que la conceptualización de los diferentes tipos de elementos de riesgo es clara, un mismo elemento podría ser analizado como proximal, distal o medial dependiendo de dónde se sitúe el investigador o de los objetivos planteados en la investigación. Por ejemplo, así como la conflictividad familiar puede ser tratada en un estudio como un factor proximal, para otro el análisis de este elemento podría ser medial.

Finalmente, la literatura sobre la evaluación del riesgo y la adversidad se centra en el tiempo como indicio del poder predictivo de un determinado factor de riesgo, analizando los efectos del mismo según su momento de aparición y la duración de la exposición. Considerando el tiempo de exposición, algunos estudios revelan que las consecuencias negativas de un factor de riesgo concreto solo se producen si éste está presente durante un periodo de tiempo concreto. Por ejemplo, Hetherington y Stanley-Hagan (1995) comentan que los menores cuyos progenitores se separaron hace menos de dos años tienen más probabilidades de desarrollar comportamientos desadaptativos en comparación con los menores cuyo padre y madre rompieron su relación hace más tiempo. Respecto a la duración de la exposición, los elementos de riesgo son clasificados como estables o inestables, siendo los elementos que permanecen durante más tiempo aquellos que desencadenan respuestas más desajustadas en los menores. En este sentido, por ejemplo, el estudio de Costello, Compton, Keeler y Angold (2003) muestra conductas más desadaptativas en los menores de familias que habían sido pobres en algún momento del pasado que en aquellos cuya situación de pobreza continuaba en la actualidad.

Hasta ahora se ha hecho referencia a los factores de riesgo; sin embargo, la consideración de estos elementos es inseparable del análisis de la presencia de otros que protegen al individuo. La toma de consideración de los **factores de protección** ha permitido avances muy significativos en la comprensión de los mecanismos o procesos implicados en los problemas de desarrollo, por eso merecen una atención especial en este trabajo. Para Rutter (1985, cit. en Cummings, Davies y Campbell, 2000) un elemento protector alude a las influencias que modifican, mejoran o alteran la respuesta de una persona ante algún factor de riesgo. Acorde con esta definición, primero es necesario identificar el elemento de riesgo para después observar a otros que puedan estar reduciendo el impacto negativo del primero.

Muchas investigaciones centradas en la identificación de los factores de protección proceden como si el concepto fuera sinónimo únicamente de la presencia de circunstancias positivas, como la percepción favorable del apoyo social o la alta cohesión familiar. Sin embargo, no necesariamente todos los elementos de protección tienen que ser intrínsecamente agradables o deseables; de hecho, a menudo se consideran como protectores circunstancias, a priori, negativas y estresantes. Los modelos desafiantes, haciendo referencia al viejo refrán "con la adversidad viene el crecimiento", especifican que algunas condiciones de riesgo, especialmente en dosis pequeñas o moderadas, pueden fortalecer a la persona y contribuir a la mejora de sus estrategias de afrontamiento y adaptación, aminorando los efectos negativos de las situaciones adversas (Garmezy, Masten y Tellegen, 1984; Rutter, 1985, 1987; cits. en Cummings et al., 2000). Algunas investigaciones comprueban el efecto protector de características aparentemente negativas para el funcionamiento psicosocial, por ejemplo, el estudio desarrollado por Cummings y Davies (1994) evidencia como los menores de progenitores depresivos pueden llegar a desarrollar habilidades positivas gracias a exposiciones moderadas de situaciones de afecto negativo.

Al igual que sucede con el riesgo, se pueden hacer distinciones entre los factores protectores (proximales, distales y mediales). La revisión de literatura realizada para este trabajo de investigación pone de manifiesto que precisamente son los factores de protección más próximos al menor los que han despertado una mayor atención por parte de los teóricos e investigadores. Así, las prácticas educativas parentales, la organización de la vida cotidiana, las características del entorno escolar o la relación con los iguales, son elementos protectores más estudiados que otros distales como la accesibilidad a prestaciones sociales o la satisfacción laboral de los progenitores. Desde nuestro punto de vista, el interés científico por los elementos de protección más próximos al individuo estriba en la capacidad de influencia directa que ejercen estos factores sobre los comportamientos de los seres humanos, y por ser éstos más fáciles de modificar en la intervención que otros más ajenos al control de los individuos.

1.1.2. Factores de vulnerabilidad y resiliencia.

Aún reconociendo la importancia que los factores de riesgo y protección desempeñan en el comportamiento desadaptativo de una persona, las trayectorias evolutivas no se entienden en su plenitud sin el análisis de los elementos de vulnerabilidad y resiliencia. Estos factores operan de forma combinada y juegan un papel fundamental en el modo en el que las

personas responden a los procesos de riesgo y protección presentes en sus contextos de desarrollo (Sapienza y Masten, 2011). De acuerdo con estos autores, la naturaleza de estos elementos puede ser tanto social como individual. Sin hacer una descripción exhaustiva de cada uno de ellos, y sin exponer detalladamente las complejidades teóricas y empíricas que acompañan los estudios de resiliencia y vulnerabilidad, a continuación se realiza una síntesis necesaria para comprender el significado e importancia de los mismos.

Guardando una importante relación con los factores de riesgo, se encuentran los **factores de vulnerabilidad**. Éstos se refieren a aquellas características que incrementan la probabilidad de que se dé un problema en presencia de los elementos de riesgo, pero que, en el mismo contexto, no tienen ese efecto amplificador si el riesgo no está presente. Estos factores explican el porqué un individuo frente a otro, estando ambos expuestos al mismo grado de adversidad, tiene más probabilidad de presentar problemas de adaptación. Dado que en sí mismos no suponen una amenaza para el desarrollo, su definición es eminentemente funcional. En este caso, la edad, el sexo, la hiperactividad, la existencia de ciertas minusvalías o el temperamento irritable serían ejemplo de elementos de vulnerabilidad (Luthar, 2006).

La vulnerabilidad ha sido y sigue siendo objeto de debate por parte de investigadores y académicos. Así como los teóricos innatistas consideran la vulnerabilidad un rasgo permanente o estático, desde el enfoque ambientalista se contempla la posibilidad de que pueda haber un aprendizaje disfuncional en la génesis de la vulnerabilidad, argumentando que son las experiencias vividas las que van a determinar la mayor o menor vulnerabilidad de la persona al riesgo. Desde esta óptica se considera que la vulnerabilidad está sujeta al cambio, de tal modo que nuevas experiencias pueden influir en un determinado factor de vulnerabilidad, haciendo fluctuar el grado de éxito con el que una persona se enfrenta a su situación de adversidad (Lemos, 2003). Este enfoque abre una nueva línea de intervención en los contextos familiares en dificultad psicosocial, encaminada a proporcionar experiencias positivas a las personas que conforman dichos hogares para fortalecerlos y reducir de este modo su vulnerabilidad ante el riesgo.

Por otra parte, la **resiliencia** incrementa las posibilidades de los seres humanos de hacer frente a las adversidades con éxito. En términos generales, la literatura disponible exhibe una falta de acuerdo en la conceptualización del término resiliencia. En su revisión sobre este concepto, Muñoz (2012) señala que así como las primeras conceptualizaciones caracterizaron la resiliencia como un rasgo o variable estable en el tiempo, los estudios más actuales están de acuerdo en considerarla un proceso dinámico. En esta controversia conceptual, la revisión de Becoña (2006) cita estudios que la tratan como un patrón general de adaptación ante las adversidades (Masten y Powell, 2003), que la equiparan al concepto de competencia alegando que ambos forman parte de un constructo más general de adaptación (Masten, 2001) y que la consideran un constructo amplio que incluye aspectos de competencia (Luthar, 2006). Este debate ha originado que en la actualidad no exista una teoría unificada que guíe claramente a qué referirnos con resiliencia y qué se puede hacer para potenciarla, a pesar de los pasos importantes que se han dado en las últimas décadas (Luthar, Cicchetti y Becker, 2000). De acuerdo con una de las últimas revisiones que se ha

desarrollado del tema en nuestro país (Muñoz, 2012), este trabajo de investigación entiende la resiliencia como el resultado de un proceso dinámico y contextual que conduce a algunos individuos a mostrar una buena adaptación a pesar de la adversidad (Luthar, Cicchetti y Becker, 2000).

Estas controversias teóricas explican en parte las discrepancias halladas en los datos empíricos en torno a la resiliencia. Además de profundizar en las variaciones de definición y en el uso terminológico de su concepto, Luthar y colaboradores (2000) destacan otras preocupaciones en los estudios de resiliencia que dificultan los avances en este campo de investigación. Una primera cuestión tiene que ver con que la evidencia empírica disponible pone de manifiesto que, normalmente, los menores de entornos adversos no son resilientes en todos los dominios de ajuste. En este sentido, estos autores perciben la resiliencia como un constructo multidimensional. Así, cuando los menores muestran resiliencia en un área de desarrollo es necesario investigar si es a costa de tener más problemas en otras áreas. Por lo tanto, los investigadores deben limitar las conclusiones de sus análisis a los dominios específicos evaluados, sin hablar por tanto de menores resilientes en términos globales, como hacían estudios previos.

Paralelamente, la inestabilidad de los resultados de resiliencia también puede ser explicada en gran parte por las diferencias metodológicas encontradas en la medición del riesgo y de los niveles de competencia de los participantes. Respecto al primero, Luthar y colegas (2000) critican aquellos estudios que definen a las familias como entornos de alto riesgo atendiendo únicamente a un elemento, por ejemplo, la privación económica, dejando al margen el análisis de otras características de riesgo proximales como el clima familiar o los estilos educativos parentales. La inestabilidad de los resultados estadísticos también puede ser debida a las distintas formas de entender la competencia como positiva. Así, los estudios más restrictivos van a detectar una menor proporción de menores resilientes que los más permisivos en el análisis. Por lo tanto, dada la incertidumbre en la medición del riesgo y la competencia, es difícil determinar si todos los menores etiquetados como resistentes en la literatura presentan realmente niveles comparables de adversidad o de competencia, esto imposibilita extraer conclusiones generales al respecto.

Luthar y colaboradores (2000) advierten también de los resultados tan contradictorios existentes en torno a la estabilidad evolutiva de la resiliencia. En su revisión, estos autores destacan que la evidencia empírica pone de manifiesto que las personas que crecen en contextos de alto riesgo rara vez mantienen unos resultados positivos constantes a lo largo del desarrollo (e.g., Coie et al., 1993; Kaplan, 1999). Al igual que con la vulnerabilidad, Garmezy (1990) apunta que la resiliencia está sujeta a cambios, así la presencia de nuevas circunstancias positivas o negativas en la vida de un individuo puede fortalecer o debilitar tal resiliencia.

En definitiva, la resiliencia no puede ser entendida como una atribución personal, absoluta y estática en el tiempo, sino más bien como el resultado de un proceso, en construcción permanente, en el que elementos de diversa índole, tanto ambientales como constitucionales, intervienen para explicar el grado de éxito de una persona, en un momento evolutivo concreto, a desenvolverse ante una situación de adversidad determinada.

Las discrepancias encontradas en la literatura sobre la conceptualización de la resiliencia, su nivel de especificidad, las diferencias metodológicas halladas en su medición y su inestabilidad temporal son muestras de la complejidad que caracteriza a este concepto. Para facilitar su comprensión, algunos autores han llegado a definir la resiliencia como lo contrario a la vulnerabilidad, es decir, consideran **resiliencia y vulnerabilidad como polos opuestos del mismo continuo** (e.g., Fergusson, Beautrais y Horwood, 2003). En este sentido, mientras que la vulnerabilidad incrementa la probabilidad de un resultado negativo ante la exposición de riesgo, la resiliencia se refiere a evitar los problemas asociados a ser vulnerable (Becoña, 2006). A modo de ejemplo, un cociente intelectual alto y una autoestima positiva serían ejemplos de resiliencia mientras que niveles bajos en estas dos dimensiones se considerarían elementos de vulnerabilidad.

Para finalizar, como se comentaba al principio, la complejidad de los procesos que explican una situación de riesgo dificulta la distinción entre los cuatro elementos definidos, derivando a que muchos estudios se decanten por hablar de factores que aumentan las probabilidades de desarrollar conductas desadaptativas y elementos que debilitan los efectos negativos ante la presencia de circunstancias de riesgo. Esta clasificación simplificada es usada comúnmente en los estudios empíricos, porque genera menos problemas metodológicos y además aporta un enfoque práctico y más factible que otras clasificaciones más conceptuales y minuciosas. En consonancia con la mayoría de estudios, esta Tesis Doctoral se desarrolla de acuerdo con este enfoque, de tal modo que a partir de ahora se hablará de dos tipos de factores: por un lado, los *elementos adversos o de riesgo* que potencian la situación de riesgo de las personas (riesgo y vulnerabilidad) y, por otro lado, los *factores de protección o positivos* que actúan para frenar los efectos negativos derivados de la exposición a las circunstancias de adversidad (protector y resiliencia).

1.1.3. Adversidad y protección en las familias en situación de riesgo psicosocial.

Los estudios centrados en determinar el perfil psicosocial de los contextos familiares con dificultades muestran cómo la alta prevalencia de factores adversos dificulta el desarrollo y el ajuste personal de los individuos que conviven en estos hogares. Del mismo modo, la literatura más reciente identifica también la existencia de factores de protección que aminoran las consecuencias negativas de vivir en entornos de alta adversidad, aunque los trabajos disponibles al respecto son más reducidos.

Los estudios destinados a identificar los factores de riesgo/vulnerabilidad (adversos) y protección/resiliencia (protectores) presentes en situaciones familiares complicadas se centran, mayoritariamente, en contextos con dificultades socioeconómicas. Las familias con este tipo de dificultades han sido y son todavía el foco de atención de muchos estudios, existiendo una amplia bibliografía al respecto. El estudio de dichas familias, así como el de otras que presentan cacterísticas similares a la muestra de este estudio (maltratadoras, con trayectorias delictivas, problemas de drogas o trastornos psicopatológicos de importancia), permiten recopilar información acerca de los elementos que están más presentes en estos entornos familiares.

En base a un trabajo desarrollado por Menéndez (2003), esta Tesis Doctoral, sintetiza en un listado los elementos adversos y protectores encontrados, tras una revisión exhaustiva, que ejercen cierta influencia sobre los problemas de ajuste de los menores que crecen en familias en situación de riesgo (Ackerman, Izard, Schoff, Youngstrom y Kogos, 1999; Arón, Nitsche y Rosenbluth, 1995; Bolen, McWey y Schlee, 2008; Dubois, Felner, Meares y Krier, 1994; Gacic, Trbic, Markovic y Nikolic, 2004; Greve y Staudinger,2006; Hidalgo, Lorence et al., 2009; Jiménez, 2009; Lorence, 2008; Luthar, 2006; Malecky y Demaray, 2003; Menéndez et al., 2012; Patró y Limiñana, 2005; Pelcovitz et al, 2000; Rossi, 1991; Rodrigo et al., 2008; Serbin, y Karp, 2004; Sunday et al, 2008; Zuravin, McMillen, DePanfilis y Risley-Curtiss, 1996). A continuación, estos dos tipos de elementos se presentan atendiendo a que se refieran a circunstancias o características propias del sistema familia o externas al mismo.

Circunstancias de adversidad y protección internas a la familia.

De acuerdo con el modelo ecológico ofrecido por Bronfenbrenner (1979), a nivel microsistémico se puede hablar de factores personales de los adultos responsables de los entornos familiares, de características de los propios menores, y de elementos relacionales o propios del sistema familiar. Tras la revisión teórica realizada, se ofrece a continuación una síntesis de los principales factores identificados en la evaluación e intervención de estas familias.

- Características personales de los menores:

– Adversidad: estilos y hábitos de vida inadecuados; minusvalías o deficiencias; temperamento difícil e irritable; edad; sexo; hiperactividad; enfermedades crónicas.

– Protección: temperamento fácil; alta competencia social; alta autoestima y confianza en uno mismo; alta motivación y orientación de logro; estilo personal más reflexivo que impulsivo; disponer de estrategias de resolución de problemas adecuadas; desarrollo de hobbies y aficiones; inteligencia media o superior; temperamento fácil; humor y optimismo vital; empatía; tener un proyecto de vida; autoregulación emocional.

- Características individuales de los adultos responsables:

– Adversidad: nivel educativo bajo; maternidad/paternidad precoz; precarias condiciones laborales; trayectorias evolutivas complicadas; problemas psicológicos; problemas relacionados con el consumo de sustancias tóxicas; comportamiento antisocial y agresivo; falta de competencia y satisfacción parental; ideas evolutivo-educativo inadecuadas; historia de crianza desfavorable, por ejemplo, maltrato o abuso durante la infancia; evaluaciones autocentradas, poco reflexivas y simplistas de las situaciones educativas; estrés parental; baja autoestima; falta de colaboración y motivación en la intervención.

– Protección: nivel educativo alto; cuidadores adultos competentes y autónomos en la educación de sus menores; estabilidad y satisfacción laboral; implicación en la

intervención; alta autoestima y capacidad de autosuperación; estrategias efectivas de resolución de problemas; buena disposición ante la intervención.

- Características de las relaciones entre los miembros integrantes de la familia:

– Adversidad: relaciones conyugales insatisfactorias; conflictividad entre progenitores e hijos, socialización parental indiferente, incoherente y rígida; situaciones de violencia familiar entre los integrantes de la familia; falta de apoyo familiar.

– Protección: relaciones conyugales positivas y de apoyo mutuo; relaciones paterno-filiales basadas en prácticas educativas flexibles y coherentes con el desarrollo infantil; apoyo parental; relaciones de apoyo con los hermanos y familia extensa.

- Características estructurales y del funcionamiento familiar.

– Adversidad: situaciones previas de desprotección en la familia; acumulación de sucesos vitales estresantes; precariedad socioeconómica; vivienda con características que no promueven la estimulación del desarrollo; residencia con características que amenazan la integridad de los menores; menor acceso a recursos materiales y a experiencias estimulantes; escasa cohesión y adaptabilidad familiar.

– Protección: amplitud de la familia (menos de cuatro hijos/as); ambiente familiar estructurado y con buena organización; vínculos afectivos sólidos con al menos un cuidador estable; cohesión familiar adecuada.

- Características de apoyo social de los integrantes de la familia.

– Adversidad: tamaño de red social reducido; escaso contacto interpersonal; alta necesidad de apoyo social, especialmente en el ámbito emocional; dependencia de fuentes de apoyo formal; problemas de cohesión social; contactos frecuentes con otros iguales problemáticos; los menores como fuente de apoyo social para los adultos.

– Protección: red de apoyo informal amplia y de calidad; presencia de agentes sociales que actúan de modelos positivos, por ejemplo los profesionales u otros iguales ajustados.

Circunstancias de adversidad y protección externas a la familia.

A continuación se hace referencia a otros elementos que han demostrado su presencia en estos contextos de riesgo y que, sin formar parte exclusivamente del microsistema familiar, se consideran importantes para comprender el funcionamiento de estos hogares.

- Relacionadas con la escuela.

– Adversidad: absentismo y fracaso escolar; actividades extraescolares poco atractivas y mal organizadas; falta de colaboración e implicación de los progenitores por las cuestiones escolares de sus menores.

- Protección: experiencias escolares o extraescolares satisfactorias; percepción positiva de la escuela por parte de los progenitores; colaboración familia y escuela.

➢ Relacionadas con el vecindario y la comunidad.

- Adversidad: valores y actitudes negativas, violencia frecuente y valorada como recurso, difícil acceso a recursos institucionales, débil identidad como comunidad; falta de acceso a recursos comunitarios que se ofrecen para la ciudadanía; programas de intervención no ajustados a las necesidades reales de las personas.

- Protección: participación en otros contextos de socialización formales y reglados, por ejemplo asociaciones; sentimiento de pertenencia al barrio; buen equipamiento y organización de Servicios de preservación familiar; programas de intervención ajustadas a las necesidades reales de la población en riesgo.

➢ Relacionadas con la sociedad en general y su cultura.

- Adversidad: crisis política o económica de la nación; ideología inadecuada respecto a la infancia (estatus, derechos, responsabilidad pública o privada); legislación insuficiente o incorrecta en materia de menores y familia; medidas sociopolíticas escasas o inadecuadas; diversidad cultural: segregación y discontinuidad intercultural; problemas de coordinación en los Servicios de atención a la familia y sus menores.

- Protección: políticas de apoyo al fomento de la parentalidad positiva; medidas sociopolíticas que facilitan el acceso a recursos básicos (sanidad o educación) y lo independicen del nivel socioeconómico; variabilidad en los servicios de apoyo en materia de infancia y familia para un mejor ajuste a las necesidades de estos entornos.

Para finalizar, recientemente se ha dado un paso adelante en la investigación del riesgo familiar analizando la **transmisión intergeneracional del riesgo psicosocial** en estas familias. La revisión teórica y empírica realizada por Serbin y Karp (2004) analiza la recurrencia de los problemas sociales, conductuales y de salud en sucesivas generaciones de familias. Los factores adversos que, según esta revisión, muestran continuidad intergeneracional son la maternidad/paternidad precoz, problemas de salud y desarrollo, patrones de crianza parental disfuncionales, historial delictivo o conductas antisociales y dificultades cognitivas y de aprendizaje. Esto significa que los menores de familias cuyos progenitores experimentan a lo largo de su vida estos elementos y/o circunstancias tienen una alta probabilidad de sufrir estas mismas experiencias debido al carácter recurrente de las mismas. No obstante, hay que decir que los estudios referidos en este trabajo, generalmente, no apoyan una transmisión de generación a generación directa, sino que esta transferencia está sujeta a la presencia o ausencia de otros factores mediadores como, por ejemplo, los estilos parentales que los progenitores con este historial de riesgo mantengan en las interacciones con sus menores. En concreto, la socialización parental es una de las dimensiones que ha despertado mayor interés entre los investigadores, precisamente por ser un elemento clave para que se produzca o se rompa la transmisión intergeneracional de algunas de estas experiencias negativas.

1.2. Mecanismos implicados en los modelos de riesgo y protección.

Desde una perspectiva procesual de la adversidad y la protección familiar, el análisis por separado de cada uno de los elementos implicados en las situaciones de riesgo no explica en su totalidad los comportamientos desadaptativos de los miembros que residen en hogares con problemas. El desarrollo humano se ve alterado, en mayor o menor medida, en función de los mecanismos o procesos que relacionan entre sí los elementos comentados anteriormente. No obstante, estos procesos no siguen un curso prefijado o pre-establecido sino que la persona desempeña un papel activo, resultando la relación que los elementos de riesgo y protección guarda con la adaptación personal meramente probabilística (Cicchetti y Toth, 1997).

1.2.1. Aproximaciones tradicionales.

En la literatura sobre esta temática Menéndez (2003), en una extensa revisión sobre el tema, encuentra dos interpretaciones teóricas diferentes para explicar la incidencia que tienen los elementos adversos y de protección en el desarrollo personal: la aproximación cuantitativa y la cualitativa. Ambas aproximaciones son acordes con la *hipótesis de la causación social*, la cual considera a los factores de riesgo antecedentes de los problemas de adaptación personal.

La **aproximación cuantitativa** defiende la idea de que es la acumulación de un elevado número de factores adversos o de riesgo la que explica el comportamiento desajustado de las personas (Sameroff y Fiese, 2000). Existen evidencias empíricas que apoyan el efecto acumulativo del riesgo en la aparición de problemas en el desarrollo de los menores (e.g., Friedman y Chase-Lansdale, 2002; Oliva, Jiménez, y Parra, 2009; Oliva, Jiménez, Parra y Sánchez-Queija, 2008; Rutter y Quinton, 1984; Trigo, 1998). En este sentido, un estudio longitudinal desarrollado por Sameroff y colaboradores (Sameroff, Seifer y McDonough, 2004) demuestra que los niños expuestos a cuatro o más factores de riesgo tienen seis veces más probabilidades de presentar comportamientos desadaptativos que los menores expuestos a un menor número de elementos de este tipo.

Esta perspectiva es heredera del modelo ecológico-transaccional, que considera que los problemas del individuo son el resultado de la combinación de factores de riesgo situados en diferentes niveles ecológicos. Los seguidores de esta aproximación asocian el grado de riesgo personal al número de elementos presentes en los diferentes niveles de análisis, esto es, a nivel individual, microsistémico, mesosistémico, exosistémico y macrosistémico. Desde este enfoque, existe cierta tradición en clasificar a las personas que conforman las muestras de estudio en diferentes grupos de riesgo atendiendo al número de elementos o circunstancias negativas presentes en sus vidas. Ejemplos de ello son el estudio de Kraemer y colegas (1997) y el de Menéndez y colegas (2010), que diferencian distintos grados de riesgo familiar atendiendo a la acumulación de circunstancias estresantes. A lo largo de esta revisión teórica se mencionan otros ejemplos de estudios que analizan la incidencia de la acumulación de factores adversos sobre el ajuste de los progenitores, los menores, e incluso sobre la dinámica y el funcionamiento familiar.

Por otra parte, la **aproximación cualitativa** pone el énfasis en el número pero también en el tipo de elementos de protección que acompañan a los de adversidad y en las relaciones que se establecen entre ambos. Desde este enfoque se enfatiza la necesidad de estudiar la especificidad de los elementos en relación con los problemas de desarrollo. Los estudios centrados en esta aproximación analizan la relación entre determinados factores de riesgo y protección con los dominios específicos de adaptación. Desde esta perspectiva uno se aleja de la postura que considera estos elementos exclusivamente de forma aditiva para acercarnos también a un análisis más individualizado de los mismos (Menéndez, 2003).

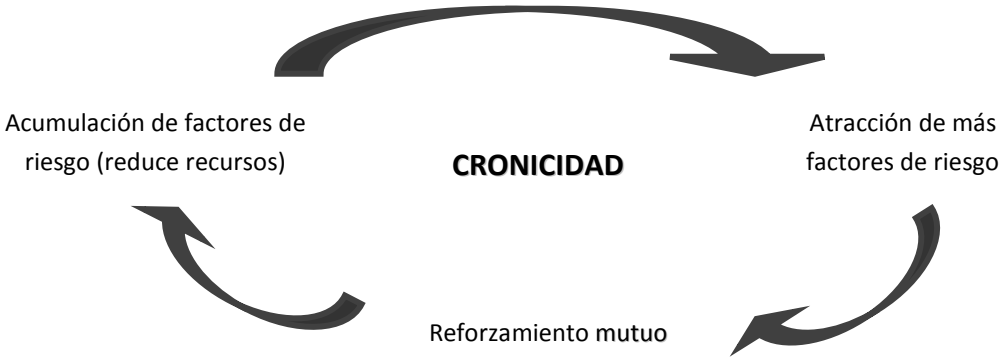
1.2.2. Aproximaciones contemporáneas.

En la actualidad se presentan modelos que integran ambas aproximaciones, la cuantitativa y la cualitativa, y toman en consideración tanto el número como el tipo de factores de adversidad y de protección para explicar los problemas de adaptación personal de los individuos que viven en contextos con dificultades.

Un claro ejemplo de ello es el modelo de Rutter (1987, cit. en Menéndez, 2003) de las **trayectorias transaccionales**. Por un lado, este enfoque pone énfasis en un rasgo muy característico de los factores de riesgo que ya ha sido mencionado anteriormente, su asociación probabilística. Según este autor, los elementos adversos tienen cierta tendencia a atraerse y reforzarse entre sí, conformando ambientes de riesgo múltiple altamente amenazantes para las personas que viven en ellos. Más recientemente, diversos autores como Osofsky y Thompson (2000) y Cowan y colaboradores (1996), afirman que los factores de riesgo tienden a multiplicarse y amplificar sus efectos a medida que se van acumulando. Tal y como comentó Rutter en la década de los 80 estas familias se caracterizan por presentar trayectorias de riesgo transaccional, viéndose sometidas a un continuo de estresores cada vez más numeroso y potente que minan sus estrategias de afrontamiento (Figura 1). Este autor argumenta que el principal problema de los elementos de adversidad no es su impacto asilado sino el que se deriva de su cronicidad y su influencia sobre otros, ya que su presencia aumenta la probabilidad de que se den nuevas circunstancias de riesgo debido a que merma los recursos de los que dispone la persona para afrontar con éxito nuevos sucesos estresantes.

Por otro lado, este reforzamiento mutuo no se considera únicamente propio de los elementos adversos. En este sentido, Rutter (1987, cit. en Menéndez, 2003) y Werner (2000) destacan que los factores de protección también tienden a atraerse entre sí y a formar parte de un proceso de atracción mutua. Estas trayectorias de protección transaccional contribuyen a generar individuos bien adaptados ante el riesgo y eficaces en su manera de afrontar las circunstancias adversas, por lo que fomentar la aparición de elementos protectores en la vida de estas personas, por ejemplo sus redes de apoyo social, puede contribuir notablemente al desarrollo positivo de los miembros de una familia con condiciones adversas, debido al efecto de atracción que genera ese factor de protección sobre otros elementos positivos.

Figura 1. Trayectorias de riesgo transaccional en ambientes de alto riesgo (Rutter, 1987, tomado de Menéndez, 2003).



Este planteamiento integrador conduce a entender a ciertas familias como posibles contextos de alto riesgo no por el simple hecho de que en su seno existan determinados factores de riesgo, sino también por la relación que se establece entre esas circunstancias y otros elementos adversos y positivos. Así, por ejemplo, tradicionalmente se considera la monoparentalidad o la maternidad adolescente como situaciones de alto riesgo que amenazan el desarrollo de los menores. Sin embargo, análisis más minuciosos confirman que ser madre adolescente o encabezar un hogar monoparental no supone en sí mismo un riesgo para el desarrollo infantil y adolescente, sino que son otros factores asociados a estas situaciones (e.g., recursos económicos insuficientes, un solo cuidador y un único sueldo) los responsables de los efectos negativos que se encuentran a menudo en los menores que crecen en estos hogares. Asimismo, más adelante se analizará cómo la presencia de factores protectores, por ejemplo un estilo educativo adecuado o una alta cohesión familiar, pueden minimizar los efectos negativos asociados a estas situaciones.

Además, cuando los procesos de riesgo y protección son tratados desde una perspectiva probabilística y no determinista, se observa que a los elementos de adversidad no se les asocian siempre los mismos efectos en todas las situaciones y en todos los ámbitos del desarrollo. Con ello se resalta la noción de **especificidad de los procesos de riesgo y protección**.

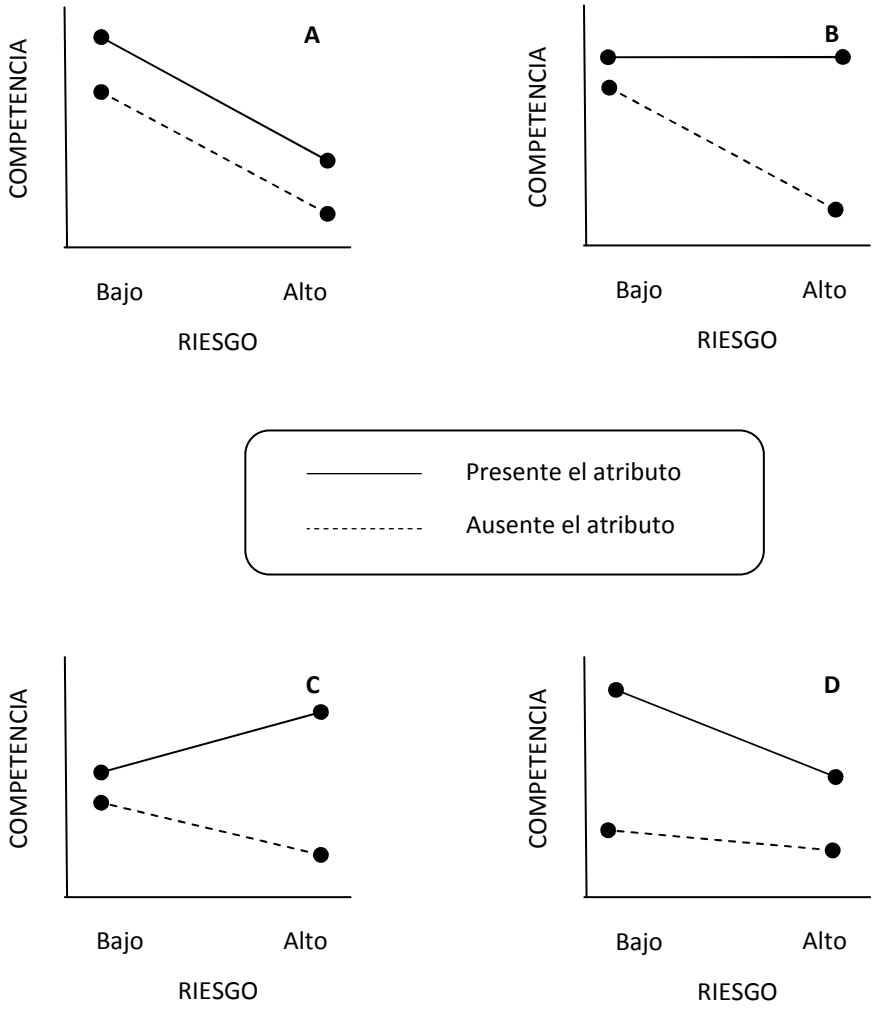
En esta perspectiva se enmarcan aquellos estudios que muestran la especificidad de predictores del ajuste positivo en contextos de riesgo (Rutter, 1990). A modo de ejemplo, los trabajos de David Dubois encuentran que los efectos del apoyo escolar parecen ser especialmente beneficiosos para los menores que viven en condiciones de importante desventaja socioeconómica. Este resultado sugiere que la escuela ejerce un papel protector más potente para menores de contextos altamente adversos, debido posiblemente a que la escasez de experiencias positivas externas al contexto escolar incrementa el efecto positivo que ejerce la escuela (Dubois et al., 1994). Del mismo modo, mientras que los estilos educativos caracterizados por un estricto control son asociados a mayores desórdenes de funcionamiento en menores de población comunitaria, existen algunas evidencias sobre

cómo éstos pueden actuar como promotores de ciertos comportamientos adaptativos en contextos familiares y sociales de riesgo (Baldwin et al., 1993; Luthar, 1993).

Por otro lado, todas las personas no responden de la misma manera a la adversidad; de hecho, se observa que incluso con los factores de riesgo más robustos, los resultados en competencia o adaptación pueden llegar a ser bastante diferentes según las características de la dimensión estudiada, es decir, extiste también una especificidad en los efectos de la adversidad. En consonancia con los resultados que se han expuesto anteriormente, se observa que la presencia de elementos de adversidad puede exhibir una diversidad de efectos diferentes. A modo de ejemplo, diferentes estudios muestran que los menores con progenitores depresivos pueden mostrar una amplia gama de resultados tanto adaptativos como desadaptativos. Algunos autores señalan que esta diversidad parece ser aún mayor en los contextos de riesgo, revelando que ningún menor manifiesta una adaptación global positiva ante condiciones muy adversas (Egeland, Carlson y Sroufe, 1993). Estos resultados ponen de manifiesto la importancia de que los investigadores tengan en cuenta tanto la especificidad de los efectos como la diversidad de los mismos, es decir, es de suma importancia que se especifiquen los ámbitos particulares de ajuste a los que sus datos se aplican y se deje claro que el éxito en unos dominios no implica en absoluto una adaptación positiva en todos los demás (Cichetti y Garmezy, 1993; Luthar, 1993).

Desde esta perspectiva procesual, interactiva y de especificidad, un análisis minucioso de los efectos de combinación entre elementos de adversidad y protección puede aportar una información muy relevante para identificar cuáles son los factores que mejor protegen a los individuos ante situaciones de riesgo concretas. A continuación se expone el trabajo de Luthar (1993) en el que la autora se interesa por averiguar las posibles incidencias que los factores de protección pueden ejercer sobre los resultados de adaptación de un individuo en función de su nivel de riesgo, y establece al respecto una **taxonomía de elementos de protección** (Figura 2). En concreto, hace referencia a cuatro posibles tipos de factores protectores. Primero, los tradicionales, entendidos como aquellos que proporcionan niveles de adaptación similar, sin importar el riesgo presente (Situación A). Segundo, los estabilizadores, referidos a aquellos que conceden niveles comparables de competencia a pesar del creciente riesgo (Situación B). Tercero, los de mejora, los cuales aumentan la competencia del individuo ante situaciones de riesgo alto; es decir, protegen al individuo ante la adversidad y por lo tanto su competencia aumenta a medida que acrecienta el riesgo (Situación C). Y por último, los reactivos, que confieren ventajas para el individuo tanto en condiciones de alta adversidad como de baja adversidad, aunque son particularmente eficaces en estas últimas (Situación D). En definitiva, esta taxonomía muestra la importancia que los elementos de protección cobran en la evaluación del riesgo.

Figura 2. Efectos ilustrativos de variables moderadoras en interacción con el estatus de riesgo y en relación con los resultados en competencia. Tipos de factores de protección: (A) Tradicional o clásico; (B) Estabilizador; (C) De mejora; (D) Reactivo. (Tomado de Luthar y otros, 2000).

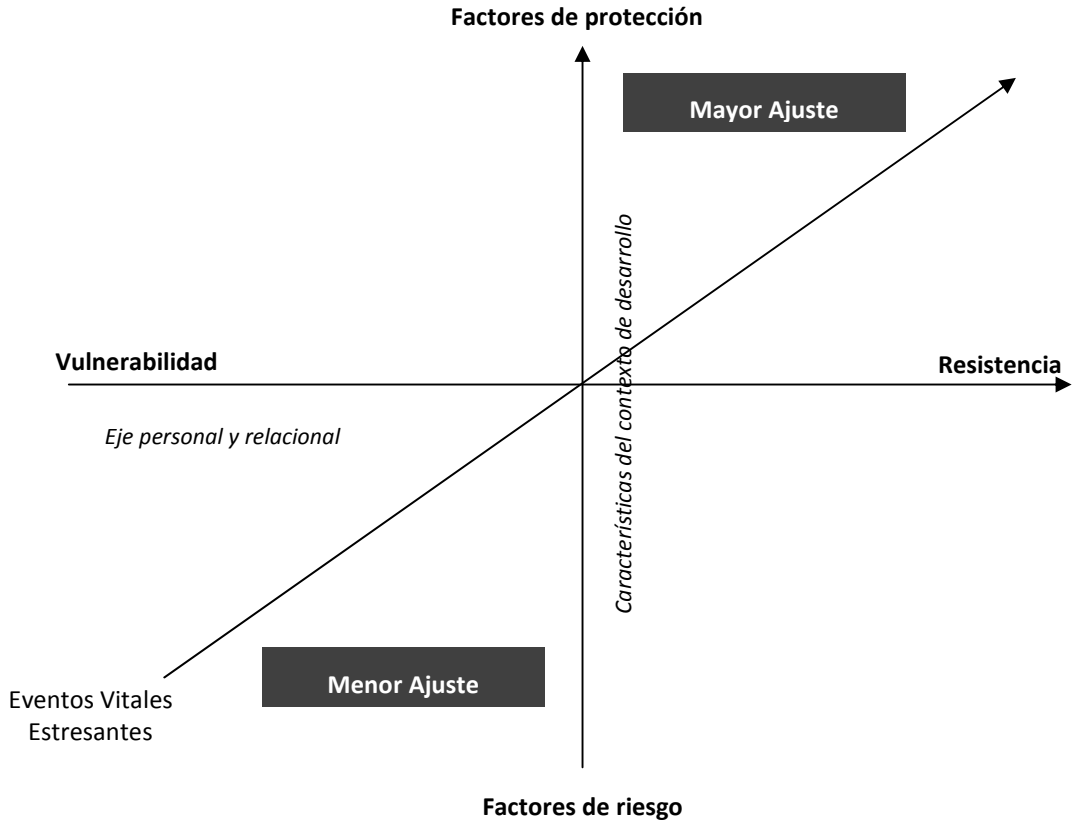


Para finalizar con la presentación de propuestas contemporáneas referidas a los modelos de riesgo y protección, este apartado finaliza con la presentación de un planteamiento teórico que integra muchos de los elementos y mecanismos referidos anteriormente: el **modelo multidimensional del ajuste personal y social según el riesgo y la protección**. Esta propuesta supone uno de los primeros acercamientos nacionales a la comprensión y explicación de la etiología del funcionamiento familiar de los contextos de riesgo así como a los problemas de ajuste personal y social que desarrollan los miembros de estas familias, desde un punto de vista integrador e interactivo. Este modelo es presentado por primera vez por Juan Carlos Martín en su Tesis Doctoral en el año 2005, y ha sido publicado posteriormente por Rodrigo y colaboradores (2008) en su libro *Preservación Familiar. Un enfoque Positivo para la Intervención con Familias*.

Desde este modelo se entiende que el ajuste personal y social de una persona va a depender de la interacción de varias dimensiones estructuradas en tres ejes (ver Figura 3). Atendiendo a la clasificación de los elementos realizada según la naturaleza de los mismos, se habla de un primer eje relacionado con las características propias del contexto de desarrollo

(factores de riesgo y protección) y de un segundo eje referido a las características personales de los individuos (vulnerabilidad y resiliencia). Por un lado, la dimensión personal y relacional de este modelo considera que las personas pueden presentar algunas carencias en su desarrollo personal que las hacen más vulnerables, pero también es posible que dispongan de potencialidades o fortalezas que las hacen más resistentes a las adversidades. Desde este modelo se señalan como factores de vulnerabilidad el género, la hiperactividad o las complicaciones perinatales; mientras que el humor, el optimismo vital o la buena competencia social son ejemplificados como factores de resiliencia. Por otro lado, la dimensión referida a las características del entorno comprende los factores de riesgo y protección. Como se ha descrito anteriormente, los elementos de riesgo aumentan las posibilidades de desajuste personal y social mientras que los de protección amortiguan los efectos negativos del riesgo cuando éste se presenta. A modo de ejemplo, como indicadores de riesgo se mencionan el bajo nivel de estudios, la precariedad económica, la acentuada desintegración social, etc; y como elementos protectores la participación y responsabilidad en la comunidad y el grado de apoyo personal, social y familiar.

Figura 3. Modelo multidimensional del ajuste personal y social según el riesgo y la protección (tomado de Rodrigo y colegas., 2008).



Además de los elementos referidos anteriormente, Martín (2005) incluye un tercer eje refiriéndose con éste a la vivencia de sucesos estresantes. Como se puede apreciar, desde esta propuesta teórica los acontecimientos vitales estresantes experimentados en el contexto familiar adquieren un especial protagonismo para evaluar la prevalencia de los

problemas de ajuste. La presencia de tales eventos va a exigir un mayor grado de reestructuración y cambio en la vida de las personas o de la familia que probablemente añada mayor inestabilidad a sus vidas y, por esta razón, deben ser considerados en el estudio con familias en situación de riesgo. Anteriormente se vió que tanto los factores de riesgo-protección como los de vulnerabilidad-resiliencia no son elementos firmes y estáticos, sino que están sujetos al cambio. Así, la presencia de experiencias vitales estresantes podría potenciar considerablemente el impacto negativo que los factores de riesgo y vulnerabilidad ejercen sobre el ajuste personal. No obstante, este tercer eje no solo hace referencia a la frecuenca de los eventos, sino que también contempla el impacto emocional que genera en la persona, de este modo, la misma circunstancia vital puede generar distintos niveles de estrés en diferentes personas. En este sentido, el equilibrio entre el riesgo-protección y la vulnerabilidad-resiliencia se verá más amenazado si existen muchos eventos estresantes que afrontar y además éstos son valorados de forma negativa.

Por lo tanto, según el modelo de Martín (2005), el ajuste personal y social de los individuos está determinado por la confluencia de varias dimensiones. Así, cuando en un individuo predominan los factores de protección sobre los de riesgo, se dispone de recursos necesarios y suficientes para afrontar la adversidad y apenas se experimentan eventos estresantes, se puede afirmar que la persona tendrá un mejor ajuste personal y social que cuando se crece en un contexto en el que predominan los elementos de riesgo, la persona posee características individuales que la hace vulnerable y está expuesta a eventos estresantes de suma importancia.

Rodrigo y colaboradores (2008) extrajeron, a raíz de esta propuesta, una serie de presupuestos importantes para la evaluación e intervención con familias en situación de riesgo psicosocial. Primero, las situaciones familiares adversas deben ser consideradas como un continuo de normalidad, bajo, medio y alto riesgo. Desde este enfoque, se descarta que todas las familias normales tengan todos los factores a su favor mientras que las familias en riesgo posean todos los factores en su contra, es decir, es una cuestión de grado y no dicotómica. Segundo, las situaciones familiares deben ser valoradas tanto por sus debilidades o problemas como por sus potencialidades y fortalezas. Tercero, la intervención con familias en situación de riesgo debe ser multidimensional, acorde con el carácter multideterminado de las situaciones de inestabilidad familiar. Según este presupuesto, la intervención con estas familias debería tener como objetivo modificar el modo en el que confluyen los elementos de protección y riesgo, así como la vulnerabilidad y resiliencia. La finalidad de este objetivo es lograr un nuevo equilibrio, el cual se alcanzaría solo cuando además de conseguir que disminuya la vulnerabilidad y el riesgo conseguimos que aumente la resiliencia y la protección. Cuarto, el número de sucesos estresantes es un factor a tener en cuenta, ya que el nuevo equilibrio se verá más amenazado si la acumulación de eventos negativos es alta. Por último, de cara a la intervención debemos de pasar del modelo de funcionamiento familiar ideal al modelo resiliente.

En síntesis, recapitulando las aportaciones teóricas y empíricas comentadas hasta ahora, en este trabajo no se parte de la existencia de factores de riesgo y protección universales para todos los individuos. El efecto de los mismos puede variar por ejemplo en función de la

edad específica de las personas, de las características del entorno de riesgo o de la especificidad de las áreas de funcionamiento que se interesen evaluar. Para poder apreciar realmente los determinantes de la adaptación en contextos de riesgo se requiere atender a la amplia constelación de factores ecológicos en los que los individuos y sus familias se integran, a los mecanismos subyacentes de los procesos de riesgo y protección. Este análisis de conjunto requiere de la constatación empírica de modelos teóricos integradores que relacionen los aspectos tratados anteriormente. No obstante, las propuestas integradoras no deben quedarse únicamente en planteamientos teóricos sino que estos modelos deben ser constatados empíricamente para demostrar su consistencia.

2. Las familias usuarias de los Servicios Sociales por razones de preservación familiar.

Los modelos de riesgo y protección han promovido un mejor entendimiento de las familias que se encuentran en situación de riesgo psicosocial. Además, los avances teóricos y empíricos al respecto han contribuido notablemente a los cambios de legislatura acontecidos en los últimos años y, por consiguiente, a optimizar las intervenciones desarrolladas desde las administraciones e instituciones públicas para atender a estos hogares. En nuestro país los SS.SS., principales responsables de la intervención de las familias en situación de riesgo psicosocial, han evolucionado mucho en las últimas décadas. Como se comentará más adelante, la muestra de este estudio ha sido seleccionada íntegramente por los profesionales de este dispositivo de protección social; por esta razón, las siguientes páginas se centran en explicar el trabajo de evaluación e intervención que los profesionales responsables de estos servicios realizan con estas familias.

Para comprender las características que reúnen las familias con las que los SS.SS. están trabajando es necesario conocer el funcionamiento por el cual se rige este organismo. Por ello, se presenta a continuación una descripción de los SS.SS. en la comunidad autónoma de Andalucía, de su organización y sus niveles de funcionamiento para, en un segundo momento, exponer la evolución histórica y organización actual que acompaña a los SS.SS. en materia de preservación familiar.

2.1. Organización y funcionamiento de los Servicios Sociales en Andalucía.

EL modelo actual de los SS.SS. parte del concepto de sociedad democrática planteada en la Constitución Española, cuando en su artículo 1 manifiesta que "*España se constituye en un Estado social y democrático de derecho*" lo que conlleva la concepción de que el Estado debe estar implicado en la consecución de fines sociales, por lo que se habla también de un estado de bienestar que favorece la creación de prestaciones sociales para los individuos. No obstante, el texto constitucional no contempla de forma directa este Servicio, aunque sí hace un reconocimiento implícito al derecho a éste. En virtud del artículo 148 de la Constitución, la competencia en materia de SS.SS. se les otorga a las comunidades autónomas, y cada una de ellas inicia desde entonces un proceso de elaboración y aprobación de leyes que responden a

una estructura similar y un propósito idéntico: la implantación del Sistema Público de Servicios Sociales.

En el caso de Andalucía, la ley de Servicios Sociales (Ley 2/1988, de 4 Abril) señala como objeto de la misma "regular y garantizar en el ámbito de la comunidad autónoma andaluza un Sistema Público de Servicios Sociales que ponga a disposición de las personas y de los grupos en que ésta se integra recursos, acciones y prestaciones para el logro de su pleno desarrollo, así como la prevención, tratamiento y eliminación de las causas que conducen a su marginación" (art.1). Este sistema se inspira, según el artículo 2, en los principios siguientes:

1. Responsabilidad pública: mediante la adscripción a los poderes públicos de recursos financieros, humanos y técnicos adecuados a la consecución de los objetivos propuestos.

2. Solidaridad: mediante la justa distribución de los recursos tanto entre las personas y grupos sociales como entre los distintos ámbitos territoriales, a fin de fomentar la colaboración y los apoyos recíprocos y superar las condiciones que dan lugar a la marginación.

3. Igualdad y universalidad: mediante la atención a todos los ciudadanos sin discriminación alguna por razón de sexo, estado, raza, edad, ideología o creencia.

4. Participación: mediante la intervención de los ciudadanos y usuarios, a través de los cauces adecuados, en la promoción y control de los SS.SS.

5. Prevención: mediante la adopción de medidas orientadas hacia la eliminación de las causas de la marginación.

6. Globalidad: a través de la consideración integral de la persona y de los grupos sociales y no sólo de sus aspectos parciales.

7. Normalización e integración: por razón de la utilización de los cauces normales que la sociedad establece para la satisfacción de las necesidades sociales y culturales, respetando el medio familiar, el entorno social y el derecho a la diferencia.

8. Planificación y coordinación: mediante la adecuación de los recursos a las necesidades sociales y la armonización de las iniciativas públicas entre sí, y de éstas con la iniciativa social.

9. Descentralización: mediante el progresivo desplazamiento de la gestión de los SS.SS. hacia los órganos e instituciones más próximas al usuario.

En definitiva, estos servicios comprenden "aquellos recursos, actividades y prestaciones organizadas para la promoción del desarrollo de los individuos y grupos sociales para la obtención de mayor bienestar personal y una mejora calidad de vida, así como para la prevención y eliminación de la marginación social" (art. 4) y se estructuran de acuerdo a las siguientes modalidades: "Servicios Sociales Comunitarios y Servicios Sociales Especializados" (art.5).

En el artículo 1 del Decreto 49/1986, de 5 de marzo, por el que se crean los **SS.SS.CC. de Andalucía**, se definen éstos como:

> el núcleo fundamental de prestación de Servicios Sociales que dirigidos a todos los ciudadanos y organizados bajo la responsabilidad pública, tienen por objeto el logro de una política integradora mediante la utilización de todos los recursos sociales, con la finalidad de crear mejores condiciones de vida para el pleno desarrollo de los individuos, grupos y comunidades, a través de la atención integradora y polivalente a la población residente en la zona que constituye el ámbito de actuación de los Servicios Sociales Comunitarios.

En este sentido, los SS.SS.CC. (también llamados de base o de atención primaria) se entienden como la estructura básica del Sistema Público de los Servicios Sociales de Andalucía, su primer nivel de actuación para el logro de unas mejores condiciones de vida de la población, y la optimización del desarrollo de los individuos o grupos sociales que la integran. La responsabilidad y protagonismo de este dispositivo de base recae sobre las corporaciones locales, es decir, Ayuntamientos y Diputaciones.

Las áreas de actuación de los SS.SS.CC. son: (1) la atención y promoción del bienestar de la familia y de las unidades de convivencia alternativa; (2) la atención y promoción del bienestar de la infancia y adolescencia; (3) la atención y promoción del bienestar de la vejez; (4) la atención y promoción del bienestar de las personas con deficiencias físicas, psíquicas y sensoriales; (5) la prevención de todo tipo de drogodependencias en colaboración con los servicios sanitarios correspondientes; y (6) la prevención y eliminación de cualquier discriminación por razón de raza, sexo o cualquier otra condición o circunstancia personal o social. La polivalencia de estas áreas de actuación pone de manifiesto el carácter universal y globalizador del Servicio y, por tanto, prevé una alta heterogeneidad en las características de los usuarios que están siendo atendidos por los mismos.

Los principios de este tipo de servicios, a su vez, se concretan en una serie de prestaciones específicas que quedan recogidas en el artículo 10 de la citada Ley (Ley 2/1988):

1. Información, Valoración, Orientación y Asesoramiento al ciudadano. Esta prestación tiene como cometido: 1) informar a los ciudadanos sobre sus derechos y los recursos sociales existentes en el ámbito de los SS.SS.; y, 2) detectar y analizar los problemas de los distintos sectores de la población, con objeto de conseguir una mayor planificación de este Servicio Público.

2. Cooperación Social. Con esta prestación se pretende promover y potenciar la vida comunitaria, impulsando el asociacionismo.

3. Ayuda a Domicilio. Prestación atencional de carácter doméstico, social y de apoyo personal a individuos o familias, facilitándoles la autonomía en su medio habitual.

4. Convivencia y Reinserción Social. Esta prestación tiene la función de buscar alternativas al internamiento en instituciones de las personas que se encuentren en condiciones de marginación, procurando la incorporación de todos los ciudadanos a la vida comunitaria.

5. Prestaciones complementarias como son las ayudas de emergencia social, ayudas económicas familiares, u otras que la dinámica social exiga.

Para la consecución de los fines previstos, la ley de SS.SS. de Andalucía propone, en su artículo 9, que los SS.SS.CC. se desarrollen en Zonas de Trabajo Social (ZTS), entendidas éstas como "*demarcaciones susceptibles de servir como unidades adecuadas para la prestación eficaz de los servicios que en ellas se llevan a cabo"*. Para su puesta en marca el Decreto 49/1986, de 5 de marzo, dispone que las ZTS se desarrollen en el marco de Unidades de Trabajo Social (UTS), constituyéndose éstas como zonas geográficas similares en relación con el nivel de vida y las necesidades sociales de la población residente en las mismas. Desde esta perspectiva, las UTS se configuran como las unidades administrativas y territoriales sobre las que recae la función primordial de la atención a la ciudadanía en su acceso a los SS.SS.CC. o su derivación a los Servicios Sociales Especializados que precisen. Éstos son considerados por tanto la "puerta de entrada" al Sistema Público de Servicios Sociales de Andalucía.

En contraposición a los servicios de base o atención primaria, los **Servicios Sociales Especializados** se definen por el artículo 11 de la Ley 2/1988 como "*aquellos dirigidos a sectores de la población con problemáticas definidas que, por precisar de un tratamiento particular o técnicamente complejo, o de una prestación específica, no pueden resolverse desde los principios sociales de atención primaria*". Son considerados el segundo nivel de la estructura organizativa de este dispositivo de protección social, un nivel superior de intervención en virtud de la complejidad y el grado de especialización técnica que requieren. Normalmente, estos servicios son gestionados desde la comunidad autónoma, aunque es evidente que requieren una estrecha conexión con los SS.SS.CC.

Los sectores de población que atiende son: (1) la familia, infancia, adolescencia y juventud, para la promoción social de los jóvenes y niños, atendiendo la problemática que incide en su bienestar y, especialmente, las disfunciones que se producen en su medio familiar, compensándolas o corrigiéndolas; (2) la tercera edad, para promover su integración y participación en la sociedad, favoreciendo su mantenimiento en el medio habitual, y evitando su marginación; (3) las personas con deficiencias físicas, psíquicas y sensoriales, con el objeto de posibilitar su integración social promoviendo y favoreciendo la prevención y rehabilitación integral; (4) los toxicómanos, con la finalidad de desarrollar actuaciones de prevención y reinserción social de alcohólicos y otros drogodependientes; (5) las minorías étnicas, con el objeto de promover actuaciones que generen, de modo real y efectivo, su igualdad social con respecto al resto de los ciudadanos andaluces, prestando una atención especial a la comunidad gitana; (6) grupos con conductas disociales, para incidir en la prevención y tratamiento social de la delincuencia y la reinserción de los ex reclusos; y (7) otros colectivos sociales que requieran una intervención psicosocial especializada.

A pesar de las dificultades y de las críticas recibidas, el balance de los SS.SS. en Andalucía como instrumento de política social debe ser considerado positivo. Las estadísticas en relación a los tipos de prestaciones ofrecidas muestran el elevado volumen de familias que han recibido la ayuda de los SS.SS. en los últimos años. Así, por ejemplo, la memoria anual del 2005-2006 presentada por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2007) puso de manifiesto que los centros de SS.SS. de nuestro país, sin incluir País Vasco y Navarra,

atendieron a un total de 4.641.446 usuarios, lo que arroja un porcentaje de un 11% con respecto a la población de referencia. No obstante, se adolecen de investigaciones centradas en estudiar el perfil de familias que demandan o reciben un tipo de prestaciones u otras. Asimismo, a pesar de que existe la obligación, derivada de un plan concertado, de volcar la información en el SIUSS (Sistema Informático de Usuarios de los SS.SS.), según el Defensor del Pueblo de Andalucía esta obligación se cumple solo en un 50% de los casos. Si la falta de información sociodemográfica de la población usuaria es relevante, aún es mayor la escasez de información de carácter psicológico. Las consecuencias de estas carencias informativas pueden estar perjudicando el tipo de intervenciones que se están desarrollando por parte de los SS.SS., no llevándose a cabo actuaciones acordes con las necesidades reales de los usuarios. En este sentido, y como se detallará más adelante en el apartado, los objetos de este trabajo de investigación tratan este problema analizando las características individuales y relacionales de un grupo de usuarios específicos, los adolescentes de familias que están siendo atendidas por razones de preservación familiar.

2.2. La preservación y el fortalecimiento familiar como marco de actuación actual de los Servicios Sociales.

La evolución de los SS.SS. en materia de preservación familiar está íntimamente ligada a los cambios jurídicos acontecidos en las últimas décadas en el sistema de apoyo a familias y menores. A finales de los años 80, con la entrada en vigor de la ley 21/1987, se produce un cambio importante en el ámbito de la protección de menores. Las transferencias de las competencias de los Servicios de atención a la infancia a las comunidades autónomas ha conllevado la adopción de nuevas medidas y procedimientos para la intervención con menores y familias en dificultad cuya responsabilidad es asumida, mayoritariamente, por el Sistema Público de los Servicios Sociales.

La entrada en vigor de la legislación de protección infantil de 1987 promovió un cambio en la aceptación de los casos de protección de menores. Asímismo, el sistema evolucionó de la recepción pasiva de situaciones de maltrato infantil a la detección activa de la máxima cantidad de situaciones de riesgo, incluyendo casos de menor severidad (De Paul, 2009; Rodrigo et al., 2008). La mayor apertura del sistema derivó en el incremento del número de usuarios por desprotección infantil en todas las comunidades autónomas y, consecuentemente, se originó un cambio importante en los procedimientos de intervención. Se gestionaron nuevas actuaciones para impedir, en mayor medida, la separación del menor de su entorno familiar, desarrollando programas y recursos alternativos. Se promovió el tratamiento individualizado de cada situación familiar con el objetivo de aumentar las probabilidades de eficacia con la intervención, lo cual exigió un aumento en la diversidad y complejidad organizativa del sistema. Desde este enfoque, se conformaron los nuevos equipos de trabajo multidisciplinares donde la incorporación de los psicólogos se produjo paulatinamente (De Paul, 2009).

Esta filosofía de cambio en la atención a la infancia y la adolescencia ha derivado en que la **Ley Orgánica 1/1996 de Protección Jurídica del Menor** asigne a los poderes públicos la obligación de asegurar la protección social, económica y jurídica de la familia, y dentro de

ésta, con carácter singular, la de los menores. En esta legislación, se distinguen dos tipos de situaciones de desprotección social para los menores. Primero, las situaciones de desamparo, asumidas mayoritariamente por los Servicios Sociales Especializados dependientes directamente de la administración autonómica, que comprenden casos de alta gravedad y que conllevan, mayoritariamente, medidas de acogimiento y adopción. Segundo, las situaciones declaradas en riesgo, asumidas preferentemente por los SS.SS.CC., para referirse a los casos en los que un menor se encuentra en situación de desprotección, pero ésta no alcanza la gravedad suficiente para proceder a la declaración de desamparo y por tanto, a la separación del menor de su familia de origen. Esta conceptualización de riesgo permite una detección más temprana de los casos y una intervención más prolongada que la de la inminente separación (Rodríguez, Camacho, Rodrigo, Martín, y Máiquez, 2006). En este sentido, de la propia definición de riesgo se desprende un enfoque muy claro de carácter preventivo y positivo, con actuaciones orientadas a disminuir los factores adversos y a promover los de protección, tanto en el menor como en su familia (Rodrigo et al., 2008).

Desde esta filosofía se va construyendo también un sistema que pasa de centrarse exclusivamente en la infancia a incorporar la noción de familia como objetivo de la atención en el ámbito de la intervención con menores. Los SS.SS. de atención a la familia y a la infancia tienen como cometido, con respecto a los menores de edad, la salvaguarda de sus derechos y, de manera especial, el asegurar que reciben la adecuada educación y protección por parte de sus cuidadores o responsables legales. En esta línea, en el año 2006, el **Consejo de Europa difunde unas recomendaciones para el fomento de la Parentalidad Positiva** donde indica la necesidad de conjugar acciones integradas y coordinadas de todos los sectores sociales, en los cuales se incluye a los SS.SS. como sector relevante, con la finalidad de contribuir a mejorar la calidad de la convivencia familiar, a proteger los derechos de los niños, y con ello a construir un futuro próspero de la sociedad (Martínez y Becedóniz, 2009). Este cambio de planteamiento implica que no es posible seguir entendiendo que la protección de menores o que sus problemas son asuntos que se resuelven exclusivamente trabajando con estos chicos y chicas, sino que se trata de un problema familiar e incluso social, que debe tratarse en su globalidad desde un enfoque positivo y fortalecedor de la familia.

En esta línea, los **SS.SS.CC.** se han materializado como los responsables de la prevención, detección e intervención de situaciones familiares en riesgo. Mediante la descentralización y la cercanía al ciudadano que los caracteriza, los servicios de base tienen un perspectiva privilegiada para estas funciones. De acuerdo con las prestaciones que ofrecen, y que se han comentado anteriormente, la organización de atención a las familias en situación de riesgo psicosocial en Andalucía se estructura de la siguiente manera: Servicio de Información, Valoración y Orientación (SIVO), Servicio de Convivencia y Reinserción (SECORE), los Equipos de Tratamiento Familiar (ETF) y el Servicio de Protección de Menores (SPM) y. Las características del trabajo específico que se desarrolla en cada nivel de actuación se exponen en la Tabla 1. Cabe destacar que para la parte empírica de este trabajo se ha contado con la colaboración de familias de los tres primeros niveles de riesgo.

Tabla 1. Organización de la atención a las familias según niveles de riesgo (tomado de Garrido, Casares, Grimaldi y Domínguez, 2009).

NIVEL DE RIESGO INFANTIL	RIESGO BAJO	RIESGO MEDIO	RIESGO ALTO	MENOR DESPROTEGIDO
Servicio por nivel de intervención	SIVO	SECORE	ETF	SPM
Nivel de intervención	Prevención primaria	Prevención primaria y secundaria	Prevención terciaria o tratamiento	Fiscalización o coerción
Recursos humanos	1 Trabajador Social	1 Trabajador Social 1-2 Educadores 1 Psicólogo	1 Trabajador Social 1Educador 1 Psicólogo	1 Trabajador Social 1Educador 1 Psicólogo
Ratios de población atendida	Población general (60 casos por técnico)	60-100 familias por equipo	30 familias por equipo	Más de 60 familias por equipo
Objetivo institucional	Información Orientación Cobertura de necesidades básicas Información en caso de desamparo	Prevención de riesgo bajo y medio a nivel comunitario y familiar Información en caso de desamparo	Tratamiento de riesgo alto Reinserción familiar Información en caso de desamparo	Gestión de casos de desamparo
Actuación del profesional	Favorecer el acceso a recursos	Trabajo comunitario grupal y familiar con padres, hijos, profesores…	Terapia, tratamiento psicológico, social y educativo con la familia	Toma de decisiones sobre la permanencia del menor en su domicilio

SIVO y SECORE constituyen la atención más inmediata aportada por los SS.SS.CC. de las corporaciones locales, teniendo como mandato la detección y superación de las situaciones de riesgo en la que se encuentren los menores, o bien la denuncia de los casos de desamparo. El SPM es el organismo que la comunidad autónoma establece para gestionar las medidas de protección de dichos menores. En un nivel intermedio entre la actuación de las corporaciones locales y la comunidad autónoma se ubican los ETF (Grimaldi, 2007). Los ETF surgen tras la firma de convenios concretos entre los Ayuntamientos y la Consejería para la Igualdad y Bienestar Social, y son conformados por equipos multidisciplinares procedentes del ámbito de la Psicología, el Trabajo Social y la Educación Social. Las familias que acuden a estos equipos de tratamiento vienen derivadas de estos dispositivos de protección o desde la Delegación Provincial para la Igualdad y Bienestar Social, donde los profesionales han valorado, tras una intervención previa, que se requiere un tratamiento especializado para obtener cambios significativos en la dinámica familiar que eviten la adopción de una medida de desamparo. En concreto, la formación de estos equipos persigue una doble finalidad: por una parte, presentar los derechos y promover el desarrollo integral de los menores evitando la separación de la familia y normalizando su situación, y por otra, tender a la reunificación familiar en aquellos casos que sea posible. Por lo tanto, los ETF se configuran como equipos especializados de tratamiento familiar y suponen el último recurso disponible en una lógica de intervención de menor a mayor intensidad antes de la toma de decisión del desamparo.

No existe un claro acuerdo acerca de los casos que deben ser entendidos como situaciones de riesgo, principalmente, por la dificultad que tiene evaluar la severidad del

riesgo. Como señala De Paul (2009) con la mera utilización del término "menor en situación de riesgo" seguirá resultando imposible saber si un profesional se refiere a un caso de "riesgo de desprotección", o un caso de "desprotección leve" con riesgo de que se produzca algún daño para el menor, o a un caso de "desprotección moderada" en donde hay riesgo de que se pueda alcanzar la situación de "desamparo". Los profesionales no disponen de un protocolo de evaluación sistemático y estandarizado que facilite la identificación y valoración de los casos de riesgo familiar. En este sentido, es muy probable que los profesionales responsables de los servicios no usen los mismos criterios para determinar el grado de riesgo de una familia. Por ello, algunos estudios con población usuaria de los SS.SS. focalizan su objetivo en la evaluación del riesgo de estas familias, y contrastan hasta qué punto el juicio clínico de los profesionales puede ser demostrado a nivel empírico o no. A continuación, se describen el planteamiento y los resultados de algunos de estos trabajos.

Garrido y Grimaldi (2009) en su estudio con 770 familias usuarias del Sistema Público de Servicios Sociales de Andalucía, contando con un total de 1518 menores evaluados mediante la Escala de Bienestar Infantil por los técnicos responsables de la intervención, encuentran diferencias entre las familias atendidas por unos u otros servicios. Los resultados obtenidos permiten una clasificación de dichos dispositivos atendiendo a la severidad del riesgo de las familias. Así, el SIVO atiende a familias con un nivel de riesgo fundamentalmente bajo, los SECORE a familias consideradas de riesgo medio y los ETF a familias de riesgo alto. Paralelamente, establecen una correspondencia entre servicio y tipo de intervención familiar desarrollada, de tal modo que, desde SIVO se desarrollan actuaciones de prevención primaria, desde SECORE acciones tanto de carácter primario como secundario, y finalmente los ETF se encargan de intervenciones de prevención terciaria o tratamiento. A pesar de estas correspondencias de los servicios por niveles de riesgo y tipo de intervención que establecen estos autores, los resultados de este estudio hay que tomarlos con cierta cautela. La información que se recoge en este trabajo para extraer tales conclusiones procede exclusivamente de la administración de un único cuestionario que, por muy potente que sea, ofrece una información parcial del desarrollo de los menores que residen en estos contextos y, además, no recoge información sobre el funcionamiento familiar.

Por su parte, Rodríguez y colegas (2006) desarrollan un estudio cuyo objetivo era discriminar niveles de riesgo entre las familias usuarias de los SS.SS.CC. en función de 42 indicadores de adversidad. Para ello, recogen información de 468 casos de menores y sus familias de las islas de Gran Canaria, Tenerife y La Palma y, además, obtienen una valoración general de riesgo (bajo, medio, alto) de cada caso por parte de los profesionales responsables de la intervención. Los resultados de este estudio muestran grandes concordancias entre las clasificaciones originales de riesgo realizadas por los técnicos de los SS.SS. y la clasificación pronosticada mediante los análisis discriminantes efectuados, excepto para los casos de riesgo medio, donde las discrepancias fueron mayores. Acorde con estos resultados, McCrae y Barth (2008), desde una aproximación cuantitativa del riesgo y en un estudio con menores maltratados que reciben prestaciones por parte de un sistema público similar al de los SS.SS.CC. de nuestro país, informan que un índice acumulativo del riesgo muestran ser en el 73% de los casos un indicador sensible para identificar a menores con problemas de salud mental, mientras que la opinión de los técnicos acierta en un 58% de los

casos. Por lo tanto, la discrepancia entre el indicador acumulativo del riesgo y el valorativo de los técnicos discrepa solo en un 15%.

Por consiguiente, los estudios de Garrido, Rodrigo y McCrae encuentran que existe una base empírica que apoya los juicios clínicos de los profesionales que ubican a las familias en uno u otro servicio según su percepción de riesgo. A pesar de las discrepancias observadas entre evaluaciones objetivas y subjetivas del riesgo, la experiencia de los técnicos no está tan alejada de lo que se puede prever con datos empíricos. No obstante, los estudios disponibles al respecto son escasos y dada la diversidad de familias existentes entre la población usuaria, la evaluación del riesgo debe seguir siendo investigada.

Respecto a la investigación centrada en las características de intervención que se desarrollan desde estos servicios de apoyo, el equipo dirigido por la profesora Mª Jose Rodrigo desde la Universidad de la Laguna es uno de los grupos de trabajo que más ha estudiado este respecto en nuestro país. Este equipo argumenta que, en la actualidad, existe un acuerdo general en considerar que en situaciones de riesgo psicosocial el desarrollo de los menores en general debe ser abordado desde una nueva **filosofía de la preservación y el fortalecimiento familiar**. En nuestro país esta filosofía se ha venido materializando, en gran medida, en las intervenciones que se realizan desde el ámbito de los SS.SS. Desde esta forma de entender la intervención la familia es una fuente importante de estabilidad y de apoyo para el menor, por lo que deben hacerse todos los esfuerzos necesarios para que pueda seguir cubriendo las necesidades del mejor modo posible. Desde 1970 el término de preservación familiar ha sido utilizado para referirse a aquellas intervenciones que dan respuesta a las dificultades de menores y sus familias que se encuentran en una situación de riesgo y que puede derivar en una medida de desamparo. No obstante, es a partir de los años noventa cuando, a partir de las críticas recibidas, se sientan las bases que hoy imperan en las intervenciones con este tipo de familias. En una buena revisión sobre esta perspectiva, Rodrigo y colaboradores (2008) sintetizan los principales rasgos de la preservación familiar en los siguientes puntos:

1. La orientación de los servicios está centrada en la promoción de potencialidades. Así, las intervenciones no se centran tanto en eliminar las pautas disfuncionales de relación familiar y corregir sus problemas, como en potenciar las fortalezas de las familias y sus integrantes. Para ello, es fundamental adquirir el compromiso, la implicación y responsabilidad de los progenitores en la intervención, en lugar de promover una actitud de dependencia con el dispositivo que las atiende.

2. Las características de las familias objeto de intervenciones encaminadas a la preservación familiar son altamente heterogéneas, debido a la inclusión no solo de familias de alto riesgo, sino también de aquellas con complicaciones o dificultades en su funcionamiento. En este sentido las intervenciones son diversas, planteándose no solo actuaciones de larga duración, como venía siendo habitual, sino intervenciones de media o corta duración para casos con menores dificultades psicosociales. Del mismo modo, ello implica diversificar también los objetivos de la intervención, que pueden fluctuar desde lograr cambios mínimos necesarios o eliminar factores de riesgo, hasta objetivos que planteen cambios de mayor profundidad.

3. Desde esta perspectiva, se requiere una concepción proactiva y no sólo reactiva de las intervenciones. Los Servicios de preservación familiar deben estar abiertos a la comunidad, atendiendo no sólo a las familias que lo soliciten, sino promoviendo también acciones que faciliten a los ciudadanos el acceso a los recursos existentes.

4. La coordinación y corresponsabilización con otros servicios o instituciones, tanto públicas como privadas, es otro de los pilares básicos de la preservación familiar. Con este sistema de cooperación se pretende que la consecución de los objetivos previstos para las familias sea más factible.

5. La administración debe garantizar la formación de los profesionales del servicio en los principios y prácticas de la preservación familiar y lograr un trabajo cooperativo y en red.

De acuerdo con los principios que se acaban de describir, los objetivos de la preservación familiar según Rodrigo y colaboradores (2008, pp. 82-83), son los que se presentan a continuación:

- Apoyar a las familias para que conserven o refuercen los lazos afectivos para dar continuidad y estabilidad a la vida del menor, fomentando vías alternativas de funcionamiento que faciliten el estrechamiento de dichos lazos.

- Reforzar su función educadora mediante el fortalecimiento de competencias parentales para mejorar el escenario educativo, partiendo de los aspectos positivos.

- Atender las necesidades específicas de los menores y apoyarles en sus competencias para favorecer su adaptación en los diversos contextos de desarrollo.

- Favorecer la autonomía y suficiencia de la familia y de todos sus miembros en el afrontamiento de sus vidas en común y de sus relaciones con el entorno.

- Fortalecer o ampliar los sistemas de apoyo naturales de la familia en combinación con los apoyos institucionales.

- Apoyar a las familias en todas sus necesidades con la creación de redes comunitarias en las que se coordinen múltiples servicios y se eliminen las barreras de utilización de aquellos recursos que tiendan a su normalización e integración social.

- Favorecer la colaboración familiar mediante un análisis riguroso de todas las actuaciones de los técnicos, de modo que se logre un clima de aceptación, confianza e implicación de las familias que viven el problema desde el principio de las actuaciones.

Como puede apreciarse, la inclusión de familias en situación de riesgo medio o moderado entre los casos atendidos por los SS.SS. también ha conllevado un cambio sustantivo en los modelos de intervención instaurados. En este sentido, la legislación vigente obliga a los responsables políticos de las comunidades autónomas a gestionar el desarrollo de nuevos programas y recursos capaces de promover, además de la separación familiar, otro tipo de medidas de preservación familiar más individualizadas que permitan al menor, siempre que

no se tema por su integridad, permanecer en su entorno familiar (De Paul, 2009). Este tipo de intervenciones se rigen por los siguientes principios (Rodrigo et al., 2008):

– *Principio de preservación*. Los progenitores son la mejor fuente de protección para los menores, y por lo tanto debe hacerse todo lo posible para que el menor no tenga que ser apartado de su entorno familiar.

– *Principio de apoyo*. Los poderes públicos son responsables de las situaciones de los menores y, además, tienen encomendada la función de apoyar a los padres y las madres en el cuidado y protección de sus menores.

– *Principio de proporcionalidad*. Es necesario arbitrar los recursos de apoyo de acuerdo con la situación familiar concreta.

Desde la filosofía de la preservación familiar se adoptan multitud de medidas, una de las de mayor impacto social son los programas de apoyo y promoción de parentalidad positiva para familias en situación de riesgo. Este tipo de intervenciones crecen significativamente en torno a los años 90, persiguen el fortalecimiento de sistemas familiares funcionales. A nivel nacional, puede citarse el programa "Apoyo Personal y Familiar" diseñado en la Comunidad Canaria por el equipo de la prf.ª Mª Jose Rodrigo (Rodrigo et al., 2000) así como el programa "Formación y Apoyo Familiar" desarrollado por el equipo de la prf.ª Mª Victoria Hidalgo en la ciudad de Sevilla (Hidalgo et al., 2011). Ambos son programas psicoeducativos implementados por los profesionales de los SS.SS.CC. y dirigidos a los progenitores de estas familias. Paralelamente, se han ido desarrollando programas de preservación familiar destinados a los menores, por ejemplo, los programas de intervención socioeducativa que se desarrollan por parte de los SS.SS.CC. en la ciudad de Sevilla o el programa "Vivir la Adolescencia en Familia. Programa de Apoyo Psicoeducativo para Promover la Convivencia Familiar" (Rodrigo, Martín et al., 2010) implantado en las Islas Canarias.

A pesar de esta tendencia creciente a diseñar programas de promoción de parentalidad positiva para familias en situación de adversidad, las evidencias en torno a su eficacia son algo controvertidas. Una de las principales razones de estas disonancias viene marcada por la heterogeneidad de las familias que participan en estos programas. Como apunta Rossi (1991), a veces estos programas tratan a todos los menores y familias participantes como si tuvieran los mismos problemas, y este aspecto puede ensuciar los resultados de la evaluación. Los futuros estudios deben desarrollar evaluaciones de intervenciones específicas, sobre todo en programas destinados a menores en situación de riesgo psicosocial donde existe una amplia diversidad en las conductas problemáticas manifestadas. Intervenciones más ajustadas a las características específicas de la población reportarán, posiblemente, resultados de eficacia más positivos. Un ejemplo de ello es el estudio desarrollado por Heggerler, Melton y Smith (1992) con un grupo de jóvenes delincuentes. En la investigación de estos autores se comparan 84 jóvenes que participaban en programas de preservación familiar con otro grupo que, presentando problemas de conducta similares, no se beneficiaban de una intervención tan específica. El principal objetivo de la intervención era que los jóvenes problemáticos no reincidan en actos delictivos. Los resultados de este estudio ponen de manifiesto la eficacia de los programas de preservación familiar; así, los

adolescentes atendidos por este dispositivo fueron arrestados por la policía en menos ocasiones que aquellos que acudieron a un servicio ordinario. Por consiguiente, se necesitan programas que sean capaces de dar respuesta a la heterogeneidad de las familias usuarias de Servicios de preservación familiar pero para ello es importante que se conozca mejor cuáles son las características que definen a estas familias.

2.3. Caracterización de las familias usuarias de los Servicios Sociales.

A pesar de los avances que han tenido lugar en los últimos años, la escasez de estudios centrados en la población usuaria de los SS.SS. no permite extraer conclusiones sólidas y firmes sobre el perfil de estas familias, aunque sí ofrece datos muy reveladores. Las investigaciones recientes tratan de identificar tanto los problemas como las fortalezas que están presentes en estos hogares, para así desarrollar políticas de intervención psicosocial más adecuadas y ajustadas a las necesidades de los mismos. Los estudios realizados en nuestro país podrían ser clasificados en aquellos que recopilan información de los expedientes de las familias a través del SIUSS, y en los que analizan la información recogida a través de entrevistas y/o cuestionarios validados. El primer grupo de trabajos ofrece información sociodemográfica de relevancia para comprender la realidad, por ejemplo socioeducativa, económica y laboral, presente en estas familias, mientras que el segundo tipo de estudios revela además datos sobre las características psicosociales de estos contextos familiares. Tanto unos como otros son revisados en esta Tesis Doctoral. A continuación se ofrecen, de forma integrada, las conclusiones más relevantes al respecto.

Respecto a las **características individuales de los progenitores y los menores de familias usuarias de los SS.SS.**, los resultados empíricos ponen de manifiesto ciertos problemas y necesidades que pueden comprometer el funcionamiento de estas familias. Así, el nivel formativo de los progenitores suele ser generalmente bajo, siendo pocos los adultos que disponen de estudios universitarios (e.g., Dirección General de Inclusión Social, 2004; Grimaldi, Garrido y Jiménez, 2012; Hidalgo, Lorence et al., 2009; Menéndez et al., 2010; Rodríguez et al., 2006; Trigo, 1998). En concreto, según los datos de Garrido y Grimaldi (2009), del total de usuarios el 64.3% dispone como máximo de estudios primarios. Acorde con estos resultados, las condiciones laborales de estos progenitores también resultan ser bastante precarias. Si bien es cierto que la evidencia empírica disponible muestra que un porcentaje de usuarios responsables del cuidado y atención de sus menores están trabajando, sus empleos suelen ser inestables, de baja cualificación y reportan ingresos reducidos. En este sentido, la economía de estas familias se caracteriza por ser irregular, insuficiente, proveniente en muchos casos de la economía sumergida, de trabajos no cualificados donde la relación coste-beneficio es de todo menos positiva, y de ayudas sociales (Dirección General de Inclusión Social, 2004; Garrido y Grimaldi, 2009; Menéndez et al., 2012; Trigo, 1998). Igualmente, llama la atención la falta de contribución de los padres varones a la economía familiar en los hogares monoparentales: así, el estudio de Menéndez y colaboradores (2010) pone de manifiesto que un alto porcentaje de estos padres no aportan pensión económica alguna a sus hijos e hijas. Además, la precariedad socioeconómica no parece ser característica exclusiva de las familias que residen en barrios socialmente desfavorecidos, de hecho, un estudio llevado a cabo en la ciudad de Sevilla pone de

manifiesto que el nivel socioeconómico de estas familias presenta condiciones muy similares independientemente del barrio en el que resida (Hidalgo y Arenas, 2010).

Además de por su precariedad educativa y laboral, los progenitores de las familias usuarias de los SS.SS. en situación de riesgo psicosocial se caracterizan por presentar complicadas trayectorias evolutivas. Así en el estudio desarrollado por Menéndez y otros (2010), con más de 300 familias usuarias de los SS.SS. de la ciudad de Sevilla, se encuentra una alta incidencia de situaciones vitales estresantes experimentadas por los progenitores de estos contextos. En este estudio, las situaciones problemáticas identificadas como más frecuentes hacen referencia a dos ámbitos: los problemas de carácter económico y laboral, por un lado; y los conflictos familiares, por otro. Las situaciones de maltrato en la infancia y la adultez experimentadas por los progenitores de estos hogares resultan especialmente destacadas en estudios con esta población, siendo una de las experiencias adversas que vivencia un mayor número de progenitores (Grimaldi et al., 2012). Estos resultados apoyan algo que ya apuntaba Trigo en 1998: las familias usuarias de los SS.SS. están sometidas a una sucesión incesante e imprevisible de sucesos vitales estresantes. Las limitadas estrategias para afrontar los problemas cotidianos de los progenitores de estas familias amenazan la resolución efectiva de estas circunstancias estresantes, incrementando el estrés familiar en estos contextos. Esta reflexión concuerda con las trayectorias de riesgo transaccional de las situaciones familiares en riesgo propuesta por Rutter a finales de los 80, a las que se ha hecho referencia.

Los problemas psicológicos de los progenitores son otra de las características más destacadas en los estudios de familias usuarias de los SS.SS.CC (Grimaldi et al., 2012). Según Hidalgo, Lorence y colaboradores (2009), el 40.4% de las madres responsables de hogares monoparentales que están siendo atendidas por los SS.SS. han experimentado problemas psicológicos en el pasado, y un 19% manifiesta padecerlos recientemente. Estos resultados no muestran ser diferentes, significativamente, cuando se comparan con datos de mujeres de familias usuarias biparentales, por lo que parece ser una característica común en ambos casos. Asimismo, diferentes estudios muestran la prevalencia de problemas relacionados con el consumo de tóxicos y de conductas antisociales en los progenitores responsables de estos entornos (Grimaldi et al., 2012; Trigo, 1998). Respecto a la autoestima, Menéndez y colaboradores (2010) encuentran que sobre todo las áreas emocional e intelectual son las que presentan puntuaciones más bajas entre la población usuaria, mientras que la familiar y social ofrecen resultados más normalizados.

Por otra parte, el apoyo social juega un papel determinante en los estudios con este tipo de población, entre otras cosas, porque precisamente es la falta de este recurso lo que conduce a muchas de estas familias a solicitar ayuda a los Servicios de preservación familiar. No puede decirse que estas familias se encuentren aisladas socialmente y además, en términos generales, los progenitores se muestran satisfechos con sus relaciones interpersonales (López, 2005; Rodrigo y Byrne, 2011; Rodrigo et al., 2008); no obstante, presentan necesidades importantes que deben ser consideradas. Los resultados obtenidos indican que el ámbito más crítico del apoyo social de estos hogares no es precisamente el material o tangible, como sería esperable teniendo en cuenta la precariedad socioeconómica

que las caracteriza, sino el emocional (Menéndez et al, 2007, 2010; Rodríguez et al., 2006). La evidencia empírica ha demostrado que lo característico del apoyo social de estas familias se encuentra fundamentalmente en la composición específica de sus redes (Rodrigo y Byrne, 2011). En este sentido, las redes sociales de los progenitores de estas familias, al igual que las de familias normalizadas, están compuestas preferentemente por familiares; no obstante, a diferencia de las no usuarias, hacen un importante uso del apoyo formal. Estas familias tienden a abrirse y a buscar ayuda en los contextos formales, excluyendo el entorno escolar con el que no suelen tener mucha relación (López, 2005; López et al., 2007). La búsqueda de apoyo formal puede deberse tanto a la gravedad de sus problemas, como a la falta de recursos personales Hay que señalar que la ayuda que proporcionan los SS.SS. a las personas de estos contextos puede acarrear determinados problemas para los adultos de estas familias, concretamente dos: (1) pérdida de control y de responsabilidad con sus propias acciones y su proyecto vital, y (2) dejadez en la búsqueda de redes informales de apoyo para afrontar sus problemas (Rodríguez et al., 2006). Respecto a este asunto, Garrido y Grimaldi (2009) observan que precisamente son aquellas familias que presentan una trayectoria más larga en los SS.SS. las que obtienen peores resultados en las Escalas de Bienestar Infantil, mostrándose así las consecuencias negativas de una intervención crónica.

Referente a la estructura familiar, un alto porcentaje de las familias que están siendo atendidas por los SS.SS. son monoparentales (e.g., Hidalgo, Lorence et al., 2009; López et al., 2007; Menéndez et al., 2012; Rodrigo et al., 2008). En concreto, el estudio de Grimaldi y colaboradores (2012) muestra que un 44% de los progenitores estudiados eran padres y madres divorciados, separados o viudos. Los progenitores de estas familias, preferentemente mujeres, se sienten obligados a asumir un mayor grado de responsabilidad en solitario; así, asumen la responsabilidad principal de las tareas educativas de sus hijos, la economía familiar y afrontan los eventos vitales estresantes (Trigo, 1998). Esta sobrecarga de funciones o tareas se produce sobre todo en relación con las tareas educativas, porque las adultas responsables de estas familias en riesgo suelen sentirse menos apoyadas por sus parejas en el desempeño de la paternidad o la maternidad que otras familias (López, 2005).

Respecto a la situación de los menores que crecen en familias usuarias de los SS.SS., los indicadores de ajuste muestran resultados igualmente desfavorables. Tal y como se describe en el siguiente capítulo de este trabajo, ellos tienen más probabilidades de desarrollar problemas internalizantes y externalizantes que otros menores. Estos resultados se manifiestan tanto en la infancia (Jiménez, 2009; Menéndez, Jiménez y Lorence, 2008) como en la adolescencia (Hidalgo, Jiménez, Lorence, Menéndez y Sánchez, 2010; Jiménez, 2009; Lorence, 2008). Los problemas de ajuste pueden ser explicados por el alto nivel de estrés psicosocial que presentan los menores, principalmente por los acontecimientos estresantes acontecidos en el ámbito familiar y personal que son los que generan mayor impacto emocional en la vida de estos chicos y chicas (Lorence, Jiménez y Sánchez, 2009).

Las dificultades de estos menores en relación con su experiencia en el contexto escolar son destacadas. Los datos del trabajo de Hidalgo y colegas (2010) ponen de manifiesto que un alto porcentaje de estos chicos y chicas son absentistas, en concreto, el 30.6% de la muestra, de los cuales una gran mayoría falta siempre a clase o ha decidido abandonar sus

estudios sin completar la Educación Secundaria Obligatoria. Estos resultados en comparación con las cifras oficiales disponibles para población general indican un porcentaje elevado (National Center for Education Statistics, 2006), por lo que se puede decir que el absentismo escolar resulta particularmente alarmante en situaciones de preservación familiar. Además, se observa que los menores que residen en estos contextos presentan una mayor necesidad de apoyo educativo que sus iguales, así como una mayor tasa de repetición de curso académico. En ocasiones, se ha argumentado que los problemas de adaptación escolar vienen dados porque los chicos y las chicas que crecen en situaciones de riesgo psicosocial acceden al contexto educativo con necesidades educativas específicas a las que, en muchas ocasiones, el entorno educativo no es capaz de dar respuesta. Por ello, estos menores se encuentran en una situación de especial vulnerabilidad para experimentar problemas en el ámbito educativo, vulnerabilidad que suele saldarse con resultados académicos más negativos que los de otros chicos y chicas (Dowrick y Crespo, 2005).

Los resultados acerca de las **características del entorno familiar** tampoco son muy optimistas. Los datos disponibles ponen de manifiesto que generalmente se trata de familias de mayor tamaño, donde la presencia de menores y de la familia extensa es más habitual que en otros hogares (Menéndez et al., 2010). Además, resulta muy llamativo comprobar que la amplitud de la vivienda y el número de personas que en ella viven no están relacionados entre sí, mostrando así que las familias más grandes no viven necesariamente en hogares más amplios, como sería previsible (Menédez et al., 2012). Como se ha señalado anteriormente, un alto porcentaje de dichas familias son monoparentales, siendo preferentemente las mujeres las que asumen las responsabilidades de la situación familiar (Hidalgo, Lorence et al., 2009). La inestabilidad y la escasa cuantía de los ingresos familiares, frecuentes en estos casos como ya se ha señalado, ponen de manifiesto las dificultades económicas de estos hogares, de hecho un porcentaje considerable de los mismos viven en situaciones cercanas a la pobreza (Garrido y Grimaldi, 2009; Hidalgo, Lorence et al., 2009; Menéndez et al., 2012).

Como se tendrá la oportunidad de comentar en un capítulo posterior de este trabajo, las familias usuarias de los SS.SS. presentan peores puntuaciones que el resto cuando se evalúa la calidad del funcionamiento familiar (López, 2005; Menéndez et al., 2010). Por ejemplo, el estudio de Grimaldi y colaboradores (2012) pone de manifiesto importantes dificultades y carencias que presentan estos hogares desde el punto de vista del bienestar infantil. Acorde con investigaciones anteriores (Arruabarrrena y De Paúl, 2002; Lorence, 2008; Rodrigo, Máiquez y Martín, 2010), estos autores indican que las cuestiones educativas relacionadas con las pautas de socialización, la estimulación cognitiva, la supervisión escolar y otras como la colaboración de la familia en el plan de intervención y la satisfacción de necesidades emocionales y psicológicas, son de las que requieren de una mayor intervención familiar en este contexto. En relación a la socialización parental, los progenitores de estas familias, según los datos disponibles, se caracterizan por el uso de prácticas educativas coercitivas o bien negligentes-permisivas (Rodríguez et al, 2006). Los procesos cognitivo-emocionales implicados en la situación de estrés parental que experimentan estos progenitores permiten entender, en gran medida, las prácticas de socialización de riesgo presentes en estos contextos (Pinderhughes, Dodge y Zelli, 2000).

No obstante, y a pesar de la problemática anteriormente descrita, también existen aspectos positivos en estas familias que, con toda probabilidad, contribuyen a que constituyan contextos de riesgo medio y no alto. Así, suelen ser familias estables y con buenos niveles de unidad y cohesión interna, y habitualmente presentan una buena predisposición para cooperar con los Servicios de preservación familiar y una actitud positiva para resolver sus problemas (Jiménez, 2009). Además, los datos disponibles muestran que no son mujeres aisladas socialmente, en general están satisfechas con las relaciones que mantienen en su vecindario y muestran niveles adecuados de autoestima familiar (Arenas, Hidalgo y Menéndez, 2008; Hidalgo, Lorence et al., 2009).

Estos resultados sirven para ilustrar la existencia de un perfil de las familias que se encuentran en situación de riesgo psicosocial y que, a su vez, están recibiendo una intervención por este Servicio de preservación familiar. A pesar de la hereogeneidad encontrada, una tendencia común que se observa en muchos de estos hogares es la presencia de indicadores negativos en los menores que no son acordes con las expectativas normativas para su momento evolutivo (Hidalgo, Lorence et al., 2009). Se ha puesto de manifiesto de forma reiterada que estas familias y sus menores presentan particulares dificultades tanto en el ámbito personal como familiar y, por tanto, sus necesidades de intervención deben ser consideradas de forma particular (e.g., Rodrigo et al., 2004; Svedin, Wadsby y Sydsjö, 2005).

3. Las familias usuarias de los Servicios Sociales entendidas como contextos en situación de riesgo psicosocial.

Hasta ahora este capítulo ha ofrecido un tratamiento diferenciado de las familias en situación de riesgo psicosocial y de aquellas que están recibiendo una intervención por parte de los SS.SS. en materia de preservación familiar. La exposición teórica y empírica de los estudios disponibles presentada en los dos apartados anteriores aporta evidencias más que suficientes para hablar de perfiles de familias, que sin ser los mismos, presentan muchas similaridades. De tal modo que las familias con las que trabajan los SS.SS y los contextos familiares en situación de riesgo no deben ser tratadas como muestras independientes, ya que las primeras pueden ser consideradas un tipo específico de las segundas. Así, los estudios han hallado características comunes en ambas como trayectorias vitales de riesgo, indicadores negativos de bienestar personal, problemas de funcionamiento familiar, escasez de apoyo informal o falta de recursos. Y precisamente estas dificultades son algunas de las que han desencadenado que las familias en situación de riesgo requieran una intervención encaminada a la preservación familiar por parte de un dispositivo de apoyo, y se encuentren en la actualidad siendo usuarias de los SS.SS. A pesar de estas similitudes, los contextos familiares con los que se trabaja desde los Servicios de preservación familiar reúnen una serie de características que los hacen distintos de otras familias vulnerables:

– La situación de riesgo de las familias usuarias de los SS.SS. no solo se pone de manifiesto en investigaciones actuales centradas en el estudio de esta población (e.g., Grimaldi et al., 2012; Hidalgo, Lorence et al., 2009; Menéndez et al., 2012; Pérez,

Hidalgo y Menéndez, 2012; Rodrigo, Camacho, Máiquez, Byrne y Benito, 2009; Rodrigo y Byrne, 2011), sino que queda recogida en las leyes que regulan los SS.SS. de nuestro país. No obstante, si bien es cierto que las familias en situación de riesgo que reciben intervenciones por parte de este Servicio suelen presentar un perfil psicosocial caracterizado por el riesgo frente a la protección, también es cierto que disponen de una ayuda organizativa y pública (apoyo formal) que les hace vivir en unas condiciones más favorables que a otras familias en condiciones de riesgo similares.

- Otra característica distinta de la atención que ofrece los SS.SS es la pluralidad de familias con las que desarrolla la labor de intervención psicosocial. La heterogeneidad del riesgo es una característica difícil de controlar en los estudios con población usuaria, así como en la intervención familiar (Coleman y Jenson, 2000). Por esta razón, se considera muy importante que esta diversidad sea contemplada en las investigaciones, haciendo una descripción muy exhaustiva de las particularidades y características psicosociales de la muestra específica de estudio.

En este sentido, y a modo de resumen, las familias usuarias de los SS.SS. por razones de preservación familiar en este trabajo son entendidas como contextos de riesgo específicos que, en la actualidad, están recibiendo el apoyo de un dispositivo de atención en materia de infancia y familias a través de distinas prestaciones. Precisamente el carácter de intervención que define este grupo de familias las hace, a su vez, distintivas de otros hogares en situación de vulnerabilidad y adversidad.

Capítulo 2.

Estrés psicosocial y problemas de ajuste durante la adolescencia.

Como señalan Noller y Callan (1991), la llegada de un hijo e hija a la adolescencia supone un periodo de cambios y de desequilibrio interno para el adolescente, así como momento de transición para la propia familia. Tras un primer apartado donde se aborda la adolescencia como periodo evolutivo normativo del ciclo vital en el que acontecen una serie de cambios en la vida de estos menores y sus familias, en los siguientes apartados se revisan las evidencias empíricas disponibles en torno a dos de las dimensiones de análisis más estudiadas en esta etapa: el estrés psicosocial y los problemas de ajuste. Para esta revisión teórica se han tomado en consideración investigaciones realizadas con jóvenes tanto de contextos familiares que viven en situación de riesgo psicosocial como de familias que no crecen en tales condiciones. Este capítulo finaliza con la presentación de estudios que relacionan ambas dimensiones entre sí, concretamente de aquellos centrados en el análisis del estrés psicosocial como predictor de los problemas de ajuste en la adolescencia.

1. La adolescencia de los hijos e hijas como etapa de transición personal y familiar.

La adolescencia como **etapa de transición personal** es un periodo de cambios para los menores en todas las esferas de funcionamiento: biológico, cognitivo, personal y social; algunos de estos avances se aprecian fácilmente, otros, por el contrario, son menos obvios (Hoffman, Paris y Hall, 1996). De forma resumida, a continuación en la Tabla 2 se exponen los principales cambios que los menores entre los 11 y 16 años experimentan con la llegada a la adolescencia.

Tabla 2. Principales cambios en los menores con la llegada a la adolescencia (tomado de Steinberg y Silk, 2002).

Físicos	Cognitivos	Personalidad	Sociales
Aceleración rápida del crecimiento	Pensamiento multidimensional y relativista	Búsqueda de la identidad personal	Disminuye el tiempo que pasan con sus familias
Desarrollo de las características sexuales primarias y secundarias	Avances en el pensamiento abstracto	Búsqueda de autonomía emocional y conductual	Incrementa el tiempo que comparten con sus iguales
Cambios en la composición corporal	Razonamiento hipotético-deductivo	Desarrollo del autoconcepto	Aumenta las oportunidades para actividades recreativas, académicas y sociales fuera de la familia
Cambios en el sistema respiratorio	Avances en la metacognición	Inestabilidad emocional	
Cambios en el sistema circulatorio			

Cuando se accede a esta etapa evolutiva, una de las tareas más importantes que tiene que afrontar el adolescente es el logro de un sentimiento de autonomía maduro y sano

(Steinberg y Silk, 2002). Se entiende por autonomía la capacidad que tiene que desarrollar el chico o la chica para tomar decisiones de manera independiente, sin necesitar la ayuda de otros. Concretamente, se habla de tres tipos de autonomía: la emocional —referida a la desvinculación afectiva y la liberación de la necesidad de apoyo emocional de los adultos—, la conductual —capacidad para tomar decisiones propias, gobernar los asuntos propios y cuidar de sí mismo— y la cognitiva —concepción del propio yo como un ser único y diferenciado del resto— (Noom, Dekovic y Meeus, 1999). La necesidad de disponer de una mayor autonomía constituye uno de los logros evolutivos más importantes que los chicos y las chicas deben conseguir durante la adolescencia, adquiriendo la independencia de sus progenitores y preparándose para vivir como personas adultas con capacidad para decidir y actuar por sí mismas (Oliva y Parra, 2001).

La búsqueda incesante de autonomía manifestada por los jóvenes está acompañada por la necesidad de una mayor apertura a nuevos contextos de desarrollo. La participación en actividades extraescolares de ocio y tiempo libre resulta también fundamental a estas edades, ya que existe bastante evidencia empírica acerca de la importancia que tiene esta participación para el desarrollo de diversas competencias personales y sociales (Parra, Oliva y Antolín, 2009). Estas actividades pueden suponer para muchos menores una ampliación del horizonte de sus experiencias cotidianas muy enriquecedora, especialmente en el caso de aquellos adolescentes de contextos más desfavorecidos.

Junto con la necesidad de disponer de una mayor autonomía, en estos años aparece el deseo de pasar más tiempo con los iguales. A este respecto, el contacto con otros menores cumple otra función fundamental en el desarrollo positivo de los adolescentes, aunque como se comenta posteriormente es la causa de muchos conflictos familiares. A pesar de la importancia que en esta etapa adquiere el grupo de iguales, los menores a estas edades siguen teniendo la necesidad de sentirse queridos, seguros y apoyados por sus progenitores. En este sentido, la evidencia empírica indica que la familia, concretamente los padres y las madres, siguen influyendo en los comportamientos y decisiones de estos jóvenes (Blum y Rinehart, 1997) y además para ellos siguen siendo importante la satisfacción con sus relaciones familiares (Elzo, 2003, cit. en Musitu, Estévez y Jiménez, 2010).

Además de mantenerse las funciones básicas de la familia referidas en el primer capítulo de esta introducción teórica, durante la adolescencia éstas deben reestructurarse para ajustarse a las nuevas necesidades y demandas de los menores. De esta manera, se conoce que la adolescencia supone también un **periodo de transición familiar**, en el que tanto todos los miembros, como la dinámica y el funcionamiento familiar van a experimentar cambios. Los nuevos requerimientos conllevan que los progenitores cambien su forma de ver y actuar en relación con sus hijos e hijas. Por lo tanto, y en relación a las nuevas funciones que cumple la familia durante la adolescencia, algunos autores proponen que en estos años la familia debe ir transformándose de un sistema que protege y cuida a sus menores, a otro que los prepara para entrar en un mundo de responsabilidades adultas y de nuevos compromisos (Roldán, 1998). Es el momento apropiado en el que madre y padre tienen que supervisar la creciente autonomía del adolescente con la esperanza de que desarrolle su propia identidad y un buen autocontrol, pero cuidando a la vez de no limitar su curiosidad, iniciativa y

competencia personal. Así, como ya se ha comentado, en la medida en que la familia cumple con sus obligaciones y responsabilidades continúa siendo uno de los contextos de socialización que promueve y optimiza la construcción positiva del desarrollo adolescente.

No obstante, esta reestructuración de las funciones familiares no supone un cambio brusco ni en la dinámica ni en el funcionamiento de estos hogares. Como señalan Palacios y Moreno (1994), existe cierta continuidad en las relaciones familiares con la llegada de la adolescencia. Esta continuidad viene marcada por su función de atender las necesidades físicas, afectivas y de socialización de las personas que componen el hogar, por mantener los procesos y mecanismos de interacción familiar empleados años atrás, por la vinculación emocional entre sus miembros y por la continuidad en el reparto de roles entre los progenitores. A pesar de los cambios que se producen en el funcionamiento familiar, el nivel de cohesión emocional normalmente se mantiene sin cambios. Esto es, los menores que establecieron relaciones positivas con sus progenitores durante la pre-adolescencia es muy probable que se sientan unidos a ellos durante la nueva etapa, aunque la frecuencia y la cantidad de relaciones positivas disminuyan (Steinberg y Silk, 2002).

Si bien es cierto que los estudios más recientes coinciden en señalar que la continuidad prima frente a la inestabilidad en el funcionamiento familiar durante esta etapa, no se puede negar la existencia de una serie de cambios que fuerzan al sistema familiar y a sus miembros a crear nuevos patrones relacionales que se irán estabilizando a lo largo de la adolescencia (Van Geert, 1994, cit. en Oliva y Parra, 2004). Como consecuencia de los cambios intrapersonales que experimentan los chicos y las chicas así como los progenitores, durante este periodo se producen una serie de cambios en las relaciones familiares que se pueden resumir en los siguientes puntos:

- *Desciende el número de expresiones de afecto explícito*. El distanciamiento entre los adolescentes y los adultos se relaciona con un incremento de la privacidad de los primeros y una disminución de las expresiones físicas, más que con una pérdida seria del afecto o respeto entre ellos (Collins y Repinski, 2001). Los resultados disponibles parecen indicar una mayor evidencia cuando se comparan los datos de familias normativas con los contextos en situación de riesgo psicosocial, siendo las muestras de afecto explícito en éstas últimas menores desde la infancia (Luthar, 1999; McLoyd, 1990, 1998).

- *Disminuye el número de actividades compartidas.* Desde el inicio de la adolescencia, los chicos y las chicas invierten más tiempo en las relaciones con sus iguales sin la supervisión adulta (Laird, Pettit, Dodge y Bates, 1998). Los iguales se convierten en un grupo de referencia bastante importante para ellos (Brown, Mounts, Lamborn y Steinberg, 1993; Larson, Richards, Moneta, Holmbeck y Duckett, 1996) con los cuales comparten muchas horas de su vida diaria, dejando a un lado algunas de las actividades que hacían con su familia años atrás.

- *Aumento de la conflictividad familiar*. A principios del siglo XX, Hall afirmaba que el incremento de la conflictividad entre progenitores y menores durante la adolescencia se debía a la incompatibilidad entre la necesidad de independencia del adolescente,

por un lado, y el hecho de que los adultos continúan viéndole como un niño o niña y tratándole como tal, por otro lado. Las diferencias en las expectativas de desarrollo se asocian a este incremento de conflictividad familiar (Dekovic, Noom y Meeus, 1997). No obstante, no todos los autores perciben los conflictos paterno-filiales en esta etapa como una amenaza para el bienestar familiar, sino más bien como una oportunidad para que los progenitores promuevan en los adolescentes la capacidad para resolver conflictos en otras áreas. Otros incluso comentan que los problemas entre progenitores e hijos no solo cumplen un rol adaptativo en el desarrollo adolescente sino también en el funcionamiento familiar general, ya que favorecen que sus miembros toleren mejor las diferencias de opinión y aprendan habilidades para resolver los conflictos manteniendo una relación cordial (Motrico, Fuentes y Bersabé, 2001; Steinberg y Silk, 2002).

En este sentido, la conflictividad entre progenitores y menores en la adolescencia no debe llevar a problematizar las relaciones durante este periodo, sino más bien a entender la existencia de los conflictos como algo natural en cualquier tipo de interacción cotidiana. Asimismo, aunque es cierto que el número de conflictos familiares aumenta en estas edades, estudios recientes evidencian que la frecuencia de los mismos no es excesivamente alta y que los motivos de las discusiones están relacionados, principalmente, con asuntos de la vida diaria como las tareas de la casa (Fuentes, Motrico y Bersabé, 2001, 2003; Parra y Oliva, 2002), con el grado de autonomía emocional que estos menores adquieren (Fuhrman y Holmbeck, 1995), con la percepción de autoridad parental de adultos y jóvenes (Del Barrio, 1995), con las diferencias de expectativas sobre las relaciones familiares entre progenitores e hijos/as (Collins, 1997; Oliva, 1999) y con el desarrollo del pensamiento formal en el adolescente que motiva discusiones más tensas al mostrar argumentaciones más solidas por parte de los menores (Youniss y Smollar, 1985).

Las investigaciones que han estudiado la trayectoria que siguen los conflictos familiares a lo largo de la adolescencia no consiguen llegar a un acuerdo unánime. A veces, este cambio evolucion como una U invertida, alcanzandose el punto máximo de la conflictividad familiar en la adolescencia media (Montemayor, 1983; Paikoff y Brooks-Gunn, 1991). Sin embargo, en otras ocasiones, se plantea que lo que existe es un decremento lineal de dichos conflictos a lo largo de todo el periodo de la adolescencia, mostrando su nivel más álgido en los primeros años de esta etapa (Laursen, Coy y Collins, 1998; Parra y Oliva, 2002).

– Gradualmente, a lo largo de esta etapa se van estableciendo *relaciones más simétricas e igualitarias* entre progenitores e hijos o hijas. Las interacciones paterno-filiales en la adolescencia tardía y la adultez emergente suelen caracterizarse por relaciones más igualitarias y de equilibrio del poder. De este modo, poco a poco, los adultos van a ir dejando a sus hijos e hijas ser partícipes en la toma de decisiones familiares (Oliva, 1999).

Por su parte, los adolescentes, a pesar del incremento de la conflictividad familiar y del resto de cambios comentados, suelen seguir manteniendo una percepción positiva de su

entorno familiar. A modo de ejemplo, se presentan a continuación los resultados de una serie de estudios centrados en las relaciones familiares durante la adolescencia desde la visión de los chicos y chicas que avalan esta hipótesis:

- Los adolescentes generalmente se encuentran a gusto en su medio familiar y lo consideran imprescindible para su bienestar personal. En el sondeo sobre la juventud en España realizado por el Centro de investgaciones sociológicas (CIS, 2008), un 99.3% de los chicos y las chicas consideran que su familia es bastante o muy importante en sus vidas.

- Los adolescentes normalmente perciben un buen clima familiar en sus hogares. Un estudio de opinión desarrollado por el Instituto de la juventud (INJUVE, 2007) indica que la gran mayoría de jóvenes de nuestro país califica las relaciones pateno-filiales como buenas (86%) frente a tan sólo el 2% que declara tener una relación bastante mala con sus progenitores. Una comparación desarrollada en este trabajo con datos del 2002 pone de manifiesto que, como sucedía cinco años atrás, estas relaciones se mantienen con indicadores de valoración muy positivos (INJUVE, 2007). Estos datos son consonantes con los del CIS (2008), los cuales evidencian que el 96.3% de los jóvenes manifiestan estar muy o bastante satisfecho con su vida familiar y, además, expresan tener una comunicación fluida con su padre y su madre, sobre todo cuando tratan asuntos familiares o de ocio.

- Frente al mito de una alta conflictividad familiar durante esta etapa, los datos de los estudios disponibles, por ejemplo el desarollado por Motrico y colaboradores (2001), muestran una baja frecuencia en las discusiones familiares. Asímismo, estos autores encuentran que tanto los progenitores como los hijos e hijas adolescentes afirman discutir, por término medio, entre pocas veces y algunas veces. Además, durante esta etapa evolutiva, los padres y las madres siguen siendo las principales fuentes de apego y apoyo emocional de sus hijos e hijas (Serrano, Godás, Rodríguez y Mirón, 1996).

En resumen, esta etapa es considerada un periodo de transición personal y familiar que, como todas las transiciones, puede acarrear algunos riesgos con la llegada de dificultades y problemas. Aunque hay evidencia empírica que apoya un aumento durante la adolescencia de los conflictos familiares (Steinberg y Morris, 2001), la inestabilidad emocional (Buchanan, Eccles y Becker, 1992) y una disminución del ocio familiar (Laird et al., 1998), no puede sostenerse la imagen de la adolescencia como el periodo turbulento y estresante que entendía Stanley Hall en su obra *Adolescence* (1904). En la actualidad, la visión más aceptada es la de la adolescencia como un periodo de crecimiento positivo hacia la adultez en el cuál las relaciones familiares siguen ocupando un papel protagonista para el desarrollo de los hijos e hijas (Oliva, 1999).

Los cambios que acompañan a este periodo han despertado desde hace mucho tiempo el interés de profesionales de la Psicología en el **estudio de la adolescencia**. La literatura revisada permite hablar de dos enfoques de análisis diferentes (ver Oliva et al., 2010) que, a pesar de las diferencias que guardan entre sí, en la práctica pueden ser considerados como complementarios (Benson, Mannes, Pittman y Ferber, 2004): el enfoque orientado en la

prevención de los problemas de conducta (modelo del déficit), y el de la promoción del desarrollo y competencia personal (modelo de desarrollo positivo):

> Modelo del déficit: se centra en la búsqueda y prevención de los problemas o conductas de riesgo de los menores. Este enfoque se asemeja al modelo médico tradicional que entiende la ausencia de dificultades como un buen indicador de la adaptación adolescente. Este tipo de trabajos ha contribuido notablemente al desarrollo e implementación de programas dirigidos a prevenir comportamientos desadaptativos en la adolescencia.
>
> Modelo de desarrollo positivo: se interesa en la búsqueda y promoción de competencias y fortalezas de los chicos y las chicas adolescentes. Los trabajos fundamentados en este modelo son más recientes y presentan una visión más optimista en la evaluación e intervención con menores. En concreto, y de acuerdo con este enfoque, el desarrollo saludable durante esta etapa no implica solo la evitación de conductas inadecuadas, y precisa de la consecución de logros evolutivos. Así, el modelo adopta una perspectiva centrada en el bienestar, y su finalidad es el logro de las habilidades, conductas y competencias necesarias para obtener éxito personal.

El presente trabajo de investigación, a pesar de apoyar el segundo de los modelos teóricos ofrecidos, se decanta por hacer un análisis de la adolescencia desde una perspectiva que profundiza en el análisis de los comportamientos desadaptativos de los menores, sin que esto suponga un olvido de la necesidad de abordar la adolescencia desde un enfoque positivo e integral. Los motivos de esta elección son: en primer lugar, la falta de evidencia empírica disponible con adolescentes de familias en riesgo es aún mayor si se atiende al modelo de desarrollo positivo que al del déficit. Así, centrarse en el análisis de los problemas y dificultades de estos menores va a permirtir profundizar en una línea de investigación ya abierta y que aún presenta muchos interrogantes en los contextos de riesgo; en segundo lugar, a pesar de los cambios acontecidos en los últimos años, los motivos por los que las familias están recibiendo una intervención por los SS.SS.CC. están relacionados con problemas que presentan los adolescentes. Este trabajo está interesado en conocer las dificultades de estas familias y sus menores para contribuir a la mejora de la evaluación e intervención ofrecida por los Servicios de preservación familiar. Si bien es cierto que este trabajo se centra fundamentalmente en el estudio de los problemas, no deja a un lado las fortalezas y potencialidades de los miembros que componen estos hogares. Prueba de ello es el análisis reflexivo que se realiza en las conclusiones de este trabajo orientado a la identificación de las debilidades y las fortalezas detectadas en los menores que crecen en condiciones familiares adversas.

2. Estrés psicosocial.

El estrés psicosocial es uno de los elementos adversos más estudiado en la adolescencia por su prevalencia y su alta incidencia en los problemas de ajuste. Sin embargo, existe una importante falta de acuerdo en torno a su **conceptualización** y a la forma de abordar las relaciones que establece con diversos indicadores de adaptación personal.

Así, existe controversia en la literatura acerca de si el estrés psicosocial debe ser entendido como el sumatorio de los diversos elementos de riesgo que acontecen en la vida de una persona, o como un único indicador de riesgo que contempla el número de sucesos estresantes experimentados. Por esta razón, se han propuesto numerosas definiciones para conceptualizar el estrés psicosocial, de las que se ha criticado su dispersión, su amplitud o su falta de operatividad de cara a la investigación. Una de las definiciones más destacadas en este ámbito es la que ofrecen Grant y colaboradores (2003) en una de las revisiones teóricas y empíricas más extensas sobre el tema. En concreto, estos autores definen el estrés psicosocial como aquellos eventos ambientales o condiciones crónicas que objetivamente amenazan la salud física y psicológica o el bienestar de los individuos de una edad particular en una sociedad concreta. Desde esta conceptualización, se contemplan diferentes circunstancias que pueden estar presentes en la vida de las personas, entre ellas, los sucesos vitales estresantes.

De acuerdo con la conceptualización de Grant y otros (2003), en este trabajo de investigación se entiende por estrés psicosocial la acumulación de sucesos vitales estresantes presente en la vida de las personas, definiendo tales sucesos como cualquier circunstancia o hecho que ocurra, con un inicio y un final identificables, y que constituya una especial amenaza para el bienestar y un desarrollo saludable (Grant et al., 2006). Este tipo de acontecimientos se definen en función de las experiencias estresantes que perturban o amenazan la actividad cotidiana de una persona, causando una necesidad de reajuste. Desafortunadamente no hay un consenso sobre su taxonomía, estando las razones teóricas que sustentan unas clasificaciones u otras muy relacionadas entre sí (McMahon, Grant, Compas, Thurm y Sydney, 2003). Así, existen autores que clasifican los eventos estresantes en función de su gravedad, otros según su naturaleza, algunos lo hacen según el grado de proximidad con el individuo u otros dependiendo del momento en el que tienen lugar.

En este sentido, algunos autores llevan a cabo una **clasificación de los SVE atendiendo al grado de aparición** en la población. Los primeros, los eventos estresantes normativos, hacen referencia a aquellos que las personas suelen experimentar con frecuencia en una etapa determinada de su vida, por ejemplo en el caso de los adolescentes la transición a la secundaria, las peleas con amigos, los cambios de compañeros de clase, la muerte de un abuelo, etcétera. Este tipo de circunstancias estresantes tienen lugar generalmente en el transcurso de este periodo y exponen a los menores a situaciones algo complicadas, pero que suelen ser afrontadas de forma exitosa por la mayor parte de los chicos y las chicas. Asimismo, dentro de la variedad de estresores a los que los adolescentes deben hacer frente, se encuentran otros acontecimientos menos frecuentes entre la población general y, por tanto, son denominados eventos estresantes no normativos, tales como la muerte de un progenitor, el divorcio de los progenitores o el desalojo del hogar. A diferencia de los anteriores, los eventos no normativos pueden complicar considerablemente el bienestar personal, entre otras cosas, por ser acontecimientos que tienen lugar en circunstancias inadecuadas en las que la persona puede no tener la suficiente madurez, capacidad (neurológica, afectiva, social y económica) o recursos para poder afrontarlos eficazmente (Casullo, 1998). Estos sucesos suelen ser imprevisibles, normalmente ajenos al control del sujeto y pueden llegar a modificar la trayectoria del ciclo vital.

Una vez conceptualizado el término de estrés psicosocial, a continuación se exploran los acontecimientos estresantes que más habitualmente experimentan los chicos y las chicas durante la adolescencia (2.1), haciendo especial énfasis en un segundo momento a aquellos menores que viven en circunstancias familiares adversas o difíciles (2.2).

2.1. El estrés psicosocial durante la adolescencia.

El interés por el estudio de los eventos estresantes durante la adolescencia conlleva que revisiones actuales sobre esta etapa se hayan preocupado por estudiar cómo chicos y chicas vivencian dichos acontecimientos, para lo que se emplean, fundamentalmente, las valoraciones realizadas por los propios adolescentes. En términos generales, **la adolescencia se considerada una etapa de alta vulnerabilidad al estrés psicosocial** (Goossens, 2006). En este sentido, los estudios realizados con población normativa apuntan que durante la adolescencia se produce un aumento considerable en la frecuencia de acontecimientos vitales estresantes (Brooks-Gunn, 1991; Ge, Lorenz, Conger, Elder y Simona, 1994; Graber, 2004). Estos resultados son apoyados también por estudios nacionales (Jiménez, Menéndez e Hidalgo, 2008; Oliva, Jiménez et al., 2008).

Adoptando un enfoque cualitativo en el análisis de los acontecimientos vitales estresantes, los estudios realizados en entornos comunitarios ofrecen conclusiones bastante similares. En nuestro entorno más inmediato, Oliva, Jiménez y colegas (2008) encuentran que los estresores más frecuentes entre chicos y chicas son de naturaleza diversa: cambio de clase (eventos relativos al contexto escolar), muerte de un familiar (acontecimiento estresante familiar) y ruptura de la relación de pareja (estresor relativo al grupo de iguales). Mostrando algunas similitudes y algunas diferencias con estos resultados, el estudio de Jiménez y colegas (2008) muestra que los sucesos más frecuentes durante la adolescencia proceden fundamentalmente del contexto escolar (cambio de compañeros de clase, repetición de curso y cambio de centro), acompañados de la muerte de un familiar cercano.

Existe cierto acuerdo en la consideración de que la relevancia de los acontecimientos estresantes no reside únicamente en la acumulación, la cual ofrece una visión parcial del estrés psicosocial, sino que es asimismo importante evaluar el **impacto emocional** de dichos sucesos por su relación con el bienestar psicológico (Casullo, 1998). En consonancia con esta afirmación, el estudio de Jiménez y colaboradores (2008) evalúa el impacto emocional que acarrean los sucesos estresantes experimentados por los adolescentes sevillanos. Estas autoras confirman una relación entre la frecuencia de estresores y el impacto emocional promediado para cada evento; es decir, encuentran que a medida que los chicos y las chicas hacen frente a más circunstancias problemáticas, el impacto emocional que cada uno de ellos genera se incrementa considerablemente.

La afectación que acarrea un evento estresante por sí solo se relaciona, entre otras cosas, con el tipo de evento (normativo/no normativo), con la interpretación que se haga del mismo, con si va acompañado de otras circunstancias estresantes, con las estrategias de afrontamiento y con las características individuales que determinan el grado de vulnerabilidad de una persona (Canalda y Carbonés, 2005). Los estudios disponibles evidencian que los eventos normativos generalmente producen un elevado impacto

emocional; acontecimientos como la muerte de un familiar cercano, la ruptura de pareja, mantener conflictos con los progenitores y la ruptura de una relación de amistad. Sin embargo, existe cierto consenso en destacar que los más importantes y con mayor impacto emocional son los no normativos, convirtiéndose en los más impactantes (Jiménez et al., 2008; Oliva, Jiménez, et al., 2008). Los análisis desarrollados por parte de los dos estudios mencionados anteriormente indican que sucesos como haber sufrido acoso o abuso sexual y que algún familiar cercano padeciera alguna deficiencia o enfermedad mental grave resultan altamente impactantes para los chicos y las chicas adolescentes procedentes de población comunitaria.

Sin contradecir la descripción general realizada hasta el momento, las particularidades que chicos, por un lado, y chicas, por otro, experimentan en su ajuste psicológico durante la adolescencia ha llevado a que algunas investigaciones centradas en la vivencia de sucesos estresantes se hayan ocupado de explorar posibles diferencias en la **experimentación de estos estresores en función del sexo**. En general, las evidencias disponibles no permiten confirmar la existencia de diferencias entre chicos y chicas en la acumulación de elementos estresantes. Así, mientras que algunos estudios indican una mayor prevalencia en las chicas que en los chicos (Compas y Wagner, 1991; Gore, Aseltine y Colten, 1992) otros observan un número similar de situaciones estresantes en sus vidas (Jiménez et al., 2008; Oliva et al., 2008). Del mismo modo, los resultados relativos a las diferencias en el impacto emocional causado por los eventos en chicos y chicas adolescentes son poco concluyentes. Por un lado, algunos estudios no encuentran diferencias significativas en cómo chicos y chicas perciben las circunstancias estresantes (Kim et al., 2003; Oliva, Jiménez et al., 2008), mientras que otros confirman tales diferencias, indicando que las chicas suelen vivir la presencia de circunstancias de estrés con un mayor impacto emocional que los chicos (Jiménez et al., 2008).

La información descrita hasta el momento, extraída de estudios con población comunitaria, pone de manifiesto la alta vulnerabilidad de los jóvenes a experimentar estrés psicosocial durante la adolescencia. Tomadas en su conjunto todas las evidencias empíricas disponibles, se puede decir que son aquellas circunstancias provenientes del contexto familiar (e.g., muerte de los progenitores) o que hacen referencia a cuestiones personales (abuso sexual, embarazo no deseado, relación de pareja conflictiva), las que ocasionan un mayor daño emocional (Bouma, Ormel, Verhulst y Oldehinkel, 2008; Jiménez et al., 2008). Si bien es cierto que las circunstancias vitales estresantes están presentes con bastante asiduidad e interfieren en la vida de los jóvenes, son principalmente las no normativas las que han adquirido un mayor protagonismo en la investigación actual, entre otras cosas, por el elevado impacto emocional que las acompañan.

2.2. El estrés psicosocial en adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial.

La revisión realizada sobre las familias en situación de riesgo indica que las adversidades presentes en estos hogares complican el desarrollo de todos los integrantes de la familia, entre ellos, los menores. Puesto que la adolescencia se considera un periodo de alta

vulnerabilidad para experimentar sucesos estresantes, cuando esta etapa transcurre en contextos de riesgo es probable que tengan lugar resultados aún más negativos para el estrés vivido por estos menores, repercutiendo en sus niveles de ajuste psicológico. Sin embargo, la preocupación por el estudio de los eventos estresantes durante la adolescencia se ha dirigido principalmente a la población general, siendo escasas las investigaciones que estudian las circunstancias de estrés que afronta la población adolescente que crece en contextos familiares difíciles. No obstante, tanto los planteamientos teóricos formulados anteriormente como los resultados de investigaciones disponibles parecen indicar que los adolescentes de estas familias presentan una mayor vulnerabilidad a experimentar estrés psicosocial que otros chicos y chicas que crecen en entornos más favorables.

En nuestro contexto más cercano, Jiménez (2009) ofrece evidencias de una elevada **acumulación de acontecimientos estresantes** en los jóvenes de entornos en riesgo en comparación con los iguales de su contexto escolar de referencia (aproximadamente dos eventos más, en términos generales). Acorde con estos resultados, Wadsby, Svedin y Sydsjo (2007) dan cuenta de diferencias significativas en torno a la concentración de sucesos estresantes negativos entre un grupo de adolescentes de familias en situación de riesgo y otro que no vive en tales condiciones, siendo los primeros los que presentan una mayor tasa de aparición. En el mismo sentido, algunos estudios corroboran esta prevalencia de estresores en menores de familias con graves dificultades económicas cuando se les compara con otros iguales con mayores ingresos familiares (Evans y English, 2002; Guerra, Huesmann, Tolan, Van Acker y Eron, 1995). Por consiguiente estos jóvenes, además de los sucesos normativos propios de su edad, parecen estar obligados a afrontar otra serie de situaciones negativas de alto impacto emocional potencialmente perjudiciales para su desarrollo.

Los estudios disponibles argumentan posibles explicaciones acerca de la prevalencia de los sucesos estresantes en estos contextos de riesgo. En primer lugar, destacan que las familias con dificultades afrontan un mayor número de acontecimientos estresantes, como consecuencia de los procesos de riesgo y vulnerabilidad en los que se ven implicadas (Kraemer et al., 1997). En segundo lugar, la presencia de sucesos familiares de alto impacto incrementa el número de eventos estresantes cotidianos en cada uno de sus miembros, es decir, tanto en los adultos como en los menores (Compas, Howell, Ledoux, Phares y Williams, 1989). En tercer lugar, la insuficiencia de recursos personales y sociales característica de las familias que se encuentran en situaciones complicadas, impide que se resuelvan los problemas de forma satisfactoria, incrementando la aparición de otros nuevos (Rutter, 1987; cit. en Menéndez, 2003). En definitiva, las dificultades en estos hogares no suelen ocurrir por lo general de forma aislada sino que en muchas ocasiones la presencia de algunos factores de riesgo incrementa la aparición de otros nuevos si los primeros no se resuelven de forma satisfactoria (Brooks-Gunn, Klebanov, Liaw y Duncan, 1995; Rutter, 1990; Sameroff, Seifer y Bartko, 1997).

Como se ha referido con anterioridad, la concentración de sucesos estresantes no es suficiente para entender el nivel de estrés psicosocial que sufre una persona, sino que es necesario conocer también la percepción subjetiva del impacto emocional que ocasionan dichos sucesos (Casullo, 1998). Se adolecen de investigaciones suficientes que hayan

analizado las posibles diferencias en el **impacto emocional** que ocasionan estos sucesos estresantes entre adolescentes de contextos en riesgo y normativos como para extraer conclusiones. El estudio ya mencionado de Jiménez (2009) es uno de los pocos trabajos que profundiza en este aspecto. Esta autora pone de manifiesto que aunque los jóvenes en situación de riesgo experimentan un mayor número de eventos estresantes, el examen del impacto emocional promediado por suceso no refleja diferencias significativas con otros iguales de su contexto escolar. Estos resultados, en consecuencia, no indican que los adolescentes que crecen en condiciones de adversidad experimenten los sucesos de forma más impactante que sus iguales; no obstante, como indica esta autora, si se considera que estos chicos y chicas afrontan un mayor número de estresores, la suma del impacto emocional generado por dichos eventos da como resultado un saldo final de mayor afectación negativa que la experimentada por los iguales de su contexto escolar de referencia. Además, se ha comprobado la relación que guardan ambas dimensiones, es decir, los adolescentes que tienen que afrontar más acontecimientos de estrés en sus vidas son los que suelen además presentar un impacto emocional más alto (Lorence et al., 2009).

Del mismo modo que ocurre en estudios con población comunitaria, las posibles **diferencias de sexo relacionadas con el estrés psicosocial en contextos de riesgo**, específicamente en torno a la acumulación de circunstancias estresantes, no son del todo concluyentes. A pesar de que los estudios que analizan este aspecto son bastante escasos, los resultados disponibles no encuentran diferencias entre unos y otras (Flouri y Tzavidis, 2008; Jiménez, 2009; Lorence et al., 2009). No obstante, referente al impacto emocional, los dos únicos estudios encontrados que analizan esta dimensión en contextos en situación de riesgo psicosocial muestran diferencias a favor de los chicos: ellos parecen ser menos vulnerables a la acumulación de sucesos estresantes en sus vidas que a las chicas (Jiménez, 2009; Lorence et al., 2009).

En definitiva, la evidencia empírica disponible apunta una alta prevalencia de circunstancias problemáticas en las vidas de los adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial, aunque los resultados no son muy clarificadores acerca de si ésta es más acusada en las chicas que en los chicos. Respecto al impacto emocional de los sucesos estresantes, la falta de estudios disponibles pone de manifiesto la imperiosa necesidad de seguir investigando sobre esta cuestión.

3. Problemas de ajuste psicológico.

En la actualidad existe cierto consenso en definir los desórdenes conductuales durante la adolescencia en torno a dos dimensiones: **los problemas de internalización y los de externalización** (Achenbach, 1991). Por un lado, se entiende por *problemas de internalización* aquellos comportamientos dirigidos al interior del sujeto en los que se incluyen la ansiedad, la depresión y el miedo excesivo, los cuales funcionan de forma inadaptada al producir daño o malestar en uno mismo; por otro lado, los *problemas de externalización* comprenden aquellas conductas dirigidas al exterior, tales como la agresión, el robo o la mentira, las cuales manifiestan una mala adaptación a la sociedad, produciendo daños y molestias a otros (Reynolds, 1992). A modo de síntesis, se podría decir que las

conductas desajustadas internalizantes (ansiedad, depresión, síntomas psicosomáticos) reflejan conflictos internos y estados de tensión con uno mismo, mientras que las externalizantes (agresividad, conducta antisocial o delictiva) producen conflictos con otras personas.

Sobre esta temática los investigadores recomiendan que ambos tipos de conductas sean entendidas como rasgos dimensionales que la mayoría de las personas muestran en mayor o menor grado dentro de un continuo, y no como una cuestión dicotómica de todo y nada. En esta línea, Achenbach (1991) señalaba que las conductas desviadas no son más que meras variaciones cuantitativas de las características que pueden ser consideradas normales en los periodos de desarrollo. En este sentido, hay que señalar que es habitual que la mayoría de los jóvenes manifiesten en algún momento de sus vidas algunas de estas conductas; en concreto, algunos investigadores afirman que más de un 60% de los menores llegan a verse envueltos en problemas de conducta durante la adolescencia (Reitz, Dekovic y Meijer, 2005). No obstante, esto no quiere decir que todos estos jóvenes necesariamente sufran alguna psicopatología o vayan a experimentar problemas de importancia en su adultez. Así, por ejemplo, Moffit (1993a, 1993b) diferencia entre aquellos que persisten en sus conductas antisociales durante el curso de su vida y los menores cuyas conductas desadaptativas se limitan a la adolescencia, y que suponen la mayoría de los chicos y las chicas. Algunos estudios incluso muestran que raramente los menores mantienen niveles elevados de desajuste a lo largo de toda esta etapa. A modo de ejemplo, Hoeve y colaboradores (2008) muestran en su estudio longitudinal que de cinco trayectorias de desarrollo delictivas diferentes detectadas en un grupo de chicos evaluados desde los 10 a los 19 años de edad, solo el 6.8% de los menores permanecieron con niveles elevados de este tipo de conductas durante todos estos años.

Atendiendo a las características estructurales de los problemas internalizantes y externalizantes durante la adolescencia, cabe destacar que, aunque estas dos dimensiones parecen representar aspectos distintos, la comorbilidad que ambas presentan es bastante elevada (Reitz et al., 2005). Así, la presencia conjunta de los problemas de internalización y los de externalización es frecuente en las investigaciones empíricas que abordan este tema (e.g., Achenbach, 1991; Hoffman, Powlishta y White, 2004; Lemos, Fidalgo, Calvo y Menéndez, 1992a, 1992b; Moffit, Caspi, Rutter y Silva, 2001; Sandoval, Lemos y Vallejo, 2006; Vermeiren, 2003), aunque algunos no la evidencian en contextos de riesgo (Jimenez, 2009). De hecho, hay una gran cantidad de estudios que encuentran cómo los individuos con problemas externalizantes presentan trastornos emocionales concomitantes, entre los que se encuentra la depresión o el autoconcepto negativo (Achenbach, 1991; Caron y Rutter, 1991). De este modo, se destaca la necesidad de considerar ambas dimensiones en los estudios de adolescencia, independientemente de que el foco de atención sea solo una de ellas.

La alta comorbilidad destacada anteriormente complica el estudio del sentido de la relación entre ambos indicadores de conducta problemática. Además, los trabajos disponibles al respecto no arrojan resultados muy clarificadores (véase Lilienfeld, 2003). No obstante, un estudio desarrollado por Beyers y Loeber (2003) con una amplia muestra de

adolescentes comunitarios demuestra que el rol predictivo que ejerce la depresión sobre las trayectorias delictivas de los adolescentes es mayor que la influencia de la conducta antisocial sobre el estado de ánimo depresivo. Basándose en el trabajo de otros expertos (Eisenberg, 2000; Ferguson y Stegge, 1998; Tangensey, 1991; cits. en Beyers y Loeber, 2003), estos autores argumentan que el efecto de la depresión sobre la delincuencia puede ser explicado por la concurrencia que los problemas emocionales mantiene con el sentimiento de vergüenza y la consiguiente falta de empatía. El estado de ánimo depresivo se acompaña a menudo de una percepción negativa de uno mismo y de la realidad, tendiendo a atribuir las vivencias negativas a defectos personales. Estos sentimientos de inferioridad y de devaluación personal propician que los individuos sientan vergüenza de sí mismos. La vergüenza se asocia con una adaptación inadecuada a la ira, con la falta de empatía y ambas, a su vez, con los problemas de externalización. Estos resultados están en consonancia con los de otros estudios (Kovacs, Paulauskas, Gatsonis y Richards, 1988; Ybrant, 2008).

Tras esta delimitación conceptual, a continuación se presenta información relativa a las características de ajuste que habitualmente presentan los menores durante la adolescencia (3.1.). Tal y como se expuso anteriormente, este apartado cierra con la descripción de los problemas de internalización y externalización de adolescentes de entornos familiares específicos, aquellos considerados en situación de riesgo psicosocial (3.2.).

3.1. Presencia de los problemas de ajuste durante la adolescencia.

Independientemente de las conductas a través de las que los adolescentes expresan sus problemas o tensiones (externas o internas), los profesionales están de acuerdo con que **los problemas de ajuste se incrementan notoriamente en la adolescencia** (Achenbach, 1990). Algunos observan un crecimiento progresivo en la manifestación de conductas desadaptativas a lo largo de la etapa, no estabilizándose hasta la adultez (Achenbach, 1991; Lemos et al., 1992b, 1992c). No obstante, otros autores proponen que estos problemas se estabilizan con anterioridad, entre los catorce y los dieciséis años (Parra, 2005; Sánchez-Queija, 2007).

En relación con los problemas de externalización, los datos apuntan a un incremento notorio durante esta etapa con independencia del sexo, es decir, estas conductas parecen aumentar tanto en chicos como en chicas en los primeros años. La adolescencia es considerada un periodo de alta vulnerabilidad para el desarrollo de conductas problemáticas de tipo externo y, de hecho, números estudios encuentran un aumento en comportamientos específicos como la delincuencia, el consumo de sustancias tóxicas, la agresividad o el quebrantamiento de normas en esta etapa (Abad, Forns y Gómez, 2002; Herrero, Ordóñez, Salas y Colom, 2002; Martínez, Fuertes, Ramos y Hernández, 2003; Rutter, Giller y Hagell, 2000; Sandoval et al., 2006). La probabilidad de que un adolescente se vea envuelto en alguno de estos comportamientos es alta; no obstante, como ya se comentó anteriormente, los estudios disponibles muestran que tales conductas no suelen agravarse ni persistir en el transcurso de la vida (Rutter et al., 2000; Serrano et al., 1996). Parece ser que los jóvenes que acarreaban problemas desde la infancia son los que en mayor medida suelen presentar

niveles preocupantes de conductas externalizantes (Moffitt, Caspi, Dickson, Silva y Stanton, 1996).

En consonancia con estos resultados, y en relación con los problemas de internalización, los chicos y las chicas suelen experimentar estados de ánimo más extremos y mayores cambios de humor al inicio de la adolescencia (Lila, Buelga y Musitu, 2006). A diferencia de lo que ocurre con los problemas externalizantes, la estabilidad de estos problemas durante este periodo suele ser relativamente más alta (Parra, 2005), excepto en las chicas, en las que estas dificultades parecen seguir aumentado con el paso de los años (Sandoval et al., 2006).

Una de las características individuales de los menores que acapara mayor atención en el estudio de los problemas de ajuste en la adolescencia es el hecho de ser chico o chica. El elevado número de investigaciones que estudian **el papel diferenciador del sexo** en los problemas de internalización y externalización a estas edades permite extraer algunas conclusiones acerca de este tema.

Los resultados más consistentes se obtienen en relación a los problemas de internalización. Generalmente, la presencia de este tipo de dificultades se presenta siempre como mayor en las chicas que en los chicos (Achenbach, 1991; Bongers, Koot, Van der Ende y Verhulst, 2003; Hankin et al., 1998; Hoffmann et al., 2004; Lemos et al., 1992a, 1992b, 1992c; Lemos, Vallejo y Sandoval, 2002; Reitz et al, 2005; Vallejo, Osorno y Mazadiego, 2008; Zubeidat, Fernández-Parra, Ortega, Vallejo y Sierra, 2009). Numerosos autores tratan de dar explicaciones a estas diferencias, entre las más destacadas se encuentran aquellas que hablan de mayores niveles de estrés en las chicas que en los chicos. Las primeras parecen ser más vulnerables emocionalmente a los cambios que se producen en su cuerpo (Nolen-Hoeksema y Girgus, 1994) y, posiblemente, esto sea motivo de una falta de equilibrio madurativo entre el plano físico y cognitivo. Graber (2004) argumenta que es probable que la maduración física en las chicas se produzca antes de que ellas hayan desarrollado las habilidades o las competencias que necesitan para afrontar satisfactoriamente los cambios propios de esta etapa, generando así mayores niveles de malestar emocional. Otra posible hipótesis que explicaría estas diferencias está fundamentada en las diferentes formas que tienen chicos y chicas de afrontar los problemas. Así, los primeros prefieren usar estrategias de distracción emocional ante las dificultades, mientras que las segundas suelen focalizar su atención en el problema (Compas, Orosan y Grant, 1993). La mayor capacidad de pensamiento crítico y reflexivo que predomina en las chicas puede estar relacionada con su mayor predisposición a desarrollar pensamientos negativos y obsesivos cuando ocurre algo que les preocupa y, por tanto, a desarrollar más problemas emocionales (Nolen-Hoeksema, 1994; Washburn, Hillman y Sawiloswsky, 2004). En esta línea, existen autores que sugieren que las chicas tienen una mayor tendencia a involucrarse en estrategias de afrontamiento negativas que promueven una mayor vulnerabilidad ante las adversidades (Spence, Sheffield y Donovan, 2002). La mayor preocupación de las chicas por las relaciones interpersonales, así como la presión por alcanzar las expectativas de los iguales y de su familias, es la tercera de las hipótesis que explica estos resultados (Calvete y Cardeñoso, 2005; Graber, 2004; Parra, 2005). Por último, algunos estudios también asocian esta predominancia de los problemas de

internalización a los bajos niveles de competencia autopercibida que suelen presentar las chicas en comparación con los chicos (Compas, Phraes, Banez y Howell, 1991).

Por el contrario, los problemas de externalización tienden a ser más frecuentes en los chicos que en las chicas (Achenbach, 1991; Bongers et al., 2003; Dekovic, 1999; García, Cerezo, De la Torre, Carpio y Casanova, 2011; Hoffmann et al., 2004; Lemos et al., 1992a, 1992c, 2002; Rutter et al., 2000; Zubeidat et al, 2009), aunque los resultados no son tan consistentes. La idea de que las chicas no participan en actos agresivos, delictivos y antisociales ha sido tan extendida durante años que gran parte de la literatura disponible acerca del tema está centrada exclusivamente en los adolescentes varones (Kavanagh y Hops, 1994). Algunos investigadores argumentan que estas diferencias pueden ser explicadas por componentes biológicos asociados al género (Swaab, 1991). Otros resaltan la mayor vulnerabilidad en los chicos a padecer problemas de hiperactividad, de hecho algunos estudios hablan de una predisposición genética (Eave, 1996; Gotz, 1996, cits. en Rutter et al., 2000). La hiperactividad se comprueba en numerosas ocasiones como un importante factor predictivo de los problemas externalizantes, sobre todo para las conductas antisociales. Parece altamente probable que las diferencias de sexo en hiperactividad desempeñen un papel paralelo entre chicos y chicas en relación con la conducta antisocial. La impulsividad de los varones es otro de los argumentos utilizados para explicar su mayor tendencia a implicarse en actos delictivos en comparación con las chicas (Calvete y Cardeñoso, 2005). Finalmente, también es importante destacar las diferencias observadas en torno a la socialización, en los chicos parece que se promueven en mayor medida que en las chicas los roles que fomentan la agresividad y este tipo de comportamiento desadaptativos (Herrenkohl et al., 2000; Valois, MacDonald, Bretous, Fischer y Drane, 2002).

A pesar de las evidencias presentadas, la diferenciación en torno al sexo de los adolescentes no resulta tan clara en la actualidad, observándose discrepancias empíricas al respecto. Existen estudios, aunque de forma minoritaria, que no encuentran diferencias significativas entre chicos y chicas en relación con los problemas de internalización (García et al., 2011; Kim et al., 2003; Yakin y McMahon, 2003). Por otra parte, referente a la dimensión externalizante, los datos van en la misma línea. Así, el extenso trabajo de Rutter y otros (2000) sobre la conducta antisocial de los jóvenes expone que la proporción de actos delictivos en varones ha variado en la actualidad, resultando ahora un tercio de la observada hace cuarenta años. A diferencia de lo esperado, cada vez es más frecuente localizar estudios que no encuentran diferencias entre chicos y chicas en relación a los problemas de externalización (Parra, 2005; Reitz et al., 2005; Sánchez-Queija, 2007; Sandoval et al., 2006; Yakin y McMahon, 2003). Al respecto, Sánchez-Queija (2007) argumenta que la similitud en los niveles de ajuste externo en chicos y chicas se debe a la tendencia observada en las chicas a ser iguales que los chicos en todos los ámbitos del comportamiento incluidos en esta dimensión.

Las posibles argumentaciones que se dan en la literatura para explicar las discrepancias empíricas en torno a los problemas de conducta son las siguientes:

– Rutter y colaboradores (2000) comentan que esta falta de acuerdo es probable que derive de algunas cuestiones metodológicas relacionadas con la forma de evaluar los

problemas de externalización. En líneas generales, estos autores consideran que para analizar las diferencias de sexo relativas a este tipo de conductas desajustadas hay que tener en cuenta los factores de riesgo y protección presentes en las vidas de estos menores, ya que éstos podrían estar explicando la inconsistencia de estos resultados.

– Del mismo modo, es posible que el modo en que se evalúan los problemas externalizantes pueda explicar la ausencia de diferencias encontradas en los estudios más recientes (Jiménez, 2009). La enumeración de tantas conductas problemáticas catalogadas como problemas de externalización suscita el interrogante de si es significativo delimitar un área tan amplia de funcionamiento. Así, si el estudio se centra en la agresividad catalogada como un tipo de problema externalizante, existe menos evidencia empírica de que haya diferencias entre chicos y chicas (Frodi, Macauly y Thome, 1977, cit. en Rutter et al., 2000). De tal modo que en los chicos son más frecuentes las conductas de agresividad verbal y física, mientras que las chicas son más proponesas a desarrollar conductas agresivas más encubiertas y sutiles, que suelen pasar más desapercibidas (Ortega y Del Rey, 2005; Zocodillo, 1993). Como concluye Jiménez (2009), la inclusión de estos aspectos específicos en la evaluación de los problemas de externalización permitiría establecer un patrón diferencial en función del sexo de forma consistente.

En resumen, los problemas de externalización e internalización han sido y siguen siendo dimensiones prioritarias de análisis en los estudios centrados en la adolescencia. La evidencia empírica pone de manifiesto que, a pesar del patrón diferencial por sexo que parece existir entre ambos tipos de problemas, la adolescencia supone un periodo de alta vulnerabilidad para el desarrollo de problemas de conducta tanto en chicos como en chicas. No obstante, por lo general la gravedad de tales conductas suele ser leve y no desencadenan comportamientos de mayor gravedad (Parra y Oliva, 2006; Serrano et al., 1996). La evolución normativa de estos problemas no va en aumento después de esta etapa sino que la maduración personal generalmente frena el crecimiento de este tipo de problemas de conducta. Los comportamientos desajustados se agravan cuando las condiciones de vida y del entorno no son las apropiadas para afrontar de forma saludable todos los cambios propios de esta etapa. En este sentido, la presencia de elementos de riesgo en la vida de estos chicos y chicas suele acarrear un incremento mayor de los problemas externalizantes e internalizantes, y en esta situación suelen encontrarse los menores de familias que crecen en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial. Las peculiaridades de su adolescencia serán tratadas en el siguiente apartado.

3.2. Los problemas de ajuste durante la adolescencia en familias en situación de riesgo psicosocial.

Las investigaciones disponibles centradas en población de riesgo muestran que la presencia continua de estresores hace que la adolescencia de los menores que residen en estos contextos familiares sea particularmente difícil y adversa. Aneshensel y Gore (1991) incluso sostienen que un alto nivel de estrés resulta más perjudicial para el desarrollo de los chicos y

las chicas de estos entornos que para los propios adultos, entre otras razones, por su falta de madurez psicosocial para afrontar las adversidades.

Los estudios desarrollados con jóvenes de **familias usuarias de los SS.SS. en situación de riesgo psicosocial** destacan la heterogeneidad como una característica de estas familias que también define los problemas de ajuste de sus menores (Luthar, 2006). En nuestro contexto más cercano, Jiménez (2009) comprueba que estos chicos y chicas muestran un perfil determinado, caracterizado por la presencia de algunos indicadores negativos no acordes con las expectativas normativas para su momento evolutivo. Atendiendo a dimensiones generales de ajuste, estos menores suelen tener peores indicadores que sus iguales durante los años preescolares, escolares y adolescentes. En concreto, presentan una mayor tasa de problemas de internalización y externalización que sus iguales de referencia, predominando los segundos sobre los primeros. Los resultados de este trabajo también ponen de manifiesto diferentes perfiles de ajuste; así, se encuentra un grupo de jóvenes caracterizados por indicadores negativos de ajuste en distintas facetas, y otro que muestra una adaptación más positiva de forma comprehensiva en distintos aspectos del desarrollo. Al respecto, esta autora informa que la variabilidad encontrada debe ser entendida desde una perspectiva holística, donde los distintos dominios del desarrollo se encuentran en interacción mutua (Egeland et al., 1993; Wenar y Kerig, 2000). Como se puede comprobar a través de sus resultados, esta interacción no solo se encuentra para resultados desadaptativos de los adolescentes, sino que también aparece en sentido positivo. En consecuencia, esta hetereogeneidad en el ajuste de los chicos y las chicas que crecen en situaciones adversas debe ser tenida en cuenta y reflejarse en los modelos de intervención que se proponen (Coleman y Jenson, 2000).

En otro trabajo, Rodrigo y colaboradores (2004) estudiaron a 1417 adolescentes canarios procedentes de contextos potenciales de riesgo (e.g., SS.SS, programas de garantía social, etc.) y a un grupo normativo para examinar las diferencias de ajuste entre unos y otros. Los resultados de los que informan estos autores muestran que, en especial, los adolescentes que provienen de los SS.SS. o que siguen programas escolares alternativos (Garantía Social) presentan más problemas adaptativos, relacionados preferentemente con el ámbito escolar y social, que el resto. Referente a conductas externalizantes, como por ejemplo es el caso del consumo de drogas, las diferencias entre los menores en riesgo y otros iguales fueron mayores, siendo los resultados más desfavorables para los primeros, conforme los adolescentes tenían mayor edad. Posiblemente, las adversidades del entorno hacen que los menores de familias usuarias de SS.SS presenten conductas algo menos saludables.

En la misma línea, Lipschitz-Elhawi e Itzhaby (2008) encuentran en un grupo de adolescentes de 15 y 16 años considerados en situación de riesgo y que están recibiendo intervención por parte de un sistema de protección social un mayor grado de desajuste emocional en comparación con otro grupo de menores que provienen de situaciones más normalizadas. En este caso, el estudio estuvo solo centrado en problemas de naturaleza emocional, por lo que no ofrece información acerca de las diferencias en torno a los problemas externalizantes.

Los resultados obtenidos en un trabajo preliminar de esta doctoranda indican que los desórdenes conductuales de los adolescentes de familias en situación de riesgo se caracterizan no solo por su presencia sino también por la naturaleza de los mismos. Asimismo, este estudio indica que, frente a los problemas internalizantes, las dificultades a nivel externo resultan más destacables en estos menores que en otros iguales (Lorence, 2008). Por otra parte, en el estudio de Hidalgo y colegas (2010) se observaron diferencias significativas tanto en problemas internalizantes como externalizantes al comparar a los menores de familias de los SS.SS. con sus iguales, lo mismo le sucedió a Jiménez (2009).

Aunque los datos disponibles con familias usuarias de Servicios de preservación familiar no son muy abundantes, sí hay bastante evidencia empírica sobre la relación entre determinados indicadores y circunstancias de riesgo (e.g., privación socioeconómica, violencia interpersonal, psicopatología de los progenitores, maternidad adolescente, antecedentes penales familiares) y los problemas de internalización y de externalización durante la adolescencia. A continuación, se presentan las conclusiones extraídas de estudios que han analizado la prevalencia de los problemas de ajuste en **contextos de riesgo que comparten características similares a las familias usuarias de los SS.SS**. El acercamiento a tales poblaciones contribuirá a establecer las primeras hipótesis acerca de la prevalencia de comportamientos desadaptativos de los adolescentes de familias usuarias de Servicios de preservación familiar.

El número de investigaciones realizadas en contextos familiares caracterizados por la adversidad socioeconómica resulta especialmente llamativo. La precariedad socioeconómica es uno de los indicadores de riesgo familiar más estudiados. En su extensa revisión, Guillamón (2003) pone de manifiesto de forma clara y consistente la asociación negativa entre determinados indicadores socioeconómicos y el desarrollo positivo de los menores. En este sentido, cita a estudios que evidencian el efecto perjudicial que esta dificultad ejerce sobre los problemas emocionales (e.g., Costello, Keeler y Angold, 2001; Goodman, 1999) y conductuales (e.g., Costello et al., 2001; Fergusson, Horwood y Lynskey, 1997) durante la adolescencia. En consonancia con estas conclusiones, un estudio más reciente con familias de adolescentes en esta situación de precariedad muestra que la presión económica es un robusto predictor de los problemas de internalización y externalización a estas edades (Wadsworth, Raviv, Compas, y Connor-Smith, 2005).

No obstante, la relación entre dificultades socioeconómicos y problemas de ajuste adolescente es muy controvertida. De forma particularmente interesante, Costello y colegas (2003) analizan los problemas psicopatológicos de los menores en tres tipos de familias diferenciadas por su historial de pobreza: pobre en el pasado y en la actualidad (pobreza persistente), pobre anteriormente pero no en la actualidad (ex-pobre), nunca ha sido pobre (no pobre). Los análisis de comparación muestran que los menores del grupo ex-pobre tuvieron el mismo número de conductas desadaptativas que los de familias que nunca habían tenido problemas económicos graves y, además, la ratio de dificultades fue significativamente menor a la de otros menores de familias que habían sido pobres de forma persistente. Este estudio demuestra un decremento de los problemas psicopatológicos de aquellos jóvenes cuyas familias dejan de ser pobres, aunque esta relación solo se daba de

forma significativa para problemas externalizantes y no para los internalizantes. En este sentido, los autores argumentan que es posible que los desórdenes emocionales en niños y adolescentes puedan estar causados por algunas características asociadas a las familias que permanecen de forma estable en la condición de pobreza y no por ésta en sí misma.

El estudio de Costello y colaboradores (2003) no es el único que pone en duda el tipo de relación que mantiene la pobreza con los problemas de ajuste durante la adolescencia. La relación entre deprivación económica e inadaptación personal se demuestra en muchas ocasiones en las investigaciones, pero no parece que la influencia de la primera sea totalmente directa. A veces, las consecuencias devastadoras de la pobreza en el bienestar infanto-juvenil se explican por las características de riesgo asociadas a estos contextos. Determinados autores hablan de un efecto de cascada en estos hogares, donde la precariedad económica es el primer eslabón de una cadena de acontecimientos adversos en los que la familia se ve inmersa. En este sentido, los estudios disponibles asocian los contextos familiares con dificultades económicas a otros factores de riesgo como residencia en vecindarios problemáticos, acumulación de sucesos estresantes, familias amplias o estilos de crianza inadecuados (Friedman y Chase-Lansdale, 2002; McLoyd, 1998), los cuales parecen asociarse de forma más directa con los problemas de ajuste de los menores que la condición de pobreza en sí misma. En este sentido, el trabajo de Conger (Conger, Ge, Elder, Lorenz y Simons, 1994) pone de manifiesto que la presión económica tiene un efecto indirecto en los problemas de conducta antisocial adolescente, actuando la depresión de los progenitores, los conflictos matrimoniales y la hostilidad de los adultos como variables mediadoras de la relación. Posteriormente, Conger, Patterson y Ge (1995) analizan el efecto de la tensión familiar (medida a través de la bajada en los ingresos o por la existencia de una enfermedad o lesión grave) realizando un estudio longitudinal e indican de nuevo que los efectos del estrés familiar estan mediados por la depresión de los adultos y la deficiente disciplina parental.

De forma complementaria a los problemas socioeconómicos, la violencia familiar es otra característica que, en muchas ocasiones, definen los entornos de riesgo. El término de violencia familiar hace referencia a cualquier forma de abuso, ya sea físico, psicológico o sexual, que tiene lugar en las relaciones entre los distintos miembros de una familia (Corsi, 1994). Las situaciones de maltrato en el hogar engloban tanto experiencias de violencia de género, donde los menores están expuestos a situaciones de maltrato de pareja, como aquellas experiencias en las que los menores son víctimas directas del maltrato. La violencia doméstica acapara la atención de los estudios de la Psicología del Desarrollo desde la décaca de los 70, principalmente, por las repercusiones negativas que acarrea en los menores que experimentan, directa o indirectamente, estas situaciones.

Los resultados empíricos disponibles ponen de manifiesto que la probabilidad de que los menores experimenten comportamientos desadaptativos, tanto externalizantes como internalizantes, aumenta significativamente ante la exposición continuada a situaciones de violencia y/o conflictividad interparental entre los progenitores (e.g. Fantuzzo, De Paola y Lambert, 1991; véase Esfandyari, Baharudin y Nowzari, 2009). Se estima que entre el 25% y el 70% de los hijos e hijas de familias en las que se producen episodios de violencia manifiestan

problemas clínicos, especialmente problemas externalizantes, como conductas agresivas y antisociales (McDonald y Jouriles, 1991). No obstante, algunos estudios solo encuentran una asociación directa con los problemas de internalización (Roustit, Chaix y Chauvin, 2007). Los menores cuyas madres sufren violencia de género por parte de sus parejas además tienen más probabilidades de ser víctimas directas del maltrato que los que no experimentan estas situaciones (Blasco, Savall, Sánchez y Martínez, 2002, cit. en Farnós y Sanmartín, 2005). En este sentido, los chicos y las chicas expuestos al maltrato familiar no solo sufren las consecuencias inmediatas del abuso o negligencia sino que acarrean más problemas conductuales en la adolescencia, por ejemplo, abuso de sustancias, baja competencia académica, embarazo adolescente, problemas de salud mental y delincuencia (Carrasco, Rodríguez y Del Barrio, 2001; Cicchetti y Toth, 1995). Así, recientes estudios hallan que los menores víctimas de maltrato son más vulnerables a problemas internalizantes y externalizantes que otros sin un historial previo de maltrato (Kernic et al., 2003; Wolfe, Scott, Wekerle y Pittman, 2001).

El origen de los desórdenes de ajuste que muestran los chicos y las chicas que han estado expuestos a la violencia doméstica es diverso y poco claro. Algunos autores explican la mayor prevalencia de problemas externos argumentando que estos menores aprenden que la violencia es un instrumento válido para la resolución de los conflictos, y por ello hacen uso de ella en mayor medida que sus iguales (Kerig y Fedorowicz, 1999). No obstante, la presencia de otros elementos podría ayudar a explicar estos resultados. Así, se ha comprobado que la presencia en el hogar de un maltratador se acompaña de una dinámica y funcionamiento familiar perjudicial para el desarrollo de los menores que residen en ese hogar (e.g., Spaccarrelli, Sandler y Roosa, 1994). En este sentido, un estudio con preadolescentes de mujeres maltratadas llevado a cabo por Peled en 1997 (cit. en Farnós y Sanmartín, 2005) pone de manifiesto que los comportamientos desadaptativos de los menores no sólo son debidos a la exposición directa a la situación de maltrato hacia sus madres, sino también a las consecuencias derivadas de una dinámica familiar muy peculiar (e.g., alejamiento de uno de los progenitores, mudanzas frecuentes, relaciones conflictivas entre los adultos, intromisión de terceros, etcétera). Por consiguiente, de nuevo la presencia de otras circunstancias de riesgo en estos entornos contribuiría a explicar la relación entre la violencia doméstica y los problemas de ajuste.

Otro de los indicadores problemáticos identificados en las familias en situación de riesgo es la psicopatología parental. Las enfermedades mentales de los padres y las madres, especialmente las crónicas, constituyen un importante factor de riesgo para el bienestar de los menores. La enfermedad del padre o de la madre está asociada a conflictos conyugales, adversidades sociales, multiplicidad de estresores, cambios de cuidadores, etc.; todos ellos importantes factores de riesgo para los hijos (Oastes, 1997, cit. en Toro, 2005). Sin duda, la influencia de una madre depresiva sobre su hijo ha sido y es uno de los temas más estudiados en relación con la génesis de los problemas socioemocionales. La transmisión genética del trastorno depresivo está suficientemente contrastada, pero la interacción personal entre el menor y su madre depresiva también es un factor a tener muy en cuenta (Toro, 2005). Las madres depresivas se caracterizan por mantener relaciones con sus hijos e hijas poco afectuosas, por presentar conductas preocupantes y por no responder

adecuadamente a las señales de sus hijos e hijas, lo que supone una menor frecuencia de interacciones recíprocas con ellos (véase Hughes y Gullone, 2008). Las características de riesgo asociadas a la depresión materna explican el poder predictivo que éstas ejercen sobre los problemas internalizantes y externalizantes de los adolescentes, aunque los resultados resultan algo contradictorios cuando se incluye la variable del género en estos análisis (Carter, Garrity-Rokous, Chazan-Cohen, Little y Briggs-Gowan, 2001; Gartstein, Bridgett, Dishion y Kaufman, 2009).

La adicción de los adultos ocupa también un papel protagonista en los estudios de ajuste durante la adolescencia y es considerada un factor de influencia negativa para los problemas de internalización y externalización a estas edades (e.g., Coffelta et al., 2006; Keller, Cummings, Davies y Mitchell, 2008; Wadsby, Svedin, y Sydsjo, 2007). En esta línea, se ha demostrado en reiteradas ocasiones que el abuso de drogas y alcohol por parte de los adultos responsables de los menores altera los procesos de socialización dentro del sistema familiar, dando lugar a mayores niveles de desintegración familiar, conflictos parentales, privación socioeconómica o prácticas de crianza disfuncionales que generan problemas en el desarrollo de los menores (Keller et al., 2008; Lynskey et al., 2002; Sher, Grekin y Williams 2005; Tolan, Gorman-Smith y Henry, 2006). En el mismo sentido, un estudio con madres adictas a la cocaína o los opiáceos muestra que el 65% de sus menores presenta algún trastorno psiquiátrico importante frente al 35% que no posee ningún desorden importante (Luthar, Cushing, Merikangas, y Rounsaville, 1998).

Algunos estudios también confirman que la existencia de antecedentes penales en la familia predice significativamente problemas de externalización como la delincuencia del hijo (Farrington, Jolliffe, Loeber, Stouthamer-Loeber y Kalb, 2001; Van de Rakt, Nieuwbeerta, y De Graaf, 2008). En la esta línea, Farrington y colaboradores (2001) encuentran un gran número de delincuentes en los mismos entornos familiares. El arresto de un familiar, particularmente del padre o de alguien de la misma generación, incrementa la probabilidad de la delincuencia en el resto de miembros familiares, entre ellos sus hijos varones. En el mismo sentido, Van de Rakt y otros (2008) desarrollan un estudio longitudinal muy exhaustivo con una extensa muestra de familias con antecedentes penales. Estos autores analizan la transmisión intergeneracional de la delincuencia familiar, y observan que el número de condenas de los progenitores se relaciona sustancialmente con el número de infracciones en sus menores, incluso después de controlar la edad y el sexo. Los trabajos del mismo equipo (Van de Rakt, Nieuwbeerta y Apel, 2009) también ponen de manifiesto que el historial criminal de los hermanos predice, igualmente, la delicuencia de los menores.

En conjunto, la revisión de los datos empíricos disponibles permite extraer una conclusión firme acerca de los menores que crecen en entornos considerados de riesgo psicosocial. Las situaciones de desestructuración y disfuncionalidad familiar incrementan la probabilidad de que estos adolescentes desarrollen más problemas de ajuste en comparación con otros menores que viven en condiciones más idóneas. Todas las investigaciones acerca del riesgo familiar revisadas presentan un denominador común, independientemente del indicador de riesgo objeto de análisis: la importancia de la acumulación de factores de riesgo presente en la vida de estas familias y las dificultades que ésta conlleva para examinar, aisladamente, el

efecto de cada circunstancia adversa. Así, cuando se encuentra que la precariedad socioeconómica, la violencia intrafamiliar, la maternidad adolescente o la psicopatología parental se relacionan con los problemas de ajuste en la adolescencia, difícilmente se ha podido analizar su poder predictivo de forma aislada, ya que la concurrencia con otros elementos de riesgo es bastante elevada. Esta característica ha promovido el desarrollo de investigaciones centradas en **contextos familiares en situación de dificultad psicosocial por acumulación de riesgo**, considerándose dicha concentración un indicador muy distintivo de todas estas familias.

Según la literatura disponible, la acumulación de riesgo presente en algunas familias guarda relación con los problemas de ajuste de los hijos e hijas durante la adolescencia (Deater-Deckard, Dodge, Bates y Pettit, 1998; Greenberg, Spelts, Deklyen y Jones, 2001; Jones, Forehand, Brody y Armistead, 2002; Rutter, 1979, cit. en Menéndez, 2003; Sameroff, 2000; Williams, Anderson, McGee y Silva, 1990). Como se comentó con anterioridad, la hipótesis cuantitativa entiende que la aparición de factores de riesgo, independientemente de la presencia o ausencia de elementos particulares, impacta negativamente sobre el desarrollo de los individuos, de tal manera que a mayor número de factores de riesgo mayor es la prevalencia de problemas clínicos (Rutter, 1979, cit. en Menéndez, 2003; Sameroff, 2000). Desde esta hipótesis se barajan dos modelos diferentes en relación con los problemas de ajuste. Primero, Rutter (1979, cit. en Menéndez, 2003) habla de la existencia de un efecto umbral en la acumulación de elementos de riesgo, es decir, considera que después de un número determinado de factores de riesgo, el incremento de comportamientos desadaptativos se produce cuadráticamente y sigue una relación lineal. De esta manera, más allá de un cierto número, los factores de riesgo pueden potenciarse mutuamente de tal manera que su efecto combinado es más negativo que la mera suma de los efectos separados. Segundo, Sameroff (2000; Sameroff, Bartko, Baldwin, Baldwin y Seifer, 1998) indica que existe una relación lineal y aditiva entre la acumulación de riesgo y los problemas de conducta en menores, es decir, a medida que aumenta la presencia de factores de riesgo en la vida de los menores las probabilidades de que se desencadenen problemas de conducta aumenta de forma lineal. Cabe destacar que existen ciertas dudas acerca de si la relación entre circunstancias de riesgo y problemas de ajuste en contextos adversos es directa o indirecta, de hecho, son muchos los estudios que constatan la presencia de factores moderadores y mediadores en tal relación (e.g., Forman y Davies, 2003; Ingram, Patchin, Huebner, McCluskey y Bynum, 2007; Rodrigo et al., 2009).

Si bien es cierto que la causalidad de la relación (directa o indirecta) entre acumulación de riesgo y problemas de ajuste en la adolescencia ha sido muy discutida en la literatura y no se pueden extraer conclusiones firmes y consistente acerca del tema, sí parece existir un acuerdo prácticamente unánime al afirmar que la presencia continuada de elementos adversos en la vida de los adolescentes se relaciona de alguna manera con indicadores negativos de ajuste. Así, Appleyard, Egeland, Van Dulmen, y Sroufe, (2005) en su estudio longitudinal, desde el primer año de vida hasta los dieciséis años de edad, desarrollado con 171 menores que viven en situaciones de dificultad económica, encuentran que la acumulación de elementos estresores ocurridos (maltrato infantil, violencia interparental, familias desestructuradas, problemas económicos y estrés familiar) en la primera infancia

predice los problemas de externalización e internalización en la adolescencia, incluso después de controlar el riesgo presente en la infancia intermedia. Otro estudio a destacar es el realizado por Wadsby y colegas (2007) con madres catalogadas de riesgo psicosocial en el momento de dar a luz. Este estudio tiene por objetivo estudiar la prevalencia de los problemas de conducta de los recién nacidos cuando alcanzan la adolescencia. Las madres se consideran en situación de riesgo por experimentar problemas de adicción con drogas, de salud mental o sociales (embarazo antes de los dieciocho años, maternidad en solitario, más de tres padres diferentes para sus hijos, más de seis hijos, ayudas económicas, desempleados por más de un año o con menores en guardia custodia), presentando en la mayoría de los casos al menos dos de los indicadores comentados. Los resultados fruto de la comparación de estos menores cuando alcanzan la adolescencia con otros procedentes de contextos ponen de manifiesto que los adolescentes que crecen en contextos de riesgo presentan mayor prevalencia de comportamientos desadaptativos que el resto; en concreto, se observan mayores problemas de salud mental, autoimagen, rendimiento académico y autoconfianza. Pajer y colaboradores (2008) encuentran resultados similares en Alemania con un grupo de chicas de 13-17 años, mostrando que la experimentación de sucesos vitales estresantes en los progenitores durante los dos últimos años predice un aumento en el consumo de sustancias de sus menores.

La co-ocurrencia de los factores de riesgo en estos contextos está ampliamente demostrada en la literatura, por ello, es común en las investigaciones analizar la incidencia de estos elementos adversos en la adolescencia desde una perspectiva holística e integradora. No obstante, algunas investigaciones resaltan en los últimos años el interés de estudiar subgrupos de jóvenes según sus perfiles de riesgo, es decir, basándose en un enfoque cualitativo y centrado en la persona. Los análisis de conglomerados o los modelos mixtos de variables latentes son las técnicas estadísticas más utilizadas para detectar perfiles de adolescentes, según cómo se combinan los factores de riesgo entre sí.

Éste es el caso del estudio internacional desarrollado por Parra, Dubois y Sher (2006), con alrededor de 2000 adolescentes de población comunitaria. Estos autores evidencian cuatro perfiles de riesgo bien diferenciados para ambas sub-muestras de adolescentes: 907 menores que cursan lo equivalente a primero de secundaria (pequeños), y 1039 de primero de bachiller (mayores). De forma destacable, los grupos conformados reflejan más que una simple variación en el nivel o grado acumulativo de riesgo. Concretamente, para los más pequeños, el grupo más amplio lo conforman aquellos menores que puntúan bajo en todos los indicadores evaluados (habilidad verbal, estrategias de afrontamiento, ambiente familiar, consumo de sustancias por parte de los iguales, conexión con el colegio, ratio de desempleo del vecindario), seguido de otro grupo caracterizado principalmente por una situación de desventaja socioeconómica alta y, por último, con porcentajes que no superan el 10%, se encuentran otros dos grupos, los adolescentes que sobresalen por problemas en su contexto familiar y aquellos que se relacionan con iguales consumidores de sustancias tóxicas. Asimismo, los perfiles de riesgo encontrados en la muestra de los mayores son muy similares a éstos. Se identifica un grupo con graves problemas socioeconómicos (43%), un segundo con problemas familiares de importancia (4%), un tercero con baja acumulación de riesgo (32%) y, por el contrario, un cuarto grupo que destaca por su elevado número de elementos de

adversidad (21%). Estos autores ponen en relación estos perfiles de riesgo con los niveles de desajuste presentes en los adolescentes tanto en ese momento como un año más tarde. Los resultados indican que, en comparación con el resto de grupos, el caracterizado por problemas en el contexto familiar es el que presenta una media de desajuste interno mayor, este hallazgo se observa tanto en la agrupación conformada en los pequeños como en los mayores. No obstante, los resultados sí encuentran diferencias en relación al desajuste externo según la edad; así mientras que, en la tipología de los pequeños, el grupo con peores resultados es el que destaca por mantener contactos con iguales consumidores, en la agrupación de los mayores el más perjudicado es aquel que presenta más problemas familiares. En resumen, los resultados de este trabajo sugieren las complejas combinaciones posibles existentes entre los factores adversos y, además, apuntan a perfiles de riesgo concretos para distinguir a los adolescentes que experimentan problemas de internalización de aquellos con problemas de externalización.

Los resultados del estudio anterior proporcionan una información muy interesante y de utilidad para el diseño de futuras intervenciones preventivas con adolescentes, sin embargo, son pocas las investigaciones que establecen perfiles de riesgo en la adolescencia atendiendo a las características contextuales e individuales de los menores, y se podría decir que estos trabajos son casi inexistentes en contextos de alta vulnerabilidad psicosocial. El establecimiento de perfiles familiares de riesgo en contextos multiproblemáticos podría contribuir notablemente a la mejora del plan de detección e intervención desarrollado por parte de instituciones centradas en la prevención y promoción de la adolescencia y, en ese sentido, deben desarrollarse más estudios en esta línea.

También existen investigaciones que se han ocupado de analizar las **diferencias de sexo** en el impacto del riesgo experimentado por los adolescentes. Los resultados son controvertidos y poco esclarecedores. Wadsby y colaboradores (2007) informan que los adolescentes de familias en situación de riesgo presentan más problemas de ajuste en general que los de familias sin riesgo, pero solo en el caso de los chicos y no de las chicas. No obstante, existen estudios que apuntan todo lo contrario, sobre todo si estamos ante situaciones familiares de violencia doméstica (Cummings, Pepler y Moore, 1999; Sternberg, Lamb, Guterman, y Abbott, 2006). En esta línea, Luthar (1999) indica que las chicas adolescentes sufren más las consecuencias de vivir en situaciones familiares adversas en comparación con los chicos, ya que asumen mayores responsabilidades familiares y consecuentemente, son más conscientes de los problemas. Con lo anterior, estudios pioneros observan que las chicas cuyas familias padecen problemas económicos adquieren más responsabilidades en casa y, en consecuencia, están más expuestas a la alteración de la dinámica familiar que las circunstancias adversan provocan (Elder, Caspi y Nguyen, 1985, cit. en Guillamón, 2003). Algunos investigadores plantean la posibilidad de que las chicas sean más vulnerables que los chicos en la adolescencia, porque para ellas es una etapa de mayores cambios en el desarrollo (Compas, Hinden y Gerhardt, 1995; Nolen-Hoeksema y Girgus, 1994), mientras que otros trabajos argumentan que, en general, los estresores familiares afectan más a las chicas que a los chicos, siendo para éstos últimos más importantes los factores de riesgo presentes en la comunidad (Kavanagh y Hops, 1994; Luthar, 1999).

Sin embargo, existen estudios que indican que las diferencias de sexo son distintas si se analizan por separado los problemas de internalización y externalización. Acorde con los estudios normativos, algunos trabajos apuntan que los chicos adolescentes que crecen en contextos adversos presentan un mayor riesgo de experimentar problemas de externalización mientras que en las chicas es más frecuente observar elevadas tasas de problemas internalizantes (DeCarlo, Wadsworth, y Stump, 2011; Jiménez, 2009). Asímismo, Aalsma y Lapsley (2001) en su estudio con población adolescente delictiva observan resultados similares tras un análisis de conglomerados, encontrando una alta predominancia de las chicas en la tipología de adolescentes con problemas internalizantes y de los chicos para la tipología de problemas externalizantes. Pero no todos los estudios encuentran estas diferenciaciones entre las dos dimensiones de problemas de ajuste en torno al sexo en población de riesgo (Cummings et al., 1999). De hecho, Wadsby y colaboradores (2007) solo encuentran diferencias de sexo en los problemas de externalización, siendo los adolescentes de familias catalogadas en situación de riesgo psicosocial los que muestran una mayor prevalencia en comparación con el resto, no observándose diferencias para la dimensión de internalización ni para chicos ni para chicas de ambos contextos. Por último, los resultados ofrecidos en el estudio preliminar desarrollado por esta doctoranda indican que las diferencias entre chicos y chicas de contextos familiares en riesgo vienen marcadas principalmente por los problemas de internalización, no observándose diferencias en los problemas de externalización. En este sentido y en consonancia con Luthar (1999), este trabajo concluye que son las chicas las que parecen sufrir más las consecuencias de vivir en contextos familiares en riesgo porque, además de los problemas de ajuste interno propios de su condición de chica, presentan más dificultades a nivel externo que sus compañeras (Lorence, 2008).

4. El estrés psicosocial y los problemas de ajuste durante la adolescencia.

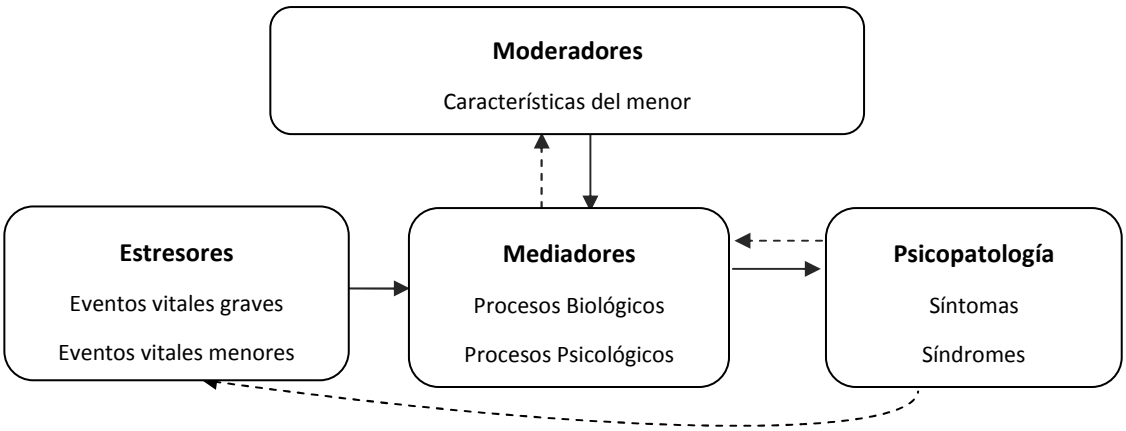
No cabe duda de que los problemas de ajuste característicos de estas edades van de la mano de la viviencia de los eventos y circunstancias estresantes que acompañan a esta etapa. Como se ha comentado en páginas anteriores, la adolescencia se considera un periodo de alta vulnerabilidad para la experimentación del estrés psicosocial y, en cierta medida, dicho estrés permite, a su vez, entender la incidencia de problemas de conducta que normalmente tiene lugar en esta etapa evolutiva. En esta línea, existe suficiente evidencia empírica que avala la relación entre estrés psicosocial y comportamientos desadaptativos o desajustados durante la adolescencia (Kraemer et al., 1997; Oliva, Jiménez et al., 2008; Oliva et al., 2009). Kim y colaboradores explican, de forma comprehnesiva y extensiva, las relaciones que ambas dimensiones pueden establecer entre sí (Kim et al., 2003). En concreto, hacen referencia a tres posibles hipótesis:

– Causación social (*social-casuation hyphotesis*): resulta la hipótesis más estudiada y analiza la incidencia de los eventos estresantes sobre el bienestar personal.

- Selección social (*social-selection hyphotesis*): hace referencia a aquellos estudios que plantean una influencia contraria entre ambas dimensiones, siendo los problemas de ajuste los que permiten predecir el incremento de los sucesos vitales estresantes experimentados por un individuo.
- Reciprocidad (*hyphothesized reciprocal influence process*): afirma que tanto los problemas de ajuste como los sucesos vitales estresantes están estrechamente correlacionados entre sí y que ambos se predicen a sí mismos.

El interés por aclarar la dirección de la influencia entre las condiciones sociales (e.g., sucesos estresantes) y las características individuales de las personas (e.g., problemas de ajuste) es una preocupación central para la investigación sobre el desarrollo humano (Caspi, 1998). Si bien es cierto que muchos estudios focalizan su atención en comprobar la veracidad de la hipótesis de la causación social, son menos los trabajos centrados en comprobar las otras dos. La revisión de literatura realizada pone de manifiesto que la segunda hipótesis de las presentadas —*Selección social*— ha adquirido especial protagonismo en los últimos años; aunque aún no se dispone de suficiente evidencia empírica como para extraer conclusiones claras y firmes. Desde esta hipótesis se sugiere que el desajuste emocional y conductual puede reducir las competencias sociales e instrumentales de las personas y, por tanto, incrementar la probabilidad de aparición de nuevas circunstancias estresantes (Caspi, 1998; Conger, 1995, 1997; Ensel y Lin, 1991). Kim y otros (2003) corroboran la veracidad de esta hipótesis al encontrar que los problemas de internalización y de externalización incrementan los sucesos estresantes durante la adolescencia, principalmente en los años intermedios. Estos resultados son consistentes con los de otras investigaciones más específicas que analizan los problemas depresivos como factor predictor de los eventos estresantes (Fluori, 2008; Goodyer, Herbert y Tamplin, 2000; Waaktaar, Borge, Fundingsrudc, Christiea y Torgersen, 2004). Si los estudios centrados en la hipótesis de la selección social son poco abundantes, menos son aquellos dedicados en comprobar la de *reciprocidad*. En el trabajo de Kim y colaboradores (2003) se ofrecen también datos que corroboran la veracidad de la hipótesis de la reciprocidad. En concreto, estos autores observan una compleja interconexión entre los sucesos vitales estresantes y los problemas de ajuste en los adolescentes que no puede ser explicada por ninguna de las otras dos hipótesis planteadas y sí por una asociación recíproca entre ambas dimensiones.

Figura 4. Modelo de Grant.



Es importante destacar que estas hipótesis no siempre deben ser entendidas como relaciones directas. Grant y colaboradores (2006) señalan que las mediaciones y moderaciones deben ser un elemento clave en el análisis adecuado de las relaciones entre el estrés psicosocial y los problemas de ajuste y, por tanto, deben ser objeto de estudio. En un intento de poner en común todos los elementos e hipótesis analizadas en la literatura sobre el tema, estos autores se plantean un modelo teórico integrador sobre la relación entre el estrés psicosocial y los problemas de ajuste en la infancia y la adolescencia. Como se aprecia en la Figura 4, este modelo contempla la siguientes proposiciones: 1) los estresores explican los problemas de psicopatología en la infancia y la adolescencia; 2) los factores moderadores influencian la relación entre estresores y psicopatología; 3) los mediadores explican la relación entre estresores y psicopatología; 4) hay especificidad en las relaciones entre estresores, moderadores, mediadores y psicopatología; y 5) las relaciones entre estresores, moderadores, mediadores y psicopatología son recíprocas y dinámicas.

Como se ha referido anteriormente, la **hipótesis de la causación social** ha sido de las más elaboradas y la que ha propiciado un mayor número de estudios con población adolescente. Por esta razón, a continuación se comentan las evidencias obtenidas más destacadas que hacen un tratamiento del estrés psicosocial desde esta perspectiva de análisis. Concretamente, el estrés psicosocial se entiende como predictor del ajuste adolescente. Los sucesos vitales estresantes parecen jugar un rol significativo en el desarrollo y bienestar personal, de ahí la relevancia que ha adquirido en las últimas décadas el estudio de su impacto sobre determinados problemas de ajuste adolescentes. En consonancia con esta hipótesis, estos estudios sugieren que las condiciones de vida adversas que pueden experimentar los chicos y las chicas influyen en la variabilidad de problemas de desarrollo detectados en población en situación de riesgo (Caspi, 1998; Conger, 1995, 1997).

En consonancia con los modelos de riesgo y protección actuales, el tratamiento del estrés psicosocial desde la hipótesis de la causación social se puede realizar desde dos aproximaciones diferentes: la cuantitativa y la cualitativa. La aproximación cuantitativa es común en la literatura disponible sobre el tema, de hecho la concentración de circuntancias estresantes es considerada como uno de los factores de riesgo más importantes para el bienestar adolescente. Desde esta perspectiva, se enfatiza que la concentración de elementos estresantes en la vida de las personas supone una mayor amenaza para el ajuste que un elemento aislado, independientemente de la naturaleza de la circunstancia de riesgo de que se trate (Flouri y Kallis, 2007).

Muchas investigaciones ponen de manifiesto el poder explicativo de la acumulación de sucesos estresantes sobre la presencia de los problemas de internalización (e.g., Chang, 2001; Compas y Phares, 1991; Ge et al., 2001) y externalización (e.g., Jackson y Warren, 2000; Kessler, Gillis-Light, Magee, Kendler y Eaves, 1997; Kim et al., 2003) en la adolescencia. Como explicación a estos efectos, puede ocurrir que el hecho de afrontar muchas situaciones díficiles sin apoyos y recursos suficientes promueva la aparición de sentimientos de fracaso en los adolescentes, lo que afectaría a su vez a su estado emocional y conductual (Rutter, 1979, cit. en Menéndez, 2003). Recientes estudios con población en riesgo obtienen resultados similares a los hallados en estudios con población comunitaria. Por ejemplo,

Morales y Guerra (2006) encuentran que la concentración de situaciones estresantes provenientes del contexto familiar, escolar, o del propio vecindario, predice un aumento en los problemas escolares, depresivos y agresivos de preadolescentes que crecen en familias en situación de desventaja socioeconómica. En la misma línea, el estudio desarrollado por esta doctoranda (Lorence, 2008) con población usuaria de los SS.SS. pone de manifiesto que la concentración de circunstancias estresantes cobra una especial importancia en la explicación de los problemas de externalización de los adolescentes que crecen en estos entornos, tanto es así que su relevancia explicativa parece ser mayor incluso que la de prácticas de socialización parental concretas, tales como el castigo físico o la coerción verbal. No obstante, los resultados de este estudio no son los mismos para los problemas de internalización.

Los datos disponibles respecto a si la incidencia del estrés psicosocial es mayor para los problemas de internalización que para los de externalización son dispares y controvertidos, sobre todo en relación con éstos últimos. Así, mientras que algunos estudios fallan en su intento por encontrar relaciones significativas entre este indicador y los problemas de externalización (Grant, Compas, Thurm, McMahon y Gipson, 2004), otros evidencian una mayor predicción de los sucesos vitales estresantes sobre la conducta externalizante que sobre la internalizante (Fluori y Tzavidis, 2008; Oliva, Jiménez et al., 2008). Esta discrepancia empírica puede ser explicada por la variabilidad de instrumentos utilizados para medir la acumulación de circunstancias estresantes, así como la falta de información que se ofrece en los artículos acerca de los ítems que comprenden dichas escalas (Grant et al., 2003). Uno de de los principales problemas detectados en este tipo de estudios está relacionado con el solapamiento de contenidos entre instrumentos. Las circunstancias estresantes que componen estas escalas a veces están muy relacionadas con los problemas de conducta evaluados y, por tanto, el poder predictivo de la relación podría verse incrementado. En este sentido, estudios recientes que analizan la influencia del estrés psicosocial sobre los problemas de ajuste proponen, por un lado, crear inventarios que comprendan sucesos o eventos sobre los cuales los menores ejerzan un bajo o casi ningún control, evitando la confusión con las medidas de ajuste utilizadas (Fluori y Tzavidis, 2008; Flouri y Kallis, 2007; Kim et al., 2003; Masten et al, 1999; Walton y Flouri, 2010) y, por otro, tener cuidado con la comorbilidad conductual mencionada en apartados anteriores (Lorence, Hidalgo y Dekovic, 2013).

Autores como McMahon y colaboradores (2003) enfatizan la necesidad de estudiar la especificidad de los eventos estresantes en la relación con los problemas de desarrollo. Desde la aproximación cualitativa, los estudios son menos habituales y, además, los resultados ofrecidos resultan menos consistentes y claros. No obstante, existen algunos estudios que sí exponen asociaciones específicas entre determinados eventos estresantes e indicadores concretos de ajuste (Stouthamer-Loeber, Loeber, Homish, y Wei, 2001; Thornberry, Ireland y Smith., 2001).

Aunque muchas investigaciones muestran que un tratamiento aditivo de los sucesos estresantes predice más que un análisis pormenorizado de los mismos, parece ser que los eventos individuales varían en los respectivos impactos que tienen (e.g., Fluori y Tzavidis,

2008). Una de las críticas más fundamentadas a la perspectiva cuantitativa es la asunción de que cada suceso estresante tiene el mismo peso en la vida de los menores y que, por tanto, éstos podrían ser intercambiables unos por otros. En un intento por comparar los efectos acumulativos y de especificidad de los eventos estresantes, Flouri y Kallis (2007) desarrollan un estudio con jóvenes de entre dieciséis y dieciocho años de edad. Estos autores evalúan sucesos estresantes para los cuales los jóvenes, a priori, no tienen control en su aparición (e.g., situación económica familiar, alguien de tu familia ha sido arrestado) y analizan su influencia por separado y de manera conjunta sobre los problemas de ajuste en general. Los resultados de este estudio muestran que el análisis cuantitativo del riesgo es preferible al análisis más específico o cualitativo por su mayor poder predictivo. Estos resultados son consistentes con los encontrados con otros estudios (Atzaba-Poria et al., 2004; Deater-Deckard et al., 1998).

En definitiva, los resultados disponibles indican que el estrés psicosocial, entendido como la exposición a circunstancias estresantes y/o problemáticas, incide desfavorablemente en el bienestar psicológico de los adolescentes, incrementando su vulnerabilidad a desarrollar problemas de internalización y externalización. Hay más evidencia empírica que avala la aproximación cuantitativa frente a la cualitativa en relación con el funcionamiento psicosocial adolescente. Cabe destacar que algunos estudios también evidencian una relación indirecta entre esta dimensión y los problemas de ajuste adolescente, identificando diversos indicadores que median o moderan tal interacción.

Capítulo 3.

El funcionamiento familiar durante la adolescencia.

Como ya se ha descrito, la perspectiva contextual-evolutiva, transaccional y ecológica presenta una visión de la familia multisistémica, con un funcionamiento integrado y en continuo cambio, que cumple con importantes funciones en relación al desarrollo y la educación de los menores. Fieles a esta perspectiva, cuando una investigación pretende evaluar el funcionamiento de las familias, son multitud los elementos e interacciones que deben tomarse en consideración para tener una visión exhaustiva del contexto. Palacios y Rodrigo (1998) desarrollan una propuesta de tres dimensiones básicas de análisis del funcionamiento familiar. En primer lugar, la dimensión cognitiva, que contempla las ideas y conocimientos que tienen los progenitores acerca del desarrollo y la educación de sus menores. En segundo lugar, la relacional, que hace referencia a las relaciones interpersonales que se producen entre los miembros de la familia así como a las estrategias de socialización desarrolladas por los progenitores en los procesos de interacción con sus hijos e hijas. Por último, la dimensión educativa que se refiere a los elementos del contexto familiar que facilitan el desarrollo de los menores. Dentro de esta última dimensión estarían los objetos y estímulos presentes en el escenario educativo, la organización de la vida cotidiana y el conjunto de actividades y relaciones que en él promueven, alientan y apoyan los progenitores como principales agentes educativos.

Un análisis conjunto de los contenidos que integran las tres dimensiones de análisis de la familia resulta muy complicado en la investigación empírica, de modo que la tendencia de los profesionales es centrarse en el estudio de dimensiones específicas. En esta línea, el presente estudio se dedica a analizar características relacionadas con la **dimensión relacional**, con objeto de reflexionar acerca del enorme valor de los procesos interactivos que se desarrollan dentro del hogar, y obtener información empírica de interés para contribuir al establecimiento de las directrices que deben guiar las intervenciones para optimizar las prácticas educativas de los progenitores en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial. Esta elección se fundamenta en el convencimiento de que el cumplimiento de la función afectiva de la familia constituye una vía esencial de promoción de la salud integral tanto de la familia como sistema, como de la de cada una de las personas que la conforman.

La función relacional que cumple la familia es extensa y compleja, razón por la que no es posible abordar en un único estudio todos sus contenidos e interrelaciones. En concreto, el presente trabajo se centra en el estudio de la cohesión familiar y la socialización parental, adquiriendo esta última dimensión un papel protagonista en la investigación realizada. La tarea de ser padres y madres conlleva, entre otras cosas, la intervención educativa para moldear, desde edades muy tempranas, el tipo de conductas y actitudes que se consideran adecuadas para el funcionamiento psicosocial de los menores. Una vez que se han establecido unas relaciones afectivas básicas o vínculos de apego paterno-filial, la socialización parental

implica la adopción por parte de los progenitores de funciones encaminadas a controlar y supervisar el comportamiento de los menores. No obstante, las estrategias de socialización parental no se dan en el vacío sino que el clima relacional entre los miembros de la familia constituyen uno de los pilares fundamentales de esta socialización. Por esta razón, en este estudio se evalúa la cohesión familiar, es decir, el grado de cercanía existente entre los miembros de una misma familia.

Por consiguiente, la socialización parental y la cohesión entre los miembros de la familia son los contenidos de la dimensión relacional tratados en esta investigación. A lo largo de este capítulo se exponen los presupuestos teóricos así como los resultados empíricos, preferentemente extraídos de contextos familiares en riesgo, disponibles en la literatura sobre estas dimensiones. Además, ambos indicadores se ponen en relación con las medidas de desajuste adolescente tratadas en el capítulo anterior, los problemas internalizantes y externalizantes.

1. La socialización parental en la adolescencia.

Tanto para los teóricos como para los profesionales que trabajan en el ámbito de la familia, la socialización familiar constituye uno de los procesos más importantes y determinantes para el desarrollo durante la infancia y la adolescencia. Por ello, como es bien conocido, la familia es considerada el principal contexto de socialización de niños, niñas y adolescentes, y este microsistema ha recibido la atención de multitud de profesionales tanto de la Psicología como de otras disciplinas.

No cabe duda que la socialización familiar, en consecuencia, cumple una función fundamentalmente social, puesto que es, esencialmente, un proceso de inmersión cultural que en gran medida determina el comportamiento de los menores (Musitu y García, 2001). La socialización implica tanto la aceptación de normas, criterios y costumbres de la sociedad, como el aprendizaje de habilidades que promueven la adaptación social. Así, mediante dicho proceso aprendemos de forma "conformada" a compartir nuestra cultura y se nos enseña a comportarnos acorde con los cánones de la sociedad en la que vivimos (Grusec y Davidov, 2007). A este respecto, para estudiar los procesos de socialización familiar, es necesario tener en cuenta las características específicas de la sociedad en la que cada familia está inmersa. Como se concreta en las páginas siguientes, la perspectiva relativista de la aceptación de la diversidad cultural en términos de socialización familiar ha adquirido especial protagonismo en los últimos años y aporta datos empíricos que apoyan esta perspectiva de estudio (Chao, 2001).

En concreto, la socialización familiar se refiere al conjunto de procesos interactivos que se producen en el contexto familiar y que tienen como objetivo inculcar en los hijos y las hijas un determinado sistema de valores, normas y creencias (Maccoby, 1980, cit. en Gracia, García y Lila, 2007). Aunque evidentemente los procesos de socialización de los miembros más jóvenes de la sociedad no son exclusivos del contexto familiar, la socialización parental, aquella que se

desarrolla entre progenitores y menores, es posiblemente el tipo de socialización más estudiada y una de las más importantes (Bornstein, 2002).

La socialización parental supone la presencia de, al menos, dos personas que interactúan desempeñando roles complementarios: niño, niña o adolescente, que es el objeto de la socialización y una persona adulta, que actúa como agente socializador. En este sentido, la complementariedad implica asimetría en la relación, ya que el adulto ejerce como cuidador responsable y el menor como persona en proceso de socialización. Como se verá posteriormente, esta relación tiende a ser cada vez menos asimétrica conforme se adentra en la adolescencia, en respuesta a las nuevas necesidades de los chicos y las chicas durante esta etapa evolutiva (Gracia et al., 2007).

Es casi unánime la constatación por parte de los investigadores de la variedad de pautas que pueden emplear los progenitores en la socialización de sus hijos e hijas. Por ejemplo, cuando un menor se porta mal, algunos padres y madres actúan privándoles de algún privilegio (por ejemplo, no jugar a la video-consola), mientras que otros se incliuna por hablar tranquilamente sobre lo sucedido, y otros no les dicen ni hacen nada al respecto. Esta diversidad queda también patente en las normas y los límites que se establecen en cada contexto familiar, en la forma en la que los progenitores expresan y manifiestan su cariño a sus hijos e hijas, y en los estilos comunicativos predominantes en cada hogar.

La socialización parental y sus consecuencias para el desarrollo de los menores ha sido una preocupación constante por profesionales de diferentes orientaciones y perspectivas interesados en el estudio de la familia (Siegel, 2002, cit. en Gracia et al., 2007). Como se tendrá oportunidad de ver en páginas posteriores, ha sido un tema muy estudiado incluso desde antes de que la Psicología se constituyera como disciplina. Existe una amplia diversidad de investigaciones en función de los objetivos de estudios —descriptivos o predictivos—, del método de investigación utilizado —transversal o longitudinal— y del tipo de muestras —familias con menores de distintas edades o de diferentes culturas—. La abundante y variada literatura empírica y teórica que existe al respecto, así como la complejidad del constructo por su carácter multidimensional, relacional y dinámico, hace bastante ardua y complicada la tarea de sintetizar los resultados existentes acerca de los procesos de socialización parental.

Aunque existe una amplia y extensa literatura relacionada con la actuación de los progenitores en la educación de sus hijos e hijas, se adolece sin embargo de un cuerpo consolidado de investigaciones que estudien este proceso en familias en riesgo psicosocial, a excepción de los estudios relacionados con familias en situación de desventaja socioeconómica. Ante este estado de la cuestión, se necesitan estudios empíricos que describan los estilos y/o prácticas educativas predominantes en las familias en riesgo, así como trabajos que identifiquen las antecendentes de las prácticas inadecuadas de socialización parental, con el fin de mejorar las políticas sociales imperantes en nuestra sociedad, promoviendo y favoreciendo programas de intervención que mejoren el funcionamiento de estos hogares. En este sentido, los resultados que ofrece esta investigación pueden ser relevantes y aportar datos novedosos en el ámbito de estudio que nos ocupa.

Es casi una tarea inabordable pretender plasmar en un capítulo todos los hallazgos que existen referentes a la socialización parental, por ello, a lo largo de estas páginas se ofrece una visión general del constructo, incidiendo en aquellos aspectos y resultados que se consideran de mayor relevancia para su conceptualización, y en aquellas cuestiones teóricas y empíricas estrechamente ligadas a los objetivos y dimensiones de esta investigación. Para ello, la información se organiza en cuatro apartados. En primer lugar, se presentan los presupuestos teóricos que sustentan el estudio de la socialización parental y cómo han evolucionado las perspectivas de análisis a lo largo del tiempo (1.1.). En segundo lugar, se describe la propuesta teórica de Musitu y García (2001) relativa a la socialización parental en la adolescencia, la cual sustenta esta investigación (1.2.). Seguidamente, se comentan los resultados empíricos disponibles en torno a la socialización parental en contextos de riesgo, especialmente cuáles son los elementos adversos que promueven las prácticas educativas en estos hogares, así como los procesos explicativos de las mismas (1.3.). Por último, se pone en relación la socialización parental con los problemas de ajuste adolescente (1.4.).

1.1. Presupuestos teóricos.

1.1.1. Antecedentes.

La socialización parental ha sido objeto de debate desde hace siglos por parte de profesionales de distintas disciplinas; así, los efectos de la crianza o cuidado infantil en el desarrollo humano han sido reconocidos desde tiempos ancestrales (DeMause, 1991). Teti y Candelaria (2002), en su capítulo *Parenting Competence* del *Handbook of Parenting*, remontan al año 1230 las primeras reflexiones acerca del cuidado parental. Concretamente, referencian la célebre enciclopedia *De Proprietatibus Rerum* del franciscano Bartolomé de Inglaterra en la cual se dan las primeras recomendaciones acerca de un cuidado infantil apropiado.

Durante siglos la Psicología ha estado inmersa en el ámbito de la Filosofía, y entre las raíces filosóficas del proceso de socialización se encuentran las visiones de pensadores como Locke y Rousseau, precursores del pensamiento liberal moderno, cuyas respectivas obras han ejercido una influencia significativa sobre los postulados teóricos referidos a la socialización de los chicos y las chicas en la sociedad moderna (Teti y Candelaria, 2002).

Locke, uno de los más distinguidos representantes de la corriente empirista inglesa, a través de su célebre metáfora de la *tabula rasa* concede a la socialización un papel privilegiado en el entendimiento del desarrollo humano. Este empirista es uno de los filósofos del siglo XVII que más escribieron acerca del proceso de educación de los menores. Un buen ejemplo de ello es el libro *Pensamientos sobre la Educación*, constituido por un conjunto de cartas escritas por Locke a Edward Clarke, a quien da consejos sobre la educación —especialmente refiriéndose a cuidados para la salud— que debe dar a su hijo. A diferencia de los escritos previos que defendían la educación estricta, este autor aboga por el uso del diálogo por encima del castigo físico en la disciplina de los menores. No obstante, sus recomendaciones acerca de la disminución de la dureza disciplinaria no fueron admitidas en un momento histórico en el que el poder que los progenitores podían ejercer sobre sus hijas e hijos era absoluto a los ojos de la

ley, y en el que el uso de prácticas parentales coercitivas estaba muy aceptado socialmente (Teti y Candelaria, 2002).

Las creencias acerca de la socialización parental, al menos teóricamente, cambiaron bastante en Europa una vez divulgadas las ideas de Locke en Inglaterra y, más tarde, las de Rosseau en Francia. En el siglo XVIII, Rosseau se incorporó a la literatura de la Psicología del Desarrollo escribiendo acerca de los efectos a largo plazo de las prácticas de crianza parental y de la actitud que tienen los progenitores acerca de su rol parental. Rosseau alcanzó su mayor éxito con sus dos tratados *Sur Les Sciences et les Arts* y *Sur l´Inegalite* junto con su trabajo *Emile*, un relato ficticio de un tutor que enseña a su hijos. En consonancia con los trabajos de Locke, este autor descarta el castigo corporal como una estrategia educativa eficaz, más bien la considera desafortunada para los menores. No obstante, las coincidencias entre Locke y Rosseau llegan únicamente hasta ahí, puesto que mientras para el primero la conducta de los menores requiere imperiosamente de la guía y supervisión de los educadores, el segundo aboga por una educación permisiva y liberal en la que el menor crece y se desarrolla con bastante autonomía e independencia de sus cuidadores.

El siglo XIX resultó revulsivo para los estudios de socialización parental debido al asentamiento de la Psicología como disciplina y al cambio de concepción en torno a la infancia. DeMause (1991) denomina como fase de *socialización* al periodo que abarca desde el siglo XIX hasta mediados del XX. Según este autor, en este tiempo se empezó a entender que la crianza de los hijos e hijas no consiste en dominar la voluntad del menor, sino en formarle, guiarle, enseñarle a adaptarse; en resumidas cuentas, se trata de socializarles y educarles.

En este repaso histórico, hay que decir que el siglo XX fue testigo de un crecimiento espectacular en la investigación de la socialización parental. Durante la primer mitad del siglo XX, una de las fuentes más influyentes en los conocimiento acerca de la crianza de los menores fue Luther Emmet Holts con su obra *The Care and Feeding of Children* (1914, cit. en Teti y Candelaria, 2002), aunque al igual que mucha de la literatura para progenitores que lo precedieron, las recomendaciones de Holts se basan poco en datos empíricos y mucho en sus concepciones y creencias sobre lo que es una crianza adecuada de los hijos y las hijas. La toma de conciencia de la familia como el contexto de socialización más importante para el ajuste psicológico de los menores y el análisis de las influencias familiares desde diversas perspectivas teóricas, como el Conductismo y el Psicoanálisis, favorecieron notablemente el surgimiento de nuevas aportaciones teóricas y empíricas en este siglo.

Jiménez y Muñoz (2005), en su revisión sobre este tema, afirman que la investigación en torno a la socialización parental en el siglo XX se ha centrado en un primer momento en la identificación de las dimensiones de la socialización parental y en el estudio de las prácticas educativas asociadas a cada una de ellas. Desde las primeras aportaciones realizadas por Symonds, Baldwin o Schaefer, se viene identificando en las relaciones paterno-filiales distintos componentes que tienden a estar relacionados con dos grandes dimensiones. Como se verá más adelante nos referimos, por un lado, a la dimensión relacionada con el afecto y la comunicación y, por otro, con el control y la supervisión comportamental. No obstante, a partir de los años 60, las investigaciones de Baumrind (1966, 1967, 1970, 1980, 1989, 1991,

citadas en Teti y Candelaria, 2002) supusieron grandes avances al respecto, dando lugar al primer modelo explicativo que clasifica a los padres y a la madres en tipologías bien diferenciadas en función de sus prácticas educativas. Desde este modelo parten otras propuestas teóricas más recientes, como la de Maccoby y Martin (1983), la de Parker y Gladstone (1996) y, en el entorno más cercano, la de Musitu y García (2001), contribuyendo todas ellas al entendimiento de la socialización parental en la sociedad actual.

1.1.2. Perspectivas contemporáneas.

Como ha quedado patente en el apartado anterior, el estudio de las prácticas de crianza ha tenido una larga tradición en la Psicología. En consonancia con las investigaciones desarrolladas en el siglo XX, el estudio de la socialización parental puede articularse en torno a dos perspectivas de análisis diferentes: la aproximación dimensional, donde se examina el proceso de interacción paterno-filial a través de dimensiones específicas; y la aproximación tipológica, donde los investigadores proponen diferentes tipos de socialización parental para estudiar su incidencia en el desarrollo infantil y adolescente. Ambas perspectivas pueden considerarse complementarias y aportan niveles de análisis y resultados muy interesantes para el estudio del ajuste en la infancia y la adolescencia. En este sentido, Darling y Steinberg (1993) desarrollan un modelo teórico globalizador que integra ambas perspectivas de análisis. Este análisis global de la socialización parental más actual, el enfoque integrador, se desarrolla más adelante en este trabajo. Estas tres perspectivas de análisis (dimensional, tipológica e integradora) son descritas a continuación.

1.1.2.1. Enfoque dimensional.

Desde este enfoque se analiza el proceso de socialización parental como el estudio de un conjunto de elementos o dimensiones independientes entre sí. Desde esta perspectiva, la investigación se centra en la identificación de estas dimensiones y en el análisis de las consecuencias que tiene para el ajuste psicológico en la infancia y la adolescencia. A continuación, se presentan los principales estudios encaminados a la identificación de dichas dimensiones realizados en el último siglo, revisando los contenidos de análisis más abordados en la literatura.

Las conductas, prácticas y actuaciones que las madres y los padres utilizan cotidianamente para socializar a sus hijos e hijas son muy variadas, hasta el punto que enumerarlas de manera extensa y exhaustiva es prácticamente inviable y, posiblemente, infructuoso. A pesar de las divergencias observadas en torno a las dimensiones consideradas como importantes para evaluar la implicación de los progenitores en la educación de sus menores, en todas ellas se constata una gran coincidencia al señalar dos grandes dimensiones para explicar la socialización parental en la infancia y la adolescencia: la que comprende los contenidos relativos al afecto y comunicación paterno-filial, por un lado, y la dimensión del control y supervisión parental, por otro.

Tradicionalmente, la afectividad que los progenitores muestran en sus prácticas educativas ha sido uno de los elementos de estudio del contexto familiar más analizados en la literatura.

La **dimensión del afecto en la socialización parental** evalúa el nivel de apoyo y afecto explícito que un padre o una madre utiliza en el trato cotidiano con sus hijos e hijas. Se refiere a las muestras de cariño, comprensión y apoyo que los progenitores mantienen con sus menores en su interacción diaria. En este sentido, si se considera esta dimensión dentro de un continuo, se habla de dos tipos de progenitores posicionados en los extremos opuestos de esta dimensión (Shaffer, 2000). En el extremo negativo, se encuentran los progenitores poco afectuosos y relativamente insensibles a las necesidades de sus hijos e hijas, que raramente manifiestan su aceptación o satisfacción ante los logros de sus menores y que tienden a ignorarlos con asiduidad. En contra, en el extremo positivo de la dimensión estarían aquellos padres y madres que aceptan a los menores y son sensibles a sus necesidades. Los progenitores que se sitúan en el polo positivo son aquellos que generalmente elogian, alientan a sus hijos e hijas, les expresan su afecto y cariño, aunque, en algunas ocasiones, pueden ser bastante críticos cuando un menor requiere ser reprobado.

Como se ha comentado en páginas anteriores, si bien es cierto que existe cierto consenso entre los investigadores en señalar cuáles son los comportamientos y actitudes de crianza que contemplan la primera dimensión, la segunda —el control parental— conlleva mayores controversias. El estudio de **la dimensión del control en la socialización parental** es muy polémico, principalmente, debido a la falta de acuerdo conceptual entre los investigadores. Bajo esta dimensión se engloban contenidos muy diferentes a nivel teórico y empírico. Asimismo, esta dimensión se entiende como un concepto multidimensional que engloba distintos tipos de control.

En primer lugar, se pueden clasificar los contenidos que comprenden la dimensión del control atendiendo a su naturaleza: por un lado, estaría el control conductual, que alberga a su vez contenidos muy diferentes y, por otro lado, el control psicológico (Barber, 1996; Barber y Harmon, 2002; Barber, Olsen y Shagle, 1994; Steinberg, 1990).

El *control conductual* se refiere al esfuerzo que los padres y las madres hacen por controlar el comportamiento de sus menores. Se diferencian dos tipos de control conductual:

- Supervisión (monitoring). Grado en el que los progenitores controlan las actividades y sitios en los que se encuentran los menores. Se relaciona con el establecimiento de límites y la supervisión de la conducta del hijo o la hija con el fin de facilitarles un desarrollo más saludable (Gray y Steinberg, 1999). Existe cierta tradición en los estudios empíricos en asimilar el término supervisión al de control conductual, sin considerar el primero como una dimensión específica de éste último.

- Disciplina. Hace referencia a la consistencia en el cumplimiento de normas y a las estrategias específicas que los cuidadores usan ante el comportamiento inadecuado de sus hijos e hijas. Musitu y Gutierrez (1984, cit. en Musitu, Román y Gracia, 1988), partiendo de la clasificación tradicional de Hoffman (2000) —afirmación de poder, retirada de amor, inducción—, hablan de tres dimensiones principales de la disciplina familiar:

- Disciplina inductiva o de apoyo: integrada por la afectividad, el razonamiento y las recompensas. Estas prácticas educativas se caracterizan por el uso de la reflexión y la negociación para controlar el comportamiento del menor. El adulto muestra al menor las consecuencias de sus acciones, por ello, se dice que estas estrategias incentivan la empatía de los menores en su interacción con los otros y favorecen la interiorización de valores morales.

- Disciplina coercitiva: este tipo de control comprende las técnicas disciplinarias que utilizan la aplicación de la fuerza y el poder de los progenitores, incluyendo punición física, amenaza y privación de privilegios o afectos. Estas prácticas parecen no estimular en los menores la capacidad de comprensión de las consecuencias de sus actos, reduciendo el control del comportamiento a las amenazas externas.

- Disciplina indiferente: conformada por la indiferencia, la permisividad y la pasividad. Los progenitores que hacen uso de este tipo de disciplina no responden de ninguna manera ante el incumplimiento de las normas de los menores, son cuidadores que carecen de sistematización y coherencia para controlar la conducta de sus hijos e hijas.

Por otro lado, el *control psicológico* comprende aquellas estrategias parentales que inhiben o intimidan al menor. Los padres y las madres que puntúan alto en esta dimensión son personas que hacen uso de métodos como la inducción de culpa o el chantaje afectivo para controlar el comportamiento de sus hijos e hijas (Barber y Harmon, 2002). Este tipo de control es aplicado por aquellos progenitores que tienen miedo a perder el control de la situación, quieren seguir manteniendo el poder en la relación, reduciendo el desarrollo de la autonomía del menor y manteniendo la dependencia hacia ellos (Pettit y Laird, 2002).

En segundo lugar, algunos autores se refieren al control entendido como el grado de conocimiento que los padres y las madres tienen de las actividades diarias de los menores (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000). Desde este enfoque no se evalúa el control directo que llevan a cabo los progenitores sobre el comportamiento de sus menores como ha sido tradicionalmente estudiado en los primeros estudios de socialización. En concreto, este enfoque se interesa por el estudio del conocimiento que los progenitores poseen acerca de la vida diaria de sus hijos e hijas. Los diferentes tipos de control que están bajo esta clasificación atienden al modo de obtener la información relacionada con los menores.

– *Preguntas directas*: haciendo referencia a los esfuerzos activos de los progenitores por obtener información sobre lo que hacen sus menores. Los progenitores conocen lo que suelen hacer sus hijos e hijas cuando están fuera de casa porque son ellos mismos los que les preguntan y les insisten para que se lo cuenten.

– *Control explícito*: en el que los adultos responsables obtienen información de sus menores a través de la imposición de límites o de la exigencia de solicitar permiso para realizar determinadas actividades.

– *Autorevelación:* hace referencia a cuando los menores informan espontáneamente a sus progenitores de sus actividades diarias y asuntos personales. La autorevelación es el método por el cual los adultos conocen la vida de sus hijos e hijas por decisión de éstos últimos.

Por consiguiente, el control parental se entiende en la actualidad desde un punto de vista multidimensional que engloba diferentes prácticas educativas parentales. En comparación con la dimensión de afecto, su estudio es considerado más complicado pero a su vez necesario para entender el funcionamiento familiar y los efectos que genera en el desarrollo infantil y adolescente.

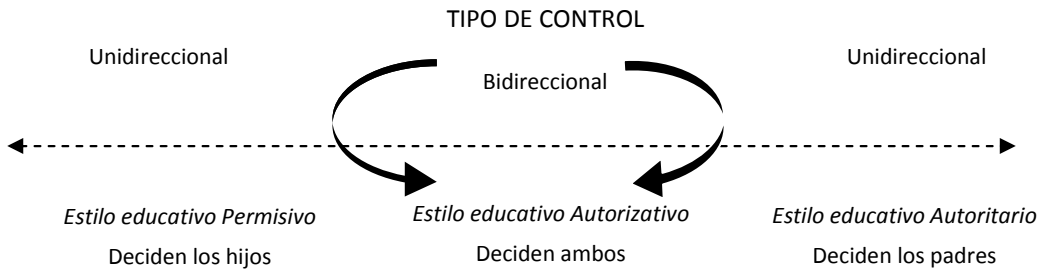
1.1.2.2. Enfoque tipológico.

Más allá del análisis diferencial de las distintas dimensiones implicadas en las prácticas o estrategias educativas, existen importantes iniciativas encaminadas a tratar de identificar los diferentes estilos de socialización parental que pueden aparecer en una familia. La finalidad de este enfoque es poder construir tipologías de actuación parental que reflejen de una manera global el patrón de socialización de los progenitores y conocer la incidencia que éstos tienen en el desarrollo infantil y adolescente. Como se ha dicho anteriormente, el estudio del proceso de socialización parental desde la perspectiva tipológica se remonta a los años 60 y continúa en la actualidad. A continuación, se presenta la trayectoria de investigación que ha seguido este enfoque desde sus comienzos.

El término que hace referencia a los distintos tipos de patrones de socialización parental ha recibido en los últimos años varias denominaciones, existiendo diferentes definiciones al respecto. Por ejemplo, Coloma (1993) entiende por estilos de socialización parental aquellos "*esquemas prácticos que reducen las múltiples y minuciosas pautas educativas paternas a unas pocas dimensiones básicas, que cruzadas entre sí en diferentes combinaciones, dan lugar a diversos tipos habituales de educación familiar*" (p. 48). Mientras que Darling y Steinberg hacen referencia al estilo paterno como "*una constelación de actitudes hacia el hijo/a que son comunicadas al hijo/a y que, todas juntas, crean un clima emocional en el cual las conductas de los padres son expresadas*" (Darling y Steinberg, 1993, p.48).

Hace ya casi cinco décadas, Diana **Baumrind** (1967, 1971) propuso la primera tipología de estilos de socialización parental tras sus estudios con familias de chicos y chicas en edad preescolar (ver Figura 6). Para esta autora, el elemento clave del rol parental es socializar al menor para que se comporte de acuerdo a las normas sociales que imperan en su comunidad, y que a la vez mantenga un sentido de integridad personal (cit. en Musitu y García, 2001). Baumrind, influenciada por los estudios predominantes de la época, hizo un análisis exhaustivo de las prácticas educativas de los progenitores atendiendo principalmente al patrón de control ejercido por los padres y las madres. Fruto de este análisis, Baumrind identifica tres estilos parentales cualitativamente diferentes: autorizativo (*authoritative*), autoritario (*authoritarian*) y permisivo (*permissive*).

Figura 6. Definición de los estilos educativos, según el tipo de control paterno (Baumrind, 1967, 1991; tomado de Alonso, 2005)



Un par de décadas más tarde, **Maccoby y Martin** (1983) afirmaron que la clave para establecer una tipología de socialización parental es partir de la combinación de las dos dimensiones básicas más presentes en la mayoría de los estudios realizados hasta la fecha: la de control-permisividad (*demandingness-undemandigness*) y la de afecto-hostilidad (*responsiveness-unresponsiveness*). De la combinación de ambas dimensiones surgen los cuatro estilos educativos tradicionales: autorizativo, autoritario, indulgente e indiferente. Como señala Esteve (2005) los méritos del trabajo de Maccoby y Martín consistieron en:

1. Reinterpretar las dimensiones propuestas por Diana Baumrind y cruzarlas ortogonalmente, resultando una clasificación de cuatros estilos educativos parentales.

2. Ampliar el significado del concepto que hace referencia a la dimensión del afecto y responsividad, con un corte marcadamente conductista, para referirse a la disposición paterna ante la respuesta de los menores, donde se tiene en cuenta la reciprocidad de influencias, la comunicación abierta y bidireccional, y el afecto e implicación paterna.

3. Y en tercer lugar, aunque los dos primeros estilos propuestos (autorizativo y autoritario) son definidos de manera similar a como lo hizo Baumrind, los dos últimos resultan de la división del estilo educativo permisivo propuesto inicialmente por este mismo autor: el estilo indulgente y el negligente. Maccoby y Martín definen a los padres y las madres indulgentes como aquellos que presentan adecuados niveles de responsividad pero que ejercen poco control sobre el comportamiento de sus hijas e hijos, mientras que se refiere a los negligentes como aquellos que se muestran totalmente indiferentes al comportamiento de sus menores, presentando bajos niveles en ambas dimensiones.

A pesar de que existen modelos teóricos que parten de la existencia de más de dos dimensiones para analizar los estilos educativos paternos (e.g. Oliva, Parra y Arranz, 2008), las propuestas explicativas basadas en las dos dimensiones utilizadas por Maccoby y Martin (1983) son las que han adquirido mayor impacto e importancia en el análisis del los estilos de crianza parental (ver Figura 7).

Figura 7. Estilos educativos parentales según el modelo propuesto por Maccoby y Martín (1983).

	Responsiveness Alta sensibilidad a las necesidades (reciprocidad, implicación, afecto, comunicación…)	***Unresponsiveness*** Baja sensibilidad a las necesidades (no reciprocidad, no implicación, no afecto…)
Demandingness (Control fuerte y alta exigencia)	**Autorizativo**	**Autoritario**
Undemandingness (Control laxo y baja exigencia)	**Permisivo-indulgente**	**Permisivo-negligente**

Partiendo de la propuesta inicial de Maccoby y Martin y de posteriores estudios dedicados a estudiar los procesos de socialización parental según esta tipología, se definen a continuación las actuaciones parentales que caracterizan a cada uno de los cuatro estilos educativos.

- Los *padres y las madres autorizativos* son progenitores flexibles, comunicativos, que reconocen y respetan la individualidad de los hijos e hijas, negocian, les hacen partícipes de las decisiones de la familia y razonan con ellos el establecimiento de unas normas claras y ajustadas a sus necesidades y posibilidades (Steinberg y Levine, 1997).

- Los *padres y las madres autoritarios* se caracterizan por ser personas que utilizan un control restrictivo y coercitivo para controlar el comportamiento de sus hijos e hijas. Son cuidadores que imponen muchos límites, que esperan una obediencia estricta y que suelen apoyarse en estrategias punitivas y enérgicas como el castigo físico, las privaciones y la amenaza verbal. A diferencia de los progenitores autorizativos, el establecimiento de normas no está consensuado con los menores y a veces dichas normas ni siquiera están ajustadas a sus necesidades evolutivas (Kagan y Moss, 1962).

- Los *padres y las madres permisivos-indulgentes* son cuidadores afectuosos pero que ejercen muy poco control y exigencias. Tal y como dijo Palacios (1999), se trata de un estilo basado en el "laissez-faire", donde existen pocas normas y lo más importante es que no se presta atención a su cumplimento; generalmente, estos progenitores se adaptan a los hijos e hijas y sus esfuerzos están dirigidos a identificar sus necesidades y satisfacer sus preferencias.

- Los *padres y las madres permisivos-negligentes* se caracterizan por presentar niveles mínimos de control y afecto, combinados con poca sensibilidad ante las necesidades e intereses del niño, por lo que puede derivar fácilmente hacia la negligencia. En su forma más extrema, este estilo puede constituir una forma de maltrato.

A pesar del impacto generado por la propuesta clasificatoria de Maccoby y Martin, los avances en nuestra disciplina han promovido la detección de algunas deficiencias en el modelo tradicional que, si bien no lo invalidan, deben ser superadas en futuras investigaciones. En concreto, las principales críticas que recibe el modelo de Maccoby y Martin (1983) se deben a su carácter extremista, unidireccional, simplista, y de exclusividad (Ceballos y Rodrigo, 1998;

Darling y Steinberg, 1993; Menéndez, 2003; Palacios, 1999; Parker y Buriel, 1998). En concreto, se recomienda que:

- Se tenga en cuenta que los patrones de socialización de los padres y las madres no se manifiestan en forma de *estilos extremistas*. Existe una tendencia generalizada en los estudios de situar a los progenitoros en uno de los extremos de las dos dimensiones, no considerando las posiciones intermedias donde se concretan las distintas experiencias que dan forma al ambiente que se crea en las relaciones familiares (Ceballos y Rodrigo, 1998). Las tipologías son una mera simplificación y deben ser entendidas no como clasificaciones puras, sino más bien como tendencias globales de comportamiento.

- Las relaciones paterno-filiales no pueden ser consideradas como una *interacción unidireccional* donde los progenitores son los únicos agentes de socialización que ejercen influencia sobre el comportamiento de los hijos e hijas; por lo que hoy se sabe, estas relaciones deben ser consideradas bidireccionales. Es decir, el estilo educativo no es una característica propia de los progenitores (Kerr, Stattin, Biesecker y Ferrer-Wreder, 2003), la socialización en la familia es un asunto de influencia recíproca: los padres y las madres influyen, sin lugar a dudas, en los hijos e hijas, pero éstos tienen también cierta influencia en la clase de estilo parental que reciben.

- Existen bastantes evidencias acerca de cómo el comportamiento de los progenitores tiende a *adaptarse a las características psicológicas y evolutivas* de sus hijos e hijas; por ejemplo, según el nivel de introversión o la edad del menor (Dix, Ruble, Grusec y Nixon, 1986, cit. en Palacios, 1999). En este sentido, se ha demostrado que un adulto tiene más facilidad de responder de forma autorizativa a un adolescente responsable y sensato que a un chico grosero, hostil e indisciplinado (Shaffer, 2002).

- Se cuestiona el *carácter simplista y asituacional* del modelo tradicional. La labor socializadora de los progenitores debe ajustarse a la edad, características personales, y a cómo el menor interpreta el mensaje educativo del adulto para que sus estrategias resulten eficaces. Por ejemplo, hay resultados que muestran como la permisividad parental es especialmente eficaz en niños y niñas tímidos y ansiosos (Kochanska, 1993, 1995). También se ha demostrado que los efectos de los estilos de socialización parental sobre el desarrollo infantil y adolescente no son independientes del contexto y de la situación. Así, a diferencia de lo que se observa en familias normativas, parece ser que las prácticas educativas etiquetadas como autoritarias (control y supervisión estricta) en las familias en situación de exclusión social no se asocian a índices de ajuste tan negativos en los menores (Baldwin et al., 1990).

- Por último, *se critica la exclusividad* que se le concede a la influencia de las prácticas educativas sobre el desarrollo infantil y adolescente, sin tener en cuenta la influencia que ejercen otros contextos de socialización en la vida del niño/a, como las relaciones con los hermanos (Arranz y Olabarrieta, 1998), la escuela (Oliva y Palacios, 1998) y el grupo de iguales (Moreno, 1996, 1999a, 1999b; Schaffer, 1996).

Con un nuevo modelo teórico construido sobre estas premisas, se estima que el ajuste a la realidad de las relaciones familiares será más fiel. Desde este enfoque, la relación entre progenitores y menores no está marcada de antemano, sino que estas interacciones se conciben como dinámicas y bidireccionales, e influenciadas por factores personales, de interacción y circunstanciales. Así, este nuevo modelo fue definido por Palacios (1999) como de construcción conjunta y de influencia múltiples en las relaciones entre progenitores e hijos/as.

Desde la propuesta inicial de Maccoby y Martín (1983), han sido muchos los profesionales de esta disciplina interesados en el estudio de la socialización parental desde una perspectiva tipológica. Siguiendo el mismo planteamiento teórico, existen estudios que proponen **nuevas clasificaciones de socialización parental**. A modo de ejemplo, la tipología de Parker y Gladstone (1996), resultado del cruce dimensional entre el cuidado parental y el control o protección. El cruce de estas dos dimensiones conforma cuatro estilos de socialización que estos autores denominan: cuidado óptimo —alto cuidado y baja sobreprotección—, compulsión afectiva —excesiva cuidado y excesiva protección—, control sin afecto —sobreprotección y escaso cuidado— y negligente o descuidado —bajo cuidado y baja protección—. Por otro lado, Musitu y García (2001) junto con su propuesta de la *Escala de Socialización Parental para Adolescentes* (ESPA29), proponen un modelo de socialización parental basado en el cruce de dos dimensiones ortogonalmente independientes, aceptación/implicación y coerción/imposición, que conforman una tipología de cuatro estilos educativos muy similar a la de Maccoby y Martin: autorizativo, autoritario, negligente e indulgente. Este modelo se describe con más detalle en el apartado 1.2. de este capítulo.

No obstante, en los últimos años el estudio de la socialización parental se ha ampliado considerablemente y las investigaciones incorporan en sus tipologías nuevas dimensiones que antes no estaban siendo consideradas en la conformación de los estilos socializadores. Esta apertura en el estudio de la socialización parental conlleva la propuesta de nuevas clasificaciones considerando indicadores que van más allá del afecto y control parental. Por ejemplo, Oliva, Parra y Arranz (2008) utilizaron seis variables diferentes (afecto, control conductual, fomento de la autonomía, control psicológico, revelación y humor) para clasificar a los progenitores en función de su patrón de socialización parental. La disposición de un mayor número de dimensiones impide la utilización del método clásico —puntuaciones por encima o por debajo de las puntuaciones promedias o terciles de las dimensiones evaluadas— ya que las combinaciones posibles determinarían un número elevado de agrupaciones. En este tipo de estudios suelen desarrollarse análisis de conglomerados para describir los estilos de socialización más frecuentes entre los padres y las madres de la muestra. A pesar de estos avances, hay que decir que la mayoría de los estudios se siguen ajustando al modelo propuesto por Maccoby y Martin (1983) para clasificar las prácticas educativas de las madres y los padres.

Por último, en la actualidad se ha comprobado que la socialización parental está sujeta a los factores socioculturales predominantes en cada contexto social (Chao, 2001). En el ámbito nacional, los datos del estudio llevado a cabo por Pichardo (1999, cit. en Musitu, Estévez y Jiménez, 2010) muestran que el grado de "democratización" de las relaciones entre

progenitores e hijos/as en nuestro país es bastante elevado; así, encontró que el estilo autorizativo es el más extendido entre las familias españolas —aproximadamente un 53% resultaron ser cuidadores autorizativos—, aunque parece existir una tendencia creciente en la adopción de estilos permisivos, tanto es así que se catalogaron como permisivos el 32% de los cuidadores del estudio. Por último, casi el 9% de los padres y las madres españolas presentaron prácticas educativas propias de un estilo autoritario y el 4% de un estilo negligente.

1.1.2.3. Enfoque integrador.

Desafortunadamente, el enfoque dimensional y el tipológico de la socialización parental han sido tratados más a menudo de una forma más competitiva que complementaria. No obstante, Darling y Steinberg (1993) proponen un modelo integrador de la socialización parental que comprende ambas perspectivas de análisis, donde tanto los estilos educativos como las estrategias educativas específicas contribuyen de forma conjunta a la comprensión de las consecuencias de la socialización parental sobre el funcionamiento psicosocial de los menores.

El modelo integral de la socialización parental propuesto por estos autores considera que la incidencia de los estilos educativos parentales sobre el desarrollo infantil y adolescente es sobre todo indirecta, siendo otro tipo de actuaciones parentales las que influyen de forma directa en el desarrollo del menor. En este sentido, este modelo considera de vital importancia atender tanto a las características globales de las actuaciones parentales (estilo educativo parental) como a los comportamientos específicos de los padres y madres (prácticas educativas parentales). Las diferencias entre unas y otros quedan recogidas en sus definiciones:

- Prácticas educativas parentales (*Parenting Practices*): se refieren a las conductas específicas parentales dirigidas a socializar a los menores de acuerdo con sus metas y expectativas, por ejemplo, dirigidas al logro académico alto o al no consumo de sustancias tóxicas. Se consideran prácticas parentales conductas como revisar los deberes de un adolescente, poner normas de llegada a casa cuando sale con los amigos, etc.

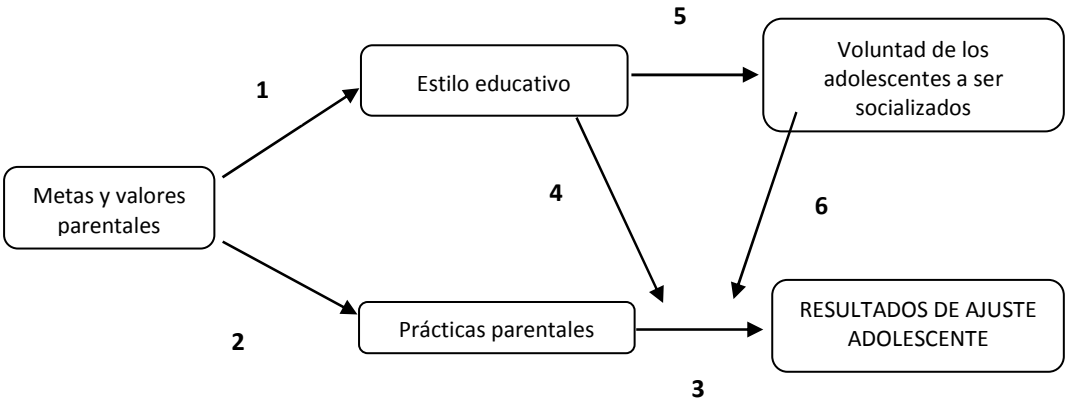
- Estilo educativo parental (*Parenting Style*): describe el clima o tomo emocional global de la relación entre progenitores e hijos/as, es decir, el tipo de contexto afectivo en el que se establecen estas interacciones.

Desde este modelo se entiende al estilo parental como el clima emocional en el que las prácticas educativas parentales tienen lugar, y que influye en cómo dichas conductas concretas son vividas por el adolescente. Darling y Steinberg (1993) contemplan la importancia que adquieren las prácticas educativas parentales y el clima emocional que impera en este proceso de socialización, pero además, resaltan el papel que desempeñan los valores, creencias y objetivos que persiguen los adultos en este proceso (Ver Figura 8).

En este sentido, este modelo propone que tanto los estilos educativos parentales como las prácticas educativas son, en parte, el resultado de la manifestación de las metas y valores de

los padres y las madres. Las actitudes y metas de los progenitores determinan el clima emocional y las estrategias utilizadas por éstos (**flecha 1 y 2**) y, a su vez, los estilos educativos y las prácticas parentales contribuyen al desarrollo del menor. Por un lado, las prácticas influyen directamente en los comportamientos específicos (e.g., desempeño académico) y en el desarrollo (e.g., fomento de la autoestima; habilidades sociales) del menor (**flecha 3**). Esencialmente, las prácticas educativas son mecanismos por los cuales los adultos ayudan directamente a los menores a lograr sus objetivos de socialización. Por otro lado, los estilos educativos parentales inciden en el ajuste psicosocial de una manera indirecta. Así, estos autores sostienen que el estilo educativo parental dirige el proceso de socialización infantil a través de las prácticas educativas adoptadas por los progenitores. Desde esta perspectiva, el estilo socializador se considera como una variable contextual que modera la relación entre determinadas prácticas parentales y resultados específicos del desarrollo del niño o niña. Esta moderación puede darse por dos vías: transformando la naturaleza de la relación padre-hijo y, por tanto, moderando las prácticas específicas de influencia en el desarrollo del niño/a (**flecha 4**), o por la influencia que ejerce sobre la personalidad del menor, sobre todo, por la sensibilidad del niño ser socializado (**flecha 5**). Esta apertura a la socialización por parte del menor modera la asociación entre prácticas educativas y desarrollo (**flecha 6**).

Figura 8. Modelo integral de Darling y Steinberg (1993).



Desde este modelo, las prácticas parentales pueden ser más o menos independientes de los estilos socializadores. Asimismo, las mismas prácticas pueden ser llevadas a cabo en estilos educativos diferentes (e.g. un padre puede fijar una hora de regreso a casa en un clima cálido y armonioso, mientras que otro puede hacer lo mismo de forma distante e intimidatoria). La distinción entre estilo y prácticas es importante, puesto que estos autores observan que las consecuencias de estas últimas son diferentes dependiendo de si se producen dentro de un estilo u otro (Darling y Steinberg, 1993; Steinberg, Lamborn, Dornbusch y Darling, 1992). El estilo educativo puede ser también moderador de los efectos de estrategias educativas específicas; esto significa considerar el estilo educativo como una variable contextual que modifica la relación entre las estrategias educativas de los progenitores y el desarrollo de los menores. En este sentido, Fletcher y colaboradores (Fletcher, Walls, Cook, Madison y Bridges, 2008) observan en una muestra de menores en edad escolar el rol moderador del estilo de socialización parental con respecto a las asociaciones entre estrategias parentales

disciplinarias e indicadores del bienestar infantil. En síntesis, no es solo importante lo que los progenitores hacen sino también en el clima en el que lo hacen.

Para finalizar, hay que decir que este planteamiento teórico ha sido muy criticado por entender el estilo educativo y las prácticas educativas parentales como características de los padres y las madres, sin tener en cuenta la percepción que tienen los adolescentes del estilo educativo de sus progenitores ni su influencia sobre las actitudes parentales (Fuentes et al., 2001). Además, algunos autores encuentran dificultades para establecer la distinción entre estilo y práctica a nivel empírico, en parte debido a la falta de instrumentos de evaluación que capten estas diferencias (Kerr et al., 2003). Probablemente, estas razones y otras explican que no exista un número más elevado de investigaciones encaminadas a comprobar este modelo integral de la socialización parental.

1.1.3. Debates abiertos en torno a la evaluación.

La socialización parental ha sido evaluada de formas muy diferentes por investigadores y profesionales. Generalmente, estas divergencias de medición explican algunas de las controversias empíricas halladas en los estudios de socialización comentadas anteriormente. En líneas generales, en la actualidad existen cuatro debates en torno a su estudio.

En primer lugar, los **contenidos que comprende la socialización parental**. Como se ha señalado anteriormente, dos grandes dimensiones se consideran en el estudio de la socialización parental: el afecto y el control parental. Si bien es cierto que respecto a la primera dimensión —afecto y comunicación— las discrepancias conceptuales entre unos autores y otros no son muy pronunciadas, no se puede comentar lo mismo de la dimensión de control. Los resultados empíricos al respecto son poco clarificadores y en cierto modo dicha controversia puede ser explicada por la falta de unificación conceptual que gira alrededor del constructo. Como se ha tenido oportunidad de describir anteriormente, en relación con la dimensión de control algunos autores hablan de supervisión, otros de disciplina, algunos de control psicológico y otros de revelación. Por tanto, el control parental no significa lo mismo para todos los autores.

Sin duda, esta complejidad conceptual justifica la **diversidad de instrumentos de evaluación** reconocidos. La utilización de unos instrumentos u otros está en función principalmente de las dimensiones de interés de los investigadores. Hasta ahora, los procesos de socialización parental habitualmente han sido evaluados siguiendo uno de los dos métodos de evaluación más reconocidos: la observación directa y el uso de cuestionarios o escalas. Si bien es cierto que el primer método es el que aporta una información más real y objetiva de la realidad familiar, no es el más utilizado en investigaciones recientes con adolescentes. Los instrumentos auto-informados han sido muy usados, sobre todo cuando el interés es evaluar los patrones de socialización parental durante la adolescencia.

A pesar de la complejidad del constructo y la dificultad de evaluar la socialización parental, a lo largo de los años se han desarrollado varios instrumentos y escalas centrados en su medición. Entre las diferentes propuestas se encuentran instrumentos nacionales como los

planteados por Calvete, Gámez-Gaudiz y Orue (2010), Fuentes, Motrico y Bersabé (1999), Oliva, Parra, Sánchez-Queija y López (2007) y Palacios (1994) e internacionales como los ofrecidos por Buri (1991), Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch (1991), Kerr y Stattin (2000) y Silk, Morris, Kanaya y Steinberg (2003). Todos los cuestionarios no miden las mismas dimensiones de socialización parental, por ello la elección del instrumento debe estar condicionada a los objetivos específicos del estudio que se plantee.

Relacionado con los instrumentos de evaluación, se observan discrepancias en torno al procedimiento seguido para recoger la información. Habitualmente los instrumentos son planteados para recoger información general y no situada de las prácticas educativas, siendo los ítems que los comprenden del tipo "mi madre dialoga conmigo". No obstante, otros instrumentos evalúan las actuaciones de los progenitores en situaciones concretas, por ejemplo, la escala de socialización parental diseñada por Musitu y García (2001) que comprende ítems como "si me quedo hasta tarde viendo la tele mi madre me riñe". Los autores que promueven este último procedimiento organizan el conocimiento sobre los procesos de socialización atendiendo a los sistemas de comportamiento que se activan en situaciones diferentes durante el transcurso de las prácticas educativas cotidianas. Estas variaciones procedimentales son otro de los debates metodológicos abierto en torno a la socialización parental y pueden ayudar a entender algunas de las controversias empíricas halladas en la literatura.

Otro de los aspectos metodológicos que acapara la atención de los especialistas es la elección del **informante**. Durante los años cincuenta y sesenta los principales informadores en los estudios de socialización parental fueron los progenitores (Becker et al., 1962; Sears, Maccoby y Levin, 1957, cits. en Ezpeleta, 2005). No obstante, en los últimos años, los menores han acaparado un mayor protagonismo como informantes (Musitu y García, 2001). Si bien es cierto que la información extraída de los padres y las madres ofrece resultados muy interesantes, algunos autores critican su uso por considerar que éstos no son del todo conscientes de ciertos aspectos de su comportamiento y que pueden ocultar la existencia de determinadas conductas por no considerarlas deseables socialmente (Barry, Frick y Grafeman, 2008). A este respecto, los progenitores parecen percibir las interacciones familiares de forma más positiva y optimista, suelen infravalorar los conflictos y advierten de un clima más cálido y afectuoso de lo que indican sus hijos e hijas (Fuentes et al., 2003; Noller y Callan, 1988, cit. en Parra y Oliva, 2006). A estos motivos se les une que la predicción de la socialización parental sobre el ajuste de los menores es mayor cuando la información proviene de éstos últimos que cuando la aportan los progenitores (Fuentes et al., 2001). Estas razones motivan que la mayoría de los investigadores prefieran actualmente a los menores frente a los progenitores como informantes, sobre todo, si se trata de adolescentes.

Otra de las dificultades metodológicas en la evaluación de la socialización parental es decidir cuál es el **estilo educativo más determinante** para el desarrollo infanto-juvenil, si el del padre o el de la madre. Los estudios disponibles centrados en evaluar las discrepancias educativas entre padres y madres muestran que la influencia que ejercen las madres, en comparación con los padres varones, sobre el comportamiento de sus hijos e hijas es mayor.

Las relaciones que los menores mantienen con su padre y su madre parecen ser bastante diferentes. Las madres son percibidas por sus menores como más cercanas emocionalmente y como una mayor fuente de apoyo emocional que los padres (Collins y Russell, 1991; Miller y Stubblefield, 1993). Del mismo modo, las madres suelen mantener más conversaciones con sus menores (Fuentes et al., 2001; Noller y Callan, 1990) y las relaciones con ellos parecen más intensas que las establecidas por los padres varones. Además, se ha comprobado que ellas se implican más en el cuidado de los hijos/as que los padres en todas las etapas evolutivas (Paulson y Sputa, 1996).

Esto no quiere decir que la socialización desempeñada por los progenitores varones no sea significativa para los hijos y las hijas, sino simplemente que parece ser menos intensa e influyente. A pesar de esta influencia desigual, las revisiones actuales recalcan la necesidad de recabar la información de ambos progenitores para obtener una información más real de la situación familiar (Musitu y García, 2001); no obstante, cuando sea imposible obtener la información de ambos progenitores, los resultados parecen recomendar elegir la socialización parental desempeñada por las madres por su alta validez predictiva frente a la de los padres varones.

Todas estas controversias metodológicas tomadas en su conjunto muestran la complejidad que implica la evaluación de la socialización parental. Tomando en consideración estas discrepancias, sería deseable que las investigaciones sean más precisas a la hora de interpretar los resultados en torno a la socialización parental y circunscriban sus conclusiones a las características metodológicas que sustentan sus estudios. Con esta finalidad, a continuación se explica con detenimiento el modelo teórico que sustenta la investigación de esta Tesis Doctoral, describiendo tanto el marco conceptual desde el que se concibe la socialización parental como la medida de evaluación que se propone.

1.2. Modelo de socialización parental propuesto por Musitu y García.

Como se ha adelantado anteriormente, el carácter multidimensional de la socialización parental promueve que se hayan formulado distintos modelos teóricos al respecto, modelos en los que los intereses de los investigadores se ponen de manifiesto en la elección de las dimensiones de estudio. En concreto, Musitu y García (2001) elaboran un instrumento específico para evaluar las estrategias de socialización desarrolladas por los progenitores durante esta etapa evolutiva desde la perspectiva de los chicos y las chicas. Estos autores, inspirándose en los planteamientos de Maccoby y Martin, proponen un modelo teórico que comprende dos dimensiones: aceptación/implicación y coerción/imposición. Esta propuesta teórica sustenta esta investigación y las **razones de su elección** son las siguientes:

1. Este modelo incluye, además de un sólido planteamiento teórico, una propuesta de instrumento de evaluación. La combinación de ambos aspectos resulta muy interesante y útil de cara a la interpretación de los resultados de la investigación.

2. Una de las críticas más extendidas en la evaluación de la socialización parental es la falta de contextualización de las prácticas educativas que se evalúan. En este sentido, el

instrumento propuesto por estos autores trata de superar este inconveniente ya que las estrategias educativas de los progenitores son evaluadas en situaciones cotidianas en las que los adolescentes suelen verse envueltos diariamente. Como se verá en el bloque de resultados, esta característica va a permitir que este trabajo desarrolle un análisis situacional de la socialización parental en estos contextos.

3. La utilización de instrumentos no adaptados o validados en el país donde se realiza el estudio puede ocasionar sesgos importantes en la evaluación. El instrumento de socialización parental propuesto por Musitu y García (2001) supera este inconveniente al ser diseñado en nuestro país. Además, la validación del mismo es avalada por la primera empresa española encargada de la edición y elaboración de tests y pruebas de evaluación psicológica, TEA Ediciones, siendo esto una prueba de sus buenas propiedades psicométricas con población española. Al mismo tiempo, distintos estudios han replicado la estructura factorial de este instrumento y han validado sus características psicométricas con adolescentes de distintas zonas de España (e.g., López-Jáuregui y Elosua, 2009).

4. Por último, esta propuesta pone especial interés en la coerción/imposición desarrollada por los progenitores en la relación con sus hijos e hijas. Esta dimensión es abordada en muchas investigaciones centradas en el análisis de la socialización parental en situaciones familiares en riesgo, principalmente porque se cree que la presencia de dichas prácticas es mayor en estos contextos y los resultados obtenidos respecto a sus efectos son muy controvertidos. En un intento de clarificar las consecuencias de las prácticas educativas coercitivas y punitivas para controlar los comportamientos desadaptativos de los menores en familias españolas en situación de riesgo, hemos considerado interesante esta dimensión de control propuesta por estos autores.

Del mismo modo que en los modelos teóricos descritos anteriormente, desde esta propuesta se definen los estilos de socialización parental por la persistencia de ciertos patrones de actuación y las consecuencias que esos patrones tienen para el funcionamiento de la familia como sistema y para la adaptación positiva de los menores. Asimismo, estos autores proponen evaluar estos estilos a partir de las pautas de comportamiento que presentan los padres y las madres con los hijos e hijas en diferentes momentos de la vida cotidiana. En el instrumento se plantean, por un lado, situaciones en las que los menores actúan adecuadamente y conforme a lo esperable (situaciones positivas) y, por otro lado, circunstancias en las que los chicos y las chicas desobedecen o se comportan de forma inadecuada (situaciones negativas), y se evalúa qué tipo de estrategias emplean los progenitores ante cada una de ellas. Atendiendo a la **perspectiva dimensional de la socialización parental**, estas actuaciones parentales se agrupan en las siguientes dimensiones:

- La aceptación/implicación parental comprende contenidos de la dimensión afecto y comunicación de los estudios más tradicionales. Se refiere al grado en que los progenitores expresan reacciones de aprobación y afecto contingentemente a los comportamientos de los hijos e hijas que están de acuerdo a las normas familiares, y a en qué medida hacen uso de estrategias de control inductivo ante conductas inadecuadas. Los adultos que puntúan alto en esta dimensión manifiestan a sus

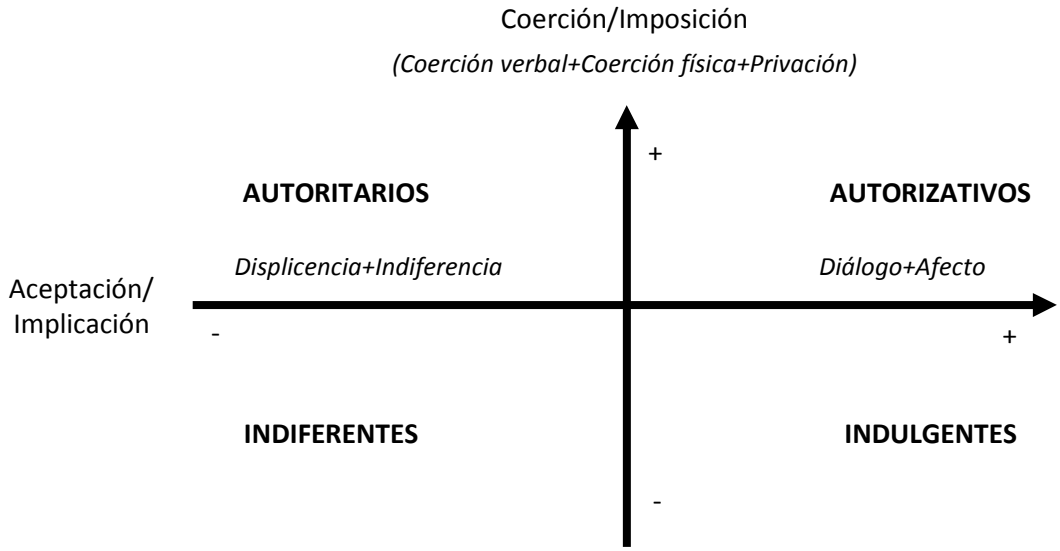
menores su satisfacción cuando se comportan de acuerdo a las normas familiares, mientras que, cuando no lo hacen, utilizan predominantemente el razonamiento y el diálogo para resolver el conflicto. Sin embargo, los progenitores que puntúan bajo en esta dimensión, actúan con indiferencia independientemente de que los y las adolescentes se comporten de acuerdo a las normas o no.

- La coerción/imposición parental evalúa cómo los progenitores controlan a sus hijos e hijas adolescentes ante la trasgresión de las normas familiares mediante el uso independiente o simultáneo de estrategias como la privación, la coerción verbal y la coerción física. En el polo negativo de la dimensión se encuentran los progenitores de adolescentes que no hacen uso de este tipo de estrategias para corregir las conductas inadecuadas de sus hijas e hijos, mientras que en el extremo positivo se sitúan los progenitores que reaccionan de forma altamente coercitiva, incluso llegando en determinados casos a usar el castigo físico como técnica habitual de control parental. Como se puede apreciar, a diferencia de los modelos tradicionales, Musitu y García proponen una dimensión de control con tintes exclusivamente coercitivos. En esta dimensión no se tienen en cuenta el uso de la comunicación o el diálogo como medio de control, puesto que este tipo de estrategias son incluidas en la dimensión aceptación e implicación.

La estructura factorial original de este instrumento con las dos dimensiones descritas es replicada en distintos estudios tanto nacionales (López-Jáuregui y Elosua, 2009) como internacionales (Martínez y García, 2008; Martínez, García y Yubero, 2007; Moraes, Camino, Da Costa, Camino, y Cruz, 2007). No obstante, un trabajo desarrollado con adolescentes brasileños con edades comprendidas entre los 10 y 18 años apunta una estructura factorial tridimensional (Moraes et al., 2007): aceptación —afecto y diálogo—, coerción —privación, coerción física y coerción verbal— y displicencia —displicencia e indiferencia—.

En la línea de la tipología de estilos socializadores promovida por Maccoby y Martin (1983), Musitu y García desarrollan un modelo teórico dinámico y relacional fruto del cruce de las dos dimensiones comentadas anteriormente (aceptación/implicación y coerción/imposición), estableciendo una tipología de padres y madres. En la Figura 9 se representa de manera gráfica la **perspectiva tipológica de la socialización parental** propuesta por estos autores.

Figura 9. Tipologías de socialización parental según el modelo teórico de Musitu y García (2001).



Por lo tanto, este modelo bidimensional de socialización propone cuatro tipos de perfiles. Como cualquier otra tipología hay que decir que esta clasificación, en cierta medida, es una mera simplificación de la educación parental y que difícilmente en la realidad se dan los tipos puros. Sin embargo, existe cierta consistencia interna y una alta coherencia a lo largo del tiempo a la hora de identificar cuáles son las estrategias educativas utilizadas por las madres y los padres. Esto nos permite hablar, al menos, del estilo de socialización predominante en cada contexto familiar. En concreto, los cuatro estilos identificados se definen de la siguiente manera en palabras de estos autores:

Autorizativo: Caracterizado por una alta aceptación/implicación y una alta coerción/imposición.

Los padres autorizativos son aquellos que se esfuerzan en dirigir el comportamiento de sus hijos de una manera racional y orientada al proceso; estimulan el diálogo verbal y comparten con el hijo el razonamiento que subyace a su política; valoran tanto los atributos expresivos como los instrumentales, las decisiones autónomas y la conformidad disciplinada. En consecuencia, ejercen el control firme en puntos de divergencia, pero utilizando el diálogo. Reconocen sus propios derechos especiales como adultos, pero también los intereses y modos especiales del hijo. Estos padres afirman las cualidades presentes del hijo, pero también establecen líneas para la conducta futura, recurriendo tanto a la razón como al poder para lograr sus objetivos *(*Musitu y García, 2001, p.16*).*

Indulgente: Caracterizado por una alta aceptación/implicación y una baja coerción/imposición.

Los padres indulgentes son los que intentan comportarse de una manera afectiva, aceptando los impulsos, deseos y acciones del hijo. Consultan con ellos las decisiones internas del hogar y les proporcionan explicaciones de las reglas familiares. Permiten a sus hijos regular sus propias actividades tanto como sea posible, ayudándoles con las explicaciones y razonamientos, pero evitan el ejercicio del control impositivo y coercitivo, y no les obligan a obedecer ciegamente a pautas

impuestas por las figuras de autoridad, a no ser que éstas sean razonadas (Musitu y García, 2001, pp.17-18).

Autoritario: Caracterizado por una baja aceptación/implicación y una alta coerción/imposición.

Los padres autoritarios intentan modelar, controlar y evaluar la conducta y actitudes del hijo de acuerdo con un conjunto de normas de conducta, normalmente de forma absoluta. Valoran la obediencia como una virtud y favorecen medidas punitivas y de fuerza para doblegar la voluntad cuando las acciones del hijo o las creencias personales de éste entran en conflicto con lo que piensan que es una conducta correcta. Confinan en la inculcación de valores instrumentales como el respeto por la autoridad, respeto por el trabajo y respeto por la preservación del orden y de la estructura tradicional. No potencian el diálogo verbal, y creen que el hijo debería aceptar solamente su palabra que es la "absolutamente" correcta (Musitu y García, 2001, pp. 18-19).

Negligente: Caracterizado por una baja aceptación/implicación y una baja coerción/imposición.

Los padres negligentes son aquellos que tienen serias dificultades para relacionarse e interactuar con sus hijos, al igual que para definir los límites en sus relaciones con ellos, permitiendo con indefensión que sean los propios hijos quienes las definan; aceptan con dificultades los cambios evolutivos de sus hijos y tienen pocas expresiones de afecto; no se implican en las interacciones con ellos y no supervisan constante y consistentemente las actividades de los hijos (Musitu y García, 2001, pp.18-19).

En definitiva, si se analiza con detenimiento el instrumento ESPA29, se puede comprobar que esta propuesta estudia la socialización parental de una forma muy particular. Esta medida de evaluación recoge información acerca de un conjunto de estrategias educativas que los progenitores podrían desarrollar ante el comportamiento adaptativo y desadaptativo que los hijos e hijas manifiestan en distintas situaciones de la vida cotidiana. Por tanto, se podría decir que estos autores proponen un estudio de la socialización parental atendiendo a las estrategias disciplinarias que los padres y las madres emplean. En el intento de establecer un símil con la clasificación de métodos disciplinarios propuesta por Hoffman, se podría decir que este modelo recoge medidas de disciplina tanto inductiva (diálogo), coercitiva (coerción verbal, coerción física y privación) como indiferente (indiferencia y negligencia). En consonancia con esta reflexión personal, e intentando paliar una de las controversias metodológicas más importantes en torno a la socialización parental, este trabajo intenta no alejarse mucho de la conceptualización que este modelo propone recabando investigaciones que hagan un tratamiento principalmente disciplinario de esta dimensión.

1.3. Prácticas de crianza y educación parental en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial.

La caracterización ofrecida inicialmente de las familias usuarias de los SS.SS. denota que las dificultades que los adultos tienen para afrontar apropiadamente la educación de sus hijos e hijas es una de las causas principales por las que precisamente están siendo atendidas por Servicios de preservación familiar. La presencia de muchos factores de riesgo y la falta de apoyo constituyen un serio obstáculo para el desarrollo de actuaciones educativas adecuadas

para la parentalidad positiva en estos contextos. Asimismo, los estudios disponibles indican que estas familias se caracterizan por el uso de estrategias educativas consideradas de riesgo para el funcionamiento psicosocial de los menores. Rodrigo y colaboradores (2008) catalogan como **estrategias educativas de riesgo** aquellas que muestran gran incoherencia parental (falta de acuerdo entre progenitores o reacciones contradictorias ante una misma situación educativa), el uso de técnicas disciplinarias coercitivas (disciplina colérica y explosiva), baja implicación y supervisión parental en las actividades de sus hijos e hijas, y actuaciones parentales no adaptadas a las necesidades evolutivo-educativas de los menores, aplicando siempre las mismas estrategias educativas, independientemente del tipo de situación educativa a la que se enfrenten (disciplina rígida e inflexible).

Se ha escrito y discutido mucho acerca de las consecuencias de la socialización parental; no obstante, se ha indagado poco en los elementos implicados en el origen de los comportamientos de los progenitores. La identificación de elementos adversos asociados a las prácticas educativas parentales de riesgo contribuye al conocimiento y a la mejora de las intervenciones sociales con familias en situaciones de adversidad. Por ello, seguidamente se intenta sintetizar cuáles son las características de riesgo y/o vulnerabilidad que hasta el momento han demostrado alguna relación con la socialización parental (1.3.1.). Una vez identificadas estas características, se describen las peculiaridades de la educación de los progenitores en estos contextos en situación de riesgo. Para ello, además de estudios específicos centrados en el análisis de familias en riesgo que están recibiendo intervenciones por razones de preservación familiar, se incluyen los resultados de estudios que han analizado los comportamientos parentales en otros contextos de riesgo similares a aquellos (1.3.2.).

1.3.1. Elementos adversos asociados a las prácticas educativas de riesgo.

El estudio de la socialización parental ha sido ampliamente estudiado desde la Psicología, no obstante, han sido bastantes menos los investigadores interesados en evaluar los elementos que aumentan las probabilidades de que las prácticas educativas de riesgo tengan lugar. El conocimiento de los elementos implicados en la predicción de la socialización parental parece de gran utilidad para entender los efectos de la misma. En ese sentido, a lo largo de este apartado se expone, de forma resumida, lo que se conoce al respecto desde la óptica del riesgo y/o vulnerabilidad.

Las investigaciones sobre rasgos de personalidad fueron pioneras en este sentido; así, existen antecedentes psicoanalíticos y de especialistas en el estudio de la personalidad que iniciaron el estudio de la influencia de estos rasgos en los comportamientos parentales (veáse Belsky y Barends, 2002). Aproximadamente hasta los años 70, el foco de estudio era la personalidad de los individuos como determinante principal de la conducta parental. A partir de esa década, se abandonó progresivamente la aproximación innatista al comportamiento humano para prestar la máxima atención a las situaciones y al contexto como principales causantes del desarrollo humano. Rindiendo cuenta de la trayectoria histórica de nuestra disciplina, años más tarde aparecieron modelos integrales —como el modelo ecológico de

Bronfrenbrenner (1979)— que contemplan ambos aspectos, personalidad y ambiente, y cuyos principios sustentan las investigaciones de hoy en día.

En este sentido, desde un enfoque ecológico-sistémico resulta innegable que el modo en el que las prácticas educativas se concretan trasciende a aspectos de los progenitores en múltiples direcciones. En este sentido, para el análisis de los distintos elementos que subyacen a la socialización parental es necesario no solo considerar a los progenitores, sino también a otros miembros de la familia —incluidos los menores—, sus relaciones interpersonales, la familia como sistema y su entorno.

A modo de síntesis, se presentan aquellos elementos de los distintos niveles ecológicos que se relacionan, directa o indirectamente, con prácticas de crianza parental poco adecuadas. En concreto, se señalan aquellos determinantes de la socialización que muestran una mayor consistencia según la literatura revisada para este trabajo y, a modo de ejemplo, se expone entre paréntesis uno de los resultados de los trabajos que encuentran su asociación con prácticas educativas específicas. Esta revisión parte de estudios con población normativa y de riesgo, tanto de investigaciones internacionales (Asscher, Hermanns y Dekovic, 2008; Barrera et al., 2002; Casullo y Liporace, 2008; Chao, 2001; Conger, Rueter y Conger, 2000; Cui y Conger, 2008; De Haan, Prinzie, y Deković, 2009; De Kemp, Scholte, Overbeek y Engels, 2006; Desjardins, Zelenski, y Coplan, 2008; Dogan, Conger, Kim y Masyn, 2007; Forman y Davies, 2003; Frias, SotoMayor, Corral y Castell, 2004; Gacic et al., 2004; Gershoff, 2002; Grant et al., 2006; Hughes y Gullone, 2008; Kochanska, Friesenborg, Lange y Martel 2004; Latzman, Elkovitch y Clark, 2009; Medora, Wilson y Larson, 2001; Patterson, 2002; Pettit, Laird, Dodge, Bates y Criss, 2001; Pinderhughes et al., 2000; Pinderhughes, Nix, Foster y Jones, 2001; Putnick et al., 2008; Reitz, Dekovic, Meijer, Engels, 2006; Roche, Ensminger y Cherlin, 2007; Scaramella, Neppl, Ontai, y Conger, 2008; Serbin y Karp, 2004; Sheehan y Watson, 2008; Shek, 2008; Trentacosta y Shaw, 2008; Verhoeven, Junger,Van Aken, Dekovic y Van Aken, 2007; Verlaan y Schwartzman, 2002; Wagner et al., 2010) como nacionales (Calvete, Gámez-Guadix y Orue, 2010; De Paúl, Pérez-Albéñiz, Paz, Alday, y Mocoroa, 2002; Lila y Gracia, 2005; Rodrigo, Janssens y Ceballos, 2001; Rodrigo et al., 2008). Estos trabajos han sido rescatados de la base de datos Psycoinfo con fecha de publicación posterior al año 2000. No obstante, se tienen en cuenta otros estudios que, aunque anteriores a la fecha marcada, son referenciados en alguno de los capítulos revisados de la colección *Handbook of Parenting* (Belsky y Barends, 2002; Crnic y Low, 2002; Magnuson y Duncan, 2002).

Características de riesgo y/o vulnerabilidad de la socialización parental.

MICROSISTEMA
Nivel Individual

- **Madres y padres:**

Sociodemográficas:

- Sexo (e.g., los progenitores varones desarrollan estrategias disciplinarias inductivas, como el razonamiento verbal, en menor medida que las madres)
- Edad (e.g., las madres jóvenes suelen desempeñar técnicas más coercitivas que las mayores)
- Precariedad educativa (e.g., el bajo nivel educativo se ha asociado con mayor uso de disciplina coercitiva)
- Precariedad laboral (e.g., las dificultades laborales se han asociado a crianzas parentales incoherentes y a una menor sensibilidad parental)

Personales:

- Rasgos de personalidad (e.g., bajos niveles de neuroticismo, extraversión, afabilidad, toma de conciencia y apertura de experiencia se relaciona con conductas parentales de crianza positivas, como exhibir afecto y fomento de la autonomía; mientras que lo contrario se asocia con menos sensibilidad, eficacia, estimulación, negatividad, control y restricción)
- Problemas psicológicos (e.g., la sintomatología depresiva parental se relaciona con un comportamiento menos afectuoso, mayor control coercitivo o sobreprotección)
- Nivel de complejidad del razonamiento bajo (e.g., los progenitores que razonan a niveles bajos de complejidad utilizan en mayor medida el control restrictivo y la imposición de límites y de prohibiciones. Asimismo, prestan poca atención a las iniciativas de los menores)
- Conducta antisocial o agresiva de los progenitores. (e.g., un historial de conductas antisociales en los progenitores contribuye a comportamientos parentales hostiles e inconsistentes)
- Adicción a sustancias tóxicas (e.g., los progenitores que tienen problemas con el consumo de sustancias suelen desarrollar una disciplina laxa e inconsistente y una supervisión inadecuada en la educación con sus hijos e hijas)
- Estrés parental (e.g., un alto estrés parental se relaciona con baja implicación parental)

Creencias y/o cogniciones:

- Objetivos de socialización inapropiados (e.g., cuando los progenitores se marcan objetivos de socialización a corto plazo, las probabilidades de que las estrategias disciplinarias utilizadas sean coercitivas es mayor que cuando los objetivos se plantean a largo plazo)
- Creencias inadecuadas o negativas sobre el desarrollo y la educación (e.g., unas creencias o concepciones positivas de la disciplina coercitiva favorece el uso de la misma)
- Atribuciones negativas sobre el comportamiento de los menores (e.g., atribuciones hostiles hacia el comportamiento desadaptativo de los menores se relaciona con conductas parentales punitivas)
- Percepción parental de escaso control sobre la mala conducta de sus menores. (e.g. la falta competencia parental se ha mostrado ir acompañada de una peor consistencia y sensibilidad parental)
- Insatisfacción parental (e.g., la insatisfacción de los progenitores en su rol como padre aumenta la probabilidad de abuso)

Trayectoria personal:

- Acumulación de circunstancias estresantes y/o de riesgo (e.g., los progenitores que experimentan muchos eventos estresantes familiares son menos cariñosos, supervisan menos las acciones de sus hijos e hijas y, además, son más inconsistentes que los que no están en esta situación)
- Historial de crianza complicado (e.g., aquellos padres y madres víctimas en la infancia o adolescencia de una disciplina abusiva tienen más probabilidades que otros de desarrollar estilos de crianza disfuncionales con tintes coercitivos)
- Edad de inicio de la maternidad y /o paternidad (e.g, la paternidad en la juventud se relaciona con interacciones de mayor coerción con los menores durante su primera infancia)

- **Hijos e hijas:**
  - Edad (e.g., conformen crecen los menores el uso del control físico desciende paulatinamente, observándose un descenso importante en la entrada de la adolescencia)
  - Sexo (e.g., los chicos informan ser objeto de más actos disciplinarios punitivos que las chicas)
  - Temperamento difícil y complicaciones genéticas (e.g, el temperamento difícil predice el

rechazo parental)
  - Desajuste psicológico (e.g., el incremento de la conducta criminal en adolescentes fue relacionada con cambios negativos en dimensiones como apoyo parental, supervisión y control psicológico)

Nivel Relacional

- Relaciones conyugales negativas (e.g., la conflictividad conyugal y el estrés asociado se ha relacionado con alta hostilidad y coerción parental así como bajos niveles de implicación parental)
- Estilos educativos parentales (e.g., alto nivel de autoritarismo familiar predice positivamente la disciplina coercitiva)
- Relaciones progenitores e hijos/as conflictivas (e.g., las relaciones paterno-filiales hostiles incrementan las probabilidades de comportamientos coercitivos por parte de los progenitores)

Nivel Sistémico

- Precariedad económica (e.g, los problemas económicos en la familia se asocia al malestar psicológico de los progenitores y, a su vez, con bajos niveles de implicación parental, inadecuada supervisión y altos niveles de control físico)
- Familias amplias (e.g., el número de menores en el hogar se relaciona positivamente con una disciplina abusiva).
- Transiciones familiares (e.g., algunos estudios encuentran una mayor frecuencia de estilos autorizativos o democráticos en familias biparentales tradicionales que en familias monoparentales).
- Baja cohesión familiar (e.g., la falta de patrones de interacción positiva entre los miembros de la familia se relaciona con el potencial abuso parental).

MESO/EXOSISTEMA

- Falta de apoyo social de los progenitores (e.g., el aislamiento social se relaciona con niveles moderados de supervisión parental).
- Falta de integración y participación en la comunidad (e.g., los progenitores menos integrados y que participan en menor medida en su contexto social inmediato proporcionan a sus hijos e hijas relaciones paterno-filiales menos calidas y afectuosas que aquellos que están integrados en su comunidad)
- Mayor exposición a experiencias y sucesos estresantes externos (e.g., los estresores externos se relaciona con una percepción negativa de los progenitores del comportamiento de los menores y consecuentemente con una disciplina punitiva)
- Vecindario peligroso (e.g., las madres en vecindarios peligrosos son restrictivas con las interacciones que sus menores establecen con otros iguales u adultos del barrio)
- Creencias del grupo social de pertenencia acerca de los métodos de socialización más eficaces (e.g., si el castigo físico es aceptado socialmente y se considera en el grupo social de pertenencia de la familia una técnica eficaz para controlar el mal comportamiento de los menores la probabilidades de que los padres y las madres lo utilicen son mayores que en otros contextos diferentes)
- Percepción negativa de los progenitores del contexto escolar (e.g., los cuidadores adultos que no valoran el trabajo que se desarrolla en el colegio muestran mayor indiferencia ante los malos resultados académicos de sus hijos)

MACROSISTEMA

- Características generales del contexto cultural de pertenencia (e.g., las diferencias en torno a la creencias, metas y expectativas acerca de la socialización parental entre las culturas colectivistas y las individualistas trascienden al patrón disciplinario de los progenitores)
- Marcadores de leyes en torno a los intereses y derechos de los padres y las madres en relación con los menores (e.g., la prohibición total en Suiza del castigo físico en 1979 generó un cambio de actitud importante de los progenitores respecto a esta técnica disciplinaria)
- Crisis económica (e.g., la socialización parental puede tornarse sobreprotectora ante un cambio social que eleva el riesgo y la peligrosidad en el entorno)

Como se puede observar en esta revisión, los elementos de adversidad destacados en investigaciones previas sobre socialización parental pertenecen en gran medida al microsistema familiar. Este trabajo de investigación focaliza su interés en aspectos específicos de este nivel ecológico; es por ello que a continuación se expone con mayor precisión la relación que determinados elementos de la familia guardan con la socialización parental. En concreto, se revisan las características de los adultos responsables implicados en el proceso de socialización —nivel educativo, historia de crianza y problemas de ajuste—, los rasgos definitorios del menor —edad y sexo—, las relaciones entre los miembros —relaciones conyugales y relaciones paterno-filiales— y la familia como sistema —transiciones familiares y tamaño familiar—.

Características de los progenitores.

El **nivel educativo** es una dimensión muy tenida en cuenta en la investigación sobre socialización parental, aunque no tanto por su efecto directo sobre el estilo disciplinario que adoptan los progenitores, como por las características a las que dicha dimensión está asociada. Los progenitores con estudios medios y superiores suelen presentar prácticas de socialización más positivas —inductivas y de apoyo—, mientras que el bajo nivel educativo parental normalmente está asociado a prácticas educativas de riesgo. En este sentido, la revisión de Hoff, Laursen y Tardif (2002), que examina las relaciones del estatus socioeconómico con la socialización parental, muestra resultados de investigaciones que relacionan la baja educación materna con una disciplina coercitiva, encontrando una asociación con esta dimensión más fuerte incluso que la que existe con los ingresos familiares.

Por desgracia, la única preparación de la mayoría de los padres y las madres para ser educadores es su experiencia de cuando eran niños o niñas; por ello, resulta de gran importancia estudiar la **historia de crianza de los adultos** responsables del cuidado y la atención de los menores. Las teorías de orígenes del comportamiento de los progenitores indican que, en gran medida, las prácticas de crianza se transmiten intergeneracionalmente, esto es, que las prácticas de crianza que una persona recibe siendo niño actúan como un modelo para su futuro comportamiento parental en la edad adulta (Belsky, 1984, cit. en Serbin y Karp, 2004). El maltrato o abuso infantil son los temas más estudiados al respecto, demostrándose que los progenitores víctimas de una disciplina abusiva y que han experimentado maltrato en su infancia tienen altas probabilidades de desarrollar patrones educativos similares en la adultez. Esta relación está probada tanto en estudios internacionales (e.g., Huxtable y Karen, 1996, cit. en Pons-Salvador, Cerezo, Bernabe, 2005) como nacionales (e.g., De Paul et al., 2002).

En consonancia con estos resultados, una amplia revisión bibliográfica del tema ofrecida por Serbin y Karp (2004) apoya la transmisión intergeneracional de las prácticas educativas parentales, a pesar de las limitaciones metodológicas encontradas en los estudios. Estos autores confirman que hay evidencias de cierta transmisión intergeneracional en lo que respecta a aspectos específicos de la parentalidad, concretamente, resaltan la transmisión de prácticas de crianza coercitivas y punitivas. Esta continuidad puede ser explicada desde la perspectiva genética, desde el modelo de aprendizaje social o desde un enfoque cognitivo. No

obstante, algunos estudios muestran que la continuidad de los comportamientos de los progenitores está parcialmente mediada por otras variables asociadas a las relaciones personales, participación social o características de personalidad. Así, distintos estudios corroboran que los progenitores con una infancia problemática tienen menos probabilidades de desarrollar estilos de crianzas punitivos y coercitivos cuando el apoyo que perciben de sus parejas es satisfactorio (Belsky, Youngblade y Pensky, 1989).

En consonancia con los anteriores resultados, los **problemas de ajuste de los progenitores** también ayudan a explicar el patrón de socialización que ofrecen para educar a sus menores. Los problemas psicológicos a menudo se asocian con comportamientos parentales disfuncionales como la coerción, la inconsistencia o la indiferencia (Zahn-Waxlet, Iannotti, Cummings y Denham, 1990). Hughes y Gullone (2008), en su extensa revisión acerca de la relación que los problemas de internalización de progenitores y menores mantienen con el funcionamiento familiar, concluyen que los adultos con desórdenes internos se caracterizan, entre otras cosas, por ser menos cariñosos y responsivos con sus hijos e hijas, más controladores y más sobreprotectores. Algunos autores explican estos resultados argumentando que las madres depresivas a menudo desarrollan patrones de crianza que reflejan su propio estado emocional, mayor hostilidad y rechazo hacia sus menores (Downey y Coyne, 1990; Webster-Stratton, 1990).

Los problemas externalizantes de los progenitores también se relacionan con conductas parentales específicas. En este sentido, la evidencia empírica pone de manifiesto que los padres y las madres que muestran conductas antisociales en su relación con otros también las expresan en la interacción que mantienen con sus hijos e hijas. Un estudio longitudinal desarrollado por Dogan y colaboradores (2007) con jóvenes adolescentes muestra que la conducta antisocial parental aminora significativamente la calidad de las prácticas de crianza contribuyendo a la inconsistencia y los comportamientos hostiles. Resultados similares son obtenidos en otras investigaciones (Verlaan y Schwartzman, 2002). Desde la perspectiva de Patterson, DeBaryshe y Ramsey (1989) se argumenta que la conducta antisocial de los cuidadores adultos está directamente relacionada con déficits en las habilidades de manejo de la dinámica familiar, debido a su carácter impulsivo e irritable. Los progenitores a quienes les falta firmeza, consistencia y no disponen de un amplio abanico de estrategias educativas para afrontar los problemas de crianza, son más propensos a usar modelos hostiles y coercitivos.

Uno de los problemas de externalización típicamente asociado al grado de implicación de los padres y las madres en la educación de sus menores es el abuso de sustancias. Se ha demostrado, en reiteradas ocasiones, que los problemas de los progenitores con el alcohol y otras drogas alteran los procesos de socialización normalizados dentro del sistema familiar, dando lugar a mayores niveles de desintegración familiar así como a prácticas de crianza disfuncionales que perjudican el desarrollo del menor (Perci, Thornton y McCrystal, 2008). Asimismo, Sher y colegas (2005) en su extensa revisión sobre variables asociadas al consumo de alcohol, concluyen que los progenitores que abusan de sustancias a menudo ponen en marcha prácticas de manejo familiar pobres, como disciplina laxa e inconsistente y supervisión inadecuada, lo cual está fuertemente unido a altos niveles de problemas de internalización y externalización en los menores, como se verá posteriormente.

Características de los menores.

En relación a las características de los menores, se destaca el papel de **la edad y el sexo** en la percepción de la socialización parental como factores de vulnerabilidad. En la adolescencia, los datos empíricos disponibles evidencian diferencias en cuanto a las prácticas de crianza que los progenitores desarrollan con los menores más pequeños en comparación con los más mayores, así como con los chicos frente a las chicas. Todo esto no quiere decir que la crianza parental esté determinada exclusivamente, ni siquiera principalmente, por el sexo y la edad de los jóvenes; estas características del menor solo suponen una pequeña contribución al entendimiento de la socialización parental, especialmente cuando se considera en el contexto de otras fuentes de influencias de riesgo.

Como se ha comentado en un apartado anterior, respecto a la edad los datos indican un descenso en las prácticas afectivas y de control, preferentemente en las estrategias coercitivas, conforme los adolescentes crecen (Collins y Steinberg, 2006; Mahoney, Donnelly, Lewis y Maynard, 2000; Moreno, Muñoz, Pérez y Sánchez Queija, 2004; Parra y Oliva, 2006; Shek, 2000). No obstante, algunos estudios encuentran cierta estabilidad a lo largo de la adolescencia en los aspectos que comprende tanto la dimensión de afecto (Moreno et al., 2004) como en la referida al control (Paulson y Sputa, 1996).

A pesar del decremento señalado, hay que decir que las muestras de cariño y afecto así como cierta supervisión en las actuaciones de los menores siguen imperando en los comportamientos que los padres y las madres mantienen en relación con sus hijos e hijas en esta etapa, incluso en la adolescencia tardía. En concreto, se observan puntuaciones muy negativas en afecto únicamente en aquellas familias que parten de una situación inicial desfavorable, es decir, son los menores que percibieron menor afecto e implicación por parte de sus progenitores durante años previos los que presentan peores puntuaciones al final de esta etapa (Parra, 2005; Paulson y Sputa, 1996). Por otro lado, la residencia en vecindarios desfavorecidos o peligrosos promueve que los padres y las madres mantengan un control más autoritario en menores de edades elevadas. Las explicaciones que se han dado a la presencia de este control excesivo están relacionadas con la intención de los progenitores de evitar una posible influencia negativa por parte de iguales problemáticos que viven en estos contextos (Fridrich y Flnnery, 1995, cit. en Stattin y Kerr, 2000).

En relación al sexo del adolescente, la literatura aporta resultados diferentes según la dimensión de socialización analizada. Referente a las estrategias educativas relacionadas con el afecto y la implicación parental, la mayoría de los estudios coinciden en señalar que las chicas perciben mayores niveles de afecto por parte de sus progenitores que los chicos (Garaigordobil y Aliri, 2012; Musitu y García, 2001; Parra y Oliva, 2006), aunque no todos los trabajos coinciden en esta diferenciación (e.g., Bulnes et al., 2008). Las diferencias entre chicos y chicas no son tan evidentes cuando el estudio se centra en la coerción/imposición parental. A pesar de que las chicas suelen sentirse más supervisadas que los chicos en la adolescencia, sobre todo en los primeros años (Moreno et al., 2004; Parra y Oliva, 2006; Shek, 2000), el grado de coerción/imposición de unos y otras no es muy diferente entre sí (López-Jáuregui y Elosua, 2009; Musitu y García, 2001). Unicamente un análisis centrado en estrategias educativas coercitivas revela que el castigo físico es más frecuente en los chicos que en las

chicas (Mahoney et al., 2000; McKee et al., 2007; Musitu y García, 2001; Straus y Stewart, 1999).

Atendiendo al enfoque tipológico de la socialización parental, y en congruencia con la tendencia general de los datos ofrecidos anteriormente, se espera que la edad se relacione positivamente con estilos socializadores caracterizados por bajas puntuaciones en aceptación/implicación y coerción/imposición. No obstante, los resultados relacionados con el sexo son menos clarificadores. De tal modo que algunos estudios hablan de diferencias exclusivamente en el estilo autoriotario (Garaigordobil y Aliri, 2012), mientras que otros apuntan diferencias en el autorizativo (Pychyl, Coplan y Reid, 2002), en ambos destacando las chicas frente a los chicos.

Relaciones entre los miembros de la familia.

Existe consenso entre los investigadores en que el subsistema conyugal —**relaciones entre los progenitores**— se asocia a los otros subsistemas familiares, principalmente al que comprende la relación paterno-filial (veáse Erel y Burman, 1995). Las conductas de crianza que resultan más influidas por el conflicto interparental son la disciplina coercitiva y la aceptación parental, aunque otros estudios señalan que el conflicto está también relacionado con un mayor rechazo hacia los hijos, baja implicación parental y responsividad (veáse Fincham y Hall, 2005). A modo de ejemplo, un estudio longitudinal desarrollado por Cui y Conger (2008) con 451 adolescentes y sus familias mostraba que los comportamientos parentales median la relación entre los problemas maritales y el ajuste de los menores. Este estudio muestra evidencias de la relación entre la discordia marital y la implicación de los progenitores en la educación de los hijos. En concreto, estos autores encontraron que la conflictividad matrimonial se relaciona significativamente con prácticas educativas negativas —alta hostilidad y coerción—, irresponsables —gestión ineficaz del menor— y baja sensibilidad parental.

Los psicólogos han utilizado el término *spillover* —definido como la transferencia directa de un estado de ánimo, el afecto o el comportamiento de un escenario a otro— para dar cuenta de la interrelación de las relaciones de pareja y las relaciones paterno-filiales (Erel y Burman, 1995). En consonancia con esta hipótesis, podría esperarse que una relación de pareja armoniosa favorezca una crianza responsable y positiva, mientras que la discordia matrimonial haría que los progenitores se sientan menos involucrados con sus hijos e hijas y desarrollen un patrón de socialización poco favorable para el buen funcionamiento de sus menores. En este sentido, se entiende que los conflictos maritales se asocien a su vez con una mayor conflictividad en las **relaciones entre progenitores y menores** (Buehler y Gerard, 2002), lo cual a su vez también va a repercutir en el patrón de socialización desarrollado por los adultos. Además, como apunta Patterson (2002), las relaciones hostiles paterno-filiales pueden tornarse cíclicas reforzando el comportamiento antisocial entre ambos en las relaciones interpersonales, y conduciendo, promoviendo en los adultos un comportamiento más coercitivo y autoritario para corregir los comportamientos inadecuados de sus menores.

Características del sistema familiar.

En relación con las características del sistema familiar, son muchos los investigadores que han explorado cómo las **transiciones familiares** pueden tener un impacto sobre la tarea de ser padre o madre. Esta cuestión es difícil de estudiar por la cantidad de factores que están asociados a una transición familiar, por ejemplo, una ruptura familiar puede asociarse a una mayor conflictividad familiar o problemas económicos. La evidencia empírica (veáse, Steinberg y Silk, 2002) muestra que las madres divorciadas a menudo experimentan un periodo temporal de desorganización y que los patrones de crianza pueden sufrir un cambio en los primeros años tras el divorcio. Así, las madres divorciadas parecen controlar menos las actividades de sus menores que las madres casadas, sobre todo si tienen hijos adolescentes. No obstante, es preciso señalar que los adolescentes de los hogares monoparentales describen a sus progenitores como más amigables que aquellos cuyo padre y madre viven juntos. Por otra parte, Freeman y Newland (2002) encuentran diferencias entre ambos tipos de familias solo en la dimensión de control, siendo los niveles de afecto similares en ambos contextos.

Por otro lado, el **número de menores en el hogar** es también objeto de estudio de algunas investigaciones. Así, Pinderhughes y colegas (2001) encuentran que los progenitores tienden a ser más consistentes y menos duros en su disciplina cuando la presencia de menores en casa es baja. Similarmente, otros estudios observan que los chicos y las chicas con mayor número de hermanos tienden a estar menos sobreprotegidos y controlados por sus progenitores que los que tienen menos hermanos (Kendler, Sham y MacLean, 1997). Estos resultados son explicados por algunos autores entendiendo que la presencia de más menores en el hogar obliga a los progenitores a dividir su atención y recursos parentales, perjudicando el cumplimiento de sus funciones parentales (Verhoeven et al., 2007).

En conjunto, los resultados empíricos disponibles indican que la socialización parental se explica por un entramado de elementos procedentes de diversos niveles ecológicos. Si bien el efecto de los elementos de riesgo y/o vulnerabilidad mencionados ha sido contrastado empíricamente, se sabe que las relaciones con las prácticas de socialización parental no son de tipo causa-efecto y que no pueden ser reducidas a un número pequeño de variables. Además, la influencia de estos elementos debe ser entendida desde una perspectiva amplia del riesgo donde la presencia y la interacción que mantienen con otros elementos de protección pueden estar amortiguando o eliminando los efectos negativos de estas circunstancias adversas.

1.3.2. La socialización parental en familias en situación de riesgo psicosocial.

Pocos estudios se han detenido en la evaluación sistemática y rigurosa de las características de socialización de los progenitores al frente de familias usuarias de Servicios de preservación familiar; no obstante, sí existen evidencias empíricas en contextos de riesgo similares, sobre todo por privación socioeconómica, que van a ser considerados en la presente revisión. Cabe señalar que la mayoría de estas investigaciones estudian la socialización parental durante la infancia, prestando menos atención a la etapa de la adolescencia. Además, se centran en el análisis de las prácticas educativas de la madre, posiblemente por la destacada falta de

implicación que los progenitores varones de estas familias presentan en relación a la educación de sus hijos e hijas.

En consonancia con la reflexión realizada en apartados anteriores, donde se establecen similitudes entre las prácticas educativas evaluadas por el modelo de Musitu y García (2001) y las actuaciones parentales propias de la disciplina parental —disciplina inductiva y de apoyo, disciplina indiferente y disciplina coercitiva—, a continuación se describen las características educativas parentales que prevalecen en los contextos de riesgo. Para comprender mejor las particularidades de su socialización parental, a lo largo del apartado se incluyen también algunos resultados de estudios que han recogido información de prácticas educativas que, siendo similares a las que ofrece el modelo de Musitu y García, no se han recogido con el mismo instrumento de evaluación de este trabajo. Con esta revisión se pretende describir con mayor nitidez lo que sucede en estos entornos de adversidad y dificultad.

1.3.2.1. Principales características de la socialización parental.

A continuación, se analiza el patrón de socialización característico de las familias con las cuales se trabaja por razones de preservación familiar y posteriormente se profundiza en otro de los contextos de riesgo más estudiados según la literatura revisada: las familias en situación de desventaja socio-económica.

Las **familias en situación de riesgo que reciben intervenciones por razones de preservación familiar** se caracterizan por presentar altos niveles de estrés familiar, a causa de la concentración de dificultades personales/relacionales y por la falta de recursos disponibles, que amenazan el ejercicio de sus funciones parentales. En consonancia con los resultados mostrados anteriormente, se estima que las circunstancias adversas que experimentan los progenitores que viven en estos contextos interfieren de forma negativa en su socialización parental (Forman y Davies, 2003; Lila y Gracia, 2005). De hecho, si se buscan coincidencias entre los elementos de riesgo asociados a las prácticas de socialización de riesgo, presentados anteriormente y la caracterización de estas familias (ver apartado 2.3. del Capítulo 1), es razonable predecir que va a predominar una socialización parental poco adecuada para el desarrollo positivo de los menores.

Como se ha comentado en páginas anteriores, la trayectoria vital de estas familias se caracteriza por la continua presencia de circunstancias estresantes. Los cambios familiares se asocian a modificaciones en las prácticas educativas parentales. Así pues, la socialización parental no se considera una dimensión estática que permanece estable a lo largo del tiempo, sino que sufre variaciones ante el surgimiento de nuevas situaciones y necesidades de los miembros de la familia. A modo de ejemplo, la separación de los progenitores está asociada a cambios en la organización de la vida familiar o en los patrones educativos parentales (veáse Freeman y Newland, 2002). Así, la trayectoria de riesgo que define a estas familias puede hacer más probable que en ellas exista una mayor inestabilidad en las prácticas educativas y un mayor número de cambios en el estilo de socialización empleado por los padres y las madres.

El trabajo preliminar desarrollado por esta doctoranda, que ya ha sido mencionado anteriormente, revela que los adultos responsables de las familias usuarias de los SS.SS. se muestran, a menudo, indiferentes ante los comportamientos tanto adecuados como inadecuados de sus adolescentes (Lorence, 2008). Este trabajo puso de manifiesto que los chicos y las chicas de estos contextos perciben un uso elevado de estrategias disciplinarias coercitivas por parte de sus progenitores, preferentemente madres, ante la transgresión a una norma. No obstante, no se demuestra que estos adultos refuercen menos la conducta positiva de sus hijos e hijas o que desestimen el razonamiento verbal como una manera de controlar los comportamientos inadecuados de sus menores. Además, en estos resultados destaca la presencia de estilos disciplinarios parentales autoritarios (38.6%) y autorizativos (32.5%), la alta concentración de padres y madres negligentes (20.2%), y la baja presencia de actuaciones parentales prototípicas del estilo indulgente (8.8%).

De todos los contextos de riesgo específicos en los que se analiza empíricamente el patrón de socialización de los progenitores, son los **entornos considerados en situación de riesgo por desventaja socio-económica** los más estudiados. Esta dificultad es una variable de riesgo muy estudiada, principalmente, por su alto poder asociativo con otros indicadores familiares (Hoff et al., 2002). En líneas generales, existen evidencias empíricas de que los adultos responsables del cuidado y la atención de los menores que viven en una situación de precariedad económica suelen estar menos implicados en la educación de sus hijos e hijas y se comportan con mayor probabilidad de forma hostil y autoritaria en su interacción con ellos (Conger et al., 2000; Keegan, 2001; Pinderhughes et al., 2000). Tomando como referencia el estatus socieconómico de los progenitores (nivel educativo, ocupación parental e ingresos económicos), Hoff y colegas (2002) argumentan que los padres y las madres que presentan puntuaciones bajas en esta medida presentan un patrón de socialización parental caracterizado por la preocupación de que sus hijos e hijas se ajusten a las expectativas sociales, y por la creación de una atmósfera ambiental autoritaria donde los adultos mandan sobre los menores que están a su cargo y en la que prima la coerción frente a la inducción para modificar la mala conducta de los chicos y las chicas. Por el contrario, los progenitores con alto estatus socioeconómico se preocupan porque sus hijos e hijas sean autónomos y tengan iniciativas, crean un clima familiar cohesionado en el cual los menores participan en el establecimiento de normas y se sienten cercanos a su padre y a su madre, se muestran dialogantes, y son poco propensos a usar el castigo físico en las interacciones diarias con sus hijas e hijos.

En la misma línea, Shumow, Lowe y Poner (1998) hayan correlaciones negativas entre los ingresos familiares y las prácticas autoritarias en familias con menores en edad escolar y adolescente que viven en una situación de precariedad económica, aunque no encuentran una asociación significativa con prácticas parentales permisivas. Estos resultados ponen de manifiesto la asociación entre privación económica y prácticas parentales coercitivas está muy presente en la literatura. De hecho la pobreza se asocia fuertemente con altos niveles de estrés parental, lo cual supone un riesgo para el maltrato infantil (Hecht y Hansen, 2001). No obstante, existen muchas investigaciones que no hablan de un efecto directo en la relación entre precariedad económica y habilidades parentales, sino más bien de una relación indirecta en la que entran en juego otras variables mediadoras (Conger et al., 2000).

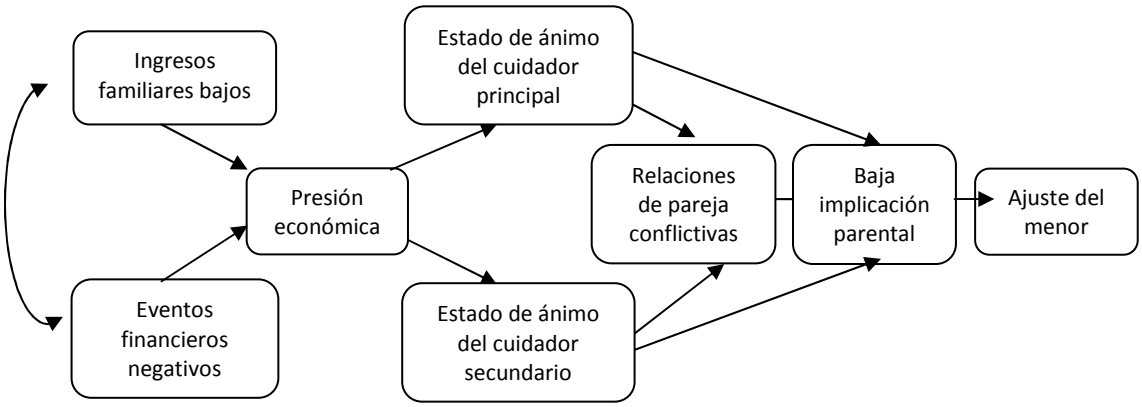
Por otra parte, las investigaciones que analizan las prácticas de socialización parental de menores en desventaja económica en comparación con otros que no viven en esta situación adversa hallan diferencias entre ambos grupos. En este sentido, Shek (2008) muestra que los jóvenes adolescentes que crecen en familias en situación de desventaja económica perciben menos supervisión, disciplina y demandas por parte de sus progenitores que los que no se encuentran en esta situación. Estos resultados se argumentan con dos razones: (a) la desventaja económica afecta negativamente al bienestar psicológico de los progenitores que, a su vez, incide desfavorablemente en el desempeño de su paternidad; (b) las consecuencias de vivir en condiciones de pobreza conducen a que los progenitores de las familias pobres inviertan menos tiempo en su rol de padre o madre, lo cual a su vez perjudica al bienestar psicológico de los menores. A pesar de los hallazgos encontrados, este estudio solo encuentra deterioro en las relaciones paterno-filiales de los padres varones, pero no de las madres. Estos resultados son consistentes con la tesis de que la pobreza puede tener efectos más negativos sobre los padres que sobre las madres (McLoyd, 1998), aunque no todos los autores están de acuerdo con tal afirmación (Simons, Lorenz, Conger y Wu, 1992; Whitbeck et al., 1991).

1.3.2.2. Procesos explicativos y dimensiones personales implicadas.

Los investigadores barajan diversas hipótesis para explicar el impacto que la exposición a factores de riesgo ejerce sobre la socialización parental. Son muchos los estudios que resaltan la incidencia que la adversidad ejerce sobre los procesos cognitivos y emocionales de los progenitores para explicar las malas prácticas de socialización parental en los contextos de riesgo. A continuación, se describen los modelos teóricos más mencionados en la literatura para, a continuación, centrar el análisis en aquellos indicadores que se consideran en este estudio.

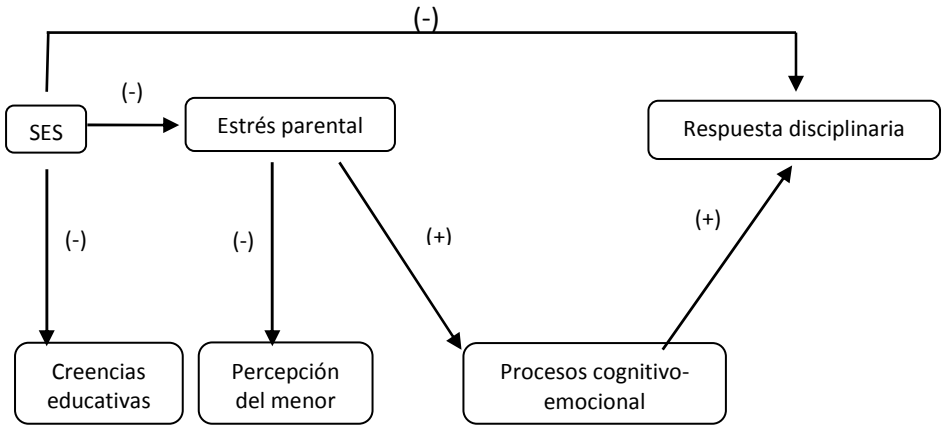
El modelo de estrés parental (Conger et al., 1995) así como el modelo de estrés familiar (Conger et al., 2000), ambos propuestos por el mismo equipo de investigación, destacan que el impacto emocional sufrido por las personas que residen en contextos complicados y adversos explica en gran medida el por qué los progenitores de estas familias desarrollan prácticas de socialización parental poco adecuadas para el desarrollo de sus menores. El primero de los modelos mencionados demuestra que la acumulación de estrés parental se asocia a una mayor sintomatología depresiva en los progenitores, que desencadena una mayor irritabilidad y disrupción en la confrontación de la disciplina parental. Centrándose en las consecuencias de una situación económica precaria, el segundo modelo explica que la presión económica incrementa la situación de estrés y malestar emocional de los progenitores lo que, a su vez, promueve el uso de prácticas parentales disruptivas (ver Figura 10). En resumen, ambos modelos evidencian que el impacto emocional de los elementos adversos conduce a prácticas de socialización parental consideradas de riesgo.

Figura 10. Modelo de estrés familiar (Conger et al., 2000).



En consonancia con estos resultados, el modelo de Pinderhughes y colaboradores (2000) también pone de manifiesto que el estatus socioeconómico —nivel educativo y dedicación laboral— se asocia, directa e indirectamente, a comportamientos parentales específicos. Esta propuesta parte de la hipótesis de que aunque la situación socioeconómica guarda una relación directa con la disciplina coercitiva, determinadas características de los progenitores pueden estar mediando también dicha relación (ver Figura 11).

Figura 11. Modelo de Pinderhughes y colaboradores (2000).

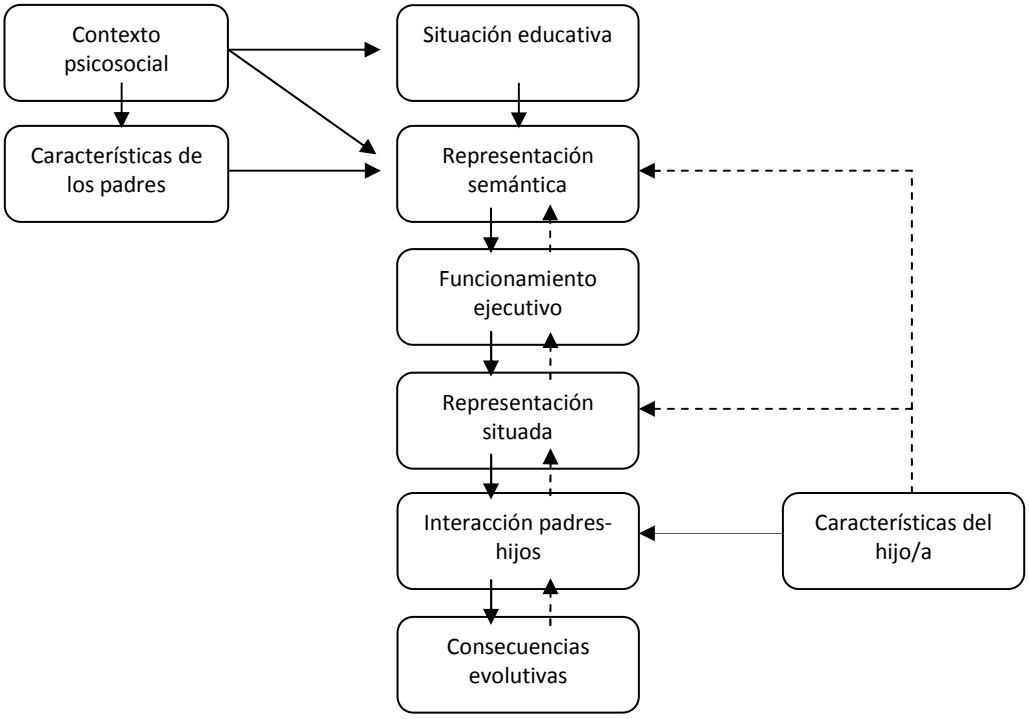


Desde este modelo, se predice que el estatus socioeconómico incide negativamente en las creencias educativas de los progenitores y también incrementa el número de circunstancias estresantes vividas por los adultos. A su vez, un alto estrés parental conduce a una percepción más negativa de los menores al mismo tiempo que interfiere en la intensidad de los procesos cognitivo-emocionales desarrollados por los progenitores (atribuciones hostiles, malestar emocional, la preocupación sobre el futuro del niño, estrategias disciplinarias alternativas, y estrategias de prevención disponibles). Dicha reactividad cognitivo-emocional se relaciona directamente con una disciplina parental impositiva, donde se hace uso del castigo físico para

controlar la conducta de los menores. Estas explicaciones son consonantes con las comentadas anteriormente en el estudio de Shek (2008).

Por otro lado, Rodrigo y colegas (2008) explican las consecuencias del estrés psicosocial sobre la socialización parental atendiendo a los procesos cognitivos implicados en dicha relación. Estos autores consideran que los padres y las madres que viven en situaciones de alta adversidad presentan dificultades para desempeñar con éxito sus funciones parentales. Argumentan que la sobrecarga que supone afrontar diariamente los problemas que se les presentan compite con la necesaria atención e implicación que requiere la labor educativa (Rodrigo et al., 2008). Partiendo de la propuesta de Azar y Weinzierl (2005, cit. en Rodrigo et al., 2008), estos autores plantean el modelo de funcionamiento parental ante el estrés (ver Figura 12).

Figura 12. Modelo de funcionamiento parental de Azar y Weinzierl (2005). Adaptación de Rodrigo y colaboradores (2008).



Sin hacer una descripción exhaustiva del mismo, se exponen los presupuestos y características principales del modelo de funcionamiento parental ante el estrés en situaciones de riesgo. Desde la óptica de estos autores, la actuación de los adultos ante las situaciones educativas no es muy favorable debido a que el estrés psicosocial al que están sometidos hace que desvíen su atención a otros temas no relacionados con la educación de sus hijos e hijas y, además, perjudica el modo en el que los primeros procesan la información ante situaciones educativas. Concretamente, ellos destacan cuatro aspectos cognitivos por los cuales los progenitores presentan dificultades para desarrollar con éxito su función educativa: una valoración simplista de las situaciones familiares; falta de perspectivismo con el que interpretar su papel como progenitores, las conductas de los menores y sus necesidades evolutivas; laxa evaluación reflexiva acerca de las consecuencias de sus acciones educativas; y,

falta de conocimiento de las necesidades e intereses evolutivos de sus hijos e hijas. Las peculiaridades que comprende el procesamiento episódico que hacen estos madres y padres de las situaciones educativas promueven actuaciones parentales simplistas, impulsivas y autocentradas, lo cual se traduce en interacciones educativas poco saludables y, a su vez, en consecuencias negativas para el desarrollo de los menores cuando son actuaciones que persisten en el tiempo. La importancia concedida a las particularidades de los progenitores en este modelo no implica que los menores no sean tenidos en cuenta. De hecho, estos autores indican que las características de los más pequeños de la casa van a inferir directamente en las interacciones que los adultos mantienen con ellos (ver Figura 12).

Cabe destacar que las propuestas teóricas descritas anteriormente están basadas en la evidencia empírica. Entendidos en su conjunto, estos modelos argumentan la importancia que las características personales de los progenitores ejercen como mediador de la relación entre elementos adversos y prácticas de socialización parental de riesgo. En este sentido, este trabajo se centra en dos dimensiones personales muy destacadas en el estudio de la parentalidad: la autoestima y la percepción de controlabilidad parental.

La autoestima es adquirida en el curso del desarrollo y se construye como resultado de la trayectoria vital de cada persona. Esta dimensión está íntima e indisolublemente ligada a las experiencias que transcurren en la vida del individuo en sus distintos contextos; así pues se entiende que las circunstancias estresantes y/o problemáticas experimentadas por las personas pueden derivar en la construcción de una autoestima negativa. En este sentido, el trabajo de Pearlin, Lieberman, Menaghan y Mullan (1981, cit. en Matud, 2004) pone de manifiesto la relación entre estresores y autoestima, aunque solo la confirman para situaciones estresantes que perduran en el tiempo. Estos autores plantean que las condiciones estresantes crónicas son las que hacen a las personas susceptibles de no estar satisfechas consigo mismas, el sentirse incapaz de cambiarlas es lo que hace incrementar su nivel de frustración y desánimo. Por el contrario, los sucesos de corta duración o aquellos que se solucionan rápidamente no generan efectos negativos en la autoestima, puesto que no contribuyen a que la persona sea consciente de sus propias deficiencias; tanto es así que este tipo de circunstancias estresantes podría llegar a considerarse como una oportunidad para aumentar la valoración de uno mismo.

En consonancia con estos resultados, algunas investigaciones relacionan la autoestima con estrategias de afrontamiento más eficaces. La autoestima se considera un recurso psicosocial que se asocia con el uso de un afrontamiento activo, la no evitación, la persistencia al fracaso y la mayor búsqueda de apoyo social ante la presencia de problemas (Aspinwall y Taylor, 1992; Di Paula y Campbell, 2002). Además, la baja autoestima se ha asociado a la falta de un plan de vida futuro que, a su vez, afecta a las interacciones con los hijos y las hijas debido a la baja implicación y dedicación (Rosier, 2000, cit. en Swick, 2008).

En la actualidad, la autoestima se entiende como un constructo multidimensional que recoge la valoración que hace la persona de sí misma en diferentes ámbitos de su vida. De las distintas dimensiones que comprenden la autoestima, este estudio aborda una, la emocional, analizándola como elemento mediador de la relación entre la acumulación de circunstancias estresantes y las prácticas de socialización parental. En consonancia con los modelos

explicativos presentados anteriormente, el malestar emocional juega un papel decisivo en la relación entre elementos de riesgo y socialización parental (e.g., Conger et al., 2000). En este sentido, la dimensión emocional se considera una faceta específica de la autoestima que puede resultar relevante en los estudios con población de riesgo. Ésta hace referencia a la percepción que tiene el individuo de hasta qué punto es capaz de controlar sus emociones y/o se percibe como una persona emocionalmente equilibrada. En la medida en que los elementos adversos inciden negativamente en la autoestima emocional de los progenitores, éstos presentarán más dificultades para cumplir con sus obligaciones educativas. La autoestima es claramente una dimensión relacionada con la sintomatología depresiva, y aún más su faceta emocional.

Si bien es cierto que existen evidencias sobre el impacto negativo de las circunstancias estresantes sobre la autoestima de las personas, se adolece de estudios específicos que analicen la relación directa entre autoestima y socialización parental. La relación entre esta dimensión y las prácticas de crianza parental no está aún bien establecida en la literatura. Los resultados disponibles apuntan que la baja autoestima, como problema principalmente emocional, se asocia a comportamientos parentales preferentemente disfuncionales. Así, a partir de los resultados extraídos del estudio de DiPaula y Campbell (2002) que indican que las personas con baja autoestima son más vulnerables al fracaso, se puede predecir que en situaciones de riesgo, en la que la probabilidad de que se dañe la autoestima resulta más elevada, los adultos pueden darse por vencidos con mayor antelación que otros. En estos casos, los padres y las madres pueden hacer dejación de sus funciones parentales y mostrarse indiferentes a los comportamientos de sus hijos e hijas debido a la escasa confianza que tienen en sí mismos (Hughes y Gullone, 2008). Gerdes, y colaboradores (2007) realizan uno de los pocos estudios encontrados en esta revisión en los que se analiza el papel de la autoestima y su relación con prácticas disciplinarias parentales. Ellos evidencian que cuando no se tiene en cuenta el estrés parental, la autoestima media la relación entre sintomatología emocional, por un lado, y prácticas parentales indiferentes e incluso coercitivas, por otro.

La autoestima se ha relacionado con indicadores de agencia personal que, a su vez, se asocian con prácticas educativas de riesgo. La dimensión de agencia personal hace referencia a un conjunto de competencias que reflejan el modo en el que los padres y las madres perciben y viven su rol parental (Máiquez, Rodrigo, Capote y Vermaes, 2000). El concepto de agentividad se relaciona en distintos estudios con el de educación parental. Estos autores afirman que las personas que desarrollan su agencia personal son las que se sienten responsables de sus propias acciones y no se dejan llevar por su impulsividad sino que actúan de forma estable y consistente. Los progenitores con un nivel alto de agentividad se muestran protagonistas activos y piensan que son ellos mismos los que controlan su realidad personal, consideran que tienen buenas capacidades para desempeñar con éxito su tarea como padre o madre, y están satisfechos del modo en que la llevan a cabo y de los resultados que obtienen.

Como se puede comprobar, para entener el concepto de agencia personal es importante considerar varios indicadores; no obstante, uno de ellos adquiere un papel protagonista en esta investigación, la percepción de controlabilidad parental. Las investigaciones realizadas por Bugental y colaboradores (Bugental, Blue, y Cruzcosa, 1989; Bugental, Lyon, Krantz, Cortéz,

1997; Bugental, Lyon, Lin, McGrath, Bimbela, 1999) indican que la percepción de bajo control parental se relaciona con prácticas educativas coercitivas e incluso con maltrato. La percepción de falta de control parental y la incapacidad para cambiar lo que ocurre alrededor conduce a los adultos a interpretar las situaciones conflictivas cotidianas como una amenaza hacia a ellos mismos, por ello, justifican la coerción como medida de control. Según esta hipótesis, si un menor se comporta accidentalmente de forma errónea, estos progenitores atribuyen dicha acción a una actuación intencional, por lo que se sienten amenazados y enfurecidos y reaccionan inadecuadamente. En consecuencia, estas prácticas pueden propiciar en los menores el desobedecimiento parental, lo que contribuye a mantener la percepción de baja controlabilidad de estos adultos (Rodrigo et al., 2008). No obstante, cabe destacar que los estudios con población en riesgo son limitados (Carpenter y Donohue, 2006).

1.4. La socialización parental y los problemas de ajuste durante la adolescencia.

Hasta ahora se ha conceptualizado la socialización parental y se han presentando las concepciones teóricas y la evidencia empírica disponible al respecto. A continuación se estudia su relación con los problemas de ajuste característicos de la adolescencia.

La literatura al respecto proporciona suficientes datos para afirmar que para un menor no es indiferente crecer en un tipo de familia u otro o con unos progenitores u otros, puesto que las necesidades evolutivo-educativas propias de cada edad no se satisfacen de la misma manera (López, 2008; Palacios y Rodrigo, 1998). La triple perspectiva ecológico-sistémica y contextualista que sustenta esta investigación resalta la idea de estudiar las relaciones familiares en su contexto de pertenencia, y critica la generalización de los resultados extraídos a entornos diversos, sobre todo cuando éstos presentan características diferentes. Hay una tendencia mayoritaria en la literatura a aplicar los resultados obtenidos en población comunitaria a la de riesgo, de manera que las intervenciones de preservación familiar se hacen atendiendo a las necesidades normativas de la población y no a las específicas que presentan estos contextos. Como se ha comentado anteriormente, las familias en situación de riesgo presentan peculiaridades que las hacen diferentes, por lo que se necesitan de estudios específicos que analicen las relaciones que se producen en ellas.

Si bien es cierto que la literatura actual aboga por un tratamiento de la socialización parental desde una perspectiva integradora, en la cual el comportamiento de los progenitores y el de los menores interaccionan mutuamente (e.g., Huh, Tristan, Wade y Stice, 2006; Lytton, 1990; Sheehan y Watson, 2008), esta investigación se centra en analizar esta relación en su versión más tradicional: en qué medida las prácticas de socialización de los progenitores inciden en los problemas de ajuste adolescente. En concreto, se apuesta por este enfoque por tres razones: (a) el desconocimiento empírico que existe entorno al tipo de relaciones que existe entre las prácticas de socialización parental y el ajuste psicosocial adolescente en los contextos de riesgo; (b) el modelo teórico que sustenta este trabajo; y, (c) la metodología empleada en el estudio. Concretamente, el análisis que se desarrolla de la socialización parental en este trabajo se hace atendiendo preferentemente al enfoque dimensional detallado en páginas anteriores.

Además, se ha tenido en cuenta la preocupación que existe en torno a las distintas formas en las que se evalúa la socialización parental, resultando las mismas en muchas ocasiones causantes de las controversias empíricas halladas en estudios anteriores. En este apartado se exponen los hallazgos de investigaciones que han considerado las prácticas parentales contempladas en el modelo de Musitu y García (2001), propuesta teórica que sustenta este trabajo de investigación. En este sentido, como se ha comentado en ocasiones anteriores, estos autores estudian la socialización parental entendiéndola como un conjunto de técnicas disciplinarias que los progenitores desarrollan ante un determinado comportamiento del menor. En palabras de Larzelere y Merenda (1994), podría decirse que hacen un análisis de la respuesta parental, entendido este término como aquel conjunto de una o más técnicas disciplinarias que constituyen la totalidad de respuesta ante el comportamiento del menor, tanto ante la conducta adecuada como inadecuada. Así, la dimensión aceptación/implicación parental comprende una alta proporción de estrategias disciplinarias inductivas (afecto y diálogo) y pocas prácticas indiferentes (indiferencia y displicencia), mientras que la dimensión coerción/imposición hace referencia a estrategias disciplinarias coercitivas e impositivas (coerción verbal, coerción física y privación). Cabe destacar que el hecho de que esta revisión solo contemple investigaciones que han realizado un tratamiento de la socialización familiar similar a la propuesta de Musitu y García (2001) ha reducido el número de trabajos analizados.

Tras estas apreciaciones y consideraciones se presentan los principales datos disponibles relativos al análisis dimensional de la socialización parental en su relación con el ajuste adolescente (1.4.1.), para posteriormente centrarnos en el análisis tipológico (1.4.2) e integrador (1.4.3.).

1.4.1. Análisis dimensional.

El análisis independiente de las dos dimensiones más estudiadas de la socialización parental ha arrojado resultados muy interesantes acerca del papel que cada una desempeña en el funcionamiento psicosocial de los adolescentes. A continuación se presentan los resultados más destacables de los estudios revisados en este trabajo.

1.4.1.1. Aceptación/implicación.

Los datos aportados por investigaciones realizadas con población normativa apoyan la importancia de esta dimensión de la socialización parental para el desarrollo positivo del adolescente (veáse Khaleque y Rohner, 2002). Las prácticas educativas basadas en la expresión de afecto y la comprensión se muestran como factores de protección asociados a la manifestación de conductas tanto de naturaleza internalizante como externalizante de los menores (e.g., Ge, Best, Conger y Simons, 1996). Los resultados son consistentes en estudios internacionales y nacionales. Así, en nuestro contexto más cercano, Oliva, Parra y Sánchez (2002) encuentran pocos problemas emocionales (autoestima y satisfacción vital) y conductuales (rendimiento escolar, consumo de drogas y alcohol) en menores cuyos progenitores hacen uso de este tipo de prácticas educativas; esta relación resulta especialmente relevante en el periodo de los 11 a los 15 años. En otro trabajo, García y colaboradores (2011) observan que las estrategias educativas positivas (afecto y disciplina

inductiva) se relacionan negativamente con la aparición de problemas externalizantes tanto en chicos como en chicas.

Las investigaciones que se han ocupado de estudiar los diferentes tipos de técnicas empleadas por los padres y las madres y su eficacia en la educación de los hijos y las hijas dan un reconocimiento especial al diálogo como estrategia positiva. El razonamiento verbal o el diálogo se asocia en numerosas ocasiones con un comportamiento más obediente de los menores (e.g, Pfiffner y O´Leary, 1989, cit. en Gámez-Guadix et al., 2010). Si bien es cierto que esta técnica disciplinaria inductiva se relaciona con un mejor ajuste en la adolescencia, algunos autores señalan que los efectos del diálogo están sujetos a la forma en la que es utilizado. Así, Musitu, Román y Gutiérrez (1996) en una de sus revisiones sobre el tema apuntan que las técnicas de inducción resultan ser eficaces cuando se acompañan de otras cuestiones, por ejemplo, cuando además los progenitores hacen hincapié en los efectos que tiene la conducta sobre los demás y siempre que estén acompañadas de muestras parentales de afecto. Cabe destacar que algunas investigaciones no evidencian los efectos positivos del uso de la disciplina inductiva para determinados problemas de conducta (Sheehan y Watson, 2008). En líneas generales, el diálogo junto con el apoyo emocional supone el incentivo más efectivo para ayudar al menor en su desarrollo positivo. Por esta razón, resulta adecuado integrar en una misma dimensión ambos componentes.

Se han dado distintas explicaciones para argumentar el efecto positivo de la dimensión aceptación/implicación parental sobre el ajuste en la adolescencia. Las más importantes tienen que ver con el tipo de ambiente familiar que favorecen estas prácticas. En este sentido, algunos autores indican que las muestras de implicación y aceptación por parte de los padres y las madres favorecen un clima familiar caracterizado por el afecto y la cercanía emocional entre los miembros del hogar que, a su vez, *potencia la comunicación intrafamiliar* y, por lo tanto, la auto-revelación de los menores. Un ambiente familiar de estas características se relaciona con un menor número de problemas conductuales en los hijos y las hijas (Fletcher, Steinberg y Williams-Wheeler, 2004).

En consonancia con lo anterior, la aceptación/implicación parental parece *proporcionar a los menores el apoyo emocional* requerido para que éstos acudan a su padre o madre en caso de necesidad y no a otros agentes externos a la familia. Además, Musitu y colaboradores (1996) apuntan que cuando los progenitores adoptan una postura indiferente con sus hijos e hijas, los menores tienden a desarrollar un comportamiento más agresivo como respuesta a la continua frustración de no ver atendidas sus necesidades de dependencia.

Por otro lado, Musitu y otros (1999) argumentan que este patrón de actuación parental propicia que los hijos e hijas adolescentes establezcan con sus madres y padres un vínculo afectivo que les hace *más sensibles y receptivos a la influencia de la familia*. Cuando existe complicidad, todo lo que los progenitores representan, sus valores y conductas, son más atractivos para el adolescente, lo que aumenta su poder de influencia, disminuyendo la posible implicación del adolescente en conductas problemáticas. No obstante, si la actitud de los progenitores es de indiferencia, puede favorecer que los menores se acerquen a grupos de iguales problemáticos, incrementando sus probabilidades de desarrollar conductas disruptivas (Durbin, Darling, Steinberg y Brown, 1993; Laible y Carlo, 2004; Stice y Barrera, 1995). Por lo

tanto, el uso de este tipo de estrategias parentales aporta seguridad y madurez psicosocial que protegen al adolescente frente al consumo de drogas o la conducta antisocial (Parra y Oliva, 2006).

Desde las teorías comportamentales del aprendizaje, la práctica del *reforzamiento positivo* ante el buen comportamiento del menor se ha relacionado en numerosas ocasiones con un aumento significativo de las conductas positivas. Esta asociación se ha explicado siguiendo los principios del condicionamiento operante de Skinner (Olivares, Rosa y Olivares, 2006). Por otra parte, la teoría del moldeamiento social apunta que la implicación de los progenitores puede dar lugar a la *identificación de los menores con sus progenitores* (Hirschi, 1969; Jacob y Leornard, 1991), lo cual promueve la interiorización de costumbres parentales y sociales.

Por último, y de forma más específica, la asociación negativa entre el diálogo y las conductas desadaptativas de los adolescentes se argumenta a dos niveles diferentes, complementarios entre sí: a nivel cognitivo, se entiende que el uso del diálogo para razonar las consecuencias negativas de un comportamiento desajustado hace que los menores entiendan que ellos son la causa del malestar ocasionado, evaluando de manera crítica su actuación, es decir, *promoviendo el autocontrol conductual* (Amoto, 1989, cit. en Henry, Robinson, Neal y Huey, 2006); y a nivel social, se defiende que la utilización de este método incrementa las habilidades de los menores para responder de forma empática con sus iguales. Desde la teoría afectivo-comportamental, el diálogo favorece la *interiorización de las normas* en compañía de sentimientos de empatía y sensibilidad interpersonal que, a su vez, se asocian con los comportamientos prosociales en los adolescentes (veáse Cummings et al., 2000).

No obstante, a pesar de que la mayoría de las investigaciones resaltan el papel protector de las estrategias parentales de aceptación e implicación, se encuentran algunas discrepancias empíricas al respecto; así, algunos estudios no evidencian tal relación con los problemas externalizantes (e.g., Gaertner, Fite y Colder, 2010) o con los de internalización (e.g., Gray y Steinberg, 1999; Parra y Oliva, 2006). Como explicación a estos resultados se ha argumentando que, aunque estas prácticas educativas pueden ejercer una influencia directa en el comportamiento de los chicos y las chicas, esta relación puede estar mediada o moderada por otras variables (ver Grant et al., 2006). Por ejemplo, el trabajo de García y colaboradores (2011) señala que el uso de estrategias educativas inductivas puede incluso acarrear efectos negativos en el desarrollo de los menores, específicamente en el caso de las chicas adolescentes. Estos autores argumentan que la mayor experimentación de culpa en las chicas puede estar producida por la disciplina inductiva de la madre que, a su vez, puede llegar incluso a predecir problemas internalizantes como ansiedad o depresión.

Cabe indicar que los efectos positivos de las prácticas educativas relacionadas con esta dimensión son menos evidentes para los problemas de conducta internalizante que para los externalizantes (e.g., Parra y Oliva, 2006; Gerard y Buehler, 1999). Parra y Oliva (2006) ofrecen dos explicaciones, distintas pero complementarias, acerca de por qué la aceptación/implicación parental puede no desempeñar esta función protectora para el ajuste interno en la adolescencia. Por un lado, debido a la importancia que cobran otros contextos de socialización a la hora de explicar el bienestar emocional de los adolescentes. Durante la adolescencia la influencia de otros contextos extra-familiares adquieren una importancia que

años atrás no existía; así, el grupo de iguales, las relaciones de pareja y el contexto escolar son entornos muy influyentes para el estado emocional en estas edades, tanto así que suelen llegar a asumir funciones que durante la infancia eran responsabilidad exclusiva de la familia. La relación con los iguales ha sido una de las más estudiadas en la literatura. Prueba de ello es el estudio longitudinal de Gaertner, Fite y Colder (2010) en el que los autores encuentran que la calidad de las relaciones con los iguales modera la relación entre las actuaciones parentales positivas (reforzamiento positivo de los progenitores ante el buen comportamiento de los adolescentes) y los problemas internalizantes; sin embargo, este efecto moderador no se produce en la relación con los problemas externalizantes. Así, cuando la calidad de las relaciones con los iguales es alta, las prácticas parentales positivas no se relacionan con la sintomatología internalizante. Sin embargo, cuando la calidad es baja, las puntuaciones inferiores en prácticas positivas se asocian con problemas internalizantes en los menores. Por otro lado, otros autores resaltan la influencia de los factores genéticos en los problemas de internalización, especialmente en esta etapa, en la que la heredabilidad de este tipo de factores resultar ser mayor (Pike, McGuire, Hetherington, Reiss y Plomin, 1996, cit. en Parra y Oliva, 2006).

Si la importancia de la aceptación/implicación parental ha sido empíricamente demostrada entre la población comunitaria, también existen argumentos que destacan su importancia en situaciones de riesgo psicosocial. Los efectos de estas actuaciones educativas en las ***familias en situación de riesgo*** parecen adoptar un papel protagonista en el desarrollo de los menores debido a su función altamente protectora. Como se ha comentado anteriormente, estos menores se ven obligados a enfrentarse a una serie de dificultades que les hacen más vulnerables a la desadaptación. En este sentido, Musitu y colaboradores (1998) indican que el apoyo y la comunicación familiar son elementos especialmente necesarios para que el chico o la chica adolescente afronte satisfactoriamente las experiencias más estresantes y protejan al menor de posibles problemas emocionales. Su importancia ha llevado a que existan programas específicos de educación parental para familias en situación de riesgo (Hidalgo et al., 2011; Rodrigo, Martín et al., 2000) y a que se evalúe la eficacia y efectividad de otras intervenciones bien conocidas con esta población (Akai, Guttentag, Baggett y Noria, 2008; Nicholson, Anderson, Fox y Brenner, 2002).

La función protectora en situaciones de adversidad de unas prácticas educativas afectivas y dialogantes se demuestra en distintas investigaciones. Grant y colegas (2006), por ejemplo, revisan 28 estudios con objeto de examinar el papel moderador de distintas características familiares entre las que se hallan las prácticas educativas familiares. Entre sus hallazgos se encuentran que, en la relación entre acumulación de sucesos estresantes y bienestar infanto-juvenil, tales características familiares muestran un efecto protector en el 61% de los casos frente al 39% que no informa de tal beneficio. En un sentido similar apunta el trabajo del equipo de Ackerman (Ackerman, Kogos, Youngstrom, Schoff y Izard, 1999) con familias en desventaja económica; estos autores observan que la relación entre inestabilidad familiar (acumulación de eventos familiares disruptivos) y problemas internalizantes y externalizantes en la adolescencia está mediada por dificultades parentales relacionas con la dimensión aceptación/implicación parental. De forma similar, un estudio desarrollado con adolescentes afro-americanos evidencia que la relación positiva encontrada entre prácticas relacionadas con

esta dimensión de socialización y el rendimiento académico se mantiene, independientemente de la percepción de riesgo del vecindario, resultado que destaca la función protectora de estas actuaciones educativas (Gonzales, Cauce, Friedman y Mason, 1996).

En nuestro contexto más cercano, se dispone de evidencias que destacan los beneficios de la implicación y aceptación parental en el ajuste de menores que crecen en ambientes con muchos sucesos estresantes. En este sentido, el estudio longitudinal de Oliva y colaboradores (2009) destaca la importancia del constructo denominado calidad de las relaciones familiares (compuesto por indicadores como cohesión familiar, afecto, monitorización y comunicación familiar) en la relación entre acumulación de circunstancias estresantes y problemas de ajuste adolescente. Los análisis estadísticos del estudio muestran el papel moderador del constructo, de tal modo que las relaciones familiares positivas amortiguan los efectos negativos de la concentración de sucesos vitales estresantes sobre los problemas externalizantes, algo que no sucede cuando estas interacciones son de una calidad media o baja. Cabe destacar que la función moderadora del constructo no se observa con los problemas internalizantes de los adolescentes.

Esta dimensión demuestra también estar relacionada con comportamientos resilientes en la adolescencia. En esta línea, Masten y colaboradores (1999), en su estudio longitudinal, clasifican a los adolescentes de su muestra en tres grupos de acuerdo a la acumulación de sucesos estresantes y puntuaciones de competencia personal. Los resultados indican que los adolescentes catalogados como desadaptados (menores con baja competencia social, académica y conductual y alta frecuenca de eventos vitales estresantes) disponen de menos recursos psicosociales, presentan un bajo funcionamiento intelectual y cuentan con prácticas educativas de mala calidad, en comparación con los chicos y las chicas considerados competentes/adaptados (alta competencia y baja frecuencia de sucesos estresantes) y resilientes (alta competencia y alta frecuencia de sucesos estresantes).

Otro estudio que evidencia esta relación es el desarrollado en Lima por Bulnes y otros (2008). Estos autores resaltan la importancia que tienen las prácticas de socialización parental en el desarrollo de las conductas resilientes de los hijos y las hijas, evidenciándose que tales comportamientos resilientes sobresalen en los adolescentes cuyos progenitores se implican, expresan cariño cuando se comportan de forma correcta (afecto), y utilizan el razonamiento frente a una actuación inadecuada del menor (diálogo). Este ambiente familiar resulta positivo para el ajuste adolescente, ya que según estos autores incrementa su autoestima, favorece la realización, la autonomía personal y la formación de conductas de disciplina y orden. En definitiva, hay suficiente evidencia empírica acerca de cómo una disciplina inductiva y de apoyo pone de manifiesto la sensibilidad de los progenitores a las necesidades evolutivo-educativas de sus menores, que su implicación en el rol parental propicia que sus hijos e hijas se sientan más seguros consigo mismos y acepten en mayor medida las sugerencias de los adultos (Chen et al., 2003), es decir, se vuelven más fuertes ante la adversidad.

En consonancia con algo que ya se comentaba, parece que en los contextos familiares en riesgo esta dimensión también explica en mayor medida los problemas externalizantes que los internalizantes. Si bien es cierto que la aceptación/implicación parental ha demostrado guardar relación con ambos tipos de problemas, todos los estudios no han encontrado tal

asociación. Así, un estudio desarrollado con adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial indica que, si se controla la comorbilidad entre ambos comportamientos desajustados, esta dimensión explica la aparición de los problemas externalizantes pero no de los internalizantes. En este estudio, estos últimos fueron explicados por la experimentación de estrés psicosocial (Lorence et al., 2013).

En resumen, que los adolescentes crezcan en familias donde los padres y las madres están involucrados emocionalmente, respondan a las necesidades de sus hijos e hijas, utilicen estrategias de control inductivas y estén interesados en sus vidas previene la aparición de problemas de conducta. Los datos disponibles indican resultados similares cuando se analizan los efectos de la dimensión referida a la aceptación/implicación parental en ambientes familiares favorables y desfavorecidos. Esta relación es más evidente para los problemas externalizantes y menos clara para los internalizantes.

1.4.1.2. Coerción/imposición.

Si los resultados relacionados con la aceptación/implicación han sido mayoritariamente consistentes en la literatura revisada, los efectos de la coerción (no entendida en términos de abuso o maltrato) son controvertidos por dos razones: (a) por un lado, como ya se ha indicado, los datos en torno a esta dimensión no son concluyentes debido a que los hallazgos difieren en función de la operacionalización del constructo (Eisenberg, Chang, Ma y Huang, 2009); (b) por otro lado, los estudios que examinan los efectos de estas prácticas educativas en la adolescencia son minoritarios en comparación con los de infancia, y la evidencia empírica es aún más escasa si se habla de situaciones de riesgo psicosocial.

Algunos autores comentan que este tipo de técnicas pueden resultar efectivas a corto plazo para suprimir la conducta inadecuada del adolescente. Sin embargo, estas estrategias que, aparentemente, suelen ser más útiles que el diálogo y el reforzamiento, están asociadas a tal impacto emocional que pueden ocasionar el resentimiento en los hijos y las hijas hacia los progenitores, favoreciendo la aparición de comportamientos negativos e indeseables en el menor a medio-largo plazo (Gershoff, 2002). Así, un estilo de crianza coercitivo, hostil, severo y crítico se asocia en la adolescencia a un riesgo sustancialmente mayor de problemas internalizantes (e.g., García et al., 2011; Ge et al., 1996; Gershoff 2002; McLoyd, Jayaratne, Ceballo y Borquez, 1994) y externalizantes (e.g., García et al., 2011; Ge et al., 1996; Gershoff 2002; Patterson, 2002; Peiser y Heaven, 1996; Rutter et al., 2000; Sheehan y Watson, 2008; Sampson y Laub, 1993). A modo de ejemplo, un estudio desarrollado con 141 adolescentes comunitarios con problemas escolares demuestra que los menores que están expuestos a una disciplina parental coercitiva y restrictiva presentan más riesgo de padecer tanto dificultades a nivel interno como externo y, además, son menos propensos a relaciones estrechas y afectuosas con los adultos responsables de su educación (Bender et al., 2007).

De todas las prácticas coercitivas analizadas, el castigo físico parece ser la que se asocia a resultados más desfavorecedores para el bienestar infantil y adolescente. En esta línea, Gershoff (2002) llevó a cabo un meta-análisis que aporta evidencias de la relación entre el empleo de esta práctica y la adopción de comportamientos indeseables por parte de los hijos y las hijas tanto de naturaleza internalizante como externalizante. A modo de ejemplo, una

investigación desarrollada por Turner y Finkelhor (1996) con 1042 menores de edades comprendidas entre los 10 a 16 años encuentra que la coerción, especialmente el castigo físico, representa una amenaza para los jóvenes, contribuyendo al incremento del estrés psicológico y la depresión, sobre todo del primero. Asimismo, Straus y Kaufman-Kantor (1994) observan que el uso reiterado del castigo físico en los años adolescentes está especialmente asociado al consumo de alcohol, síntomas depresivos y pensamientos suicidas. En el estudio de Straus (2001) también se aportan resultados de estudios prospectivos que evidencian las consecuencias negativas a largo plazo del uso del castigo físico para el desarrollo de los menores. Por lo tanto, y tal como señala un equipo de investigadores del Centro de estudios de la infancia de la Universidad de Otago, el castigo físico se debe evitar como herramienta disciplinaria familiar, debido al riesgo asociado a su uso, y porque no ha demostrado ser eficaz para el cumplimiento de normas (Smith, Gollop, Taylor y Marshall, 2004).

A pesar del consenso respecto a los efectos negativos del uso de la disciplina física, algunos autores indican que este tipo de castigo puede resultar un medio efectivo para controlar la conducta de los hijos y las hijas cuando se cumplen una serie de condiciones: a) que no sea severo y ocurra inmediatamente después de la conducta indeseada; b) que se aplique de forma consistente; y, c) que vaya acompañado de indicaciones de las conductas que serían las más apropiadas en ese momento y situación (Aronfreed, 1968; Bernstein y Lamb, 1992). Cabe destacar que el cumplimiento de tales requisitos ha sido objeto de pocas investigaciones empíricas, por lo que no se pueden extraer conclusiones firmes al respecto.

Un acercamiento a los trabajos desarrollados en torno a las prácticas parentales coercitivas e impositivas pone de manifiesto que son muchas las investigaciones que tratan de explicar los procesos implicados en su relación con los comportamientos desadaptativos de los menores. Se han dado distintos argumentos para explicar las consecuencias negativas de la coerción/imposición en el ajuste adolescente, y a continuación se explican las más relevantes, según la revisión teórica realizada para este trabajo.

De todas las explicaciones dadas al respecto, una de las más extendidas es la teoría de Patterson (2002). Este autor, con su teoría de la *coerción cíclica*, propone que los actos coercitivos de los adultos tienden a suscitar reacciones coercitivas en los menores, y viceversa. Por lo tanto, señala que los intercambios coercitivos entre progenitores e hijos/as incrementan los niveles de agresión en todos los integrantes de la familia. Similarmente, desde la teoría del *aprendizaje social,* Campbell, Shaw y Gilliom (2000) sugieren que los menores criados en contextos hostiles aprenden que la agresión es una estrategia aceptable para hacer frente a los problemas, por lo que será más probable que usen la agresión en conflictos futuros con otras personas.

Por otra parte, Gershoff (2002) explica la relación entre la coerción física y los problemas de externalización argumentando que este tipo de disciplina podría estar sesgando la manera en la que los menores *procesan la información* proveniente de su relación con otros iguales. De tal manera que aquellos menores que reciben una disciplina impositiva por parte de los adultos están más atentos a las señales de hostilidad, incluso atribuyendo a los comportamientos de otros intenciones hostiles, lo que incrementa las posibilidad de comportarse de una forma más agresiva en sus relaciones interpersonales.

Otras argumentaciones destacan las repercusiones negativas que este tipo de actuaciones parentales tienen sobre el clima familiar. Así, la *teoría del control social* propone que este tipo de prácticas deteriora las relaciones paterno-filiares, lo que genera a su vez que descienda la motivación del menor por interiorizar los valores de los progenitores y de la sociedad (Hirschi, 1969, cit. en Gershoff, 2002). En consonancia con esta argumentación, Cummings y colaboradores (2000), desde la *teoría afectivo-motivacional*, argumentan que así como es posible que en un primer momento los hijos y las hijas motivados por el miedo pueden tender a cumplir con las órdenes dadas por sus progenitores, posteriormente van a tener dificultades para internalizar el mensaje moral y aceptar las normas. Los sentimientos negativos que acompañan la disciplina coercitiva, principalmente el castigo físico, pueden generar que el menor no entienda el mensaje que esconde la actuación de los adultos y ni siquiera tenga en cuenta las consecuencias de un mal comportamiento. Por tanto, con el tiempo, la acumulación de hostilidad y agresividad va a desencadenar que los menores rechacen las normas dictadas por la sociedad y los adultos que son responsables de su educación, trasgrediendo los límites comportamentales.

Por último, estudios como el de Hasebe, Nucci y Nucci (2004) validan la hipótesis de que el control de los progenitores se relaciona con dificultades en los menores cuando éste se ejerce sobre *aspectos del ámbito personal de los adolescentes*, no tanto cuando se aplica sobre cuestiones convencionales. Estos resultados son consistentes con los hallados por Smetana y Daddis (2002) o Barber (1996). Según los datos de conflictividad familiar existentes, la evidencia parece indicar que esta diferenciación entre lo personal y lo convencional se debe a que el primero ámbito es considerado por los adolescentes de su propia jurisdicción, el segundo ellos no lo consideran así y están más sujetos a la autoridad parental. Esta argumentación podría explicar el por qué algunos estudios han evidenciado que el control parental ejercido ante situaciones familiares convencionales acarrea menos problemas que aquel ejercido sobre el ámbito personal del adolescente.

Del mismo modo que ocurre con la aceptación/implicación parental, existen discrepancias empíricas o diversidad de opiniones cuando se analiza si la predicción de la coerción/imposición parental es la misma para los problemas internalizantes que para los externalizantes. En este sentido, Mckee y otros (Mckee, Colletti, Rakow, Jones y Forehand, 2008) ponen de manifiesto en su revisión la existencia de estudios que evidencian una asociación más fuerte de este tipo de comportamientos parentales con las conductas externalizantes que con las internalizantes. Cabe indicar que estos autores no extraen conclusiones firmes al respecto debido a la falta de estudios específicos que analicen este aspecto.

Por otra parte, así como los efectos negativos de esta dimensión son evidentes entre la población comunitaria, las consecuencias de su empleo en ***familias en situación de riesgo*** no son tan claras. Así, existen opiniones diferentes y hasta contradictorias entre los investigadores.

Por un lado, algunos autores afirman que los métodos coercitivos en la educación parental están asociados a comportamientos desadaptativos en todo tipo de poblaciones de riesgo (Iglesia y Romero, 2009; Steinberg, Blatt-Eisengart y Cauffman, 2006). El estudio de Shumow y

colaboradores (1998) demuestra que el uso de estrategias educativas parentales coercitivas se relaciona con peores indicadores de ajuste escolar en familias con problemas económicos. Igualmente, Becker y colegas (1959, cit. Pichardo, Fernández, Amezcua, 2002) apoyan la teoría de que aquellos progenitores que descargan sus emociones de manera descontrolada suelen tener hijos e hijas que se comportan de forma impulsiva y agresiva en el trato con sus iguales.

Estos resultados son más evidentes cuando se analiza el castigo físico como técnica socializadora. En este sentido, Bulnes y colaboradores (2008) observan que las prácticas de socialización parental en las que sobresale el uso del castigo físico limitan el desarrollo y fortalecimiento de conductas resilientes en la adolescencia, incluso fomentan el desarrollo de problemas emocionales en los hijos y las hijas como inseguridad, baja autoestima, ambivalencias, dudas permanentes, depresión u otros. Cabe destacar que estas relaciones no son observadas con la privación o la coerción verbal. Scaramella y colegas (2008) evidencian también esta relación con los problemas externalizantes en un grupo de jóvenes que provienen de familias con dificultades económicas.

Por otro lado, algunas investigaciones señalan que los métodos coercitivos no tienen por qué funcionar de la misma forma en familias que se enfrentan a muchas circunstancias adversas y en otras que viven en condiciones más favorables. Así, algunos investigadores evidencian diferencias, con respecto a otras familias normativas, en la asociación entre socialización parental y problemas de conducta cuando se analizan entornos que provienen de un estatus socioeconómico diferente (McLoyd, 1990). Otros autores observan que el incremento de restricción y coerción parental se asocia a un menor deterioro en el ajuste de los menores que crecen en comunidades de alto riesgo, una relación que se torna positiva al estudiar los entornos de bajo riesgo (Baldwin et al., 1990; Gonzales et al., 1996). En esta línea, el trabajo de Furstenberg (Furstenberg, Cook, Eccles, Elder y Sameroff, 1999) apunta que el autoritarismo parental puede llegar a ser adaptativo para menores que viven en situaciones familiares complicadas, argumentando que las prácticas coercitivas pueden favorecer el control y la protección de los chicos y las chicas a la exposición de experiencias potencialmente peligrosas para su desarrollo.

Por último, hay trabajos que evidencian que la función de la disciplina coercitiva en relación al ajuste adolescente está sujeta al tipo de problemas que se analicen y a su condición de riesgo. Un estudio con jóvenes inmigrantes, muestra que las estrategias parentales coercitivas predicen los problemas externalizantes en los menores independientemente del nivel socioeconómico de la familia. No obstante, el papel que este tipo de prácticas educativas desempeña en la explicación de los problemas internalizantes parece depender del nivel de riesgo de la familia. Asimismo, la coerción parental se relaciona positivamente con las dificultades emocionales cuando la situación familiar socioeconómica es favorable, pero tal relación desaparece en hogares con problemas económicos importantes (Stevens, Vollebergh, Pels y Crijnen, 2007).

En esta línea, un estudio desarrollado con menores de familias usuarias de Servicios de preservación familiar, observa que el papel de la coerción/imposición parental sobre los problemas internalizantes desaparece cuando se consideran otros indicadores (Lorence et al., 2013). En concreto, este estudio evidencia la influencia que el estrés psicosocial ejerce sobre

este tipo de comportamientos, por encima de las prácticas educativas coercitivas y restrictivas desarrolladas por la madre. Esto no ocurría en el caso de los problemas externalizantes, los cuales mantenían una relación con este tipo de estrategias educativas, independientemente de que los indicadores de estrés psicosocial estuvieran presentes en el modelo de regresión. Cabe destacar que la asociación que se produjo entre coerción/imposición parental y dificultades de conducta externalizantes fue negativa.

Al hilo de los últimos resultados, algunos estudios encuentran que los efectos de las prácticas educativas coercitivas e impositivas pueden resultar también positivos en determinados contextos socio-culturales (Deater-Deckard y Dodge, 1997). Por ello, la perspectiva de la relatividad cultural destaca la importancia de estudiar la relación entre socialización parental y ajuste psicosocial atendiendo a las características y peculiaridades del contexto socio-cultural que se investiga. En esta línea, se presentan los datos de un estudio estadunidense con una amplia muestra de adolescentes de diferentes entornos culturales (Lansford, Deater-Deckard, Dodge, Bates y Pettit, 2004). En primer lugar, los resultados de esta investigación indican que las madres afroamericanas hacen un mayor uso del castigo físico que las europea-americanas, y precisamente el efecto que ejerce esta estrategia en el desarrollo de los menores no es el mismo en unas que en otras. Asimismo, el uso de la disciplina física por parte de los progenitores en los primeros años de vida y durante la adolescencia está asociado a niveles altos de problemas externalizantes para los menores europeo-americanos pero a niveles bajos para los afroamericanos. Estos resultados, además, fueron consistentes para niños y niñas después de controlar el estatus parental, el estatus socioeconómico y el temperamento infantil. Cabe destacar, no obstante, que no todos los estudios transculturales evidencian tales resultados (Aucoin, Frick, y Bodin, 2006).

Los resultados de los estudios transculturales que presentan a las estrategias coercitivas impositivas como elementos positivos para el desarrollo de los menores pueden ser explicados de dos maneras: por un lado, el estrés elevado o preocupación excesiva de los padres y las madres afro-americanos porque sus hijos e hijas se involucren en problemas o en una situación peligrosa acarrea un mayor uso de esta práctica, permitiendo controlar en mayor medida el entorno que rodea a los menores (Pinderhughes et al., 2000); por otro lado, algunos autores justifican el uso del castigo físico en este tipo de contextos alegando la aceptación social del mismo, no estando asociado a tintes coercitivos sino más bien como muestra de la preocupación parental (Gunnoe y Mariner, 1997). Por ello, algunos autores argumentan que las consecuencias de esta disciplina van a depender de la interpretación que los menores hagan de las conductas parentales (Musitu et al., 2010). Cabe destacar que en los últimos años muchas investigaciones han centrado su estudio en este enfoque de análisis, aportando resultados muy interesantes al respecto (e.g., Chao, 1994; Dwairy y Achoui, 2010; Rudy y Grusec, 2001).

En síntesis, hasta ahora las investigaciones han destinado sus esfuerzos a analizar el papel de la coerción y la imposición parental en familias comunitarias y los resultados al respecto parecen ser bastante consistentes en casi todos los sentidos. Así, se habla de que, generalmente, las consecuencias de este tipo de prácticas por sí solas propician la aparición de problemas de ajuste en los adolescentes. No obstante, los efectos de estas estrategias

educativas no son tan claros en situaciones familiares adversas, existiendo opiniones encontradas entre los investigadores. Por lo tanto, la evidencia empírica disponible destaca la necesidad de seguir estudiando la función que cumple la coerción/imposición parental en menores que crecen en situaciones familiares consideradas de riesgo.

Para finalizar, cabe recordar que desde la perspectiva dimensional de los procesos de socialización parental se han considerado la aceptación y la coerción como aspectos muy importantes que hay que tomar en cuenta para evaluar la incidencia que tienen las pautas educativas parentales en el desarrollo adolescente. En cuanto a la predicción de los problemas internalizantes y externalizantes, hay que resaltar que la mayoría de los estudios con población comunitaria han destacado los efectos positivos de las prácticas de aceptación/implicación frente a los negativos de las de coerción/ imposición. Si bien es cierto que esta revisión teórica muestra la importancia que juegan las prácticas de socialización parental en los problemas de conducta, algunos estudios encuentran que los problemas externalizantes son en mayor medida predichos por las prácticas educativas de los progenitores que los internalizantes (Reitz, Dekovic y Meijer, 2006; García et al., 2011). Son escasas las investigaciones realizadas con adolescentes de familias en situación de riesgo; no obstante, los resultados disponibles son coincidentes con los comunitarios respecto a los efectos positivos de las prácticas de aceptación/implicación parental sobre el ajuste adolescente, no se puede decir lo mismo de las coercitivas e impositivas para las cuales se han evidenciado datos contradictorios.

1.4.2. Análisis tipológico.

Hasta ahora se ha llevado a cabo un análisis independiente de cada una de las dimensiones de socialización parental; sin embargo, han sido muchas las investigaciones que realizan un tratamiento tipológico de la socialización parental, buscando los efectos en el ajuste personal que generan las prácticas educativas parentales cuando éstas interaccionan entre sí. Como se ha comentado anteriormente, los estilos de socialización resumen una forma de relación que tiene una función fundamentalmente heurística, en el sentido de que aglutinan las conductas más frecuentes de los progenitores en la educación de los menores. Como todas las tipologías, ésta debe ser considerada una simplificación de la realidad, pues nunca se dan tipos puros, pero parece haber una consistencia interna y una coherencia en la actuación parental que permite hablar de determinados estilos de socialización predominantes. La predominancia de un estilo educativo parental determinado está asociada a indicadores de ajuste en los menores. A continuación, sin hacer un análisis pormenorizado, se presentan las conclusiones más destacadas de la revisión realizada para este trabajo.

Hace más de cinco décadas, Baldwin ya indicaba que cuando la actitud de los progenitores se basa en el afecto y la comunicación el comportamiento del menor suele ser socialmente aceptable, cooperativo, amistoso, leal, estable desde el punto de vista emocional y alegre. En este sentido, y atendiendo al enfoque tipológico de la socialización parental de Musitu y García (2001), en población comunitaria los estilos parentales caracterizados por puntuaciones altas en la dimensión de aceptación/implicación parental se asocian a indicadores positivos de ajuste (autorizativo —alta aceptación/imposición y alta coerción/imposición— e indulgente —alta aceptación/imposición y baja coerción/imposición—), mientras que aquellos con

puntuaciones bajas se asocian en mayor medida a conductas desadaptativas en los menores (autoritario —baja aceptación/imposición y alta coerción/imposición— e indiferente —baja aceptación/imposición y baja coerción/imposición—).

Si bien es cierto que, en general, se destaca el papel positivo del estilo autorizativo frente al indulgente (e.g., Lamborn et al., 1991; Maccoby y Martín, 1983; Steinberg et al., 1994), investigaciones recientes basadas en la propuesta de Musitu y García (2001) muestran efectos más favorables para éste último. Así, García y Gracia (2010), en un reciente estudio nacional con una muestra de 1416 adolescentes, afirman que el estilo indulgente genera resultados iguales e incluso más beneficiosos para el ajuste psicológico de chicos y chicas españoles que el autorizativo. Por tanto, en la actualidad existen opiniones contrarias a la hora de determinar cuál de los dos estilos socializadores, el autorizativo o el indulgente, resulta más positivo para los adolescentes españoles. No obstante, las discrepancias observadas puede que se deban no tanto a los efectos de los estilos en sí mismos sino a algo que ya se comentaba anteriormente, la falta de conceptualización existente en torno a la dimensión del control parental. Oliva (2006) indica que los estudios que evalúan la socialización parental utilizando el instrumento de Musitu y García (2001), como es el caso de la investigación desarrollada por García y Gracia (2010), generan resultados más positivos para el estilo indulgente que para el resto. Este autor argumenta que los resultados de estudios que siguen la propuesta de Musitu y García difieren de otros en los contenidos que engloba la dimensión de control. De tal manera que, así como la dimensión de control parental de estudios más tradicionales comprende principalmente estrategias educativas inductivas, como son el razonamiento y el diálogo, este modelo propone un control coercitivo e impositivo. Esta argumentación podría explicar también los resultados del estudio de Martínez y otros (2007), los cuales muestran que los adolescentes brasileños de familias indulgentes presentan puntuaciones iguales o superiores en las diferentes dimensiones de autoestima que los de familias autorizativas. Así pues, la falta de consistencia conceptual en torno a la dimensión de control parental puede ser la causa que explique la supremacía de los efectos positivos del estilo indulgente frente al autorizativo en estas investigaciones.

Referente a la coerción/imposición, los dos estilos socializadores caracterizados por disponer de altas puntuaciones en esta dimensión (autorizativo y autoritario) presentan resultados disonantes con respecto a sus efectos en el ajuste adolescente. Así, el autorizativo se asocia en población comunitaria con criterios de adaptación más convenientes que el estilo autoritario (e.g., Gracia y García, 2010; Martínez y García, 2008; Martínez et al., 2007; Musitu y García, 2004). Puesto que los progenitores que se caracterizan por alguno de estos dos estilos son similares en cuanto al uso de prácticas coercitivas, las diferencias en ajuste pueden atribuirse a sus diferencias en aceptación/implicación. Así, precisamente las puntuaciones bajas en aceptación —autoritario—se asocian a indicadores más negativos. Por otra parte, si se pone en comparación el estilo indulgente y el indiferente, ambos caracterizados por el uso escaso de prácticas coercitivas e impositivas, los resultados muestran dos estilos completamente opuestos en cuanto a sus repercusiones en el desarrollo infanto-juvenil. Así, mientras que los menores de progenitores indulgentes presentan uno de los perfiles psicosociales más ajustado de la tipología, los de padres y madres indiferentes son los que

muestran una mayor problemática conductual (e.g., Gracia y García, 2010; Martínez, Musitu, García y Camino, 2003).

De todos los estilos mencionados, existe un consenso generalizado en señalar el indiferente como el estilo más desfavorecedor para el desarrollo adolescente. Esta conclusión es coincidente para estudios comunitarios y en situación de riesgo psicosocial. Los padres y madres indiferentes tienden a ignorar la conducta de sus hijos e hijas, no ofrecen ningún tipo de apoyo cuando los menores se enfrentan a situaciones estresantes, otorgan demasiada independencia y responsabilidad a los jóvenes y apenas supervisan su conducta, dialogan poco con ellos, son poco afectivos, no atienden apenas sus necesidades y comportamiento, y tienen dificultades para relacionarse con ellos (Musitu y García, 2001). Tanto es así que, en casos extremos, este estilo puede constituir una forma de maltato, la negligencia, cuando las necesidades básicas del menor (alimentación, higiene, protección, etc.) son desatendidas (Arruabarrena y De Paúl, 1994).

En definitiva, en base a la propuesta teórica de Musitu y García (2001) se pone de manifiesto que el estilo indulgente es, en general, el más positivo para el ajuste adolescente, seguido del autorizativo, el autoritario y el indiferente. Partiendo de la tipología propuesta, Musitu y Cava (2001) ofrecen una síntesis de los efectos en el hijo e hija atendiendo a distintos aspectos del ajuste psicosocial de los cuatro estilos socializadores.

Figura 13. Efectos en los hijos de los distintos estilos parentales de socialización (Musitu y Cava, 2001, p.131).

ESTILOS DE SOCIALIZACIÓN	CARACTERÍSTICAS DE LOS HIJOS E HIJAS
AUTORIZATIVO	Interiorizan y acatan las normas sociales Son respetuosos con los valores humanos y de la naturaleza Son hábiles socialmente Tienen elevado autocontrol y autoconfianza Son competentes académicamente Tienen un buen ajuste psicosocial Tienen un elevado autoconcepto familiar y académico
AUTORITARIO	Muestran cierto resentimiento hacia los padres Menor autoestima familiar Se someten a las normas sociales sin interiorizarlas Manifiestan mayor predominio de valores hedonistas Muestras más problemas de ansiedad y depresión
INDULGENTE	Interiorizan y acatan las normas sociales Son respetuosos con los valores humanos y de la naturaleza Son hábiles socialmente Tienen buen ajuste psicosocial y adecuada autoconfianza Tienen un elevado autoconcepto familiar y académico
NEGLIGENTE	Son más testarudos y se implican en más discusiones Actúan impulsivamente y mienten más Más problemas de consumo de drogas y alcohol Bajo logro académico Tienen más problemas emocionales (miedo al abandono, falta de confianza en los demás, pensamientos suicidas, pobre autoestima, miedos irracionales, ansiedad y pobres habilidades sociales).

Nuevamente esta revisión pone de manifiesto que son los estilos autorizativos e indulgentes los que presentan consecuencias más beneficiosas para el ajuste adolescente, mientras que el autoritario se relaciona con problemas de internalización y el indiferente con dificultades tanto a nivel interno como externo (Ver Figura 13). Estos autores señalan que

estos efectos pueden estar mediatizados por características individuales de adultos y menores, del contexto y de la cultura en la que se desarrollan.

Con población comunitaria, Ge y colaboradores (1996) establecen tres grupos de adolescentes en función de los problemas de ajuste: 1) adolescentes con problemas internos y externos; 2) adolescentes con algún tipo de problemas de ajuste; 3) adolescentes sin desórdenes conductuales. Al relacionar esta tipología con las prácticas educativas, estos autores comprueban que los menores con problemas concurrentes son aquellos que presentan puntuaciones más bajas en estrategias propias de la dimensión aceptación/implicación parental, así como puntuaciones más altas en la que equivale a coerción (hostilidad). El grupo de adolescentes con algún tipo de dificultades presenta ambos niveles de actuación parental; y, por último, el grupo sin problemas se caracterizan por puntuaciones altas en prácticas de aceptación/implicación parental, pero baja en las de coerción/imposición. Por lo tanto, estos datos muestran la influencia positiva de las pautas de crianza de implicación, afecto y comunicación, y la negativa de otras consideradas más impositivas y restrictivas. En resumen, este estudio indica que así como el estilo autoritario se relaciona con problemas de conducta de todo tipo, el indulgente no se asocia a ninguno.

Hasta aquí se ha presentado una síntesis de las investigaciones realizadas con familias comunitarias, sin embargo no se dispone de estudios suficientes con adolescentes de **familias en situación de riesgo** como para extraer conclusiones acerca de los efectos de los estilos de socialización parental. No obstante, así como existe cierto consenso entre los investigadores en señalar que el estilo autorizativo e indulgente favorecen el desarrollo positivo adolescente, y que el estilo indiferente presenta unas consecuencias desfavorables para los menores, no se puede decir lo mismo con respecto al estilo autoritario. Como ya se comentó, algunos autores consideran que los métodos coercitivos no son favorecedores en ningún hogar, mientras que otros los consideran positivos en contextos en riesgo. Para explicar este último resultado se argumenta que, para las familias que viven en comunidades peligrosas, el estilo autoritario no resulta amenazante sino que más bien protege al menor del entorno en el que vive (Furstenberg et al., 1999). En consonancia con estos resultados está el estudio de Keegan (2001). En su investigación, este autor evalúa en qué medida las prácticas de crianza y las influencias ambientales median la relación entre pobreza y problemas de conducta antisocial en menores con edades comprendidas entre los 10 y 12 años de edad. En primer lugar, este autor evidencia que los problemas de comportamiento de los menores pobres no pueden ser atribuidos exclusivamente a las prácticas educativas parentales, sino que la presión de los iguales y las características del vecindario también deben ser indicadores considerados. En relación con las prácticas educativas, este estudio sugiere algo que ya anticipaba Luthar (1999), cuando el riesgo ambiental es alto un estilo autoritario puede resultar adaptativo, tanto es así que los análisis lo asocian a menos problemas de conducta antisocial.

Por otra parte, Steinberg y otros (2006) analizan la relación entre estilos educativos y determinados indicadores de ajuste con adolescentes problemáticos de familias en desventaja económica. Estos autores encuentran que, al igual que en muestras comunitarias, aquellos jóvenes que describen a sus progenitores como autorizativos presentan menos problemas externalizantes, mientras que los que los perciben como indiferentes son los que muestran

una mayor problemática. Por otra parte, aunque los adolescentes de entornos autoritarios o indulgentes presentan resultados de adaptación diversos, se aprecia que los primeros presentan un funcionamiento más adaptativo que los segundos. Cabe destacar que si bien es cierto que este estudio apoya la primacía del estilo autoritario frente al indulgente e indiferente, no lo hace frente al autorizativo. Por lo tanto, la conclusión que extraen estos autores no es tanto que el estilo autoritario favorezca el funcionamiento de los menores que crecen en contextos de riego, sino más bien que no resulta tan perjudicial para ellos.

En definitiva, como se desprende de todo lo que se acaba de exponer, desde el planteamiento teórico de Musitu y García han sido bastantes las investigaciones que apoyan la relevancia educativa que adquiere la aceptación/implicación parental, incluso por encima de la coerción/imposición, para el desarrollo positivo adolescente (Martínez y García, 2008; Martínez et al., 2007; Musitu y García, 2004).

1.4.3. Análisis integrador.

Existen pocas investigaciones que analicen la relación que la socialización parental mantiene con el ajuste adolescente atendiendo al enfoque integrador descrito en páginas anteriores, y menos aún en contextos familiares de riesgo. A continuación, se describen algunos de los encontrados en la revisión teórica y empírica de este trabajo y se exponen sus conclusiones más relevantes.

Algunos estudios indican que el efecto de la coerción puede estar en parte moderado por un ambiente familiar positivo en el cual reine el afecto, la comunicación y el diálogo (Bronte-Tinkew, Moore y Carrano, 2006; Larzelere, Schneider, Larson y Pike, 1996; Deater-Deckard, Ivy y Petrill, 2006). Así, la coerción resulta menos negativa para el desarrollo de los menores cuando los progenitores son afectuosos con sus hijos y están implicados en su educación. En este sentido McLoyd y Smith (2002), en su estudio longitudinal con 1039 menores de diferentes contextos culturales, encuentran que el castigo físico —que no el maltrato físico— se relaciona con los problemas de comportamiento a lo largo del tiempo solo cuando los niveles de apoyo parental son bajos, pero no son altos. Estos resultados se mantienen para las diferentes etnias de la muestra. En la misma línea, Aucoin y colaboradores (2006) evidencian una asociación más fuerte entre el castigo físico y los problemas de conducta en menores que no crecen en un ambiente familiar basado en el afecto y el apoyo.

No obstante, no todos los trabajos apoyan estos resultados. Así, un estudio holandés evidencia que el control resulta perjudicial para el ajuste adolescente, en concreto para la aparición de problemas externalizantes, incluso cuando el ambiente familiar que impera en el hogar es positivo (Keijsers, Frijns, Branje y Meeus, 2009). Como indican estos autores, sus datos no encajan con la hipótesis de Darling y Steinberg (1993). Así, en las familias con un clima familiar positivo donde los menores se sienten apoyados por su padre y su madre, los adolescentes pueden ser más propensos a interpretar el control parental como invasor de su intimidad, por lo que el chico o la chica se rebela actuando inadecuadamente (Stattin y Kerr, 2000). Los resultados del estudio de Turner y Finkelhor (1996) son consonantes con estos trabajos, e indican que un contexto armonioso y de apoyo puede afectar el sentido en el que los menores atribuyen los sentimientos negativos asociados al castigo, de manera que sea más

probable que atribuyan este castigo a sus fracasos y debilidades. Estos autores argumentan que es posible que la coerción (ellos se refieren al castigo físico) es más negativa para los menores si éstos últimos piensan que sus progenitores les pegan porque les aman a que es porque les odian. Por último, están los estudios que evidencian efectos negativos en el uso de la coerción independientemente del ambiente familiar. Así Gámez y Straus (2010), con estudiantes españoles universitarios, hallan que el uso del castigo físico con estos jóvenes cuando son preadolecentes es perjudicial para el comportamiento antisocial aunque esté desarrollado junto a un contexto parental positivo. Estos resultados sugieren que, aunque muchos padres y madres españoles emplean el control físico como una estrategia educativa, parece estar relacionado con consecuencias negativas a largo plazo con independencia del contexto familiar en el que sea usado.

Los resultados son poco clarificadores cuando se analiza el papel que desempeñan estrategias específicas coercitivas, por ejemplo el castigo, en combinación con otras de carácter inductivo, como son el diálogo y la comunicación. En este sentido, Gámez-Guadix y colaboradores (2010) plantean que la efectividad y el impacto de determinados métodos de disciplina punitiva podrían estar sustancialmente condicionados al empleo simultáneo de otras acciones disciplinarias.

La teoría atencional de Hoffman también hace propuestas sobre las consecuencias de la combinación de estas estrategias. Hoffman (1977, 1983, cit. en Larzelere y Merenda, 1994), el cual distingue tres tipos de respuestas disciplinarias —afirmación de poder, retirada de amor e inducción—, plantea que los dos primeros, en su forma leve, son considerados necesarios para conseguir la atención del menor al componente inductivo. Así, en el caso de que las madres y los padres hagan un uso excesivo de la afirmación del poder, los menores podrían ignorar el componente inductivo. Los trabajos desarrollados por este autor indican que tanto niveles bajos como medios de disciplina coercitiva (afirmación de poder) podrían resultar óptimos para la atención y retención de los mensajes inductivos ofrecidos por los padres y las madres. No obstante, es necesario puntualizar que a pesar del atractivo de la teoría atencional de Hoffman, pocas investigaciones han intentado verificarla empíricamente. De hecho, la revisión de Larzelere y Merenda (1994) no muestra ningún estudio que corrobore la hipótesis de que niveles intermedios de coerción parental son más favorecedores para la internalización moral que niveles bajos o altos.

En resumen, algunas investigaciones muestran que los efectos del control coercitivo están sujetos o dependen del uso de estrategias de aceptación /implicación parental que reine en el hogar, mientras que éstas últimas generan consecuencias positivas por sí solas y en todos los casos. Nuevamente, la revisión realizada pone de manifiesto la necesidad de desarrollar estudios específicos con población en riesgo ya que son pocos los encontrados que examinan este aspecto.

2. El clima familiar durante la adolescencia de los hijos e hijas.

La dimensión relacional del funcionamiento familiar no se entiende sin el análisis del clima o ambiente familiar. El clima familiar no es construido por los progenitores o por los menores en

exclusividad, sino que más bien es fruto de las interacciones producidas entre todos los miembros. No obstante, los adultos adquieren especial protagonismo en sus cimientos por ser los máximos responsables de la familia. Por esta razón, los progenitores suelen ser objeto de muchos de los estudios interesados en este aspecto.

Las peculiaridades del ambiente familiar promueven o dificultan el desarrollo óptimo de cualquier niño o niña, aunque no todas las familias son iguales ni proporcionan un ambiente igualmente óptimo. Pero, ¿qué entendemos por un clima familiar saludable? El clima familiar está constituido por el ambiente percibido e interpretado por las personas que conforman el hogar, es decir, es fruto de la suma de las aportaciones personales de cada miembro de la familia, traducidas en algo que proporciona emoción, y depende del tipo de relaciones duales que se establecen entre los diferentes integrantes. Un clima familiar positivo hace referencia a un ambiente basado en la cohesión afectiva entre los miembros, el apoyo mutuo, la confianza e intimidad y la comunicación abierta y empática. Por el contrario, un clima familiar negativo carece de los elementos mencionados anteriormente, por lo que priman los problemas de comunicación, los conflictos y la falta de afecto y apoyo entre los miembros. Lo más importante del clima familiar es que de él depende el estado de ánimo colectivo y en buena medida, el estado de ánimo individual (Ruiz de Miguel, 1999). Un clima familiar afectivo y estable proporciona un ambiente saludable para el bienestar psicológico, de hecho, y como se verá en páginas posteriores, la presencia de dificultades en el clima familiar se relaciona con desórdenes conductuales en los menores (Estévez, Murgui, Musitu y Moreno, 2008; Oliva et al., 2002; Rodríguez y Torrente, 2003).

No existen muchos estudios que analicen las características del ambiente familiar en contextos de riesgo. Sin embargo, algunas investigaciones muestran cómo un clima saludable amortigua los efectos negativos de las circunstancias estresantes y/o de riesgo que experimentan las familias (e.g., Tolan, Gorman-Smith, Huesman y Zelli, 1997). En concreto, la importancia que el ambiente familiar adquiere para el ajuste psicológico de los menores que viven en situación de riesgo psicosocial ha promovido que este trabajo de investigación se interese por esta dimensión familiar.

Del mismo modo que ocurre con la socialización parental, el término clima afectivo familiar comprende muchos contenidos de interés para el estudio de familias. La extensión y complejidad del constructo conduce a las investigaciones a delimitar los contenidos del mismo. En este sentido, este trabajo de investigación centra su interés en la cohesión familiar, realizando en este apartado en un primer momento una breve descripción de la dimensión de análisis (2.1.), posteriormente se presentan los resultados de investigaciones que analizan la cohesión familiar en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial (2.2.), para en último lugar describir brevemente algunos estudios que evidencian la relación que esta dimensión guarda con determinados indicadores de ajuste en la adolescencia (2.3.).

2.1. Conceptualizando la cohesión familiar.

En términos generales, la **cohesión familiar** es entendida como la vinculación emocional existente entre los miembros de una familia, incluyendo las relaciones que se establecen entre progenitores, padres-hijos y hermanos. Así, los miembros que viven en familias poco

cohesionadas pueden funcionar de forma autónoma pero carecen del sentimiento de lealtad y pertenencia a la unidad familiar, la capacidad de interdependencia y de apoyo familiar (Minuchin, 1974). Por el contrario, los hogares con un nivel adecuado de cohesión son aquellos cuyos miembros se sienten unidos los unos con los otros pero respetando la individualización de los integrantes.

Acorde con lo referido anteriormente, la cohesión familiar es una dimensión ampliamente estudiada desde la Psicología del Desarrollo, principalmente por su influencia sobre los distintos aspectos del desarrollo humano. Sin duda, uno de los autores de mayor trascendencia internacional en el estudio de la cohesión familiar es Olson con el Modelo Circumplejo de Sistemas Familiares y Maritales (Olson, Sprenkle y Russell, 1979). Desde este modelo se plantea que las diferencias entre las familias funcionales y disfuncionales están determinadas principalmente por la interrelación de dos dimensiones: cohesión y adaptabilidad. En el caso de la dimensión de cohesión familiar, este modelo propone la existencia de cuatro niveles, escalonados desde el extremo más bajo al más alto: desligado (muy baja), separado (baja a moderada), conectado (moderada a alta) y aglutinado (muy alta).

Estos autores, al igual que Beavers y Voeller (1983, cit. en Farrel y Barnes, 1993), sostienen que la cohesión familiar está curvilíneamente relacionada con el funcionamiento individual y familiar saludable. Ellos esperan que los indicadores de bienestar y otros de funcionamiento óptimo sean mayores cuando las familias ocupan los niveles intermedios de cohesión familiar, es decir, cuando las familias mantienen la intimidad así como el respeto de la elección individual. En este sentido, niveles centrales de cohesión —separado y conectado— se consideran óptimos para el funcionamiento familiar, mientras que los extremos —desapegado y apegado— son considerados poco recomendables. No obstante, la interpretación curvilínea del modelo de Olson ha recibido críticas y distintos investigadores, incluidos los propios autores de la escala, llevan a cabo una serie de estudios empíricos que no prueban la curvilinealidad de la interpretación de esta dimensión. Olson y colaboradores (1983, cit. en Farrell y Barnes, 1993) con una amplia muestra de familias no clínicas encuentran que, al contrario de lo esperado, ambas dimensiones del modelo guardan una relación lineal directa con el funcionamiento óptimo de los miembros familiares, al menos en las tres primeras versiones del instrumento que acompaña las escalas FACES. Estos resultados están en consonancia con otros estudios que analizan la dimensión de cohesión familiar desde el modelo circumplejo de Olson (Baer, 2002; Dundas, 1994; Fisiloglu y Lorenzetti, 1994).

El hecho de que no se demuestre la curvilinealidad de la cohesión familiar es explicado por los propios autores como consecuencia de que el instrumento no parece identificar adecuadamente aquellas familias que se sitúan en el extremo alto (Olson y Gorall, 2003). Así, FACES no parece ser una buena medida para discriminar las familias aglutinadas —situadas en el extremo positivo de la cohesión— de las conectadas —situadas en niveles intermedios de cohesión familiar—. En este sentido, cohesión y aglutinamiento deben ser considerados constructos distintos, que no forman parte del mismo continuum, y deben ser evaluados de forma diferenciada (Barber y Buehler, 1996). Esta distinción va a ser considerada en este trabajo de investigación, ya que la medida de evaluación utilizada es la propuesta por estos

autores, por lo que se hará un tratamiento lineal, y no curvilíneo, de la relación que esta dimensión guarda con indicadores de ajuste personal.

En distintos trabajos se señala que los miembros que componen un hogar perciben la cohesión familiar de forma diferente. Asimismo, algunos estudios observan claras discrepancias entre la percepción que tienen los adolescentes y los propios progenitores acerca de la cohesión familiar. Un estudio desarrollado con 281 familias de adolescentes de diferentes edades muestra que los menores se sienten menos satisfechos con el grado de cohesión que existe en las familias que los adultos (Noller y Callan, 1986). Estos resultados son similares a estudios previos que analizan la percepción del funcionamiento familiar entre progenitores y adolescentes (Olson, 1986, cit. en Farrell y Barnes, 1993). Estas discrepancias entre adultos e hijos/as adolescentes son explicadas debido a la baja susceptibilidad de éstos últimos a los efectos de la deseabilidad social y a una menor preocupación de los padres y las madres por aparentar altos niveles de cooperación y cohesión familiar (Niemi, 1968, 1974, cits. en Noller y Callan, 1986). Como señalan Noller y Callan (1986) el negativismo de los adolescentes puede estar relacionado también con su incesante búsqueda de autonomía e independencia y el deseo de desligarse un poco más de su familia. Del mismo modo se observan discrepancias entre las madres y los padres, siendo éstos últimos los que dan una visión más negativa del clima familiar. A este respecto, algunos autores explican que tal discrepancia puede ser debida a que las mujeres viven el matrimonio y la maternidad de forma más intensa (Smith, 1996). Estas discrepancias sugieren que cada individuo "construye" su propia comprensión de su familia y la dinámica general del subsistema. Por consiguiente, se sugiere que las investigaciones futuras deberían examinar la cohesión familiar teniendo en cuenta la opinión de varios familiares y, en el caso de no ser posible, deben ser tenidas en consideración las limitaciones que ello conlleva.

Para finalizar, cabe destacar que el término de cohesión familiar está estrechamente ligado con otras características del clima familiar, entre ellas, el apoyo familiar. Tanto es así que determinados autores proponen que esta dimensión se use como un indicador global del apoyo social en la familia, y que los resultados sean interpretados linealmente a la luz de las teorías del apoyo social. Uno de los estudios precursores de este enfoque es el de Farrel y Barnes (1993), con una muestra de 699 familias con menores de edades comprendidas entre los 13 y 16 años de edad. En el ámbito nacional, Musitu, Jiménez y Murgui (2007) respaldan estas conclusiones con una muestra de 625 adolescentes valencianos al comprobar que un funcionamiento familiar positivo, caracterizado por la vinculación emocional entre los miembros de la familia y por la habilidad del sistema familiar para adaptarse a diferentes situaciones, potencia la percepción que los adolescentes tienen acerca del apoyo recibido por los miembros de su familia, lo que a su vez se relaciona con un menor consumo de drogas. La estrecha vinculación que la cohesión familiar mantiene con otras características del funcionamiento familiar, como el apoyo parental, conduce incluso a que algunos teóricos hayan agrupado ambos indicadores bajo un mismo constructo para estudiar su influencia sobre el bienestar personal de los menores (Oliva et al., 2002). La relación entre ambas dimensiones facilita el entendimiento de la relación positiva encontrada en algunos estudios entre cohesión familiar y adaptación personal en la infancia y la adolescencia.

2.2. La cohesión familiar en contextos en situación de riesgo psicosocial.

Como se verá más adelante, la cohesión familiar es una dimensión muy estudiada como antecedente del funcionamiento psicosocial de los menores; no obstante, los estudios disponibles con población comunitaria relacionan esta dimensión también con otros aspectos personales y/o contextuales.

La cohesión familiar se relaciona con características parentales como la edad, el nivel educativo o el apoyo social (Estrada, Rafuls y Sherrard, 2000; Farrell y Barnes, 1993; Olson, Russell y Sprenkle, 1983). Igualmente, se asocia con aspectos del sistema familiar como la estructura familiar, el número de hijos en el hogar, la comunicación familiar o los estilos de socialización parental (Asonibare y Olowonirejuaro, 2006; Henry et al., 2006; Waldren, Bell, Sorell, y Peek, 1990). Muy especialmente esta dimensión se asocia con especificidades de las relaciones entre progenitores como años de matrimonio, conflictividad marital o ajuste marital (Fisiloglu y Lorenzetti, 1994). Es decir, se relaciona con elementos de la dinámica familiar de diversa índole: individuales, relacionales y familiares.

La investigación desarrollada con población comunitaria pone de manifiesto que la presencia de elementos adversos en la vida de las familias puede poner en peligro el grado de cohesión que las caracteriza. Así, un bajo nivel educativo, la experimentación de sucesos vitales estresantes negativos, los conflictos maritales, un elevado número de hijos, el bajo apoyo social o unas prácticas educativas disfuncionales son ejemplos de indicadores asociados a una cohesión familiar poco saludable para el funcionamiento familiar. Como se ha referido en el capítulo primero de esta Tesis Doctoral, las **familias que viven en situaciones consideradas de riesgo psicosocial** suelen presentar trayectorias complicadas y sus integrantes se caracterizan por una serie de carencias y dificultades que, en muchas ocasiones, les impiden afrontar con éxito las circunstancias estresantes vividas, pudiendo perjudicar las relaciones familiares en el hogar. En este sentido, la problemática que rodea estos hogares conduce a pensar que estas familias parten de una situación desfavorable en la evaluación de la cohesión familiar.

En esta revisión efectuada, no se encuentran investigaciones exhaustivas que examinen la cohesión familiar en contextos en situación de riesgo desde el modelo circumplejo de Olson. Solo se conoce una investigación al respecto con población usuaria de los SS.SS.CC (Jiménez, 2009). El estudio de distribución de datos en torno a la cohesión familiar informa que exite una concentración principalmente en el polo positivo, lo que indica que no encontramos hogares muy desligados. Cabe destacar que el estudio no dispone de datos de comparación entre las familias en riesgo y no riesgo. Esto significa que no se puede afirmar que los miembros de estos hogares están menos unidos entre sí que los de otras familias que no viven en tales condiciones de adversidad. No obstante, algunos investigadores encuentran evidencias que avalan la hipótesis de que la constelación de factores de riesgo supone una amenaza para un funcionamiento familiar saludable (Gwynne, Blick y Duffy, 2009). A modo de ejemplo, un estudio desarrollado con familias biparentales de menores preadolescentes pone de manifiesto que la percepción que las madres tienen acerca de la cohesión familiar es más

favorable a medida que decrecen los problemas familiares asociados al consumo de tóxicos y aminora el número de sucesos estresantes negativos experimentados por el menor en los últimos tres meses (Roosa, Dumka y Tein, 1996). No obstante, estos autores no encuentran una relación directa entre factores de riesgo familiares (e.g., desempleo de uno de los progenitores, progenitores con problemas de salud mental o problemas financieros) y la cohesión familiar, aunque dicha relación sí estaba mediada por la acumulación de sucesos estresantes negativos del menor. En consonancia con estos resultados, un estudio desarrollado con un grupo de familias en tratamiento terapéutico encuentra que las puntuaciones en cohesión familiar permiten discriminar a estas familias de otras que no reciben intervención. En concreto, aquellas que están siendo objeto de terapia familiar obtienen puntuaciones más bajas que el resto (Smith, 1996).

Como es habitual en las investigaciones con familias en situación de riesgo, las experiencias de maltrato infantil ocupan un lugar privilegiado en los estudios empíricos. Según la revisión de literatura realizada, los datos son coincidentes con los que analizan la concentración de factores de riesgo al señalar que los niveles de cohesión familiar son peores en circunstancias de maltrato que en familias que no sufren esta situación. A modo de ejemplo, los resultados de un estudio desarrollado con 99 familias maltratantes físicamente indican que los adolescentes perciben a sus familias no solo como menos adaptables sino también como menos cohesionadas, independientemente de si el abuso se inició en la infancia o en la adolescencia (Pelcovitz et al., 2000). En consonancia, Sunday y colaboradores (2008) evidencian que de un total de 100 familias maltratantes, el 80% de los chicos y el 60% de chicas identifican a sus familias como hogares desligados, frente al 36.2% y 29.2% de los adolescentes de familias no maltratantes.

Por otra parte, estas familias presentan una peculiaridad que las hace diferentes al resto, la inestabilidad familiar entendida como cambios familiares frecuentes en el hogar, precisamente esta característica ha sido una de las más relacionadas con la cohesión familiar. Los hogares están sujetos a cambios en las interacciones familiares a través del tiempo por la presencia de estresores. Ante situaciones determinadas las familias pueden posicionarse en los extremos disfuncionales de la dimensión cohesión familiar, sin embargo, rara vez permanecen en esta situación durante largos periodos de tiempo. De forma similar a lo comentado en los apartados de socialización parental, esta dimensión no es estática sino que está sujeta a los cambios que acontecen en el hogar y en sus miembros (Fisiloglu y Lorenzetti, 1994). Por ejemplo, los cambios de estructura familiar pueden desatar una transformación en la dinámica familiar (Waldren et al., 1990) y, del mismo modo, la entrada en la adolescencia de uno de los hijos e hijas puede desencadenar un descenso en los niveles de esta dimensión (Alonso, 2005).

En consonancia con estos resultados, un estudio desarrollado en Yugoslavia tras una crisis global muestra que las familias sometidas al estrés crónico y a la crisis social que persisten en el país en los años 90 sufren variaciones en el sistema familiar (Gacic et al., 2004). Este trabajo encuentra que las familias fortalecen las relaciones de apoyo y ayuda entre los miembros familiares en respuesta a las circunstancias, observándose un aumento drástico en la cohesión familiar. Además, los adultos incrementan su cuidado y control porque la situación se torna insegura y amenazante. En concreto, se pasó de un perfil de familia etiquetado, según el

modelo de Olson, como balanceado o equilibrado –niveles intermedios en la dimensión cohesión– en 1991/1992 a un perfil de familia aglutinado –niveles altos de cohesión– en 1994/1995. Los autores argumentan que posiblemente estos cambios en el funcionamiento familiar se basen en la idea de que "juntos somos más fuertes" y, por tanto, la cohesión familiar extrema no sea más que una forma de adaptación familiar ante el estrés.

En definitiva, los datos disponibles apuntan que las familias son menos cohesionadas en entornos considerados de riesgo que en otros de menor vulnerabildiad o riesgo. No obstante, no se puede decir que los miembros de estas familias estén separados entre sí ya que los pocos estudios desarrollados con población usuaria de los SS.SS. no muestran puntuaciones muy bajas al respecto.

2.3. La cohesión familiar y los problemas de ajuste durante la adolescencia.

La cohesión familiar facilita el cumplimiento de algunas de las funciones familiares más fundamentales para la satisfacción de las necesidades evolutivo-educativa de los menores, estableciendo un clima afectuoso y de apoyo en el que la famiia constituye un punto de referencia psicológico para niños y adolescentes (Bradley, 2002; Palacios y Rodrigo, 1998; Rodrigo y Acuña, 1998). A continuación se presentan estudios que analizan este aspecto tanto en familias comunitarias como en hogares que presentan ciertas dificultades o de riesgo.

Los investigadores que se han ocupado de explorar la relación de la cohesión familiar con el ajuste durante la infancia y la adolescencia argumentan que el clima familiar positivo permite a los menores disponer de un contexto de apoyo que favorece el bienestar emocional, confiar en las propias capacidades, participar eficazmente en otros contextos y, en definitiva, afrontar las tareas evolutivo-educativas propias de cada edad de una forma satisfactoria (Clark, 1995; Pichardo et al., 2002). Shek (1997) defiende que la unión familiar juega un papel fundamental en el ajuste psicosocial de los menores, especialmente cuando se encuentran en la adolescencia. Durante este periodo, se han documentado asociaciones entre la cohesión familiar y las dificultades tanto externalizantes como internalizantes.

Referente a la conducta externalizante, diversos estudios comunitarios muestran su relación negativa con la cohesión familiar (e.g., Barber y Buehler, 1996; Tafà y Baiocco, 2009). Por ejemplo, Smart, Chibucos y Didier (1990) encuentran que aquellos adolescentes que informan de unas características familiares más disfuncionales, pobre cohesión y adaptabilidad, presentan un mayor consumo de distintas sustancias tóxicas. En otro trabajo, Haddad, Barocas y Hollenbeck (1991) comparan las características familiares, entre ellas la cohesión, de tres grupos de menores de entre 9 y 13 años: jóvenes con problemas de conducta, con ansiedad, y sin problemas. Los resultados indican que el grupo con desórdenes comportamentales proviene de familias con niveles de cohesión significativamente más bajos comparados con el grupo de control y con el de aquellos con ansiedad.

Los problemas de internalización de los adolescentes también se relacionan negativamente con esta dimensión familiar (e.g., Álvarez, Ramirez, Silva, Coffin y Jiménez, 2009; Barber y Buehler, 1996). Así, Aydin y Öztücüncü (2004) evidencian que aquellos chicos y chicas que

mantienen relaciones distantes y hostiles con sus progenitores suelen presentar más dificultades emocionales que otros que mantienen relaciones cercanas y de apoyo. En consonancia con estos resultados, un estudio longitudinal con 3191 adolescentes muestra que una baja cohesión familiar predice un incremento en los síntomas depresivos de los menores un año más tarde (Mckeown et al., 1997). Las consecuencias negativas de la falta de cohesión familiar se relacionan en distintos trabajos con uno de los factores de riesgo más importante para la conducta suicida, la ideación suicida (Lee, Wong, Chow, McBride-Chang, 2006; Salvo y Melipillán, 2008).

Por otra parte, en **contextos de riesgo** también se han demostrado los efectos positivos de la cohesión familiar en relación con el bienestar personal (Felner et al., 1995; Meyerson, Long, Miranda y Marx., 2002; Tolan et al., 1997). La vinculación emocional positiva entre los miembros de una familia resulta un factor protector muy importante en situaciones adversas (Shek, 2002). La revisión teórica ofrecida por el equipo de Grant y otros (2006) señala en este sentido que del total de 28 estudios analizados, alrededor del 62% encuentran evidencia del papel protector del funcionamiento familiar mientras que no lo hacen el 39%. Estos porcentajes apuntan que una alta cohesión familiar se relaciona con la baja participación en conductas problemáticas, aún cuando el nivel de estrés familiar sea en general elevado. Por lo tanto, la mayoría de los estudios están a favor de considerar el ambiente familiar como promotor del desarrollo positivo, amortiguando los efectos negativos del estrés psicosocial.

Por otro lado, en familias cuyos hijos e hijas presentan multiples indicadores de riesgo para padecer depresión, la cohesión familiar resulta ser un factor protector clave en la prevención de dificultades emocionales o internalizantes (Carbonell, Reinherz y Giaconia, 1998). En esta línea, Prange y colegas (1992) muestran que los adolescentes que sufren trastornos afectivos se caracterizan por vivir en hogares menos cohesionados que los de otras familias normativas. Así es necesario destacar, como muestran Roosa y colaboradores (1996), que la cohesión familiar juega un rol importante en el ajuste interno de los adolescentes que crecen en familias en situación de riesgo psicosocial. Estos autores observan que, a medida que crecen los problemas familiares relacionados con el alcohol se incrementa la experimentación de sucesos estresantes se observa un descenso en la cohesión familiar, que a su vez, se asocia negativamente con la depresión de los menores. Cabe destacar que en este estudio la cohesión familiar también se relaciona en sentido negativo con los problemas de conducta de los adolescentes, aunque en este caso la experimentación de los sucesos estresantes también es predictora de este tipo de problemas.

En cuanto a los problemas de externalización, la evidencia empírica también ha demostrado su relación inversa con la cohesión familiar en familias con dificultades. Un estudio longitudinal desarrollado por el equipo de Oliva, Jiménez y otros (2008), con una muestra de 101 adolescentes sevillanos, muestra que unas relaciones familiares positivas se consideran como un factor de protección ante las consecuencias negativas de los acontecimientos vitales estresantes. Para extraer estas conclusiones, estos autores clasifican a los sujetos en cuatro grupos de acuerdo a la acumulación de sucesos estresantes y problemas de externalización, tomando como criterio la mediana de sus puntuaciones. En primer lugar, el grupo de los adolescentes resilientes (alta acumulación de sucesos estresantes y pocos

problemas externos), los adaptados (baja acumulación de sucesos estresantes y de problemas externos), los vulnerables (baja acumulación de sucesos estresantes pero muchos problemas externos) y el grupo de los maladaptados (alta acumulación de sucesos estresantes y muchos problemas de externalización). Los análisis de varianza entre grupos ponen de manifiesto la existencia de diferencias significativas en las relaciones familiares de las agrupaciones con alta acumulación de sucesos estresantes. Así, los menores maladaptados presentan peores puntuaciones en cohesión familiar que los resilientes en ambos momentos de la evaluación. Los resultados de este estudio confirman que el ambiente familiar sigue resultando crucial durante la etapa de la adolescencia, especialmente en aquellos entornos de alta vulnerabilidad.

Kliewer y colaboradores (2006) muestran en su estudio que a medida que aumenta el riesgo (en este caso, exposición a una violencia grave), los adolescentes que viven en familias poco cohesionadas presentan un mayor aumento en el consumo de alcohol y drogas que otros jóvenes que viven en hogares más cohesionados. Estos autores, basándose en las argumentaciones dadas en otros trabajos, dan tres explicaciones a este efecto amortiguador. (1) En las familias cohesionadas, los progenitores pueden transmitir un sentimiento de preocupación por sus hijos e hijas muy importante para ellos. Este sentimiento puede hacer que los jóvenes piensen dos veces las cosas antes de involucrarse en conductas problemáticas. Según estos autores, tener la sensación de que eres importante para alguien resulta uno de los factores de protección más identificados en la investigación sobre resiliencia y comunidades violentas. (2) La cohesión familiar conlleva que los menores se sientan personas seguras de sí mismas, por lo que se caracterizan por presentar una alta autoestima y control que atenúa los efectos negativos de la exposición a la violencia. Kliewer, Murrelle, Mejia, Torres de G y Angold, (2001) argumentan, en las familias competentes donde el apoyo se da libremente y la comunicación está abierta, los progenitores pueden ayudar a los jóvenes a enfrentarse positivamente al estrés asociado a la violencia. De nuevo, esto puede dismunir la necesidad de reducir el efecto negativo asociado a la exposición a la violencia mediante el consumo de alcohol o drogas. (3) Por último, los autores explican que en los hogares cohesionados los progenitores generalmente vigilan en mayor medida a sus menores, por lo que pueden ser capaces de anticipar y prevenir las oportunidades de consumo de drogas en mayor medida que los padres y las madres que no saben qué hacen sus hijos.

Por otra parte, otros investigadores teorizan que la cohesión familiar se relaciona con indicadores positivos de ajuste por ser promotor de estrategias de afrontamiento funcionales. La cohesión familiar, al igual que otras medidas del clima familiar como el apoyo emocional o el modelado, son factores vinculados a los procesos de afrontamiento. La calidad del clima familiar se asocia en distintos estudios con el tipo de estrategias usadas por los adolescentes para hacerles frente, de manera que la cohesión familiar se asocia con la capacidad de los menores a abordar con éxito los problemas cotidianos, es decir, con el uso de estrategias de afrontamiento funcionales (Lohman y Jarvis, 2000; Seiffge-Krenke, 1995; Stern y Zevon, 1990). Por lo tanto, se podría decir que los chicos y las chicas que viven en entornos familiares en los que reina la cohesión afrontarán mejor las dificultades propias de los contextos de riesgo y, consecuentemente, presentarán mejores indicadores de adaptación personal. Ésta es, sin

duda, una cuestión crucial para los menores que crecen en situaciones de riesgo psicosocial, dadas las dificultades no normativas que deben afrontar en su vida diaria.

La importancia que adquiere esta dimensión en los entornos de riesgo es tal que algunos autores indican que la función protectora que ejerce sobre el funcionamiento de los menores puede ser mayor en estos hogares que en otros. Así, Matherne y Thomas (2001) encuentran que la cohesión familiar predice en mayor medida la conducta antisocial en familias no convencionales que convencionales. Estos autores argumentan que quizás las familias tradicionales, al disponer de más recursos que las no tradicionales, proporcionan un ambiente familiar más equilibrado, de mayor atención y energía que les lleva a no requerir del mismo nivel de cohesión familiar que el resto de familias. La ausencia de estos factores compensatorios en las familias no convencionales puede explicar la importancia que la cohesión familiar adquiere en estos contextos para el ajuste adolescente. Otro ejemplo es el trabajo de Shek (2002), desarrollado con adolescentes cuyas familias estaban siendo atendidas mayoritariamente por los SS.SS. y se encontraban en situación de desventaja socio-económica. Los resultados de este estudio indican que las características del funcionamiento familiar, entre ellas la cohesión, se relaciona con la autoestima, el ajuste escolar, la adaptación escolar y los problemas externalizantes tanto en este grupo de adolescentes como en el de sus iguales; sin embargo, la relación fue más fuerte en el grupo desfavorecido, indicando que el funcionamiento familiar puede adquirir un papel especialmente relevante en estos contextos.

Para finalizar hay que decir que, aunque son pocos, se dispone de estudios que no encuentran relaciones directas entre cohesión y problemas de ajuste (e.g., Annunziata, Hogue, Faw y Liddle, 2006). Algunos autores explican esta falta de evidencia argumentando que existen otras variables que inciden en la relación. Así, se ha demostrado en diversos estudios que la edad y el sexo de los adolescentes moderan la relación entre cohesión y bienestar personal (Cumsille y Epstein, 1994; Farrel y Barnes, 1993).

En definitiva, los estudios realizados parecen coincidir en señalar que la cohesión familiar favorece el ajuste adolescente. También para aquellas familias que estén pasando por un momento difícil, la presencia de un elevado apoyo y cohesión entre sus integrantes protege al chico o la chica frente el desarrollo de problemas de adaptación personal.

Capítulo 4.

Objetivos de la Tesis Doctoral.

En el marco de la revisión ofrecida en los tres primeros capítulos de este trabajo, la presente Tesis Doctoral ha sido desarrollada para explorar las características familiares y psicosociales de los adolescentes que crecen en familias en situación de riesgo psicosocial. Para ello, esta investigación se plantea la consecución de seis objetivos generales que, a su vez, se desgranan en 17 más específicos. A continuación en la Tabla 3 se presentan todos ellos, dejando constancia de la correspondencia que existe entre los objetivos generales y específicos.

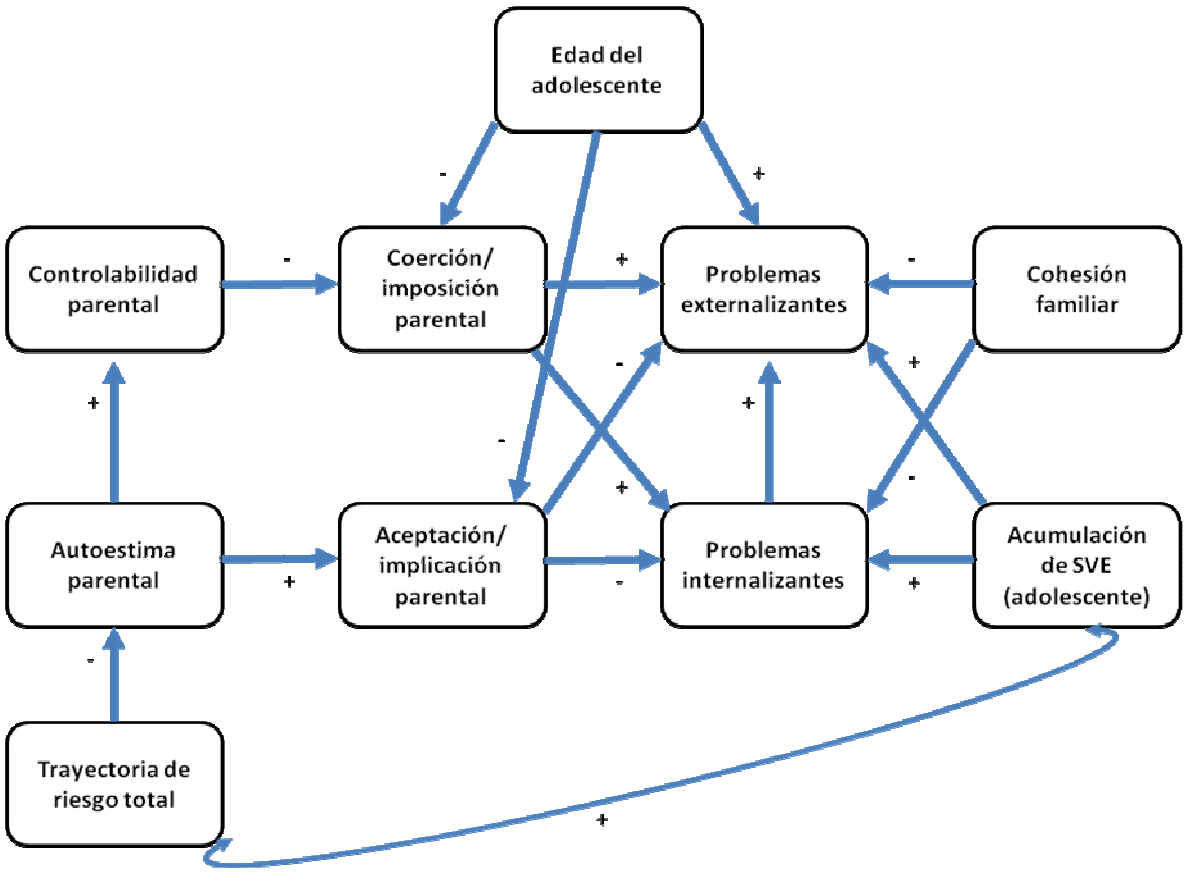
Tabla 3. Objetivos de la Tesis Doctoral.

Generales	Específicos
1.Describir a las familias en situación de riesgo psicosocial y su relación con los SS.SS.CC.	1.1.Estudiar las características del hogar así como la situación socioeconómica de la familia. 1.2.Explorar las circunstancias de vida de las adultas responsables del cuidado y educación de sus menores. 1.3.Analizar las características de riesgo y las circunstancias estresantes presentes en estos entornos familiares. 1.4.Examinar el tipo de intervención psicosocial que reciben estas familias desde los Servicios de preservación familiar.
2.Analizar las características psicosociales de los adolescentes que crecen en familias en situación de riesgo psicosocial.	2.1.Explorar cuantitativamente y cualitativamente el estrés psicosocial de los adolescentes en riesgo. 2.2.Estudiar los problemas de internalización y externalización de los adolescentes en riesgo.
3.Comprobar si los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. presentan un perfil de riesgo diferenciado al resto de menores.	3.1.Examinar las diferencias entre los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación desde un enfoque holístico e integrador. 3.2.Explorar las diferencias entre los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación en las dimensiones personales (estrés psicosocial y problemas de ajuste) y familiares (socialización parental) consideradas en este estudio.
4.Examinar el funcionamiento familiar de los hogares en situación de riesgo psicosocial.	4.1.Estudiar la cohesión familiar en estas familias. 4.2.Describir la socialización parental presente en estos hogares desde un enfoque dimensional. 4.3.Examinar desde un enfoque tipológico la socialización parental presente en estos hogares. 4.4.Realizar un análisis situacional de la socialización parental presente en estas familias.
5.Desarrollar un modelo teórico que explique la adolescencia en los contextos familiares en situación de riesgo psicosocial.	5.1.Analizar los factores que explican la socialización parental en la adolescencia desde un enfoque teórico integrado. 5.2.Examinar los problemas de ajuste adolescente enmarcados en un modelo teórico explicativo en el que se incluyen indicadores de diverso tipo.

Generales	Específicos
6.Contribuir a la mejora de las políticas de intervención familiar de los Servicios de preservación familiar.	6.1.Ofrecer pautas de actuación generales relacionadas con el trabajo de las familias en riesgo. 6.2.Proponer actuaciones encaminadas al trabajo con los adolescentes de estas familias. 6.3.Plantear acciones de intervención destinadas a la mejora del funcionamiento familiar de estos hogares y de las adultas responsables de los menores.

Como se puede comprobar, el quinto objetivo general supone un acercamiento global al estudio de los contextos en situación de riesgo psicosocial y los adolescentes que crecen en ellos. Siguiendo las recomendaciones de Hair y colaboradores (2008), el desarrollo de un modelo teórico basado en la evidencia empírica requiere de la consecución de siete pasos (ver el apartado de metodología), de los cuales los tres primeros están relacionados principalmente con decisiones teóricas. Concretamente, estos tres pasos iniciales hacen referencia a la especificación de la propuesta de la que se parte: (1) desarrollar un modelo fundamentado teóricamente; (2) construir un diagrama de secuencias de relaciones causales; y (3) convertir el diagrama de secuencias en un conjunto de modelos y relaciones estructurales. Acorde con la revisión realizada y teniendo en cuenta las dimensiones de estudio más relevantes abordadas en esta Tesis Doctoral, se plantea el siguiente modelo teórico (ver Figura 14).

Figura 14. Modelo teórico planteado.



Este modelo comprende indicadores del ámbito personal, tanto de las mujeres responsables de estos hogares (acumulación de sucesos estresantes, autoestima emocional y controlabilidad parental) como de los propios adolescentes (edad, acumulación sucesos vitales estresantes, problemas de externalización e internalización), interpersonal (coerción/imposición parental y aceptación/implicación parental) y familiar (cohesión familiar). Como se discutirá posteriormente en uno de los últimos capítulos de este trabajo, todas estas variables se ponen en relación entre sí, acorde con la literatura revisada en este trabajo. Concretamente, las hipótesis de partida del modelo teórico planteado fueron las que se presentan en la siguiente tabla:

Tabla 4. Hipótesis del modelo planteado.

1. La acumulación de circunstancias estresantes vividas por las madres se relacionará negativamente con su propia autoestima.
2. La autoestima de las madres se asociará al sentimiento de controlabilidad parental ante la tarea educativa en un sentido positivo.
3. La autoestima de las madres se relacionará positivamente con la aceptación/implicación parental.
4. A medida que la percepción de controlabilidad parental aumente la coerción/imposición parental descenderá.
5. La socialización parental se asociará con los problemas de ajuste de los adolescentes de la siguiente manera:
    a. La aceptación/implicación parental se relacionará con los problemas de externalización e internalización en un sentido negativo.
    b. La coerción/imposición parental se asociará con los problemas de ajuste en un sentido positivo.
6. La cohesión familiar se relacionará con los problemas de ajuste de los adolescentes de la siguiente forma:
    a. Conforme la cohesión familiar sea más alta se espera que los problemas externalizantes disminuyan.
    b. El aumento en la cohesión familiar aminorará los problemas internalizantes.
7. La acumulación de sucesos estresantes experimentados por los adolescentes se asociará positivamente con los problemas de ajuste.
8. Conforme aumenten los problemas internalizantes de los adolescentes se espera que se incrementen también los de naturaleza externalizante.
9. La edad de los adolescentes se relacionará con la socialización parental y los problemas externalizantes de la siguiente forma:
    a. Los adolescentes de más edad percibirán a sus madres menos implicadas y coercitivas.
    b. Los adolescentes más mayores presentarán más problemas externalizantes.

II. Metodología

Hasta ahora se han presentado los fundamentos teóricos que sustentan este trabajo de investigación, así como los objetivos e hipótesis planteados. A continuación, se exponen las cuestiones metodológicas que caracterizan esta investigación en dos capítulos diferentes. En el primero de ellos se presenta la descripción del estudio empírico (**Capítulo 5**), y en el siguiente se exponen las características del plan de análisis seguido (**Capítulo 6**).

Capítulo 5.

Descripción del estudio empírico.

Este capítulo se estructura en tres apartados diferentes. En el primero se encuentra la descripción de las personas que han participado en esta investigación. A continuación, se describen los instrumentos y las técnicas de evaluación utilizados para recabar la información seleccionada. En el último de los apartados, se expone pormenorizadamente el procedimiento de evaluación seguido en este estudio.

1. Descripción de la muestra.

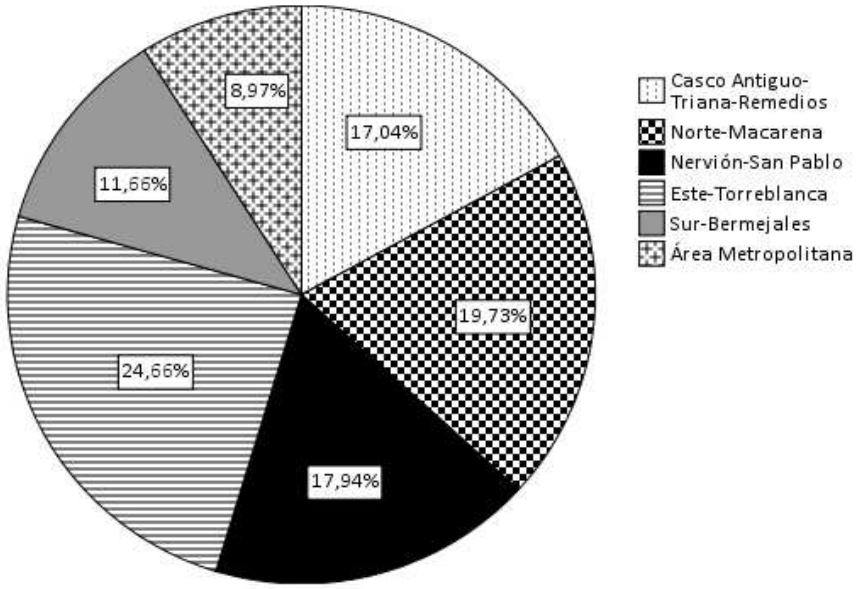
La complejidad de los objetivos propuestos en este trabajo ha requerido que para abordarlos se hayan utilizado dos sub-muestras o grupos de adolescentes. En concreto, la muestra total ascendió a un total de 449 chicos y chicas que crecían en situaciones familiares diferentes. Ambos grupos se diferenciaron de acuerdo a si eran objeto de intervención por parte de los SS.SS.CC. o no. La muestra principal estuvo integrada por adolescentes de familias que estaban siendo intervenidas por razones de preservación y fortalecimiento familiar en el momento de la evaluación. Las familias de estos menores eran usuarias de los SS.SS.CC. y participaban en distintos dispositivos y programas de intervención familiar. Paralelamente, se seleccionó otra muestra de adolescentes de familias con las que no se trabajaba desde los SS.SS.CC. (no usuarias) y que ha sido tomada en este trabajo como grupo de comparación. Ambos grupos fueron similares en edad ($F(1, 447) = 0.06$, $p = .803$) y sexo ($\chi^2(1, N = 449) = 3.95$, $p = .208$), no existiendo diferencias significativas entre ellos en ninguno de estos dos aspectos. A continuación, se caracteriza a los adolescentes de las dos muestras de forma diferenciada.

1.1. Adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial.

La muestra principal de este trabajo estaba compuesta de 223 adolescentes, 100 chicas (44.84%) y 123 chicos (55.16%) con edades comprendidas entre los 11 y 17 años, pertenecientes a familias usuarias de los SS.SS.CC. que, según los profesionales encargados de su intervención familiar, se encontraban en una situación de riesgo psicosocial medio. A partir de ahora, estos chicos y chicas serán referidos como la muestra de *adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. o adolescentes en riesgo.*

Los integrantes de este grupo residían en diferentes zonas de la ciudad de Sevilla (ver Figura 15) que, a su vez, pertenecían a distintas Zonas de Trabajo Social (ZTS). De acuerdo con esta agrupación, el porcentaje más elevado de adolescentes procedía de la ZTS Este-Torreblanca, seguido de la ZTS Norte-Macarena, la ZTS Nervión-San Pablo, la ZTS Casco Antiguo-Triana-Remedios y, por último, la ZTS Sur-Bermejales. El resto de menores (un 9% aproximadamente) eran chicos y chicas de contextos que estaban recibiendo una intervención familiar por parte de centros sociales de los SS.SS.CC. ubicados en distintos municipios sevillanos cercanos, denominado en este estudio como del área metropolitana.

Figura 15. Distribución muestral por ZTS.



La media de edad de estos chicos y chicas fue de 13.63 años (*DT* = 1.83). Existe cierto acuerdo entre los profesionales en la necesidad de identificar diferentes etapas en la adolescencia (inicial, media y tardía), principalmente por caracterizarse como un periodo lleno de cambios donde las necesidades e inquietudes que presentan los menores son muy variables dependiendo del periodo evolutivo en el que se encuentren. Sin embargo, no existe un consenso unánime respecto a cuáles son las edades que limitan cada una de estas etapas. Para esta investigación, y teniendo en cuenta la amplitud de edad de los adolescentes de esta muestra, se ha optado por establecer los siguientes tramos de edad para cada periodo: adolescencia inicial (menores de 11 y 12 años); media (13 - 15 años); y tardía (16 y 17 años). Ha sido especialmente difícil acceder a adolescentes en riesgo de este último tramo de edad, circunstancia que explica que el tamaño muestral del tercer periodo sea el más pequeño de todos (ver Tabla 5). Cabe destacar que no existieron diferencias significativas entre chicos y chicas en función de los tramos de edad ($\chi^2(2, N = 223) = 2.57$, $p = .276$), es decir, la variable sexo se distribuyó de forma proporcionada entre las distintas etapas de la adolescencia.

Tabla 5. Distribución muestral por edad y sexo del adolescente.

Tramos de edad	CHICAS	CHICOS	TOTAL
11-12 años	34	36	70 (31.39%)
13-15 años	44	67	111 (49.78%)
16-17 años	22	20	42 (18.83%)
TOTAL	100 (44.84%)	123 (55.16%)	223 (100%)

Tal y como se detalla en el apartado del procedimiento de este capítulo, un alto porcentaje de los adolescentes en riesgo fueron seleccionados a partir de diferentes programas psicosociales que estaban siendo implantados en las UTS durante los años 2005 y/o 2010. Concretamente, el 91.03% provinieron de programas de intervención grupal destinados a los adultos responsables de estas familias o a los propios adolescentes: Programa de Formación y

Apoyo Familiar (FAF), Programa Socioeducativo para Adolescentes, Programa de Desarrollo Socioafectivo para Adolescentes (DSA) y la Unidad de Día (ver Tabla 6). Para recabar la información de estos chicos y chicas, las entrevistas se realizaron en las primeras sesiones de desarrollo de los programas, de tal manera que los resultados de este estudio no pudieran ser interpretados como efectos de estas intervenciones. El 8.97% restante no formó parte de ninguno de estos programas grupales, aunque sí recibían una intervención específica por parte de los SS.SS.CC. Este porcentaje estaba integrado en su totalidad por adolescentes procedentes del área metropolitana.

Tabla 6. Distribución muestral según el programa de intervención psicosocial de procedencia.

FAF	Socioeducativo	DSA	Unidad de Día
n = 164	*n* = 24	*n* = 8	*n* = 7
73.54%	10.76%	3.59%	3.14%

Como se observa en la Tabla 6, casi el 75% de los jóvenes de esta muestra han sido seleccionados del programa FAF. Este programa de intervención está dirigido a los adultos responsables de las familias usuarias de los SS.SS.CC., y tiene por objeto proporcionar a los progenitores una fuente de apoyo que les permita desempeñar exitosamente y eficazmente sus tareas y responsabilidades educativas como madre o padre. En cuanto al Programa Socioeducativo para Adolescentes, los participantes de la intervención son los propios menores. Con este programa, los SS.SS.CC. pretenden promover el desarrollo integral de los chicos y las chicas a través de actividades de ocio y tiempo libre. Seguidamente, el programa DSA constituye una alternativa novedosa y complementaria a las actuaciones realizadas desde los SS.SS.CC. en el sector de población adolescente, concretamente en el área de desarrollo socio-afectivo. Con este programa se pretende crear un contexto de aprendizaje de estrategias y de potenciación de capacidades que permita la adaptación adolescente a partir del desarrollo de recursos intra e interpersonales, incrementando las competencias personales y sociales de los individuos. Por último, el programa de Unidad de Día pretende compensar las deficiencias psicosociales y educativas que presentan estos menores, así como garantizar una atención integral en su medio habitual mediante actividades psico-socio-educativas diarias.

Paralelamente a las entrevistas realizadas a los adolescentes, se recabó información de las mujeres responsables del cuidado y atención de estos menores[1]. El procedimiento seguido en esta investigación ha permitido entrevistar a la mayoría de estas madres (*n* = 181, un 81.16% de las familias usuarias de los SS.SS.CC.). El 18.84% restante fueron mayoritariamente progenitoras de adolescentes que participaban en los programas de intervención dirigidos específicamente a menores (Socioeducativo, DSA y Unidad de día), circunstancia que dificultó el contacto directo con estas adultas.

[1] El índice elevado de mujeres al cargo de familias monoparentales entre la población usuaria de los SS.SS.CC. ha sido la razón principal de que se haya optado por considerar únicamente a las mujeres como informantes.

Como se expone posteriormente, las entrevistas dirigidas a estas mujeres permitieron evaluar aspectos individuales así como familiares de los contextos en los que crecían estos menores. La mayoría de las mujeres (97.75%) eran madres biológicas, mientras que el 1.35% y el 0.90% eran tías o abuelas respectivamente. Su media de edad fue de 41.25 años (*DT* = 7.55) y un 50.45% estaban al frente de hogares monoparentales. La situación educativa de estas mujeres y de sus familias era bastante apremiante, de hecho un 33.79% de ellas no habían finalizado la enseñanza primaria. Respecto a la situación económica familiar, la información disponible puso de manifiesto una alta precariedad con una elevada presencia de ayudas sociales. Un análisis pormenorizado de la información sociodemográfica, educativa y laboral de estas mujeres y de sus familias se presentará posteriormente en los resultados de esta investigación (Capítulo 7).

1.2. Adolescentes del grupo de comparación.

Esta segunda muestra se compone de 226 adolescentes, con edades comprendidas entre los 11 - 17 años distribuidos de forma proporcionada según el sexo (111 chicas —49.12%— y 115 chicos —50.88%—). Como ya se ha señalado, la principal característica que diferenciaba a estos adolescentes de la muestra en riesgo era que sus familias no estaban recibiendo intervenciones de los SS.SS.CC por razones de preservación y fortalecimiento familiar. A lo largo de este trabajo, estos menores serán referidos como *adolescentes del grupo de comparación o de familias no usuarias de los SS.SS.CC*.

Estos chicos y chicas provenían de 14 centros educativos diferentes, de los cuales nueve centros eran públicos (64.29%) y cinco privados o concertados (35.71%). Los adolescentes cursaban los siguientes niveles educativos: educación primaria, secundaria obligatoria y bachiller. A continuación, en la Tabla 7, se detalla la distribución por centro educativo y curso escolar

Tabla 7. Distribución muestral por centros educativos y curso académico.

Centro educativo	6º Primaria	1º E.S.O	2º E.S.O	3º E.S.O	4º E.S.O	1º Bach	2º Bach	TOTAL
C. de la Barca	0	4	4	3	0	0	0	11 (4.87%)
Santa Aurelia	0	4	5	5	0	0	0	14 (6.19%)
V Centenario	0	5	5	4	4	5	3	26 (11.50%)
Joaquín Turina	0	4	5	5	5	4	1	24 (10.62%)
Romero Murube	0	2	3	4	4	0	0	13 (5.75%)
F. M. Zaragoza	0	5	4	5	5	3	4	26 (11.50%)
Llanes	0	6	5	5	4	3	5	28 (12.39%)
San Jose	0	3	1	4	3	0	0	11 (4.87%)
Sagrado Corazón	11	0	0	0	0	0	0	11 (4.87%)
Arrayanes	9	0	0	0	0	0	0	9 (3.98%)
Menéndez Pidal	9	0	0	0	0	0	0	9 (3.98%)
Príncipe de Asturias	7	0	0	0	0	0	0	7 (3.10%)
Portaceli	23	0	0	0	0	0	0	23 (10.18%)
Padres Blancos	5	9	0	0	0	0	0	14 (6.19%)
TOTAL	64 28.32%	42 18.58%	32 14.16%	35 15.49%	25 11.06%	15 7.08%	13 5.75%	226 100%

La media de edad del grupo de comparación fue de 13.63 años (*DT* = 1.83). En consonancia con los datos ofrecidos en la muestra considerada en riesgo, un alto porcentaje de estos chicos y chicas (el 77.88%) tenían edades comprendidas entre los 11 y los 15 años. Atendiendo a los tramos de edad establecidos anteriormente, un elevado porcentaje de esta muestra se situó en la etapa de 11 y 12 años (adolescencia inicial) y 13-15 años (adolescencia intermedia) y únicamente, el 22.12% tenían 16 o 17 años de edad (adolescencia tardía). En la Tabla 8, se presenta la distribución muestral de estos adolescentes según su tramo de edad y sexo. De la misma manera que ocurría en la muestra de riesgo, no existieron diferencias significativas entre las chicas y los chicos según los grupos de edad establecidos ($\chi^2(2, N = 226) = 2.48$, $p = .289$).

Tabla 8. Distribución muestral por edad y sexo del adolescente.

Tramos de edad	CHICAS	CHICOS	TOTAL
11-12 años	42	43	85 (37.61%)
13-15 años	49	42	91 (40.27%)
16-17 años	20	30	50 (22.12%)
TOTAL	111 (49.12%)	115 (50.88%)	226 (100%)

En esta muestra, las entrevistas se realizaron exclusivamente a los propios menores. Aunque en este caso no se dispuso por tanto de información directa procedente de sus madres, sí se conocieron algunas características individuales de las mismas. Las **mujeres responsables del cuidado y atención de estos adolescentes** eran principalmente sus madres biológicas (99.11%), existiendo solo dos casos en los que las adultas fueron la abuela y la tía. Su media de edad fue de 43.04 años de edad (*DT* = 5.99) y, a diferencia de lo que ocurría en la otra muestra, solo el 9.73% de estas mujeres encabezaban hogares monoparentales. La situación educativa también resultó cualitativamente diferente a la de riesgo, así únicamente el 8.46% de estas mujeres no disponían de estudios primarios y el 27.36% habían finalizados sus estudios universitarios. Al igual que en el caso de las progenitoras de familias en riesgo, en los capítulos posteriores se ofrecerá un análisis más minucioso de las principales características sociodemográficas de estas familias, así como una comparación con la muestra de familias usuarias de los SS.SS.CC. (Capítulo 7).

2. Instrumentos y técnicas.

Como ya se ha señalado, esta investigación se enmarca en un estudio más amplio que comprende una batería de instrumentos muy extensa. En este capítulo se describen solo aquellos que están directamente relacionados con los objetivos de esta Tesis Doctoral. En cuanto a las técnicas de evaluación, para abordar los objetivos propuestos en este estudio se han utilizado entrevistas semiestructuradas, cuestionarios y la técnica Delphi. Mientras que las entrevistas y los cuestionarios fueron administrados a las dos muestras de adolescentes, la técnica Delphi se utilizó con un grupo de especialistas en el ámbito de la familia y la

adolescencia. Esta última será desarrollada con detenimiento en el apartado 2.3.1. del Capítulo 9 de este trabajo.

En la Tabla 9 se recogen los niveles de análisis, así como las dimensiones estudiadas, los instrumentos utilizados y los informantes participantes de este estudio. Además, aparece indicado cuáles de ellos han formado parte de la evaluación de los adolescentes en riesgo (®) y cuáles de la muestra de comparación (©).

Tabla 9. Niveles de análisis, instrumentos administados y fuentes de información.

Nivel de análisis	Dimensión	Instrumento	Información sobre	Informante
Individual	Sociodemográfico	PSD® PSS©	Madre Madre	Profesional y madre Adolescente
	Autoestima emocional	AUT-17®	Madre	Madre
	Controlabilidad parental	PSOC®	Madre	Madre
	Problemas de ajuste	YSR®©	Adolescente	Adolescente
	Acontecimientos vitales estresantes	AVE®©	Adolescente	Adolescente
	Trayectoria de riesgo individual	ISER®	Madre	Profesional
Interpersonal	Socialización Parental	ESPA®©	Madre-Adolescente	Adolescente
Familiar	Sociodemográfico	PSD® PSS®©	Familia	Profesional y madre Adolescente
	Cohesión Familiar	FACES®	Familia	Madre
	Trayectoria de riesgo familiar	ISER®	Familia	Profesional

® muestra de adolescentes en riesgo; © muestra de adolescentes del grupo de comparación

Algunos de los instrumentos utilizados fueron traducciones de escalas o inventarios elaborados por investigadores extranjeros que han sido validados en estudios previos con muestras nacionales, otros fueron diseñados por profesionales de este país atendiendo a la cultura, costumbres y comportamiento de las familias españolas y, por último, algunos han sido elaborados por nuestro equipo de investigación para responder a preguntas específicas del trabajo más amplio en el que se encuadra el proyecto. A continuación se presenta una descripción detallada de cada uno de ellos, en el Anexo final de este trabajo aparecen las versiones completas de los mismos.

Se utilizó un conjunto de instrumentos compuesto por cuestionarios y entrevistas semi-estructuradas que evaluaban diferentes dimensiones individuales, interpersonales y familiares. Como se ha comentado anteriormente los cuestionarios fueron administrados a las dos muestras de adolescentes, pero mientras que en el grupo de adolescentes en riesgo se trabajó con distintos informantes (jóvenes, mujeres responsables del cuidado de estos menores y profesionales de SS.SS.CC.), la información disponible de la muestra de comparación fue proporcionada en su totalidad por los menores. Como se puede observar en la tabla anterior,

todos los instrumentos que se describen a continuación no formaron parte de las baterías de ambas muestras, y solo resultaron comunes los destinados a adolescentes.

Caracterización sociodemográfica: El instrumento utilizado para recabar información sociodemográfica sobre los adolescentes y sus familias fue diferente para cada muestra. Asi, mientras que para los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC se utilizó la ficha de inscripción del programa FAF, para los del grupo de comparación se usó la denominada ficha sociodemográfica simple. A continuación, se describen ambos instrumentos.

– Ficha Sociodemográfica Extensa (PSD; Hidalgo, Menéndez, López, Sánchez y Lorence, 2005). Se trata de una entrevista semi-estructurada que forma parte del sistema de evaluación del programa FAF. Las exigencias de este programa comprometen a los profesionales responsables a completar esta ficha, con ayuda de los participantes, antes de la intervención. En ella se recoge información relativa a cuestiones individuales (nivel educativo) y familiares (ingresos) y, además, acerca de la trayectoria de estas familias en los SS.SS.CC. Como se ha tenido oportunidad de comentar con anterioridad, la mayoría de los hogares que formaban parte de este estudio eran participantes del programa FAF, por lo que se consideró este instrumento un buen candidato para recoger información sociodemográfica relevante. Con la finalidad de tener un instrumento común para todas las familias usuarias de los SS.SS.CC., se le pidió a los profesionales de estos dispositivos que completaran también esta ficha para el resto de familias, que sin ser participantes del FAF, decidieron colaborar en esta investigación.

– Ficha Sociodemográfica Simple (Lorence e Hidalgo, 2005). Con este instrumento se pretendió recabar información sociodemográfica relevante para describir a los menores pertenecientes al grupo de comparación, así como descartar la posible intervención de sus familias por parte de los SS.SS.CC.

Problemas de ajuste en la adolescencia: La información relativa a esta dimensión fue obtenida a través de un único instrumento aplicado a ambas muestras de adolescentes.

– Youth Self Report (YSR; Achenbach y Rescorla, 2001; Lemos et al., 1992a). Esta prueba forma parte de un sistema de evaluación multiaxial para examinar los problemas de ajuste de chicos y chicas adolescentes. Para esta investigación se ha utilizado inicialmente la versión adaptada al español de Lemos y colaboradores (1992a), que comprende un total de 113 ítems con una escala que oscila entre de 1 (*no es verdad*) y 3 (*muy verdadero*). Se añadieron 8 ítems más de la versión original del instrumento, lo cual permitió el cálculo de los dos indicadores generales, problemas de internalización y externalización, atendiendo al sistema de corrección de la versión original del instrumento.

  El YSR es una escala auto-informada diseñada para menores con edades comprendidas entre los 11 y 18 años que evalúa comportamientos desadaptativos en la adolescencia. Esta escala permite extraer puntuaciones para síndromes centrales considerados de primer orden (problemas atencionales y sociales, agresividad, quebrantamiento de normas, depresión, ansiedad…) y de segundo orden (problemas de internalización y

externalización). En concreto, esta investigación ha utilizado exclusivamente las dos subescalas de segundo orden que proporciona esta prueba, debido a su alta relevancia en la literatura empírica y su concordancia con los objetivos de nuestro estudio. A continuación, se describen ambos indicadores:

- Problemas de internalización: subescala de 31 ítems que mide las dificultades emocionales o de estado de ánimo de los menores. En concreto, esta subescala engloba información relacionada con el estado de ansiedad, depresión y quejas somáticas del individuo. El rango puede oscilar entre 0 y 62 puntos.
- Problemas de externalización: subescala de 32 ítems que evalúa los problemas relacionados con comportamientos antisociales, agresivos y delictivos. La puntuación mínima de esta subescala es de 0 puntos y la máxima de 64 puntos.

Los índices de fiabilidad en este estudio para las dimensiones de segundo orden del YSR fueron los siguientes: en la muestra de adolescentes en riesgo, α = .813 para los problemas de internalización y α = .876 para los problemas de externalización; mientras que en los de comparación se obtuvo un α = .763 para los problemas de internalización y α = .845 para los problemas externalizantes.

Situaciones y acontecimientos vitales estresantes o de riesgo: Esta información fue recogida a través de dos instrumentos, el primero —inventario de acontecimientos vitales estresantes— fue administrado a todos los adolescentes de la investigación, mientras que el segundo fue específico para las madres de la muestra en riesgo —inventario de situaciones estresantes y de riesgo—.

– Inventario de Acontecimientos Vitales Estresantes (AVE; Oliva, Jiménez et al., 2008). Instrumento autoadministrable para adolescentes, compuesto por un listado de 29 sucesos negativos o potencialmente problemáticos que recogen el tipo de experiencias estresantes que pueden darse durante la adolescencia en el ámbito personal, familiar, escolar y de los iguales en los últimos cinco años. Este instrumento ofrece dos puntuaciones diferentes: una medida asociado a cada una de las circunstancias experimentadas, en una escala tipo Likert que oscila desde 1 (*no me afectó negativamente*) a 10 (*me afecto muy negativamente*). En su versión original, este inventario incluye tanto circunstancias estresantes ajenas al control del adolescente como sujetas inicialmente al mismo. Los ítems referidos a este último dominio fueron excluidos en la presente investigación, puesto que se referían en gran medida a conductas inapropiadas que se solapan con los problemas de conducta evaluados en el YSR. Por consiguiente, en este estudio se utilizó una versión reducida de 15 eventos negativos, desestimándose 14 sucesos por las razones que se acaban de señalar.

– Inventario de Situaciones Estresantes y de Riesgo (ISER; Hidalgo et al., 2005). La versión original de esta escala se centra en diversos sucesos vitales estresantes (tanto de la trayectoria vital pasada como acaecidos en los últimos tres años) y evalúa la aparición o no de cada situación. Para este estudio se ha utilizado una versión reducida de 11 sucesos estresantes de importante relevancia empírica en el estudio de la socialización

parental, como por ejemplo, "sufrir maltrato durante la infancia" o "experimentar recientemente una relación de pareja conflictiva". Estos acontecimientos se agrupan en dos subescalas: trayectoria de riesgo individual (6 sucesos) y trayectoria de riesgo reciente en el entorno familiar (5 circunstancias). La puntuación total, denominada trayectoria de riesgo total, es fruto de un sumatorio de estas dos subescala. Esta prueba fue completada[2] por el profesional de la UTS en la entrevista inicial con las mujeres a cargo de los menores participantes de este estudio y, además, fue revisada por el personal universitario que entrevistó a las madres en el momento de la evaluación.

Sentimiento de controlabilidad parental: Para la evaluación de esta dimensión se consideró el instrumento que se describe a continuación.

– Parental Sense of Competence (PSOC; Johnston y Mash, 1989). Una escala conformada incialmente por 16 ítems y que ha sido diseñada para evaluar el sentimiento de competencia parental de los adultos a cargo de un menor. Los padres y las madres indican su nivel de acuerdo con respecto a cada ítem respondiendo con una escala tipo Likert de seis opciones de respuesta, desde 1 (*no, totalmente en desacuerdo*) a 6 (*sí, totalmente de acuerdo*). En las últimas décadas este instrumento ha recibido algunas críticas relacionadas con los ítems que componen las diferentes subescalas, circunstancia que ha propiciado la realización de diferentes análisis factoriales (Gilmore y Cuskelly, 2009; Ngai, Chan y Holroyd, 2007; Rogers y Matthews, 2004). Un análisis de conjunto de todas estas publicaciones hace que este trabajo haya optado por la propuesta de Menéndez, Jiménez y Hidalgo (2011) para familias en situación de riesgo psicosocial. Estas autoras proponen una solución de dos factores, relacionados con la percepción de eficacia y controlabilidad en el rol parental, desestimando 6 ítems de la escala original. En este trabajo, los datos que se ofrecen son aquellos referidos a la segunda dimensión, la controlabilidad parental. Esta subescala comprende 4 ítems relacionados con el grado de control que los adultos experimentan sobre sus responsabilidades parentales, de manera que las puntuaciones bajas reflejan la frustración o ansiedad en el desempeño de las funciones parentales. La puntuación total de esta subescala varía desde 4 a 24 puntos y la fiabilidad en este estudio empleando el coeficiente alfa de Cronbach fue de $\alpha = .501$, resultado muy similar al obtenido por las autoras que proponen este sistema de corrección.

Autoestima emocional de la madre: La información referente a esta dimensión se extrae del instrumento que se describe a continuación.

– Autoestima (AUT-17) (Gracia, Herrero y Musitu, 2002). Se trata de una prueba de 17 ítems con respuestas tipo Likert con cinco opciones con un rango de datos entre 1 (*muy en desacuerdo*) y 5 (*muy de acuerdo*). Este instrumento aporta una estimación tanto del nivel global de autoestima, como de la valoración que la persona hace de sí misma en cinco ámbitos: familiar, social, emocional, intelectual y físico. En este estudio solo se

[2] Puesto que la escala se diseñó tras la recogida de datos del 2005/2006, no formó parte de la batería de instrumentos de los adolescentes en riesgo hasta el segundo año de recogida (2006/2007).

ofrecen datos de uno de estos ámbitos, en concreto, del emocional. La subescala correspondiente se compone de 4 ítems y evalúa la percepción de la persona de su estado emocional. La puntuación total varía desde 4 a 20 puntos y el coeficiente de consistencia interna (alpha de Cronbach) obtenido fue de α = .564.

Socialización Parental: Se trata de la dimensión de análisis central de esta investigación, puesto que su evaluación permite responder a varios de los objetivos planteados en este trabajo.

– Escala de Socialización Parental en la Adolescencia (ESPA29; Musitu y García, 2001). Esta escala evalúa la percepción que tiene el adolescente sobre el estilo de socialización de sus progenitores en distintos escenarios representativos de la cultura occidental. El adolescente valora la actuación de su padre y/o de su madre en 29 situaciones significativas: 13 positivas (e.g, "si ordeno y cuido las cosas de mi casa") y 16 negativas (e.g., "si desobedezco a mi madre en algo"). Para este estudio se obtuvo información únicamente referente a la actuación de la madre, principalmente debido a la falta de implicación que suele existir entre los padres varones de las familias en situación de riesgo psicosocial en aspectos relacionados con la socialización parental y la alta tasa de monomarentalidad en estos hogares.

  Las respuestas a las preguntas asociadas con las situaciones cotidianas que recoge este instrumento permiten obtener puntuaciones para distintas subescalas que conforman, tras una fórmula matemática, una medida global para cada progenitor en las dimensiones de aceptación/implicación —las escalas que componen esta dimensión son afecto (13 ítems), diálogo (16 ítems), indiferencia (13 ítems) y displicencia (13 ítems)— y coerción/imposición —comprende las escalas coerción verbal (16 ítems), coerción física (16 ítems) y privación (16 ítems)—. Las puntuaciones en todas las subescalas oscilan entre 1 y 4 puntos y los índices de fiabilidad fueron los siguientes: la consistencia interna de aceptación / implicación para la muestra en riesgo fue de α = .85, mientras que para la de comparación fue de α = .730. En coerción / imposición, los adolescentes en riesgo obtuvieron una consistencia interna de α = .659, similar a la de los de comparación (α =.679).

  La combinación de estas dos dimensiones permite obtener el estilo de socialización parental característico de cada progenitora. En concreto, se habla de cuatro patrones educativos[3] —autorizativo, indulgente, autoritario o negligente—. En el bloque de resultados se explica detalladamente el procedimiento empleado para el establecimiento de tales estilos educativos (ver Capítulo 9, apartado 2.2.). En este mismo capítulo, se hace un tratamiento complementario de este instrumento centrado en el análisis de las situaciones cotidianas familiares que contempla.

  Para finalizar, dada la complejidad y dificultad de entendimiento de esta prueba para los adolescentes en riesgo si se administraba de forma auto-cumplimentable,

[3] Para una descripción detallada de estos estilos puede revisarse el apartado 1.2. del Capítulo 3, en el cual se presenta el modelo teórico propuesto por estos autores.

principalmente motivado por sus problemas de lecto-escritura y de concentración, se consideró más pertinente optar por un formato de entrevista semiestructurada con cada adolescente.

Cohesión familiar: La información referente a esta dimensión se recabó gracias a la cumplimentación del siguiente cuestionario.

– Family Adaptability and Cohesion Scale (FACES III; Olson, Portner y Lavee, 1985; adaptación de Vielva, Pantoja y Abeijón, 2001) [4]. Se empleó la escala de 20 ítems tipo Likert —con cinco alternativas de respuesta, desde 1 (*casi nunca*) a 5 (*casi siempre*) — traducida por Vielva, Pantoja y Abeijón (2001). Este instrumento evalúa el funcionamiento familiar a través de dos subescalas, cohesión y adaptabilidad familiar. En concreto, para este trabajo de investigación se ha utilizado únicamente la puntuación de cohesión familiar. Esta subescala comprende 10 ítems y evalúa los vínculos afectivos entre los miembros que componen el sistema familiar así como la promoción del desarrollo de cada uno de los integrantes. Su puntuación total oscila entre 10 y 50 y la medida de consistencia interna en este trabajo de investigación fue de α =.783.

3. Procedimiento.

Para recabar la información de este trabajo de investigación se ha llevado a cabo un trabajo de campo que ha sido, además de complejo, muy extendido en el tiempo. De hecho, se necesitaron cinco años de recogida de datos, desde 2005 hasta 2010, para completar las diferentes muestras de participantes consideradas en esta investigación.

En consonancia con la estructuración de contenidos seguida en capítulos anteriores, seguidamente se detalla el procedimiento desarrollado para recabar la información de las dos muestras de adolescentes. Cabe señalar que la recogida de datos en el caso de la muestra principal se llevó a cabo de acuerdo con un procedimiento diferente al seguido con la de comparación. Debido a estas diferencias, a continuación se exponen por separado los pasos seguidos en el trabajo de campo con ambos tipos de adolescentes.

3.1. Adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial.

El procedimiento empleado para recabar la información de los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. fue el más complejo y extenso. En concreto, la recogida de datos se inició en el curso académico 2005/2006 y finalizó en el 2009/2010.

En un **primer momento**, se requirió el consentimiento de la entidad pública responsable de los dispositivos sociales y de la participación de los profesionales que trabajaban en el mismo. Tras obtener autorización de los responsables de los SS.SS.CC., se comunicó a los técnicos de las UTS de la ciudad de Sevilla cuáles eran los objetivos y características del estudio, y se

[4] Hay que puntualizar que esta escala entró a formar parte de la batería de instrumentos de los adolescentes en riesgo en el curso académico 2006/2007, por lo que no se dispone de información de los adolescentes entrevistados durante el primer año de la recogida de datos.

recabó información acerca de los programas psicoeducativos que las UTS ofrecían a las familias usuarias. Posteriormente, y atendiendo a las características de la muestra de este estudio, se acordó con los profesionales de la UTS cuáles serían los programas, de los que se estaban desarrollando, que se ajustaban más al perfil adolescente que se buscaba. En concreto, se tomaron como requisitos: (1) chicos y chicas de familias usuarias de los SS.SS.CC. que, por circunstancias personales y/o familiares, se encontraban en una situación de riesgo psicosocial media; (2) menores con edades comprendidas entre los 11 y 17 años sin una deficiencia mental diagnosticada. Seguidamente, se seleccionaron aquellos programas dirigidos a los chicos y las chicas y/o a sus familias que estaban siendo objeto de intervenciones por razones de preservación familiar. Paralelamente, se solicitó a los profesionales la posibilidad de evaluar a otros adolescentes que, sin ser partícipes ni ellos ni sus familias de ningún programa psicoeducativo, reunieran los requisitos comentados anteriormente. Mediante estas dos vías de captación se alcanzó un tamaño muestral lo suficientemente amplio como para cumplir con los objetivos de la investigación.

En un **segundo momento**, se contactó directamente con los profesionales responsables de cada programa o centro social y se confirmó su participación voluntaria en el estudio. Posteriormente, se acordó un día y una hora para acudir a las dependencias de los SS.SS.CC. y entrevistar a los jóvenes y a sus familias. La cumplimentación de los cuestionarios se desarrolló en cada sala durante un periodo de en torno a 45 minutos. El procedimiento seguido fue diferente según la procedencia de los menores.

Adolescentes derivados por los programas psicoeducativos de los SS.SS.CC: los instrumentos para los chicos y las chicas fueron administrados por los miembros del equipo de investigación en las salas donde se estaban llevando a cabo los programas psicosociales referidos, aunque en algunas ocasiones fue necesario finalizar la evaluación fuera de este espacio. Un total de cuatro o cinco miembros del equipo se desplazaban al lugar acordado por los técnicos para administrar la batería de instrumentos a los chicos y las chicas citados (normalmente entre cuatro y siete menores). La recogida de información en el caso de los programas dirigidos a adolescentes fue diferente a la seguida en los programas destinados a los padres y las madres de estos menores. A continuación, de forma diferenciada, se describe el procedimiento seguido para ambos tipos de programas:

- *Programas para adolescentes* (DSA, Unidad de Día y Socioeducativo): una vez concertada la cita con los responsables de los programas se acudió al grupo, en el día y hora en el que se desarrollaban las intervenciones, y se entrevistó a aquellos adolescentes que cumplían con los requisitos exigidos.

- *Programa para madres y padres* (programa FAF): se solicitó al profesional responsable de cada grupo que fuera él mismo el que informara a los progenitores de este estudio, y tras su consentimiento, se les pidió que colaborasen con nosotros en una próxima sesión viniendo acompañados de sus hijos e hijas adolescentes, momento en el que se entrevistó a los menores.

Adolescentes derivados directamente de los centros sociales: como se recordará, un 8.97% de los menores no eran partícipes, ni ellos ni sus familias, de ninguno de los programas señalados anteriormente. Este grupo fue seleccionado por los profesionales de los centros sociales de los SS.SS.CC. ubicados en municipios cercanos a la ciudad de Sevilla (área metropolitana). Esta recogida de datos se desarrolló a lo largo del último curso académico (2009/2010). En la misma línea, los profesionales de estos centros fueron informados de las características del estudio y un alto porcentaje decidió participar voluntariamente. Ellos mismos seleccionaron a las familias, atendiendo a los criterios de selección referidos anteriormente, y citaron a los adolescentes para ser valorados.

En un **tercer momento**, la evaluación se extendió a las mujeres que estaban al frente del cuidado de estos menores. Con la ayuda de los profesionales se solicitó a las madres de los adolescentes que habían colaborado en este estudio que completaran diferentes instrumentos. En el caso de aquellos menores seleccionados a través del programa FAF el índice de participación fue muy elevado, así como el de las madres que provenían de los centros sociales ubicados en el área metropolitana de Sevilla. No obstante, las madres procedentes del resto de programas psicosociales referidos se mostraron más reacias a colaborar que el resto. Estas adultas fueron entrevistadas en las dependencias de la UTS y, en el caso de las participantes del programa FAF, en el mismo horario y lugar en el que se desarrollaba el programa. La duración de esta evaluación fue aproximadamente de 20 minutos, y el tiempo transcurrido entre la entrevista del adolescente y de la madre osciló como media entre una y dos semanas.

Para finalizar, y en un **cuarto momento**, se solicitó a los técnicos que cumplimentaran dos de las escalas que conformaban la batería de instrumentos de este estudio, el PSD y el ISER. Como se describe en el apartado de instrumentos (ver Capítulo 5, apartado 2), ambos cuestionarios tratan asuntos muy íntimos de las mujeres adultas y sus familias por lo que la colaboración de los profesionales en esta fase fue fundamental.

3.2. Adolescentes del grupo de comparación.

El procedimiento empleado en la muestra de adolescentes de comparación fue más sencillo y corto en el tiempo que el que se acaba de describir. El trabajo de campo transcurrió durante el curso académico 2009/2010 y la selección de los participantes se planteó de cara a que este grupo no difiriera del de riesgo, en edad y sexo, y, por lo tanto, ambos pudieran ser comparables en los análisis.

Para la selección de estos menores se realizó un muestreo aleatorio estratificado por conglomerados, teniéndose en cuenta (además de la edad y sexo de los adolescentes) la titularidad del centro educativo. Para ello, se tomaron en consideración las bases de datos de los centros sevillanos que la Junta de Andalucía tiene publicadas en su web. Con esta técnica de muestreo se eligieron aleatoriamente 14 centros educativos, 9 públicos y cinco privados/concertados. Además, se seleccionaron otros 20 para disponer de una lista de reserva, a la cual se acudiría en el caso de que alguno de los primeros no quisiera colaborar. Los adolescentes se eligieron de varios centros educativos ubicados en distintos distritos de la

ciudad, permitiendo con ello disponer de una muestra representativa de chicos y chicas de Sevilla.

En un **primer momento**, se contactó con todos los centros seleccionados mediante correo ordinario para explicar los objetivos y características del estudio, seguido de un contacto telefónico con el equipo directivo del mismo. Confirmada su participación, en un **segundo momento** los profesores del centro escogieron aleatoriamente una o dos clases de los distintos cursos (desde 6º primaria a 2º de Bachiller) dependiendo del índice de alumnado. Asimismo, de aquellos centros educativos que disponían de un número elevado de matriculados se seleccionaron dos clases por niveles educativos, mientras que de los que tenían pocos matriculados escogieron solo una clase por nivel. Elegidas las clases, en un **tercer momento** los tutores facilitaron, a través del alumnado, una carta explicativa para que los progenitores conocieran el objeto de la investigación y firmaran su no consentimiento en el caso de que estuvieran en desacuerdo con la participación de su hijo o hija en la investigación.

En un **cuarto momento**, se eligió a los adolescentes que iban a participar en el estudio. La selección de los menores por aula fue nuevamente aleatoria, para ello se utilizó el número de lista de clase asignado a cada alumnado. Se optó por aquellos menores cuyo número en la lista era múltiplo de cinco (el nº5, nº10, nº15 y así sucesivamente), siendo aproximadamente cinco o seis los candidatos a participar en el estudio de cada clase. Seguidamente, un equipo de tres o cuatro personas se desplazó al centro para entrevistar a estos menores y en una sala aparte se les administró la batería de instrumentos que ya se ha descrito. La duración de esta evaluación fue aproximadamente de 50 minutos.

Finalmente, en un **quinto momento**, y para garantizar el cumplimiento del requisito central de esta muestra de adolescentes (crecer en familias no usuarias de los SS.SS.CC) se preguntó a los profesores y/o tutores de cada clase si tenían conocimiento o dudas de que alguna de las familias de los menores entrevistados estuviese recibiendo algún tipo de intervención familiar por parte de los SS.SS. Esta comprobación supuso la eliminación de cinco de los adolescentes del grupo de comparación.

3.3. Síntesis del procedimiento de la investigación.

Como se ha comentado previamente, la fase de recogida de datos de esta investigación abarcó seis años. Si se atiende a los periodos de tiempo que comprenden los cursos académicos desde el 2005/2006 hasta el 2009/2010, las actuaciones relacionadas con la recogida de datos durante estos años indican que: durante los primeros cuatro cursos académicos, la investigación estuvo centrada en recabar información de los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS, mientras que la dedicación en el último curso académico se hizo extensiva a la muestra de adolescentes de comparación. A continuación, se presenta una tabla resumen en la que se exponen los instrumentos administrados en cada uno de esos periodos (ver Tabla 10).

Tabla 10. Instrumentos administrados por curso académico y fuente de información.

	05-06	06-07	07-08	08-09	09-10
ADOLESCENTES					
Ficha Sociodemográfica Simple (PSS)	SI®	SI®	SI®	SI®	SI®/SI©
Problemas de ajuste (YSR)	SI®	SI®	SI®	SI®	SI®/SI©
Acontecimientos vitales estresantes (SVE)	SI®	SI®	SI®	SI®	SI®/SI©
Estilos de socialización familiar (ESPA29)	SI®	SI®	SI®	SI®	SI®/SI©
MUJERES RESPONSABLES DE LOS MENORES					
Cohesión familiar (FACES)	NO®	SI®	SI®	SI®	SI®/NO©
Controlabilidad parental (PSOC)	SI®	SI®	SI®	SI®	SI®/NO©
Autoestima emocional (AUT-17)	SI®	SI®	SI®	SI®	SI®/NO©
PROFESIONALES DE LOS SS.SS.CC					
Ficha Sociodemográfica Extensa (PSD)	SI®	SI®	SI®	SI®	SI®/NO©
Situaciones estresantes y/o de riesgo (ISER)	NO®	SI®	SI®	SI®	SI®/NO©

® muestra de adolescentes en riesgo; © muestra de adolescentes del grupo de comparación

Capítulo 6.

Plan de análisis.

En este apartado se describen las estrategias metodológicas asumidas en este trabajo de investigación, así como el procedimiento seguido para los análisis exploratorios y confirmatorios de los datos. Para ello, se han considerado distintos manuales de estadística entre ellos, los más destacados han sido Hair y otros (2008), Lévy y Mallou (2006) y Tabachnick y Fidell (2007). Los paquetes estadísticos empleados fueron el SPSS (versión 15.1) y el EQS (versión 6.1).

1. Diseño metodológico.

Esta investigación se ha llevado a cabo de acuerdo con un diseño no experimental puesto que los fenómenos se observaron tal y como ocurrieron naturalmente, sin intervenir en su desarrollo. En concreto, la metodología de este estudio puede definirse como de carácter tanto cuantitativo como cualitativo. Así, como técnica cuantitativa se utilizó la encuesta, mientras que para recabar la información cualitativa se usó la técnica Delphi. Por lo tanto, los métodos empleados permiten situarnos en un modelo de investigación mixto con datos de diferente naturaleza.

En cuanto al registro de la información estamos ante una investigación descriptiva, dado que se detallan e interpretan sistemáticamente un conjunto de hechos relacionados con el fenómeno de estudio (Montero y León, 2007). En función del periodo y frecuencia de los hechos se trata de un diseño transversal, en el que la información fue recabada en un único momento, y el mismo fenómeno se analiza mediante un registro puntual de los datos a través de varios periodos temporales cuasi-comparables entre sí (Ato, 1991; Chacón, Shadish y Cook, 2008; Shadish, Cook y Campbell, 2002).

Atendiendo al procedimiento seguido para la recogida de datos, se diferencian dos tipos de diseño (Montero y León, 2007):

- Por un lado, el diseño seguido para los adolescentes fue retrospectivo con dos grupos, uno de cuasi-control. De este modo, la muestra central de estudio es aquella que estaba siendo atendida por los SS.SS.CC. (adolescentes en riesgo) mientras que la de referencia o comparativa se diferencia de la primera en no haber recibido ninguna intervención por parte de este dispositivo de apoyo (adolescentes del grupo de comparación).
- Por otro lado, la información recabada de los expertos se desarrolló mediante la técnica Delphi; método de estructuración de un proceso de comunicación grupal que es efectivo a la hora de permitir a un grupo de individuos, como un todo, tratar un problema complejo (Linstone y Turoff, 1975, cit. en Landeta, 1999). Las características básicas que han definido esta técnica han sido el mantenimiento del anonimato de los participantes, el feedback controlado y la respuesta estadística de grupo. Según la revisión de

clasificaciones que presenta Landeta (1999), la técnica Delphi aplicada en esta investigación reunía los siguientes criterios: en cuanto al soporte que permitió la obtención de los resultados se considera una Delphi de tipo convencional, puesto que hace uso de un cuestionario remitido por correo; según los objetivos que perseguía se define como una Delphi orientada al consenso, siendo la búsqueda del acuerdo entre los expertos la que garantiza la validez de la técnica; y, finalmente, según su utilización se considera una Delphi de estimación consensuada, en la que los participantes son expertos en el campo específico de aplicación y se busca un consenso mayoritario sobre el tema de estudio (para más detalles, consultar el apartado 2.3.1. del Capítulo 9).

Para concluir, cabe resaltar que las características metodológicas asumidas en esta investigación planteaban una relación entre variables principalmente de covariación (entendida como bidireccional) más que de causalidad (también interpretada como unidireccional).

2. Análisis exploratorio de los datos.

En primer lugar se exploraron los datos obtenidos con un conjunto de herramientas estadísticas que permitieron un examen previo de los indicadores incluidos en este estudio. En concreto, este análisis ha supuesto: el tratamiento de los datos perdidos (2.1.), el examen individual de las variables de estudio (2.2.), la detección de casos extremos (*outliers*) (2.3.), y la comprobación de los supuestos subyacentes a las técnicas confirmatorias empleadas (2.4.). Este análisis exploratorio ha determinado las técnicas estadísticas univariantes y multivariantes a emplear posteriormente. A continuación, se describe de forma minuciosa el procedimiento seguido en cada caso.

2.1. Tratamiento de valores perdidos.

En este trabajo de investigación se ha explorado la existencia de datos perdidos para los ítems de las dimensiones: problemas de internalización y externalización (YSR), controlabilidad parental (PSOC), autoestima de la madre (AUT), aceptación/implicación y coerción/ imposición parental (ESPA29) y cohesión familiar (FACES); sin embargo, este tratamiento no se ha seguido para los datos perdidos del resto de instrumentos considerados: caracterización sociodemográfica (PSD, PSS) y elementos de riesgo y/o circunstancias de riesgo (ISER, AVE). Como se puede observar, la identificación y sustitución de valores perdidos se ha realizado únicamente sobre aquellas dimensiones cuantitativas que, cumplidos los criterios o condiciones que se comentan a continuación, presentan puntuaciones totales fruto del sumatorio de ítems.

La imputación de datos, o sustitución de valores, se desarrolló de forma independiente para cada instrumento y muestra de adolescente (por un lado los de riesgo y, por otro lado, los de comparación). El tratamiento de estos datos solo fue desarrollado cuando se cumplieron dos condiciones: 1) referente al ítem: no existía una pérdida superior del valor en el 5% de la muestra; 2) referente al sujeto: no presentaba una pérdida superior al 5% en la escala o subescala que comprendía el valor perdido que se quería imputar. Ante el cumplimiento de

ambos supuestos se ha empleado un procedimiento de estimación por máxima verosimilitud, el cual tiene por objetivo realizar aproximaciones de los parámetros de una distribución cuando faltan datos. En esta investigación, los datos perdidos asumieron un patrón aleatorio (MAR) y la distribución marginal de los registros observados se asoció a una función de verosimilitud para un parámetro Φ desconocido, por lo que el modelo resultó adecuado para el conjunto de datos completos.

Específicamente, el procedimiento empleado en esta investigación para maximizar la verosimilitud de estos datos fue el método de estimación simple denominado algoritmo EM. Este mecanismo emplea un algoritmo que maximiza la función de probabilidad para estimar la matriz de varianzas y covarianzas, así como el vector de medias a partir de matrices de datos incompletas (San Luis, Hernández y Ramírez, 1997; Schafer y Olsen, 1998). Para ello, se empleó el paquete estadístico del SPSS, versión 15.1.

2.2. Examen de la distribución de las variables de estudio.

En los resultados de esta investigación se han descrito de forma minuciosa todas las variables cualitativas (dicotómicas y ordinales) y cuantitativas incluidas en este trabajo. En concreto, los aspectos descritos para cada tipo de variable se comentan a continuación.

Por un lado, referente a las **variables cualitativas** se presenta el tamaño de la muestra así como la distribución de sus frecuencias y porcentajes, mientras que para las **cuantitativas**, además del tamaño muestral, se exponen las puntuaciones mínimas y máximas obtenidas, la media como estadístico de tendencia central (*M*), la desviación tipo como medida de dispersión (*DT*) e incluso, en determinadas ocasiones, se dispone del coeficiente de variación de Pearson (*CV*) que permite comprobar la variabilidad entre grupos con distinta media. En complemento a esta exploración, para el grupo de adolescentes en riesgo la descripción de las variables cuantitativas se acompañó de la representación visual de la distribución de los datos mediante un histograma y, además, todas éstas se pusieron en relación entre sí mediante análisis correlacionales utilizando el coeficiente de Pearson (para variables cuantitativas) o el de Spearman (para ordinales). Este análisis se completó con el examen univariado de los casos extremos y la comprobación de supuestos fundamentales.

Como se verá posteriormente, este examen se realizó con mayor detenimiento para los chicos y las chicas en riesgo que para los de comparación. En el caso de estos últimos, los estadísticos descriptivos señalados se presentaron al hilo de las comparaciones entre ambas muestras.

2.3. Tratamiento de casos extremos.

Una vez tratados los valores perdidos, se examinó la presencia de casos extremos que pudieran estar sesgando los resultados de esta investigación. La identificación, descripción y tratamiento de los mismos se hizo de forma independiente para cada análisis estadístico. A continuación se detallan los aspectos estadísticos que se tuvieron en cuenta.

El procedimiento exploratorio llevado a cabo para la identificación de los casos extremos, tanto univariantes como multivariantes, no fue el mismo para todas las técnicas estadísticas utilizadas. El método empleado variaba dependiendo del grado de sensibilidad de la técnica a la presencia de estos valores.

En primer lugar, en relación a los **casos extremos univariantes**, para su detección se analizaron los diagramas de caja y bigotes de cada una de las variables consideradas en este trabajo de forma independiente. Este diagrama se representa mediante una caja rectangular, la cual resume la distribución de los valores de una variable, y comprende tanto la mediana de los datos como el recorrido intercuartílico (IQR) del mismo. Concretamente, se consideraron como valores extremos aquellas observaciones que se situaron más alejadas de 3 IQR (Martín, Cabero, De Paz, 2007). En relación a la descripción de estos casos, y como se podrá comprobar posteriormente en la presentación de los resultados, los casos extremos univariantes por variable se describieron junto con la presentación de los histogramas.

En segundo lugar, se desarrollaron diferentes análisis exploratorios para la detección de los **casos extremos multivariantes**. En todos los casos se analizaron visualmente los gráficos de residuos estandarizados, para comprobar si alguna de las observaciones se desviaba marcadamente de las demás. De forma complementaria se llevó a cabo un análisis numérico para la identificación y para su tratamiento de valores extremos, aunque éste no fue el mismo para todos los análisis:

- El procedimiento empleado para la detección de valores extremos influyentes en cada técnica estadística, a excepción de los análisis de conglomerados realizados, fue el que se describe a continuación. Se computó el estadístico t para el conjunto de dimensiones a incluir en cada análisis específico, para posteriormente ser comparado con los residuos eliminados estandarizados (SDR). En aquellos casos en los que los residuos superaron el valor marcado por la prueba t (outlier), se halló la distancia de Cook y se utilizó la distribución F de Snedecor para comprobar su influencia. En relación al tratamiento de los valores, solo fueron considerados para su eliminación aquellos casos extremos cuya distancia de Cook mostrara ser influyente para el modelo estimado (Cubiles, 2009). Complementariamente, se observaron también los gráficos de dispersión de residuos.

- El análisis de clúster es una técnica cuyos resultados se alteran fácilmente por la existencia de casos anómalos (outliers) muy diferentes al resto. Por ello, el procedimiento seleccionado para identificar los valores extremos fue más sensible a la identificación de los mismos que el presentado anteriormente. Se utilizó la distancia D^2 de Mahalanobis, la cual ofrece una medida del grado en que un sujeto determinado está realizando un efecto palanca en un conjunto de variables concretas. Posteriormente, se examinaron los valores críticos de la distribución chi-cuadrado con un número de grados de libertad igual al número de variables incluidas. En relación al tratamiento de los valores extremos se eliminaron aquellos casos que resultaron significativos estadísticamente para un criterio de significación de $p < .001$ (Hair et al., 2008).

2.4. Comprobación de supuestos fundamentales.

Como se puede observar en la Tabla 11, no todas las técnicas requieren de la contrastación de unos supuestos específicos, solo en el caso de las pruebas paramétricas es necesario efectuar tales comprobaciones. A continuación, se presentan los procedimientos empleados para la evidencia de los supuestos fundamentales exigidos por las distintas técnicas estadísticas llevadas a cabo en esta investigación. Concretamente, se describen los supuestos que presentan un método de comprobación más laborioso.

- ✓ En relación a la **normalidad univariada**, se exploraron los histogramas para observar su distribución, así como los tests estadísticos de simetría ($z_{simetría}$ = simetría / raíz cuadrada de 6/N) y curtosis ($z_{curtosis}$ = curtosis / raíz cuadrada de 24/N) para evaluar la normalidad. El límite crítico de estos estadísticos fue ±2.58 (a un nivel de significación $p < .001$), por lo que se rechazó el supuesto de normalidad de la distribución cuando los estadísticos excedían dicho valor (Hair et al., 2008). Ante el incumplimiento de la normalidad univariada, cabe señalar que los contrastes de medias paramétricos (ANOVA) fueron desarrollados igualmente si se cumplía la condición de Peña (2002), consistente en tamaños de muestras grandes ($n > 100$). De tal modo que, a partir de ahora, cuando se señale la existencia de problemas de normalidad en ANOVAs será porque se incumple ambas condiciones descritas (problemas de simetría o curtosis unido a tamaños de grupos pequeños).

- ✓ Para las técnicas multivariantes, se comprobó también la **normalidad multivariante** de los datos, mediante el gráfico de probabilidad normal de los residuos estandarizados. En el caso de los modelos de ecuaciones estructurales, la normalidad multivariante fue contrastada a través del estadístico de Mardia a un nivel de significación de $p < .001$.

- ✓ La **linealidad de las relaciones** fue explorada a través de los gráficos de dispersión de los residuos estandarizados entre cada par de variables incluida en los análisis. Esta exploración visual permitió identificar la existencia de cualquier desplazamiento de la linealidad que pudiera estar impactando la correlación entre variables.

- ✓ La **homogeneidad de varianza** entre grupos fue contrastada para los análisis univariantes empleando el test de Levene. Dada la sensibilidad de este estadístico, en los análisis de contrastes se comprobó también si los tamaños muestrales eran desiguales. De tal modo que en aquellos casos en los que las muestras a comparar eran similares en tamaño (siguiendo el criterio de Peña (2002), el grupo más grande no debe resultar más del doble que el más pequeño), se aprobó la asunción de homogeneidad de varianza. Por otro lado, en los análisis multivariantes se analizaron gráficamente los residuos estandarizados de las distintas variables independientes sobre la dependiente. Complementariamente se utilizó un criterio de comparabilidad de varianzas, siguiendo las recomendaciones de Tabachnick y Fidell (2007). Estos autores indican que la homogeneidad de las varianzas se puede considerar válida cuando la ratio entre la varianza mayor y la menor es inferior a diez puntos (en el caso de tamaños de muestra equiparables) o a tres puntos (en el caso de tamaños de muestras desiguales). Del mismo modo que ocurría con la normalidad univariada, los problemas de homogeneidad de varianza serán destacados y detallados en

los análisis únicamente cuando los procedimientos utilizados para su comprobación aporten muestras de heterocedasticidad.

- ✓ En la técnicas multivariantes se exploró la existencia de la **no co-linealidad** entre las variables. El método más sencillo para evaluar la multicolinealidad es examinar la matriz de correlación de las variables independientes. La presencia de una elevada correlación es la primera indicación de una elevada colinealidad. El criterio considerado para sospechar de colinealidad entre pares de variables fue un coeficiente de correlación superior a .85 para los modelos de ecuaciones estructurales (Kline, 2005), y a .90 para el resto de técnicas que exigen este supuesto. Además, en los análisis de regresión se observó el valor de tolerancia y su inverso, el factor de inflación de la varianza (VIF). Estas medidas informan sobre el grado en el que cada variable independiente se explica por otras independientes. La tolerancia es la cantidad de variabilidad de las variables independientes seleccionadas no explicadas por el resto. Por tanto, un valor reducido en este indicador (y elevados valores VIF) denotan una elevada colinealidad. Puede establecer un umbral de tolerancia en un valor de .10 que corresponde a valores VIF por encima de 10.

- ✓ Con el estadístico Durbin-Watson se comprobó **la independencia de los residuos** de los análisis de regresión lineal múltiple, de tal manera que si éste presentaba un valor dentro del rango recomendado (1.5-2.5), este supuesto era dado por válido.

3. Análisis confirmatorio de los datos.

Descrito el plan de análisis exploratorio de los datos se exponen, brevemente, las técnicas estadísticas llevadas a cabo para dar respuesta a los objetivos de este trabajo. Estas técnicas son clasificadas en univariantes y multivariantes, según el número de variables dependientes incluidas en el análisis.

Univariantes: comparación entre grupos independientes para variables cualitativas (tablas 2x2 y superior) y cuantitativas (prueba paramétrica −ANOVA− y no paramétrica); contrastes paramétricos entre grupos apareados según variables cuantitativas; y comparación de una media observada con una media teórica.

Multivariantes: técnicas de dependencia (análisis de regresión lineal múltiple y análisis multivariado de varianza); técnicas de interdependencia (análisis de conglomerados jerárquico y no jerárquico); y técnica avanzada emergente (modelo de ecuaciones estructurales).

En función del cumplimiento de los supuestos exigidos de las técnicas realizadas, se han desarrollado pruebas paramétricas o no paramétricas. En la Tabla 11 se presenta un resumen de los aspectos que se han tenido en cuenta para el desarrollo de los análisis de forma diferenciada por cada técnica estadística. En dicha tabla se describe de forma resumida la utilidad de la técnica, el nivel de significación empleado para la interpretación de los estadísticos obtenidos y los criterios considerados para determinar el tamaño del efecto. En relación con este útlimo, es preciso señalar que en el bloque de resultados solo se ofrece

cuando el valor del estadístico resultó significativo ($p < .05$) o existía una tendencia marginal ($p < .10$). Como se verá en el bloque de discusión, siempre que proceda los resultados serán interpretados en función de sus tamaños de efecto.

Tabla 11. Descripción de las técnicas estadísticas empleadas en la investigación.

Descripción	Técnica estadística	Examen-nivel de significación	Tamaño del efecto (Cohen, 1988)
Comparación entre grupos independientes según variables cualitativas	Tabla 2x2: análisis de contingencias (prueba chi-cuadrado con la corrección de Yates por continuidad)	Examen conjunto: estadístico χ^2 a un nivel de significación inferior a .05	Despreciable ($\varphi \leq .10$) Baja (>.10 $\varphi \leq .30$) Media (>.30 $\varphi \leq .50$) Alta (φ >.50)
	Tabla no 2x2: análisis de contingencias (prueba de chi-cuadrado)	Examen específico: residuos tipificados corregidos a un nivel de significación inferior a .05. ($r_z = \pm 1.96$)	Despreciable ($V_{cramer} \leq .10$) Baja (>.10 $V_{cramer} \leq .30$) Media (>.30 $V_{cramer} \leq .50$) Alta (V_{cramer} >.50)
Comparación de una media observada con una media teórica	Prueba t para una muestra	Estadístico *t* de Student a un nivel de significación inferior a .05	—
Comparación entre dos grupos apareados o relacionados	Prueba *t* para muestras relacionadas	Estadístico *t* de Student a un nivel de significación inferior a .05	Despreciable (d < .20) Baja (>.20 $d \leq .50$) Media (>.50 $d \leq .80$) Alta (d >.80)
Comparación entre dos grupos independientes según variables cuantitativas	Pruebas paramétricas: análisis univariado de varianza (ANOVA)	Estadístico *F* de Snedecor a un nivel de significación inferior a .05	Despreciable (d < .20) Baja (>.20 $d \leq .50$) Media (>.50 $d \leq .80$) Alta (d >.80)
	Pruebas no paramétricas: prueba de Mann Whitney	Estadístico *U* de Mann Whitney a un nivel de significación inferior a .05	—
Comparación entre tres grupos independientes según variables cuantitativas	Pruebas paramétricas: análisis de varianza (ANOVA) y contrastes post-hoc (prueba de Tukey)	Examen conjunto: Estadístico *F* a un nivel de significación inferior a .05 Examen específico (Post-hoc): Estadístico *DFS* a un nivel de significación inferior a .05	Despreciable (d < .20) Baja (>.20 $d \leq .50$) Media (>.50 $d \leq .80$) Alta (d >.80)
	Pruebas no paramétricas: prueba de Kruskall Wallis y contrastes post-hoc (prueba de Mann Whitney)	Examen conjunto: Estadístico *H* de Kruskall Wallis a un nivel de significación inferior a .05 Examen específico (post-hoc): Estadístico *U* de	—

Descripción	Técnica estadística	Examen-nivel de significación	Tamaño del efecto (Cohen, 1988)
		Mann Whitney a un nivel de significación inferior a .017	
Comparaciones entre grupos en torno a un conjunto de variables cuantitativas dependientes	Análisis multiviariado de varianza (MANOVA)	Examen conjunto: Estadístico *F* de la prueba Lambda de Wilks a un nivel de significación inferior a .05 Examen específico (Post-hoc, ANOVA): Estadístico *F* de Snedecor a un nivel de significación inferior a .05	Despreciable (η^2 < .01) Baja (>.01 η^2 ≤.06) Media (>.06 η^2 ≤.15) Alta (η^2 >.15) Despreciable (*d* < .20) Baja (>.20 *d* ≤ .50) Media (>.50 *d* ≤.80) Alta (*d* >.80)
Modelo matemático para estimar el efecto de una/a variable/s (VI/s) sobre otra (VD), ambas cuantitativas	**Análisis de regresión lineal múltiple (Previo al análisis, se tipificaron en puntuaciones z las variables independientes (VIs) incluidas en el modelo)	Examen conjunto: Estadístico de F en cada paso a un nivel de significación inferior a .05 Examen específico: Prueba *t* calculada para el coeficiente estandarizado β de cada variable a un nivel de significación inferior a .05	Despreciable (R^2 < .02) Baja (>.02 R^2 ≤.13) Media (>.13 R^2 ≤.26) Alta (R^2 >.26) Despreciable (rs^2 < .01) Baja (>.01 rs^2 ≤.09) Media (>.09 rs^2 ≤.25) Alta (rs^2 >.25)
Clasificar a la muestra de individuos en grupos lo más homogéneos posible en base a las variables observadas	**Análisis de conglomerados no jerárquico y jerárquico (Previo al análisis, se tipificaron en puntuaciones z las variables incluidas en el análisis)	Examen del análisis jerárquico: Se analizaron los coeficientes de aglomeración y el dendograma Examen del análisis no jerárquico: La diferencias entre clústers se analizó atendiendo al estadístico F de los ANOVA a un nivel de significación inferior a .05	—
Contrastación de un modelo teórico	**Modelo de ecuaciones estructurales (Previo al análisis, se tipificaron en puntuaciones z las variables incluidas en el análisis)	Examen de la bondad de ajuste absoluto: Prueba de χ^2 (a un nivel de significación superior a .05), RMSEA (<.08), GFI (>.90), IC al 90% Examen de la bondad de ajuste relativo: CFI (>.90), IFI (>.90), NNFI (>.90) y AGFI (>.90)	—

** El procedimiento empleado para esta técnica estadística será detallado posteriormente.

Para finalizar, se ofrece una descripción pormenorizada de las tres técnicas multivariantes de mayor complejidad del estudio: el análisis de regresión lineal múltiple, los análisis de conglomerados y el modelo de ecuaciones estructurales.

Referente a los **anális de regresión lineal múltiple**, el procedimiento seguido se detalla a continuación. Siguiendo las recomendaciones de Tabachnick y Fidell (2007), todas las dimensiones cuantitativas incluidas en el modelo han sido estandarizadas, con objeto de evitar que las distintas escalas de las varibles pudieran influir en los resultados del análisis y salvaguardar el principio de normalidad. Para los distintos modelos de regresión llevados a cabo, se interpreta el valor del estadístico *F* y la relevancia clínica del mismo mediante los valores de la R^2 y R^2 de cambio, indicando la proporción de varianza explicada para el modelo global. Para cada variable introducida en el modelo, se presenta su coeficiente de regresión estandarizado (β), la prueba *t* con su nivel de significatividad, y el valor de la correlación semiparcial al cuadrado (rs^2), que indica la contribución específica de cada variable a la varianza total explicada por el modelo y que es considerada una medida del tamaño del efecto de cada indicador específico en el modelo global.

Cabe destacar que en todos los casos se ha desarrollado este análisis con la finalidad no solo de identificar los efectos principales que determinadas variables independientes (predictoras) ejercen sobre una variable dependiente (criterio), sino que también se ha estudiado la posible presencia de efectos moderadores en el modelo. Este efecto ocurre cuando una variable moderadora (una segunda variable independiente) cambia la forma de la relación entre otra variable independiente y la variable criterio, de manera que las pendientes de las rectas son consideradas estadísticamente distintas.

El término moderador se emplea para hacer referencia a una variable compuesta, formada por la multiplicación de las dos variables independientes que entran en la ecuación de regresión. Dada la multicolinealidad entre las variables antiguas y nuevas, es necesario estimar en primer lugar la ecuación original (sin moderar) y, a continuación, estimar la relación moderada. Si el cambio en R^2 es estadísticamente significativo, entonces se habla de la presencia de un efecto moderador significativo. Hay que señalar que en aquellos casos en los que se observa una moderación, la interpretación de las variables del modelo se hace atendiendo al coeficiente de regresión estandarizado y al valor de la correlación semiparcial al cuadrado del efecto interactivo, no a las medidas de las variables individuales. Además, cuando la interación entre la variable predictora y la moderadora resulta significativa, se lleva a cabo un test de pendientes simples basado en el estadístico *t* de Student (Aiken y West, 1991) que permite identificar exactamente la/s combinación/es entre ambas variables que explica la variable criterio.

Por otra parte, se han desarrollado **análisis de conglomerados** siguiendo las recomendaciones del manual de Hair y colaboradores (2008). Esta técnica multivariante pretende agrupar a los casos basándose en las características comunes que poseen, de tal manera que los sujetos de un mismo clúster presentan un alto grado de homogeneidad interna (dentro del conglomerado) y un alto grado de hetereogeneidad externa (entre conglomerados). Para contrastar estas diferencias se ha utilizado un procedimiento

combinado, el cual combina un análisis exploratorio con otro confirmatorio. Como señala Penelas (1998, cit. en Hair et al., 2008), el método combinado ha tenido un gran impacto en la investigación de los últimos años. La combinación preferida ha sido la aplicación conjunta del método de Ward (procedimiento de conglomerados jerárquico) y el *k* medias (procedimiento de conglomerados no jerárquico), determinando el número de clústers con el primero y empleando después los grupos obtenidos con el método no jerárquico. Cabe señalar que todas las variables incluidas en el modelo fueron estandarizadas previamente para no encontrar con inconsistencias entre las soluciones de los clústers cuando cambia la escala de las variables. A continuación, se detallan ambos procedimientos.

En un primer momento se llevó a cabo un análisis exploratorio, a través del procedimiento de conglomerados jerárquico. Se trata de un procedimiento aglomerativo que realiza diferentes agrupaciones de sujetos en función de su similitud hasta llegar a la formación de un único grupo, constituido por todos los elementos de la muestra. Por un lado, el método de agrupamiento seleccionado fue el método Ward, con el que cada paso del procedimiento de aglomeración minimiza la suma de los cuadrados dentro del conglomerado para todas las particiones obtenidas, mediante la combinación de dos grupos en un paso previo. Este procedimiento tiende a agrupar los clústers con un número reducido de observaciones, y aporta una tipología con un número aproximado de observaciones. El método Ward tiende a sobrevalorar a los casos atípicos, lo cual suele influir en la solución final, por esta razón, y como ya se ha descrito en el apartado sobre tratamiento de casos extremos, el análisis de conglomerados requiere una identificación precisa de tales casos. Por otro lado, la medida de distancia empleada fue la distancia euclídea al cuadrado, la cual es la más usada por los investigadores en la actualidad.

Para la toma de decisión relativa al número de conglomerados se observaron los coeficientes de aglomeración resultantes. El elevado número de sujetos incluidos en el análisis dificultó la interpretación visual del dendograma, procedimiento que gráficamente describe las etapas del proceso de agrupación y las distancias a las que se han unido los distintos conglomerados. El coeficiente de aglomeración evalúa los cambios en el coeficiente a cada nivel de proceso jerárquico, de tal manera que los coeficientes pequeños indican que están surgiendo conglomerados claramente homogéneos. Unir dos conglomerados muy diferentes produce un coeficiente muy grande o un gran porcentaje de cambio en el coeficiente. Por lo tanto, el análisis de estos coeficientes persigue la búsqueda de grandes aumentos del valor para determinar el número de clúster posibles.

Tras el análisis jerárquico, se efectuó uno de carácter confirmatorio, empleando el procedimiento de conglomerados no jerárquico con *k* medias. Este método permite procesar un número ilimitado de casos y agruparlos atendiendo a las distancias existentes entre ellos en un número de variables. Concretamente, este procedimiento asigna a cada observación el conglomerado que se encuentra más próximo en términos del centroide. En esta investigación se desarrollaron tantos análisis de conglomerados no jerárquico como posibles soluciones se evidenciaron en el análisis exploratorio.

Aparte de los análisis expuestos hasta el momento, en este trabajo se ha comprobado la validación empírica de un modelo teórico mediante una técnica que se denomina **modelo de**

ecuaciones estructurales (*Structural Equation Model*, SEM) con la ayuda del programa estadístico EQS (versión 6.1). Concretamente el método empleado fue *path analysis* o análisis de trayectorias. El *path analyisis* es en la actualidad el método más empleado para probar conjuntos de supuestos causales entre variables de un estudio, y se encuentra estrechamente relacionado con el análisis de regresión múltiple, aunque éste (el SEM) es fundamentalmente un método explicativo. Esta técnica permite examinar de manera simultánea las relaciones dependientes que integran una propuesta teórica, convirtiéndose una misma variable dependiente en ulteriores relaciones de dependencia. Por consiguiente, este análisis plantea un modelo teórico con un sistema completo de variables y ecuaciones que contrasta posible relaciones causales. No obstante, es necesario señalar que este análisis no permite demostrar de forma definitiva la existencia de causalidad entre indicadores (Lévy y Oubiña, 2006).

A diferencia de las técnicas explicadas anteriormente, este procedimiento puede desglosarse en siete pasos (Hair et al, 2008) en los que las decisiones del investigador resultan fundamentales desde principio a fin. Así como los primeros tres pasos están relacionados principalmente con la especificación del modelo teórico que plantea el investigador tras la revisión teórica (ver Capítulo 4), los pasos restantes engloban decisiones metodológicas que son descritas a continuación para mejorar la comprensión del funcionamiento del análisis que se realiza en esta investigación.:

1. Desarrollar un modelo fundamentado teóricamente.
2. Construir un diagrama de secuencias de relaciones causales
3. Convertir el diagrama de secuencias en un conjunto de modelos y relaciones estructurales
4. Elegir el tipo de matriz de entrada y estimar el modelo propuesto
5. Evaluar la identificación del modelo estructural
6. Evaluar los criterios de ajuste de calidad;
7. Interpretar y modificar el modelo si está teóricamente justificado.

Respecto al cuarto paso, el tipo de matriz de datos de entrada considerada para este estudio fue la de varianzas-covarianzas, puesto que no se encontraron problemas graves de normalidad univariante ni multivariante. El método de estimación utilizado fue el de máxima verosimilitud, el cual se ha considerado una técnica ideal con tamaños de muestras entre 100 y 200 observaciones (Lévy y Oubiña, 2006). Se optó por un método de estimación directa, ya que permite valorar el modelo directamente. La identificación del modelo estructural (paso quinto) supone comprobar si, con los datos disponibles, es posible estimar un valor único para cada parámetro, lo que permitiría encontrar rápidamente una estimación óptima para el modelo sin tener que realizar muchas iteraciones. Para ello se revisan los grados de libertad, una condición necesaria aunque no suficiente para alcanzar la identificación del modelo es que los grados de libertad sean iguales o superiores a 0 (Barrio y Luque, 2000, cit. en Lévy y Oubiña, 2006). No obstante, en este estudio no fue necesario preocuparse por la evaluación de la

identificación puesto que el programa informático EQS 6.1. evalúa automáticamente la identificación al estimar el modelo (Bentler, 1995).

El sexto paso del SEM consiste en evaluar hasta qué punto los datos se ajustan bien al modelo propuesto. Para ello, en un primer momento se examina el ajuste global del modelo planteado para, en un segundo paso, analizar los valores de los parámetros estimados:

– Referente a la evaluación del ajuste global del modelo, se tuvieron en cuenta los índices absolutos de ajuste (valoran los residuos) y las medidas incrementales de ajuste (comparan el ajuste respecto al modelo nulo o independiente). Los índices absolutos de ajuste considerados fueron el estadístico χ^2, el RMSEA y el GFI, mientras que los índices de ajuste relativos del modelo analizado fueron el CFI, IFI, NNFI y AGFI. Cabe destacar que estos índices se ven deteriorados rápidamente con el aumento del tamaño muestral, mayores de 100 o 200, por ello es importante completar esta información con los grados de libertad (Ruiz, Pardo y San Martín, 2010). A continuación se define y explicita el modo de interpretación de cada uno de estos índices (Hair et al., 2008; Lévy y Oubiña, 2006).

  Índices de ajuste absoluto del modelo:

  ∗ χ^2. Con este estadístico se mide la distancia existente entre la matriz de datos inicial y la estimada por el modelo. La hipótesis nula apoya la igualdad de las matrices, por lo que interesa mantener dicha hipótesis nula con la muestra utilizada. Este estadístico es muy sensible al número de casos: con muestras grandes (mayores de 100 o 200 casos) es relativamente fácil rechazar esta hipótesis cuando el modelo de hecho consigue un buen ajuste. El criterio de significación propuesto para el contraste es de $p < .05$.

  ∗ Índice de bondad de ajuste (*Goodness of Fit Index*, GFI). Es el índice de variabilidad explicado por el modelo, y sus valores pueden oscilar entre 0 (pobre ajuste) y 1 (perfecto ajuste). Se interpreta de manera similar al R^2 en la regresión múltiple, y no existe ningún límite a partir del cual se pueda afirmar que el ajuste es bueno, si bien los valores superiores a .90 indican un ajuste aceptable.

  ∗ Raíz del residuo cuadrático promedio de aproximación (*Root Mean Square Error of Aproximation*, RMSEA). Se trata de una medida de ajuste que elimina el inconveniente que presenta la χ^2 cuando la muestra es muy grande. Describe la bondad de ajuste que debe esperarse si el modelo fuera estimado en la población y no en la muestra. Los valores inferiores a 0.5 e incluso a 0.8 son indicativos de un buen ajuste del modelo a la población.

  Índices de ajuste relativo del modelo:

  ∗ Índice de ajuste comparativo (*Comparative Fix Index*, CFI). Es una medida de centralidad e índica un buen ajuste del modelo para valores próximos a 1. Aunque no existe un criterio límite para decir si un modelo es bueno, se consideran aceptables los valores superiores a .90.

∗ Índice incremental de ajuste (*Incremental Fit Index*, IFI). Al igual que el CFI representa comparaciones entre el modelo estimado y el nulo o independiente. Los valores pueden oscirlar entre 0 y 1, y las puntuaciones elevadas indican altos niveles de calidad del ajuste. Se consideran aceptables valores superiores a .90, a pesar de que no se ha establecido ningún umbral absoluto de aceptabilidad.

∗ Índice de ajuste no normado (*Nonnormed Fit Index*, NNFI). Resuelve los problemas del índice de ajuste normado (NFI), ya que considera los grados de libertad del modelo propuesto y nulo y, además, está muy débilmente relacionado con el tamaño muestral. Los valores cercanos a la unidad son indicativos de un buen ajuste, si bien su valor puede ser mayor que 1 en determinadas ocasiones. Nuevamente no existe un criterio estadístico para considerar si existe ajuste o no, pero valores superiores a .90 se consideran adecuados.

∗ Índice de bondad de ajuste corregido (*Adjusted Googdness of Fit Index*, AGFI). Deriva del índice GFI, concretamente, es el GFI ajustado por los grados de libertad del modelo propuesto y del modelo nulo o independiente. La interpretación de este índice es la misma que el R^2 ajustado en la regresión múltiple. Se considera que valores de este índice superiores a .90 son indicativos de un buen ajuste del modelo de los datos.

– El examen de los valores de los parámetros obtenidos implica el análisis de la significación alcanzada por los coeficientes estimados. Así, cualquier parámetro estimado deber ser estadísticamente distinto de cero, o lo que es igual, si se considera un nivel de significación del 95%, el valor de t debe alcanzar, en valor absoluto, ±1.96. Se tuvieron en cuenta también los coeficientes path estandarizados, así como los coeficientes de determinación de cada una de las variables exógenas (R2), los cuales representaban la proporción de varianza de las variables observadas que logra ser explicada por sus predictores.

En último lugar, el paso séptimo está destinado a la interpretación y modificación del modelo planteado. Esta fase consiste en mejorar el ajuste obtenido mediante sucesivas modificaciones, en las cuales se procederá a eliminar aquellas relaciones que no resultaron significativas o a incluir nuevas relaciones al modelo original. Para ello, se analizaron los residuos normalizados, los cuales indican la existencia de problemas en alguna de las variables del modelo si el 5% de los residuos superan el valor de umbral de ±2.58, y el test de Wald y de Lagrange, que dictaminan si se guardan o desechan relaciones (Hair et al., 2008).

Una vez incorporadas las reespecificaciones al modelo inicial, se procede nuevamente a analizar la adecuación del modelo reformulado. Para ello, se interpretan los índices de ajuste global y los valores de los parámetros estimados siguiendo las recomendaciones descritas anteriormente. Cabe destacar que a los índices de ajuste abosulto y relativo se añadieron en esta fase los de parsimonia. Éstos últimos permiten la comparabilidad del nuevo modelo estimado y otros alternativos, su objetivo es demostrar si la validez se ha conseguido debido a un sobreajuste por tener muchos coeficientes. Para examinar este punto, una vez observados valores en χ^2/gl entre 1 y 2 puntos (que son los límites recomendados) se estudian los

obtenidos en los índices AIC y PNFI según las recomendaciones de Hair y colaboradores (2008) y Levy y González (2006).

∗ Índice de ajuste comparado (*Akaike Information Criterion*, AIC). Este índice no viene reflejado en términos de 0 y 1, sino que cuanto más bajo sea su valor, mejor será el ajuste y el modelo no quedará sobreidentificado.

∗ Índice de ajuste parsimonioso normado (*Parsimonious Normed Fit Index*, PNFI). Cuando mayor es el valor del índice mayor es la parsimonia del modelo.

III. Resultados

Una vez descritas las características de la muestra, así como los instrumentos utilizados y el procedimiento y plan de análisis seguidos, se presentan los resultados obtenidos en esta investigación. Este bloque de contenidos se ha organizado en torno a los objetivos del trabajo desarrollados en el Capítulo 4 y la estructuración de los capítulos es la que se presenta a continuación.

En el **Capítulo 7** se describen las características de las familias y de las mujeres responsables del cuidado de los adolescentes que conforman la muestra principal de estudio. Seguidamente, se detallan las circunstancias adversas que rodean a los contextos familiares en los cuales residen estos adolescentes, así como los tipos de intervención que reciben sus familias por razones de preservación familiar.

El **Capítulo 8** se centra en la descripción de los adolescentes que han participado en la investigación, atendiendo a dos dimensiones de análisis: el estrés psicosocial —entendido como la acumulación e impacto de sucesos vitales estresantes— y los problemas de ajuste. El capítulo comienza con un análisis cuantitativo y cualitativo de los sucesos vitales estresantes, y continúa con la descripción de los problemas de internalización y externalización. Esta exploración se hace comparando a los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. con la muestra de comparación, pretendiendo con ello una mejor caracterización de los chicos y las chicas en riesgo. Seguidamente, el estrés psicosocial y los problemas de ajuste se analizan también según el sexo y la edad del adolescente. Para ello, se plantean distintos análisis intra-grupales (diferencias dentro de cada muestra de adolescente) e inter-grupales (diferencias entre los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los de familias no usuarias).

El **Capítulo 9** presenta los datos referidos a las características de dinámica y funcionamiento familiar atendiendo a dos dimensiones: la cohesión familiar y la socialización parental. En primer lugar, se describe a las familias en situación de riesgo psicosocial según el grado de cohesión percibido por las madres responsables de estos hogares y, a continuación, el capítulo se centra en analizar de forma pormenorizada las dimensiones y el estilo de socialización parental que caracterizan estas mujeres. Cabe señalar que el análisis de la socialización parental se hace siguiendo el enfoque teórico tradicional —dimensional y tipológico— para, posteriormente, llevar a cabo un análisis de las prácticas educativas parentales desde un enfoque situacional. Nuevamente esta descripción se hace comparando a los adolescentes en riesgo con los chicos y las chicas de familias no usuarias de los SS.SS.CC.. En consonancia con el capítulo anterior, el papel del sexo y la edad del adolescente se estudia también mediante análisis intra e inter-grupales.

El **Capítulo 10** examina si los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los de la muestra de comparación se diferencian entre sí cuando se tratan como un grupo único. Para ello, se lleva a cabo un examen de tipologías, mediante un análisis de conglomerados jerárquico, seguido de un análisis no jerárquico K-medias. La información considerada en este capítulo es la que ambas muestras de estudio comparte: acumulación de sucesos estresantes, problemas de internalización, problemas de externalización, aceptación/implicación y coerción/imposición. Finalmente se analiza, mediante un análisis de contingencia, si las distintas tipologías de menores conformadas tras el análisis de clúster se corresponden con la clasificación de adolescentes dada en este trabajo según la participación o no en los SS.SS.CC. (riesgo y comparación).

Para finalizar, el **Capitulo 11** se centra en el ajuste empírico de un modelo teórico sobre el funcionamiento familiar y los problemas de ajuste de los adolescentes que viven en contextos familiares adversos. La ausencia de algunas de las relaciones hipotetizadas conlleva la realización de un par de análisis de regresión para examinar el papel que la dimensión coerción7imposición parental desempeña para las dificultades comportamentales de estos chicos y chicas.

A continuación se relacionan los capítulos de este trabajo de investigación con los objetivos específicos ya presentados (ver Tabla 12). Los resultados de este trabajo se muestran al hilo de los cinco primeros objetivos generales, mientras que el sexto será presentado en el capítulo en el que se exponen las conclusiones e implicaciones prácticas de esta Tesis Doctoral.

Tabla 12. Relación entre capítulos de resultados y objetivos específicos planteados.

CAPÍTULOS DE RESULTADOS	OBJETIVOS ESPECÍFICOS
Capítulo 7. Las familias usuarias de los Servicios Sociales Comunitarios por razones de preservación familiar.	1.1.Estudiar las características del hogar así como la situación socioecnómica de la familia. 1.2.Explorar las circunstancias de vida de las adultas responsables del cuidado y educación de sus hijos. 1.3.Analizar las características de riesgo y las circunstancias estresantes presentes en estos entornos familiares. 1.4.Examinar el tipo de intervención psicosocial que reciben estas familias desde los Servicios de preservación familiar. 4.1.Estudiar la cohesión familiar en estas familias.
Capítulo 8. La adolescencia en familias en situación de riesgo psicosocial.	3.2.Explorar las diferencias entre los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación en las dimensiones personales (estrés psicosocial y problemas de ajuste) y familiares (socialización parental) consideradas en este estudio. 2.1.Explorar cuantitativamente y cualitativamente el estrés psicosocial de los adolescentes en riesgo. 2.2.Estudiar los problemas de internalización y externalización de los adolescentes en riesgo.
Capítulo 9. El funcionamiento familiar en hogares en situaciones de riesgo	4.2.Describir la socialización parental presente en estos hogares desde un enfoque dimensional. 4.3.Examinar desde un enfoque tipológico la socialización parental presente en estos hogares. 4.4.Realizar un análisis situacional de la socialización parental presente en estas familias.
Capítulo 10. Tipologías de adolescentes: diferencias y similitudes entre la muestra de riesgo y la de comparación.	3.1.Examinar las diferencias entre los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación desde un enfoque holístico e integrador.
Capítulo 11. Propuesta de un modelo integral para los adolescentes de familias en situación	5.1.Analizar los factores que explican la socialización parental en la adolescencia desde un enfoque teórico integrado. 5.2.Examinar los problemas de ajuste adolescente enmarcados en un modelo teórico explicativo en el que se incluyen indicadores de diverso tipo.

Capítulo 7.

Las familias usuarias de los SS.SS.CC. por razones de preservación familiar.

La exposición de los resultados obtenidos en este estudio comienza con la descripción de las principales características que definen las circunstancias de vida de las familias usuarias de los SS.SS.CC. por razones de preservación y fortalecimiento familiar. A lo largo de este capítulo se describe el perfil familiar característico de estos hogares, prestando un interés especial a las mujeres responsables del cuidado y la educación de los hijos e hijas adolescentes, objeto de esta investigación.

Los resultados de este capítulo se han organizado en torno a varios apartados. El primero de ellos se ocupa de caracterizar los hogares y la situación socio-económica de las familias. En segundo lugar se describe a las adultas responsables de estos hogares, atendiendo a rasgos que las definen como mujeres (e.g., situación laboral o autoestima emocional) y como madres (e.g., controlabilidad emocional). En este mismo apartado se recoge información relativa a las características adversas de las familias usuarias de los SS.SS.CC., tomando como referencia índices acumulativo de riesgo (trayectoria de riesgo individual y trayectoria de riesgo reciente en el entorno familiar) a los que estas mujeres hacen frente, y se examina la relación que la experimentación de tales acontecimientos estresantes guarda con algunos indicadores individuales de bienestar personal y parental. En tercer lugar, se describen las características generales de la intervención que reciben las familias del estudio por parte de los SS.SS.CC. Por último, el capítulo finaliza con una síntesis de los principales resultados obtenidos, en la que se ofrece una exposición conjunta de los mismos.

A lo largo de los apartados que se acaban de presentar, se llevan a cabo comparaciones entre la muestra de riesgo y la de familias que no estaban recibiendo intervención psicosocial en el momento de la evaluación, denominada muestra de comparación o no usuarias. Estas comparaciones se realizan en relación con la información disponible en ambos grupos.

1. Los hogares y la situación socio-económica de las familias.

Si se atiende a los datos obtenidos en relación con la **composición familiar**, se observa que las familias de los adolescentes que se encuentran en situación de riesgo psicosocial estaban integradas por una media de 4.31 personas (*DT* = 1.52), de las cuales 1.98 (*DT* = 0.99) tenían edades superiores a los 18 años y 2.33 (*DT* = 0.99) eran menores de edad. Además, conviene señalar que en el 21.05% de los casos algún miembro de la familia extensa convivía en el mismo hogar.

Estos datos fueron comparados con los de familias no usuarias de los SS.SS.CC. mediante análisis univariados de varianza (ANOVA). Los resultados de dichos contrastes indicaron que, así como el número de personas adultas era estadísticamente superior en los hogares de las

familias del grupo de comparación, la presencia de los menores fue mayoritaria en las familias en riesgo, aunque tales diferencias tuvieron una relevancia clínica baja (d = .47 y d = .44 respectivamente). Los resultados de los contrastes de medias realizados quedan recogidos en la Tabla 13.

Tabla 13. Contrastes de medias entre ambas muestras en función del tamaño familiar.

	Riesgo	Comparación	gl_1/gl_2	*F*	*p*
Tamaño familiar	4.31 (1.52)	4.35 (1.18)	1/436	0.11	.741
Nº adultos	1.98 (0.99)	2.43 (0.93)	1/436	23.64	.000
Nº menores	2.33 (0.99)	1.92 (0.88)	1/436	21.87	.000

Los hogares en los que residen estos adolescentes tenían un tamaño promedio de 75 m^2 (DT = 24.43), no resultando significativa la correlación entre este indicador y el tamaño familiar (p = .915). Con objeto de explorar con más detalle estos datos, se calculó un índice de hacimiento familiar dividiendo el tamaño del hogar por el número de residentes. Los resultados disponibles señalaron que el 28.92% de las familias usuarias de los SS.SS.CC. residían en viviendas con menos de 15 m^2 por persona, nivel a partir del cual puede hablarse de unas condiciones de hacinamiento severo de acuerdo con los estándares que se establecen en diversos análisis poblacionales (Laparra y Pérez, 2009).

En cuanto al **tipo de familia y la estructura familiar**, el 83.79% convivían con su familia nuclear, el 3.60% con la familia extensa y 12.61% en hogares reconstituidos. A diferencia del grupo de riesgo, en los hogares de familias no usuarias se observaron porcentajes muy diferentes. Así, el 95.58% de estos adolescentes residían en familias tradicionales nucleares, el 0.88% con la familia extensa y el 3.54% en hogares reconstituidos. La comparación entre ambas muestras resultó significativa ($\chi^2(2, N = 448) = 16.92$, $p < .001$; $V_{cramer} = .19$), en concreto, los residuos tipificados corregidos indicaron una mayor frecuencia de familias extensas (r_z = 1.9) y reconstituidas (r_z = 3.5) en el grupo de riesgo que en el de comparación, cuyos hogares resultaron ser preferentemente tradicionales (r_z = 4.1). Asimismo, un análisis detallado de los tipos de familias presentes en ambas muestras (ver Tabla 14) informó de una mayor presencia de hogares monoparentales en las usuarias de los SS.SS.CC. que en las del grupo de comparación ($\chi^2(1, N = 448) = 86.63$, $p < .001$).

Tabla 14. Contraste de frecuencias entre ambas muestras en función de la estructura familiar.

		Riesgo	Comparación	Total
Monoparental	*n*	112	22	134
	%	83.58[f]/50.45[c]	16.42[f]/9.73[c]	
	r_z	9.4	-9.4	
Biparental	*n*	110	204	314
	%	35.03[f]/49.55[c]	64.97[f]/90.27[c]	
	r_z	-9.4	9.4	
Total	*N*	222	226	448

[f] % por fila ; [c] % por columna

De manera destacable, los resultados disponibles indicaron que un 50.45% de los adolescentes en riesgo convivían con familias monoparentales frente al 9.73% del grupo de comparación que se encontraban en esta situación (ver Tabla 14). Tal y como indicó el estadístico del tamaño del efecto (V_{cramer} = -.44), la relevancia clínica de este efecto fue moderada.

Seguidamente, se puso en relación la estructura familiar (monoparentalidad y biparentalidad) con las dos muestras (familias en riesgo y de comparación) segmentando la matriz en función de los distintos tipos de hogares (familia nuclear, extensa y reconstituida). Este análisis indicó que, en el caso de las familias nucleares, la estructura familiar no era homogénea en ambas muestras ($\chi^2(1, N = 402) = 105.51$, $p < .001$), además la relevancia clínica de estos resultados fue alta (φ = -.52)[5]. Así, mientras que la mayoría de familias monoparentales nucleares resultaron ser usuarias de los SS.SS.CC., las biparentales nucleares predominaron en el grupo de comparación.

Tabla 15. Contraste de frecuencias entre ambas muestras de familias nucleares en función de la estructura familiar.

			Riesgo	Comparación	Total
Nuclear	Monoparental	*n*	107	20	127
		%	84.25[f]/57.53[c]	15.75[f]/9.26[c]	
		r_z	10.4	-10.4	
	Biparental	*n*	79	196	275
		%	28.73[f]/42.47[c]	71.27[f]/90.74[c]	
		r_z	-10.4	10.4	
	Total	*n*	186	216	402

[f] % por fila ; [c] % por columna

Referente a la **situación económica familiar**, los resultados disponibles pusieron de manifiesto que estas familias disponían de unos ingresos mensuales aproximados que rondaron los 998.17€ (*DT* = 536.17) en un rango entre 120€ y 2700€. Pero más allá de su cuantía, hay otros indicadores que permitieron calibrar en mayor medida la apremiante situación económica a la que cotidianamente hacen frente estos hogares. Así, se trata de ingresos que aproximadamente en el 34% de las ocasiones eran descritos como inestables, y que provinieron únicamente de algún tipo de ayuda social en un 14.62% de los casos. Estas familias muy habitualmente recurrían a la combinación de más de una fuente de ingresos (*M* = 2.03, *DT* = 0.86), de hecho, en el 65.14% de estos hogares la economía familiar se sustentaba a partir de ingresos aportados por dos o tres fuentes distintas. En este sentido, los hijos o las hijas contribuían al sostén económico de la familia en la cuarta parte de los casos, y los abuelos y las abuelas lo hacían en un 9% de las ocasiones. De manera especialmente llamativa, hay que señalar que la mitad de estas familias manifestaron ser receptoras de algún tipo de ayuda social, y que en un porcentaje similar los padres varones no contribuía a la economía familiar. Las frecuencias y porcentajes de los datos referidos a los ingresos económicos de las familias usuarias de los SS.SS.CC. se presentan en la Tabla 16.

[5] Los análisis de contingencia para las familias extensas y reconstituidas no pudieron ser interpretados al incumplirse la restricción del 20% de las celdas con frecuencia esperada superior a cinco sujetos.

Tabla 16. Frecuencias y porcentajes de los ingresos económicos de las familias usuarias de los SS.SS.CC.

Familias usuarias	Frecuencia		Porcentaje	
Estabilidad de los ingresos				
Sí	108		66.26%	
No	55		33.74%	
Procedencia				
Trabajo	82		47.95%	
Ayuda Social	25		14.62%	
Trabajo y ayuda social	64		37.43%	
Nº fuente de ingresos				
Una	57		32.57%	
Dos	59		33.71%	
Tres	55		31.43%	
Cuatro	4		2.29%	
Cinco	0		0%	
Fuente de ingresos	Sí	No	Sí	No
Usuaria	128	43	74.85%	25.15%
Pareja	80	91	46.78%	53.22%
Abuelos/as	15	152	8.98%	91.02%
Algún hijo o hija	44	122	26.51%	73.49%
Ayuda Social	89	83	51.74%	48.26%

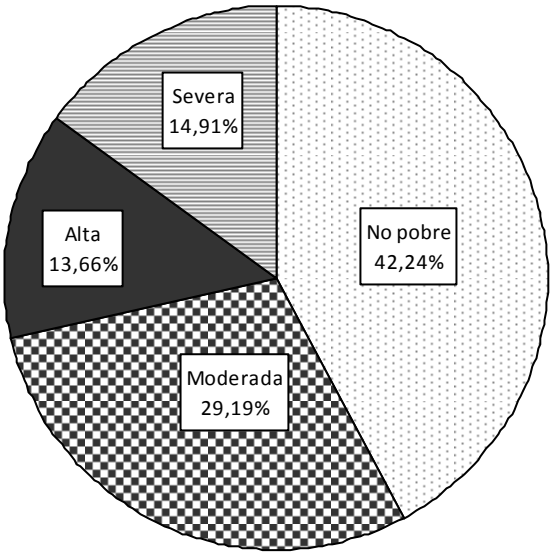
En consonancia con estos resultados, y con objeto de profundizar más en las condiciones de vida de estas familias, se ha examinado de manera pormenorizada en qué medida los diversos indicadores económicos definían, tomados en su conjunto, una situación de pobreza familiar. Para ello se han empleado diversas estrategias de análisis que, en síntesis, permiten asignar significado y alcance a los ingresos aproximados de una familia en función de diversos parámetros, principalmente el número y tipo de personas que viven en el hogar y la comparación con estándares poblacionales similares. En concreto, se han utilizado los datos ofrecidos por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en el *Estudio descriptivo de la pobreza en España* (INE, 2009), específicamente los resultados de la *Encuesta de Condiciones de Vida 2008*. Se ha calculado el índice de pobreza de estas familias efectuando dos tipos de análisis. En primer lugar, se han ponderado los ingresos netos anuales familiares dividiéndolos entre el número de unidades de consumo de cada hogar[6]. En segundo lugar, se han comparado estos ingresos con el umbral o línea de pobreza de la población, en concreto de la comunidad autónoma[7]. Este límite, a partir del cual puede hablarse de pobreza, se fija en el 60% de la mediana de la distribución de los ingresos por unidad de consumo en los habitantes de una población determinada, el cual supone en Andalucía unos ingresos de 5528€ según el INE (2009). El resultado de esta comparación refleja, por tanto, en qué medida una familia cuenta con ingresos anuales ponderados que están por encima o por debajo del umbral de la pobreza.

[6] Las unidades de consumo se calcularon utilizando la escala de la OCDE modificada, que establece un peso de 1 para el primer adulto, 0.5 para el resto de adultos y 0.3 para cada uno de los menores de 14 años.

[7] Dado que nuestro estudio se ha realizado a partir de información obtenida entre los años 2005 y 2010, se han tomado en consideración niveles específicos de umbral de pobreza para la comunidad autónoma de Andalucía intermedios, concretamente los del año 2006 (INE, 2009).

Así, las familias andaluzas con unos ingresos anuales por unidad de consumo inferiores a 5528€ pueden considerarse como caracterizadas por una pobreza moderada, mientras que las que cuentan con ingresos anuales ponderados inferiores al 40% (3686€) o al 25% (2671€) de la mediana se encuentran en una situación de pobreza alta o severa, respectivamente. A continuación se representa en la Figura 16 la distribución de la muestra de las familias en riesgo según el grado de pobreza estimado de acuerdo con el procedimiento que se acaba de describir.

Figura 16. Nivel de pobreza en las familias usuarias de los SS.SS.CC. (*n* = 161).



Tal y como puede apreciarse en la Figura 16, estos cálculos pusieron de manifiesto que de las 161 familias en situación de riesgo de las cuales se dispuso información al respecto, más de la mitad vivían con una situación económica apremiante, tanto es así que el índice de pobreza reflejó que un 28.57% de estos hogares presentaba un grado de pobreza severo o alto.

2. Las adultas de las familias en situación de riesgo psicosocial responsables de los adolescentes.

Hasta ahora se han expuesto datos referidos a la familia en su conjunto. A continuación se presenta información acerca de las características individuales de las mujeres que estaban a cargo del cuidado y la educación de los adolescentes que participaron en este estudio. En concreto, este apartado recoge información de estas adultas como mujeres (2.1.) y específicamente como madres (2.2.). Posteriormente, se describen las trayectorias vitales de riesgo de estas mujeres, y se hace un análisis de las diversas circunstancias estresantes acontecidas en estos hogares en los últimos años (2.3.). Para finalizar se examina si los índices de riesgo se relacionan con los indicadores individuales de estas mujeres (2.4.).

2.1. Características sociodemográficas y personales de las adultas.

A continuación, se presentan resultados que permiten aproximarnos a las **características sociodemográficas y a la situación educativa, profesional y económica** de las adultas responsables de los adolescentes participantes en este estudio.

Las edades de las mujeres de familias en situación de riesgo oscilaron entre los 24 y 74 años, y presentaron una media de 41.20 años (*DT* = 7.53). Estos datos no difirieron de los de las mujeres de familias no usuarias de los SS.SS.CC, las cuales tenían una edad media de 43.04 (*DT* = 5.99) oscilando entre los 27 y los 85 años. Acorde con los datos de la estructura familiar presentados anteriormente, un 50.70% de las adultas usuarias estaban casadas o convivían con sus parejas, frente al 42.79% que estaban separadas o divorciadas y el 6.51% que eran viudas. Como se puede apreciar en la Tabla 17, la situación civil de estas mujeres era bastante diferente si se las comparaba con las del grupo de comparación ($\chi^2(2, N = 441) = 81.71$, $p < .001$). Asimismo, los análisis de frecuencias pusieron de manifiesto que existía un porcentaje más elevado de mujeres casadas o que convivían con sus parejas en la muestra de comparación que en la de riesgo; por el contrario, el número de adultas separadas, divorciadas o viudas fue llamativamente superior en el segundo grupo. El tamaño del efecto ($V_{cramer} = .43$) mostró una diferencia inter-grupal moderada en función del estado civil.

Tabla 17. Contraste de frecuencias entre muestras en función del estado civil.

		Riesgo	Comparación	Total
Casada / convive	*n*	109	203	312
	%	34.94[f]/50.70[c]	65.06[f]/89.82[c]	
	r_z	-9.0	9.0	
Separada /divorciada	*n*	92	21	113
	%	81.42[f]/42.79[c]	18.58[f]/9.29[c]	
	r_z	8.1	-.8.1	
Viuda	*n*	14	2	16
	%	87.50[f]/6.51[c]	12.50[f]/0.89[c]	
	r_z	3.2	-3.2	
Total	*n*	215	226	441

[f] % por fila ; [c] % por columna

Los datos sobre la situación educativa de estas mujeres se presentan atendiendo a cuatro niveles diferentes: nivel educativo bajo (sin estudios), medio (hasta primarios completos), alto (hasta secundarios completos) y superior (universitarios completos). En la Tabla 18 se expone la distribución de las adultas en situación de riesgo y del grupo de comparación en función de su nivel educativo, así como los residuos tipificados corregidos fruto del análisis de contingencia efectuado.

Tabla 18. Contraste de frecuencias entre ambas muestras en función del nivel educativo materno.

		Riesgo	Comparación	Total
Bajo	*n*	74	17	91
	%	81.32[f]/33.79[c]	18.68[f]/8.46[c]	
	r_z	6.3	-6.3	
Medio	*n*	93	65	158
	%	58.86[f]/42.47[c]	41.14[f]/32.34[c]	
	r_z	2.1	-2.1	
Alto	*n*	43	64	107
	%	40.19[f]/19.63[c]	59.81[f]/31.84[c]	
	r_z	-2.9	2.9	
Superior	*n*	9	55	64
	%	14.06[f]/4.11[c]	85.94[f]/27.36[c]	
	r_z	-6.6	6.6	
Total	*N*	219	201	420

[f] % por fila ; [c] % por columna

Los resultados mostraron la no homogeneidad en el nivel educativo materno con respecto a la procedencia de las familias ($\chi^2(3, N = 420) = 77.22$, $p < .001$) con una relevancia clínica media ($V_{cramer} = .43$). En concreto, se observó que los niveles educativos inferiores (bajo y medio) se asociaron en mayor medida a las mujeres de familias usuarias de los SS.SS.CC., mientras que los superiores (alto y superior) se relacionaron principalmente a las del grupo de comparación.

En cuanto a la situación laboral de las mujeres de contextos familiares en riesgo, la Tabla 19 recoge pormenorizadamente toda la información al respecto.

Tabla 19. Frecuencias y porcentajes de la situación laboral de las mujeres de familias usuarias de los SS.SS.CC.

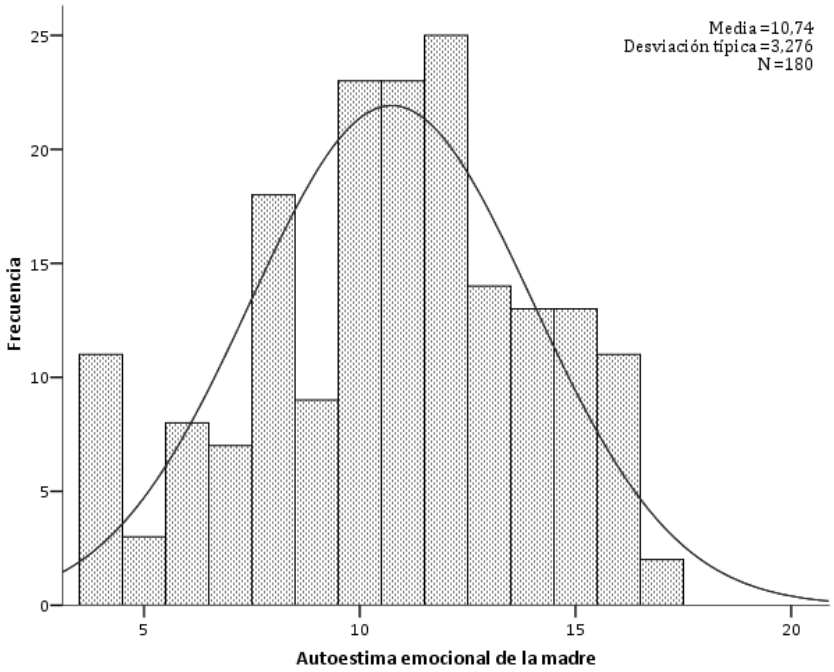
	Frecuencia	Porcentaje
Trabaja		
Sí	109	53.17%
A veces	16	7.81%
No	80	39.02%
Tipo de trabajo		
No trabaja	80	40.40%
Cualificación baja	99	50%
Cualificación media	15	7.58%
Cualificación alta	4	2.02%
Inestabilidad del trabajo		
Sí	55	50%
No	55	50%
Contrato del trabajo		
Sí	43	42.57%
No	58	57.43%

Alrededor de la mitad de las madres usuarias trabajaban de manera continuada y algo menos del 10% lo hacían por temporadas o cuando surgía alguna ocupación puntual,

resultando el 60.98% del total de mujeres laboralmente activas. A pesar de que la actividad laboral fue elevada, en la mitad de los casos se trataba de empleos que requerían de una cualificación nula o baja, inestables y no regulados contractualmente. Respecto a los ingresos económicos que reportaban estos trabajos, la media fue de 610.38€ mensuales, oscilando entre 160€ y 1300€. Como cabría esperar, el índice de correlación entre estos ingresos mensuales por el trabajo y la cualificación laboral resultó estadísticamente significativa (*rho* = .45, $p < .001$).

Como se recordará, en esta investigación se ha explorado la valoración que estas adultas hacían sobre sí mismas, especialmente a nivel emocional. Respecto a la **autoestima emocional**, estas mujeres obtuvieron una media de 10.74 (*DT* = 3.27), con una puntuación mínima de 4 puntos y 17 de máxima (en un rango teórico de 4 a 20 puntos). Los resultados se distribuyeron, en términos generales, de forma normal, con una gran acumulación de respuestas en la zona central de la escala. El histograma así como los principales estadísticos (ver Figura 17) mostraron una alta variabilidad en estos datos.

Figura 17. Distribución de las mujeres de familias usuarias de los SS.SS.CC. en función de su autoestima.



Seguidamente se puso en relación **la autoestima con otros indicadores de las mujeres** ya descritos. Los análisis correlacionales mostraron una relación significativa entre la autoestima emocional y los ingresos económicos que reportaban sus trabajos ($r = .23$, $p = .046$), haciendo estas adultas una valoración más positiva de sí mismas a medida que presentaban una renumeración laboral más alta. En la misma línea se comprobó si la autoestima de las mujeres se relaciona de algún modo con su estado civil y su situación laboral. El estadístico *H* de

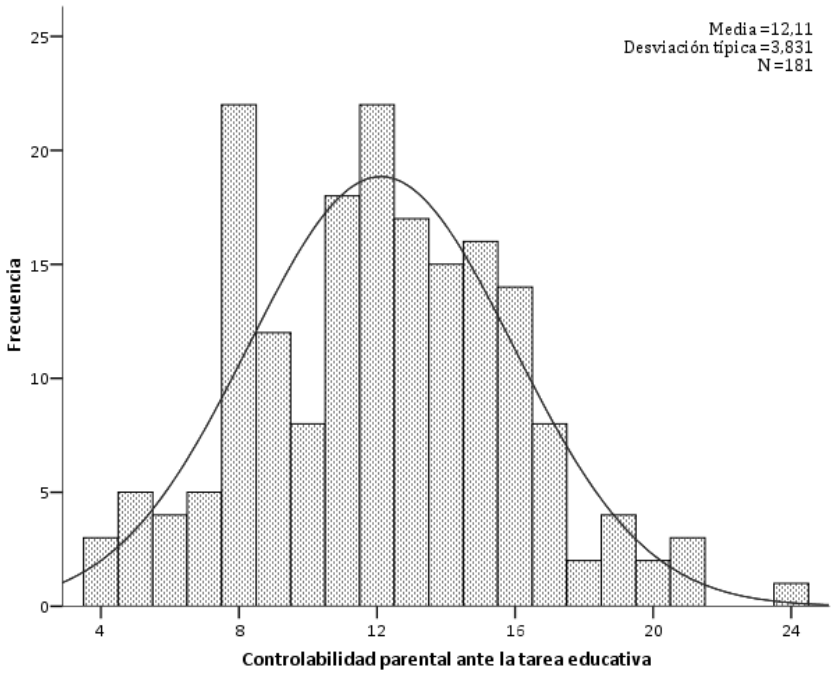
Kruskal-Wallis[8] no evidenció la existencia de diferencias al respecto ni en torno a su estado civil (H = 0.00, p = .954) ni en cuanto al tipo de trabajo (H = 1.00, p = .606).

2.2. Las adultas en su rol como madres.

El 97.75% de las **mujeres de familias usuarias de los SS.SS.CC.** eran las madres biológicas de los adolescentes, siendo un reducido porcentaje el conformado por abuelas (1.35%) o tías (0.90%). Porcentajes muy similares se encontraron en el grupo de familias no usuarias de los SS.SS.CC., el 99.12% madres biológicas y el 0.88% abuelas y tías (0.44% para cada una de ellas). En función de estos datos, desde ahora se hará referencia a estas mujeres como las madres de los adolescentes, sin hacer distinción al tipo de parentesco que guardan con sus menores.

En la muestra de madres usuarias, las puntuaciones en **controlabilidad parental ante la tarea educativa** se distribuyeron, en términos generales, de forma normal. Se observó una media de 12.11 y una dispersión moderada de las respuestas (DT = 3.83), con una puntuación mínima y máxima que abarca en su totalidad el rango teórico de la escala (desde 4 a 24 puntos). Seguidamente, en la Figura 18, se ofrece la distribución muestral y los principales estadísticos descriptivos de descritos.

Figura 18. Distribución de las madres de familias usuarias de los SS.SS.CC. en función de la controlabilidad parental.



A continuación y en último lugar, se puso en relación la **controlabilidad parental con otras características individuales de la madre y de sus menores**. Primero, el análisis de correlación de Pearson puso de manifiesto la existencia de una asociación positiva de este indicador con la autoestima emocional (r = .33, p < .001), de tal manera que las madres con una valoración más

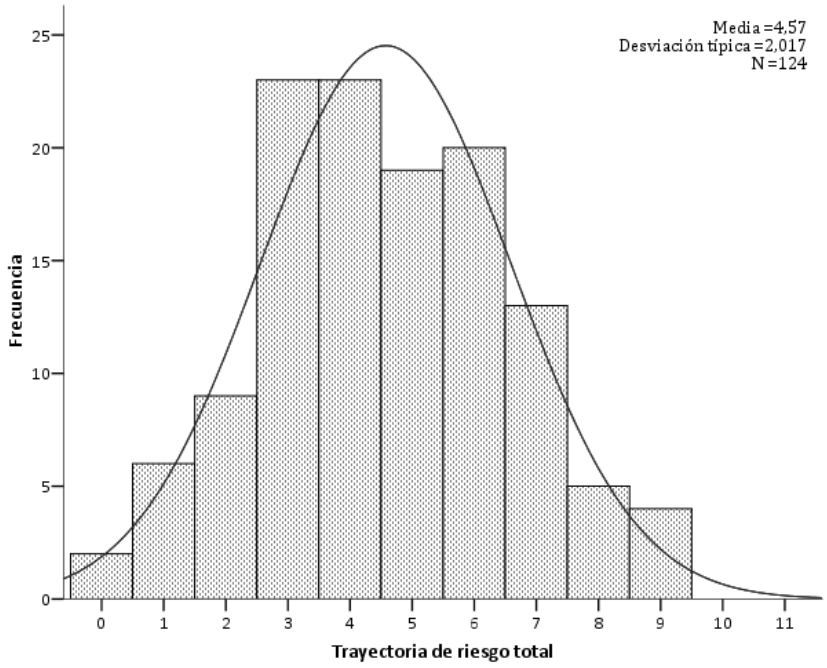
[8] El incumplimiento de un mínimo de 25 sujetos por celdas supuso la realización de pruebas no paramétricas.

positiva de sí mismas a nivel emocional percibían también un mayor control de la situación educativa en relación con sus hijos e hijas. Seguidamente, se examinó la posible relación que esta dimensión podía mantener con la edad y el sexo de los adolescentes. Respecto al primero de estos indicadores, el gráfico de dispersión mostró una relación más bien curvilínea entre ambas variables por lo que se desestimó la posibilidad de estudiar dicha relación mediante un análisis de correlación. Se efectuaron contrastes de medias en función del tramo de edad del adolescente, contrastes que no revelaron diferencias significativas al respecto ($F(2, 178) = 0.72$, $p = .489$). En el mismo sentido, las madres percibieron un sentimiento de controlabilidad ante la tarea educativa similar cuando se referían a las chicas y a los chicos adolescentes ($F(1, 179) = 1.12$, $p = .291$).

2.3. Trayectorias vitales problemáticas y de riesgo.

Las mujeres de la muestra considerada en riesgo hacían frente a una media de 4.57 (*DT* = 2.02) circunstancias de riesgo en su trayectorias de riesgo total. La puntuación mínima obtenida fue 0 y la máxima 9 (en un rango teórico de escala posible de 0 a 11). La siguiente figura muestra la distribución de frecuencias para la acumulación total de elementos y/o circunstancias problemáticas acontecidos en la trayectoria de riesgo total de la muestra de familias usuarias de los SS.SS.CC. Los datos presentaron una distribución cercana a la normalidad, siendo la acumulación de 3 y 4 sucesos la que presentó frecuencias más elevadas.

Figura 19. Distribución de las familias usuarias de los SS.SS.CC. en función de la trayectoria de riesgo total.



Un análisis cuantitativo más minucioso de los datos (ver Tabla 20) indicó que la concentración de sucesos estresantes referida a la trayectoria de riesgo individual (*M* = 2.26) fue muy similar a la del entorno familiar (*M* = 2.31). El estadístico de correlación de Pearson puso de manifiesto la existencia de una relación significativa entre ambas, de manera que las usuarias que habían experimentado a lo largo de su vida un mayor número de circunstancias

de riesgo eran también aquellas que estaban viviendo en entornos familiares más problemáticos (r = .27, p = .002).

Tabla 20. Descriptivos de las trayectorias de riesgo en familias usuarias de los SS.SSCC.

	N	*M*	*DT*	*Min*	*Max*
Riesgo individual	124	2.26	1.29	0	5
Riesgo reciente en el entorno familiar	124	2.31	1.23	0	5

En cuanto al tipo de circunstancias problemáticas más frecuentes en estas familias, la Tabla 21 presenta las frecuencias y porcentajes de cada uno de los sucesos estresantes evaluados con una escala adaptada del instrumento original del ISER. De los datos obtenidos llama especialmente la atención el elevado número de familias que habían padecido algunos de ellos. El más habitual de todos hace referencia al maltrato en la adultez, seguido de los problemas de desempleo en la familia, de una reciente relación paterno-filial conflictiva, haber sufrido en algún momento un proceso de separación o divorcio, y experimentar recientemente una relación de pareja conflictiva.

Tabla 21. Frecuencias y porcentajes de las trayectorias de riesgo en la muestra de familias usuarias de los SS.SS.CC.

	Frecuencia		**Porcentaje**	
	Sí	No	Sí	No
Riesgo individual				
Maltrato en la adultez	85	39	68.55%	31.45%
Separación/divorcio matrimonial	70	54	56.45%	43.55%
Problemas psicológicos	61	63	49.19%	50.81%
Maltrato en la infancia	29	95	23.39%	76.61%
Consumo de drogas	19	105	15.32%	84.68%
Conducta antisocial	16	108	12.90%	87.10%
Riesgo reciente en el entorno familiar				
Desempleo en la familia	87	37	70.16%	29.84%
Relación de paterno-filial conflictiva	82	42	66.13%	33.87%
Relación de pareja conflictiva	66	58	53.23%	46.77%
Inestabilidad familiar	29	95	76.61%	23.39%
Tamaño familiar grande (más de tres menores)	23	101	81.45%	18.55%

De todas las situaciones de riesgo experimentadas por la usuaria a lo largo de su vida, destacaron los malos tratos. Así, un análisis minucioso de estos datos mostró que un 73.40% de estas mujeres habían sido victimas de maltrato en algún momento de su vida, o bien durante su infancia o en la adultez, encontrando un 18.50% de adultas que experimentaron esta situación tanto en el pasado como en los años más recientes. Asimismo, las relaciones conflictivas en el entorno familiar resultaron ser también una circunstancia estresante muy presente en estos hogares, tanto así que un 62.90% experimentaron problemas relacionales con sus parejas o hijos/as y un 37.10% sufrieron ambas cosas. Un estudio conjunto de todos estos datos mostró que solo un porcentaje reducido del total no vivieron alguna de estas situaciones de maltrato o conflictivas, concretamente un 8.12%.

Posteriormente, estas circunstancias estresantes y/o problemáticas se pusieron en relación entre sí mediante tablas de contingencias. En la Tabla 22 se presentan todas las frecuencias y

residuos tipificados corregidos obtenidos en dichos análisis, y se han señalado en negrita aquellos en los que, además de cumplir con el criterio exigido del 20% de las celdas con una frecuencia esperada superior a cinco, el estadístico χ^2 con la corrección de Yates por continuidad (tabla 2x2) dió muestras de significatividad en la asociación entre variables. De todos los análisis realizados, son destacables aquellos que señalaron la alta asociación que cinco sucesos estresantes guardaba con el resto:

a. Relación conyugal conflictiva: el hecho de que estas mujeres mantuvieran una relación conflictiva con sus parejas en los últimos años fue la experiencia estresante que guardaba un mayor número de relaciones significativas con otros sucesos. Así, esta circunstancia no fue independiente del maltrato en la infancia ($\chi^2(1, N = 124) = 6.65$, $p = .010$; $\varphi = .25$), la conducta antisocial ($\chi^2(1, N = 124) = 4.57$, $p = .032$; $\varphi = .22$), la inestabilidad familiar ($\chi^2(1, N = 124) = 6.65$, $p = .010$; $\varphi = .25$) y el desempleo ($\chi^2(1, N = 124) = 16.08$, $p < .001$; $\varphi = .38$). Es preciso señalar que los tamaños del efecto encontrados solo mostraron una relevancia clínica media para la relación entre relación de pareja conflictiva y desempleo familiar, presentando el resto de puntuaciones valores φ entre .10 y .30.

b. Desempleo familiar: además de la asociación encontrada con la relación de pareja conflictiva, se observaron relaciones significativas entre el desempleo familiar y los problemas psicológicos ($\chi^2(1, N = 124) = 17.27$, $p = .009$; $\varphi = .25$) y el tamaño familiar ($\chi^2(1, N = 124) = 17.27$, $p = .007$; $\varphi = .27$).

c. Maltrato infantil: este suceso se asoció a una mayor presencia de problemas de conducta antisocial ($\chi^2(1, N = 124) = 5.65$, $p = .017$; $\varphi = .24$), el consumo de drogas ($\chi^2(1, N = 124) = 17.27$, $p < .001$; $\varphi = .40$) y, como ya se ha comentado anteriormente, a una relación de pareja conflictiva.

d. Conducta antisocial: además de relacionarse con el maltrato infantil y la conflictividad con la pareja, este elemento se asoció significativamente con el consumo de drogas por parte de la madre ($\chi^2(1, N = 124) = 9.06$, $p = .003$; $\varphi = .30$).

e. Inestabilidad familiar: Esta circunstancia se relacionó de manera significativa con el maltrato en la adultez ($\chi^2(1, N = 124) = 6.59$, $p = .010$; $\varphi = .25$), además de la relación ya comentada con los problemas de desempleo y la relación de pareja conflictiva. De todos estos resultados, la relevancia clínica de la asociación entre maltrato infantil y consumo de drogas fue media, así como también lo fue la relación entre ésta última y la conducta antisocial. El resto de las relaciones encontradas presentaron un tamaño del efecto bajo.

El resto de las circunstancias de riesgo también presentaron relaciones significativas entre sí, aunque en menor medida que las anteriores. Finalmente, se observó que dos de estos sucesos estresantes—la relación de pareja conflictiva y el desempleo— fueron experimentados por más del 50% de la muestra de estudio, mientras que el resto —maltrato infantil, conducta antisocial e inestabilidad familiar— presentaron un porcentaje inferior al 25% (ver la Tabla 22).

Tabla 22. Contrastes de frecuencias entre los elementos y/o circunstancias de riesgo en las familias usuarias de los SS.SS.CC.

			2		**3**		**4**		**5**		**6**		**7**		**8**		**9**		**10**		**11**	
			NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI
1	Maltrato infancia	NO	33 1.4	62 -1.4	52 1.6	43 -1.6	**87** **2.7**	**8** **-2.7**	**88** **4.5**	**7** **-4.5**	39 -1.0	56 1.0	29 0.3	66 -0.3	72 -0.4	23 0.4	81 2.0	14 -2.0	**51** **2.8**	**44** **-2.8**	34 0.8	61 -0.8
		SI	6 -1.4	23 1.4	11 -1.6	18 1.6	**21** **-2.7**	**8** **2.7**	**17** **-4.5**	**12** **4.5**	15 1.0	14 -1.0	8 -0.3	21 0.3	23 0.4	6 -0.4	20 -2.0	9 2.0	**7** **-2.8**	**22** **2.8**	8 -0.8	21 0.8
2	Maltrato adultez	NO	-	-	24 1.6	15 -1.6	35 0.6	4 -0.6	31 -1.1	8 1.1	**25** **3.1**	**14** **-3.1**	15 1.4	24 -1.4	**36** **2.8**	**3** **-2.8**	30 -0.9	9 0.9	22 1.5	17 -1.5	16 1.1	23 -1.1
		SI	-	-	39 -1.6	46 1.6	73 -0.6	12 0.6	74 1.1	11 -1.1	**29** **-3.1**	**56** **3.1**	22 -1.4	63 1.4	**59** **-2.8**	**26** **2.8**	71 0.9	14 0.9	36 -1.5	49 1.5	26 -1.1	59 1.1
3	Problemas psicológicos	NO			-	-	59 -0.5	9 0.5	54 0.3	9 -0.3	31 1.3	32 -1.3	**26** **2.8**	**37** **-2.8**	52 1.6	11 -1.6	52 0.3	11 -0.3	35 2.0	28 -2.0	22 0.3	41 -0.3
		SI			-	-	54 0.5	7 -0.5	51 -0.3	10 0.3	23 -1.3	38 1.3	**11** **-2.8**	**50** **2.8**	43 -1.6	18 1.6	49 -0.3	12 0.3	23 -2.0	38 2.0	20 -0.3	41 0.3
4	Conducta antisocial	NO					-	-	**96** **3.4**	**12** **-3.4**	48 0.5	60 -0.5	35 1.6	73 -1.6	84 0.8	24 -0.8	90 1.4	18 -1.4	**55** **2.4**	**53** **-2.4**	35 -0.9	73 0.9
		SI					-	-	**9** **-3.4**	**7** **3.4**	6 -0.5	10 0.5	2 -1.6	14 1.6	11 -0.8	5 0.8	11 -1.4	5 1.4	**3** **-2.4**	**13** **2.4**	7 0.9	9 -0.9
5	Consumo de drogas	NO							-	-	42 -1.9	63 1.9	34 1.5	71 -1.5	76 -2.6	29 2.6	86 0.3	19 -0.3	52 1.4	53 -1.4	33 -1.4	72 1.4
		SI							-	-	12 1.9	7 -1.9	3 -1.5	16 1.5	19 2.6	0 -2.6	15 -0.3	4 0.3	6 -1.4	13 1.4	9 1.4	10 -1.4
6	Separación /divorcio	NO									-	-	14 0.4	37 -0.4	43 0.7	11 -0.7	40 -1.9	14 1.9	29 1.4	25 -1.4	18 -0.1	36 0.1
		SI									-	-	20 -0.4	50 0.4	52 -0.7	18 0.7	61 1.9	9 -1.9	29 -1.4	41 1.4	24 0.1	46 -0.1
7	Desempleo familiar	NO											-	-	33 2.2	4 -2.2	**36** **3.0**	**1** **-3.0**	**28** **4.2**	**9** **-4.2**	11 -0.6	26 0.6
		SI											-	-	62 -2.2	25 2.2	**65** **-3.0**	**22** **3.0**	**30** **-4.2**	**57** **4.2**	31 0.6	56 -0.6
8	Inestabilidad familiar	NO													-	-	80 1.4	15 -1.4	**51** **2.8**	**44** **-2.8**	33 0.4	62 -0.4
		SI													-	-	21 -1.4	8 1.4	**7** **-2.8**	**22** **2.8**	9 -0.4	20 0.4
9	Tamaño familiar	NO															-	-	51 1.7	50 -1.7	**29** **-2.5**	**72** **2.5**

		2		3		4		5		6		7		8		9		10		11	
		NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI	NO	SI
	grande	SI														-	-	7 -1.7	16 1.7	**13** **2.5**	**10** **-2.5**
10	Relación pareja conflictiva	NO																-	-	22 0.9	36 -0.9
		SI																-	-	20 -0.9	46 0.9
11	Relación paterno-filial conflictiva	NO																		-	-
		SI																		-	-

2.4. Trayectorias de riesgo, autoestima y controlabilidad parental.

En este apartado se examina, primero, en qué medida la relación entre la trayectoria de riesgo de las adultas y la autoestima está moderada por la concentración de experiencias estresantes vividas en el entorno familiar. En segundo lugar se evalúa si la autoestima modera la relación entre la concentración de circunstancias de riesgo y la percepción de controlabilidad que las madres tienen ante la tarea educatia.

2.4.1. El papel desempeñado por la acumulación de circunstancias estresantes en la autoestima de las mujeres adultas.

A continuación se presentan los análisis efectuados para examinar la relación entre los dos índices acumulativos de riesgo (tanto vividos por las mujeres como acontecidos recientemente en su entorno familiar) y la autoestima de las adultas responsables de los contextos familiares en riesgo psicosocial.

En primer lugar, se presentan las correlaciones entre las variables independientes y la variable dependiente incluidas en el modelo de regresión. Para ello, se empleó el coeficiente de correlación de Pearson (ver Tabla 23).

Tabla 23. Análisis de correlaciones de las variables incluidas en el modelo de regresión.

	1	2	3
1.Riesgo individual	-	27**	-.23*
2.Riesgo reciente en el entorno familiar		-	-.09
3.Autoestima emocional			-

$^{\#}p$ <.10 * p <.05; ** p <.01; *** p <.001

En la Tabla 23 puede apreciarse que la acumulación de elementos y/o circunstancias vitales estresantes de estas mujeres —riesgo individual— se relacionaba positivamente con la frecuencia de acontecimientos de riesgo experimentados recientemente en el entorno familiar, y de forma negativa con la autoestima emocional de las madres. A pesar de dicha concurrencia, los coeficientes de correlación de Pearson no superaron el límite establecido (r > .90) para sospechar de problemas de co-linealidad.

En segundo lugar, se desarrolló un modelo de regresión lineal jerárquica para examinar en qué medida las trayectorias de riesgo predecían la autoestima emocional. En dicho análisis, se incluyeron en el primer paso las dos variables acumulativas de riesgo y en el segundo la interacción de ambas, para examinar un posible efecto moderador del índice de riesgo familiar en la relación entre riesgo de las adultas y autoestima. Antes de interpretar los resultados se examinó el comportamiento de los datos, con el propósito de identificar la existencia de valores atípicos (*outliers*) influyentes que pudieran estar modificando la solución del modelo estimado. Para ello se comparó el estadístico t con los residuos corregidos estandarizados que resultaron de la realización de los análisis de regresión. En los casos localizados (3 *outliers)*, se halló la distancia de Cook y se utilizó la distribución F para comprobar su influencia. Para este modelo no se halló ninguna puntuación superior a dicha distribución (el valor máximo hallado

en distancias de Cook para el modelo fue de 0.50), y tampoco el gráfico de dispersión de los residuos tipificados indicó la existencia de valores muy alejados del resto.

A continuación se comprobaron los supuestos de validación (independencia, homocedasticidad, linealidad, normalidad, co-linealidad y 15 sujetos por VI), así como la calidad de las puntuaciones con las que se había trabajado. En primer lugar, y tal como se puede observar en la Tabla 24, el estadístico de Durbin-Watson confirmaba la independencia de los residuos en el modelo, al encontrarse el valor dentro del rango recomendado (1.5-2.5). Por otro lado, el diagrama de dispersión de los pronósticos tipificados por los residuos tipificados puso de manifiesto la igualdad de varianzas. Asimismo, el histograma de los residuos mostró una distribución normal de la varianza de la variable criterio. En cuanto a la co-linealidad entre las diferentes variables, los valores del factor de inflación de la varianza (FIV) se encuentraba por debajo de 10 y los índices de tolerancia eran mayores de .10, por lo que se descartó la existencia de co-linealidad entre las variables independientes, como ya se anticipaba en los análisis correlacionales. En resumen, estas comprobaciones pusieron de manifiesto la validez del modelo testado.

Tabla 24. Resumen del modelo de regresión jerárquica para la autoestima emocional de las mujeres de familias usuarias de los SS.SS.CC.

Modelo	R^2	R^2 corregida	Cambio en R^2	Cambio en *F*	gl1/gl2	*Sig. de cambio en F*	Durbin-Watson
Paso 1	.06	.04	.06	3.81	2/121	.025	1.62
Paso 2	.09	.07	.04	4.65	1/120	.033	

Los indicadores acumulativos de riesgo explicaron, en su conjunto, el 9.4% de la varianza de la autoestima emocional. El análisis de regresión puso de manifiesto la significatividad de los dos pasos introducidos en el modelo. El efecto interactivo resultó estadísticamente significativo, aunque la contribución al modelo solamente explicó el 3.5% de la varianza de la variable criterio (relevancia clínica del efecto baja). A continuación se presentan los coeficientes de regresión del modelo de regresión jerárquica estimado.

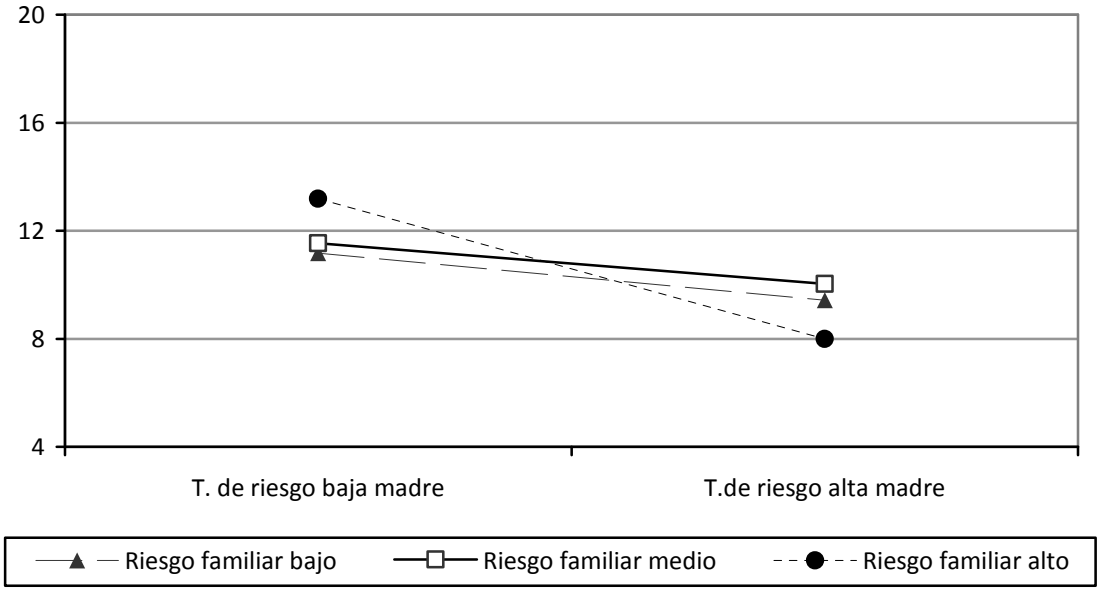
Tabla 25. Coeficientes de regresión del modelo de regresión jerárquica para la autoestima emocional de las mujeres de familias en riesgo.

Paso		Beta	*T*	*p*	rs^2	Tolerancia
1	Riesgo individual	-.23	2.51	.013	.05	.92
	Riesgo reciente en el entorno familiar	-.04	-0.41	.683		.92
2	Riesgo individual	-.19	-2.00	.048	.03	.89
	Riesgo reciente en el entorno familiar	-.07	-0.78	.438		.88
	Riesgo individual X Riesgo familiar	-.19	-2.16	.033	.03	.94

Dada la significatividad del efecto interactivo, se realizaron los análisis oportunos para comprobar qué pendientes simples eran estadísticamente significativas en la interacción entre el número de circunstacias de riesgo de la madre y del entorno familiar. A continuación se presenta la influencia que este efecto interactivo ejercía sobre la autoestima de estas mujeres. Para ello, la variable moderadora (riesgo en el entorno familiar) se dividió en tres grupos

atendiendo a su desviación tipo (±1DT), mientras que las puntuaciones de la variable predictora (riesgo individual) se clasificaron en dos grupos atendiendo a su media.

Figura 20. Interacción del riesgo individual y del entorno familiar para la autoestima de las mujeres de familias usuarias de los SS.SS.CC.



Siguiendo las recomendaciones de Aiken y West (1991), los resultaron mostraron que la significatividad de la interacción entre riesgo individual y autoestima emocional se producía exclusivamente cuando la acumulación de elementos y/o circunstancias de riesgo en el entorno familiar adquiría valores altos (t = - 2.36, p = .020), pero no ante niveles de riesgo bajo (t = 0.90, p = .370) y medio (t = - 0.77, p = .443). Tal y como se muestra en la Figura 20, ante entornos familiares con un nivel de riesgo alto las trayectorias de riesgo individuales se relacionaban con su autoestima emocional en un sentido negativo. Por consiguiente, se podría decir que el efecto negativo que la presencia de riesgo en la vida de la mujer ejerce sobre su autoestima desaparece cuando, en la actualidad, los elementos y/o circunstancias estresantes en el entorno familiar presentan un nivel bajo o medio.

2.4.2. El papel desempeñado por la acumulación de circunstancias estresantes y la autoestima en la vivencia del rol como madres.

Posteriormente se examinó las trayectorias de riesgo y la autoestima emocional se relacionaban con la percepción de controlabilidad de la madre ante la tarea educativa. Para ello se desarrolló nuevamente un análisis de regresión lineal jerárquica: en el primer paso se incluyeron como variables independientes las dos puntuaciones acumulativas de riesgo, en el segundo paso se incluyó la autoestima emocional, y finalmente se pusieron en relación los dos indicadores de riesgo con la autoestima, con el objeto de examinar si el efecto que ésta última ejercía sobre la controlabilidad parental era directo o bien estaba moderado por el número de situaciones problemáticas.

A continuación, se presentan los coeficientes de correlación de Pearson hallados entre las puntuaciones de las distintas variables independientes y la variable dependiente incluida en el modelo de regresión (ver Tabla 26).

Tabla 26. Análisis de correlaciones de las variables incluidas en el modelo de regresión.

	1	2	3	4
1. Riesgo individual	-	27**	-.23*	-.09
2. Riesgo reciente en el entorno familiar		-	-.09	-.10
3. Autoestima emocional			-	.33***
4. Controlabilidad parental				-

# p <.10 * p <.05; ** p <.01; *** p <.001

Se examinó la existencia de valores atípicos multivariantes y se localizaron 2 *outliers*, aunque ninguno resultó influyente según la distribución *F (*el caso con una mayor distancia Cook obtuvo un valor de 0.23). El gráfico de dispersión tampoco mostró la existencia de ningún valor desplazado del resto de observaciones. Los supuestos fundamentales del modelo de regresión (independencia, linealidad, homocedasticidad, normalidad y co-linealidad) fueron contrastados de forma satisfactoria.

Tabla 27. Resumen de los modelos de regresión jerárquica para la controlabilidad parental de las mujeres de familias en riesgo.

Modelo	R^2	R^2corregida	Cambio en R^2	Cambio en *F*	gl1/gl2	*Sig. del cambio en F*	Durbin-Watson
Paso 1	.02	.00	.02	1.07	2/120	.345	
Paso 2	.13	.11	.11	15.44	1/119	.000	1.59
Paso 3	.14	.10	.00	2.76	2/117	.759	

En este caso, el efecto interactivo incluido en el paso tercero no resultó estadísticamente significativo, por lo que se interpretaron los estadísticos recogidos en los pasos previos del análisis de regresión. Con el primer y segundo paso el modelo explicó el 13% de la varianza de la variable criterio, según los criterios de Cohen, la relevancia clínica de este resultado fue moderada.

Tabla 28. Coeficientes de regresión del modelo de regresión jerárquica para la controlabilidad parental de las mujeres de familias usuarias de los SS.SS.CC.

Paso		Beta	*T*	*P*	rs^2	Tolerancia
1	Riesgo individual	-.10	-1.01	.312		.93
	Riesgo reciente en el entorno familiar	-.07	-0.73	.464		.93
2	Riesgo individual	-.08	-0.91	.362		.93
	Riesgo reciente en el entorno familiar	.01	0.11	.912		.89
	Autoestima emocional	.35	3.93	.000	.11	.95
2	Riesgo individual	-.09	-0.99	.323		.89
	Riesgo reciente en el entorno familiar	-.01	0.11	.910		.86
	Autoestima emocional	.34	3.77	.000	.10	.89
	Riesgo individual X autoestima emocional	-.05	0.52	.607		.86
	Riesgo familiar X autoestima emocional	-.06	-0.63	.533		.90

Como se puede comprobar en la Tabla 28, la autoestima fue la única variable que explicaba significativamente la controlabilidad parental. De tal modo que a medida que estas mujeres hacían una valoración más positiva de sí mismas experimentaban una mayor sensación de control en su desempeño como madre. Atendiendo a los criterios de Cohen (1988), el tamaño del efecto de esta relación se considera medio.

3. La intervención familiar desarrollada desde los SS.SS.CC.

Como ya se ha comentado, las familias de los adolescentes que son objeto de estudio estaban recibiendo una intervención específica por parte de los SS.SS.CC en el momento de la evaluación. Los dispositivos de este sistema público de apoyo están organizados para dar respuesta a las demandas y necesidades de las personas de su comunidad a distintos niveles, de manera que las familias que han participado en este estudio recibían intervenciones distintas, que son descritas en primer lugar (3.1.). A continuación, se examina en qué medida estas intervenciones se relacionan con algunos de los indicadores de las adultas responsables de estos menores (3.2.).

3.1. La intervención familiar por razones de preservación y fortalecimiento familiar.

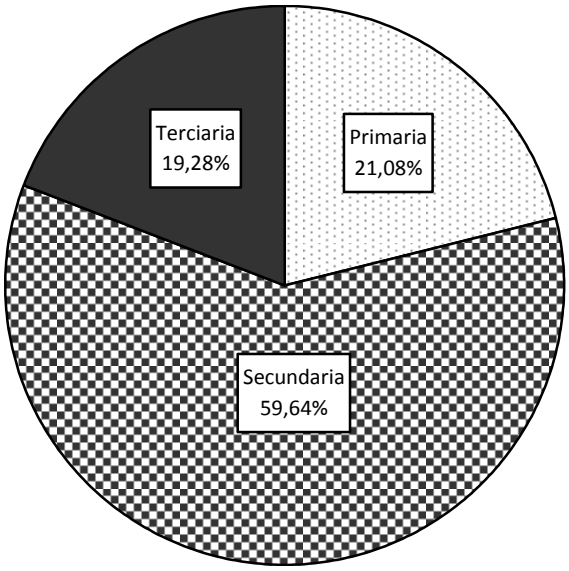
Los SS.SS.CC. desarrollan una serie de actuaciones que atienden a diferentes **niveles de intervención**: el primer nivel hace referencia a las familias que únicamente se benefician de intervenciones socioeducativas que se ofrecen a toda la comunidad, el segundo nivel se lleva a cabo desde el SIVO, el tercer nivel lo constituyen los SECORE; y el cuarto nivel los ETF[9]. Los resultados pusieron de manifiesto que un alto porcentaje de la muestra (el 59.64%) se situaba en el tercer nivel de intervención (SECORE), el siguiente más representado fue el cuarto (ETF) con un 19.28%, mientras que alrededor de un 17.94% de las familias recibían una intervención por parte de los SIVO. El porcentaje restante de la muestra representaba únicamente un 3.14% e incluía a aquellas familias que se encontraban en el primero de los niveles descritos. Cabe destacar que el 100% de este último grupo eran familias cuya única intervención era la proveniente de su participación en el programa FAF.

En la línea de Garrido y López (2009) las prestaciones de los SS.SS.CC. pueden ser catalogadas preferentemente como **Servicios de prevención** familiar: primario, secundario y terciario. En este trabajo, de acuerdo con la opinión de los profesionales que han colaborado en esta investigación, se ha considerado en exclusividad de carácter secundario la intervención que reciben las familias del SECORE y las familias del primer nivel de intervención se englobaron en el primero de los niveles preventivos. De esta manera se establece una diferenciación clara del tipo de prevención según el nivel de intervención descrito en el párrafo anterior: primario (familias del primer y segundo nivel), secundario (familias del tercer nivel) y terciario (familias del cuarto nivel).La muestra de este estudio queda distribuida como se representa en la Figura 21. Como se observa, las familias en prevención secundaria supusieron

[9] Una descripción más detallada de estos servicios se hace en el apartado 2 del capítulo primero.

casi el 60% del total, mientras que el resto se repartía equitativamente entre prevención primaria y terciaria.

Figura 21. Distribución de frecuencias por niveles de prevención (*n* = 223).



Esta investigación dispuso de información de algunas familias respecto a su **trayectoria en los SS.SS.CC.**. A pesar de que los datos disponibles provienen aproximadamente del 50% de la muestra total, se ha considerado oportuno ofrecerlos ya que pueden ayudar a entender las complicadas trayectorias de intervención que los SS.SS.CC. desarrollan con estas familias. La información al respecto se presenta en la Tabla 29.

Tabla 29. Frecuencias y porcentajes de las trayectorias de las familias usuarias de los SS.SS.CC.

	Frecuencia	**Porcentaje**
Nº de servicios anteriores		
0	50	40.65%
1	64	52.03%
2	7	5.69%
3	2	1.63%
Servicios anteriores		
SIVO	45	62.50%
SECORE	10	13.89%
ETF	3	4.17%
SPM	14	19.44%
Nº de familiares con intervención específica		
0	52	50.98%
1	23	22.55%
2	15	14.71%
3	9	8.82%
4	3	2.94%
Intervenciones específicas complementarias		
Dirigidas a los adultos y/o las familias	36	72%
Dirigidas a los menores	11	22%
Mixtas (menores y no menores)	3	6%

Referente al número de servicios anteriores por los que la familia ha pasado, los resultados indicaron que un 59.35% presentaron ya una trayectoria previa con este dispositivo de apoyo social, y que el servicio en el que se encontraban en el momento de recabar los datos no era el primero. Se puso en relación la participación en un servicio anterior con los niveles de prevención familiar utilizando el estadístico chi-cuadrado, los resultados mostraron evidencias significativas de una relación entre ambas ($\chi^2(2, N = 123) = 28.21$, $p < .001$), con una relevancia clínica media ($V_{cramer} = .48$). Así, los residuos tipificados corregidos relacionaban la existencia de servicios anteriores al actual con la prevención primaria ($r_z = \pm 4.8$) y secundaria ($r_z = \pm 4.3$), siendo precisamente aquellas familias en prevención primaria las que no manifestaban ser objeto de una intervención previa por parte de los SS.SS.CC, y las familias que se encontraban en la actualidad en prevención secundaria las que sí.

Por otro lado, el análisis de frecuencias reveló que el servicio anterior más citado fue SIVO, seguido de SPM, SECORE y finalmente ETF. Además, los datos disponibles indicaron que la mitad de las familias de la muestra estaban recibiendo una intervención específica ajena a la ofrecida por los SS.SS.CC. Un análisis cualitativo permitió clasificar estas intervenciones externas en dos tipos: las primeras dirigidas a los menores que convivían en estos hogares (por ejemplo, relacionadas con la salud mental infanto-juvenil, la orientación laboral o la adicción a drogas) y las segundas dirigidas al resto de los integrantes de la familia (terapias individualizadas para adultos o ayudas familiares a domicilio). En este sentido, los datos disponibles indicaron que mayoritariamente estas intervenciones iban destinadas a los adultos o para la familia en su conjunto. Para finalizar este apartado, hay que comentar que estos datos no pudieron relacionarse con los niveles de prevención indicados anteriormente por incumplimiento del requisito del 20% de casillas con frecuencia esperada superior a 5.

3.2. La intervención familiar y su relación con el perfil psicosocial de las mujeres adultas.

En este apartado se examina si los niveles de prevención familiar guardan algún tipo de relación con determinados indicadores psicosociales de las mujeres. Cabe destacar que los análisis de contrastes fueron desarrollados empleando las pruebas no paramétrica de Kruskal-Wallis y U de Mann-Whitney para los contrastes dos a dos, atendiendo a un intervalo de confianza de 99.83% ($p < .017$)[10].

En primer lugar, se consideró interesante analizar si la **trayectoria de riesgo total** de las familias se relacionaba con la intervención preventiva que éstas recibían. En la Tabla 30 se presentan las puntuaciones medias de los niveles de prevención familiar, así como los resultados de los estadísticos utilizados para los contrastes. Como puede observarse, dependiendo del tipo de intervención preventiva, las familias diferían entre sí en función de la acumulación de riesgo total ($H = 7.31$, $p = .026$). En este sentido, los contrastes post hoc mostraron diferencias significativas entre las familias en prevención terciaria en comparación con las que estaban recibiendo un nivel de prevención secundario ($U = 883.5$, $p = .015$), siendo

[10] El incumplimiento de un mínimo de 25 sujetos por celda supuso la realización de pruebas no paramétricas.

las primeras en las que se acumulaba un mayor número de elementos y/o circunstancias estresantes. Posteriormente, se analizó si las diferencias entre los tipos de prevención venía marcada por la trayectoria de riesgo individual o por la presencia reciente de situaciones problemáticas en el entorno familiar. En este sentido, la prueba de Kruskal-Wallis mostró diferencias en la experimentación de circunstancias estresantes familiares (H = 16.50, p = .001). Nuevamente, los contrastes post hoc mostraron diferencias entre las familias en prevención secundaria y terciaria (U = 756.0, p = .001), siendo la acumulación mayor en éstas últimas. En síntesis, las familias que estaban siendo atendidas a un nivel de prevención terciario presentaron una concentración de elementos y/o circunstancias de riesgo superior a la encontrada en prevención secundaria, principalmente en el entorno familiar.

Tabla 30. Contrastes de medias no paramétricos entre los distintos niveles de prevención familiar y la acumulación de riesgo.

	Prevención Primaria (1) (n = 18)	**Prevención Secundaria (2)** (n = 71)	**Prevención Terciaria (3)** (n = 35)	H^a	U^b
Riesgo total	4.22 (1.11)	4.25 (2.16)	5.40 (1.88)	7.31*	2-3*
Riesgo individual	1.94 (0.64)	2.22 (1.47)	2.49 (1.12)	2.97	-
Riesgo en el entorno familiar	2.28 (1.36)	2.03 (1.11)	2.91 (1.22)	16.50***	2-3**

[a] # p <.10 * p <.05; ** p <.01; *** p <.001

[b] * p <.017; ** p <.001

Seguidamente, se efectuaron análisis de contrastes no paramétricos para examinar la existencia de diferencias en **autoestima y controlabilidad parental** en función de los niveles de prevención familiar descritos.

Tabla 31. Contrastes de medias no paramétricos entre los distintos niveles de prevención familiar y características de las mujeres adultas.

	Prevención Primaria (1) $n_{autoestima}$ = 33 $n_{controlabilidad}$ = 19	**Prevención Secundaria (2)** $n_{autoestima}$ = 110 $n_{controlabilidad}$ = 69	**Prevención Terciaria (3)** $n_{autoestima}$ = 37 $n_{controlabilidad}$ = 34	H^a	U^b
Autoestima emocional	10.78 (3.53)	10.59 (3.31)	11.13 (2.98)	0.91	-
Controlabilidad parental	13.16 (3.72)	11.76 (3.62)	12.28(4.49)	2.60	-

[a] # <.10 *<.05; **<.01; ***<.001

[b] *<.017; **<.001

Los resultados presentados en la Tabla 31 no mostraron diferencias significativas en la autoestima de las madres de familias que estaban siendo atendidas a distintos niveles de prevención (H = 0.91, p = .635), ni tampoco en controlabilidad parental (H = 2.60, p = .272). Ante la no significatividad de estas diferencias no se efectuaron análisis post-hoc.

4. Resumen de resultados.

Para finalizar, se expone una síntesis de los principales resultados comentados en este capítulo. Todos ellos serán tratados nuevamente en el siguiente bloque de esta Tesis Doctoral, relacionándolos con otros estudios empíricos centrados en el estudio de familias en situación de riesgo psicosocial. A modo de resumen, desde nuestro punto de vista los resultados más destacados han sido los siguientes:

- ✓ Las familias en situación de riesgo que estaban recibiendo una intervención por razones de preservación y fortalecimiento familiar se caracterizaron por conformar, mayoritariamente, **hogares** monoparentales, con una alta presencia de menores y de miembros pertenecientes a la familia extensa. En cuanto a la **situación económica familiar**, los resultados mostraron una alta precariedad en este sentido. Se observaron unos ingresos familiares mensuales mayoritariamente reducidos, inestables y procedentes de dos o tres fuentes distintas, entre las cuales destacaba la contribución económica de los hijos e hijas a la economía familiar, la falta de ingresos procedentes de los padres varones y la presencia de ayudas sociales. La situación económica resultó tan apremiante para estos hogares que, según el índice de la pobreza calculado, más de la mitad podían definirse como familias pobres.

- ✓ Las **mujeres responsables del cuidado y la atención de los adolescentes de estas familias** mostraron una situación educativa, profesional y económica precaria. En este sentido, estas adultas destacaron preferentemente por tener un nivel educativo bajo y por encontrarse en una situación laboral poco favorable. Respecto a esto último, los resultados pusieron de manifiesto que estas mujeres eran en su gran mayoría laboralmente activas, aunque en unas condiciones bastantes precarias, puesto que se caracterizaban por disponer de trabajos de baja cualificación, con una remuneración económica baja y sin contrato laboral en un porcentaje importante de los casos.

- ✓ Las mujeres de las familias usuarias de los SS.SS.CC. mostraron puntuaciones centrales pero muy diversas en **autoestima emocional**. Cuando se puso en relación este indicador con otras características personales de las mujeres se encontraron algunos resultados interesantes. En este sentido, se mostraba una mejor autoestima en la medida que los ingresos económicos que reportaban los trabajos de estas adultas eran mayores. No obstante, la autoestima no se relacionó con el estado civil o la situación laboral.

- ✓ Las responsables de los menores de estas familias fueron, mayoritariamente, sus **madres biológicas**, siendo pocas las abuelas o las tías que estaban a cargo de estos chicos y chicas. En cuanto a la vivencia como madres, la **controlabilidad parental** presentó puntuaciones muy centradas y con una diversidad moderada. Este indicador se relacionó con la autoestima emocional, de manera que las mujeres que se valoraban a sí mismas más positivamente eran también las que percibían un mayor control ante la tarea educativa. No obstante, el sentimiento de controlabilidad parental no mostró ninguna asociación con características específicas de los menores, como la edad y el sexo.

- ✓ Las madres de las familias usuarias de los SS.SS.CC. experimentaron una media de 4-5 **elementos y/o circunstancias de riesgo** en su trayectoria vital de riesgo. La acumulación de acontecimientos estresantes de la usuaria se relacionó positivamente con lo acontecido recientemente en el entorno familiar. Entre los sucesos más frecuentes destacaron los referidos a situaciones de malos tratos y problemas laborales. Los elementos y/o circunstancias de riesgo mostraron una alta concurrencia entre sí mismos. En concreto, de todas las circunstancias estresantes evaluadas, aquellas referidas a una relación de pareja conflictiva, desempleo familiar, maltrato infantil, conducta antisocial e inestabilidad familiar fueron las que presentaron un mayor número de relaciones significativas con el resto de sucesos evaluados.

- ✓ Las **trayectorias de riesgo se asociaron con el nivel de autoestima de la madre**. En concreto, la acumulación de riesgo individual explicaba la autoestima de estas mujeres en un sentido negativo, aunque esta relación se producía solo si la presencia de elementos de riesgo en el entorno familiar adquiría valores altos. En otras palabras, el efecto negativo de la trayectoria de riesgo de la madre sobre su autoestima desaparecía cuando la concurrencia reciente de elementos y/o circunstancias estresantes en el entorno familiar no era elevada.

- ✓ La **controlabilidad parental** no fue explicada por las trayectorias de riesgo, pero sí por la autoestima de las mujeres responsable de estos hogares. Ésta última ejerció un efecto directo positivo sobre la percepción de control que tenían estas madres ante la tarea educativa. Asimismo, a medida que aumentaba la autoestima el sentimiento de controlabilidad parental crecía, mientras que el descenso de ésta se asociaba a una menor percepción de control. Dicha relación no resultó ser moderada por ninguno de los indicadores acumulativos de riesgo.

- ✓ Los **datos de intervención** recabados en este estudio permitieron describir a la muestra principal de este estudio en tres niveles de prevención: primario, secundario y terciario; destacando el número de familias que recibían una intervención secundaria frente a las otras. Siguiendo las recomendaciones de Garrido y López (2009), las familias de este estudio pudieron ser clasificadas mayoritariamente con un nivel de riesgo medio, puesto que el porcentaje mayoritario provenía del SECORE.

- ✓ Según los datos disponibles, **los SS.SS.CC. de atención a las familias en situación de riesgo psicosocial** no solían desarrollar intervenciones puntuales y/o esporádicas. En este sentido, esta investigación reunió evidencias que mostraban el alto porcentaje de familias que habían recibido previamente intervenciones por parte de otros dispositivos de los SS.SS.CC. Además, el trabajo desarrollado por el equipo de profesionales que conforman los servicios específicos —SIVO, SECORE, ETF— se había visto reforzado, en muchas ocasiones, por otras intervenciones específicas. En este sentido, alrededor de la mitad de la muestra manifestó estar recibiendo intervenciones complementarias a las ofrecidas por los SS.SS.CC. Un análisis más detallado reveló la mayor frecuencia de actuaciones dirigidas a los adultos o a la familia en su conjunto, frente a las destinadas a los menores. Cabe destacar que los datos disponibles al respecto se referían a alrededor del 50% de la muestra total, por lo que deben ser tomados con cierta cautela.

- ✓ Las características de las familias que comprendían **los distintos niveles de prevención diferían entre sí en las trayectorias de riesgo**. En concreto, se comprobó que las familias en prevención terciaria presentaron una mayor concentración total de elementos y/o circunstancias de riesgo que las que estaban siendo atendidas a un nivel primario y secundario. En concreto, las diferencias entre el nivel de prevención secundario y terciario vinieron determinadas, principalmente, por la presencia de circunstancias de riesgo reciente en el entorno familiar. En otras palabras, las trayectorias de riesgo familiar fueron más complicadas en los hogares que recibían intervenciones de prevención terciaria comparadas con aquellas con las que se trabajaba a un nivel inferior.

- ✓ Finalmente, se examinó la existencia de una **relación entre los niveles de prevención familiar y las características de las mujeres** de familias usuarias de los SS.SS.CC. En este caso se comprobó que ni la autoestima emocional de las madres ni el sentimiento de controlabilidad parental se relacionaban con los niveles de prevención familiar estudiados.

En síntesis, los resultados presentados mostraron que estas familias presentaban un perfil psicosocial que difería al de otros hogares que no estaban recibiendo una intervención de los SS.SS.CC. por razones de preservación y fortalecimiento familiar. Este capítulo ha mostrado que, dentro de la heterogeneidad que caracteriza a estos contextos, estas familias presentan necesidades y fortalezas que deben ser consideradas para la interpretación de posteriores resultados.

Capítulo 8.

El estrés psicosocial y los problemas de ajuste en la adolescencia de los contextos familiares en situación de riesgo psicosocial.

Este capítulo se ocupa de los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. por razones de preservación y fortalecimiento familiar. En primer lugar, se describe cuantitativa y cualitativamente el estrés psicosocial experimentado por los chicos y las chicas que participaron en este trabajo de investigación, atendiendo a la frecuencia de los sucesos estresantes vividos en los últimos cinco años así como al impacto emocional que les ha generado cada uno de ellos. El estrés psicosocial de los adolescentes en riesgo se define según su distribución muestral y en comparación con la muestra de iguales. En segundo lugar, se estudia la presencia de problemas de ajuste, concretamente, el interés estriba en analizar qué tipo de dificultades son usuales en esta población atendiendo a dos tipos de comportamientos: los internalizantes y los externalizantes.

Con objeto de investigar el grado de estrés psicosocial y los problemas de ajuste que los menores de familias en situación de riesgo presentan en función de determinados indicadores personales (edad y sexo) y, a su vez, explorar si existen diferencias con respecto a la muestra de comparación, en este trabajo se efectúan dos tipos de análisis distintos:

- Los análisis intra-grupales, con los cuales se examina la existencia de diferencias en torno las dos dificultades de ajuste según el sexo y la edad de los menores. Estos análisis se realizan en cada una de las muestras de adolescentes (en riesgo y de comparación), de forma diferenciada.
- Para los análisis inter-grupales se segmenta la matriz por sexo o por tramos de edad, y a continuación se contrastan las puntuaciones obtenidas en la muestra de riesgo con la de comparación.

Para finalizar, este capítulo presenta una síntesis de los resultados más relevantes comentados.

1. El estrés psicosocial.

En este primer apartado se describe a los adolescentes en riesgo según el nivel de estrés psicosocial al que hacen frente, reduciendo el significado de esta dimensión de análisis a la experimentación de sucesos vitales estresantes (SVE). Esta descripción se hace en torno a la acumulación de cirunstancias problemáticas y su grado de impacto emocional (1.1.), así como al tipo de situaciones experimentadas (1.2.).

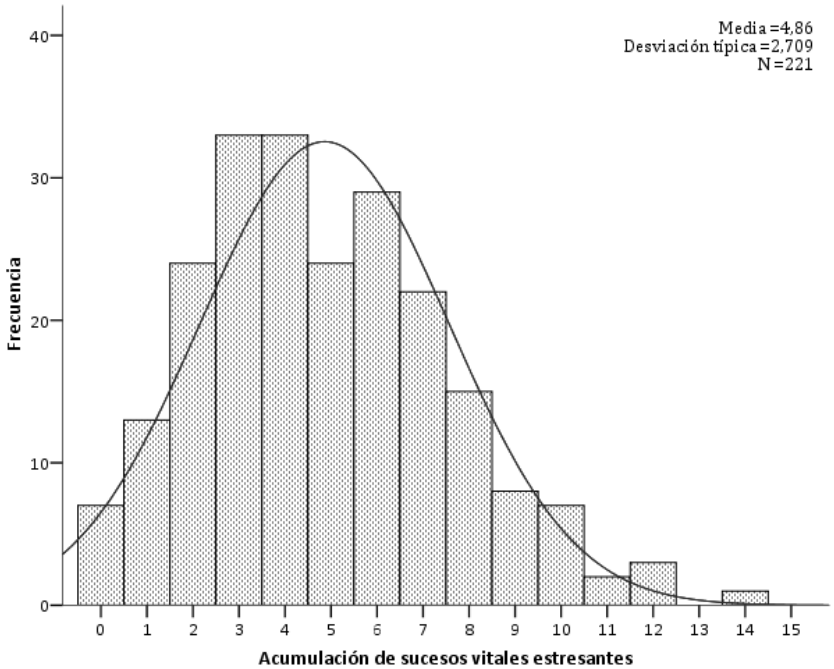
1.1. Análisis cuantitativo.

A continuación se describe la distribución de datos de los indicadores de estrés psicosocial —tasa de SVE e impacto emocional promediado— para la muestra de adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC., y se comentan los principales descriptivos obtenidos. Seguidamente, estos resultados se comparan con los de la muestra de iguales no usuarios de Servicios de preservación familiar, tanto de forma general como específicamente, realizando análisis intra e inter-grupales según el sexo y la edad del adolescente.

1.1.1. Análisis descriptivo.

En la figura que aparece a continuación se presenta la distribución muestral de la **tasa de SVE** de los adolescentes en riesgo, así como los principales descriptivos asociados a este indicador. Tras examinar el diagrama de caja y bigotes no se observaron casos extremos univariantes. Los datos mostraron cierta asimetría positiva en la distribución, debido a una mayor acumulación de las puntuaciones en la zona izquierda de la gráfica. En este sentido, el test estadístico de normalidad relacionado con la simetría fue superior a ±2.58 ($z_{simetría}$ = 3.19). Los estadísticos de dispersión pusieron de manifiesto una marcada variabilidad en los resultados, muestra de ello fueron el valor de la desviación tipo (*DT* = 2.71) y el rango de sucesos experimentados (de 0 a 14 sucesos). La puntuación media fue de 4.86 experiencias estresantes.

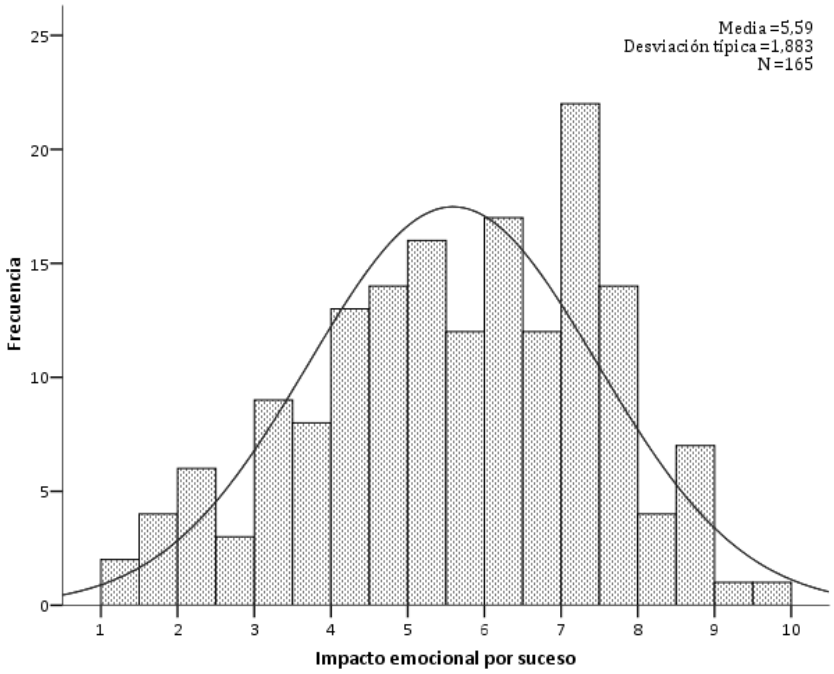
Figura 22. Distribución de los adolescentes en riesgo en función de la tasa de SVE.



Tal y como se indicó en el apartado de metodología, el instrumento utilizado para la evaluación del estrés psicosocial ofrece también información acerca del **impacto emocional promediado de cada suceso experimentado.** Dicha puntuación es fruto de la suma de todas las puntuaciones de afectación dividido por el total de SVE acontecidos. Hay que señalar al

respecto que únicamente este dato fue calculado para aquellos adolescentes con una frecuencia de situaciones estresantes mayor a dos, para ofrecer una visión poco sesgada de este indicador. En esta línea, la Figura 23 muestra la distribución de frecuencias característica de los chicos y chicas en riesgo, y en ella se presentan los principales estadísticos obtenidos al respecto.

Figura 23. Distribución de los adolescentes en riesgo en función del impacto promediado por suceso.



Los resultados indicaron que una gran parte de los menores obtuvieron puntuaciones centrales en impacto emocional, mostrando la normalidad de la distribución de este indicador. Como puede observarse en la Figura 23, el rango de respuestas alcanzó el mínimo y el máximo posible de la escala (desde 1 a 10 puntos), hecho que indica una amplia variabilidad en los datos. La media de impacto emocional por suceso fue de 5.59 puntos y no se observaron casos extremos univariantes.

Finalmente, se evaluó en qué medida la acumulación de SVE incidía en el grado de afectación emocional de cada suceso experimentado. El coeficiente de correlación de Pearson puso de manifiesto una relación significativa entre ambos indicadores (r = .29, p < .001), es decir, a medida que los menores acumulaban un mayor número de circunstancias estresantes, mayor resultaba el impacto emocional de cada uno de ellos.

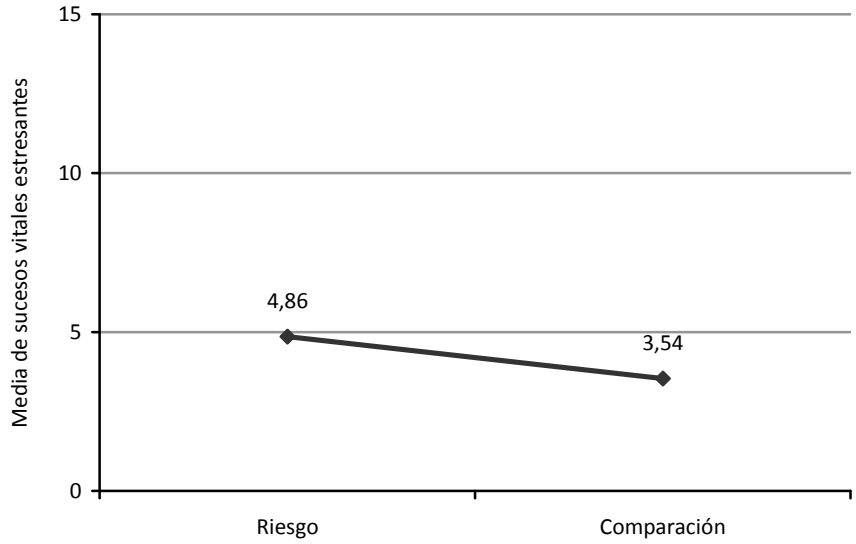
1.1.2. El estrés psicosocial en los adolescentes en riesgo y del grupo de comparación.

En primer lugar, se realizó un análisis univariado de varianza (ANOVA) para examinar las diferencias entre ambas muestras en función de la **tasa de SVE**. El problema de simetría detectado en la muestra de adolescentes en riesgo no supuso ningún inconveniente para la

realización del análisis[11]. Referente a la variabilidad de los datos, los coeficientes de variación de Pearson de ambas muestras indicaron una dispersión en el grupo de comparación (*CV* = 0.60) mayor a la de los contextos familiares en riesgo (*CV* = 0.56). Cabe destacar que en ambos casos la hetereogeneidad de los datos que representaron estos valores fue muy alta.

Los supuestos exigidos para la realización del ANOVA fueron contrastados satisfactoriamente. Este análisis mostró diferencias estadísticamente significativas entre las dos muestras en cuanto a la acumulación de SVE. Como puede observarse en Figura 24**,** los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. experimentaron, en los últimos cinco años, una media de SVE más alta a la de los iguales de comparación ($F(1, 444) = 32.78$, $p < .001$), resultando la relevancia clínica de tal efecto moderada ($d = .54$).

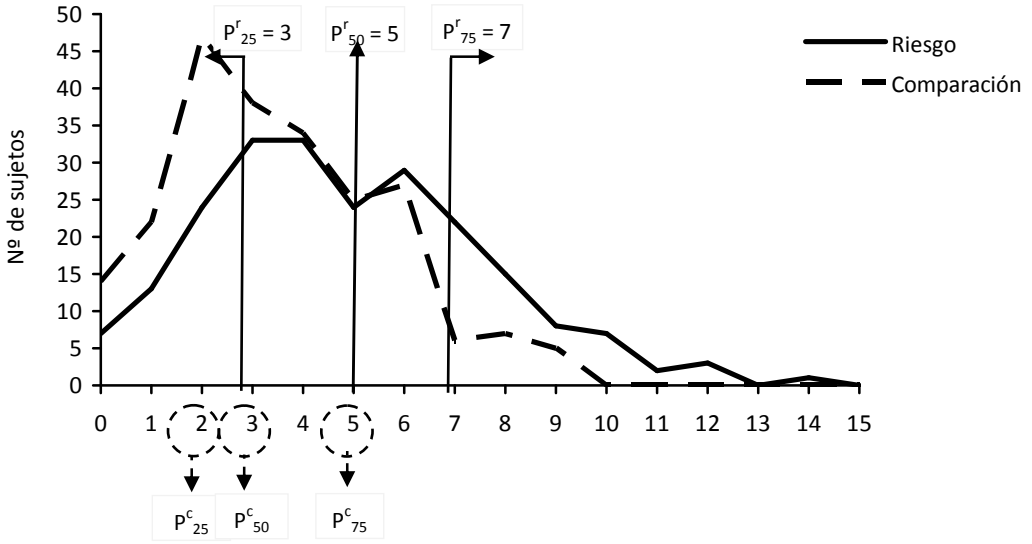
Figura 24. Puntuaciones medias de la acumulación de SVE de las dos muestras de adolescentes.



Con la finalidad de hacer un tratamiento más pormenorizado de la tasa de SVE, los percentiles 25 y 75 se utilizaron para conformar niveles de estrés psicosocial. De esta forma los entrevistados de cada muestra quedaron agrupados de la siguiente manera: por un lado, para los adolescentes en riesgo se formaron el grupo de estrés bajo (rango de puntuaciones entre 0 y 3 puntos), medio (entre 4 y 7 sucesos estresantes) y finalmente alto (con más de 7 circunstancias estresantes); por otro lado, los menores del grupo de comparación se agruparon en estrés bajo (tasa de SVE de 0 a 2), medio (entre 3 y 5 sucesos estresantes) y, por último, alto (con más de 5 acontecimientos estresantes). Los porcentajes encontrados en los adolescentes en riesgo fueron 34.8%, 48.9% y 16.3%, mientras que en los de comparación 36.9%, 43.1% y 20%, para los tres niveles de estrés respectivamente.

[11] Ambas muestras presentaron un tamaño muestral elevado y el grado de asimetría positiva fue detectado en las dos distribuciones, por lo que difícilmente se puede ver influido el resultado del contraste paramétrico.

Figura 25. Distribución muestral de la tasa de SVE en adolescentes en riesgo y de los menores del grupo de comparación.



La Figura 25 recoge las distribuciones muestrales de la acumulación de SVE para ambas muestras, y se representan los percentiles de la muestra de riesgo (P^r) y del grupo de comparación (P^c) mediante flechas. Tal y como puede apreciarse, los datos descriptivos del grupo de adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. estuvieron notablemente separados de la muestra de comparación. De todos ellos, llama la atención que el percentil 50 del grupo de adolescentes en riesgo se correspondía con el percentil 75 de los menores de comparación. Estos datos pusieron de manifiesto las marcadas diferencias de estrés psicosocial que viven los unos de los otros.

Seguidamente, la comparación entre ambas muestras se hizo atendiendo al **impacto emocional promediado asociado a cada suceso estresante**. El resultado del ANOVA mostró que la media de este indicador en el grupo de comparación (*M* = 5.62) adquirió un valor similar a la de los adolescentes en riesgo (*M* = 5.59), no resultando esta diferencia estadísticamente significativa (*F(*1,229) = 0.21, *p* = .885). Respecto a la variabilidad de resultados, el coeficiente de variación de Pearson también mostró cierta similitud entre ambas muestras (*CR* = 0.34 para los adolescentes en riesgo frente a *CR* = .30 para los iguales de comparación).

1.1.2.1. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad.

Una vez examinadas las diferencias existentes entre los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los del grupo de comparación en torno a los indicadores de estrés psicosocial, se exploró en qué medida existían diferencias dentro y entre ambas muestras en relación con el sexo y la edad del adolescente.

En primer lugar, se efectuaron los contrastes intra e inter-grupales para la **tasa de SVE** en función del sexo del adolescente. En la Figura 26 se presentan las puntuaciones medias de los menores en riesgo y de los de comparación, presentando a los primeros dentro de un recuadro para diferenciarlas de los segundos, y en la Tabla 32 el resultado de los ANOVAs.

Figura 26. Puntuaciones medias de la tasa de SVE de ambas muestras según el sexo del adolescente.

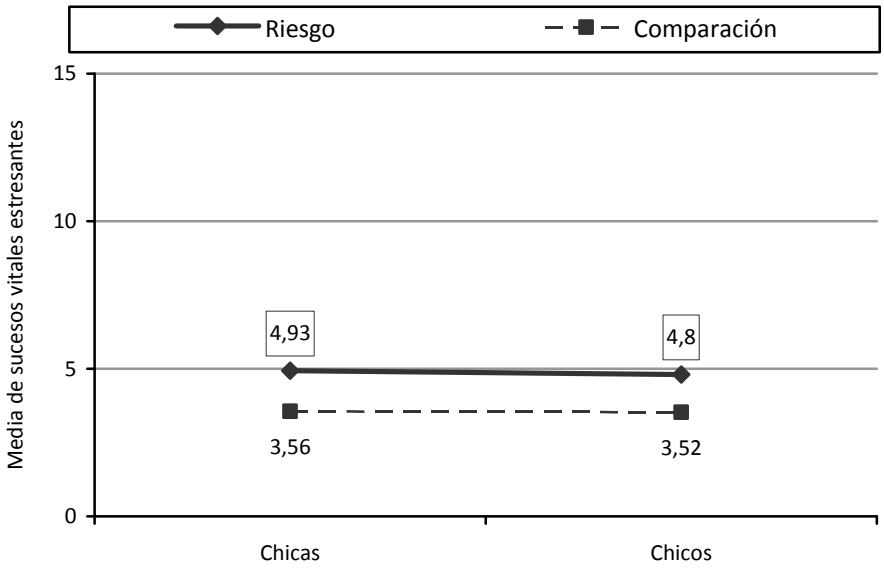


Tabla 32. Contrastes intra e inter-grupales según el sexo del adolescente (tasa SVE).

		Chicas (a)	Chicos (b)
Intra	**Riesgo (r)**	F^{ab} (1,219) = 0.12, p = .732	
	Comparación (c)	F^{ab} (1,223) = 0.02, p = .886	
Inter		F^{rc} (1,234) = 18.04, p < .001	F^{rc} (1,208) = 14.89, p < .001

Por un lado, los contrastes *intra-grupales* no mostraron diferencias estadísticamente significativas entre chicos y chicas. Como puede observarse en la Figura 26, los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. presentaron por término medio un número de SVE similar al de las chicas de su mismo grupo. Estos resultados estuvieron en consonancia con los hallados en la muestra de comparación, no existiendo tampoco diferencias significativas en este sentido. Por otro lado, los análisis *inter-grupales* pusieron de manifiesto que tanto los chicos como las chicas en riesgo habían experimentado en los últimos cinco años un mayor número de SVE que los y las de comparación. Los tamaños de los efectos resultaron moderados en ambos casos, obteniendo una d = .53 en el contraste de las chicas y una d = .55 en el de los chicos.

Una vez examinadas las diferencias intra e inter-grupales en función del sexo, la acumulación de SVE se analizó atendiendo a la edad del adolescente, según los distintos periodos establecidos (adolescencia inicial, media y tardía). Los valores medios obtenidos en cada muestra están representados en la Figura 27, mientras que los estadísticos resultantes de los contrastes quedan recogidos en Tabla 33. Antes de presentar los resultados cabe señalar que, en la muestra de familias en riesgo, el incumplimiento de un mínimo de 25 sujetos por celdas (n = 23 para los menores de 16 y 17 años) no permitió desarrollar pruebas paramétricas y, por tanto, se utilizó la utilización de la prueba de Kruskal-Wallis para el análisis intra-grupal.

Figura 27. Puntuaciones medias de la tasa de SVE de ambas muestras según la edad del adolescente.

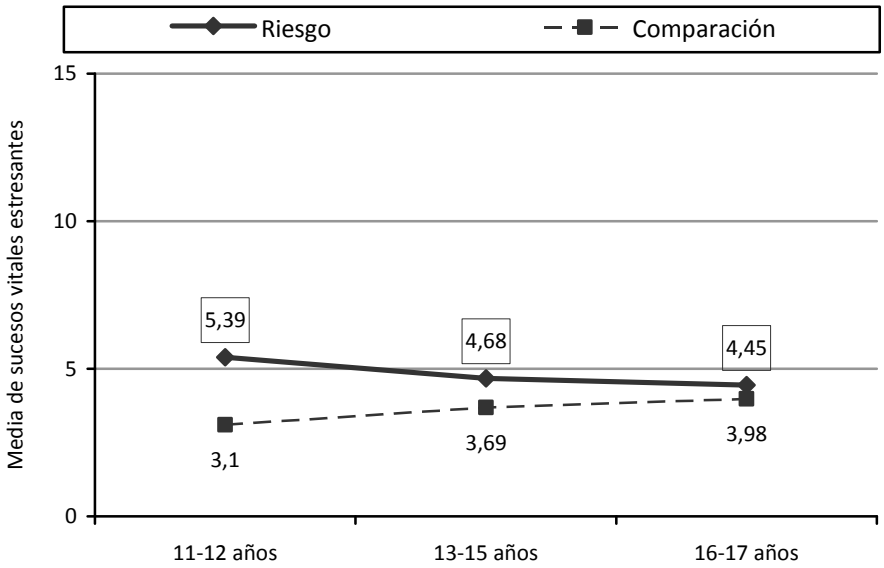


Tabla 33. Contrastes intra e inter-grupales según la edad del adolescente (tasa SVE).

		11-12 años (a)	**13-15 años (b)**	**16-17 años ©**
Intra	**Riesgo (r)** H^{abc} = 3.36, p =.186		-	
	Comparación (c) $F^{abc}(2, 222)$ = 3.07, p =.049		DFS^{ab} = -0.58, p = .165 DFS^{ac} = -0.88, p =.050 DFS^{bc} = -0.29, p= .721	
Inter		F^{rc} (1,151) = 34.13 p < .001	F^{rc} (1,199) = 8.28 p= .004	F^{rc} (1,90) = 0.86, p = .357

Por un lado, los resultados de los análisis *intra-grupales* no mostraron diferencias significativas entre los distintos tramos de edad en los adolescentes de familias usuarias. No obstante, dichas diferencias sí se detectaron en los del grupo de comparación, donde los análisis post hoc mostraron una tasa de SVE mayor en los menores de 16 y 17 años que en los de 11 y 12 años (d = .43). Por otro lado, los *análisis inter-grupales* pusieron de manifiesto que los menores en riesgo de 11 y 12 años, así como aquellos con edades entre los 13 y los 15 años, concentraron un mayor número de circunstancias problemáticas que los iguales de comparación. Estas diferencias inter-grupales no fueron halladas para los adolescentes de 16 y 17 años, resultando las medias de ambas muestras muy similares. La relevancia clínica de estos resultados fue alta para la adolescencia inicial (d = .93) y baja para la media (d = .41).

Finalmente, se desarrollaron los contrastes intra e inter-grupales para examinar el **impacto emocional promediado por suceso** según el sexo y la edad de los menores. Los valores medios de este indicador en ambas muestras según el sexo del adolescente son representados en la Figura 28, y los estadísticos de dichos contrastes en Tabla 34.

Figura 28. Puntuaciones medias del impacto emocional de ambas muestras según el sexo del adolescente.

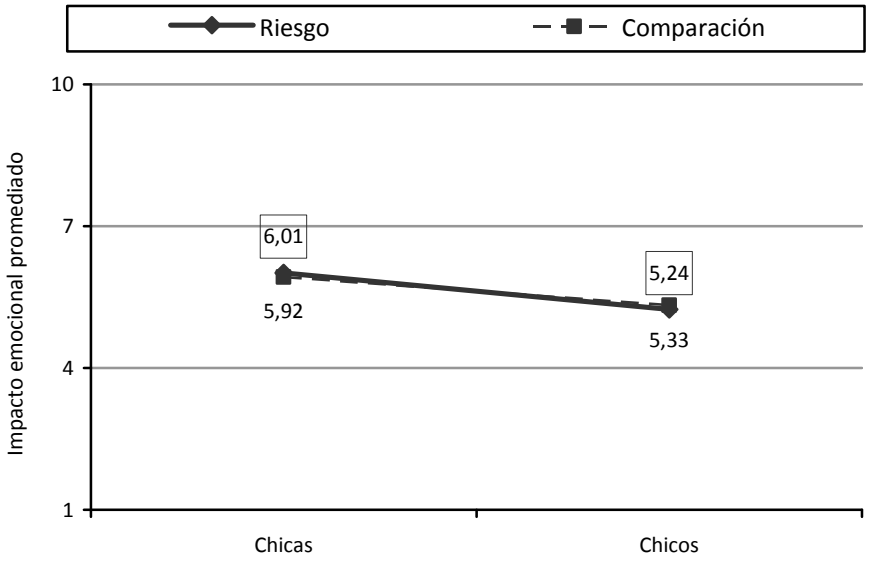


Tabla 34. Contrastes intra e inter-grupales según el sexo del adolescente (impacto emocional).

		Chicas (a)	Chicos (b)
Intra	**Riesgo (r)**	F^{ab} (1,163) = 6.99, p = .009	
	Comparación (c)	F^{ab} (1,134) = 4.15, p = .044	
Inter		F^{rc} (1,139) = 0.78, p = .780	F^{rc} (1,158) = 0.11, p = .743

Por un lado, los análisis *intra-grupales* pusieron de manifiesto diferencias por sexo dentro de cada muestra. Asimismo, las chicas de familias usuarias de los SS.SS.CC. mostraron un mayor impacto emocional que los chicos en riesgo. Este mismo resultado fue obtenido en la muestra de comparación, aunque la relevancia clínica de su efecto fue menor que en la de riesgo ($d_{comparación}$ = .35 frente a d_{riesgo} = .42). Por otro lado, los análisis *inter-grupales* no ofrecieron diferencias significativas ni en el caso de las chicas ni de los chicos, siendo las puntuaciones medias similares en ambas muestras.

Seguidamente, se examinaron estas mismas diferencias según la **edad del adolescente**. La Figura 29 representa las puntuaciones medias de este indicador y la Tabla 35 los estadísticos de los contrastes. De nuevo hay que recordar que los valores que aparecen recuadrados hacen referencia a las medias obtenidas por los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC.

Figura 29. Puntuaciones medias del impacto emocional de ambas muestras según la edad del adolescente.

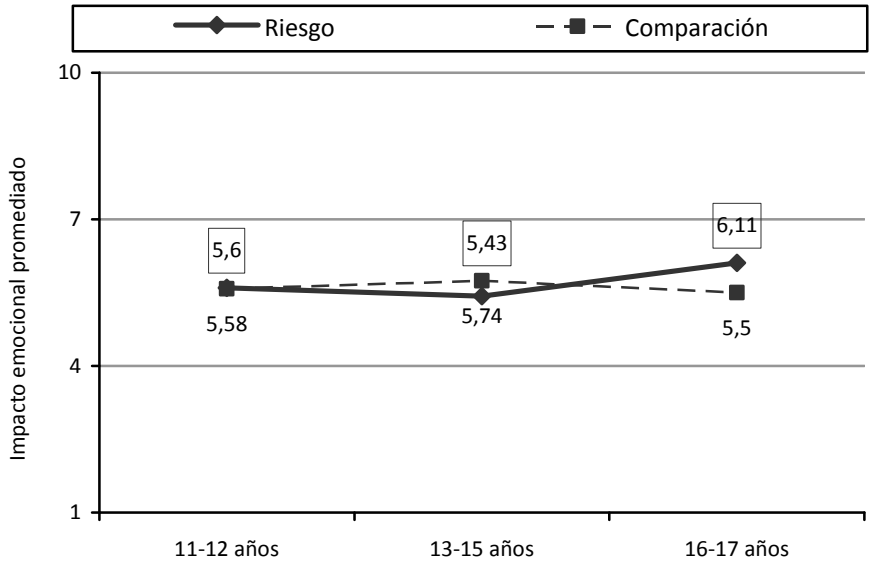


Tabla 35. Contrastes intra e inter-grupales según la edad del adolescente (impacto emocional).

		11-12 años (a)	13-15 años (b)	16-17 años ©
Intra	**Riesgo (r)** $H^{abc} = 3.41$, $p = .182$		-	
	Comparación (c) $F^{abc}(2, 133) = 0.13$, $p = .799$		-	
Inter		$F^{rc}(1,98) = 0.05$ $p = .943$	$F^{rc}(1,134) = 0.84$ $p = .361$	$F^{rc}(1,63) = 2.26$, $p = .137$

Los resultados de los análisis de contrastes *intra-grupales* no mostraron diferencias significativas entre los tramos de edad ni para los adolescentes en riesgo[12] ni para los del grupo de comparación. En consonancia con estos resultados, los análisis *inter-grupales* tampoco mostraron diferencias en ninguna de las tres etapas establecidas. En definitiva, la edad no resultó ser una variable diferencial en el estudio del impacto emocional.

1.2. Análisis cualitativo.

Hasta el momento se ha explorado el número de circunstancias estresantes, así como el impacto emocional experimentado por los adolescentes en riesgo. No obstante, este análisis no permite identificar los sucesos estresantes más frecuentes en los chicos y las chicas que crecen en estas familias, y tampoco reconoce los que promueven un mayor impacto emocional. Con la finalidad de explorar estas cuestiones, a lo largo de este apartado se analiza esta dimensión desde una perspectiva cualitativa, es decir, centrada en los sucesos de forma independiente.

[12] El reducido número de sujetos encontrados en el grupo de adolescentes de 16 y 17 años de edad en la muestra de riesgo ($n = 29$) en comparación con los tamaños muestrales de los restantes grupos de edad conllevó la realización de contrastes no paramétricos.

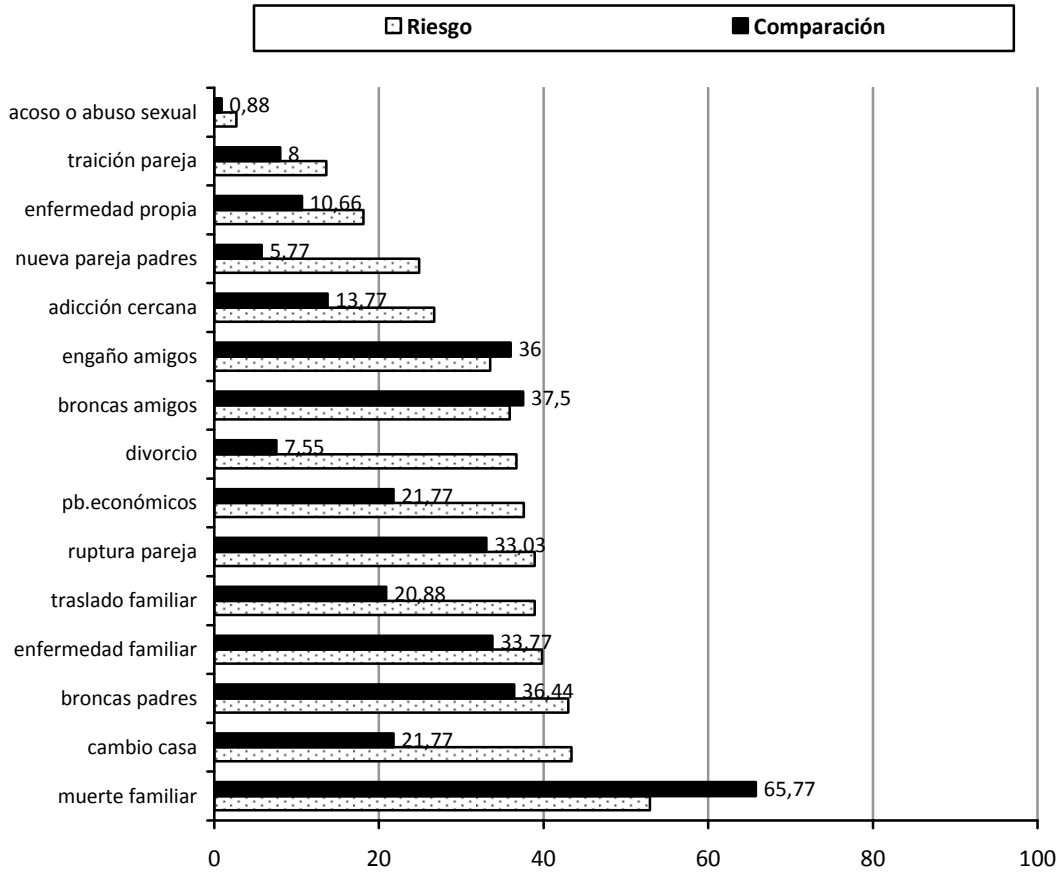
A continuación, en la Tabla 36 se presenta la frecuencia y el porcentaje válido de los quince SVE que contempla el instrumento utilizado en este trabajo de investigación. Los datos que recoge esta tabla hacen referencia a la muestra de adolescentes en riesgo y se exponen de forma ordenada, de mayor a menor, según su frecuencia.

Tabla 36. Frecuencias y porcentajes de los SVE de los adolescentes en riesgo.

	Frecuencia		**Porcentaje**	
	Sí	No	Sí	No
Muerte de un familiar cercano.	117	104	52.94	47.06
Cambio de domicilio.	96	125	43.44	56.56
Broncas importantes y fuertes entre tus padres.	95	126	42.99	57.01
Enfermedad o accidente grave de un familiar.	88	133	39.82	60.18
Traslado de algún familiar.	86	135	38.91	61.09
Ruptura de relación de novio/a.	86	135	38.91	61.09
Dificultades económicas importantes en casa.	83	138	37.56	62.44
Divorcio o separación de tus padres.	81	140	36.65	63.35
Bronca o ruptura con uno de tus mejores amigos.	79	141	35.91	64.09
Engaño, rechazo o ridiculizaciones de amigos.	74	147	33.48	66.52
Problemas de adicción de alguien cercano.	59	162	26.70	73.30
Nuevo emparejamiento de tus padres.	55	166	24.89	75.11
Enfermedad o accidente de importancia.	40	181	18.10	81.90
Engaño o traición por parte de tu novio/a.	30	190	13.57	86.43
Acoso o abuso sexual.	6	215	2.71	97.29

Los datos presentados en la Tabla 36 indican que los **SVE más frecuentes** estuvieron relacionados con el contexto familiar (por encima del 40%), como por ejemplo la muerte de un familiar cercano, el cambio de domicilio y las peleas importantes entre los progenitores. Los sucesos estresantes menos frecuentes concernían a experiencias de índole personal (por debajo del 20%), como acoso o abuso sexual, engaño o traición por parte del novio/a y enfermedad o accidente de importancia. En definitiva, se observaba una clara diferenciación en los contenidos de los sucesos más y menos frecuentes. Estos resultados se pusieron en relación con los extraídos en la muestra de comparación, y se observaron diferencias al respecto. Tal y como se puede apreciar posteriormente en la Figura 30, por un lado, los sucesos más mencionados por los menores de comparación fueron aquellos referidos al contexto familiar (e.g., muerte de un familiar cercano, bronca y peleas entre los progenitores) y también al grupo de iguales (e.g., bronca o ruptura con uno de tus mejores amigos); por otro lado, los menos frecuentes estuvieron relacionados con cuestiones personales (acoso o abuso sexual) y nuevamente con la familia (e.g., nuevo emparejamiento de alguno de los progenitores y divorcio).

Figura 30. Porcentaje de cada suceso estresante para ambas muestras de adolescentes



Los datos porcentuales recogidos en la figura hacen referencia a los hallados en la muestra de comparación

Seguidamente, la frecuencia de cada suceso fue comparada, mediante análisis de contingencias, entre ambas muestras de estudio. Puntualizar que el suceso 14, referido al acoso o abuso sexual, no pudo ser analizado en este sentido, por incumplir el supuesto del 20% de las celdas con un número de observaciones superior a cinco individuos. El resto de las comparaciones se efectuaron atendiendo al estadístico chi-cuadrado con la corrección de Yates por continuidad para tablas de contingencia 2x2, con el que se comprobaba la independencia de las variables analizadas.

Los resultados de dichos contrastes pusieron de manifiesto algunas diferencias entre ambos grupos de adolescentes. En primer lugar, los análisis de contingencia mostraron que los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC. experimentaron más veces sucesos tales como divorcio o separación de los progenitores ($\chi^2(1, N = 446) = 53.37$, $p < .001$; $\varphi = .35$), nuevo emparejamiento de los adultos ($\chi^2(1, N = 446) = 30.04$, $p < .001$; $\varphi = .27$), cambio de domicilio ($\chi^2(1, N = 446) = 22.86$, $p < .001$; $\varphi = .23$), dificultades económicas importantes en casa ($\chi^2(1, N = 446) = 12.57$, $p < .001$; $\varphi = .17$), traslado de algún familiar ($\chi^2(1, N = 446) = 16.46$, $p < .001$; $\varphi = .20$), problemas de adicción de alguien cercano ($\chi^2(1, N = 446) = 10.76$, $p = .001$; $\varphi = .16$) y enfermedad o accidente de importancia ($\chi^2(1, N = 446) = 4.42$, $p = .035$; $\varphi = .16$) que los de la muestra de comparación. Éstos últimos solo experimentaron la muerte de alguien cercano ($\chi^2(1, N = 446) = 7.09$, $p = .008$; $\varphi = -.13$) en mayor medida que los de riesgo.

Una vez descrita, desde una perspectiva cualitativa, la variable referida a la concentración de SVE se decidió analizar el **impacto emocional medio asociado** a los mismos. A continuación, en la Tabla 37 se presentan los estadísticos descriptivos de este indicador para cada suceso estresante evaluado, éstos ordenados según su puntuación media. El rango de respuestas posibles de la escala oscila entre 1 y 10 puntos.

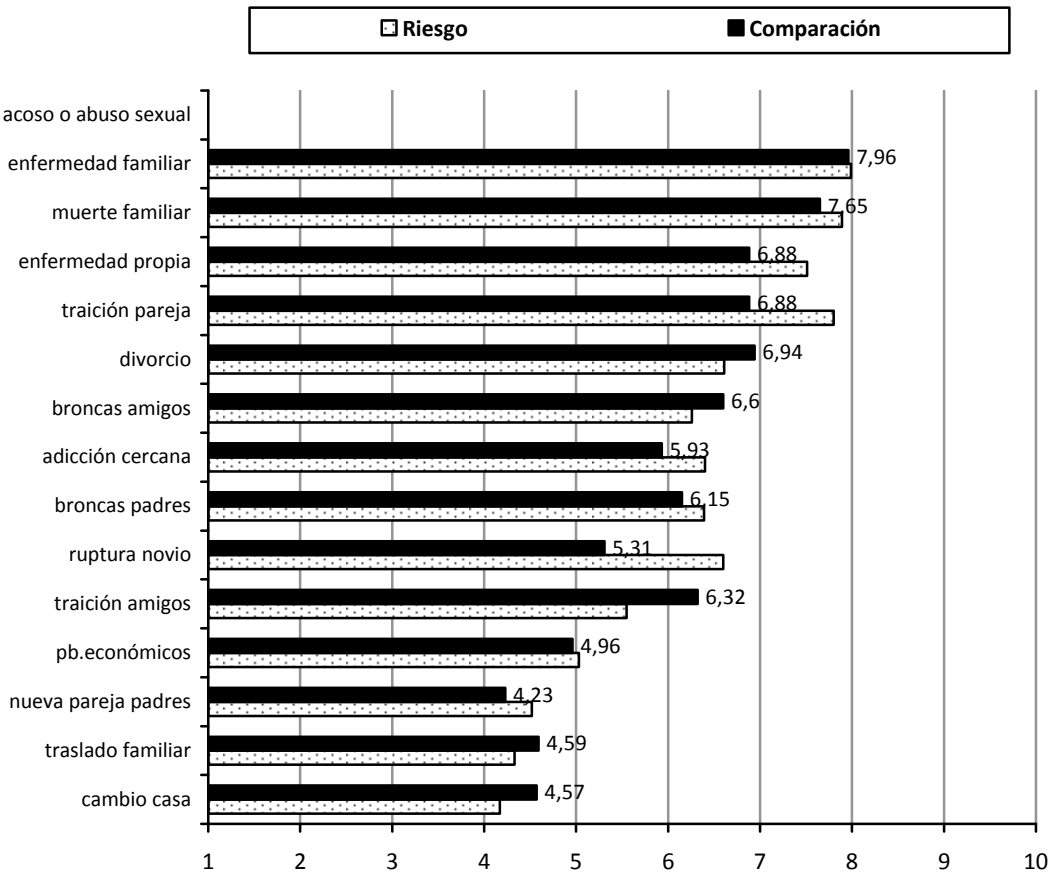
Tabla 37. Descriptivos del impacto de cada SVE de los adolescentes en riesgo.

	n	*M*	*DT*	Min	Max
Acoso o abuso sexual.	6	9.67	0.52	9	10
Enfermedad o accidente grave de un familiar.	86	7.99	2.78	1	10
Muerte de un familiar cercano.	115	7.89	3.00	1	10
Enfermedad o accidente de importancia.	39	7.51	3.01	1	10
Engaño o traición por parte de tu novio/a.	30	7.50	3.03	1	10
Divorcio o separación de tus padres.	74	6.61	3.38	1	10
Bronca o ruptura con uno de tus mejores amigos.	78	6.60	2.47	1	10
Problemas de adicción de alguien cercano.	58	6.40	3.28	1	10
Broncas importantes y fuertes entre tus padres.	92	6.39	3.03	1	10
Ruptura de relación de novio/a.	85	6.06	3.17	1	10
Engaño, rechazo o ridiculizaciones de amigos.	74	5.55	3.31	1	10
Dificultades económicas importantes en casa.	80	5.03	2.73	1	10
Nuevo emparejamiento de tus padres.	54	4.52	3.53	1	10
Traslado de algún familiar.	84	4.33	3.33	1	10
Cambio de domicilio.	95	4.17	3.36	1	10

Los datos presentados en la Tabla 37 reflejan que los SVE que ocasionaron un mayor impacto emocional en los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. no se caracterizaron por formar parte de un ámbito concreto. En este sentido, los cinco acontecimientos que provocaron una mayor afectación emocional (M > 7 puntos) fueron referidos al ámbito personal (acoso o abuso sexual, enfermedad o accidente de importancia), familiar (enfermedad o accidente grave de un familiar y muerte de un familiar) y al grupo de iguales (engaño o traición por parte de tu novio/a). Por otro lado, un análisis de los datos del grupo de iguales de comparación mostraba que tal grado de afectación se produjo exclusivamente ante sucesos familiares, concretamente ante la muerte de un familiar cercano y la enfermedad o accidente grave de un familiar (ver Figura 31).

Para examinar las diferencias entre ambas muestras de adolescentes, se desarrollaron análisis univariados de varianza (ANOVA) para cada suceso estresante evaluado, excepto para el suceso referido al acoso o abuso sexual puesto que al ser referido solo por un adolescente del grupo de comparación no procedía la aplicación de dicho análisis estadístico. En la siguiente figura se presentan los valores medios de este indicador para los quince sucesos estresantes según la muestra de procedencia.

Figura 31. Puntuaciones medias del impacto emocional ocasionado por los SVE de ambas muestras de adolescentes.



Las puntuaciones medias recogidas en la figura hacen referencia a las halladas en la muestra de comparación.

Los contrastes paramétricos y no paramétricos realizados no mostraron diferencias significativas entre los adolescentes de familias en situación de riesgo y los del grupo de comparación para ninguno de los acontecimientos estresantes. Por lo tanto, se puede decir que el impacto emocional que genera cada uno de los sucesos evaluados mostró ser el mismo para todos, independientemente de la familia de la que procedía el menor (usuaria o no de los SS.SS.CC.).

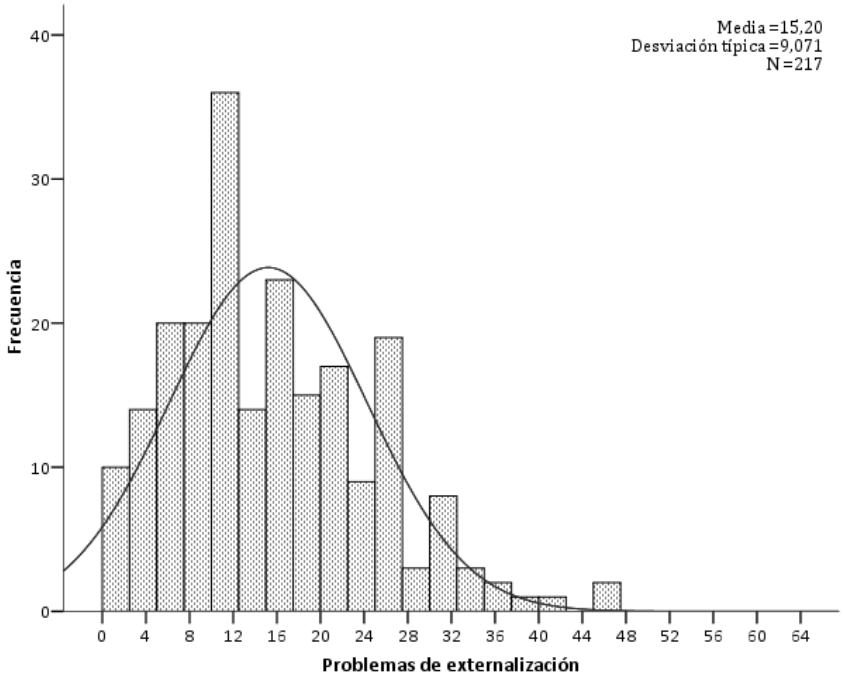
2. Problemas de ajuste.

En este apartado se describen a los adolescentes de familias en riesgo de acuerdo con los problemas de ajuste que experimentan. En primer lugar, se presentan las distribuciones muestrales de los indicadores de problemas externalizantes e internalizantes (2.1.). Seguidamente, se examina la existencia de diferencias entre las dos muestras de adolescentes de este estudio, utilizando para ello un análisis multivariado (MANOVA) debido a la alta comorbilidad presente entre ambos tipos de problemas, seguido de ANOVAs específicamente desarrollados para cada indicador (2.2.). Finalmente, se exponen los resultados extraídos de los contrastes de medias inter e intra-grupales desarrollados según el sexo y el grupo de edad de los menores para cada tipo de dificultad comportamental (2.3.).

2.1. Análisis descriptivo.

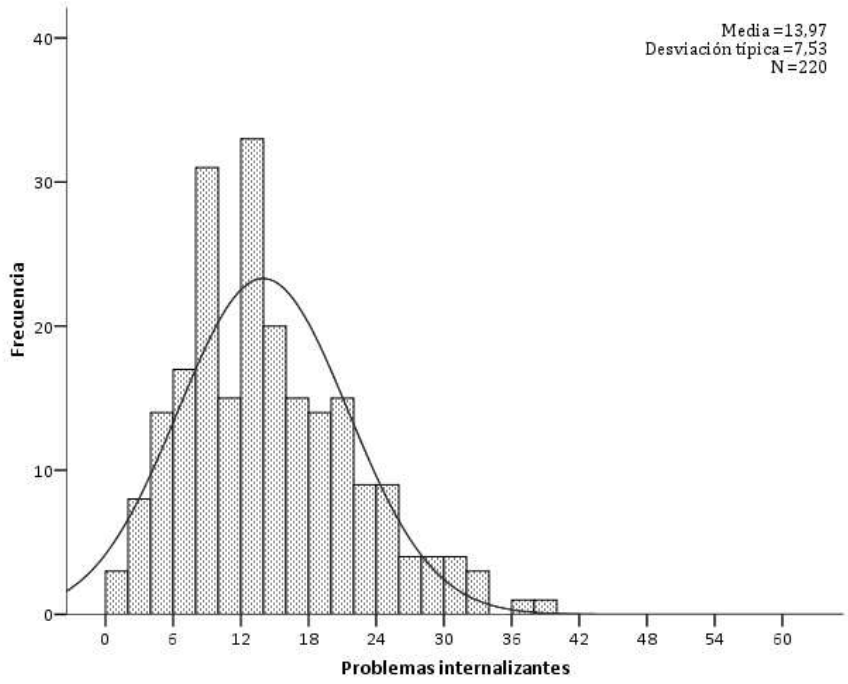
En la Figura 32 se presenta la distribución muestral de los **problemas externalizantes** de los adolescentes en riesgo. Como se puede observar, las frecuencias más elevadas se situaron preferentemente a la izquierda (puntuaciones teóricas medias o bajas) del histograma; de hecho, el estadístico de normalidad basado en la simetría fue superior a ±2.58 ($Z_{simetría}$ = 4.21), mostrando una asimetría positiva en los datos. Existe una gran variabilidad en cuanto a los problemas de conducta externa. Así, hubo adolescentes que no informaron de ningún problema externalizante mientras otros obtuvieron una puntuación de 46 (en un rango de 0 a 64 puntos).

Figura 32. Distribución de los adolescentes en riesgo en función los problemas de externalización.



La Figura 33 presenta el histograma y los principales estadísticos descriptivos del indicador referido en esta ocasión a los **problemas internalizantes**. En consonancia con los resultados anteriores, los datos mostraron también una asimetría positiva, resultando el estadístico de simetría superior a ±2.58 ($Z_{simetría}$ = 4.23). La puntuación media alcanzada por estos menores fue igual a 13.97 puntos, con una desviación tipo de 7.53 puntos y con una puntuación mínima de 0 y máxima de 39 puntos (en un rango de 0 a 62 puntos).

Figura 33. Distribución de los adolescentes en riesgo en función los problemas de internalización.



Finalmente, mediante un análisis correlacional, se evalúo en qué medida se asociaban ambos tipos de problemas de conducta. El coeficiente de correlación de Pearson puso de manifiesto una relación significativa entre ambos indicadores (r = .38, p < .001), es decir, los chicos y las chicas con más problemas externalizantes tendían también a experimentar más desajuste a nivel interno.

2.2. Los problemas de ajuste de adolescentes en riesgo y del grupo de comparación.

Se examinó la existencia de diferencias significativas en las medias de ambas muestras de adolescentes para la combinación de problemas de ajuste utilizando, como ya se ha comentado, un análisis multivariado de varianza (MANOVA).

No hubo casos extremos univariantes ni multivariantes. A pesar de los problemas de asimetría positiva detectados anteriormente para la muestra de riesgo, éstos no impidieron la realización de este análisis puesto que se apreciaron en el mismo sentido en la distribución de los datos de los adolescentes del grupo de comparación, además los tamaños muestrales fueron elevados en ambos casos (N > 100). El resto de los supuestos fundamentales fueron corroborados satisfactoriamente. El resultado del contraste multivariado se recoge en la Tabla 38.

Tabla 38. MANOVA para ambas muestras de adolescentes en función de los problemas de ajuste.

	Valor	*Gl*	*F*	*p*	n^2 parcial
Lambda de Wilks	.928	2/440	17.11	.000	.07

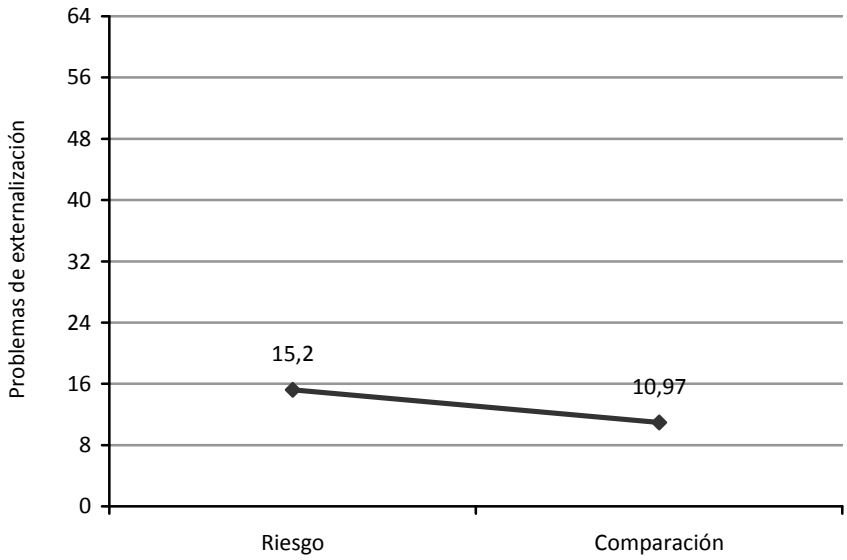
Los chicos y las chicas adolescentes en riesgo se diferenciaron significativamente de la otra muestra de iguales para el conjunto de problemas de ajuste. De acuerdo con los criterios de Cohen (1989), el resultado de este análisis indicó un tamaño del efecto moderado. Dada la significatividad del modelo, se desarrollaron análisis univariados de varianza (ANOVAs) para el estudio de los contrastes específicos entre pares de variables. A este respecto, en la siguiente tabla se presenta el valor del contraste para cada indicador.

Tabla 39. ANOVAs de los problemas de ajuste en función de la muestra adolescente.

	***F*(2, 440)**	***P***
Problemas externalizantes	30.44	.000
Problemas internalizantes	14.76	.000

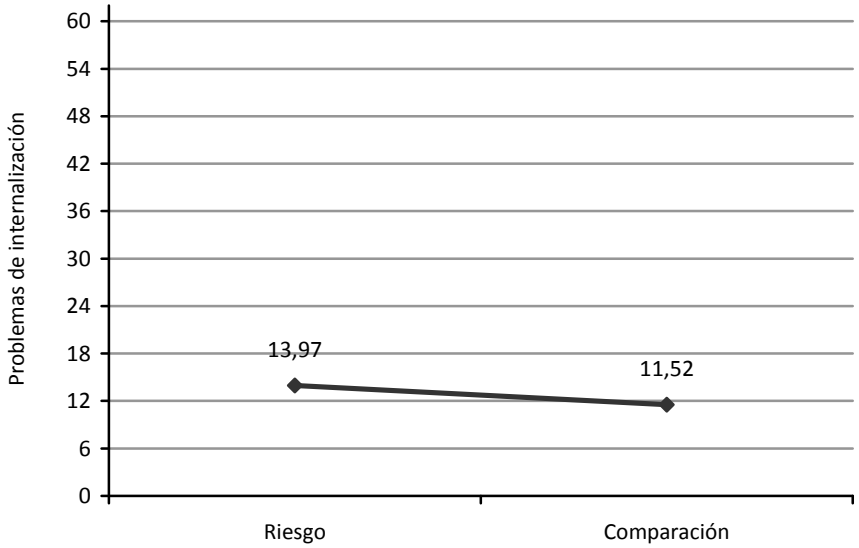
Por un lado, las puntuaciones medias de los **problemas externalizantes** fueron diferentes estadísticamente en las dos muestras de estudio (Figura 34). Los adolescentes en riesgo presentaron un mayor desajuste externo que los de comparación, resultando el tamaño del efecto de tal diferencia moderado (*d* = .52). La comparación de los coeficientes de variación de ambas muestras indicaron una dispersión de las puntuaciones elevada, similar en la muestra de comparación (*CV* = 0.63) a la de riesgo (*CV* = 0.60).

Figura 34. Puntuaciones medias obtenidas en ambas muestras de adolescentes en función de los problemas de externalización.



Por otro lado y como queda reflejado en la Tabla 39, también se encontraron diferencias significativas en cuanto a los **problemas internalizantes** entre ambas muestras. Como puede observarse en la Figura 35, la media en el grupo de riesgo alcanzó un valor de 13.97, significativamente superior (*d* = .36) al encontrado en el de comparación (*M* = 11.52).

Figura 35. Puntuaciones medias obtenidas en ambas muestras de adolescentes en función de los problemas de internalización.



En consonancia con los resultados obtenidos para los problemas de externalización, los coeficientes de variación para los de internalización indicaron una variabilidad alta y similar entre los adolescentes en riesgo (*CV* = 0.54) y los de comparación (*CV* = 0.53).

2.2.1. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad.

Una vez examinadas las diferencias existentes de los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC. en relación a los de la muestra de comparación en cuanto a los problemas de ajuste, se estudió si existían diferencias dentro y entre ambos grupos según el sexo y el tramo de edad de los adolescentes.

En primer lugar, los contrastes intra e inter-grupales se realizaron para los **problemas de externalización.** Referente al sexo del adolescente, en la Figura 36 se presentan las puntuaciones medias para ambas muestras y en la Tabla 40 los estadísticos obtenidos de los análisis.

Referente a los contrastes *intra-grupales*, los resultados de los ANOVAs no mostraron diferencias significativas entre las chicas y los chicos, ni en los adolescentes en riesgo, ni en los del grupo de comparación. Por el contrario, los contrastes *inter-grupales* sí evidenciaron diferencias significativas entre ambas muestras, tanto en el caso de los chicos como de las chicas. Así, tanto los chicos como las chicas de familias vulnerables experimentaron un mayor número de dificultades de este tipo que las y los del grupo de referencia. Los tamaños muestrales de dichos contrastes mostraron una relevancia clínica moderada en el caso de los chicos (*d* = .62) y baja para las chicas (*d* = .42).

Figura 36. Puntuaciones medias de los problemas de externalización en ambas muestras según el sexo del adolescente.

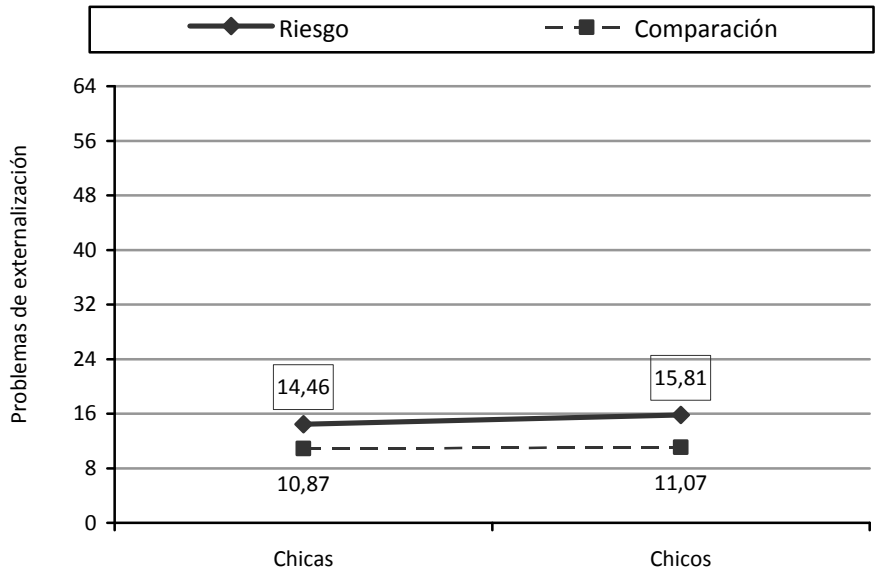


Tabla 40. Contrastes intra e inter-grupales según el sexo del adolescente (problemas externalizantes).

		Chicas (a)	Chicos (b)
Intra	**Riesgo (r)**	F^{ab} (1,215) = 1.19, p = .275	
	Comparación (c)	F^{ab} (1,224) = 0.44, p = .833	
Inter		F^{rc} (1,207) = 9.23, p = .003	F^{rc} (1,232) = 22.49, p < .001

Seguidamente, se desarrollaron contrastes intra e inter-grupales de este indicador en función del tramo de edad del adolescente. En la siguiente figura se presentan las puntuaciones medias para ambas muestras de adolescentes y los estadísticos de contrastes hallados en este trabajo (Tabla 41).

Respecto a los *análisis intra-grupales* según la edad, se tuvieron que desarrollar contrastes no paramétricos para el grupo de riesgo[13] y paramétricos para los de comunidad. Asimismo, para los primeros se utilizó la prueba de Kruskal-Wallis para comprobar las diferencias globalmente y, posteriormente, el test de Mann-Whitney para las comparaciones dos a dos; mientras que para la muestra de comparación, al cumplir con los supuestos oportunos para llevar a cabo contrastes univariados de varianza (ANOVA), se aplicó la prueba F de Snedecor y el estadístico de Tukey para los contrastes post hoc.

[13] Incumplimiento del supuesto de grupos comparables: el cociente entre la *n* del grupo mayor ($n_{16\text{-}17\ años}$ = 106) y la del grupo menor ($n_{13\text{-}15\ años}$ = 46) resultó superior a los 2 puntos.

Figura 37. Puntuaciones medias de los problemas externalizantes en ambas muestras según la edad del adolescente.

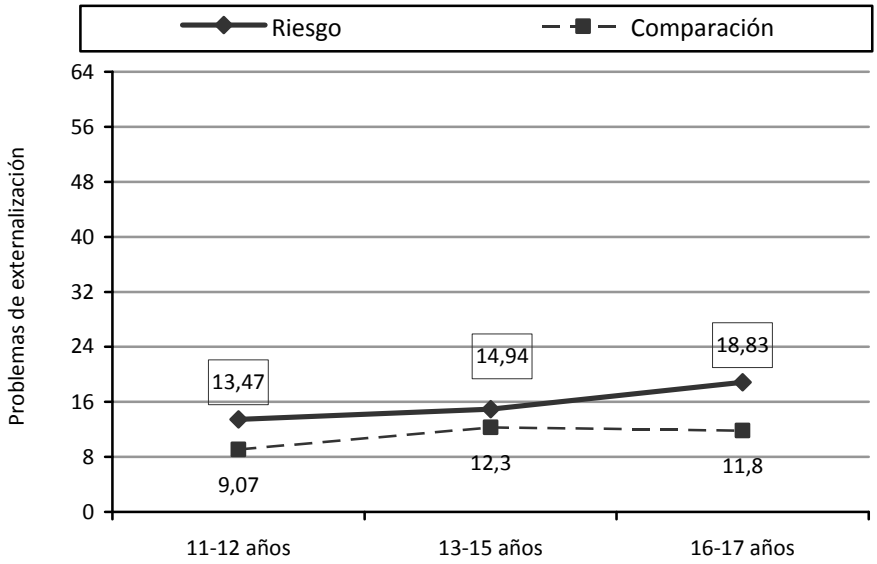


Tabla 41. Contrastes intra e inter-grupales según la edad del adolescente (problemas externalizantes).

		11-12 años (a)	13-15 años (b)	16-17 años ©
Intra	**Riesgo (r)** H^{abc} = 7.68, p =.021		U^{ab} = 3357.00, p = .286 U^{ac} =981.00, p = .005 U^{bc} = 1703.00, p = .042	
	Comparación (c) $F^{abc}(2, 223)$ = 5.38, p =.005		DFS^{ab} = -3.23, p = .006 DFS^{ac} = -2.73, p = .066 DFS^{bc} = 0.49, p = .910	
Inter		F^{rc} (1,153) = 15.66 p < .001	F^{rc} (1,195) = 4.89 p = .028	F^{rc} (1,89) = 15.22, p < .001

Los resultados de los contrastes intra-grupales mostraron diferencias significativas en ambos grupos de adolescentes. Las comparaciones dos a dos[14] pusieron de manifiesto discrepancias, en los de riesgo, al comparar a los chicos y chicas de 16 y 17 años con los de 11 y 12 años, y en los de comparación, entre los adolescentes más pequeños y los de 13-15 años (d = -.48), siendo éstos últimos los que presentaron mayores problemas de externalización. En esta última muestra también se halló una tendencia a la significatividad en las discrepancias encontradas entre la adolescencia inicial y tardía (d = -.44). Seguidamente, se examinó la existencia de diferencias entre ambas muestras en cada uno de los tramos de edad establecidos —análisis *inter-grupal*—. Los resultados pusieron de manifiesto diferencias significativas, en todas las etapas: los adolescentes en riesgo presentaron más problemas externalizantes que los menores del grupo de comparación, independientemente del tramo de edad considerado. La relevancia clínica de dichas diferencias fue elevada en la adolescencia tardía (d = .81), moderada en la inicial (d = .61) y baja en la media (d = .31).

[14] Para los contrastes no paramétricos entre los tres rangos de edad se ha manejado un intervalo de confianza al 99.83% (p < .017), evitando así incurrir en posibles asunciones de significatividad estadística debida al azar.

En segundo lugar, se exploró la existencia de diferencias intra e inter-grupales para los **problemas de internalización**. En relación al sexo del adolescente, en la Figura 38 se representan los valores medios de este indicador, y en la Tabla 42 los estadísticos de contrastes de estos análisis.

Figura 38. Puntuaciones medias de los problemas internalizantes en ambas muestras según el sexo del adolescente.

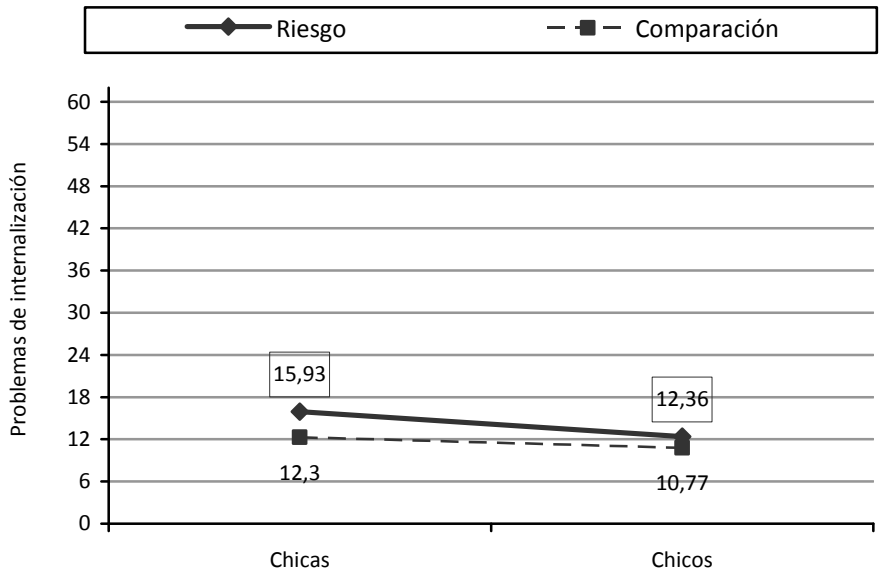


Tabla 42. Contrastes intra e inter-grupales según el sexo del adolescente (problemas internalizantes).

		Chicas (a)	Chicos (b)
Intra	**Riesgo (r)**	F^{ab} (1,218) = 12.85, p = .000	
	Comparación (c)	F^{ab} (1,224) = 3.65, p = .055	
Inter		F^{rc} (1,208) = 13.88, p = .000	F^{rc} (1,234) = 3.69, p = .056

Los resultados *intra-grupales* mostraron que las chicas presentaron más problemas de internalización tanto en la muestra de adolescentes en riesgo como en la de comparación, aunque el nivel de significación en este último contraste solo mostró una tendencia marginal, de hecho, su relevancia clínica fue más baja (d = .25) que la hallada en el contraste de los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. (d = .48). En relación a los análisis *inter-grupales,* los resultados mostraron discrepancias en las chicas y una tendencia a la significación en el caso de los chicos. Así, tanto los chicos como las chicas que crecen en contextos familiares considerados de riesgo presentaron mayores dificultades de internalización que los y las de comparación, aunque el tamaño del efecto era mayor en las diferencias encontradas en las chicas (d = .51) que en los chicos (d = .25).

A continuación, se efectuaron los contrastes intra e inter-grupales para los problemas de internalización en función de la edad del adolescente. En la Figura 39 y en la Tabla 43 se presentan los descriptivos y estadísticos de contrastes obtenidos al respecto.

Figura 39. Puntuaciones medias de los problemas internalizantes en ambas muestras según la edad del adolescente.

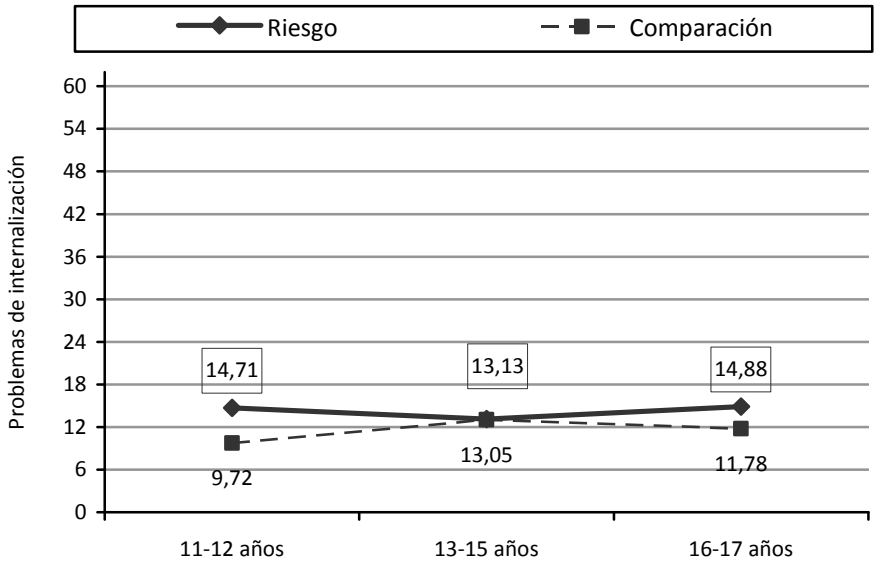


Tabla 43. Contrastes intra e inter-grupales según la edad del adolescente (problemas internalizantes).

		11-12 años (a)	13-15 años (b)	16-17 años ©
Intra	**Riesgo (r)** H^{abc} = 3.42, p =.181		-	
	Comparación (c) $F^{abc}(2, 223)$ = 7.07, p =.001		DFS^{ab} = -3.34, p = .001 DFS^{ac} = -2.06, p = .125 DFS^{bc} = 1.27, p = .439	
Inter		F^{rc} (1,153) = 24.26 p < .001	F^{rc} (1,197) = 0.01 p = .943	F^{rc} (1,90) = 4.33, p = .040

Respecto a los *análisis intra-grupales*, la falta de comparabilidad de los tres grupos en la muestra de adolescentes en riesgo, debido al tamaño de los mismos, hizo recomendable realizar un contraste no paramétrico. Por contrario, los supuestos exigidos para los análisis univariados de varianza (ANOVA) resultaron satisfactorios en la muestra de familias no usuarias de los SS.SS.CC.. Estos análisis no mostraron diferencias significativas en los de riesgo pero sí en la muestra de comparación. Dada esta significación estadística se examinaron los contrastes post hoc, los cuales evidenciaron una mayor prevalencia de problemas internalizantes en los comunitarios de 13-15 años que en los de 11 y 12 años (d = .56). Para finalizar, los análisis *inter-grupales* mostraron diferencias significativas entre los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los de comparación para los dos tramos de edad más extremos, pero no para los de edades intermedias. Los tamaños de efecto mostraron una relevancia clínica media (d = .78) en el caso de los menores de 11 y 12 años y baja (d = .43) para los más mayores.

3. Resumen de los resultados.

A continuación, se ofrece una síntesis de los principales resultados presentados en este capítulo, que tiene por objeto ofrecer una descripción de los chicos y chicas de familias que

reciben intervenciones por parte de los SS.SS.CC. atendiendo a dos dimensiones de análisis: el estrés psicosocial y los problemas de ajuste.

- ✓ En cuanto al **estrés psicosocial** experimentado por los menores que han participado en la investigación, las conclusiones más destacadas fueron:

  - Los adolescentes en riesgo han afrontado en los últimos cinco años un mayor número de sucesos estresantes que los de las familias del grupo de comparación. No obstante, los datos mostraron cierta asimetría positiva en la distribución, debido a una mayor acumulación de las puntuaciones en la zona baja de la distribución y a que la dispersión de las mismas fue elevada. Los sucesos estresantes más frecuentemente experimentados por estos jóvenes estuvieron relacionados con el contexto familiar, mientras que las circunstancias problemáticas más experimentadas por los del grupo de comparación estuvieron repartidas entre el entorno familiar y el de los iguales. Un análisis específico mostró que los sucesos estresantes propios del contexto familiar eran más frecuentes en la muestra en riesgo que en la de comparación. Prueba de ello fue la mayor presencia en los primeros de problemas relacionados con el divorcio o separación de los progenitores, el nuevo emparejamiento de uno de los progenitores, las dificultades económicas, el traslado de algún familiar a casa o los problemas de adicción de alguna persona cercana.

  - En relación con el impacto emocional promediado, los datos fueron centrales a la escala. Nuevamente, la variabilidad elevada de las respuestas mostró desde adolescentes que apenas sufrían por la vivencia de cada suceso estresante hasta otros que lo experimentaban con una elevada intensidad emocional. No se observaron diferencias entre los adolescentes en riesgo y los de comparación en torno a este indicador. La tasa de SVE correlacionaba positivamente con la afectación de los mismos, es decir, a medida que los menores acumulaban un mayor número de circunstancias estresantes, mayor resultaba el impacto emocional que generaba cada uno de ellos. Cabe destacar que los sucesos que fueron vividos de forma más intensa por los adolescentes en riesgo provinieron de diferentes ámbitos, sin embargo, para los chicos y las chicas de la muestra de comparación fueron aquellos referidos al contexto familiar. No obstante, el impacto emocional asociado a cada suceso estresante mostró ser similar en ambas muestras.

- ✓ Respecto al **estrés psicosocial en la adolescencia según el sexo y la edad** de los menores, los análisis efectuados mostraron los siguientes resultados:

  - Atendiendo al sexo de los adolescentes. Los análisis intra-grupales centrados en la tasa de SVE no mostraron diferencias entre chicos y chicas en ninguno de los grupos de adolescentes, pero sí para el impacto emocional. Así, las chicas parecían sufrir más la vivencia de cada circunstancia estresante que los chicos, independientemente del tipo de familia del que procediera. Los contrastes inter-grupales mostraron que, tanto los chicos como las chicas de familias usuarias de los SS.SS.CC, experimentaron un mayor número de SVE que los iguales del grupo de

comparación. Estas diferencias no se apreciaron para el indicador emocional de esta dimensión.

- Referente a la edad del adolescente. No aparecieron diferencias significativas en el índice acumulativo de estrés en la muestra de adolescentes en riesgo pero sí en la de comparación, resultando que los de mayor edad experimentaron un mayor número de SVE en comparación con los de 11 y 12 años. En cuanto al impacto emocional, los contrastes mostraron similitudes entre los diferentes periodos de edad en ambas muestras. Por otro lado, los análisis inter-grupales evidenciaron que, durante la adolescencia inicial y media, los chicos y chicas en riesgo afrontaron un mayor número de circunstancias estresantes que los del grupo de comparación. Acorde con los criterios de Cohen, estas diferencias fueron más llamativas en la etapa inicial que media. En cuanto al impacto emocional, este tipo de análisis no mostró diferencias significativas en ninguno de los tramos de edad entre ambas muestras.

✓ En relación a los **problemas de ajuste en la adolescencia**, los menores en riesgo experimentaron, en su conjunto, un mayor número de dificultades externalizantes e internalizantes que aquellos que no estaban recibiendo intervención familiar por parte de este dispositivo de apoyo. No obstante, cabe destacar que las puntuaciones de ambos indicadores se concentraron en la zona baja de la distribución, lo cual indica la tendencia de los adolescentes a no padecer un número de problemas de ajuste extremadamente alto. La dispersión de los datos fue muy elevada para los dos tipos de desórdenes, lo cual evidencia la hetereogeneidad de la muestra de estudio.

✓ Cuando se exploró en qué medida existían diferencias en el **ajuste psicológico**, dentro y entre muestras, **en relación con el sexo y la edad del adolescente**, los resultados indicaron que:

- Según el sexo del adolescente. Las chicas y los chicos mostraron una problemática similar de comportamientos externalizantes tanto en las familias usuarias de Servicios de preservación familiar como en las no usuarias. En contra, sí se evidenciaron diferencias intra-grupales para los problemas internalizantes. Así, las chicas presentaron un mayor desajuste interno que los chicos en ambas muestras, aunque estas diferencias fueron más evidentes en la muestra considerada en riesgo psicosocial que en la de comparación. Por otra parte, los análisis inter-grupales mostraron resultados poco favorables para los adolescentes en riesgo. Así, tanto las chicas como los chicos de familias usuarias de los SS.SS.CC. mostraron más problemas externalizantes e internalizantes que las y los del grupo de comparación. Cabe señalar que las diferencias en desajuste interno fueron mayores entre las chicas que los chicos y las de desajuste externo al contrario.

- En relación a la edad del adolescente. Las diferencias en problemas de externalización en la muestra de riesgo vinieron dadas al comparar los adolescentes de menor edad frente a los más mayores, siendo estos últimos los que presentaban más dificultades al respecto; no obstante, los problemas internalizantes resultaron similares en los tres tramos de edad establecidos. Respecto a la muestra de

comparación, los más pequeños (11 y 12 años) presentaron menos dificultades en los dos tipos de ajuste que los de 13-15 años, siendo la adolescencia intermedia la etapa más problemática en este sentido. Por otra parte, los análisis inter-grupales indicaron que los adolescentes en riesgo presentaron un mayor desajuste externo que el grupo de comparación en todos los tramos de edad, algo que solo ocurrió en los periodos de edad extremos (11-12 años y 16-17 años) cuando se realizaron las comparaciones para los problemas internalizantes.

Capítulo 9.

El funcionamiento familiar en hogares en situación de riesgo psicosocial.

A lo largo de este capítulo se describe a las familias usuarias de los SS.SS.CC. por razones de preservación y fortalecimiento familiar atendiendo a algunas características de su funcionamiento como contextos de desarrollo. Esta descripción se hace en torno a dos dimensiones que serán tratadas de forma independiente: la cohesión familiar y la socialización parental.

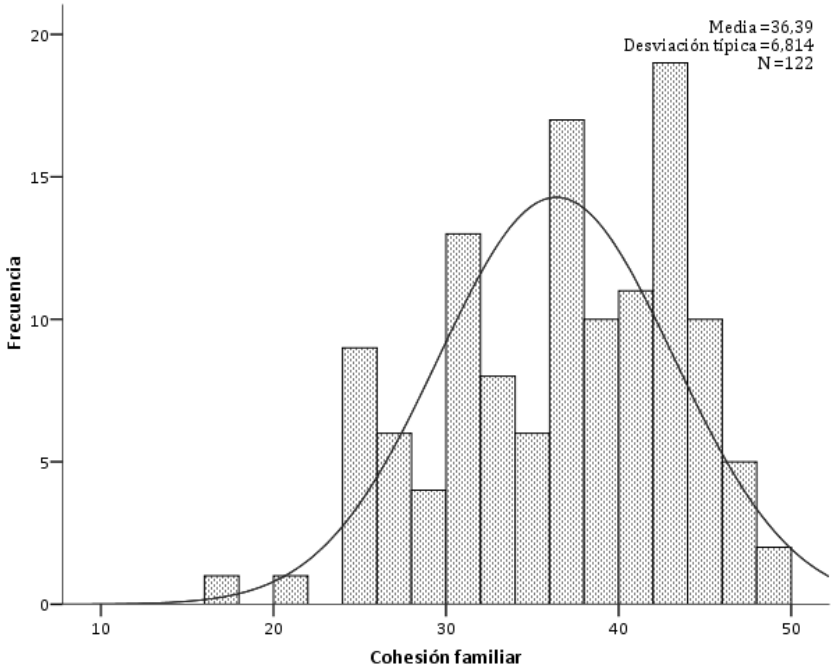
En primer lugar, se describe el sentimiento de cohesión familiar presente en las madres responsables del cuidado y atención de los menores. Para ello, se presenta la distribución muestral de los datos obtenidos y se comentan los principales descriptivos. Este apartado finaliza poniendo en relación este indicador con los niveles de prevención familiar en los que se encuentran las familias desde los SS.SS.CC.

En segundo lugar, se exponen los indicadores de socialización parental que definen a las familias en situación de riesgo psicosocial desde la perspectiva de los adolescentes. En un primer momento, la descripción de la socialización parental se hace atendiendo al doble enfoque: dimensional y tipológico. Las puntuaciones obtenidas sobre esta dimensión en el grupo de riesgo se comparan con las de los adolescentes de familias no usuarias de los SS.SS.CC., tanto globalmente como en función del sexo y el tramo de edad de los adolescentes. De forma complementaria, seguidamente se lleva a cabo un análisis situacional de la socialización parental. Para ello, y con la participación de profesionales especializados en familia y adolescencia, se desarrolla una técnica delphi que permite agrupar las situaciones recogidas del instrumento ESPA29 (Musitu y García, 2001) en distintos niveles dependiendo del grado de respuesta o actuación parental que, según los expertos, requieren las mismas. Una vez clasificadas, se examina nuevamente si, a nivel intra e inter-grupal, existen diferencias dentro y entre ambas muestras de estudio para cada nivel.

1. Cohesión familiar.

En la siguiente figura se ofrece la distribución muestral de los datos de cohesión familiar. Este indicador obtuvo una media de 36.39 (*DT* = 5.81) en un rango de respuestas amplio (17 puntos como mínimo y 49 como máximo). Los resultados reflejaron una mayor concentración de la frecuencia en la zona derecha de la distribución, es decir, la mayor parte de la muestra se caracterizó por puntuaciones elevadas en este indicador familiar. A pesar de esta tendencia, las medidas estadísticas de distribución no reflejaron problemas de simetría y curtosis de importancia. No se detectaron casos atípicos univariados en la distribución. Como se puede observar en la figura, dos valores destacaron por sus frecuencias frente a otros, en concreto, el 43 (11.48%) y el 37 (8.20%).

Figura 40. Distribución de las familias usuarias de los SS.SS.CC. en función de la cohesión familiar.



Como se ha comentado previamente, la cohesión familiar es una medida extraída de las entrevistas realizadas a las adultas responsables de las familias en situación de riesgo psicosocial. Estos datos no pudieron ser constratados con los del grupo de comparación, puesto que no se dispuso de tal información.

Para ofrecer una descripción más detallada de esta dimensión se ha explorado su variabilidad en función de la intervención que estas familias recibían por parte de los SS.SS.CC. Los resultados pusieron de manifiesto diferencias significativas al respecto[15] (H = 11.05, p = .004). Así, las familias de prevención primaria (M = 40.56, DT = 6.95) se caracterizaron, en comparación con las de secundaria (U = 302.00, p < .001) y terciaria (U = 174.50, p = .001), por unos niveles más elevados de unión emocional y por lazos afectivos más intensos entre sus miembros.

2. Socialización parental.

Con este apartado se pretende profundizar en las características de socialización parental de las madres de familias usuarias de los SS.SS.CC. que tienen a su cargo a los adolescentes objeto de este estudio. Tal y como se comentó en el apartado de instrumentos (ver Capítulo 5), la información se obtuvo gracias a una escala nacional diseñada y validada por Musitu y García (2001). Se trata de la *Escala de Socialización Parental para Adolescentes* (ESPA29) que, a modo de entrevista, ha sido administrada a todos los menores de este estudio, tanto a los que

[15] El incumplimiento del supuesto de grupos comparables (el cociente entre la n del grupo mayor y la n del grupo menor resultaba superior a 2 puntos) supuso la realización de pruebas no paramétricas.

proceden de contextos de desarrollo en situación de riesgo como aquellos que viven en condiciones más favorables que aquellos.

Antes de comenzar a presentar los resultados de este apartado, parece conveniente recordar dos aspectos referidos a la forma en la que se ha desarrollado la evaluación de la socialización parental. En primer lugar, las características de la población objeto de estudio han promovido que la investigación en torno a la socialización parental haya estado centrada en la madre y no en el padre. Segundo, el instrumento de evaluación utilizado mide la percepción que tienen los adolescentes acerca de las prácticas educativas que utilizan sus madres ante situaciones positivas y negativas de la vida cotidiana. Por lo tanto, cuando se hable en este trabajo de socialización parental se hará haciendo referencia a la madre y desde la perspectiva del adolescente.

A continuación se hace un estudio de la socialización parental atendiendo a tres perspectivas de análisis diferentes pero complementarias entre sí: dimensional (2.1.), tipológica (2.2.) y, por último, situacional (2.3.). Mientras que las dos primeras son muy frecuentes en la literatura previa, la tercera es una propuesta específica que se plantea en esta investigación.

2.1. Análisis dimensional.

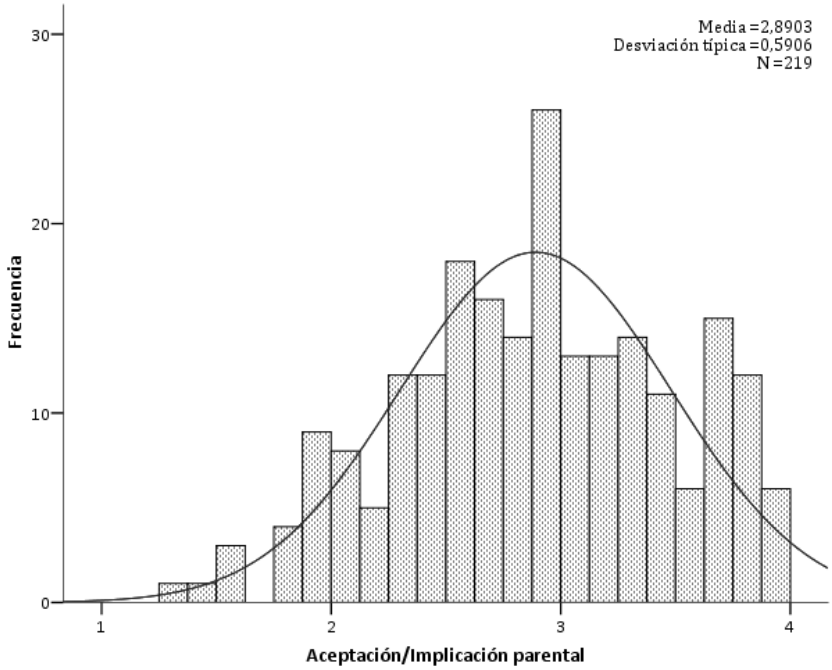
Desde esta perspectiva, el interés se centra en explorar la socialización del menor atendiendo a indicadores específicos de la relación paterno-filial. Concretamente, el instrumento de evaluación utilizado considera dos dimensiones generales al respecto: aceptación/implicación, por un lado, y coerción/imposición, por otro, que resultan de la combinación de una serie de subescalas más concretas referidas a prácticas educativas parentales específicas.

En este apartado se presenta la distribución muestral de los datos, así como sus principales estadísticos descriptivos. Posteriormente, se desarrolla un análisis multivariado de varianza (MANOVA) con el que se pretende comprobar si existen diferencias entre las dos muestras de adolescentes en torno a los indicadores de socialización parental. Para finalizar se examina, a nivel intra e inter-grupal, la socialización en función del sexo y la edad del adolescente atendiendo a las dos dimensiones de educación parental.

2.1.1. Las dimensiones de la socialización parental.

En la Figura 41 se presenta el histograma que muestra cómo se comportan los datos de la dimensión **aceptación/implicación parental** de la muestra de adolescentes en riesgo, y se exponen los principales descriptivos hallados al respecto.

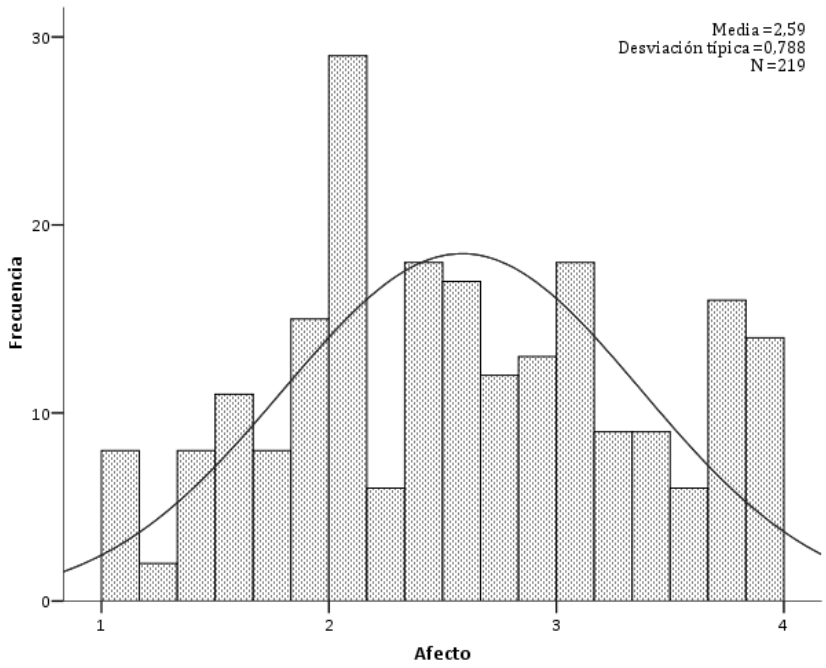
Figura 41. Distribución de las familias usuarias de los SS.SS.CC. en función de la aceptación/implicación parental.

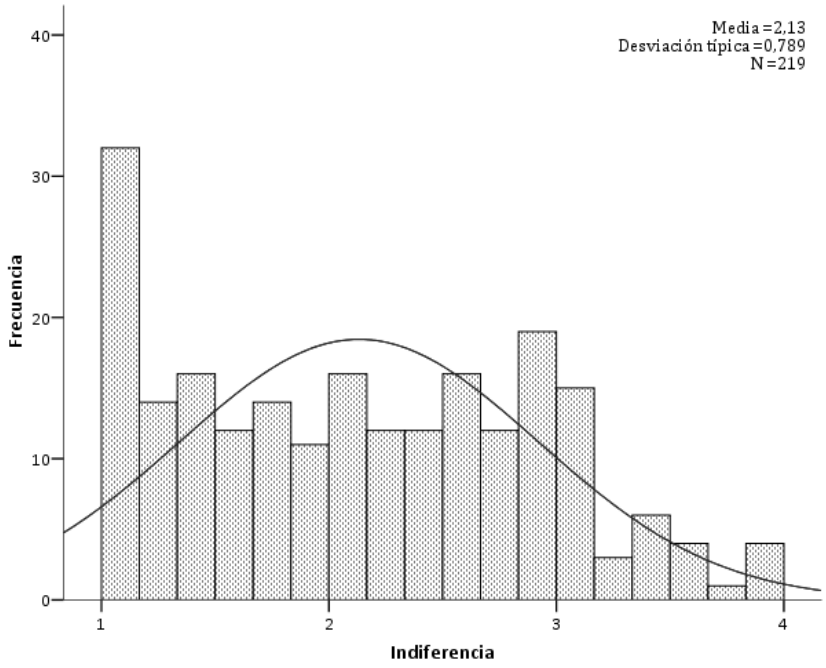


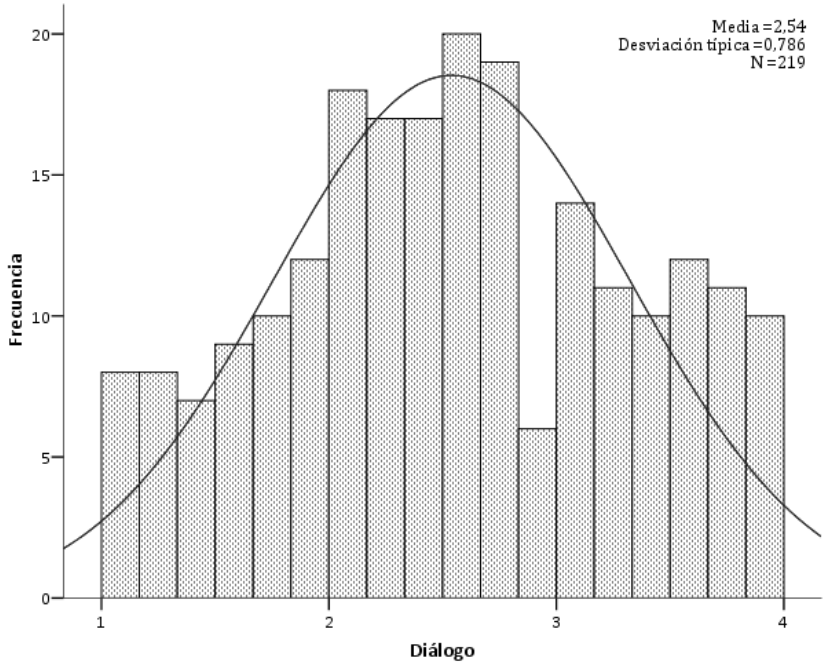
Como se puede observar en la Figura 41, la distribución muestral de la aceptación/implicación parental situó a las familias usuarias de los SS.SS.CC en la parte medio-alta de la gráfica. Los datos siguieron una distribución similar a la curva normal, no encontrándose problemas de simetría y curtosis relevantes. No se detectaron casos atípicos univariados en el diagrama de caja y bigotes. La media fue de 2.89 puntos, con una desviación tipo de 0.59; en un rango de 1 a 4, el valor mínimo obtenido por los adolescentes fue de 1.25 mientras que el máximo se sitúo en 4 puntos.

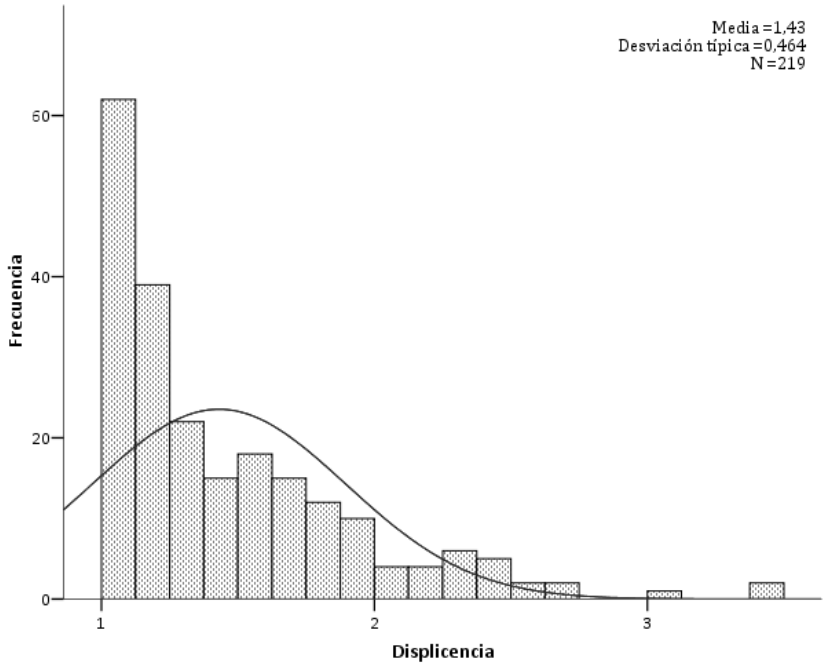
Aunque el comportamiento de estos datos se ajustó a los de una distribución normal, no se pudo decir lo mismo de las subescalas que comprenden tal dimensión. El análisis exploratorio no detectó casos atípicos univariantes para ninguna de las prácticas específicas. Se encontraron problemas de normalidad para algunas de las subescalas, en concreto se detectaron problemas de curtosis en la distribución de los datos de afecto parental ($Z_{curtosis}$ = 2.75) e indiferencia ($Z_{curtosis}$ = 4.76). En cuanto a la subescala de displicencia, las dificultades fueron tanto de curtosis ($Z_{curtosis}$ = 8.33) como de simetría ($Z_{simetría}$ = 9.76), mientras que la subescala referida a diálogo parental no presentó ningún problema al respecto. En líneas generales, se observó una gran variabilidad en las respuestas de los adolescentes para todas estas prácticas, excepto para displicencia parental. En este sentido, los chicos y las chicas en riesgo informaron en muy pocas ocasiones del uso de dicha práctica (asimetría positiva). A continuación se presentan los histogramas de las prácticas educativas parentales descritas (ver Figura 42).

Figura 42. Distribución muestral de las subescalas que componen la dimensión aceptación/implicación parental para las familias usuarias de los SS.SS.CC.







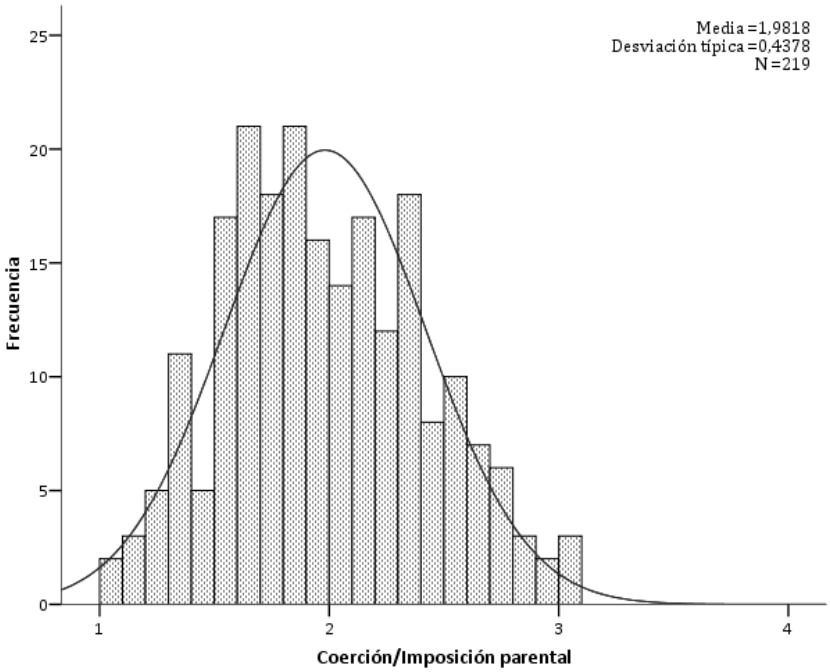


Seguidamente se examinó el comportamiento de los datos para la dimensión **coerción /imposición parental**. En la Figura 43 se presenta su histograma, así como los descriptivos principales asociados a la misma.

A pesar de la tendencia de los datos hacia la izquierda, no se apreciaron problemas de simetría y curtosis relevantes para esta dimensión. De la misma manera, no se detectaron casos atípicos univariantes tras revisar el gráfico de caja y bigotes. La media obtenida fue de 1.98 puntos, valor prácticamente coincidente con el de la media teórica de la escala, y la

desviación tipo de los datos fue de 0.43 puntos. El rango de valores fue desde 1.04 a 3.04, indicando poca dispersión en las respuestas.

Figura 43. Distribución de las familias usuarias de los SS.SS.CC. en función de la coerción/imposición parental.

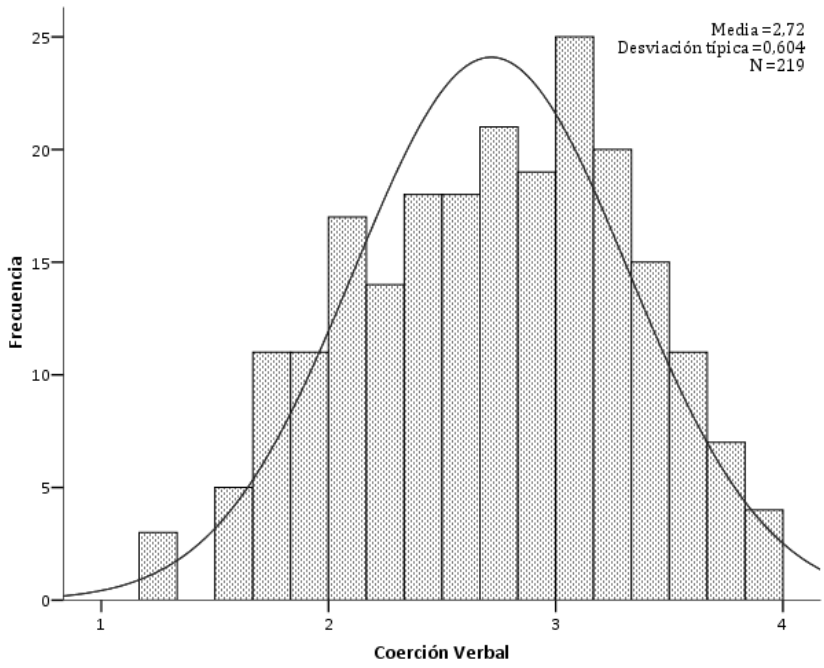


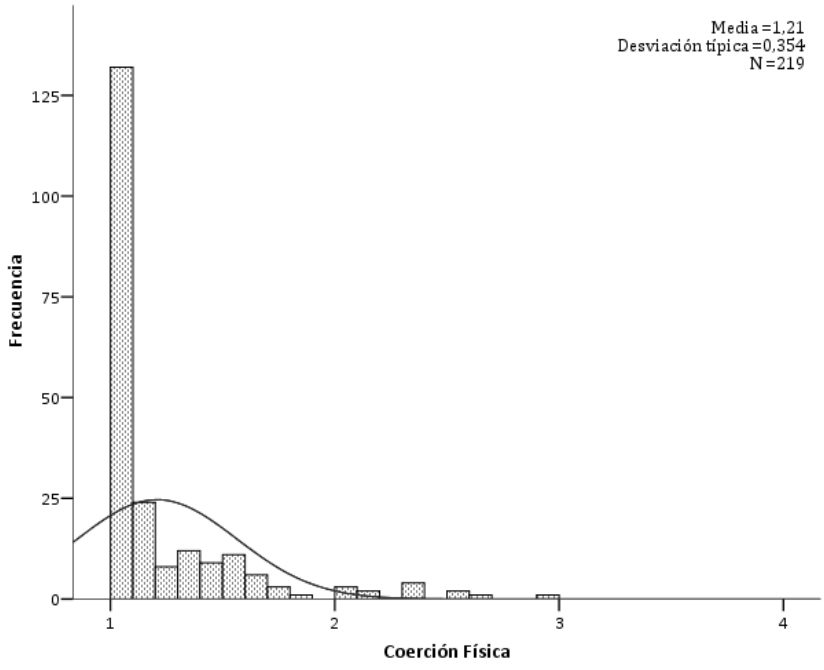
Posteriormente, se examinó el comportamiento de los datos de las subescalas que conformaban esta dimensión de socialización. Los histogramas de coerción verbal, coerción física y privación se presentan en la Figura 44, así como los principales descriptivos obtenidos al respecto.

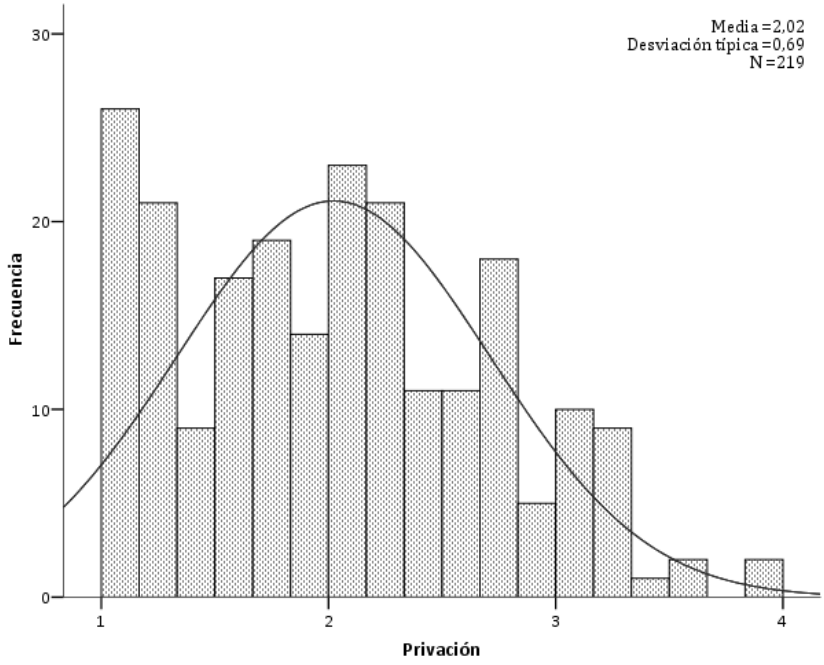
Por un lado, se detectaron 12 casos atípicos univariantes para la coerción física, de hecho, los datos de esta subescala presentaron una distribución muy alejada a la normal. Asimismo, ésta presentó problemas tanto de simetría ($Z_{simetría}$ = 15.06) como de curtosis ($Z_{curtosis}$ = 18.57). Además la amplitud de sus datos, así como el valor de su desviación tipo (*DT* = 0.35), fueron muestras de la falta de variabilidad en las respuestas de los adolescentes. Por otro lado, la subescala referida a privación parental también presentó problemas relevantes de curtosis ($Z_{curtosis}$ = 4.0), mientras que el histograma de coerción verbal reveló una distribución semejante a la de normalidad.

Por consiguiente, en líneas generales, las distribuciones de datos de las prácticas educativas específicas de socialización parental evaluadas en este trabajo de investigación presentaron problemas de diversa índole, algo que no se reflejó en los histogramas de las dos dimensiones generales de socialización parental.

Figura 44. Distribución muestral de las subescalas que componen la dimensión coerción/imposición parental para las familias usuarias de los SS.SS.CC.







Finalmente, se pusieron en relación las dos dimensiones generales de socialización parental mediante un análisis correlacional. El resultado puso de manifiesto una relación estadísticamente significativa y positiva entre ambas (r = .294; p < .001). Así, en la medida en la que los adolescentes en riesgo percibían un mayor uso en su madre de prácticas de aceptación/implicación, también informaban de mayores niveles de coerción/imposición.

2.1.2. La socialización parental en familias en riesgo y del grupo de comparación.

Con la finalidad de examinar en qué medida las características de socialización parental diferen entre las dos muestras de adolescentes se desarrollaron, por un lado, contrastes de medias en torno a las dos dimensiones generales de socialización familiar y, por otro, se compararon las puntuaciones centrales de las prácticas educativas específicas.

En primer lugar, se examinó la existencia de diferencias entre muestras en torno a las **dimensiones generales de socialización parental**. Se llevó a cabo un análisis multivariado de varianza (MANOVA) tomando como variables dependientes (la aceptación /implicación y la coerción /imposición parental) y como variable independiente la familia de procedencia o tipo de muestra. No hubo casos extremos univariantes ni multivariantes. Los resultados de evaluación relativos a las asunciones de normalidad, linealidad y homogeneidad e independencia fueron satisfactorios. El resultado del contraste realizado se recoge, a continuación, en la Tabla 44.

Tabla 44. Contraste de medias (MANOVA) entre ambas muestras de familias en función de las dimensiones de socialización parental.

	Valor	Gl	*F*	*p*	n^2 parcial
Lambda de Wilks	.993	2/442	1.61	.201	.01

Como se puede observar en la tabla, las familias usuarias de los SS.SS.CC. no se diferenciaron significativamente de las de la muestra de comparación para el conjunto de las dimensiones generales de socialización parental. Dada la no significatividad del modelo no se exploró la contribución individual de cada dimensión en el mismo. No obstante, en la Tabla 45 se presentan los principales descriptivos obtenidos en las dos muestras de estudio.

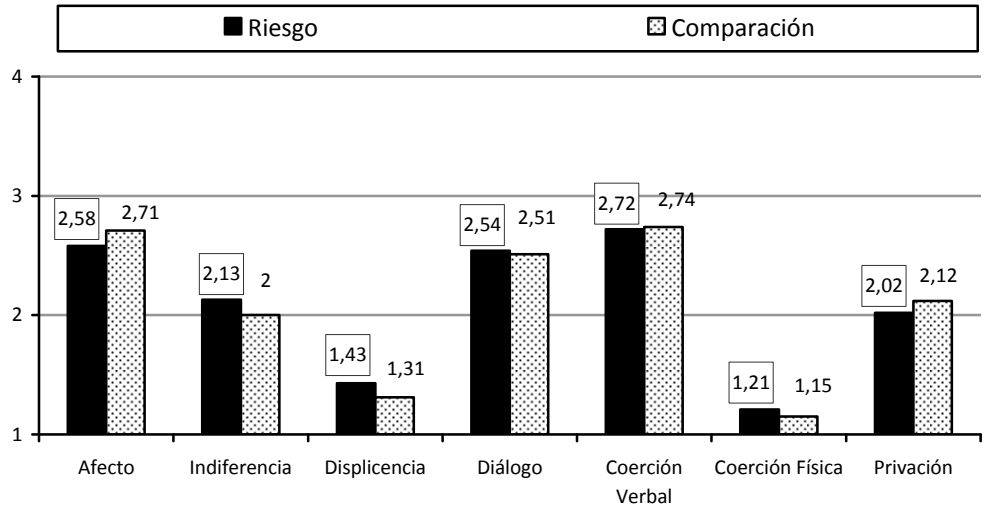
Tabla 45. Descriptivos de las variables dependientes incluidas en el MANOVA.

		Riesgo	**Comparación**
Aceptación/implicación	*n*	119	225
	M (*DT*)	2.89 (0.59)	2.98 (0.47)
	Min-Max	1.25-4.00	1.69-3.98
Coerción/imposición	*n*	119	225
	M (*DT*)	1.98 (0.44)	2.0 (0.41)
	Min-Max	1.06-3.04	1.06-3.23

Estos descriptivos mostraron similitudes entre el grupo de usuarias de los SS.SS.CC. y no usuarias en torno a la socialización parental. No obstante, la variabilidad manifestada en la dimensión aceptación/implicación resultó mayor para las familias en situación de riesgo (*CV* = .20) que para las de comparación (*CV* = .16). La dispersión de los datos para la dimensión coerción/imposición fue similar en ambas muestras (*CV* = .22 para la muestra de riesgo y *CV* = .20 para la de comparación).

Los contrastes para las **prácticas educativas específicas** entre ambas muestras no pudieron ser efectuados mediante un análisis multivariante de la varianza (MANOVA), a consecuencia del comportamiento inadecuado de los datos. No obstante, a pesar de los problemas de asimetría y curtosis detectados en algunas variables, la adecuación de los tamaños de los grupos comparables sí permitió la realización de contrastes paramétricos univariantes. Los valores medios en ambas muestras se representan en la Figura 45. Como se puede apreciar, las puntuaciones referidas a las familias en riesgo han sido recuadradas para establecer, visualmente, una diferenciación más clara con el otro grupo.

Figura 45. Puntuaciones medias de las prácticas educativas parentales según la muestra de las familias.



Los resultados de los ANOVAs no mostraron diferencias significativas entre las familias usuarias de los SS.SS.CC. y las del grupo de comparación en diálogo ($F(1, 442) = 0.19$, $p = .663$), coerción verbal ($F(1, 442) = 0.13$, $p = .718$) y privación ($F(1, 442) = 2.52$, $p = .113$), pero sí en displicencia ($F(1, 442) = 10.92$, $p = .001$; $d = .30$). Los contrastes para indiferencia ($F(1, 442) = 3.56$, $p = .060$; $d = .17$), coerción física ($F(1, 442) = 3.22$, $p = .073$; $d = .19$) y afecto ($F(1, 442) = 3.22$, $p = .073$; $d = .17$) mostraron diferencias entre grupos con una significación marginal.

2.1.3. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad.

Los contrastes dentro y entre los grupos de familias en función del sexo y la edad de los adolescentes se realizaron atendiendo únicamente a las dos dimensiones generales de socialización parental. En el caso de las prácticas educativas parentales específicas, no se efectuaron estos contrastes debido al comportamiento inadecuado de los datos al que ya se ha hecho referencia anteriormente.

En un primer momento, estos análisis fueron realizados para la dimensión **aceptación/implicación parental**. Las puntuaciones medias obtenidas para las dos muestras según el sexo del adolescente se representan en la Figura 46. En la Tabla 46 se muestran los estadísticos de contraste obtenidos al realizar las comparaciones intra e inter-grupales de esta dimensión socializadora.

Figura 46. Puntuaciones medias de aceptación/implicación parental en las dos muestras según el sexo del adolescente.

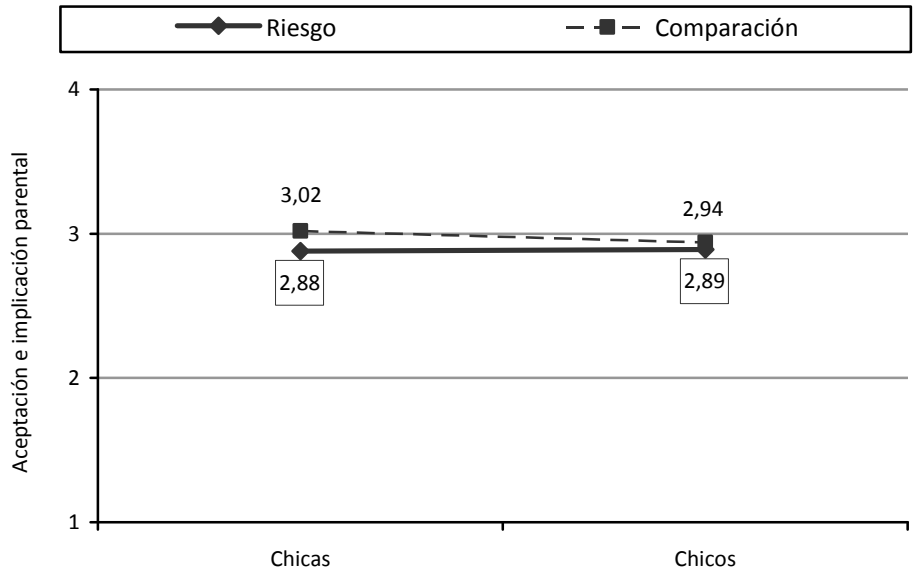


Tabla 46. Contrastes intra e inter-grupales según el sexo del adolescente (aceptación/implicación).

		Chicas (a)	Chicos (b)
Intra	**Riesgo (r)**	F^{ab} (1,217) = 0.01, $p = .899$	
	Comparación (c)	F^{ab} (1,223) = 2.00, $p = .159$	
Inter		F^{rc} (1,208) = 3.52, $p = .062$	F^{rc} (1,233) = 0.39, $p = .531$

Los contrastes *intra-grupales* no mostraron diferencias estadísticamente significativas entre chicos y chicas. Como puede observarse en la Figura 45, los adolescentes varones de familias usuarias de los SS.SS.CC. percibieron a sus madres con un grado de aceptación/implicación parental similar al de las chicas de su mismo grupo. Estos resultados estuvieron en consonancia con los hallados en la muestra de comparación, no existiendo tampoco diferencias significativas en este sentido. En esta línea, los análisis *inter-grupales* tampoco pusieron de manifiesto discrepancias relevantes ni para los chicos ni para las chicas, aunque en éstas últimas sí se observó una significación marginal a favor de las que residen en otros contextos de desarrollo con un tamaño del efecto bajo (d = .26).

Seguidamente, se examinaron las diferencias intra e inter grupales según los distintos tramos de edad. La Figura 47 representa las puntuaciones medias de este indicador y la Tabla 47 los estadísticos de estos contrastes. Los valores que aparecen recuadrados hacen referencia a los de familias usuarias de los SS.SS.CC.

Figura 47. Puntuaciones medias de aceptación/implicación parental de las dos muestras según la edad del adolescente.

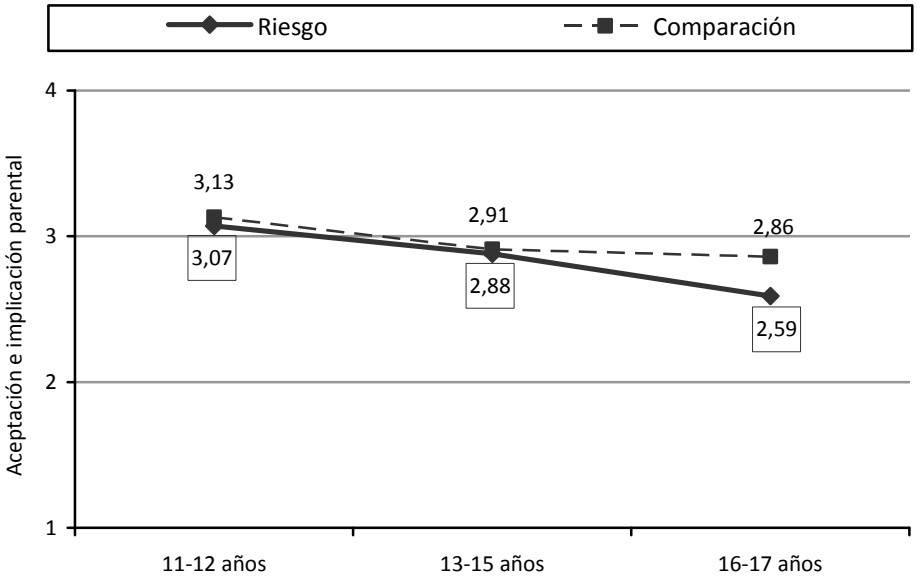


Tabla 47. Contrastes intra e inter-grupales según la edad del adolescente (aceptación/implicación)

		11-12 años (a)	**13-15 años (b)**	**16-17 años ©**
Intra	**Riesgo (r)** H^{abc} = 16.70, p =.00		U^{ab} = 3053.50, p = .035 U^{ac} = 762.00, p = .000 U^{bc} = 1603.00, p = .008	
	Comparación (c) $F^{abc}(2, 222)$ = 7.35, p =.001		DFS^{ab} = 0.22, p = .004 DFS^{ac} = 0.27, p = .003 DFS^{bc} = 0.05, p = .821	
Inter		F^{rc} (1,151) = 0.48 p = .492	F^{rc} (1,197) = 0.01 p = .942	F^{rc} (1,89) = 15.62, p = .020

En el caso de los análisis *intra-grupales*, los resultados mostraron diferencias significativas en la muestra en riesgo[16], así como en la de comparación. Atendiendo al nivel de significación recomendado para los contrastes no paramétricos post hoc ($p < .017$), los resultados indicaron que los chicos y las chicas en riesgo de mayor edad percibieron a sus madres como menos implicadas y afectuosas que el resto de menores. En relación a la muestra de familias no usuarias de los SS.SS.CC., las comparaciones dos a dos mostraron puntuaciones más elevadas en la franja de edad de los 11 y 12 años que entre los 13 y 15 años (d = .48) y edad más avanzada (d = .57), resultando la diferencia en este último caso de una relevancia clínica moderada. En este caso el tramo de edad referido a la adolescencia tardía no se diferenció significativamente de los de mediana edad. Seguidamente, los *análisis inter-grupales* únicamente constataron discrepancias entre ambas muestras de adolescentes a los 16 y 17 años, con una relevancia clínica media (d = 51). Este resultado nos dice que, durante la adolescencia tardía, los chicos y las chicas pertenecientes a contextos familiares en riesgo perciben a sus madres menos implicadas en su tarea educativa que los de comunidad.

En un segundo momento, se desarrollaron los análisis pertinentes para la dimensión **coerción/imposición parental**, según el sexo y el tramo de edad de los adolescentes. Las puntuaciones medias para este indicador en ambas muestras según el sexo del adolescente se representan en la Figura 48.

Figura 48. Puntuaciones medias de coerción/imposición parental de las dos muestras según el sexo del adolescente.

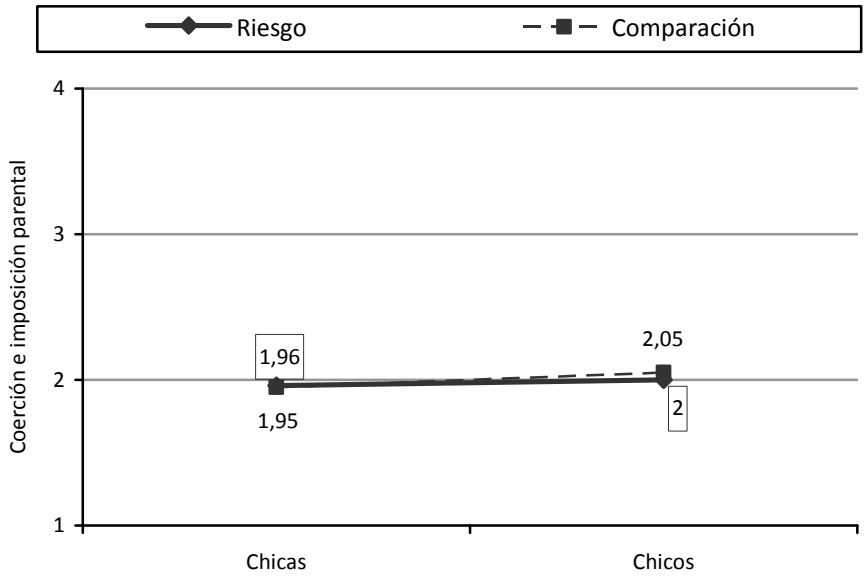


Tabla 48. Contrastes intra e inter-grupales según el sexo del adolescente (coerción/imposición)

		Chicas (a)	Chicos (b)
Intra	**Riesgo (r)**	F^{ab} (1,217) = 0.46, p = .500	
	Comparación (c)	F^{ab} (1,223) = 3.63, p = .058	
Inter		F^{rc} (1,208) = 0.02, p = .889	F^{rc} (1,232) = 1.01, p = .314

[16] El incumplimiento del supuesto de grupos comparables (el cociente entre la n del grupo mayor y la n del grupo menor resultaba superior a 2 puntos) conllevó la realización de pruebas no paramétricas.

Los contrastes *intra e inter-grupales* presentados en la Tabla 48 no indicaron diferencias significativas en función del sexo del adolescente en ningún sentido. Únicamente se observó una tendencia marginal en la muestra de comparación, aunque el tamaño del efecto de tal diferencia fue despreciable (*d* = .12).

A continuación, se representan las puntuaciones medias obtenidas en esta dimensión en las dos muestras de estudio según la edad del adolescente (ver Figura 49). Igualmente, se presentan los estadísticos obtenidos fruto de la realización de los contrastes intra e inter-grupales (ver Tabla 49).

Figura 49. Puntuaciones medias de coerción/imposición parental en las dos muestras según la edad del adolescente.

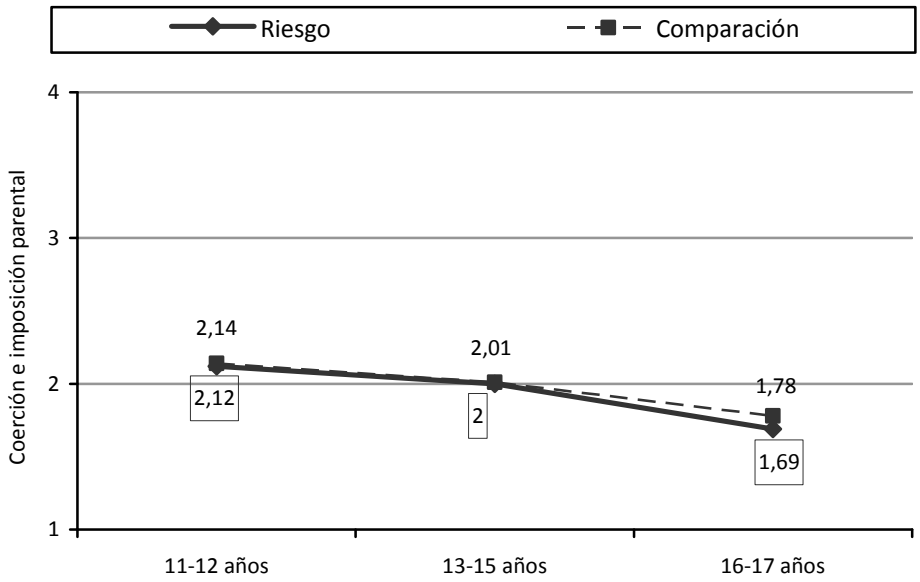


Tabla 49. Contrastes intra e inter-grupales según la edad del adolescente (coerción/imposición).

		11-12 años (a)	13-15 años (b)	16-17 años ©
Intra	**Riesgo (r)** H^{abc} = 24.92, p <.001		U^{ab} = 3184.50, p = .085 U^{ac} = 654.50, p < .001 U^{bc} = 1267.50, p < .001	
	Comparación (c) F^{abc}(2, 222) = 13.40, p <.001		DFS^{ab} = 0.13, p = .071 DFS^{ac} = -0.36, p < .001 DFS^{bc} = 0.23, p = .003	
Inter		F^{rc} (1,151) = 0.05 p = .831	F^{rc} (1,198) = 0.00 p = .951	F^{rc} (1,89) = 1.37, p = .245

Los *contrastes intra-grupales* en las familias usuarias de los SS.SS.CC. y en los de la muestra de comparación mostraron diferencias significativas en función del tramo de edad del adolescente. Los análisis post hoc mostraron que las madres de los adolescentes del grupo de comparación de 16 y 17 años hacían en mayor medida uso de estrategias coercitivas e impositivas para controlar el mal comportamiento de sus hijos e hijas que las que tenían menores en la adolescencia media (*d* = .69) e inicial (*d* = .93). Estos resultados fueron coincidentes con los hallados en la muestras de riesgo. Las diferencias entre los dos primeros tramos de edad no resultaron estadísticamente significativas, aunque en el caso de la muestra

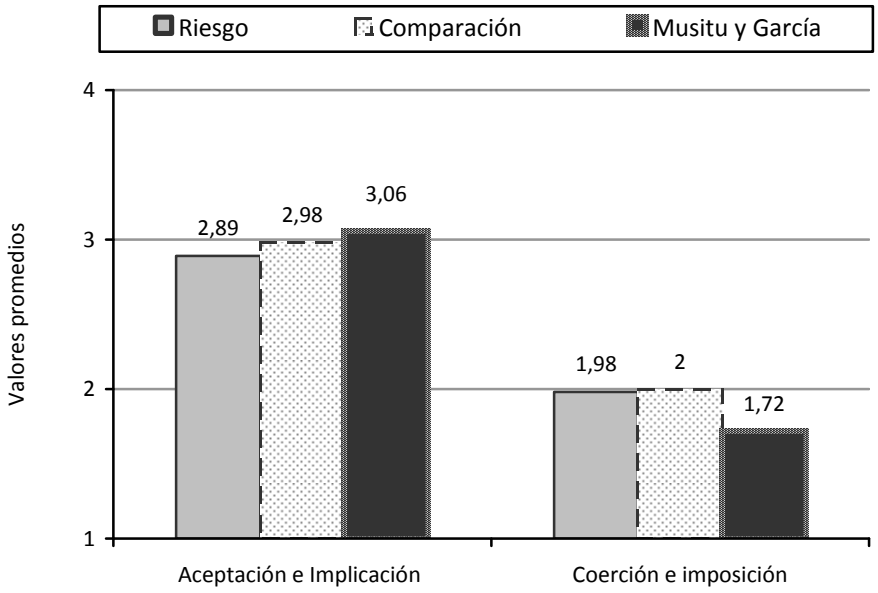
de comparación sí se observó una significación marginal con un tamaño del efecto bajo (*d* = .31). Por último, los análisis *inter-grupales* no mostraron discrepancias al respecto, es decir, los adolescentes en riesgo percibieron a sus madres igual de coercitivas e impositivas que los iguales del grupo de comparación, independientemente de la edad que tuvieran éstos.

2.2. Análisis tipológico.

A diferencia del apartado anterior, este enfoque se centra en el análisis de la socialización parental, definiendo tipologías a partir de la combinación de dos dimensiones socializadoras descritas previamente (aceptación/implicación y coerción/imposición). En este sentido, acorde con la propuesta teórica de Musitu y García (2001), a continuación se describe a las familias usuarias de los SS.SS.CC. según el estilo socializador que caracteriza a las madres.

De manera similiar a las propuestas más frecuentes y consensuadas en la literatura sobre el tema, Musitu y García (2001) tomaron en consideración estas dos dimensiones para conformar cuatro estilos socializadores: autorizativo, autoritario, indulgente e indiferente. Cabe destacar que el **sistema de corrección propuesto por Musitu y García (2001)** para el instrumento ESPA29 utiliza una tabla de baremación desarrollada a partir de los datos de una muestra amplia de jóvenes españoles. No obstante, las puntuaciones de tendencia central obtenidas en el trabajo de estos autores distaron mucho de las halladas en esta investigación, tanto en contraste con la muestra de riesgo como respecto a la de comparación. Así, si se comparan las medias obtenidas en el trabajo de Musitu y García (2001) con los datos extraídos en este estudio mediante pruebas estadísticas *t* para una media teórica, los resultados indicaron diferencias estadísticamente significativas en ambas dimensiones (ver Figura 50).

Figura 50. Puntuaciones medias de las dimensiones de socialización parental de las dos muestras de familias.



Así, las puntuaciones medias extraídas para aceptación/implicación fueron significativamente menores en nuestros adolescentes que en la muestra de Musitu y García (2001), tanto para los adolescentes en riesgo ($t(218) = -4.25$, $p < .001$) como para los de

comparación (t(224)= - 2.54, p = .012). En el mismo sentido, los resultados de los contrastes para la dimensión de coerción/imposición parental resultaron también estadísticamente diferentes aunque, en este caso, los valores fueron superiores en las muestras de este trabajo que en la ofrecida por los autores del instrumento (t(218) = 8.85, p < .001 en riesgo y t(224)= 10.36, p < .001 de comparación).

En síntesis, los resultados pusieron de manifiesto claras diferencias entre los adolescentes participantes en esta investigación y los que conformaban la muestra del trabajo de Musitu y García (2001). Así, los primeros percibieron a sus madres menos implicadas pero más coercitivas que los menores de la muestra de los autores del ESPA. Como se verá en el siguiente apartado, estas diferencias han hecho aconsejable realizar diversos análisis encaminados a explorar un sistema de tratamiento de los datos sin tener en cuenta las tablas de baremaciones propuestas por los autores, aunque sí sus criterios originales.

2.2.1. Tipología de socialización parental en familias en riesgo.

Dadas las importantes diferencias encontradas entre los participantes de este trabajo y el estudio original de Musitu y García (2001), se utilizaron los percentiles de la muestra de comparación, por ser el grupo de referencia más inmediato de los adolescentes objeto de esta investigación, para establecer la tipología. En la Tabla 50 se ofrece un resumen de las correspondencias entre los percentiles principales y las puntuaciones directas de la muestra de adolescentes de familias no usuarias de los SS.SS.CC.

Tabla 50. Percentiles principales extraídos de los adolescentes de la muestra de comparación.

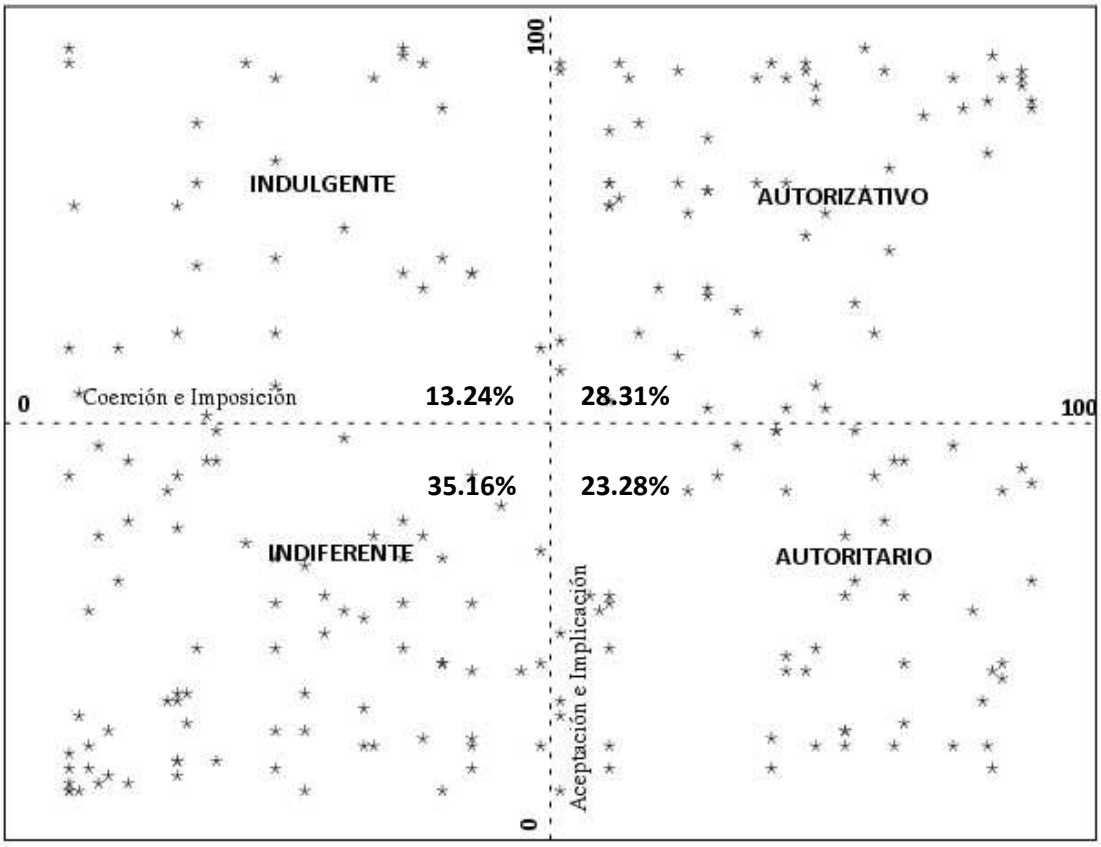
Aceptación/implicación		**Coerción/imposición**	
Percentil	Puntuación directa	Percentil	Puntuación directa
P_{25}	2.68	P_{25}	1.69
P_{50}	2.99	P_{50}	1.94
P_{75}	3.30	P_{75}	2.29
P_{99}	3.91	P_{99}	3.19

En la Figura 51 se representa el diagrama dispersión que refleja cómo se distribuyen las familias en riesgo en torno a las dos dimensiones que definieron los cuatro estilos de socialización evaluados por el ESPA. El eje horizontal representa los valores percentiles de la dimensión coerción/imposición y el vertical los de aceptación/implicación. En consonancia con los criterios originales de los autores del ESPA29, el valor de referencia para establecer diferenciaciones entre puntuaciones bajas y altas en las dos dimensiones de socialización parental fue el percentil 50.

Los resultados ofrecidos en la Figura 51 mostraron que el estilo de socialización indiferente fue el más frecuente entre las familias usuarias de los SS.SS.CC, seguido del autorizativo, el autoritario y el indulgente. No obstante los porcentajes hallados para los tres primeros de los estilos fueron muy similiares, por lo que no se puede decir que predomine uno sobre otro. Por un lado, el 58.45% de estos adolescentes situaron a sus madres por debajo del percentil 50 para la dimensión aceptación/implicación parental, frente al 41.55% que quedó distribuido por encima. Por otro lado, el 48.40% de las madres presentaron puntuaciones en

coerción/imposición por debajo del percentil 50 en comparación con el 51.60% que se posicionaron por encima.

Figura 51. Distribución de los estilos de socialización parental en la muestra de adolescentes en riesgo (*n* = 219).



A continuación (Ver Tabla 51) se presentan las puntuaciones medias y las desviaciones tipo de las dimensiones y prácticas educativas parentales específicas de cada estilo de socialización conformado.

Tabla 51. Descriptivos de las dimensiones que conforman los estilos de socialización parental así como de las prácticas educativas específicas en la muestra de adolescentes en riesgo.

	AUTORIZATIVO *n* = 62	**INDULGENTE** *n* = 29	**AUTORITARIO** *n* = 51	**INDIFERENTE** *n* = 77
ACEPTACIÓN/IMPLICACIÓN	3.47 (0.27)	3.42 (0.31)	2.57 (0.34)	2.44 (0.42)
Afecto	3.29 (0.47)	3.28 (0.57)	2.16 (0.55)	2.03 (0.51)
Indiferencia	1.53 (0.45)	1.30 (0.36)	2.66 (0.56)	2.57 (0.65)
Displicencia	1.13 (0.14)	1.23 (0.31)	1.40 (0.43)	1.76 (0.49)
Diálogo	3.24 (0.13)	2.93 (0.31)	2.17 (0.58)	2.07 (0.49)
COERCIÓN/IMPOSICIÓN	2.28 (0.28)	1.62 (0.21)	2.36 (0.29)	1.61 (0.21)
Coerción Verbal	3.11 (0.40)	2.27 (0.43)	3.14 (0.39)	2.29 (0.49)
Coerción Física	1.26 (0.49)	1.04 (0.43)	1.42 (0.45)	1.06 (0.49)
Privación	2.49 (0.54)	1.55 (0.41)	2.57 (0.51)	1.46 (0.34)

Se compararon los valores de los cuatro estilos socializadores en las dos dimensiones generales[17]. Los resultados mostraron diferencias entre estilos tanto en aceptación/implicación (H = 159.98, p < .001) como en coerción/imposición (H = 163.18, p < .001). Para la primera, los análisis post hoc mostraron diferencias significativas entre las madres indiferentes y las autoritarias con las autorizativas y las indulgentes. En la segunda dimensión, los análisis mostraron que el estilo indulgente y el indiferente se diferenciaron significativamente del autorizativo y el autoritario (con una p < .001 en todas las comparaciones significativas).

2.2.2. Los estilos de socialización parental de las familias en riesgo y de las de comparación.

Una vez establecida la tipología de socialización parental atendiendo a los percentiles del grupo de comparación, se examinó en qué medida existían diferencias al respecto entre las dos muestras de estudio. Para ello, se efectuaron contrastes de frecuencias mediante un análisis de contingencias cuyos resultados se presentan en la Tabla 52.

Estos análisis pusieron de manifiesto una significación marginal en la relación establecida entre la tipología de socialización parental y la familia de procedencia de los adolescentes ($\chi^2(3, N = 444) = 6.69$, $p = .082$; $V_{cramer} = .12$). El examen de los residuos tipificados corregidos indicó que la relación entre ambas variables era muy fuerte cuando se trataba del estilo de socialización indulgente ($r_z > \pm 1.96$). En este sentido, los porcentajes indicaron una mayor proporción de madres indulgentes en la muestra de comparación que en la de contextos de desarrollo considerados en riesgo.

Tabla 52. Contrastes de frecuencias entre las dos muestras de familias en función del estilo socializador.

		Riesgo	Comparación	Total
Estilo autorizativo	*n*	62	67	129
	%	48.06[f]/28.31[c]	51.94[f] /29.78[c]	
	r_z	-0.4	0.4	
Estilo indulgente	*n*	29	48	77
	%	37.66[f] /13.24[c]	62.34[f] /21.33[c]	
	r_z	-2.3	2.3	
Estilo autoritario	*n*	51	49	100
	%	51[f] /23.29[c]	49[f] /21.78[c]	
	r_z	0.4	-0.4	
Estilo indiferente	*n*	77	61	138
	%	55.80[f] /35.16[c]	44.20[f] /27.11[c]	
	r_z	1.8	-1.8	
Total	*N*	219	225	444

[f]% por fila ; [c]% por columna

[17] Los problemas de simetría y curtosis de las variables, junto con el desequilibrio encontrado en los tamaños muestrales, que hace que los grupos no sean comparables, desaconsejaron la utilización de análisis paramétricos.

Mas allá de las diferencias encontradas entre los dos tipos de familias, conviene destacar que el estilo educativo más frecuente en los adolescentes del grupo de comparación fue el autorizativo, seguido del indiferente, el indulgente y el autoritario.

2.2.3. Análisis intra e inter-grupales en función del sexo y la edad.

Se desarrollaron los análisis dentro y entre las dos muestras según el **sexo del adolescente**. En el caso de las familias usuarias de los SS.SS.CC., los *análisis intra-grupales* mostraron que los estilos de socialización se distribuyeron de una forma similar entre las madres de los chicos y de las chicas ($\chi^2(3, N = 219) = 0.40$, $p = .941$). Asimismo, los residuos tipificados corregidos presentaron valores entre ±0.3 y ±0.4. En el mismo sentido, la prueba de chi-cuadrado realizada para el grupo de comparación tampoco resultó ser estadísticamente significativa, aunque sí mostró una significación marginal de la relación ($\chi^2(3, N = 225) = 6.51$, $p = .092$; $V_{cramer} = .17$). En este caso, los valores de estos residuos oscilaron entre 0 y ±2.4, observándose únicamente para el estilo indulgente valores por encima de ±1.96. Por lo tanto, el estilo de socialización indulgente mostró una mayor prevalencia en las familias de las chicas que en las de los chicos de la muestra de comparación, pero no en el resto (ver Tabla 53).

Tabla 53. Contrastes de frecuencias en las dos muestras según el sexo del adolescente.

			Chica	Chico	Total
Comparación		*n*	30	37	
	Estilo autorizativo	%	44.78[f]/27.03[c]	55.22[f]/32.46[c]	67
		r_z	-0.9	0.9	
		n	31	17	
	Estilo indulgente	%	64.58[f]/27.93[c]	35.42[f]/14.91[c]	48
		r_z	2.4	-2.4	
		n	20	29	
	Estilo autoritario	%	40.82[f]/18.02[c]	59.18[f]/25.44[c]	49
		r_z	-1.3	1.3	
		n	30	31	
	Estilo indiferente	%	49.18[f]/27.03[c]	50.82[f]/27.19[c]	61
		r_z	0.0	0.0	
	Total	*n*	111	114	225
Riesgo		*n*	29	33	
	Estilo autorizativo	%	46.77[f]/29.29[c]	53.23[f]/27.50[c]	62
		r_z	0.3	-0.3	
		n	12	17	
	Estilo indulgente	%	41.38[f]/12.12[c]	58.62[f]/14.16[c]	29
		r_z	-0.4	0.4	
		n	22	29	
	Estilo autoritario	%	43.14[f]/22.22[c]	56.86[f]/24.17[c]	51
		r_z	-0.3	0.3	
		n	36	41	
	Estilo indiferente	%	46.75[f]/36.36[c]	53.25[f]/34.17[c]	77
		r_z	0.3	-0.3	
	Total	*n*	99	120	219

[f]% por fila ; [c]% por columna

Seguidamente, los *contrastes inter-grupales* indicaron diferencias significativas en los hogares de las chicas ($\chi^2(3, N = 210) = 8.39$, $p = .039$; $V_{cramer} = .20$), pero no en los de los chicos ($\chi^2(3, N = 235) = 1.46$, $p = .690$), en éste último no se observó ningún residuo tipificado por encima de ±1.96. Específicamente, el examen de los datos mostró que en el caso de las chicas el estilo indulgente estaba más presente en la muestra de comparación que en la de riesgo. Tanto es así que casi las tres cuartas partes de las chicas que percibieron el estilo socialización de su madre como indulgente procedían de familias no usuarias de los SS.SS.CC., frente al 27.9% que eran de las de riesgo. Las frecuencias y residuos tipificados corregidos de estos análisis de frecuencias se presentan en la Tabla 54.

Tabla 54. Contrastes de frecuencias entre las dos muestras según el sexo del adolescente.

			Riesgo	Comparación	Total
CHICA		*n*	29	30	
	Estilo autorizativo	%	49.15[f]/29.29[c]	50.85[f]/49.15[c]	59
		r_z	0.4	-0.4	
		n	12	31	
	Estilo indulgente	%	27.9[f]/12.12[c]	72.09[f]/27.93[c]	43
		r_z	-2.8	2.8	
		n	22	20	
	Estilo autoritario	%	52.38/22.22[c]	47.62[f]/18.02[c]	42
		r_z	0.8	-0.8	
		n	36	30	
	Estilo indiferente	%	54.55/36.36[c]	45.45[f]/27.03[c]	66
		r_z	1.5	-1.5	
	Total	*n*	99	111	210
CHICO		*n*	33	37	
	Estilo autorizativo	%	47.14[f]/27.50[c]	52.86[f]/47.14[c]	70
		r_z	-0.8	0.8	
		n	17	17	
	Estilo indulgente	%	50[f]/14.17[c]	50[f]/14.91[c]	34
		r_z	-0.2	0.2	
		n	29	29	
	Estilo autoritario	%	50[f]/24.17[c]	50[f]/25.44[c]	58
		r_z	-0.2	0.2	
		n	41	31	
	Estilo indiferente	%	56.94[f]/34.17[c]	43.06[f]/27.19[c]	72
		r_z	1.2	-1.2	
	Total	*n*	120	114	234

[f] % por fila ; [c] % por columna

Seguidamente, se volvieron a efectuar las comparaciones dentro y entre grupos pero en esta ocasión según el la **edad del adolescente**. Los contrastes de frecuencias de los análisis *intra-grupales* resultaron estadísticamente significativos tanto en las familias en riesgo ($\chi^2(6, N = 219) = 13.83$, $p = .032$; $V_{cramer} = .18$), como en las del grupo de comparación ($\chi^2(6, N = 225) = 22.42$, $p = .001$; $V_{cramer} = .22$). Para ambas muestras, el examen de los residuos tipificados corregidos mostró una baja prevalencia de madres autorizativas en el tramo de edad de 16 y 17 años y, en el caso de las indiferentes, baja en los adolescentes de 11 y 12 años pero alta en

los de mayor edad. Estos resultados no fueron los únicos relevantes en la muestra de adolescentes de familias no usuarias, así se observó también que los chicos y las chicas que tenían edades comprendidas entre los 13 y 15 años percibieron en menor medida a sus madres como indulgentes que los de otras edades. A continación, en la Tabla 55 se presentan los resultados extraídos de los análisis comentados.

Tabla 55. Contrastes de frecuencias en las dos muestras según la edad del adolescente.

			11-12 años	13-15 años	16-17 años	Total
Comparación		*n*	29	33	5	
	Estilo autorizativo	%	43.28[f]/34.52[c]	49.25[f]/36.26[c]	7.46[f]/10[c]	67
		r_z	1.2	1.8	-3.5	
		n	20	13	15	
	Estilo indulgente	%	41.67[f]/23.81[c]	27.08[f]/14.29[c]	31.25[f]/30[c]	48
		r_z	0.7	-2.1	1.7	
		n	21	20	8	
	Estilo autoritario	%	42.86[f]/25[c]	40.82[f]/21.98[c]	16.33[f]/16.33[c]	49
		r_z	0.9	0.1	-1.1	
		n	14	25	22	
	Estilo indiferente	%	22.95[f]/16.67[c]	40.98[f]/27.47[c]	36.07[f]/44[c]	61
		r_z	-2.7	0.1	3.1	
	Total	*n*	84	91	50	225
Riesgo		*n*	25	32	5	
	Estilo autorizativo	%	40.32[f]/36.23[c]	51.61[f]/29.36[c]	8.06[f]/12.20[c]	62
		r_z	1.8	0.3	-2.5	
		n	11	13	5	
	Estilo indulgente	*%*	37.93[f]/14.94[c]	44.83[f]/11.93[c]	17.24[f]/12.20[c]	29
		r_z	0.8	-0.6	-0.2	
		n	18	24	9	
	Estilo autoritario	*%*	35.29[f]/26.09[c]	47.06[f]/22.02[c]	17.65[f]/21.95[c]	51
		r_z	0.7	-0.4	-0.2	
		n	15	40	22	
	Estilo indiferente	*%*	19.48[f]/21.74[c]	51.95[f]/36.70[c]	28.57[f]/53.66[c]	77
		r_z	-2.8	0.5	2.7	
	Total	*n*	69	109	41	219

[f]% por fila ; [c]% por columna

Seguidamente, se desarrollaron análisis *inter-grupales* sin encontrar diferencias significativas ni en la adolescencia inicial ($\chi^2(3, N = 153) = 1.72$, $p = .632$), ni en la intermedia ($\chi^2(3, N = 200) = 2.24$, $p = .524$) ni en la tardía ($\chi^2(3, N = 91) = 4.21$, $p = .240$) entre ambas muestras. No obstante, como se puede apreciar en la Tabla 56, en el caso de las familias con adolescentes de 16 y 17 años uno de los estilos de socialización parental presentó residuos tipificados corregidos superiores a ±1.96. Al respecto, y en la misma línea que los análisis efectuados sin diferenciar la edad, los resultados indicaron que el estilo indulgente tenía una mayor presencia en las familias del grupo de comparación (75%) que en las usuarias de los SS.SS.CC. (25%).

Tabla 56. Contrastes de frecuencias entre las dos muestras según la edad del adolescente.

			Riesgo	Comparación	Total
11-12 años		*n*	25	29	
	Estilo autorizativo	%	46.30[f]/36.23[c]	53.70[f]/34.52[c]	54
		r_z	0.2	-0.2	
		n	11	20	
	Estilo indulgente	%	35.48[f]/15.94[c]	64.52[f]/23.81[c]	31
		r_z	-1.2	1.2	
		n	18	21	
	Estilo autoritario	%	46.15[f]/26.09[c]	53.85[f]/25[c]	39
		r_z	0.2	-0.2	
		n	15	14	
	Estilo indiferente	%	51.72[f]/21.74[c]	48.28[f]/16.67[c]	29
		r_z	0.8	-0.8	
	Total	*n*	69	84	153
13-15 años		*n*	32	33	
	Estilo autorizativo	%	49.23[f]/29.23[c]	50.77[f]/36.26[c]	65
		r_z	-1.0	1.0	
		n	13	13	
	Estilo indulgente	%	50[f]/11.93[c]	50[f]/14.29[c]	26
		r_z	-0.5	0.5	
		n	24	20	
	Estilo autoritario	%	54.55[f]/22.02[c]	45.45[f]/21.98[c]	44
		r_z	0.0	0.0	
		n	40	25	
	Estilo indiferente	%	61.54[f]/36.70[c]	38.46[f]/27.47[c]	65
		r_z	1.4	-1.4	
	Total	*n*	109	91	200
16-17 años		*n*	5	5	
	Estilo autorizativo	%	50[f]/12.20[c]	50[f]/10[c]	10
		r_z	0.3	-0.3	
		n	5	15	
	Estilo indulgente	%	25[f]/12.20[c]	75[f]/30[c]	20
		r_z	-2.0	2.0	
		n	9	8	
	Estilo autoritario	%	52.94[f]/21.95[c]	47.06[f]/16[c]	17
		r_z	0.7	-0.7	
		n	22	22	
	Estilo indiferente	%	50[f]/53.66[c]	50[f]/44[c]	44
		r_z	0.9	-0.9	
	Total	*n*	41	50	91

[f] % por fila ; [c] % por columna

2.3. Análisis situacional.

Los resultados ofrecidos hasta el momento han tenido como objeto proporcionar una visión general de la socialización parental de acuerdo con la perspectiva de los adolescentes y en función de los criterios y las directrices de evaluación de los autores del ESPA29. El apartado

que se presenta a continuación muestra un análisis complementario al estudio de la socialización parental, adoptando un enfoque situacional. Con esta nueva perspectiva se pretende explorar si las madres de familias en riesgo responden educativamente de la misma manera a la actuación de sus hijos e hijas adolescentes en los distintos momentos cotidianos que recoge el instrumento de Musitu y García (2001).

Para ello, en un primer momento, se contó con la colaboración de diferentes profesionales especialistas en familia y adolescencia que participaron en el desarrollo de una técnica Delphi. Con esta técnica se pretendía clasificar las situaciones cotidianas del ESPA29 según el grado de respuesta o actuación parental que requerían (2.3.1.). Posteriormente, los resultados extraídos de esta técnica se utilizaron para examinar, desde un enfoque situacional, la socialización parental de las familias en riesgo en comparación con las no usuarias de los SS.SS.CC. (2.3.2.).

2.3.1. Evaluación de los especialistas en familias y adolescencia.

Según Linstone y Turoff (1975, cit. en Landeta, 1999) la técnica Delphi es un método de estructuración de un proceso de comunicación grupal que es efectivo a la hora de permitir a un grupo de individuos, como un todo, tratar un problema complejo. Consiste en la utilización sistemática del juicio intuitivo de un grupo de expertos que permita consensuar las opiniones informadas. Para la aplicación práctica de esta técnica es necesario considerar metodológicamente dos aspectos fundamentales: selección del grupo de expertos a encuestar (ver apartado 2.3.1.1.) y la elaboración de los cuestionarios (2.3.1.2.). En este apartado se describen las características de ambos aspectos, así como el procedimiento empleado (2.3.1.3.) y los resultados obtenidos al respecto (2.3.1.4.).

2.3.1.1. Participantes.

Todos los profesionales participantes tenían en común el hecho de ser especialistas en el ámbito de la familia y/o la adolescencia. El grupo estaba integrado por 15 profesionales que provenían de tres ámbitos diferentes: la universidad, los SS.SS. y los centros educativos. En concreto, la muestra incluía cinco docentes universitarios, cinco técnicos/as de los SS.SS.CC. y cinco profesores de Institutos de Educación Secundaria (IES). Las características que definían a cada uno de ellos fueron las siguientes:

- Docentes universitarios: cuatro personas de la Facultad de Psicología de la Universidad de Sevilla y una persona de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Huelva, con una edad media de 42.20 años (*DT* = 4.97). En concreto, cuatro profesoras y un profesor conformaron este grupo de profesionales. La experiencia media en el ámbito universitario fue de 16.80 años (*DT* = 7.19).
- Técnicos/as de los SS.SS.CC.: tres personas trabajaban para la delegación de Bienestar Social del Ayuntamiento de Sevilla, y dos lo hacían para la Diputación Provincial de Huelva en el ámbito de los SS.SS.CC. En concreto, se trataba de una trabajadora social, dos psicólogas y dos psicólogos. La edad media de estos profesionales fue de 40.80 (*DT* = 7.53) y su experiencia en el trabajo con familias en riesgo de 14.33 años (*DT* = 8.25) por término medio.

– Profesores de secundaria: todos los integrantes de este grupo trabajaban en el momento de la evaluación en diferentes IES de la provincia de Huelva. Se trataba de tres mujeres y dos hombres, con una experiencia media laboral en el trabajo con adolescentes de 14.33 años (*DT* = 7.64) y una edad media de 39 años (*DT* = 8.80)

Como se explica posteriormente, la técnica Delphi se desarrolló en dos fases diferenciadas. En la primera de ellas participó el total de la muestra (15 profesionales), pero en la segunda fase existió una mortandad experimental de dos personas, ambas profesores de los IES.

2.3.1.2. Instrumentos.

Para la realización de la técnica Delphi se diseñaron dos cuestionarios distintos que se emplearon en momentos diferentes del procedimiento. Ambos instrumentos fueron realizados para esta investigación partiendo de las situaciones cotidianas con adolescentes que recoge el ESPA29 (Musitu y García, 2001). A continuación se describen las características de los mismos.

– Escala de necesidad de actuación parental situacional (Lorence, Menéndez, Hidalgo, 2010a): Este cuestionario recoge las 29 situaciones cotidianas que conforman la ESPA29 de Musitu y García (2001), en el que los profesionales valoran en qué medida es necesario que las madres y los padres actúen o reaccionen de alguna manera y de forma inmediata ante las distintas situaciones planteadas. Primero, se presentan las situaciones en las que el adolescente actúa positivamente y, por tanto, se pretende que los profesionales evalúen la necesidad e importancia de que los progenitores refuercen positivamente al menor en esos momentos. Segundo, se exponen situaciones donde la actuación del adolescente no es apropiada y ante ellas deben valorar en qué medida consideran necesario que los padres y las madres hagan algo para controlarlo o moldear la conducta. Cada situación se valora en un escala tipo Likert de cinco opciones de respuesta, donde la puntuación mínima es 1 (*no es necesario*) y la máxima es 5 (*muy necesario*). Con esta escala se pretende conocer la opinión que tenían los expertos de diversos ámbitos educativos respecto al grado de importancia y necesidad de que los adultos respondan y actúen de alguna manera ante cada una de las situaciones cotidianas analizadas.

– Escala de acuerdo con la evaluación conjunta de la Delphi (Lorence, Menéndez, Hidalgo, 2010b): Como resultado de la cumplimentación del primer instrumento se diseña esta segunda escala. En ella aparecen clasificadas y ordenadas las respectivas situaciones familiares de la ESPA29, desde las que han sido valoradas como necesarias de una alta actuación y respuesta parental hasta las evaluadas como de baja necesidad. En consonancia con el instrumento anterior, en primer lugar se presentan los resultados de las valoraciones realizadas por los profesionales ante las situaciones positivas y, en segundo lugar, los datos relacionados con la evaluación de las situaciones negativas. Esta escala permitió que los profesionales que habían participado en la primera ronda o fase de la técnica Delphi mostraran su grado de acuerdo con el resultado obtenido. Para ello, respondieron al cuestionario mediante una escala de 4 opciones de respuestas, 1 (*estoy muy en desacuerdo con la valoración realizada*) y 4 (*estoy muy de acuerdo con la valoración realizada*).

2.3.1.3. Procedimiento.

Con el objeto de clasificar las situaciones cotidianas que comprende la ESPA29 (Musitu y García, 2001) en función del grado de respuesta o actuación parental que requieren las mismas, se realizaron las siguientes actuaciones:

- En un primer momento se seleccionó a un grupo de expertos, cuyos conocimientos, características y experiencia se estimaban apropiados para la resolución del problema planteado. La selección de dicho grupo fue intencional, pidiendo la colaboración a quince personas procedentes del ámbito universitario, de los SS.SS.CC., así como del sector educativo.

- En un segundo momento, se envió a los participantes un correo electrónico en el que se explicaban las características del estudio y se solicitaba su colaboración. Una vez que los quince expertos mostraron su disposición a participar, se les mandó por este mismo medio el primer cuestionario (Escala de necesidad de actuación parental situacional) que tenían que cumplimentar en el plazo de un mes. Este paso será denominado a partir de ahora como primera ronda de la técnica Delphi.

  Una vez recibidas las respuestas, se procedió a los distintos análisis estadísticos exploratorios que se comentan en el apartado de resultados de esta sección de la investigación. La Delphi destaca por ser una técnica que utiliza la retroalimentación de información o feedback con fines provisionales. De hecho, la calidad del resultado final está directamente relacionada con la forma en que se realice y promueva este feedback.

- En consecuencia, en un tercer momento (*segunda ronda*), se devolvió a los expertos participantes la valoración conjunta de los datos recogidos, y tuvieron que mostrar su aceptación con los resultados obtenidos con la ayuda de un segundo cuestionario (Escala de acuerdo con la evaluación conjunta de la Delphi) mediante correo electrónico. El grado de acuerdo de los expertos en esta segunda ronda fue alto, por lo que la técnica Delphi finalizó en este momento.

2.3.1.4. Resultados.

La información que se presenta a continuación recoge la valoración que los expertos de la Delphi realizaron de las situaciones positivas y negativas del ESPA29 en la primera ronda. Se ofrecen las medias, medianas y desviaciones tipo de los resultados obtenidos. Las situaciones son presentadas de forma diferenciada, por un lado, aquellas consideradas por los autores de la escala como positivas, ya que evalúan un momento en el que el adolescente emite un buen comportamiento (Tabla 57), y, por otro lado, las situaciones negativas, en las que el menor actúa inadecuadamente (Tabla 58). Siguiendo las recomendaciones de Landeta (1999), las situaciones han sido ordenadas atendiendo, en primer lugar, a las medianas (*Me*) de las puntuaciones (de mayor a menor), en segundo lugar, a las medias (*M*) de los datos (de mayor a menor) y finalmente a las desviaciones típicas (*DT*) que indican la variabilidad de las respuestas (de menor a mayor).

Tabla 57. Descriptivos de las situaciones positivas extraídos de la técnica Delphi.

SITUACIONES POSITIVAS	DESCRIPTIVOS		
	Me	*M*	*DT*
1. Si el adolescente trae a casa el boletín de notas a final del curso con buenas calificaciones	5	4.60	0.63
2. Si algún profesor llama a los padres y le dice que su hijo/a se está portando muy bien en clase	5	4.47	0.74
3. Si el adolescente estudia y hace todos los deberes y trabajos que le mandan en casa	4	4.27	0.70
4. Si algunos de los amigos o profesores del adolescente llama a su madre y le dice que es un buen compañero	4	4.07	1.03
5. Si el adolescente obedece en las cosas que le mandan sus padres	4	3.80	1.01
6. Si el adolescente respeta y cumple los horarios establecidos en casa	4	3.80	1.08
7. Si el adolescente al llegar a casa por la noche, llega a la hora que sus padres le habían dicho	4	3.73	1.10
8. Si hay visita en casa y el adolescente se porta bien y con educación	4	3.60	1.18
9. Si el adolescente cuida sus cosas y sale limpio y aseado a la calle	4	3.33	1.34
10. Si el adolescente ordena y cuida las cosas de su casa	3	3.40	1.18
11. Si el adolescente no falta y llega puntual a clase	3	3.27	1.03
12. Si el adolescente se porta bien en casa y no molesta a sus padres	3	2.93	0.96
13. Si el adolescente se come toda la comida que ha puesto su madre en la mesa	2	2.13	1.24

En cuanto a las situaciones positivas, los resultados pusieron de manifiesto que las relacionadas con el ámbito escolar fueron las valoradas como de mayor necesidad de respuesta o actuación parental (ver Tabla 57). Así, se aprecia que las dos situaciones que obtuvieron una mediana de cinco puntos fueron "si el adolescente trae a casa el boletín de notas al final del curso con buenas clasificaciones" y "si algún profesor llama a los padres y les dice que su hijo/a se está portando muy bien en clase". Por otro lado, las situaciones que obtuvieron puntuaciones más bajas fueron las más cotidianas, como por ejemplo, "si el adolescente se come toda la comida que ha puesto su madre en la mesa" o "si el adolescente se porta bien en casa y no molesta a sus padres". A pesar de las bajas puntuaciones, ninguna situación obtuvo una mediana de 1 punto, el mínimo posible atendiendo al rango de respuestas del cuestionario de la técnica Delphi.

Referente a las situaciones negativas (ver Tabla 58), las puntuaciones de tendencia central así como los datos de dispersión mostraron que, nuevamente, los comportamientos relacionados con el ámbito escolar fueron los valorados por los expertos como situaciones que requerían de una respuesta más inmediata e intensa por parte de los progenitores. Por un lado, las experiencias negativas que necesitaban de una mayor actuación parental eran en esta ocasión para "si el adolescente no estudia o no quiere hacer los deberes que le mandan en el instituto" y "si algún profesor llama a los padres para decirle que el adolescente se porta mal en clase". Además, los profesionales destacaron otras dos situaciones como de máxima necesidad de intervención, "si la madre se entera que el adolescente ha roto algo de la calle o de otra persona" y "si el adolescente miente y la madre le descubre". Por otro lado, las menos valoradas fueron nuevamente las que trataban asuntos cotidianos, en concreto, se refirieron a "si el adolescente no se come la comida que hay en la mesa" y "si el adolescente molesta en

casa y no deja que sus padres vean la televisión". Como se puede apreciar, estos resultados fueron más o menos coincidentes con la evaluación realizada para el otro tipo de situaciones.

Tabla 58. Descriptivos de las situaciones negativas extraídos de la técnica Delphi.

SITUACIONES NEGATIVAS	DESCRIPTIVOS		
	Me	*M*	*DT*
1. Si el adolescente no estudia o no quiere hacer los deberes que le mandan en el instituto	5	4.80	0.41
2. Si algún profesor llama a los padres para decirle que el adolescente se porta mal en clase	5	4.73	0.46
3. Si la madre se entera que el adolescente ha roto algo de la calle o de otra persona	5	4.40	0.74
4. Si el adolescente miente y la madre le descubre	5	4.33	0.90
5. Si el adolescente se pelea con algún vecino o amigo	4	4.40	0.63
6. Si el adolescente trae las notas del instituto con suspensos	4	4.33	0.72
7. Si el adolescente se queda por ahí con los amigos/as y llega tarde a casa por la noche	4	4.27	0.59
8. Si hay visita en casa y el adolescente hace ruido o molesta	4	4.27	0.70
9. Si el adolescente se pone furioso y pierde el control por algo que le ha salido mal o que sus padres no le dejan hacer	4	4.27	0.80
10. Si el adolescente sale de casa para ir a cualquier sitio y no le pide permiso	4	3.87	0.99
11. Si el adolescente desobedece a la madre en algo	4	3.87	1.13
12. Si el adolescente sale a la calle sucio y desastrado	4	3.73	0.96
13. Si el adolescente se queda hasta muy tarde viendo la tele	4	3.67	0.62
14. Si el adolescente rompe o estropea alguna cosa de casa	4	3.67	0.82
15. Si el adolescente molesta en casa y no deja que sus padres vean la televisión	3	3.47	0.83
16. Si el adolescente no se come la comida que hay en la mesa	3	3	1.21

Una vez establecida la jerarquización de las situaciones positivas y negativas, se clasificaron ambos tipos, atendiendo primero a la mediana y, en segundo lugar, a la media y la desviación tipo. Así, se han considerado como situaciones de alta necesidad de actuación parental las que obtuvieron una mediana de cinco puntos, de necesidad media-alta las de cuatro puntos, de necesidad media las de tres puntos, de necesidad media-baja las de dos puntos y, finalmente, situaciones de necesidad baja las de un punto (cabe señalar que de estas dos últimas no hubo ninguna). Para esta clasificación, se examinaron también las medias y las desviaciones típicas de las situaciones. En este sentido, las situaciones que mostraron una alta variabilidad de respuestas fueron examinadas con mayor detenimiento, analizando sus puntuaciones medias.

A continuación, en la siguiente tabla se presenta el resultado de dicha clasificación. Las situaciones negativas fueron valoradas por los expertos como las más necesitadas de una actuación por parte de los progenitores que las positivas. Así, el 87.50% de las situaciones negativas fueron clasificadas de necesidad alta o medio-alta, mientras que solo el 61.54% de las positivas se situaron en estos niveles superiores de necesidad.

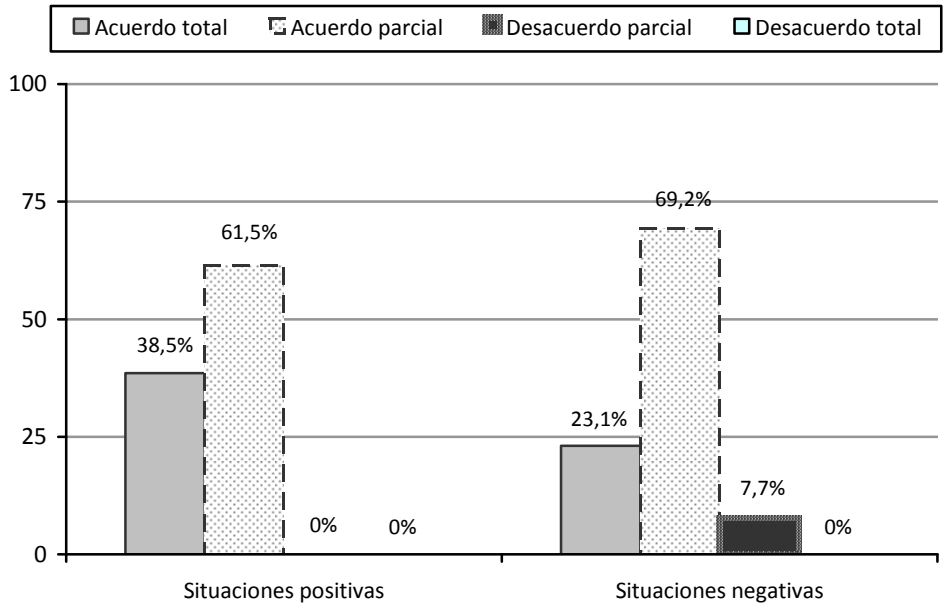
Tabla 59. Clasificaciones de las situaciones cotidianas consideradas en el instrumento ESPA29.

NECESIDAD	SITUACIONES POSITIVAS
ALTA (mediana 5)	Si el adolescente trae a casa el boletín de notas a final del curso con buenas calificaciones
	Si algún profesor llama a los padres y le dice que su hijo/a se está portando muy bien en clase
MEDIA-ALTA (mediana 4)	Si el adolescente estudia y hace todos los deberes y trabajos que le mandan en casa
	Si alguno de los amigos o profesores del adolescente llama a su madre y le dice que es un buen compañero
	Si el adolescente obedece en las cosas que le mandan sus padres
	Si el adolescente respeta y cumple los horarios establecidos en casa
	Si el adolescente al llegar a casa por la noche, llega a la hora que sus padres le habían dicho
	Si hay visita en casa y el adolescente se porta bien y con educación
MEDIA (mediana 3)	Si el adolescente cuida sus cosas y sale limpio y aseado a la calle[18]
	Si el adolescente ordena y cuida las cosas de su casa
	Si el adolescente no falta y llega puntual a clase
	Si el adolescente se porta bien en casa y no molesta a sus padres
MEDIA-BAJA (mediana 2)	Si el adolescente se come toda la comida que ha puesto su madre en la mesa
NECESIDAD	**SITUACIONES NEGATIVAS**
ALTA (mediana 5)	Si el adolescente no estudia o no quiere hacer los deberes que le mandan en el instituto
	Si algún profesor llama a los padres para decirle que el adolescente se porta mal en clase
	Si la madre se entera que el adolescente ha roto algo de la calle o de otra persona
	Si el adolescente miente y la madre le descubre
MEDIA-ALTA (mediana 4)	Si el adolescente se pelea con algún vecino o amigo
	Si el adolescente trae las notas del instituto con suspensos
	Si el adolescente se queda por ahí con los amigos o amigas y llega tarde a casa por la noche
	Si hay visita en casa y el adolescente hace ruido o molesta
	Si el adolescente se pone furioso y pierde el control por algo que le ha salido mal o que sus padres no le dejan hacer
	Si el adolescente sale de casa para ir a cualquier sitio y no le pide permiso
	Si el adolescente desobedece a la madre en algo
	Si el adolescente sale a la calle sucio y desastrado
	Si el adolescente se queda hasta muy tarde viendo la tele
	Si el adolescente rompe o estropea alguna cosa de casa
MEDIA (mediana 3)	Si el adolescente molesta en casa y no deja que sus padres vean la televisión
	Si el adolescente no se come la comida que hay en la mesa

Con la finalidad de dar por válida la jerarquización y la clasificación comentada, se pidió a los profesionales que, en una segunda ronda, expresaran el grado de acuerdo al conjunto de estos resultados. Cabe señalar que todos los expertos participaron en esta fase de la técnica Delphi, exceptuando dos profesores de los IES. A continuación, en la Figura 52 se presentan los porcentajes de aceptación obtenidos con esta clasificación.

[18] A pesar de que esta situación obtuvo una mediana de 4 puntos, la alta variabilidad en sus respuestas (*DT* = 1.34) conllevó a replantearse la clasificación de la misma considerando su puntuación media. Su media (*M* = 3.33) la situó en el grupo de situaciones de necesidad media.

Figura 52. Distribución de porcentajes en relación al grado de acuerdo con la valoración realizada en su conjunto.



El 100% de los expertos mostraron un acuerdo total o parcial con la evaluación realizada para las situaciones positivas. En cuanto a las negativas, los resultados fueron muy similares a los anteriores. Así, un 92.30% estuvo total o parcialmente de acuerdo con la valoración conjunta de los expertos, únicamente una persona mostró estar parcialmente en desacuerdo con los resultados extraídos. En líneas generales, los datos reflejaron un alto nivel de consenso entre los distintos especialistas en el ámbito de la familia y la adolescencia, por lo que se dió por válido el sistema clasificatorio situacional presentado en la tabla anterior.

2.3.2. La socialización parental de acuerdo con un análisis situacional.

Una vez acordada la agrupación se calcularon las dos dimensiones centrales de socialización parental (aceptación-implicación y coerción-imposición) atendiendo a esta nueva clasificación situacional y tomando en consideración el nivel de necesidad de actuación parental de forma independiente. Cabe destacar que la única situación positiva que fue valorada con un nivel de participación parental medio-bajo se computó como de necesidad media, esto permitía equiparar el número de situaciones reunidas en cada nivel y por lo tanto la comparabilidad de las categorías establecidas.

De esta manera se obtuvieron, para las dos dimensiones generales de socialización parental, tres niveles diferentes en función de la necesidad de intervención parental que requerían. Es conveniente señalar que el número de situaciones que conformaban estos niveles resultó ser muy diferente. Así en cuanto a la categoría de alta necesidad, la dimensión aceptación/implicación se calculó a partir de seis situaciones mientras que la de coerción/imposición se hizo a partir de cuatro; el grupo de necesidad medio-bajo se conformó con los datos de 16 y 10 situaciones para cada dimensión respectivamente; finalmente, los cálculos para la categoría de necesidad media se realizaron atendiendo a siete situaciones para aceptación/implicación y dos para coerción/imposición, estando compuesta esta última por un

número de situaciones muy reducido. La baja representatividad situacional en el cálculo de esta última dimensión hace que los resultados obtenidos al respecto sean tomados con cierta cautela.

En la Tabla 60 se presentan los principales **descriptivos de las dos dimensiones socializadoras** según la necesidad de actuación parental requerida en cada grupo de situaciones.

Tabla 60. Descriptivos principales de la socialización parental en familias en riesgo en función de la necesidad de actuación parental (*n* = 219).

	Alta (A)	Media-Alta (B)	Media (C)
Aceptación/Implicación			
Media (*DT*)	3.36 (0.57)	2.88 (0.62)	2.59 (0.69)
Mínimo-Máximo	1.25 - 4.00	1.20 - 4.00	1.00 - 4.00
Varianza	0.32	0.38	0.48
$Z_{asimetría}$ / $Z_{curtosis}$	-8.41 / 5.57	-1.33 /-1.86	1.45 / -2.13
Coerción/Imposición			
Media (*DT*)	2.21 (0.53)	1.94 (0.44)	1.70 (0.50)
Mínimo-Máximo	1.00 - 3.75	1.03- 3.03	1.00 - 4.00
Varianza	0.28	0.20	0.25
$Z_{asimetría}$ / $Z_{curtosis}$	0.95 / -1.37	1.84 / -1.53	6.5 / 5.5

En cuanto a la aceptación/implicación, la puntuación media referida a situaciones de necesidad alta fue la que obtuvo un valor más elevado, mientras que las de nivel medio obtuvieron la más baja. Las medidas de dispersión siguieron un curso diferente, siendo la variabilidad de las respuestas mayor en las situaciones que requerían una necesidad de respuesta parental media que en aquellas consideradas en la categoría de alta necesidad. En este sentido, los coeficientes de variación de Pearson mostraron valores de .17 para ésta última, .21 para la de necesidad media-alta y .27 para la de necesidad media. Los índices de forma de la distribución evidenciaron problemas de simetría y curtosis en el nivel alto de necesidad, sobrepasando el límite exigido de ±2.58. En este caso, la asimetría señalizaba una concentración mayoritaria de los datos en la parte alta de la distribución (asimetría negativa) y el estadístico de curtosis mostró una distribución leptocúrtica, es decir, las colas del histograma presentaron una altura inferior a la de una distribución normal.

En consonancia con los datos anteriores, las puntuaciones medias de coerción/imposición descendieron en las situaciones en las que la necesidad de actuación parental disminuía. Los coeficientes de variación de Pearson mostraron una dispersión de los datos mayor en las situaciones que requerían de un nivel de respuesta parental medio (*CV* = .29) que en aquellas con un nivel alto (*CV* = .24) o medio-alto (*CV* = .23). En este caso, los índices de forma de la distribución evidenciaron problemas de simetría y curtosis en el nivel medio de necesidad. Los estadísticos mostraron una concentración de los valores a la izquierda de la distribución (asimetría positiva), así como un alto apuntamiento de los mismos (curtosis positiva).

Para finalizar, se presentan los coeficientes de correlación de los indicadores de socialización parental calculados para el análisis situacional de los adolescentes en situación de

riesgo psicosocial. Como se aprecia en Tabla 61, los coeficientes de Pearson mostraron una alta asociación entre todas las variables implicadas en este análisis.

Tabla 61. Correlaciones entre los indicadores de socialización parental según el análisis situacional.

	1	2	3	4	5	6
1. Aceptación/implicación_A	-	.74***	.63***	.28***	.26***	.19**
2. Aceptación/implicación_B		-	.82***	.31***	.32***	.25***
3. Aceptación/implicación_C			-	.15*	.16*	.24***
4. Coerción/imposición_A				-	.83***	.59***
5. Coerción/imposición_B					-	.60***
6. Coerción/imposición_C						-

*p <.05; **p <.01; ***p <.001

Seguidamente, se desarrollaron contrastes intra e inter-grupales considerando los nuevos indicadores de socialización parental calculados. Con estos análisis se pretendía explorar las diferencias dentro y entre ambas muestras de familias en función de los diferentes niveles de necesidad de actuación parental que, según los expertos, requerían las situaciones analizadas[19].

2.3.2.1. Análisis intra e inter-grupales según la necesidad de actuación parental.

Acorde con el orden de presentación desarrollado hasta ahora, se presentan las puntuaciones medias obtenidas en ambas muestras de familias para el indicador de aceptación/implicación parental. Como se aprecia en la Figura 53, la representación de estos datos se hace atendiendo al grado de necesidad de actuación parental requerido por las situaciones cotidianas analizadas desde esta perspectiva situacional.

Los *análisis intra-grupales* conllevaron la realización de contrastes para *K* muestras relacionadas, realizándose tantos como combinaciones posibles había entre los tres niveles de la dimensión. La prueba *t* de Student mostró diferencias significativas entre los tres tipos de necesidad tanto en la muestra de riesgo como en la de comparación. De tal modo que en ambos grupos se observó un descenso significativo en esta dimensión a medida que disminuía la necesidad de actuación parental situacional (d > .80 en todos los contrastes). Los estadísticos se exponen en la Tabla 62.

[19] A pesar de los problemas de simetría y curtosis encontrados en los datos de algunas variables, los contrastes intra e inter-grupales que se detallan en este apartado se realizaron con pruebas paramétricas gracias al elevado tamaño muestral disponible (N > 100) y la comparabilidad de los grupos.

Figura 53. Puntuaciones medias de la dimensión aceptación/implicación según el análisis situacional.

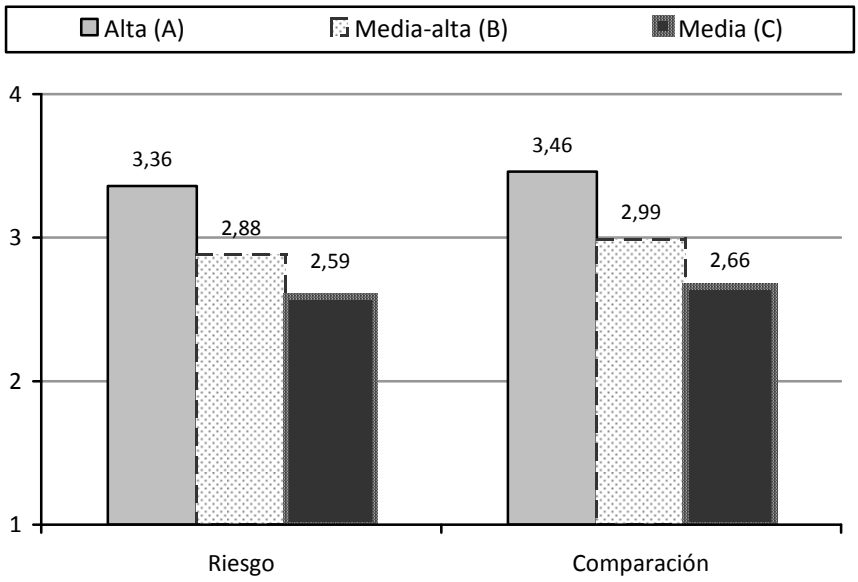


Tabla 62. Pruebas paramétricas para muestras relacionadas según el análisis situacional.

Aceptación/implicación	Contrastes	*t*	*P*
Muestra de riesgo	A-B	16.66	<.001
	A-C	20.55	<.001
	B-C	10.76	<.001
Muestra de comparación	A-B	20.90	<.001
	A-C	21.49	<.001
	B-C	12.40	<.001

Seguidamente, se realizaron los *análisis inter-grupales* para aceptación/implicación parental desde la perspectiva situacional. Los resultados mostraron diferencias significativas entre los adolescentes en riesgo y los de comparación cuando se contrastaron los datos de las situaciones que requerían, según los expertos, de una actuación parental alta ($F(1, 442) = 4.50$, $p = .034$; $d = .20$). En cuanto al contraste para la categoría de necesidad media-alta, el estadístico *F* de Snedecor mostró una significación marginal en las diferencias encontradas entre ambas muestras de menores ($F(1, 442) = 3.67$, $p = .056$), resultando el tamaño del efecto de tal diferencia despreciable ($d = .19$). Por el contrario, no se observaron diferencias inter-grupales entre las situaciones valoradas de menor necesidad ($F(1, 442) = 0.95$, $p = 329$).

Posteriormente se analizó cuáles eran las *prácticas educativas parentales* que diferenciaban a las dos muestras de familias ante situaciones de necesidad alta. Los ANOVAs evidenciaron que las madres del grupo de comparación se mostraban más afectuosas ($F(1, 442) = 5.53$, $p = .019$; $d = .23$) así como menos indiferentes ($F(1, 442) = 4.40$, $p = .036$; $d = .19$) y displicentes ($F(1, 442) = 7.57$, $p = .006$; $d = .28$) que las usuarias ante este tipo de situaciones, pero no se diferenciaron de ésta últimas en el uso del diálogo ($F(1, 442) = 0.00$, $p = .977$).

A continuación, se describen los contrastes intra e inter-grupales referidos a los indicadores de la dimensión coerción/imposición. En la Figura 54 se representan los valores medios hallados según la muestra adolescente. En consonancia con lo que ocurría con la otra dimensión, los *análisis intra-grupales* mostraron diferencias entre los tres niveles de necesidad

en ambas muestras de estudio, produciéndose un descenso significativo en las puntuaciones de coerción a medida que la necesidad de actuación parental crecía (*d* > .80 en todos los contrastes). Los principales estadísticos de estos contrastes se exponen en la Tabla 63.

Figura 54. Puntuaciones medias de la dimensión coerción/imposición según el análisis situacional.

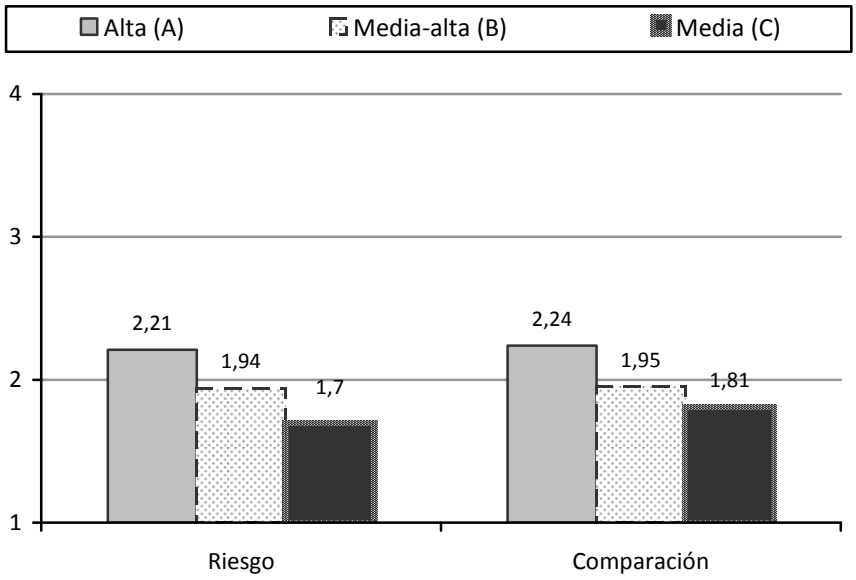


Tabla 63. Pruebas paramétricas para muestras relacionadas según el análisis situacional.

Coerción/Imposición	Contrastes	*t*	*P*
Muestra de riesgo	A-B	13.53	<.001
	A-C	15.94	<.001
	B-C	8.28	<.001
Muestra de comparación	A-B	17.03	<.001
	A-C	14.60	<.001
	B-C	5.05	<.001

En cuanto a los análisis *inter-grupales*, los resultados no mostraron diferencias entre ambas muestras para la categoría referida a situaciones de alta necesidad ($F(1,442) = 0.38$, $p = .540$) y media-alta ($F(1,442) = 0.00$, $p = .954$). No obstante, el contraste efectuado para las situaciones de necesidad media sí mostró discrepancias al respecto ($F(1,442) = 5.34$, $p = .021$; $d = .22$), siendo precisamente las madres del grupo de comparación las que mostraron ser más coercitivas e impositivas que las de riesgo ante situaciones cotidianas que requieren, según los expertos, de una actuación parental media. Cabe señalar que el examen de las prácticas educativas que englobaban esta categoría indicó que las diferencias entre muestras venían dadas específicamente por los niveles de coerción verbal ($F(1,442) = 4.54$, $p = .034$; $d = .21$) y de privación ($F(1,442) = 4.50$, $p = .035$; $d = .20$), pero no en castigo físico ($F(1,442) = 0.27$, $p = .870$).

3. Resumen de los resultados.

A lo largo de este capítulo se ha examinado el funcionamiento familiar atendiendo a la cohesión familiar y la socialización parental. No obstante, como se ha podido comprobar

anteriormente, el foco de interés de esta investigación ha estado centrado fundamentalmente en ésta última. Los resultados más destacables son los que se exponen a continuación.

- ✓ Las familias en situación de riesgo se caracterizaban por niveles de **cohesión familiar** muy variados. No obstante, aunque las puntuaciones centrales reflejaron una concentración elevada de familias cohesionadas, la imposibilidad de llevar a cabo una comparación con el otro grupo de familias no permite extraer conclusiones firmes acerca del grado de unión presente entre los miembros de estos hogares. Por último hay que señalar que, atendiendo al nivel de intervención preventiva recibida por parte de los SS.SS.CC., de acuerdo con los explicado en el apartado 3.1. del Capítulo 7, las familias con mayores puntuaciones en esta dimensión fueron aquellas con las que se estaba trabajando a un nivel de prevención primario en comparación con las que recibían una intervención secundaria o terciaria.

- ✓ La **socialización parental desde el análisis dimensional**. Las dos dimensiones principales de socialización parental mostraron una gran variabilidad en las respuestas. Referente a las prácticas educativas parentales de las familias en riesgo, las distribuciones de los datos indicaron que la displicencia y la coerción física presentaron puntuaciones muy bajas mientras que el resto (afecto, diálogo, indiferencia, coerción verbal y privación), exhibieron puntuaciones centrales. Los análisis de contrastes entre las familias en riesgo y las de comparación no evidenciaron diferencias estadísticamente significativas para el conjunto de dimensiones generales de socialización parental. No obstante, un análisis más específico de las estrategias educativas indicó que los adolescentes en riesgo percibieron a sus madres como más displicentes y ligeramente menos afectuosas e indiferentes que los del grupo de comparación. Cabe señalar que, según los criterios de Cohen, la relevancia clínica de las diferencias en las dos últimas prácticas resultó despreciable.

- ✓ Desde el enfoque dimensional, se estudió la socialización parental según el sexo y la edad de los menores. Los análisis efectuados mostraron los siguientes resultados:

  - Atendiendo al *sexo del adolescente*. Los análisis intra-grupales mostraron que, en ambas muestras de adolescentes, los chicos percibieron iguales índices de aceptación/implicación y de coerción/imposición por parte de sus madres que las chicas adolescentes. Si bien es cierto que se observó una tendencia en las madres de familias no usuarias a ser más coercitivas con los chicos que con las chicas, la relevancia clínica de tal diferencia fue despreciable. En cuanto a los análisis inter-grupales, no se aprecieron diferencias estadísticamente significativas entre las familias de los chicos y las de las chicas, para ninguna de las dimensiones generales de socialización parental. No obstante, sí se encontró que las madres de las chicas en riesgo tendían a ser menos afectuosas e implicadas que las del grupo de comparación.

  - Referente a la *edad del adolescente*. Por un lado, los análisis intra-grupales mostraron que las madres de adolescentes en riesgo de 16 y 17 años destacaron por puntuaciones muy bajas en aceptación/implicación parental en comparación con el resto. Por el contrario, el tramo de edad destacado en los adolescentes de la muestra de comparación fue el de 11 y 12 años, siendo sus puntuaciones mayores a

las del resto. Respecto a la coerción/imposición parental, las diferencias encontradas fueron similares en los dos grupos. En general, los resultados indicaron una menor presencia de estrategias coercitivas en la adolescencia tardía frente al resto de edades en ambas muestras. En concreto, en la de comparación se observó que los más pequeños percibían a sus madres como más coercitivas que los menores de edad media o avanzada, sin apreciarse diferencias entre éstos dos últimos grupos de edad. A excepción de lo que ocurría en el grupo de comparación, la adolescencia tardía resultó ser una etapa para los menores en riesgo que no solo se diferenciaba de la inicial por sus bajas puntuaciones en aceptación/implicación sino que también lo hacía de la intermedia en este mismo sentido. No obstante, en este caso no se encontraron diferencias significativas al comparar los datos de esta dimensión entre los más pequeños y los de mediana edad. Por otro lado, los análisis inter-grupales mostraron que los menores en riesgo de 16 y 17 años percibieron a sus madres menos afectuosas e implicadas que los de comparación de las mismas edades, diferencias que no fueron encontradas en los restantes grupos de edad. Referente a la dimensión coerción/imposición, no se evidenciaron diferencias entre ambas muestras para ninguno de los tramos de edad estudiados.

- ✓ La **socialización parental desde el análisis tipológico**. El estilo de socialización parental más frecuente entre las familias usuarias de los SS.SS.CC. fue el indiferente, seguido del autorizativo, el autoritario y, en último lugar, el indulgente. La presencia de los tres primeros estilos fue bastante similar entre estas familias, algo que no se puede decir del indulgente el cual estuvo representado por muy pocas madres. Además, este estilo resultó ser el único que arrojó una diferencia al comparar los dos grupos de adolescentes. En concreto, los estadísticos pusieron de manifiesto una mayor concentración de madres indulgentes en la muestra de comparación que en la de riesgo.

- ✓ Desde este enfoque tipológico, el estudio de la socialización parental según el sexo y la edad de los menores ha mostrado los siguientes resultados:

  - En cuanto al *sexo del adolescente*. Los análisis dentro de cada muestra de estudio mostraron diferencias solo en la de comparación, predominando el estilo indulgente en las familias de chicas frente a las de los chicos. En el mismo sentido, los contrastes inter-grupales no evidenciaron un estilo socializador diferente entre las familias en riesgo y del grupo de comparación de chicos y chicas, excepto para el indulgente, que resultó más frecuente en las madres de las chicas cuyas familias no recibían el apoyo de los SS.SS.CC. que en las de riesgo.

  - En relación a la *edad del adolescente*. Los análisis intra e inter-grupales arrojaron resultados muy similares. Así, para ambas muestras se observó una baja presencia del estilo autorizativo en las madres con hijos e hijas más mayores. El estilo indiferente fue poco frecuente en las que tenían chicos y chicas más pequeños, mientras que se dió en un número elevado de ocasiones en los mayores. Sólo se observó una distinción intra-grupal, concretamente a los de 13 y 15 años, en este tramo de edad los chicos y las chicas de familias no usuarias de los SS.SS.CC. percibieron a sus madres menos indulgentes que el resto de menores a otras

edades. En cuanto a los análisis inter-grupales, los resultados no mostraron diferencias significativas entre ambas muestras. Sólo un análisis muy específico arrojó una diferencia en el grupo de edad más avanzada. En el sentido de que, a los 16 y 17 años, los menores del grupo de comparación percibieron a sus madres más indulgentes que los de riesgo. No obstante, este último resultado debe ser tomado con cierta cautela.

- ✓ En cuanto a la **socialización parental desde el análisis situacional**, la valoración que los especialistas en familia y adolescencia hicieron sobre las situaciones cotidianas que comprende el ESPA29 (Musitu y García, 2001) permitió establecer una clasificación que aglutinaba a situaciones que requerían de una actuación parental alta, media-alta y media. Dicha valoración coincidió con las actuaciones de las madres de ambas muestras, de hecho, las puntuaciones en socialización parental descendían a medida que el nivel de actuación parental requerido, según los expertos, había sido evaluado como menos necesario. En cuanto a los análisis inter-grupales, se pusieron de manifiesto diferencias en dos sentidos: primero, las madres de familias en riesgo se mostraron, ante situaciones que requerían una necesidad de respuesta alta, menos afectuosas e implicadas que las del grupo de comparación. En el mismo sentido, se apreció una diferencia en el caso de las situaciones de necesidad de actuación media-alta, aunque en este caso la significación era marginal; segundo, las madres de las familias no usuarias de los SS.SS.CC. resultaron ser más coercitivas e impositivas que las usuarias ante situaciones evaluadas como de menor actuación parental.

Capítulo 10.

Tipologías de adolescentes: diferencias y similitudes entre la muestra de riesgo y la de comparación.

En los capítulos anteriores se han descrito los principales indicadores de estrés psicosocial, problemas de ajuste y socialización parental que definen a las familias usuarias de los SS.SSCC. Hasta ahora, las puntuaciones obtenidas por los menores en riesgo se han puesto en relación con las de otra muestra, cuyas familias no estaban recibiendo en el momento de la evaluación ninguna intervención por parte de los SS.SS.CC.

Por lo tanto, las dos agrupaciones de adolescentes realizadas hasta ahora —adolescentes en riesgo y de comparación— han atendido a un criterio único, crecer o no en familias usuarias de Servicios de preservación familiar. Estas dos muestras han sido tratadas en todo momento como grupos independientes entre sí. Si bien es cierto que las comparaciones efectuadas han revelado diferencias y similitudes entre ambas muestras, a continuación se explora si éstas se siguen poniendo de manifiesto cuando se analizan conjuntamente, es decir, como un grupo único. Para ello, solo ha sido posible tener en cuenta la información compartida por ambas, y ésta ha sido tratada con análisis de clúster o de conglomerados.

Concretamente, con este análisis se pretende obtener una o varias agrupaciones de individuos basándose en su similitud para el conjunto de dimensiones evaluadas. La conformación de clústers en esta investigación se ha desarrollado con un propósito confirmatorio, el de comprobar si la formación de conglomerados resultante de este análisis puede compararse con la clasificación de adolescentes dada inicialmente en función de su familia de procedencia.

1. Tipología de adolescentes.

Las dimensiones incluidas en el análisis de clúster han sido el estrés psicosocial, los problemas de ajuste y la socialización parental. Concretamente, las variables cuantitativas consideradas para este análisis fueron las siguientes: acumulación de SVE, problemas de internalización, problemas de externalización, aceptación/implicación parental y coerción/imposición parental. Es preciso señalar que el indicador referido al impacto emocional promediado no fue incluido por dos razones: primero, suponía un descenso importante para el tamaño de la muestra final y, segundo, la inclusión de éste implicaba la eliminación de todos los adolescentes que habían experimentado menos de dos sucesos estresantes, limitando el análisis a chicos y chicas con un nivel de estrés psicosocial determinado.

La determinación del número de grupos se realizó mediante el método combinatorio que ha sido descrito en el plan de análisis recogido en el bloque que desarrolla la descripción del estudio empírico (Capítulo 6). En un primer momento se desarrolló un análisis de conglomerados jerárquico, como herramienta de exploración para identificar las agrupaciones

naturales de un conjunto de datos que, de otra manera, no sería posible detectar. La toma de decisión relativa al número de conglomerados más adecuado vino determinada principalmente por los coeficientes de aglomeración (1.1.). En segundo lugar, se procedió al análisis de conglomerados no jerárquico por *K*-medias, atendiendo a las soluciones propuestas por el jerárquico. De este modo, se desarrollaron tantos clústers *K*-medias como posibilidades de tipologías recogió el primero de los análisis (1.2.).

Antes de la comprobación de los supuestos necesarios para este tipo de análisis, se exploró la posible existencia de casos atípicos. El análisis de los diagramas de caja y bigotes no evidenció casos extremos univariados. No obstante, la prueba de significatividad de Mahalanobis detectó la existencia de dos casos atípicos multivariantes, ambos referidos a adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. (D^2 = 22.01, p < .001; D^2 = 20.06, p < 001). La alta sensibilidad de este tipo de análisis a la existencia de casos atípicos condujo que éstos fueran eliminados antes de la conformación de los conglomerados. Por lo tanto, la muestra total del análisis de clúster resultó ser de 434 casos.

Posteriormente, se comprobó el supuesto de independencia de las variables de socialización parental introducidas en el análisis. Para ello se efectuaron análisis de correlación de Pearson, cuyos resultados se presentan en la Tabla 64.

Tabla 64. Correlaciones bivariadas entre las variables incluidas en el clúster.

	1	2	3	4	5
1. Acumulación de sucesos estresantes	-	.29***	.31***	-.05	.11*
2. Problemas internalizantes		-	.40***	-.15**	.06
3. Problemas externalizantes			-	-.25***	.02
4. Aceptación/implicación				-	.24***
5. Coerción/imposición					-

# p <.10 * p <.05; ** p <.01; *** p <.001

Como puede apreciarse, los análisis correlacionales no mostraron riesgo de colinealidad entre las variables incluidas en este análisis. Asimismo, ninguno de los coeficientes de correlación presentó un valor superior al límite exigido (r > .90).

1.1. Análisis de conglomerados jerárquico.

Los coeficientes de aglomeración presentados en la Tabla 65 mostraron grandes aumentos que oscilaban desde los cuatro a los tres conglomerados (22939.3 – 17194.9 = 5744.4), de los tres a los dos (29795.3 - 22939.3 = 6856) y de dos a uno (51481.1 – 29795.3 = 21685.8). Para identificar grandes aumentos relativos en la homogeneidad de los grupos, se calculó el porcentaje de cambio del coeficiente de obtención de clústers 10 a 2. El aumento mayor del porcentaje se produjo al ir de dos a un conglomerado, y el siguiente cambio notable en el aumento de este dato dió a lugar al combinar cuatro grupos en tres. De esta manera, si se considera que la solución más idónea es aquella que presenta un mayor cambio porcentual en el coeficiente de aglomeración, las conformaciones de dos y cuatro conglomerados serían las elegidas.

Tabla 65. Coeficientes de aglomeración del análisis de clúster jerárquico (método Ward).

Número de conglomerado	Coeficientes de aglomeración	Cambio porcentual en el coeficiente del nivel siguiente
10	9125.5	9.0
9	9945.3	9.2
8	10859.9	13.5
7	12327.7	12.2
6	13828.8	12.0
5	15484.9	11.0
4	17194.9	33.4
3	22939.3	29.9
2	29795.3	72.8
1	51481.1	-

En consonancia con la interpretación de los coeficientes de aglomeración, el análisis visual del dendograma destacaba estas dos posibles soluciones, una tipología de dos conglomerados y otra de cuatro. Por lo tanto, los resultados aconsejaron examinar ambas soluciones mediante análisis no jerárquico.

1.2. Análisis de conglomerados no jerárquico.

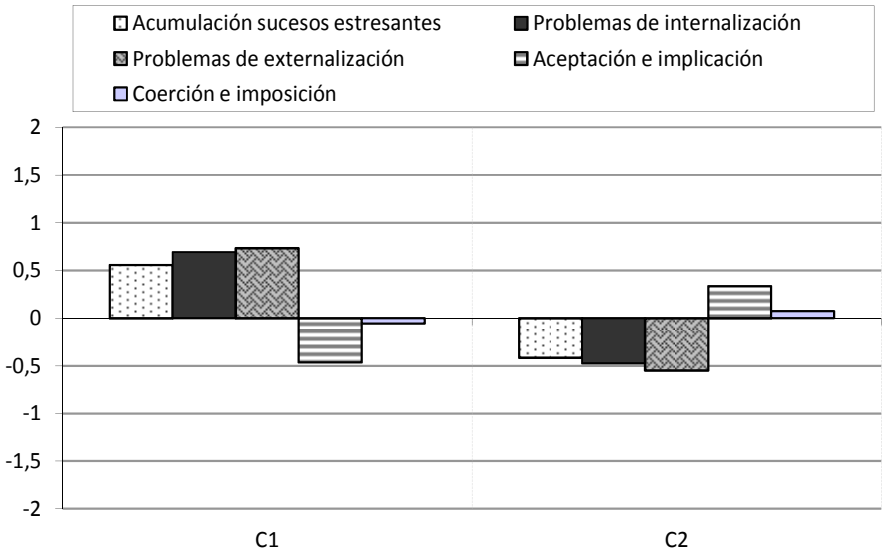
De acuerdo con los resultados ofrecidos anteriormente, se efectuaron dos análisis no jerárquicos, uno con una solución final de dos conglomerados y otro de cuatro. A continuación, en la Tabla 66 se presentan los resultados, especificando los centros de conglomerados y los datos de significación estadística resultantes.

Tabla 66. Soluciones de dos y cuatro conglomerados del análisis de clúster no jerárquico (centros de los conglomerados y significación estadística).

	Acumul. SVE	Pb.internos	Pb.Externos	Aceptación / implicación	Coerción / imposición
SOLUCIÓN DE DOS CLÚSTERS					
Centros de conglomerados finales					
C1 (*n* = 177)	0.56	0.69	0.73	- 0.46	- 0.06
C2 (*n* = 257)	- 0.41	- 0.47	- 0.55	0.33	0.07
Significación estadística de las diferencias de conglomerados					
Valor *F*	142.43	209.95	327.40	79.22	1.91
Significación	.000	.000	.000	.000	.168
SOLUCIÓN DE CUATRO CLÚSTERS					
Centros de conglomerados finales					
C1 (*n* = 126)	0.11	-0.23	-0.31	0.61	0.94
C2 (*n* = 142)	- 0.71	-0.56	-0.64	0.26	-0.54
C3 (*n* = 97)	0.22	0.05	0.77	-1.00	-0.63
C4 (*n* = 69)	0.92	1.52	0.63	-0.18	0.39
Significación estadística de las diferencias de conglomerados					
Valor *F*	67.84	135.72	91.46	82.25	126.08
Significación	.000	.000	.000	.000	.000

El examen del **análisis no jerárquico de *K*-medias con una solución de dos conglomerados** reveló la existencia de dos grupos que fueron el espejo uno del otro (ver Figura 55). En este análisis la convergencia se alcanzó en diez iteraciones y la distancia entre conglomerados resultó ser 2.16. El C1 presentaba centros elevados en los indicadores de las dimensiones de estrés psicosocial y problemas de ajuste, mientras que los de socialización parental mostraron centros bajos. Si los resultados se restringieran sólo a esta solución, se sugerirían dos grupos tan diferentes como opuestos. Cabe destacar que las diferencias no fueron evidentes para todas las variables incluidas en el modelo. Así, ambos grupos no se diferenciaron significativamente en cuanto al grado de coerción/imposición parental. Las pruebas de significatividad de dichos contrastes se presentan en la Tabla 66, mientras que la representación de las puntuaciones promedias estandarizadas se encuentran en la Figura 55.

Figura 55. Centros de conglomerados finales de la solución de dos conglomerados (procedimiento no jerárquico k-medias).



– C1 (*adolescentes con alto estrés psicosocial, desajustados y con madres poco implicadas y afectuosas*): compuesto por un grupo de adolescentes que experimentaron en los últimos cinco años un elevado número de SVE, presentaban dificultades tanto a nivel externo como interno y percibían a sus madres como poco implicadas y afectuosas. Este grupo se conformó por el 40.78% de los participantes del estudio.

– C2 (*adolescentes con bajo estrés psicosocial, ajustados y con madres muy implicadas y afectuosas):* integrado por el 59.22% de los adolescentes. En este clúster estaban aquellos que presentaron una baja acumulación de SVE, con pocos problemas de ajuste, y que percibían a sus madres como progenitoras muy implicadas y afectuosas.

Si bien es cierto que esta solución de dos conglomerados presentó unos índices estadísticos adecuados, es posible que la falta de variabilidad encontrada pudiera estar enmascarando la diversidad que presenta la muestra conjunta de adolescentes. Para solventar esta duda, se optó por efectuar también el **análisis no jerárquico de K-medias con una solución de cuatro**

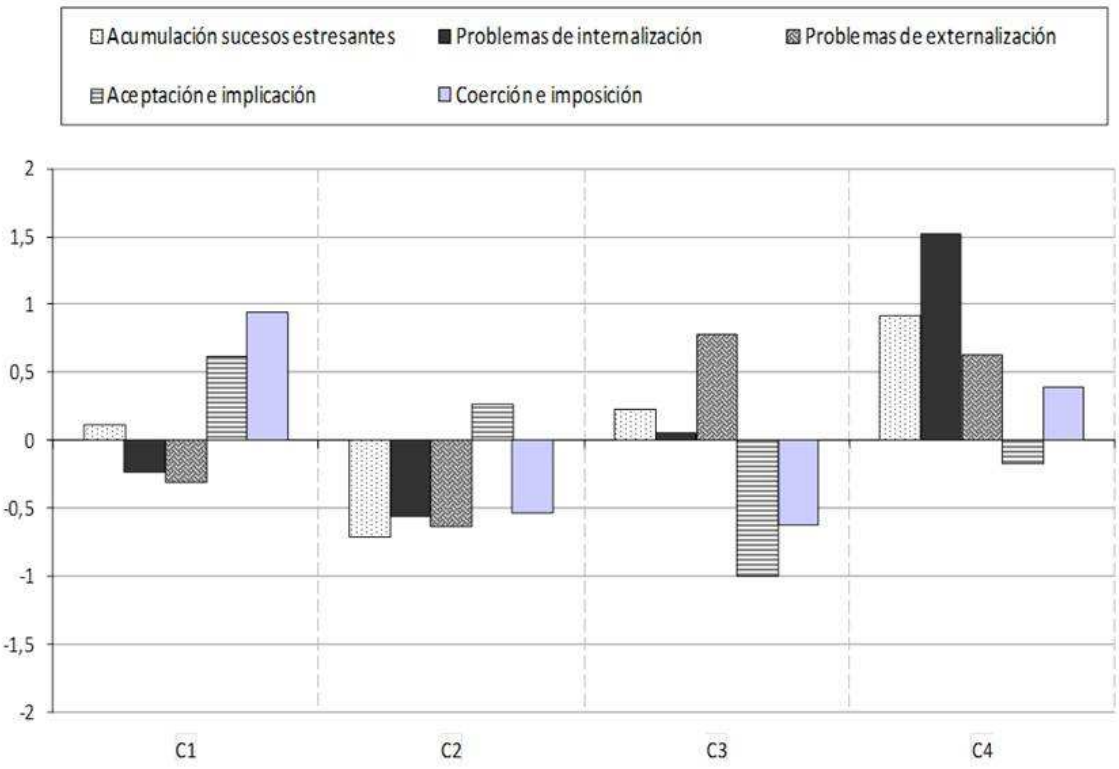
conglomerados. La convergencia de este análisis se alcanzó en quince iteraciones y la información obtenida también permitió extraer conclusiones acerca de las diferencias entre los grupos.

Tabla 67. Distancias entre conglomerados de la solución obtenida en el procedimiento de conglomerados de k medias con 4 clústers (*n* = 434).

Conglomerado	1	2	3	4
1	-	1.79	2.52	2.35
2		-	2.20	3.11
3			-	2.09
4				-

En la Tabla 67 pueden observarse las distancias entre conglomerados, resultando unas más altas que otras. Particularmente, se apreciaba que el C1 tenía bastante proximidad con el C2. Las mayores diferencias entre conglomerados se observaron para el C4 en comparación con el C2 y para el C3 respecto al C1. Las puntuaciones medias estandarizadas de los indicadores se representan en la siguiente tabla.

Figura 56. Centros de conglomerados finales de la solución de cuatro clústers (procedimiento no jerárquico k-medias)



En esta figura se representan los centros de los conglomerados finales de la solución obtenida en el procedimiento de conglomerados *k* medias con cuatro clústers. Examinadas las puntuaciones medias de manera conjunta, se presentan en la Tabla 68 los resultados de

contrastes no paramétricos entre los diferentes conglomerados en función de los cinco indicadores.

Tabla 68. Puntuaciones medias y contrastes post hoc no paramétricos entre los distintos conglomerados en función de las variables incluidas en el análisis no jerárquico.

	Conglomerados					
	C 1 (*n* = 126)	**C2** (*n* = 142)	**C 3** (*n* = 97)	**C 4** (*n* = 69)	H^a	U^b
Acumulación SVE	0.112 *(posición 2)*	-0.713 *(posición 3)*	0.222 *(posición 2)*	0.917 *(posición 1)*	140.59***	1-2** 1-3 2-3** 2-4** 3-4**
Problemas internalizantes	-0.234 *(posición 2)*	-0.561 *(posición 3)*	0.050 *(posición 2)*	1.521 *(posición 1)*	175.71***	1-2** 1-3 1-4** 2-3** 2-4** 3-4**
Problemas externalizantes	-0.309 *(posición 2)*	-0.641 *(posición 3)*	0.772 *(posición 1)*	0.632 *(posición 1)*	169.15***	1-2* 1-3** 1-4** 2-3** 2-4** 3-4
Aceptación/ implicación	0.612 *(posición 1)*	0.258 *(posición 2)*	-1.004 *(posición 4)*	-0.180 *(posición 3)*	160.34***	1-2* 1-3** 1-4** 2-3** 2-4* 3-4**
Coerción/ imposición	0.941 *(posición 1)*	-0.540 *(posición 3)*	-0.626 *(posición 3)*	0.392 *(posición 2)*	209.15***	1-2** 1-3** 1-4** 2-3 2-4** 3-4**

[a] # p <.10 * p <.05; ** p <.01; *** p <.001

[b] * p <.017; ** p <.001

Nota: Entre paréntesis se ha presentado la posición que ocupa cada conglomerado respecto al resto, según los resultados de los contrastes post hoc. Se ha otorgado la misma posición cuando no se han encontrado diferencias entre los conglomerados.

Estos contrastes permitieron describir a los cuatro conglomerados de esta agrupación. A continuación se presentan las características que definen a cada uno de ellos:

- C1 (*adolescentes con un ajuste medio y con madres autorizativas*). Integrado por el 29.03% de los menores de este estudio. Este grupo estuvo compuesto por menores con un nivel intermedio de problemas internalizantes y externalizantes que, en los últimos cinco años, habían experimentado un número de SVE similar a la media de sus iguales. Referente a las características de socialización parental, los altos índices en aceptación/implicación y coerción/imposición mostraban la alta presencia de madres autorizativas.

- C2 (*adolescentes con bajo estrés psicosocial, ajustados y con madres indulgentes*). Este conglomerado representa un porcentaje muy elevado de la muestra, el 32.72% del total. Los chicos y las chicas de este grupo destacaron por la baja acumulación de SVE. Los centros en los indicadores de problemas de conducta posicionaron a estos adolescentes como los más ajustados de todos los conglomerados conformados, tanto a nivel interno como externo. Referente a la socialización parental, los contrastes post hoc mostraron un nivel medio-alto en aceptación/implicación parental y bajo en coerción/imposición, refiriéndose por tanto a madres preferentemente indulgentes.

- C3 (*adolescentes con problemas de externalización y con madres indiferentes*). Los adolescentes que conformaron este grupo (un 22.35% del total) presentaron una acumulación de circunstancias estresantes similar a la del C1, es decir, intermedia. Estos menores destacaron por su alta problemática en conductas externalizantes y por sus bajas puntuaciones en las dos dimensiones de socialización parental, lo cual revela presencia en este grupo de madres indiferentes.

- C4 (*adolescentes con alto estrés psicosocial, desajustados y con madres ligeramente autoritarias*). Este conglomerado representa el porcentaje más bajo de la muestra, en concreto lo constituye el 15.90% de los jóvenes. Representan el grupo de adolescentes que han experimentado en los últimos años un número de SVE muy elevado. Además, este conglomerado destacaba por la alta problemática tanto de conductas de internalización como de externalización, siendo los que obtuvieron puntuaciones más elevadas al respecto. Por último, los centros relativos a socialización parental indicaron madres con un nivel de coerción/imposición media y de aceptación/implicación media-baja, por lo que podría hablarse de madres ligeramente autoritarias.

En resumen, la solución de cuatro conglomerados puso de manifiesto claras diferencias en aceptación/implicación parental entre todos los grupos, pero no en el resto de indicadores incluidos. Referente al estrés psicosocial, los resultados mostraron similitudes entre C1 y C3. Los centros de conglomerados finales indicaron un grado de desajuste externo similar entre C3 y C4. Por último, las prácticas de coerción/imposición parental fueron igual de frecuentes en C2 que en C3.

Un análisis conjunto de estos resultados permitió detectar un patrón similar entre los conglomerados de adolescentes ajustados (1 y 2), por un lado, y los no ajustados (3 y 4), por otro lado, en cuanto a las puntuaciones en aceptación/implicación parental. En concreto, los primeros tendieron a tener madres descritas con valores altos en esta dimensión socializadora, mientras que los adolescentes con peores indicadores de ajuste percibían a sus madres como poco implicadas y afectuosas.

2. Análisis de correspondencias entre las tipologías identificadas y las muestras de adolescentes.

En este apartado se pretende comprobar si existen correspondencias entre las dos soluciones de clúster extraídas en el apartado anterior (de dos y cuatro conglomerados) y la clasificación original de adolescentes realizadas en este trabajo de investigación —adolescentes en riesgo y de comparación—. Para ello, se efectuaron análisis de frecuencias mediante tablas de contingencias.

En primer lugar, se puso en relación la tipología resultante de la **solución de dos clústers** y la familia de procedencia de los adolescentes. Los descriptivos, así como resultados del análisis de contingencia, se presentan en la Tabla 69.

Tabla 69. Contraste de frecuencias entre la solución de dos conglomerados y la muestra de procedencia de los adolescentes.

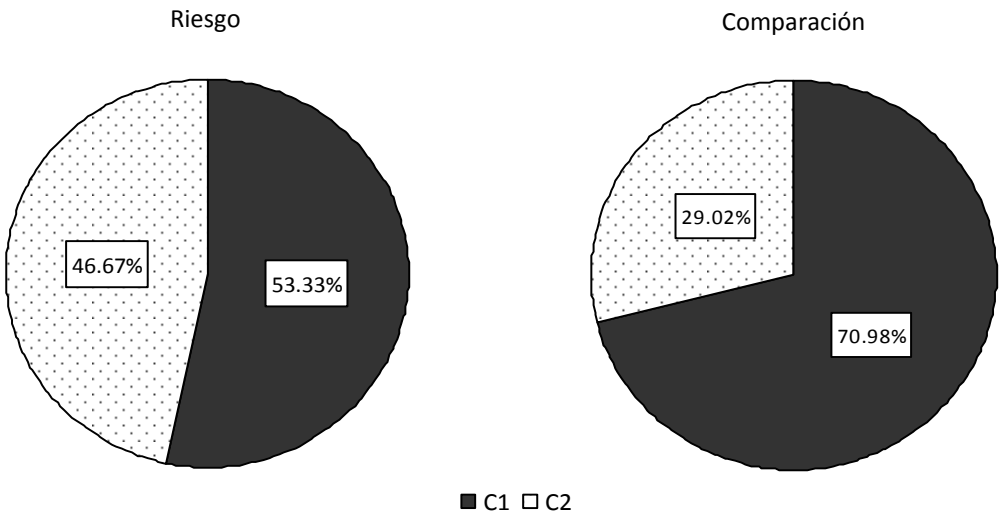
		Riesgo	Comparación	Total
C1. Adolescentes con alto estrés psicosocial, desajustados y con madres poco implicadas y afectuosas.	*n*	112	65	
	%	63.28[f]/53.33[c]	36.72[f]/29.02[c]	177
	r_z	5.2	-5.2	
C2. Adolescentes con bajo estrés psicosocial, ajustados y con madres muy implicadas y afectuosas	*n*	98	159	
	%	38.13[f]/46.67[c]	61.87[f]/70.98[c]	257
	r_z	-5.2	5.2	
Total	*n*	210	224	434

[f]% por fila ; [c]% por columna

El contraste de frecuencias indicó una relación dependiente entre la procedencia de la familia de los adolescentes (riesgo y de comparación) y la tipología de dos conglomerados resultante del primer análisis no jerárquico *K*-medias ($\chi^2(2, N = 434) = 25.54$, $p < .001$) con una relevancia clínica baja ($\varphi = -.25$*).* Concretamente, las correspondencias se dieron entre el C1 denominado *adolescentes con alto estrés psicosocial, desajustados y madres poco implicadas y afectuosas* con los menores en riesgo, y el C2 denominado *adolescentes con bajo estrés psicosocial, ajustados y madres muy implicadas y afectuosas* con los de la muestra de comparación. En resumen, se puso de manifiesto cierta correspondencia entre las dos muestras de adolescentes originales de este estudio y la tipología de dos conglomerados.

De toda la información que aporta esta tipología de adolescentes, cabe destacar que un porcentaje elevado de los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC. se situaron en el conglomerado que presentaba índices más favorables para los adolescentes (C1). Seguidamente, en la Figura 57, se representa cómo se distribuyeron los chicos y las chicas de cada familia según esta clasificación.

Figura 57. Distribución de porcentajes en ambas muestras de familias según la solución de dos conglomerados.



En segundo lugar, se desarrollaron los mismos contrastes de frecuencias para **la solución de cuatro clústers** ofrecidas por el segundo análisis no jerárquico.

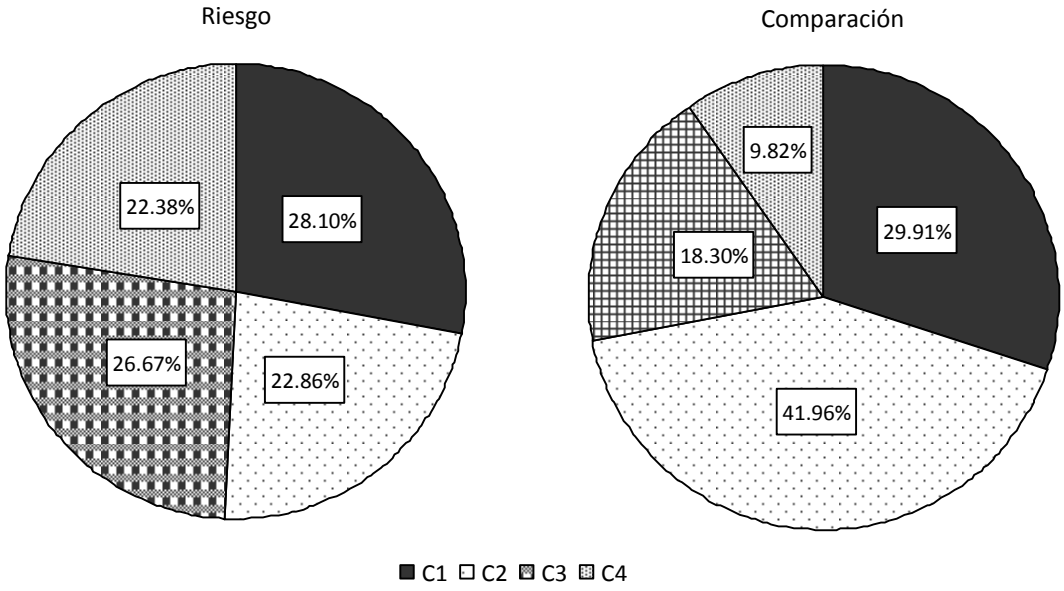
Tabla 70. Contrastes de frecuencias entre la solución de cuatro conglomerados y la muestra de procedencia de los adolescentes.

		Riesgo	Comparación	Total
C1. Adolescentes con un ajuste adecuado y con madres autorizativas	*n*	59	67	126
	%	$46.83^{f}/28.10^{c}$	$53.17^{f}/29.91^{c}$	
	r_z	-0.4	0.4	
C2. Adolescentes con bajo estrés psicosocial, ajustados y con madres indulgentes	*n*	48	94	142
	%	$33.80^{f}/22.86^{c}$	$66.20^{f}/41.96^{c}$	
	r_z	-4.2	4.2	
C3. Adolescentes con problemas de conducta externa y con madres indiferentes	*n*	56	41	97
	%	$57.73^{f}/26.67^{c}$	$42.27^{f}/18.30^{c}$	
	r_z	2.1	-2.1	
C4. Adolescentes con alto estrés psicosocial, desajustados y con madres ligeramente autoritarias	*n*	47	22	69
	%	$68.12^{f}/22.38^{c}$	$31.88^{f}/9.82^{c}$	
	r_z	3.6	-3.6	
Total	*n*	210	224	434

^{f}% por fila ; ^{c}% por columna

En la Tabla 70 se presentan las frecuencias y residuos tipificados corregidos obtenidos al respecto. El contraste indicó una relación dependiente entre la familia de procedencia de los adolescentes y la tipología de cuatro grupos ($\chi^2(3, N = 434)= 26.82$, $p < .001$), con una relevancia clínica baja ($V_{cramer} = .25$). Así, los adolescentes en riesgo formaron parte preferentemente de los conglomerados con problemas de ajuste y baja aceptación/implicación parental (C3 y C4), mientras que los del grupo de comparación se correspondieron con el clúster con bajo estrés psicosocial, ajustados y madres indulgentes (C2). Por último, es preciso señalar que no se observó una relación dependiente para el C1, encontrándose representado de forma similar por chicos y chicas de las dos familias estudiadas.

Figura 58. Distribución de frecuencias según la muestra de familias y la solución de cuatro conglomerados.



Para finalizar, en la Figura 58 se desglosan los porcentajes de chicos y chicas de cada muestra que formaron parte de cada conglomerado. Los porcentajes mostraron un reparto equitativo de los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC entre los cuatro conglomerados, algo que no sucedió con los del grupo de comparación que estuvieron representados mayoritariamente en el C1, seguido del C2.

3. Resumen de los resultados.

Como se ha comentado anteriormente, los análisis de conglomerados presentados en este capítulo se han realizado considerando a los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación como una muestra única. Las variables consideradas para la conformación de las agrupaciones fueron cinco: acumulación de SVE, problemas de internalización, problemas de externalización, aceptación/implicación y coerción/imposición parental. A modo de síntesis, se presentan los resultados más destacados de este capítulo:

- ✓ Se hallaron dos soluciones de conglomerados diferentes, una conformada por dos clústers y la otra por cuatro clústers. Las **características de ambas tipologías** fueron las que se detallan a continuación:

  - Solución de dos clústers: Esta solución de conglomerados sugirió dos grupos tan diferentes como opuestos, excepto para coerción/imposición. Los adolescentes en riesgo se asociaron en mayor medida al conglomerado que presentaba peores características personales y familiares (C1), mientras que los de comparación se relacionaron con aquel que disponía de mejores índices de estrés psicosocial, problemas de ajuste y aceptación/implicación parental (C2).

- Solución de cuatro clústers: Esta solución puso de manifiesto claras diferencias entre todos los grupos en problemas de internalización y en aceptación/implicación parental, pero no en el resto de variables incluidas. Los conglomerados que presentaron peores niveles de ajuste y cuyas madres disponían de puntuaciones más bajas en aceptación/implicación se refirieron principalmente a adolescentes en riesgo (C3 y C4), mientras que el clúster referido a adolescentes ajustados, con baja acumulación de sucesos estresantes y altas puntuaciones en aceptación/implicación parental lo constituyeron preferentemente los de la muestra de comparación (C2). Por último, se encontraron menores procedentes de ambas familias en el clúster con niveles de ajuste adecuados, estrés psicosocial medio y madres que podrían ser consideradas autorizativas (C1).

✓ Si se atiende a la **familia de procedencia de los adolescentes**, las tipologías conformadas ofrecieron los siguientes resultados:

- Los adolescentes de familias en situación de riesgo: se distribuyeron de forma equitativa entre los clústers de las distintas tipologías, tanto en la solución de dos clústers como de cuatro. Este resultado fue indicativo de la alta hetereogeneidad existente en esta muestra de estudio.

- Los adolescentes del grupo de comparación: se repartieron de forma desigual entre los conglomerados que ofrecen las distintas soluciones. Así, estos menores se situaron preferentemente en conglomerados con características favorecedoras a nivel personal y familiar, y en menor medida en aquellos con índices más inadecuados. Este resultado fue muestra de una mayor homogeneidad en la muestra de adolescentes de comparación que en la de riesgo.

Capítulo 11.

Propuesta de un modelo integral para los adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial.

Como se ha expuesto hasta ahora, los instrumentos empleados y los datos aportados por las dos muestras de adolescentes analizadas en esta investigación han permito ofrecer una descripción bastante precisa acerca de la situación sociodemográfica, familiar y personal de los chicos y las chicas que crecen en contextos familiares en riesgo. En este capítulo, la intención es hacer un tratamiento de los datos más integral, que permita obtener una perspectiva global acerca de la relación que guarda todos los indicadores estudiados anteriormente. Concretamente, se pretende desarrollar un modelo estructural explicativo del funcionamiento familiar y los problemas de ajuste de los adolescentes que crecen en estos hogares. Así, partiendo de los planteamientos teóricos que se han desarrollado en la primera parte del trabajo, se ha desarrollado un modelo explicativo, que tras una serie de modificaciones, ha sido validado estadísticamente con ayuda del paquete estadístico EQS.

Se ha optado por la técnica multivariante denominada Modelo de Ecuaciones Estructuales (Structural Equation Model, SEM). Ésta supone una aproximación muy útil para contrastar modelos de mediación, ya que permite examinar estas relaciones al mismo tiempo que pone a prueba las múltiples interacciones entre las distintas variables, de tal modo que da cuenta de la complejidad multidimensional del problema analizado (Tabachnick y Fidell, 2007). Una descripción de esta técnica ha sido desarrollada con detenimiento en el apartado del plan de análisis presentado en el bloque referido a la descripción del estudio empírico (ver el Capítulo 6).

Cabe señalar que el número de adolescentes en riesgo considerados para este análisis se ha visto reducido considerablemente en comparación con la muestra inicial de este estudio. El motivo principal de este descenso han sido los problemas relacionados con la dificultad de obtener, en familias en riesgo, una información completa de todos los indicadores recogidos. Tras una descripción de la muestra de adolescentes incluidos en el SEM, se desarrolla el modelo estructural explicativo siguiendo las recomendaciones de Hair y colaboradores (2008). Finalmente, los resultados de estos análisis nos plantearon la necesidad de estudiar de una manera más pormenorizada el rol que una de las dimensiones de socialización parental, coerción/imposición parental, jugaba con los problemas de conducta adolescente. Por esta razón, en último lugar, se examinó el papel moderador que esta dimensión desempeñaba en la interacción demostrada entre aceptación/implicación y problemas de ajuste. Acorde con los anteriores capítulos de resultados, éste se cierra con un resumen de los principales resultados obtenidos.

1. Descripción de la muestra.

El grupo de adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. con el que se ha desarrollado el SEM supone en torno al 57% de la muestra total de riesgo de este estudio (*n* = 122). Con la finalidad de comprobar si esta sub-muestra difiere de la excluida, se desarrollaron distintos contrastes de medias y de frecuencias. Estos análisis se realizaron no solo en torno a los once indicadores considerados en el modelo (ver Tabla 71), sino que además se tuvieron en cuenta otros de interés.

En primer lugar, en la Tabla 71, se presentan los **descriptivos**, así como los **contrastes de medias de las variables cuantitativas incluidas en el modelo**. Como se aprecia en esta tabla, no se realizaron comparaciones estadísticas para el índice acumulativo de trayectorias de riesgo total y el de cohesión familiar puesto que ningún adolescente con información al respecto quedó excluido del análisis.

Tabla 71. Contrastes de medias entre los adolescentes no incluidos e incluidos en el SEM para las variables cuantitativas.

	No incluidos en el SEM	Incluidos en el SEM	*gl*	*Estad. contraste*	*p*
ADOLESCENTE					
Edad del adolescente	13.37 (1.65)	13.82 (1.94)	1/220	3.38#	.067
Acumulación SVE	4.84 (2.83)	4.86 (2.62)	1/218	0.00	.948
Problemas internalizantes	14.47 (7.87)	13.57 (7.29)	1/217	0.77	.380
Problemas externalizantes	14.54 (8.45)	15.62 (9.51)	1/214	0.76	.383
MADRE					
Autoestima emocional	10.53 (3.22)	10.83 (3.32)	1/177	0.33	.568
Controlabilidad parental	12.72 (3.45)	11.79 (3.97)	1/178	2.37	.125
Acumulación de riesgo	-	4.53 (1.99)	-	-	-
FAMILIA					
Aceptación/implicación	2.99 (0.65)	2.81 (0.53)	1/217	4.73*	.031
Coerción/imposición	2.02 (0.45)	1.95 (0.43)	1/217	1.18	.279
Cohesión familiar	-	36.38 (6.81)	-	-	-

Los datos recogidos en la tabla son la media y, entre paréntesis, la desviación tipo.

# p <.10 * p <.05; ** p <.01; *** p <.001

Las comparaciones de medias efectuadas no mostraron diferencias significativas entre los menores incluidos y no incluidos en el SEM, excepto para aceptación/implicación parental. En este caso, el estadístico de contraste indicó que los adolescentes que entraron a formar parte de la evaluación del modelo percibieron a sus madres menos implicadas y afectuosas que el resto ($F(1, 217) = 4.73$, $p = .031$). El cálculo de los coeficientes de variación mostró una dispersión de los datos algo mayor en la muestra de los excluidos del SEM (*CV* = .22) que en la de los incluidos (*CV* = .19).

En segundo lugar, se realizaron los **contrastes de frecuencias para algunas variables cualitativas consideradas de interés** para la descripción de familias en situación de riesgo. Se trataba de indicadores relacionados con características tanto personales como familiares. A

continuación se presentan las frecuencias observadas, así como los residuos tipificados corregidos por celda obtenidos en cada contraste de frecuencias (ver Tabla 72).

Tabla 72. Contrastes de frecuencias entre los adolescentes no incluidos e incluidos en el SEM.

		No incluidos en el SEM	Incluidos en el SEM	Total
Sexo del adolescente	Chico	41 (-1.1)	59 (1.1)	100
	Chica	59 (1.1)	63 (-1.1)	122
Estilo de socialización parental	Indiferente	31 (-0.8)	45 (0.8)	76
	Indulgente	13 (0.1)	16 (-0.1)	29
	Autoritario	19 (-1.3)	33 (1.3)	52
	Autorizativo	34 (2.0)	28 (-2.0)	62
Nivel educativo madre	Sin estudios	38 (1.6)	36 (-1.6)	74
	Hasta primarios	43 (0.7)	49 (-0.7)	92
	Hasta secundarios	13 (-2.0)	30 (2.0)	43
	Hasta universitarios	2 (-1.3)	7 (1.3)	9
Tipo familia	Monoparental	53 (0.9)	58 (-0.9)	111
	Biparental	46 (-0.9)	64 (0.9)	110
Pobreza	No	17 (-1.3)	51 (1.3)	68
	Si	32 (1.3)	61 (-1.3)	93
Nivel prevención familiar	Primaria	28 (2.3)	19 (-2.3)	47
	Secundaria	63 (1.0)	69 (-1.0)	132
	Terciaria	9 (-3.5)	34 (3.5)	43

Los datos recogidos en la tabla son la frecuencia absoluta y, entre paréntesis, los residuos tipificados estandarizados.

Como se aprecia en la Tabla 72, el estadístico chi-cuadrado (con la corrección de Yates por continuidad para tablas de contingencia 2x2) no evidenció diferencias significativas para el sexo del adolescente ($\chi^2(1, N = 222) = 0.92$, $p = .336$), ni para el tipo de familia ($\chi^2(1, N = 211) = 0.56$, $p = .453$) o el nivel de pobreza ($\chi^2(1, N = 161) = 1.23$, $p = .268$). La prueba estadística mostró que, en general, los adolescentes del SEM no se diferenciaban de los excluidos en el estilo de socialización parental ($\chi^2(3, N = 219) = 4.02$, $p = .260$). No obstante, los residuos tipificados corregidos asociados al estilo autorizativo mostraron una menor presencia del mismo en la muestra del SEM. En consonancia con estos resultados, el contraste de frecuencias realizado en torno al nivel educativo de la madre no mostró diferencias generales entre ambas muestras ($\chi^2(3, N = 218) = 6.94$, $p = .074$), aunque sí una significación marginal. En este sentido, se observó un mayor porcentaje de madres con estudios secundarios en la muestra de adolescentes incluidos en el análisis que en la de los no incluidos. Por último, se evidenciaron diferencias inter-grupales en torno al nivel de prevención familiar ($\chi^2(2, N = 222) = 14.50$, $p = .001$), con una mayor presencia de familias atendidas por prevención terciaria en la muestra del SEM que en la muestra de los no incluidos. Así, el 27.9% de estos menores se encontraban en una situación de prevención familiar terciaria, mientras que el 9% de los no incluidos crecían en familias con ese nivel de intervención.

2. Desarrollo del modelo de ecuaciones estructurales.

El desarrollo del modelo explicativo fue realizado utilizando el programa estadístico EQS para Windows (Bentler, 1995), versión 6.1a. La matriz de entrada utilizada para la reformulación del modelo teórico fue la matriz de varianza-covarianzas, y el método de estimación el de máxima verosímilitud (MLE), dado que es el más habitual y acepta muestras de a partir de 100 sujetos (Hair et al., 2008). La estrategia en la utilización de sistemas de ecuaciones estructurales adoptada en este trabajo de investigación fue la de *desarrollo del modelo* (Jöreskog, 1993), que consiste en reespecificar un modelo básico de teoría (el hipotetizado) para encontrar uno nuevo (el reformulado). El objetivo de este proceso es descubrir un modelo con dos propiedades: hacerlo en el sentido teórico y su correspondencia estadística con los datos empíricos disponibles.

En un primer momento, se estudió la existencia de casos atípicos que pudieran estar cambiando las relaciones establecidas entre los pares de variables conectados, y se comprobaron los supuestos fundamentales para la aplicación de esta técnica multivariante (2.1.). En un segundo momento, se estudiaron los índices de adecuación del modelo teórico propuesto inicialmente en este trabajo y se examinaron los ajustes necesarios para su validación empírica (2.2.). A continuación, se evaluaron e interpretaron las medidas de ajuste del modelo reformulado, y se examinaron los valores de los parámetros estimados (2.3). Finalmente, se estudió la adecuación al modelo final a las hipótesis de partida planteadas (2.4).

2.1. Detección de casos atípicos y comprobación de supuestos del SEM.

Se analizaron los datos para comprobar la existencia de valores atípicos influyentes que pudieran modificar la estimación de los parámetros del SEM o comprometer el cumplimiento de condiciones de aplicación. El análisis de residuos con el programa estadístico SPSS mostró la existencia de dos observaciones *outliers*, aunque ninguno de ellos resultó influyente según la prueba *F (*el valor máximo hallado en distancias de Cook fue de 0.08). No obstante, sí se desestimaron otras dos observaciones de este análisis por encontrarse, según los diagramas de dispersión, muy alejadas de la tendencia de las observaciones y existir riesgo de heterocedasticidad. En conclusión, el tamaño final de la muestra fue de 120 sujetos.

La aplicación del SEM requiere de la comprobación de supuestos fundamentales. Referente al *tamaño de la muestra*, este modelo requiere de una muestra superior a 100 sujetos (Hair et al, 2008). Otro aspecto a tener en cuenta es la *colinealidad entre las variables*, la cual se examinó con los coeficientes de correlación de Pearson calculados para cada par, no pudiendo ser éstos sueriores a r = .85. En este sentido, como puede apreciarse en la Tabla 73, los resultados no mostraron evidencias de problemas de colinealidad. El análisis de los gráficos de dispersión permitió la asunción del supuesto de *linealidad*. En la misma línea, las varianzas de las distribuciones de las variables endógenas resultaron ser iguales una vez revisados los gráficos de residuos, por lo que se concluyó el cumplimiento del supuesto de *homocedasticidad* exigido.

Tabla 73. Análisis de correlaciones de las variables incluidas en el modelo (*n* = 120).

	EA	AR	AM	CtP	CF	AP	CP	ASVE	PI	PE
EA	1	.17#	-.05	.03	-.01	-.30**	-.32***	-.06	.16	.28**
AR		1	-.21*	-.12	-.16#	-.18*	-.05	.16#	-.08	.13
AM			1	.35***	.14	.22*	-.10	.00	.06	-.15
CtP				1	.16#	.09	-.23**	-.05	-.14	-.12
CF					1	.17#	.09	.00	.03	-.20*
AP						1	.21*	-.01	-.17#	-.33***
CP							1	.14	.05	.00
ASVE								1	.30**	.31**
PI									1	.35***
PE										1

# p <.10 * p <.05; ** p <.01; *** p <.001

VARIABLES: EA: edad del adolescente, AR: acumulación de riesgo; AM: autoestima de la madre; CtP: controlabilidad parental ante la tarea educativa; CF: cohesión familiar; AP: aceptación/implicación parental; CP: coerción/imposición parental; ASVE: acumulación de SVE; PI: problemas de internalización; PE: problemas de externalización

Por último, la distribución multivariada resultó ajustarse a la normalidad. Para la comprobación del supuesto de *normalidad multivariada* se interpretó el coeficiente de Mardia que aporta el paquete EQS una vez estimado el modelo teórico propuesto. Este coeficiente adquirió el valor de -0.63, situándose por tanto dentro de los límites recomendados (±1.96).

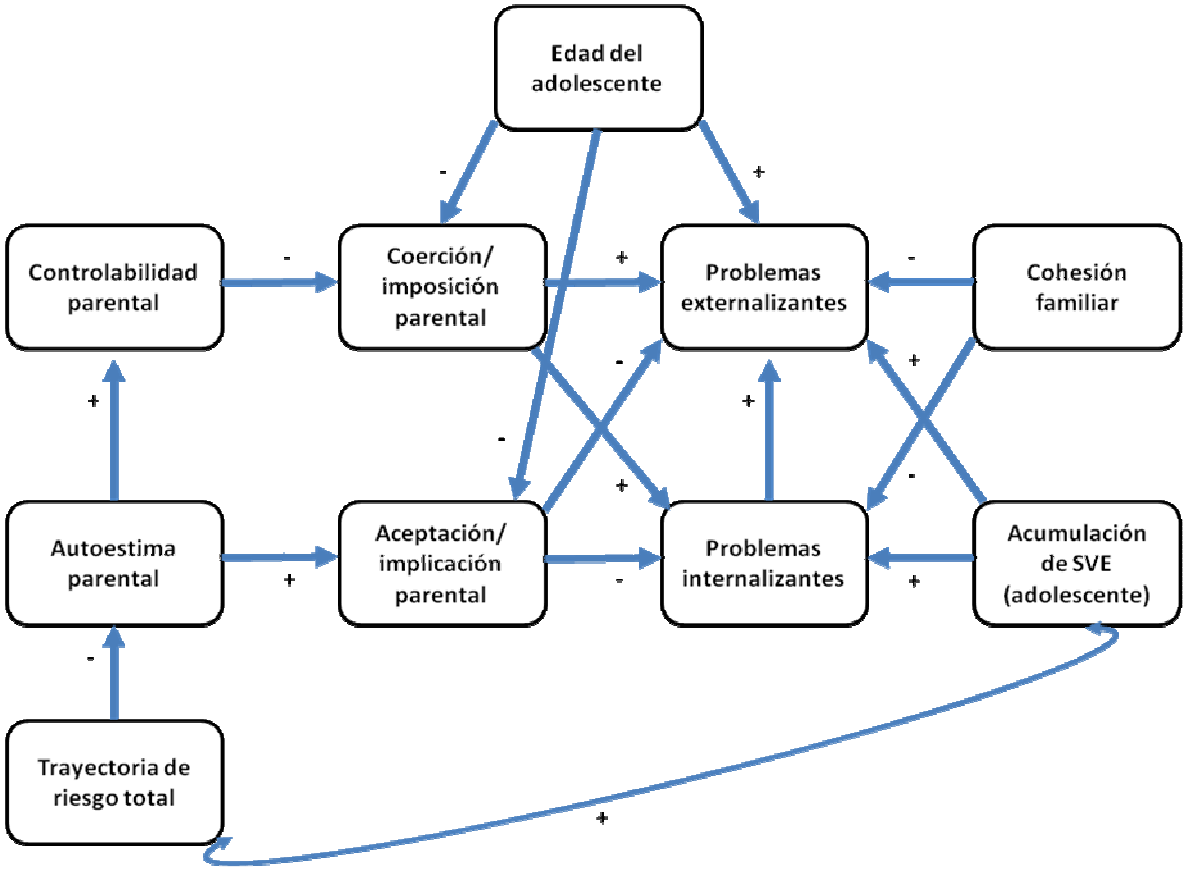
Por tanto, el cumplimiento de los supuestos de independencia de las observaciones, linealidad, homogeneidad y normalidad multivariada permitió proceder al desarrollo del SEM y a la interpretación de los resultados.

2.2. Evaluación e interpretación del modelo planteado.

Para la elaboración del modelo estructural explicativo se procedió, en un primer momento, a poner a prueba la propuesta teórica elaborada a partir de la revisión teórica y empírica presentada en los tres primeros capítulos de este trabajo. El modelo se compuso de un total de diez variables, cuatro exógenas y seis endógenas, entre las cuales se planteaban 16 efectos directos y uno correlacional.

A continuación, se presenta el modelo planteado (ver Figura 59), el cual fue presentado por primera vez en el Capítulo 4 referido a los objetivos.

Figura 59. Representación gráfica del modelo teórico inicial (modelo planteado).



El examen de la **idoneidad del modelo a los datos empíricos** se hizo atendiendo a los índices de bondad de ajuste. En la Tabla 74 se recogen los principales índices, así como los valores de referencia para su interpretación. Según Hair y colaboradores (2008), estos indicadores se agrupan en:

- Medidas de ajuste absoluto: ratio de verosimilitud del estadístico χ^2, el índice de bondad de ajuste (GFI) y la raíz cuadrada de la media del cuadrado de los residuos por aproximación (RMSEA).
- Medidas de ajuste relativo: índice de ajuste normado (NNFI), el incremental (IFI), el comparado (CFI) y el ajustado de bondad de ajuste (AGFI).
- Medidas de ajuste pasimonioso: índice de ajuste normado de parsimonia (PNFI), criterio de información de Akaike (AIC) y chi-cuadrado normada (χ^2 / gl).

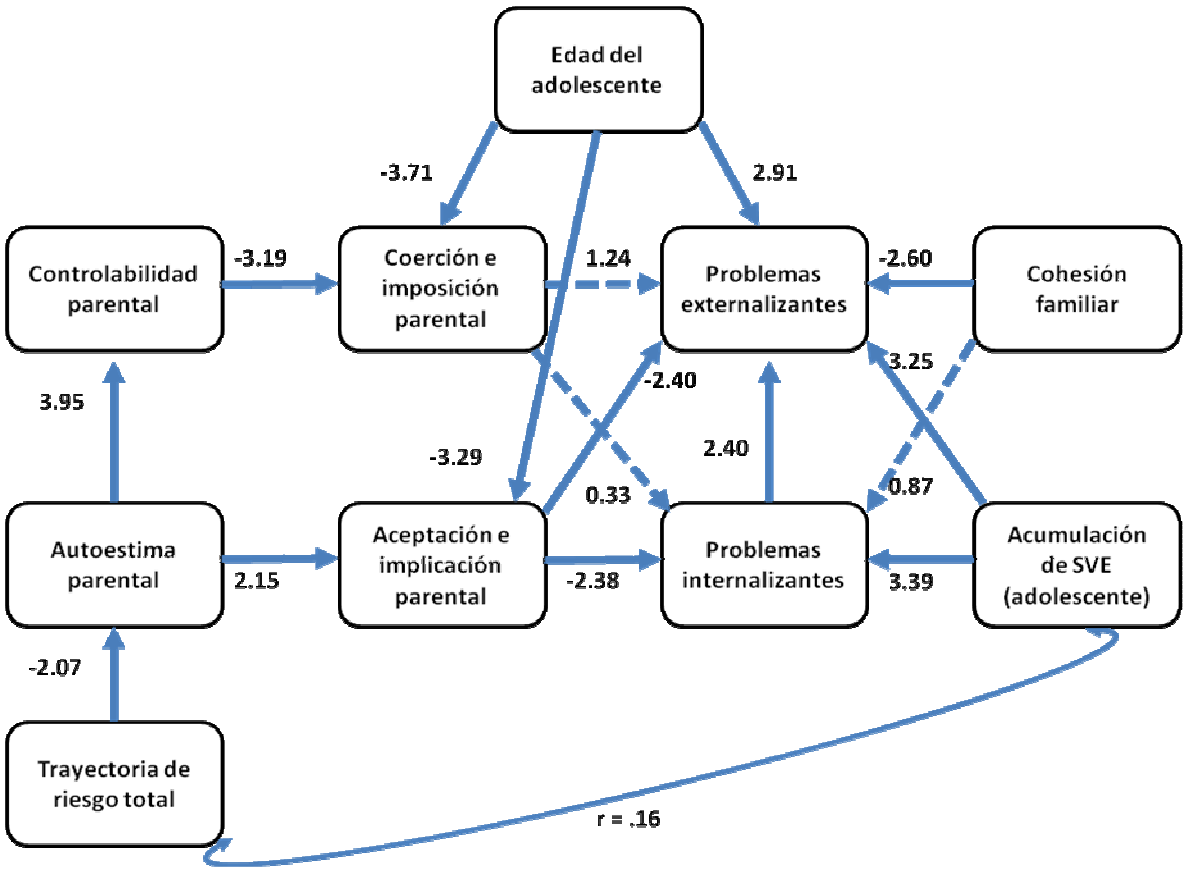
En relación a los índices de ajuste absoluto del modelo estimado, el valor de χ^2 obtuvo un nivel de significatividad mayor a .05, dando muestras de que las matrices de varianzas-covarianzas observada y reproducida a partir del modelo no resultaron ser estadísticamente diferentes. El GFI obtuvo un valor de .94, en un rango teórico de cero a uno, siendo indicativo también de un buen ajuste. En consonancia con este resultado, el RMSEA obtuvo un valor dentro de los parámetros recomendados por Hair y otros (2008). En cuanto al ajuste relativo,

los resultados mostraron que los índices NNFI, IFI y CFI tenían unos valores superiores al recomendado de .90. No obstante, si bien el índice AGFI no superó el límite aconsejado, sí estuvo muy próximo a éste. Por último, de los índices de ajuste de parsimonia, conviene destacar en este momento el valor obtenido de la chi-cuadrada normada, el cual se encontraba dentro del rango recomendado.

Tabla 74. Medidas de bondad de ajuste del modelo planteado.

Ajuste absoluto					
	χ^2 (p_valor)	**Gl**	**GFI**	**RMSEA**	**IC al 90%**
Valores obtenidos	34.40 (0.19)	28	.95	.04	0.0-0.085
Valores recomendados	$p > .05$		>.90	<.08	
Ajuste relativo					
	CFI	**IFI**	**NNFI**	**AGFI**	
Valores obtenidos	.94	.95	.91	.89	
Valores recomendados	>.90	>.90	>.90	>.90	
Ajuste relativo de parsimonia					
	χ^2 / gl	**AIC**	**PNFI**		
Valores obtenidos en el modelo	1.23	-21.60	0.48		
Valores recomendados	1-2				

Figura 60. Contrastación del modelo planteado (t-valor).



Seguidamente se procedió al **examen de los índices de modificación del modelo,** observando los residuos normalizados así como la significación de los parámetros estimados. El 5% de los residuos estandarizados normalizados no superaron el valor umbral establecido (±2.58), sin una pauta consistente entre los residuos que indicara problemas en alguna variable concreta del modelo. No obstante, el análisis de los índices de modificación sí recomendaba reespecificaciones en el modelo. Mientras que el test de Lagrange (Bentler, 1989) (que se encarga de la detección de nuevas relaciones significativas) no sugirió ninguna especificación al respecto, el test de Wald recomendó la eliminación de varias. Así, algunos de los parámetros estimados no fueron estadísticamente diferentes a cero, es decir, para un nivel de significatividad del 95%, los valores *t* no superaron el valor de ±1.96.

La constrastación empírica del modelo planteado (ver Figura 60) indicó la ausencia de efectos significativos en tres de las 16 interacciones estimadas (representadas con líneas discontínuas): cohesión familiar→problemas internalizantes; coerción/imposición→problemas internalizantes; y coerción/imposición→problemas externalizantes. La ausencia de tales efectos conllevó la eliminación de tales relaciones y, por tanto, la reformulación del modelo.

2.3. Evaluación e interpretación del modelo reformulado.

Tras la eliminación de las tres interacciones que no resultaron significativas en el modelo planteado, se procedió nuevamente al examen de la **idoneidad del modelo revisado con los datos empíricos**. En la Tabla 75 se recogen los valores obtenidos en cada medida, tanto en el modelo reformulado como en el hipotetizado, así como los recomendados por los expertos.

La evaluación de los criterios de calidad de ajuste absoluto y relativo mostró la pertinencia del modelo reformulado. La comparación de estas medidas con las obtenidas anteriormente en el hipotetizado indicó un mejor ajuste a los datos empíricos de las relaciones planteadas en su globalidad. Se observó un ligero aumento en algunos de los indicadores recogidos en la Tabla 75, así como el cumplimiento en este caso del índice AGFI. En lo que respecta a las medidas de ajuste parsimonioso, las cuales permiten la comparabilidad entre modelos, se observaron valores dentro de los límites recomendados y mostraron puntuaciones en los índices AIC y PNFI más apropiados en el modelo reformulado. En conclusión, la interpretación de conjunto de los indicadores de idoneidad indicaba que las reespecificaciones incorporadas al modelo inicial lo ajustaban en mayor medida a los datos empíricos de este trabajo.

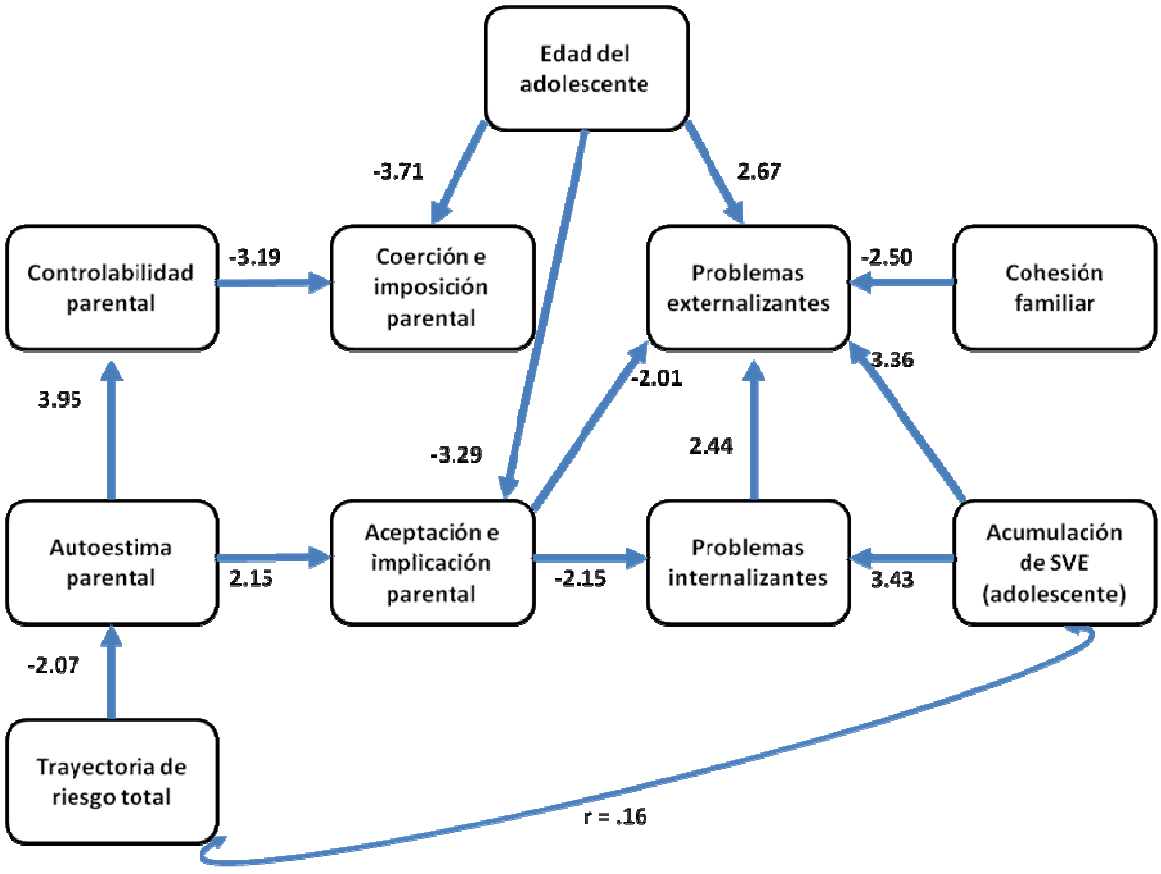
Tabla 75. Medidas de bondad de ajuste del modelo reformulado en comparación con el hipotetizado.

Ajuste absoluto					
	χ^2 (p_valor)	**Gl**	**GFI**	**RMSEA**	**IC al 90%**
Valores del modelo reformulado	36.74 (0.22)	31	.94	.04	0.00-0.08
Valores del modelo planteado	34.40 (0.19)	28	.95	.04	0.00-0.09
Valores recomendados	$p > .05$		>.90	<.08	
Ajuste relativo					
	CFI	**IFI**	**NNFI**	**AGFI**	
Valores del modelo reformulado	.95	.95	.92	.91	
Valores del modelo planteado	.94	.95	.91	.89	
Valores recomendados	>.90	>.90	>.90	>.90	

Ajuste relativo de parsimonia	χ^2 / gl	AIC	PNFI
Valores del modelo reformulado	1.18	-25.26	0.52
Valores del modelo planteado	1.23	-21.60	0.48
Valores recomendados	1-2	AIC más bajo en el modelo reformulado	PNFI más alto en el modelo reformulado

En este caso, el **examen de los índices de modificación del modelo** no recomendó la inclusión o exclusión de parámetros. Así, la siguiente figura muestra como todos los valores *t* obtenidos resultaron estadísticamente significativos a un nivel de significación del 95%, por lo que se podría dar por válido el modelo y todas sus relaciones.

Figura 61. Contrastación del modelo reformulado (*t* valor entre paréntesis)



La evaluación positiva del modelo conllevó el **examen de los valores de los parámetros** estimados. Referente a la cantidad de varianza explicada para las variables endógenas, los resultados mostraron que el modelo resultó más explicativo para unos indicadores que para otros. En este sentido, el modelo consiguió explicar el 30% de la varianza de los problemas de externalización y el 12% de los problemas de internalización; el 12% de las estrategias de socialización parental de aceptación/implicación y el 17% de las estrategias coercitivas e impositivas. Por último, el análisis explicó el 4% y 12% de la autoestima emocional y la controlabilidad parental respectivamente, ambas relacionadas con características individuales

de la madre. Así pues, la varianza referida a problemas de externalización resultó ser la que quedaba explicada en una mayor proporción. Para finalizar se presenta en la siguiente tabla la solución estandarizada para cada variable endógena incluida en el modelo final.

Tabla 76. Soluciones estandarizadas de las variables endógenas.

Soluciones estandarizadas	$R^{2\ ajustada}$
PE = .200*PI - .171*AP + .214*Ea + .271*ASVE - .192*CF + .839*Error	.30
PI = -.185*AP + .294*ASVE + .937*Error	.12
AP = .186*AM + .284*Ea +.941*Error	.11
CP = -.267*Ctp -.310*Ea + .912*Error	.17
AM = -.186*AR + .982*Error	.04
CtP = .340*AM + .940*Error	.12

VARIABLES: Ea: edad del adolescente, AR: acumulación de riesgo; AM: autoestima de la madre; CtP: controlabilidad parental ante la tarea educativa; CF: cohesión familiar; AP: aceptación/implicación parental; CP: coerción/ imposición parental; ASVE: acumulación de SVE; PI: problemas de internalización; PE: problemas de externalización

2.4. Adecuación al modelo teórico planteado.

Para finalizar con este capítulo, se examina la adecuación de este modelo desarrollado al planteado inicialmente en base a la revisión teórica y empírica realizada en este trabajo.

- ✓ La trayectoria de riesgo total, tal y como se había postulado, incidió desfavorablemente en la autoestima de las mujeres responsables del cuidado de estos menores. Así, aquellas madres con una trayectoria de riesgo más complicada presentaron peores puntuaciones en autoestima emocional.

- ✓ Acorde con las hipótesis planteadas, la autoestima alta de las madres repercutió favorablemente en el uso de estrategias educativas parentales basadas en el afecto y la comunicación, e incidió positivamente en la percepción de control que estas mujeres tenían ante la tarea educativa. De forma contraria, si la autoestima era baja, las madres percibían en su mayoría menos control en sus prácticas parentales y, además, resultaban ser menos cariñosas y dialogantes con sus hijos e hijas adolescentes.

- ✓ La percepción de controlabilidad parental, en consonancia con lo hipotetizado, influyó negativamente en la coerción/imposición parental, de tal modo que aquellas madres que tenían un menor control de la tarea educativa tenían más probabilidades de mostrarse coercitivas ante un comportamiento inadecuado del adolescente.

- ✓ Se confirmaron estadísticamente las relaciones entre la edad de los adolescentes y las prácticas educativas parentales (aceptación/implicación y coerción/imposición) y los problemas externalizantes. De este modo, cuanto mayores eran los adolescentes de estas familias, más indiferentes, menos dialogantes y coercitivos se mostraban sus madres y más dificultades de conducta externa se observaba en los chicos y las chicas.

- ✓ Tal y como se hipotetizó, la cohesión familiar, la acumulación de SVE, la aceptación/implicación parental y los problemas internalizantes, influyeron directamente

en la presencia de problemas externalizantes. No obstante, contrariamente a lo estimado inicialmente, no se observó la incidencia negativa de la coerción/imposición en la frecuencia de este tipo de comportamientos. Por tanto, los menores más vulnerables al desajuste externo fueron aquellos cuyas madres se mostraban poco afectuosas y dialogantes con ellos, habían experimentado un alto número de eventos estresantes, convivían en hogares poco cohesionados y presentaban problemas de internalización.

- ✓ En cuanto a los problemas de internalización, tan solo se confirmaron estadísticamente dos de las cuatro relaciones previstas teóricamente. La acumulación de SVE y la presencia de prácticas educativas parentales basadas en la aceptación/implicación se mantuvieron como variables predictoras del ajuste interno, desapareciendo la coerción/imposición parental y la cohesión familiar. De este modo, la prevalencia de problemas internalizantes en los adolescentes de familias en riesgo venía determinada por la vivencia de un número elevado de situaciones estresantes, así como por la falta de afecto y comunicación percibida en las prácticas educativas de las madres.

3. La coerción/imposición parental y su relación con los problemas de ajuste adolescente.

La validación del modelo reformulado pone en entredicho la asociación entre el uso de estrategias coercitivas e impositivas parentales y la aparición de desórdenes conductuales en los chicos y las chicas. Hasta ahora, la literatura disponible no ha mostrado evidencias claras acerca del papel que este tipo de prácticas educativas ejercen sobre el comportamiento desajustado de adolescentes que viven en condiciones familiares adversas. Así mientras algunos estudios apoyan un efecto directo, otros se inclinan más por su función moderadora. En este sentido, a lo largo de este apartado se pretende explorar si la coerción/imposición parental modera o no las relaciones encontradas entre aceptación/implicación y los dos tipos de problemas de conducta estudiada. Para ello, se desarrollaron dos análisis de regresión múltiple jerárquica (usando el método introducir) con la misma muestra de adolescentes incluida en el SEM.

3.1. Problemas de externalización.

El primero de los análisis de regresión se computó para los problemas externalizantes. Las variables independientes se incorporaron en las ecuaciones de regresión en tres pasos sucesivos. En el primer paso, se introdujeron como control aquellas que ya habían demostrado estadísticamente su incidencia sobre este tipo de problemas de conducta en el SEM: edad del adolescente, cohesión familiar, acumulación SVE y problemas internalizantes. En segundo lugar, se incluyeron las dos dimensiones generales de socialización parental —aceptación/implicación y coerción/imposición—, las cuales fueron estandarizadas antes de su inclusión en el análisis siguiendo las recomendaciones de Aiken y West (1991). Finalmente, en el tercer paso se introdujo la interacción entre los dos indicadores de socialización parental con el objeto de estudiar el posible efecto moderador de las estrategias coercitivas e impositivas sobre la relación entre aceptación/implicación y dificultades de conducta externa.

Tras la comprobación de los supuestos previos (independencia, homogeneidad de varianzas, normalidad, colinealidad e independencia de los residuos) se procedió a la interpretación de los resultados. Todos los pasos introducidos en el modelo contribuyeron significativamente al mismo, incluido el último, que aportó un incremento del 3% en la explicación de los problemas externalizantes. En la Tabla 77 se recogen los principales estadísticos del análisis: el valor del coeficiente de determinación (R^2), el coeficiente de determinación ajustada (R^2 *corregida)*, el cambio experimentado en R^2 en cada paso, y el estadístico *F* y su significación.

Tabla 77. Resumen del modelo de regresión jerárquica para problemas externalizantes.

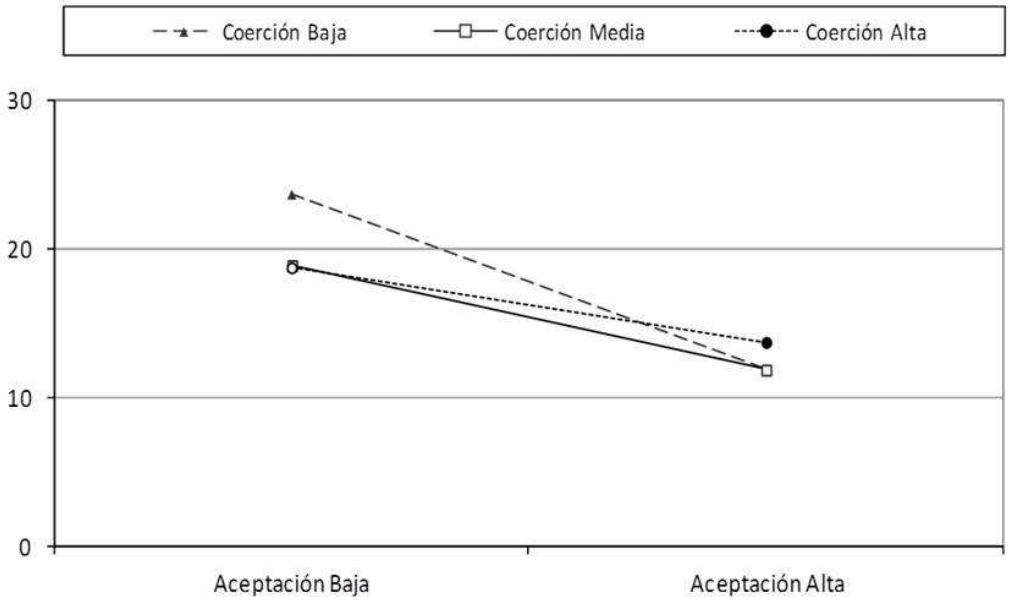
Modelo	R^2	R^2 corregida	Cambio en R^2	Cambio en *F*	gl1/gl2	Sig. del cambio en *F*	Durbin-Watson
1	.28	.26	.28	11.25	4/115	.000	
2	.31	.28	.03	2.75	2/113	.068	2.00
3	.34	.30	.03	4.81	1/112	.030	

A continuación, en la Tabla 78 se presentan los coeficientes de regresión del modelo. Los coeficientes *Beta* de las variables introducidas en los tres primeros pasos evidenciaron, al igual que ya quedó demostrado en el SEM, su efecto directo sobre los problemas externalizantes. No obstante la significatividad del tercer paso, que incluyó el efecto de interacción entre coerción/imposición y aceptación/implicación, conllevó la consideración de los indicadores de socialización parental de forma conjunta e interactiva, y no de forma independiente como se había interpretado anteriormente en el SEM. Para ello, se comprobaron, atendiendo a las recomendaciones de Aiken y West (1991), qué pendientes simples fueron estadísticamente significativas en la variable interactiva de socialización parental.

Tabla 78. Coeficientes del modelo de regresión jerárquica (VD: problemas externalizantes).

Paso		Beta	*t*	*p*	rs^2	Tolerancia
1	Edad	1.26	3.19	.002	.06	.96
	Cohesión familiar	-3.06	-2.80	.006	.05	.99
	Acmulación SVE	0.95	3.17	.002	.06	.90
	Problemas internalizantes	0.30	2.68	.008	.05	.88
2	Edad	1.18	2.81	.006	.05	.82
	Cohesión familiar	-2.73	-2.48	.015	.04	.95
	Acmulación SVE	0.93	3.13	.002	.06	.89
	Problemas internalizantes	0.25	2.27	.025	.03	.85
	Aceptación/implicación parental	-1.71	-2.15	.034	.03	.85
	Coerción/imposición parental	0.94	1.18	.239		.86
3	Edad	1.12	2.71	.008	.04	.82
	Cohesión familiar	-2.72	-2.50	.014	.05	.95
	Acmulación SVE	0.89	3.06	.003	.05	.89
	Problemas internalizantes	0.25	2.34	.021	.03	.85
	Aceptación/implicación parental	-1.60	-2.03	.045	.02	.85
	Coerción/imposición parental	0.76	0.97	.334		.85
	Aceptación X Coerción	1.41	2.19	.030	.03	.98

Figura 62. Interacción de aceptación y coerción parental para los problemas externalizantes.[20]



El análisis de las pendientes puso de manifiesto que la relación entre aceptación/implicación y problemas externalizantes resultaba significativa ante valores bajos (t = -3.07, p < .001) y medios (t = -2.03, p = .004) en coerción/imposición parental, pero no ante valores elevados (t = -0.17, p = .086). Así, como se muestra en la Figura 62 las puntuaciones altas de aceptación /implicación parental se relacionaron con la baja aparición de problemas de conducta externalizante en los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC., excepto ante un nivel de coerción/imposición alto. Por otro lado, la baja aceptación parental se relacionaba con un mayor número de problemas externalizantes cuando el uso de estrategias coercitivas e impositivas fue bajo o intermedio, pero no cuando era alto. Por consiguiente, se puede concluir que los efectos positivos de la aceptación/implicación parental sobre los problemas externalizantes desaparecieron cuando el nivel de coerción/imposición parental era alto, y se mantuvieron ante un nivel bajo y/o moderado.

3.2. Problemas de internalización.

A continuación, se presentan los análisis de regresión jerárquica para los problemas de internalización. Del mismo modo que en el análisis anterior, las variables independientes del modelo se incorporaron en las ecuaciones de regresión en pasos sucesivos. En primer lugar, se incluyó el único indicador que había demostrado en el SEM su influencia directa sobre este tipo de comportamientos, la acumulación de SVE. Seguidamente, se añadieron los indicadores de socialización parental para, en último lugar, introducir el efecto interactivo entre aceptación/implicación y coerción/imposición parental. Tras la comprobación exitosa de los supuestos estadísticos exigidos para este tipo de análisis, se procedió a la interpretación de los

[20] Las puntuaciones medias para los problemas externalizantes no han sido representadas en la escala original del cuestionario para clarificar la representación del efecto moderador.

resultados. El resumen del modelo obtenido en la predicción de los problemas internalizantes se presenta en la Tabla 79.

Tabla 79. Resumen del modelo de regresión jerárquica para problemas internalizantes.

Modelo	R^2	R^2 corregida	Cambio en R^2	Cambio en *F*	gl1/gl2	Sig. del cambio en *F*	Durbin-Watson
1	.09	.08	.09	11.31	1/118	.001	
2	.12	.10	.03	2.35	2/116	.100	1.710
3	.12	.09	.00	0.00	1/115	.956	

Los coeficientes *Beta* de las variables reflejaron el impacto relativo de la acumulación de SVE y de la aceptación/implicación parental sobre los problemas de internalización, pero no de la coerción/imposición parental. A diferencia de lo ocurrido anteriormente, la contribución al modelo de la interacción no resultó estadísticamente significativa, por lo que no se pudo hablar en este caso de un efecto moderador de las estrategias coercitivas parentales en la relación entre la aceptación/implicación parental y problemas internalizantes. En la siguiente tabla se presentan los coeficientes del modelo de regresión jerárquica y se observa el efecto principal que la aceptación/implicación ejercía sobre este tipo de problemas de ajuste.

Tabla 80. Coeficientes del modelo de regresión jerárquica (VD: problemas internalizantes).

Paso		Beta	*t*	*p*	rs^2	Tolerancia
1	Acumulación SVE	.30	3.36	.001	.09	1.00
2	Acmulación SVE	.29	3.29	.001	.08	.98
	Aceptación/implicación parental	-.19	-2.17	.032	.03	.96
	Coerción/imposición parental	.03	0.38	.705		.94
3	Acmulación SVE	.29	3.28	.001	.08	.98
	Aceptación/implicación parental	-.19	-2.15	.033	.03	.95
	Coerción/imposición parental	.03	0.38	.704		.93
	Aceptación X Coerción	-.01	-0.06	.956		.98

4. Resumen de resultados.

En este capítulo se ha examinado a las familias en situación de riesgo psicosocial y a sus adolescentes desde una perspectiva más integral y globalizadora que la ofrecida anteriormente. La técnica multivariante utilizada ha permitido, con el apoyo de los datos empíricos recogidos en esta investigación, el desarrollo de un modelo explicativo acerca del funcionamiento familiar en contextos de riesgo. A continuación, se presentan los resultados más destacables de este modelo integrándolos con aquellos recabados de los análisis de regresión presentados en el último apartado.

- ✓ **Análisis conjunto del modelo.** La interpretación global de los indicadores de bondad de ajuste permitió hacer una valoración apropiada del modelo teórico contrastado; de tal modo que variables familiares, interpersonales y personales mostraron estar integradas bajo un mismo modelo teórico en las familias en situación de riesgo. No obstante, las reespecificaciones recomendadas permitieron desarrollar uno más ajustado a los datos

empíricos de esta investigación. En general, el modelo reformulado fue muy similar a la propuesta teórica, las modificaciones más importantes estuvieron relacionadas con la predicción del desajuste personal, sobre todo el de naturaleza internalizante. Por último, conviene destacar que la proporción de varianza explicada para los problemas externalizantes resultó mayor que para los internalizantes, por lo que se podría decir que los indicadores incluidos en el modelo resultaron más idóneos para explicar el desajuste externo que el interno.

- ✓ **Análisis específico de los efectos directos y moderadores**. El examen de los valores de los parámetros obtenidos, así como los resultados extraídos de los análisis de regresión, han permitido validar las relaciones específicas entre pares de variables. A continuación se presenta de forma resumida las conclusiones más relevantes extraídas respecto a esta temática:

  - Los indicadores individuales de las madres incluidos en el modelo, autoestima emocional y controlabilidad parental, mostraron relación con otros introducidos en el mismo. En concreto, se observó que a medida que la trayectoria de riesgo era más complicada, la *autoestima* de estas madres se deterioraba. A su vez, las puntuaciones de autoestima explicaron el sentimiento de *controlabilidad parental* de estas mujeres, de tal modo que las madres con mayor autoestima emocional disponían de una mayor percepción de controlabilidad parental.

  - Los indicadores anteriores contribuyeron, a su vez, en la explicación de la socialización parental. Así como la autoestima emocional predecía positivamente la *aceptación/implicación parental,* la controlabilidad parental dio cuenta de la *coerción/imposición parenta*l. Ambos índices también se asociaron a la edad del adolescente, de modo que estas prácticas educativas fueron menos frecuentes conforme crecían los adolescentes. Cabe destacar que la proporción de varianza explicada para la coerción/imposición parental fue mayor que para la aceptación/implicación parental.

  - En cuanto a los problemas de ajuste en la adolescencia, la interpretación de los datos mostró que los predictores relacionados con los problemas de externalización explicaron en mayor proporción su varianza que en el caso de los internalizantes. En concreto, los externalizantes se asociaron a la alta acumulación de SVE, la presencia de dificultades emocionales, la baja implicación y aceptación parental, así como a la baja cohesión familiar. Además, se comprobó que la presencia de tales desórdenes era más frecuente en adolescentes de mayor edad. No obstante, en cuanto a las estrategias parentales afectivas y comunicativas, cabe señalar que éstas sólo mantenían una relación negativa con el desajuste externo del adolescente si las madres no compaginaban estas prácticas con altos niveles de coerción/imposición. Referente a los problemas de internalización, los jóvenes que tenían más dificultades de este tipo fueron aquellos que habían experimentado en los últimos cinco años un mayor número de SVE y percibían a sus madres como poco afectuosas y comunicativas. Finalmente, conviene señalar que la vivencia de

circunstancias estresantes resultó ser la variable predictora de mayor peso para ambos tipos de problemas.

IV. Discusión y conclusiones

Este trabajo finaliza discutiendo los principales resultados obtenidos, y proporcionando algunas conclusiones que pueden resultar relevantes para el trabajo con adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial.

En un primer momento se exponen las características más destacadas de las familias en riesgo, otorgando una especial atención a las adultas responsables de la atención y educación de los menores que viven en estos hogares (**Capítulo 12**). Seguidamente se describe, por un lado, a los adolescentes de estos contextos familiares atendiendo a su nivel de estrés psicosocial y problemas de conducta (**Capítulo 13**) y, por otro lado, las características de socialización parental presentes en sus hogares (**Capítulo 14**). La discusión de esta Tesis Doctoral finaliza con la interpretación del modelo teórico formulado y validado empíricamente con los datos de esta investigación (**Capítulo 15**).

Este bloque finalizará con la presentación de las conclusiones extraídas en esta investigación así como con una serie de orientaciones prácticas, con las que se espera contribuir en la mejora de las políticas sociales imperantes en nuestra sociedad (**Capítulo 16**).

Capítulo 12.

Las familias en situación de riesgo que están recibiendo intervenciones psicosociales por parte de los SS.SS.CC.

Los estudios contemporáneos caracterizan a las familias en situación de riesgo psicosocial según los elementos adversos y positivos que están interaccionando en su funcionamiento. No obstante, tradicionalmente el interés estaba centrado sobre todo en identificar las dificultades predominantes en estos hogares y no tanto las fortalezas que presentan. Este enfoque deficitario en la investigación va de la mano del modelo de intervención psicosocial que ha imperado en los SS.SS. décadas atrás (Jiménez, 2009). Sin embargo, el estilo de trabajo desarrollado por los dispositivos de protección social ha cambiado en las últimas décadas hacia uno más positivo y fortalecedor. En la actualidad, ya existen muchos trabajos que más allá de centrarse en la búsqueda de las circunstancias de estrés o elementos adversos presentes en la vida de las personas que conforman estos hogares, están interesados en localizar cuáles son los factores protectores que pueden favorecer su desarrollo (Sousa, Ribeiro y Rodriguez, 2007). La importancia de identificar las fortalezas y las potencialidades presentes en estos contextos se traduce en posibilidades de adaptación positiva, por lo que este enfoque de análisis resulta también interesante de cara a nuevas propuestas de intervención familiar encaminadas a la prevención y la promoción. Por esta razón, en este capítulo así como en los posteriores, se intentará ofrecer una visión integrada de la realidad de estas familias, incidiendo en los aspectos tanto negativos como positivos de su funcionamiento.

Partiendo de que bajo la etiqueta de familias en situación de riesgo psicosocial se albergan contextos con una problemática muy diversa, a continuación se intenta hacer una descripción detallada de estos entornos atendiendo a determinados indicadores sociodemográficos, personales y familiares. Concretamente, en este capítulo se pretende responder, en parte, a los siguientes objetivos generales y específicos de esta Tesis Doctoral:

Obj 1. Describir a las familias en situación de riesgo psicosocial y su relación con los SS.SS.CC.

- 1.1.Estudiar las características del hogar así como la situación socioeconómica de la familia.
- 1.2.Explorar las circunstancias de vida de las adultas responsables del cuidado y educación de sus menores.
- 1.3.Analizar las características de riesgo y las circunstancias estresantes presentes en estos entornos familiares.
- 1.4.Examinar el tipo de intervención psicosocial que reciben estas familias desde los Servicios de preservación familiar.

Obj 4. Examinar el funcionamiento familiar de los hogares en situación de riesgo psicosocial.

- 4.1.Estudiar la cohesión familiar en estas familias.

Para ello, se analiza la trayectoria que estas familias presentan en materia de intervención psicosocial (1.). Seguidamente, se expone el perfil sociodemográfico que las caracteriza (2.), y se analizan las características que las adultas responsables de la educación de los menores presentan en sus roles de mujer y madre (3.).

1. Aproximación a la trayectoria de intervención psicosocial.

Las familias en situación de riesgo psicosocial participantes en esta investigación eran usuarias de los SS.SS.CC. y estaban recibiendo una intervención psicosocial por razones de preservación y fortalecimiento familiar. Desde el enfoque de la preservación familiar (Rodrigo et al., 2008), la familia se considera una fuente importante de estabilidad y de apoyo para el menor, por lo que deben hacerse todos los esfuerzos necesarios para que pueda seguir desempeñando estas funciones del mejor modo posible. Las intervenciones basadas en este modelo dan respuesta a las dificultades de los menores y sus familias que se encuentran en una situación de adversidad pero para las cuales todavía no se ha aplicado una medida de desamparo. Este aspecto debe ser tenido en cuenta a lo largo de este trabajo de investigación por dos razones: estas familias estaban ya recibiendo una intervención encaminada a favorecer el desarrollo de los miembros que la componen y sus relaciones interpersonales, y a pesar de su nivel de riesgo psicosocial, no se encontraban en una situación inminente de desamparo.

Como se detalla en el apartado de descripción de la muestra, la mayor parte de estas familias fueron seleccionadas de **programas grupales de intervención psicosocial desarrollados por parte de los SS.SS.CC**. En concreto, casi el 75% provenía del programa FAF, cuyo objetivo es proporcionar a los progenitores de estos hogares una fuente de apoyo que les permita desempeñar exitosamente y eficazmente sus tareas y responsabilidades educativas como madre o padre (Hidalgo et al., 2011); en el resto de los casos eran los hijos y las hijas los participantes de programas psicoeducativos desarrollados por el dispositivo que los atienden. Cabe destacar que, además de la participación en dichos programas, estas personas se beneficiaban en el momento de la evaluación de una atención familiar especializada de los servicios de actuación que ofrece este dispositivo (SIVO, SECORE, ETF). Tomando como referencia la organización en materia de atención familiar presentada en el Capítulo 7, este trabajo contó con la colaboración de familias que se situaban primordialmente en un nivel de intervención primaria y secundaria (supone el 80.72% del total) y en menor medida terciaria o de tratamiento (19.28%). De acuerdo con las conclusiones del trabajo de Garrido y colaboradores (2009), la relación que estas actuaciones guarda con los niveles de riesgo psicosocial de las familias situaba a estos hogares en un nivel de riesgo preferentemente medio, puesto que casi el 60 por ciento estaban recibiendo una intervención del equipo SECORE, mientras que el resto de familias se encontraban, equitativamente, en un nivel de riesgo bajo o alto (alrededor del 20% en cada grupo).

Como se ha comentado en la introducción teórica (Capítulo 1), existen evidencias empíricas acerca de la coincidencia entre la valoración que los profesionales hacen acerca del riesgo familiar y la información aportada por instrumentos de evaluación (e.g., Grimaldi et al., 2012; McCrae y Barth, 2008; Rodríguez et al., 2006). En este sentido, se podría decir que los juicios clínicos que los profesionales hacen de la percepción del riesgo familiar son acertados,

ubicando a estas familias en uno u otro servicio de atención familiar de forma satisfactoria. Esta argumentación aplicada a las características de la muestra de este estudio avala el perfil de riesgo medio comentado en el párrafo anterior.

En relación a la **trayectoria de intervención**, los SS.SS.CC. no desarrollaron con estas familias una intervención puntual y esporádica. En parte, estos resultados van en la línea de estudios previos que hablan de intervenciones muy prolongadas en el tiempo. Por ejemplo, Menéndez y colaboradores (2012) encuentran una media de aproximadamente tres años de intervención con familias onubenses, aunque la variabidad fue alta. En consonancia, Garrido y Grimaldi (2009) evidencian que solo el 13.7 por ciento de las familias que están siendo intervenidas por los SS.SS en Andalucía mantienen un expediente activo de menos de un año de antigüedad. La permanencia larga en el servicio puede ser explicada por el proceso circular de riesgo en el que están inmersos este tipo de familias. Como apuntaba Rutter (1987; cit. en Menéndez, 2003), el encadenamiento causal de elementos y circunstancias estresantes impide en muchas ocasiones que los miembros de la familia puedan afrontar exitosamente los problemas y dificultades que se les presentan, provocando la aparición de nuevos estresores en sus vidas, y por tanto favoreciendo su continuidad en el servicio durante mucho tiempo.

Si bien es cierto que este trabajo no ha recogido información acerca del número de años que la familia llevaba siendo usuaria del servicio, sí se obtuvieron de datos relativos a su trayectoria pasada. En esta línea, este estudio confirmó que más de la mitad de las familias participantes contaron en el pasado con la ayuda de uno o varios de los servicios de actuación de los SS.SS.CC. Este dato, a su vez, podría ser indicativo de uno de los problemas más destacados entre la población usuaria, la cronicidad y dependencia a estos dispositivos. Rodríguez y colegas (2006) indican que la cronicidad en la intervención por parte de los SS.SS. puede acarrear problemas para los adultos que residen en estas familias: por un lado, la pérdida de control y de responsabilidad con sus propias acciones y su proyecto vital y, por otro, que no sean resolutivos en la búsqueda de redes informales de apoyo para afrontar sus problemas. De hecho, Grimaldi y colaboradores (2012) observan que precisamente son aquellas familias que presentan una trayectoria más larga en SS.SS. las que aportan peores resultados en bienestar infantil, mostrando así que la permanencia en el servicio no conlleva necesariamente una evolución favorable en las mismas.

Acorde con los datos ofrecidos por Menéndez y colaboradores (2012), las intervenciones dirigidas a estas familias se combinaron en muchas ocasiones con la labor de otros profesionales ajenos a los equipos de trabajo de los SS.SS.CC. Así, alrededor del 50 por ciento de estas familias estaban recibiendo simultáneamente ayuda especializada de otros organismos y entidades distintos a los SS.SS. Este dato aporta evidencias acerca de la importancia que la coordinación de servicios adquiere en el trabajo con estas familias. En este ámbito, el trabajo en red resulta fundamental para desarrollar intervenciones familiares eficaces, eficientes y efectivas, a pesar de la dificultad que alberga esta tarea. Como indican González, Diéz y Roca (2010, p.21), "*el mayor reto con que nos enfrentamos los profesionales consiste en manejar al mismo tiempo la gran variedad de contextos, en los que interviene un gran número de agentes sociales, sin perder nunca de vista el principal foco de actuación que es el menor como víctima*". Tal y como indican los resultados de esta investigación, el trabajo

interdisciplinar debe convertirse en uno de los ejes principales de la intervención para preservar al menor y/o sus familias. La consecución de este objetivo, tan importante como ambicioso, no solo permitiría economizar en recursos, sino realizar intervenciones integradas que resultaran más eficaces y eficientes en sus objetivos.

Para finalizar con este apartado, es necesario puntualizar que no fue posible obtener la información relativa a la trayectoria de intervención de la totalidad de la muestra de SS.SS. Por esta razón las conclusiones extraídas al respecto, aunque van en la línea de las ofrecidas en estudios similares, deben ser tomadas con cierta cautela. No obstante, a pesar de la limitación señalada, no cabe duda que las familias en situación de riesgo presentaron complicadas trayectorias de intervención que generalmente no parecieron ser puntuales ni esporádicas.

2. Perfil sociodemográfico y económico.

A lo largo de este apartado se describe a las familias en riesgo en torno a determinados indicadores de corte sociodemográfico y económico. Estos resultados aportan información bastante valiosa sobre la situación de estas familias, así como de las mujeres adultas que son responsables de estos hogares. En este caso, los resultados sí pudieron ser comparados con los de las familias del grupo de no usuarias, lo que permite obtener un perfil más diferenciador de estos contextos

En relación al **tipo y la composición de las familias** usuarias de los SS.SS.CC., los hogares no convencionales resultaron ser la forma de convivencia más frecuente. El orden de presentación en estos contextos fue el siguiente: monoparentalidad, familias reconstituidas y familia extensa. Concretamente, la diversidad familiar estuvo más presente en la población en riesgo que en las consideradas de no riesgo o del grupo de comparación.

La monomarentalidad resulta, como se acaba de señalar, una característica definitoria de las familias que viven en condiciones adversas, tanto es así que los datos de este trabajo mostraron la presencia de esta estructura familiar en casi la mitad de los hogares. El elevado porcentaje de familias a cargo de madres solas encontrado en este estudio superó muy ampliamente el 10% que caracteriza el total de familias españolas (Flaquer, Almeda y Navarro, 2006). Este resultado es coincidente con la constatada sobrerrepresentación de las familias monomarentales en los colectivos socialmente excluidos o con un elevado riesgo de estarlo (Laparra y Pérez, 2009) y con los estudios específicamente realizados con familias usuarias de los SS.SS. que reciben intervenciones por razones de preservación familiar (Grimaldi et al., 2012; Martín, Máiquez, Rodrigo, Correa y Rodríguez, 2004; Rodríguez et al., 2006)[21]. Cabe destacar que las mujeres de estas familias están obligadas a asumir una mayor responsabilidad en solitario; así asumen las tareas educativas relacionadas con sus hijos e hijas, economía familiar y los eventos vitales estresantes (Trigo, 1998). Por consiguiente, estas madres parten de una situación aún más desfavorable que otras familias en riesgo para atender las necesidades de sus menores.

[21] Para un estudio más pormenorizado de la monomarentalidad en los SS.SS. puede acudir a la obra "El apoyo social de mujeres solas con responsabilidad familiar" (Hidalgo, Lorence et al., 2009)

Los hogares de las familias de este estudio tenían un tamaño similar al de las del grupo de comparación. Este dato no coincide con el trabajo desarollado por Menéndez y colaboradores (2010) con población usuaria de la provincia de Sevilla, pero sí con uno llevado a cabo dos años más tarde con familias onubenses (Menéndez et al., 2012). No obstante, sí resultó muy llamativa la presencia alta de menores y la baja de personas adultas en estos hogares. La convivencia con miembros de la familia extensa fue otra de las características de composición más peculiares de estas familias, observándose la presencia de los mismos en casi el 20% de la muestra de riesgo. La inclusión de la figura del abuelo o abuela en estos hogares ha sido señalada en otros trabajos como algo positivo, valorando el papel que desempeñan estos mayores como fuentes de apoyo social para los adultos responsables de estos hogares y destacando la asunsión de responsabilidades educativas para con los hijos e hijas (Rodrigo, Máiquez y Martín, 2010). El número de menores de 18 años también destacó por su elevada presencia, resultado que podría ser considerado negativo si se entiende que va acompañado de un incremento en las responsabilidades educativas y sociales, y por supuesto, de una mayor necesidad económica.

En lo que respecta a la vivienda, el tamaño de la misma no se relacionó con el número de personas que residen en el hogar. Este resultado es consonante con estudios previos con familias usuarias de los SS.SS.CC., de tal modo que las familias más numerosas no necesariamente viven en hogares más amplios (Hidalgo, Lorence et al., 2009). Por otra parte, más de un 25% de estas familias vivían en condiciones de hacinamiento severo (menos de 15 m^2 por persona), porcentaje muy similar al hallado en el estudio de Menéndez y colaboradores (2012) con población usuaria de la Diputación de Huelva. El hacinamiento, entendido como un indicador de malas condiciones de habitabilidad, es considerado un factor residencial del riesgo psicosocial tanto en trabajos de exclusión social (e.g., Subirats et al., 2004) como de población usuaria de los SS.SS. (Trigo, 1998).

La economía familiar de los contextos familiares en riesgo es especialmente complicada y difícil. El indicador de **pobreza** seleccionado para este trabajo puso de manifiesto claramente esta cuestión: de hecho, más de la mitad de las familias usuarias de los SS.SS.CC., concretamente el 57.76%, se encontraron por debajo del límite a partir del cual puede hablarse, objetivamente, de una situación económica de pobreza. Estos datos corroboraron lo que otros estudios ya habían puesto en evidencia: la gran vulnerabilidad de estas familias a vivir con dificultades económicas importantes (Menéndez et al., 2012); tanto es así que si se compara este dato con la tasa de pobreza en España en el 2011 (21.8% de la población) se observa que el porcentaje de familias usuarias de los SS.SS.CC. que se encuentran en estas condiciones de precariedad económica fue muy superior al de este país (Encuesta de Condiciones de Vida, 2011).

De manera poco sorprendente, los datos de pobreza se relacionaron con otros indicadores económicos familiares. Así, se observaron ingresos familiares mensuales mayoritariamente reducidos, de procedencia diversa y, para más de la cuarta parte de las madres, inestables. La **procedencia de los ingresos familiares** fue uno de los rasgos de la caracterización económica más destacables en estas familias. Coincidiendo con otras investigacines (Dirección General de Inclusión Social, 2004; Hidalgo, Lorence et al., 2009; Menéndez et al., 2010), los resultados

pusieron de manifiesto la diversidad de fuentes de las que procedían los ingresos familiares en estos hogares. En concreto, estas fuentes se presentaron en el siguiente orden (de mayor a menor): usuaria, ayuda social, pareja, algún hijo o hija y abuelo o abuela.

Como se ha indicado en el párrafo anterior, la mujer en estos hogares fue central para el sostén económico del hogar. Mayoritariamente, las adultas estaban al cargo de estas familias y los datos apuntaron que casi el 75% contribuía a la economía familiar sustancialmente. El perfil de estas mujeres fue el de una persona con una situación educativa baja y laboralmente poco favorable. Referente a lo primero, la proporción de mujeres sin estudios o hasta primarios incompletos resultó mayor entre las familias en riesgo que en las del grupo de comparación, destacando en estas últimas los estudios de nivel medio y superiores. Estos resultados están en la línea de otros trabajos con población usuaria de los SSS.SS. (Dirección General de Inclusión Social, 2004; Garrido y Grimaldi, 2009). En consonancia con estudios previos (Grimaldi et al., 2012; Menéndez et al., 2010; Trigo, 1998), las condiciones laborales de estas progenitoras fueron bastante precarias. Los trabajos se caracterizaron por ser de nula o baja cualificación y en más de la mitad de las ocasiones por la inestabilidad y la falta de regulación contractual. La media del salario mensual fue de 610.38 euros, aproximadamente 7350 euros anuales. La comparación de este dato con los ofrecidos en la Encuesta Anual de Estructura Salarial del 2006 (ganancia media anual para las mujeres de 19.502,02 euros) pone de manifiesto la baja remuneración de los empleos de estas mujeres. Por lo tanto, de acuerdo con Hidalgo, Lorence y colaboradores (2009), la vulnerabilidad de las mujeres de estas familias a ser pobres no parecía venir determinada por el desempleo sino más bien por la precariedad de sus condiciones laborales.

El nivel de formación de estas mujeres y sus circunstancias de vida permiten, al menos parcialmente, explicar las condiciones laborales tan desfavorables de las que disponen. El nivel formativo de estas mujeres parece ser una de las claves que explica la alta presencia de empleos precarios. La formación superior y especializada mejora las posibilidades de acceso a trabajos de mayor cualificación y remuneración, cuestiones con las que estas madres no cuentan. Además de por el bajo nivel de estudios, algunos autores explican esta precariedad laboral por el índice elevado de monoparentalidad, siendo mayores las dificultades para conciliar la vida laboral y familiar. Como explican Fernández y Tobío (1999), estas mujeres valoran y eligen su empleo no solo por los ingresos económicos que aporta, sino que prestan una especial atención a la flexibilidad laboral que ofrece. Así, y como apuntan algunos autores, puede que algunas de estas mujeres se estén decantando por trabajos de baja cualificación frente a otros de media y/o alta cualificación que, aunque aporten menos ingresos, son menos restrictivos y exigentes en horarios (Hidalgo, Lorence et al., 2009).

Por otra parte, las ayudas sociales jugaron un papel decisivo en la economía familiar de estos hogares, resultando una fuente de ingreso para la mitad de las familias entrevistadas. La dificultad económica favorece que muchas familias sean receptoras de forma permanente de prestaciones sociales, circunstancia ésta que tal y como se detecta en algunas investigaciones puede acarrear una dependencia importante con los SS.SS. (Arrabarrena y De Paúl, 2002; Rodrigo et al., 2011; Rodríguez et al., 2006; Subirats et al., 2004). Curiosamente, el porcentaje de familias que recibían algún tipo de ayuda social resultó ser ligeramente superior al número

de hogares en los que los padres varones contribuyían económicamente a los ingresos familiares. Estos resultados mostraron la escasa implicación de los padres en la economía familiar frente a la importancia que adquieren las ayudas sociales.

Si bien es cierto que el sueldo de las usuarias y las ayudas sociales suponían ingresos importantes para las familias en situación de riesgo, no parecía que éstos fueran suficientes para solventar las dificultes económicas; tanto es así que, concretamente en el 25% de los casos, se vieron obligadas a recurrir a fuentes menos usuales como son sus hijos e hijas. Acorde con la reflexión de Hidalgo, Lorence y colaboradores (2009), mientras que es habitual en muchas familias que el trabajo de los menores suponga una fuente de ahorro para su vida futura, en estos contextos de riesgo los hijos y las hijas que trabajan contribuyen con sus ingresos a cubrir las necesidades del hogar. De este modo los resultados de este estudio corroboran el especial protagonismo que los menores adquieren en el sostén económico de estos hogares, lo que supone que éstos están asumiendo una responsabilidad que no les compete por su edad.

La dificultad económica que presentan estas familias es un hecho más que demostrado en la literatura. No obstante, la interpretación de los resultados de este trabajo debe estar sujeta a las fuentes de información y la población de estudio. La información disponible para este trabajo viene dada principalmente por los propios profesionales de los SS.SS.CC. encargados de la intervención y las usuarias de estas familias. Teniendo en cuenta la pluralidad en las fuentes de ingresos de estas familias, así como la tasa de actividad sumergida presente en estos hogares, no se puede asegurar con rotundidad que la información que esta investigación obtuvo sobre los ingresos familiares fuese completa, sobre todo al ser conocedores de que, en general, uno de los principales motivos por los que estas familias acuden a los SS.SS. es la demanda económica (Subirats et al., 2004).

3. Circunstancias de vida de las adultas responsables de estas familias.

Como se ha comentado en la descripción de la muestra, las entrevistas familiares se realizaron a las mujeres adultas responsables que se encargaban de la educación y desarrollo de menores adolescentes. En este apartado se describen y se analizan las trayectorias de riesgo de estas mujeres y de su entorno familiar, así como la valoración que hacen ellas mismas de su rol como mujer y madre. Para ello, se interpretarán los resultados de cuatros indicadores: trayectoria de riesgo, autoestima, controlabilidad parental y cohesión familiar. Todos ellos se pondrán en relación con los niveles de intervención preventiva en los que estas familias se sitúan según la organización de los SS.SS.CC.: primario, secundario y terciario. Antes de la discusión de estos datos, conviene recordar que la información que se presenta en este apartado es exclusiva de las familias en situación de riesgo, no siendo posible la interpretación de los mismos en comparación con la muestra de referencia.

En relación a la **trayectoria de riesgo** total, estas mujeres afrontaban una media de cuatro o cinco sucesos estresantes, de un máximo de 11 que comprende el instrumento utilizado. La concentración de circunstancias estresantes se analizó atendiendo a dos criterios:

acontecimientos adversos que hacen referencia a la trayectoria vital individual de las adultas responsables de estas familias, y circunstancias problemáticas acontecidas en el entorno familiar durante los últimos tres años. Ambos indicadores acumulativos de riesgo estuvieron relacionados entre sí, de tal modo que a medida que las adultas presentaban una trayectoria de riesgo personal más complicada las circunstancias de riesgo en su entorno familiar sucedían con más frecuencia. En otras palabras, las usuarias que habían experimentado a lo largo de su vida un mayor número de circunstancias de riesgo eran también aquellas que estaban viviendo en ese momento en hogares más problemáticos.

Estos resultados pusieron de manifiesto la relación entre la trayectoria de riesgo individual de la usuaria y la del entorno familiar reciente. En parte, esta asociación puede estar explicando el encadenamiento cíclico de elementos adversos que sucede en los contextos familiares en situación de riesgo psicosocial que algunos autores definen como trayectorias de riesgo transaccional (Rutter 1987, cit. en Menéndez, 2003). Como se ha comentado anteriormente, la continua presencia de estresores mina las estrategias de afrontamiento de las personas e impide por tanto salir con facilidad de la situación de riesgo psicosocial en la que se encuentran. Esto puede conducir a que, si la persona no consigue salir de este círculo, el riesgo presente sea una continuación del riesgo pasado. Afortunadamente, en la literatura también se ha hablado de la existencia de trayectorias de protección transaccional (Werner, 2000) por lo que la aparición de elementos protectores en la vida de estas personas puede favorecer el desarrollo de los miembros de las familias que viven en estas condiciones tan adversas, debido al efecto de atracción que genera un factor protector sobre otros elementos positivos. En esta línea, las recomendaciones del Consejo de Europa (2006) sugieren un enfoque de la intervención centrado en la promoción. El fortalecimiento de las potencialidades de una familia puede desencadenar la presencia de otros elementos positivos que permita que la recuperación de la familia sea más rápida y fructífera.

En cuanto al tipo de circunstancias problemáticas más frecuentes, cabe destacar la presencia de situaciones de violencia familiar (entendiendo este término en su acepción más amplia, considerando todas las formas de relación violenta). Por un lado, los datos indicaron que casi el 73% de las adultas comentaron haber sido víctimas de una experiencia de maltrato en algún momento de su vida, o bien durante su infancia o en la adultez, siendo casi el 19% las que sufrieron esta situación en ambos momentos, y, por otro lado, casi el 63% experimentaron problemas relacionales con sus parejas o hijos, resultando el 37% el que sufría ambas cosas. En definitiva, un tratamiento conjunto de los datos mostró que el número de mujeres que no manifestaron ninguna situación de maltrato o conflictividad fue muy reducido, de hecho no llegó al 10% del total. Estos resultados van en consonancia con los de otros trabajos centrados en el análisis de población usuaria de los SS.SS. o de contextos de pobreza y exclusión social (Grimaldi et al., 2012; Hidalgo, Lorence et al., 2009; Subirats, Gomá y Brugué, 2005). Teniendo en cuenta que las situaciones de violencia familiar acarrea para los menores consecuencias muy negativas para su desarrollo, resulta lógico que este tipo de hogares ocupen un lugar protagonista en las intervenciones desarrolladas por los Servicios de preservación familiar.

Como expone Ulloa en referencia al trabajo de Grillo, el maltrato, en parte, puede ser explicado por “la carencia de herramientas propias para enfrentar las necesidades y demandas

de los niños —en sus diferentes etapas de desarrollo— para enfrentar los retos de la relación entre generaciones en la época actual y sobrevivir ante el estrés que les impone el ambiente, son factores de riesgo en la motivación de abusar" (1996, p.185). La evidencia empírica ha demostrado que los adultos responsables de estas familias están sometidos a tal nivel de estrés, tanto personal como parental, que les hace más vulnerables a experimentar episodios de violencia o conflictivos que otras personas. Pero la asiduidad de la conflictividad en estos hogares no puede atribuirse exclusivamente al estrés que reina en sus vidas, sino que los problemas de autocontrol así como la escasez de estrategias de afrontamiento adecuadas (ambas características definitorias de los miembros de las familias en situación de riesgo) también aumentan las probabilidades de que se produzcan este tipo de situaciones (Pérez et al., 2012; Rodrigo et al., 2008).

En otro orden de cosas, el número de menores que conviven en el hogar, la inestabilidad familiar, los problemas de desempleo, las situaciones de separación o divorcio y los problemas psicológicos en las usuarias fueron elementos adversos también muy frecuentes en estas familias, todos ellos referidos en la introducción teórica como características definitorias de los contextos familiares en situación de riesgo psicosocial (ver Capítulo 1). Llama especialmente la atención que más de las tres cuartas partes de las familias vivían en hogares considerados inestables, en otras palabras, contextos familiares donde no estaban claro quienes eran las personas que habitaban en el hogar. Este desconcierto venía determinado principalmente por dos razones: las frecuentes idas y venidas de las personas del hogar y los frecuentes cambios de domicilio. Cabe destacar que el porcentaje de hogares que se encontraron en esta situación fue superior al observado en el trabajo previo realizado por esta doctoranda (Lorence, 2008).

Un análisis particular de las familias según el nivel de intervención que recibían por parte de los SS.SS.CC. puso de manifiesto perfiles de riesgo diferenciales cuando se trataba de la concentración de circunstancias adversas en el entorno familiar. Así, las familias que recibían un tratamiento más individualizado y terapeútico (ETF) presentaron un perfil de riesgo familiar más elevado que aquellas que se encontraban en prevención secundaria (SECORE). No obstante, el grado de riesgo parecía ser más o menos similar entre los dos primeros niveles de intervención, primaria (SIVO) y secundaria (SECORE), e inesperadamente entre SIVO y ETF. Estos resultados van en la línea de los ofrecidos anteriormente por Garrido y colegas (2009) los cuales, según la escala de bienestar infantil, definieron a las familias que estaban recibiendo una intervención especializada por parte del equipo de profesionales de los ETF como una población con una problemática de riesgo alta. Algo parecido encontraron Menéndez y colaboradores (2012) al analizar la evolución de las familias en la intervención, siendo precisamente las de ETF las que, según los profesionales, tenían un peor pronóstico.

De todas las circunstancias y/o elementos potencialmente estresantes evaluados, los que mantuvieron una mayor asociación con otros fueron la relación de pareja conflictiva, el desempleo familiar, el maltrato infantil, la conducta antisocial de la usuaria y la inestabilidad familiar. Todos ellos, excepto la conducta antisocial, igualmente habían destacado por su frecuencia en estas familias. El encadenamiento cíclico del riesgo en estos hogares ya se ha comentado y puede, de nuevo, explicar el número elevado de asociaciones encontradas entre los elementos adversos estudiados en este trabajo. De todas, la relación conflictiva con la

pareja resultó ser la experiencia estresante que guardaba un mayor número de relaciones significativas con otros sucesos.

Por otra parte, los dos indicadores personales estudiados en las adultas responsables de estas familias, **autoestima emocional y controlabilidad parental**, mostraron una relación positiva entre sí, de manera que en la medida en que las mujeres se encontraban satisfechas consigo mismas también tenían una percepción de control mayor de sus funciones parentales.

Ambas dimensiones alcanzaron puntuaciones en torno a la media teórica de los instrumentos. Estos datos indicaron que, en general, la valoración que las madres hacen de su bienestar personal y de su desempeño de las funciones parentales no representa el perfil de mujeres con problemas. La variabilidad observada en las respuestas condujo a que no se pudiera hablar de mujeres con un perfil particularmente positivo o negativo en autoestima o controlabilidad parental. De hecho, la distribución de los datos mostró desde adultas que hacían una valoración muy positiva de sí mismas en su rol como mujeres y madres a otras que estaban muy descontentas. Por consiguiente, la hetereogeneidad encontrada en este indicador resultó ser una muestra más de la variabilidad característica de la población usuaria de los SS.SS. En líneas generales, estos resultados son contradictorios con aquellos trabajos que entienden las consecuencias de las relaciones familiares violentas. En relación a ello, teniendo en cuenta que un alto porcentaje de las mujeres entrevistadas habían experimentado o estaban viviendo en ambientes familiares conflictivos, según algunos trabajos como el de Subirats y colegas (2005), lo esperable sería que la valoración que ellas hicieran de sí mismas fuera algo más negativa de la encontrada.

La autoestima de las madres se relacionó con otros indicadores de corte sociodemográfico. Precisamente, se observó una mayor autoestima emocional en la medida en que los ingresos laborales aumentaban. Con este resultado se hace evidente la importancia que adquiere para el bienestar de estas mujeres disponer de un buen salario. Posiblemente los problemas económicos familiares presentes en estos hogares explican la asociación que la autoestima guarda con los ingresos económicos laborales pero no con el tipo de trabajo. Una posible justificación a este último resultado pueda ser la falta de variabilidad encontrada en torno a la cualificación laboral de las madres (recuérdese que el perfil mayoritario es de una notable precariedad), lo que conlleva a tomar con cautela la falta de relación encontrada de esta dimensión con autoestima.

Con la finalidad de relacionar las dimensiones descritas anteriormente, se exploró en qué medida la acumulación de circunstancias y/o elementos de riesgo predecía la autoestima y controlabilidad parental de estas mujeres. En relación a la autoestima, se observó que la concentración de acontecimientos estresantes ejercía un alto poder predictivo sobre este indicador de bienestar personal. Concretamente, los resultados mostraron que la trayectoria de riesgo de estas adultas se asociaba con una autoestima más negativa pero sólo cuando el riesgo familiar reciente era alto. Es decir, el efecto negativo que la presencia de riesgo en la vida de la usuaria ejercía sobre su autoestima desaparecía cuando los elementos y/o circunstancias estresantes del microsistema familiar más recientes presentaban un nivel bajo o medio. Atendiendo a la clasificación de factores de protección de Luthar (1993), la concentración de riesgo, baja o media, en el entorno familiar resultaría en estos contextos un

factor de protección estabilizador, ya que se asocia con niveles comparables de autoestima para estas mujeres independientemente de su trayectoria de riesgo individual. Asimismo, este resultado evidencia la posibilidad de ruptura de estas trayectorias si las circunstancias familiares actuales cambian y son positivas.

No se evidenció relación directa entre la concentración de riesgo, ni de la usuaria ni del entorno familiar, y la controlabilidad parental de las usuarias. No obstante, la autoestima parecía adoptar un papel importante en el sentimiento de competencia parental, de manera que a medida que estas mujeres hacían una valoración más positiva de sí mismas la sensación de control parental que experimentaban era mayor. Así, como se detalla más adelante en la propuesta del modelo teórico, estos datos son coherentes a los de otros estudios que explican cómo las personas con baja autoestima son más vulnerables al fracaso (DiPaula y Campbell, 2002), por lo que su percepción de control ante el desempeño de sus funciones parentales resulta más negativa que la del resto de progenitores, sobre todo en estos contextos donde la problemática familiar es muy acusada.

Para finalizar con este apartado, se examinó el grado de **cohesión familiar** percibido por las adultas responsables de estas familias. Si bien es cierto que esta dimensión define el funcionamiento familiar que impera en estos hogares, vamos a tratarla en este apartado por ser una valoración particular que hacen las madres de los vínculos afectivos existentes entre los miembros que componen el sistema familiar. En distintos trabajos se demuestra que los miembros de la familia perciben la cohesión familiar de forma diferente (Noller y Callan, 1986), por eso la interpretación de los datos debe estar sujeta al informante, en este caso, las adultas.

En líneas generales, la percepción que las madres de las familias en situación de riesgo tienen con respecto al grado de cohesión familiar resultó ser muy variada: al igual que sucedía con los indicadores personales de autoestima y controlabilidad parental, se encontraron desde hogares muy cohesionados a otros con niveles muy reducidos de vinculación emocional. Si bien es cierto que este trabajo no ofrece datos comparativos que posicionen a estos hogares en un extremo u otro, no se puede decir que este estudio descriptivo reflejara familias poco unidas e integradas. En general, las investigaciones avalan la hipótesis de que la constelación de factores de riesgo supone una amenazan para el funcionamiento familiar saludable, por lo que los resultados encontrados en estos entornos fueron inesperados (Gwynne et al., 2009; Pelcovitz et al., 2000). No obstante, cabe destacar que Jiménez (2009) encontró resultados muy parecidos a los presentados en este trabajo. Así, la cohesión familiar se asume como un indicador positivo que facilita el cumplimiento de las funciones familiares para y con los adultos y los menores (Bradley, 2002; Musitu et al., 2007; Shek, 1997). Este hallazgo tiene que ser considerado un elemento fortalecedor presente en estos hogares, en la medida en que puede ayudar a minimizar los efectos negativos asociados a las situaciones de adversidad que se presentan en estos contextos. Este resultado debe estar sujeto a las características de evaluación de la dimensión, así como a las de la muestra:

1. La elección del informante: como apuntábamos anteriormente, los estudios evidencian discrepancias importantes a la hora de evaluar el funcionamiento familiar, de tal modo que las mujeres adultas suelen ser las que presenten una percepción más positiva del ambiente familiar (Niemi, 1968, 1974; cits. en Noller y Callan, 1986; Smith, 1996). Por

consiguiente, es posible que si se hubiera considerado la percepción de los menores u otros adultos, los resultados fueran diferentes.

2. Familias usuarias de los SS.SS.CC: el historial de estas familias reflejaba una trayectoria de intervención no puntual. El hecho de que la muestra estuviera conformada por familias participantes en programas de intervención familiar y que recibieran en muchos casos una atención individualizada desde hace tiempo, podría llevar a interpretar este resultado como un indicador de mejora tras el trabajo realizado y no tanto como una característica distintiva de las familias en situación de riesgo. En este sentido, los resultados quizás hubieran reflejado una realidad familiar distinta si se hubieran controlado los años de permanencia en el servicio.

3. Evolución de las trayectorias de riesgo: el trabajo de Roosa y colaboradores (1996) evidencia que la percepción que las madres tienen acerca de la cohesión familiar está sujeta al número de sucesos estresantes experimentados en los últimos meses. En este sentido, un seguimiento temporalizado de la evolución del riesgo psicosocial de estas mujeres y sus familias hubiera permitido llevar a cabo una descripción más detallada y precisa de esta dimensión.

Por último, un examen de esta dimensión según el nivel de intervención familiar recibida, indicó que los hogares percibidos por las madres como más cohesionados fueron aquellos con los que se estaba desarrollando un trabajo preventivo a nivel primario frente a aquellos que recibían uno secundario o terciario. Como se puede comprobar, estos resultados están en consonancia con los ofrecidos en torno a las trayectorias de riesgo individual y familiar presentadas en el apartado anterior. Por consiguiente, los datos de este trabajo se sitúan en la línea defendida por Smith (1996), el cual considera la cohesión familiar como un elemento diferenciador entre las familias que reciben intervenciones más especializadas (e incluso terapéutica) de las que no.

Capítulo 13.

Los adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial.

Como se ha comentado en el marco teórico de este trabajo, la adolescencia se considera una etapa de cambios en todas las esferas del funcionamiento del menor (Hoffman et al., 1996) así como un periodo de transición para la familia (Roldán, 1998). Si bien es cierto que en la evidencia empírica disponible prima la continuidad frente a la inestabilidad personal y familiar, no se puede negar la existencia de una serie de cambios que fuerzan a estos menores y a sus familias a buscar un equilibrio y que, en este proceso, suelen ser frecuentes ciertas tensiones y dificultades (Palacios y Rodrigo, 1998; Van Geert, 1994, cit. en Oliva y Parra, 2004).

Al hilo de esta argumentación, los profesionales señalan que la adolescencia de los menores que viven en familias en situación de riesgo psicosocial resulta más complicada y difícil que para otros chicos y chicas (Aneshensel y Gore, 1991). No obstante, se desconoce hasta qué punto las condiciones de vida de estos jóvenes son diferentes a la de otros menores que no están recibiendo una atención familiar en materia de preservación y fortalecimiento familiar. Éste es uno de los intereses principales de esta Tesis Doctoral, por ello en este capítulo se discuten los resultados relacionados con los siguientes objetivos generales y específicos.

Obj 2. Analizar las características psicosociales de los adolescentes que crecen en familias en situación de riesgo psicosocial.

- 2.1.Explorar cuantitativamente y cualitativamente el estrés psicosocial de los adolescentes en riesgo.
- 2.2.Estudiar los problemas de internalización y externalización de los adolescentes en riesgo.

Obj 3. Comprobar si los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. presentan un perfil de riesgo psicosocial diferenciado del resto de menores.

- 3.1.Examinar las diferencias entre los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación desde un enfoque holístico e integrador.
- 3.2.Explorar las diferencias entre los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación en las dimensiones personales (estrés psicosocial y problemas de ajuste) y familiares (socialización parental) consideradas en este estudio.

La estructura que sigue este capítulo es la siguiente: primero se presenta un análisis holístico e integrador de los adolescentes que han participado en este trabajo de investigación (1.), para posteriormente llevar a cabo un examen más pormenorizado de los indicadores personales de estrés psicosocial y problemas de ajuste de los chicos y las chicas de familias en situación de adversidad en comparación con sus iguales (2.).

1. Una aproximación holística al estudio de la adolescencia.

Como se ha detallado anteriormente, la literatura científica coincide en describir a las familias en situación de riesgo psicosocial como un grupo hetereogéneo en cuanto a su grado de adversidad (Coleman y Jenson, 2000). El nuevo enfoque de intervención para estos contextos, regulado por los principios de la preservación y el fortalecimiento familiar, que se sigue en los dispositivos públicos de apoyo en atención a familias y menores, ha favorecido que se amplíe el ámbito de la intervención de sectores específicos de la población (situaciones de maltrato o desventaja socio-económica) a todos los hogares con dificultades para promover las competencias y satisfacer las necesidades de sus miembros (De Paúl y Arruabarrena, 2001; Hidalgo, Menéndez, et al., 2009; Jiménez, 2009; Rodrigo et al, 2008). La apertura del sistema a la intervención con familias con menor nivel de riesgo conlleva la pregunta: ¿hasta qué punto los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC. comparten características con otros iguales de familias que no están siendo objeto de una intervención por razones de preservación familiar? Con el objetivo de aclarar esta cuestión, en este apartado se discuten los datos extraídos de los análisis de conglomerados presentados en el Capítulo 10 y se comprueba si la evidencia empírica de este trabajo permite hablar de un perfil psicosocial y familiar diferenciado de los menores de familias en riesgo frente a los que proceden del grupo de referencia o comparación.

El tratamiento conjunto de los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los menores del grupo de comparación pusieron de manifiesto la existencia de dos tipologías, la primera conformada por dos clústers y la segunda por cuatro. Los resultados de ambas agrupaciones corroboran algunas de las conclusiones extraídas en estudios previos y aportan información relevante acerca de la caracterización de los adolescentes de las familias en situación de riesgo. A continuación se discuten los resultados en el intento de responder a tres preguntas específicas: ¿ser adolescente de una familia usuaria de los SS.SS.CC. es una característica definitoria para la conformación de los grupos?; ¿los grupos con mejores índices personales y familiares se diferencian de aquellos con peores niveles de adaptación en la condición de estar recibiendo una intervención por razones de preservación familiar?; y ¿cómo se reparten los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los de comparación en los grupos conformados?

Para la primera pregunta, **¿ser adolescente de una familia usuaria de los SS.SS.CC. es una característica definitoria para la conformación de los grupos?**, se examinó a los menores que integraron las agrupaciones de las dos tipologías propuestas. En relación a la solución de dos clústers, se observó que la condición de las familias (ser o no usuaria de los SS.SS.CC.) sí marcaba la asignación a un grupo determinado. En consonancia con estos resultados, la tipología de cuatro clústers mostró dos grupos conformados preferentemente por adolescentes de familias usuarias de Servicios de preservación familiar, un tercero integrado en mayor medida por menores de familias no usuarias, y finalmente un cuarto en el que la condición de pertenencia a los SS.SS.CC. no mostró ser determinante para la conformación del grupo. Por consiguiente, estos resultados ponen de manifiesto algo que se apuntó anteriormente, a pesar de que la etiqueta de ser usuarias de los SS.SS.CC. engloba a hogares con perfiles muy diferentes entre sí, ésta parece ser una característica distintiva de estas

familias cuando sus datos se combinan con los de otras que no son objeto de tal intervención. Como se verá en páginas posteriores, la composición de los grupos no puede atribuirse al hecho de recibir o no intervención sino más bien a las razones que motivan y hacen necesaria la intervención por parte de los SS.SS.CC.

En relación a la segunda pregunta, **¿los grupos con mejores índices personales y familiares se diferencian de aquellos con peores niveles de adaptación en la condición de estar recibiendo una intervención por razones de preservación familiar?**, se observó que los grupos de ambas tipologías con un perfil más desfavorable se conformaban mayoritariamente por adolescentes de familias que estaban recibiendo una intervención por parte de los SS.SS.CC., mientras que los grupos con índices más adaptativos se componían preferentemente de los chicos y las chicas de la muestra de comparación. Este hecho ocurrió en ambas tipologías, no obstante, es necesario puntualizar que en la agrupación de cuatro clústers hubo un grupo denominado "adolescentes con ajuste medio y madres autorizativas" que estaba constituido tanto por jóvenes de la muestra de familias usuarias como de las no usuarias de los SS.SS.CC. Resulta conveniente destacar que este grupo presentaba un grado de acumulación de SVE intermedio en comparación con el resto de los grupos. Por consiguiente, se podría concluir que, desde una aproximación holística, el acercamiento entre la muestra de riesgo y de comparación venía determinado porque existían adolescentes que presentaron niveles intermedios de adaptación personal y familiar en ambas.

Acorde con la revisión teórica, estos resultados aportan evidencias de dos hallazgos. Primero, en líneas generales, el perfil personal y familiar de los menores que vivían en situaciones que requerían una intervención resultaba menos adaptativo que el de otros que crecían en hogares que no recibían ayuda de los Servicios de preservación familiar (Rodrigo et al., 2004; Svedin et al., 2005). Segundo, la pluralidad de las familias usuarias de estos Servicios condujo a que se encontrara desde hogares con una problemática muy acusada hasta otros en los que el grado de adversidad resultaba similar al de la muestra de comparación. Respecto a esta última conclusión, Rodrigo y colaboradores (2008) señalan que para el trabajo con familias en situación de dificultad es importante considerar el riesgo como un continuo de normalidad (bajo, medio y alto). Estos autores descartan que todas las familias "normales" tengan todos los factores a su favor o que las familias en riesgo posean todos los factores en su contra, es decir, es una cuestión de grado y no de todo o nada, por lo que a veces entre unas y otras se comparten más características de las que se espera. Esta argumentación podría estar explicando que, en la tipología de cuatro clústers, el conglomerado denominado "adolescentes con ajuste medio y madres autorizativas" se constituyera equitativamente por menores de las dos muestras de estudio. No obstante, hay que recordar que este hecho se produjo en la conformación de un grupo con puntuaciones medias en indicadores personales (estrés psicosocial y problemas de conducta) y no en aquel con resultados de adaptación más favorables, el cual quedó integrado principalmente por familias de la muestra de comparación.

Por último, los datos que permiten dar respuesta a la tercera de las preguntas planteadas, **¿cómo se reparten los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los de comparación en los grupos conformados?**, indicaron que los menores de familias que estaban recibiendo una intervención familiar por parte de este dispositivo presentaban condiciones de

vida muy diferentes entre sí. Asimismo, los jóvenes en riesgo se distribuyeron equitativamente en los clústers de las dos agrupaciones conformadas, algo que no sucedió con los del grupo de comparación. Así, respecto a la tipología de dos clústers, el porcentaje de menores en riesgo fue muy similar en el grupo de bajo estrés psicosocial, ajustados y con madres afectuosas e implicadas (C2) y en el clúster opuesto (C1). En consonancia con estos resultados, la tipología de cuatro clústers ofreció resultados muy parecidos, distribuyéndose casi por igual entre los dos grupos con peores niveles de adaptación personal y familiar (C3 y C4) y los otros dos que describían perfiles más favorables (C1 y C2). Dicha hetereogeneidad no se puso de manifiesto en la muestra de adolescentes de comparación, cuya representatividad fue siempre mayor en las agrupaciones más adaptativas de ambas tipologías.

Los resultados de los jóvenes de familias usuarias van en la línea de la reflexión planteada por Rodrigo y colaboradores (2008), en cuanto a que el riesgo psicosocial no se presenta de la misma manera en todos los hogares de este colectivo. Como se ha podido comprobar, la variabilidad del riesgo es una de las características más presentes en los estudios de preservación familiar (Hidalgo, Lorence et al., 2009; Jiménez, 2009). Sin duda, dicha hetereogeneidad ha sido favorecida por algo que se ha dicho varias veces en este trabajo, un cambio en la filosofía de la intervención con familias. Así, se ha pasado de un enfoque basado en la teoría del déficit y dirigido casi exclusivamente a contextos familiares que suponían una grave amenaza para la seguridad y bienestar de los menores, a formas de atención y actuación menos restrictivas, de carácter preventivo y encaminadas a la promoción de la parentalidad positiva, que abren el campo de la intervención a familias con una problemática menor a la comentada (Hidalgo, Menéndez, et al., 2009; Rodrigo et al., 2008). Esta argumentación puede explicar la variedad de situaciones familiares encontradas en esta investigación.

En conclusión, tomando en conjunto todo lo expuesto anteriormente, se puede afirmar que este trabajo aporta evidencias empíricas a nivel holístico acerca de la existencia de un perfil diferente para los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. y los menores del grupo de comparación. Sin dejar a un lado la hetereogeneidad del riesgo encontrada en la muestra principal de estudio, los resultados indican que los menores que crecen en estos hogares presentan en conjunto una caracterización psicosocial y familiar más desfavorable que la de otros iguales.

Estos hallazgos deben ser considerados en el marco de un análisis holístico, en el que se han evaluado tres dimensiones concretas de la adolescencia: estrés psicosocial, problemas de ajuste y socialización parental. Posiblemente, la inclusión de otras dimensiones en estos análisis que han probado ser relevantes en los contextos en riesgo (por ejemplo, estrategias de afrontamiento, apoyo social o estrés parental) podría ofrecer una visión más completa de la realidad de estos hogares. A continuación, este análisis integral se completa con un análisis específico en el que se discuten los resultados extraídos de la comparación de ambos grupos de adolescentes dimensión por dimensión.

2. Un análisis específico de las características psicosociales de los adolescentes.

Si bien es cierto que el análisis holístico de la adolescencia realizado en el apartado anterior pone de manifiesto que, en términos generales, el perfil psicosocial de los menores que crecen en contextos de riesgo resulta más desfavorable para éstos que para los del grupo de comparación, se desconoce cuáles son las características específicas que definen a los primeros. En la medida que se conozcan las particularidades que describen a los menores de estas familias, se podrán diseñar programas de apoyo capaces de dar respuesta a la hetereogeneidad encontrada y, por tanto, a las necesidades de estos chicos y chicas (Heggerler et al., 1992). Para ello, en este apartado se pretende aclarar con mayor detalle cuáles son las características que definen a la muesta principal de estudio en torno a los dos indicadores personales considerados en este trabajo: el estrés psicosocial (2.1.) y los problemas de ajuste (2.2).

2.1. Estrés psicosocial.

La adolescencia, como etapa de la vida caracterizada por profundas transiciones en la conducta emocional, intelectual, sexual y social de los seres humanos, es considerada por muchos autores como un periodo especialmente vulnerable a la experimentación de estrés psicosocial. Este hecho ha sido una de las causas principales de que existan tantas investigaciones centradas en esta dimensión durante la adolescencia. Como se comentó en el marco teórico, este trabajo se ocupa de una de las parcelas dentro del campo del estrés psicosocial: las circunstancias de estrés o acontecimientos vitales estresantes que amenazan el bienestar y el desarrollo saludable de los menores (Grant et al., 2006).

El análisis del estrés psicosocial se examina atendiendo a dos enfoques muy distintos entre sí pero a su vez complementarios. En primer lugar, el enfoque cuantitativo que estudia la incidencia y la afectación emocional de los SVE desde un punto de vista acumulativo. En segundo lugar, la perspectiva cualitativa centrada en el análisis específico de las circunstancias estresantes experimentadas así como del impacto que genera cada una de ellas por separado. A continuación se discuten los resultados más relevantes obtenidos en este trabajo de investigación atendiendo a ambos enfoques de análisis.

2.1.1. Análisis cuantitativo.

Durante la adolescencia, los estudios centrados en estrés psicosocial observan un crecimiento considerable en el afrontamiento de circunstancias estresantes, considerando esta etapa de mayor vulnerabilidad que la infancia (Brooks-Gunn, 1991; Ge et al., 1994). Esta evidencia resulta especialmente llamativa en los contextos de riesgo, donde las condiciones de vida conllevan que los menores sean más propensos a experimentar estrés psicosocial en comparación con otros iguales (Evans y English, 2002; Guerra et al., 1995; Jiménez, 2009; Wadsby et al., 2007).

Un análisis cuantitativo de las **circunstancias estresantes** en este trabajo apoya la evidencia empírica disponible. Así, los resultados ponen de manifiesto que los adolescentes que crecían en familias usuarias de los SS.SS.CC. afrontaron en los últimos cinco años una tasa de SVE mayor que los menores del grupo de comparación. Estas diferencias fueron más claras cuando se representaron los percentiles de las dos muestras de adolescentes. Resultó llamativo que la media de los SVE en adolescentes en riesgo se encontrara por encima del percentil 75 obtenido por los del grupo de comparación. Es decir, el establecimiento de los tres grupos de estrés psicosocial en función de los descriptivos hallados indicó que la mitad de los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. se situaba en el grupo de estrés alto de la muestra de comparación. Estos resultados se encuentran en consonancia con un trabajo anterior a éste, en el cual se evidencia la alta incidencia de SVE que afrontan los menores que crecen en contextos de riesgo (Lorence, 2008).

Sin duda, estos hallazgos pusieron de manifiesto la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC. en relación a la experimentación de estrés psicosocial. Resulta evidente que la adolescencia en estos contextos está asociada a la vivencia de circunstancias estresantes, por lo menos en mayor medida que otros iguales. Tanto es así que la concentración de SVE resultó ser en este trabajo un indicador distintivo de las diferentes tipologías conformadas, concentrándose los menores de familias usuarias en aquellos grupos que destacaban por una mayor problemática de estrés psicosocial. Los estudios disponibles dan varias explicaciones a este hecho, entre las cuales destaca que las familias en situación de adversidad afrontan un mayor número de SVE como consecuencia de los procesos de riesgo y vulnerabilidad en los que se ven implicados (Kraemer et al., 1997). Como anticipaba Rutter (1987, cit. en Menéndez, 2003), las dificultades en estas familias no aparecen de forma aislada, sino que en muchas ocasiones la insuficiencia de recursos personales y sociales propicia la aparición de otras nuevas. La experimentación de sucesos graves en la familia tiende a incrementar el número de eventos estresantes cotidianos experimentados por cada uno de sus miembros, lo que incluye también a los menores adolescentes que conviven en estos hogares (Compas et al., 1989).

Por otra parte, también es importante destacar que se encontró una alta variabilidad en las respuestas de la muestra de riesgo, hallando desde menores que no experimentaron ningún suceso estresante hasta adolescentes que afrontaron 14 de las 15 circunstancias de estrés contempladas en el instrumento de evaluación. Este dato puso de manifiesto nuevamente algo que ya se ha tratado anteriormente, la hetereogeneidad del riesgo en la muestra de familias usuarias de los SS.SS.CC., esta vez en torno a la acumulación de SVE experimentados por los chicos y las chicas adolescentes.

Seguidamente, se tiene en cuenta los hallazgos de las diferencias encontradas, a nivel inter e intra-grupal, en torno a esta dimensión psicosocial atendiendo a la edad y el sexo de los adolescentes. Antes de discutir tales resultados, conviene destacar que la escasa evidencia empírica previa al respecto ha dificultado llevar a cabo una discusión minuciosa sobre algunas cuestiones relacionadas con el tema.

Desde esta posición, esta investigación puso de manifiesto que la vulnerabilidad al estrés psicosocial de los adolescentes que, por razones de preservación familiar, recibían una

intervención familiar por parte de los SS.SS.CC., fue mayor a la de otros iguales que crecían en condiciones más favorables, independientemente del sexo de los menores. Además, se observó la existencia de un patrón compartido en las dos muestras en el grado en que los chicos y las chicas experimentaban SVE, no encontrándose diferencias entre unos y otras. Estos datos parecen ir en consonancia con los encontrados en estudios previos sobre la adolescencia en contextos adversos (Fluori y Tzavidis, 2008; Jiménez, 2009; Lorence et al., 2009) y comunitarios (Jiménez et al., 2008; Oliva, Jiménez et al., 2008).

Por otra parte, los adolescentes en riesgo también presentaron un índice acumulativo de estrés psicosocial más elevado que los de comparación a todas las edades, excepto a los 16 y 17 años. A estas edades, los resultados pusieron de manifiesto que la acumulación de SVE experimentada en los últimos cinco años fue la misma para unos y para otros. Un análisis independiente de las dos muestras de estudio indicó diferencias en el curso evolutivo seguido en ambos tipos de adolescentes. Así, mientras que la concentración de SVE fue similar en el grupo de las familias usuarias de los SS.SS.CC. para los tres tramos de edad, los resultados arrojaron diferencias entre el periodo inicial y tardío de la adolescencia en el grupo de comparación. Concretamente, los datos indicaron que la experimentación de circunstancias estresantes fue mayor en el segundo que en el primero. Este último resultado puede estar explicando por qué en la adolescencia tardía confluyen los datos relativos a la vivencia de SVE entre los menores de los dos contextos familiares analizados.

Con intención de explicar lo que ocurre en estos últimos años se alude a la búsqueda de la autonomía, conviene recordar que es uno de los logros evolutivos más característicos de esta etapa evolutiva. Conforme los menores crecen, la ganancia en autonomía emocional, conductual y cognitiva conlleva la apertura a nuevos contextos de socialización (Steinberg y Silk, 2002). La inmersión en nuevos entornos sociales y las relaciones con otras personas ajenas a la familia puede incrementar las probabilidades del menor a experimentar SVE. Por ejemplo, se ha demostrado la importancia que adquieren los iguales conforme los adolescentes crecen (Oliva et al., 2002). El contacto diario con otros iguales favorece la aparición de sucesos estresantes relacionados con el engaño, la traición y el rechazo de los amigos y amigas. Resulta evidente que los adolescentes, por tanto, vivencian un número de circunstancias estresantes más elevado en la adolescencia tardía que en otros periodos, debido a una mayor experimentación de experiencias vitales. Sin embargo, tal y como se ha comentado anteriormente, este resultado solo se ha observado en el grupo de comparación y no en el de riesgo. Posiblemente, el incremento de SVE a estas edades en éstos últimos no haya sido tan notorio como en los primeros por dos razones: primero, partían de una experimentación de SVE más elevada y, segundo, es posible que las condiciones de vida de estos menores les haya llevado a una inmersión en contextos de socialización ajenos a la familia antes de lo esperado normativamente.

Por último, los profesionales están de acuerdo en señalar que la relevancia de los SVE para el desarrollo adolescente no reside únicamente en su frecuencia, sino que es asimismo importante evaluar la percepción subjetiva del **impacto emocional** de dichos sucesos (Casullo, 1998). A este respecto, en este trabajo no se han encontrado diferencias entre los adolescentes en riesgo y el grupo de comparación, es decir, ambas muestras presentaron un

nivel de afectación emocional similar en la vivencia de cada circunstancia de estrés. Estos resultados están en consonancia con los hallados en el estudio anterior a éste (Lorence, 2008) y el de Jiménez (2009). No obstante, no se puede obviar que la frecuencia de estos sucesos en la muestra de riesgo resultó bastante más alta, no siendo lo mismo que un adolescente afronte cinco sucesos estresantes en los últimos años con una afectación emocional media a que otro adolescente vivencie tres o cuatro circunstancias estresantes con este mismo nivel de impacto. Además, el cálculo de esta medida no permite extraer conclusiones firmes al respecto por otras dos razones: primero, este indicador fue una media estricta del impacto emocional en cada uno de los sucesos, sin hacer distinciones acerca de la naturaleza de los mismos; en segundo lugar, porque al comparar la media de ambas muestras, no se contempló la diversidad de riesgo que presentan las familias usuarias de los SS.SS.CC.

Tomados en conjunto los resultados de estrés psicosocial, se podría decir que, aunque los adolescentes en riesgo afrontaron una mayor tasa de SVE que los de comparación, éstos vivenciaron cada experiencia estresante con el mismo impacto emocional que los últimos. A priori, este resultado parece contrario a la correlación hallada entre ambos indicadores, la cual muestra que los jóvenes con más sucesos estresantes fueron quienes, por término medio, informaron de un mayor impacto emocional. Sin embargo, y tomando como referencia el trabajo de Jiménez (2009), si se tiene en cuenta cómo se calculan en este instrumento ambas medidas de estrés psicosocial, la suma del impacto emocional generado por el número de eventos en la muestra de adolescentes en riesgo da como resultado un saldo final de mayor afectación negativa que la experimentada por el grupo de iguales. Con esta reflexión, los resultados de este trabajo están en la línea de lo que señala la teoría acumulativa del riesgo: los efectos negativos de la experimentación de un evento estresante se agravan en la medida que las personas vivencian un mayor número de circunstancias de estrés (Rutter, Tizard y Whitmore, 1970; cit. en Atzaba-Poria et al., 2004).

Por otra parte, los análisis llevados a cabo para estudiar las diferencias en función del sexo y la edad de los adolescentes fueron muy concluyentes. La condición de ser chico o chica no resultó ser una característica que diferenciara el impacto emocional de los menores de las familias usuarias de los SS.SS.CC. frente a los de comparación. Sin embargo, este indicador sí arrojó diferencias según el sexo del adolescente cuando las comparaciones se desarrollaron dentro de cada muestra, de tal modo que las chicas mostraron, por término medio, sentirse más afectadas por la vivencia de cada suceso que los chicos. Además, este resultado se replicó en las dos muestras de adolescentes. Esto último está en consonancia con aquellos estudios previos que encuentran una mayor vulnerabilidad de las chicas, en comparación con los chicos, a sufrir las consecuencias negativas de la acumulación de SVE, tanto en población en riesgo (Jiménez, 2009; Lorence et al., 2009) como normativa (Jiménez et al., 2008), aunque no con otros (Kim et al., 2003; Oliva, Jiménez et al., 2008). La diferenciación encontrada en torno al sexo puede ser justificada desde la teoría de que las adolescentes tienen formas diferentes de afrontar los problemas. Así, algunos autores sugieren que las chicas tienen una mayor tendencia a involucrarse en estrategias de afrontamiento negativas que promueven una mayor vulnerabilidad ante las adversidades (Spence et al., 2002). Asimismo, Compas y colaboradores (1993) plantean que los chicos prefieren usar estrategias de distracción emocional ante las dificultades, mientras que las chicas suelen focalizar su atención en el problema. En otra línea

de argumentación, este resultado también puede ser explicado desde la hipótesis de que son las chicas las que suelen dedicarle más tiempo a reflexionar acerca de lo que ocurre en sus vidas, y por consiguiente a sufrir más por las consecuencias de vivir experiencias negativas (Nolen-Hoeksema, 1994).

Referente a la edad, y en consonancia con lo ocurrido con el sexo, la vivencia emocional de los SVE experimentada por los menores en riesgo fue la misma que en los de comparación en los tres periodos de la adolescencia. En este caso, los análisis intra-grupales tampoco arrojaron diferencias entre las dos muestras en el curso evolutivo de esta dimensión, resultando la afectación emocional promediada experimentada de cada suceso similar en la adolescencia inicial, media y tardía para los adolescentes en riesgo y los de comparación.

En definitiva, y centrándonos en la muestra de familias usuarias de los SS.SS.CC., se concluye que los adolescentes de estas familias resultaron más vulnerables que otros jóvenes a experimentar SVE, especialmente los que tenían edades comprendidas entre los 11 y los 15 años. Los datos de impacto emocional fueron poco clarificadores, por lo que es importante tener en cuenta la interpretación cualitativa que se hace de los resultados de este indicador en el siguiente apartado. No obstante, al igual que sucede en la muestra de comparación, los datos indicaron que las chicas se sentían más afectadas por la vivencia de cada suceso que los chicos.

2.1.2. Análisis cualitativo.

Más alla de la consideración cuantitativa y acumulativa de los SVE, los modelos transaccionales se han ocupado de resaltar la importancia de hacer un análisis cualitativo del estrés psicosocial (Grant et al., 2003). Desde esta aproximación se entiende que cualquier circunstancia problemática puede llegar a ser un estresor en algún momento, no tanto o no solo por el tipo de evento del que se trate, sino también por cómo la persona responda o afronte dicha situación (Jiménez et al., 2008). Desde esta perspectiva, es importante considerar los SVE de forma independiente y examinar el impacto emocional que ocasiona cada uno de ellos en los menores.

Atendiendo de forma específica a la relación de **circunstancias estresantes** que ocurren con mayor frecuencia en la muestra de adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC., se observó que las situaciones más predominantes fueron aquellas relacionadas con el contexto familiar (muerte de un familiar, cambio de domicilio, y peleas importantes y fuertes entre los padres). Aunque no hay apenas estudios que analicen el estrés psicosocial desde una perspectiva cualitativa en contextos de riesgo, la información general sobre las familias usuarias de los SS.SS.SS. muestra que la vulnerabilidad a experimentar estrés psicosocial por parte de estos menores se da principalmente en el ámbito familiar, ya que se trata de hogares expuestos frecuentemente a circunstancias de riesgo diversas (tales como dificultades económicas, sobrecarga de tareas y relaciones conflictivas entre padres e hijos), cuyos miembros no siempre disponen de recursos personales para afrontar estas situaciones eficazmente (por ejemplo, redes de apoyo social formal, limitadas estrategias de afrontamiento y bajo nivel educativo) (Rodrigo et al., 2007, 2012; Trigo, 1998). Los datos de este trabajo están en consonancia con esta hipótesis aunque no parecen ir en la línea de lo

observado en el estudio de Lorence y colegas (2009), en el cual se destaca la predominancia de sucesos relacionados con el contexto escolar, seguido del familiar y el personal. No obstante, un análisis específico de las circunstancias del ámbito escolar a las que se refiere este último estudio muestra que las señaladas como más frecuentes están sujetas al control del propio adolescente (cambio de compañeros, repetición de curso, cambio de centro), sucesos que, como se recordará, fueron eliminados de este trabajo para evitar un posible solapamiento con la evaluación de los problemas de conducta. Por consiguiente, las comparaciones entre el estudio previo y este trabajo en torno al estrés psicosocial deben realizarse con cierta cautela.

Por otra parte, las situaciones estresantes más frecuentes en la muestra de comparación se relacionaron tanto con el contexto familiar (muerte de un familiar, broncas importantes y fuertes entre los padres) como con el de los iguales (bronca o ruptura con uno de tus mejores amigos y engaño o ridiculizaciones de amigos), de tal modo que los adolescentes de los SS.SS.CC. coincidieron con éstos en la predominancia de situaciones estresantes provenientes del ámbito familiar, aunque en el grupo de comparación las dificultades familiares se compartieron con las del entorno de los iguales. No obstante, las situaciones del entorno familiar en el grupo de comparación presentaban una diferencia notable con las situaciones del grupo de adolescentes en riesgo en cuanto a su frecuencia, de tal modo que aunque las peleas entre los progenitores y la enfermedad o accidente grave de un familiar fueron situaciones muy frecuentes en ambas muestras de estudio, los porcentajes de menores que vivenciaban estos sucesos en el grupo de comparación siempre eran inferiores al de riesgo. A modo de ejemplo, el suceso referido a broncas y peleas fuertes entre los progenitores sucedió en el grupo de comparación en el 36.44% de los casos frente al 42.99% del grupo de riesgo.

La comparación suceso a suceso también permitió visualizar un perfil de riesgo diferenciado en los adolescentes en riesgo. En este sentido, los jóvenes en riesgo experimentaron más veces sucesos tales como divorcio o separación de los progenitores, el nuevo emparejamiento del padre o madre, el cambio de domicilio, las dificultades económicas importantes en casa, el traslado de algún familiar, los problemas de adicción de alguien cercano y la enfermedad o accidente que los del grupo de comparación. En relación a estos hallazgos, se pueden extraer dos características distintivas de los adolescentes en riesgo: la alta presencia de sucesos estresantes relacionados con el ámbito familiar y el predominio de acontecimientos de carácter no normativo (por ejemplo, dificultades económicas importantes en casa o problemas de adicción de alguien cercano).

Este último resultado está en consonancia con lo encontrado en un estudio previo (Lorence, 2008), que muestra que entre los sucesos más frecuentes entre la población adolescente de familias usuarias de los SS.SS.CC. están tanto los de carácter normativo como no normativo. Algo que no ocurre en otros adolescentes, en los que la normatividad de los eventos es la característica definitoria de las experiencias estresantes más frecuentes. Estas discrepancias entre jóvenes de familias en riesgo y no riesgo son totalmente comprensibles si se analizan los contextos familiares de los que proceden unos y otros. Así, los adolescentes del primer grupo provienen de contextos familiares detectados como situaciones de riesgo por los SS.SS.CC., mientras que los otros no han sido identificados como tales. Como ya se vió en el Capítulo 1 de este trabajo, estos contextos han sido definidos como de riesgo em gran medida por la

multitud de elementos adversos a los que están expuestos los miembros de estas familias, entre ellos sus menores. En este sentido, los adolescentes de estos hogares no solo tienen que hacer frente a los sucesos estresantes normativos propios de su edad, sino que van a tener que afrontar también otras circunstancias adversas propias de su situación de riesgo. Posiblemente, estos sucesos no normativos son los que están marcando la diferencia en frecuencia entre los de riesgo y no.

Respecto al **impacto emocional** que ocasiona cada una de las 15 circunstancias estresantes consideradas en este trabajo, los resultados pusieron de manifiesto que los eventos de mayor afectación emocional entre los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. no se caracterizaron por formar parte de un ámbito concreto. Así, para estos menores los acontecimientos más impactantes, aquellos que sobrepasaron la puntuación de 7 puntos sobre 10, fueron los referidos al ámbito personal (acoso o abuso sexual y enfermedad o accidente de importancia), familiar (enfermedad o accidente grave de un familiar y muerte de un familiar) y al grupo de iguales (engaño o traición por parte del novio). Esta diversidad no estuvo presente en el grupo de comparación, donde las circunstancias familiares resultaron ser claramente las que mostraron un grado de afectación mayor, aunque solo se evidenció a dos acontecimientos estresantes, éstos superaron los 7 puntos. Cabe destacar que estas circunstancias fueron las mismas que señalaron los jóvenes de la muestra de riesgo (enfermedad o accidente grave de un familiar, muerte de un familiar). Así pues se podría concluir que, a pesar de que los adolescentes en riesgo no mostraron sentirse afectados por sucesos de un ámbito particular, los sucesos familiares que les resultaron más impactantes fueron también aquellos que destacaron entre los jóvenes del grupo de comparación.

En lo que respecta a las diferencias en impacto emocional, suceso a suceso, entre la muestra de adolescente en riesgo y la de comparación, los resultados mostraron similitudes en todos los casos. Es decir, el impacto emocional que generaba cada una de las circunstancias estresantes evaluadas motró ser el mismo para todos, independientemente de la familia de la que procedían los menores. Estos datos están en consonancia con los comentados en el apartado anterior: las diferencias entre los adolescentes en riesgo y los del grupo de comparación son más evidentes en la frecuencia de tales sucesos que en el impacto emocional que éstos generan.

De todas las circunstancias estresantes destaca, por su grado de afectación emocional en ambas muestras de estudio, la referida a la muerte de un familiar. En consonancia con los datos encontrados, los estudios previos que han desarrollado un análisis cualitativo del estrés psicosocial han destacado este suceso entre los estresores de mayor impacto emocional, tanto en población comunitaria (Oliva, Jiménez et al., 2008; Jiménez et al., 2008) como en contextos de riesgo (Jiménez, 2009; Lorence, 2008; Lorence et al., 2009). Si se tienen en cuenta tanto la frecuencia como el impacto, esta circunstancia fue la que afectó a un mayor número de adolescentes, ya que le ocurrió a más del 50% de los menores de las dos muestras de estudio y fue de las que ocasionó un mayor impacto emocional.

Siguiendo en esta línea de interpretación, y tomando en consideración los datos de frecuencia e impacto en un mismo conjunto, la literatura desarollada en torno al estrés psicosocial indica que, a pesar de que existen algunos sucesos muy frecuentes que acarrean un

alto impacto emocional (por ejemplo, la muerte de un familiar) lo lógico es que aquellos que se dan en menor número de ocasiones sean los que resultan más impactantes (Jiménez et al., 2008; Oliva, Jiménez et al., 2008). Como indicó Casullo (1998), los acontecimientos no normativos (poco frecuentes) son importantes fuentes de estrés psicosocial por relacionarse con hechos imprevisibles e inesperados para los que la persona, en este caso el menor, no suele estar lo suficientemente preparado, y consecuentemente, acarrean un impacto emocional diferente al de los normativos (muy frecuentes). Esta explicación parece ir en consonancia con los datos encontrados en los adolescentes del grupo de comparación, estando los sucesos que generaban puntuaciones más elevadas en impacto emocional[22] (enfermedad o accidente grave de un familiar, divorcio o separación de tus padres, engaño o traición por parte de tu novio y enfermedad o accidente de importancia) entre los menos experimentados. Así, por ejemplo las tres últimas circunstancias referidas en el paréntesis presentaron una frecuencia de menos del 11 por ciento. En líneas generales, los datos también avalaron esta explicación en la muestra de riesgo, de tal modo que se observó que de los cuatro sucesos que reunían una puntuación en impacto mayor a 7 puntos (acoso o abuso sexual, enfermedad o accidente grave de un familiar, enfermedad o accidente de importancia o engaño o traición por parte de tu novio/a), tres de ellos se situaron al final del listado de aparición de los sucesos (ordenado de mayor a menor), excepto el referido a la enfermedad o accidente grave de un familiar.

Aparte de la muerte de un familiar, se encontró otro suceso en ambas muestras que no parecía seguir la lógica de la frecuencia e impacto señalada en el párrafo anterior: el nuevo emparejamiento de la madre o el padre. Esta situación se dió en algo menos del 6% de la muestra y presentó la media en impacto emocional más baja de todos los sucesos. Una posible explicación a este hecho puede venir de la normalidad dada en los últimos años al hecho de poder rehacer la vida en pareja tras un divorcio o separación. En este sentido, puede estar ocurriendo que los jóvenes estén interpretando de forma positiva, o al menos no negativamente, el hecho de que su padre o madre tenga una nueva pareja y por consiguiente no afecte negativamente a su estado emocional. Cabe destacar que esta argumentación es simplemente una posible hipótesis para intentar explicar los resultados encontrados, pero que en ningún caso ha podido ser contrastada con la información obtenida en este trabajo o con estudios previos.

Por tanto, el análisis cualitativo del estrés psicosocial evidenció también un perfil distinto para los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. en cuanto a la alta presencia de los SVE referidos al ámbito familiar y a la predominancia de acontecimientos de carácter no normativo. Acorde con la evidencia empírica, los resultados en torno al impacto emocional que genera cada suceso no fueron muy clarificadores. Sin embargo, los resultados de este estudio sí permiten afirmar que las similitudes entre la muestra de adolescentes en riesgo y la de

[22] El suceso "muerte de un familiar" no se presenta en este listado ni en el que aparece en líneas posteriores cuando se habla de los datos del grupo de riesgo, ya que como se ha comentado previamente se ha demostrado que la interpretación de los datos de frecuencia e impacto sigue una lógica diferente a lo que marca la literatura sobre estrés psicosocial.

comparación fueron más evidentes que las diferencias, en el sentido de que tanto unos como otros manifestaron que los sucesos de mayor impacto eran los menos frecuentes.

Si bien es cierto que estos resultados permiten extraer algunas conclusiones interesantes, no se puede negar que en esta investigación no se han incluido otros indicadores muy presentes en las investigaciones de estrés psicosocial. Como ya se comentó en la introducción, el impacto que acarrea un evento por sí solo se relaciona, entre otras cosas, con el tipo de interpretación que se haga del mismo, si va acompañado de otras circunstancias estresantes y de las estrategias de afrontamiento y las características individuales que determinan el grado de vulnerabilidad de la persona (Canalda y Carbonés, 2005). En este sentido, sería interesante seguir profundizando en el estudio del estrés psicosocial en contextos de riesgo teniendo en cuenta los aspectos señalados.

2.2. Problemas de ajuste.

En este apartado se discuten los principales hallazgos obtenidos en relación a los problemas de ajuste de los adolescentes de contextos en riesgo psicosocial. Para ello, se ha utilizado el instrumento de evaluación multiaxial YSR (Achenbach, 1991), tal y como se comentó en el capítulo de metodología. Este inventario define, por un lado, los problemas internalizantes como aquellos comportamientos en los que se incluyen ansiedad, depresión y quejas somáticas, los cuales funcionan de forma inadaptada al producir daño o malestar en uno mismo y, por otro lado, los problemas externalizantes como los que comprenden aquellas conductas antisociales, agresivas y delictivas, las cuales manifiestan una mala adaptación a la sociedad, produciendo daños y molestias a otras personas.

Si bien es cierto que ambos indicadores se analizan en determinados momentos de este trabajo como dos dimensiones independendientes, no cabe duda que los problemas internalizantes y externalizantes presentan una **comorbilidad** bastante elevada (Reitz et al., 2005). En consonancia con estudios previos (Hoffman et al., 2004; Lemos et al., 1992a, 1992b; Lorence, 2008; Moffit et al., 2001), este trabajo ha demostrado que a medida que los adolescentes en riesgo presentaban más problemas externalizantes, la probabilidad de que tuvieran también problemas internalizantes aumentaba y viceversa.

Asímismo, las tipologías de adolescentes presentadas en el Capítulo 10, las cuales fueron conformadas atendiendo al estrés psicosocial, la socialización parental y los problemas de ajuste de los adolescentes, pusieron de manifiesto la covariación entre los dos tipos de comportamientos al definir grupos con perfiles similares en ajuste interno y externo. De este modo, en la tipología de dos conglomerados, uno se diferenció del otro en la presencia de dificultades tanto internalizantes como externalizantes, mientras que en la agrupación de cuatro, tres de los grupos presentaron niveles idénticos en ambos tipos de problemas de conducta (G1: problemas de internalización y externalización de grado medio; G2: problemas de internalización y externalización de grado bajo; G4: problemas de internalización y externalización de grado alto); solo hubo un grupo que se diferenció del resto al presentar un perfil de ajuste interno y externo algo diferente, no obstante no se puede decir que fueran opuestos (G3: problemas de internalización de grado medio y problemas de externalización de grado alto).

Por otra parte, estos resultados también pusieron de manifiesto la variabilidad en el nivel de ajuste de los adolescentes, principalmente de la muestra de riesgo que, como ya se comentó anteriormente, se distribuyó equitativamente entre los grupos de las dos tipologías conformadas. Es decir, los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. se encontraron en grupos con índices de ajuste negativo, medio y bueno. Estos datos ilustran la hetereogeneidad en el desarrollo de los adolescentes que crecen en contextos de riesgo psicosocial, mostrando la existencia de perfiles de ajuste negativo pero también la existencia de grupos de menores resistentes en situaciones difíciles (Luthar, 2006). Por tanto, y de acuerdo con Coleman y Jenson (2000), es importante que esta variabilidad sea tenida en cuenta en los modelos de intervención que se proponen para los adolescentes de familias en situación de adversidad.

En la actualidad, el estudio de la adaptación de estos chicos y chicas se desarrolla desde un modelo basado en la especificidad. Desde este punto de vista, la desadaptación o resiliencia del menor ante las dificultades no es total, sino que suele ser más bien particular y específica de áreas de funcionamiento concretas (Egeland et al., 1993; Luthar, 2006). Por ejemplo, en el trabajo de Jiménez (2009) se observa que los chicos y chicas de estas familias se agrupan en función de distintos perfiles de ajuste, de tal modo que de los tres conglomerados hallados esta autora encuentra que, menos aquel que dispone de buenos indicadores de ajuste en todas las dimensiones evaluadas (entre ellos problemas de internalización y externalización), los otros dos se diferencian, entre otras cosas, en los niveles de ajuste interno y externo. Por consiguiente, Jiménez (2009) concluye en su trabajo que los perfiles de ajuste más negativos pueden llevar asociados una problemática distintiva. La posible existencia de diferentes perfiles de ajuste adolescente en los contextos de riesgo psicosocial no ha sido apoyada por los datos de esta investigación. En este caso, como se comentó anteriormente, los adolescentes se agruparon conformando perfiles de ajuste poco variados en cuanto a las conductas internalizantes y externalizantes. Solo se evidenció una diferenciación al respecto en uno de los grupos de la tipología de cuatro clústers, denominado “adolescentes con problemas de conducta externa y madres indiferentes”, con la predominancia de los problemas de externalización frente a los de internalización. Este grupo quedó integrado por el 22.35% de los menores participantes, y preferentemente incluía a la muestra de familias usuarias de los SS.SS.CC.

Por consiguiente, en relación a los perfiles de ajuste existentes, los conglomerados obtenidos ponen de manifiesto que la comorbilidad entre los problemas de internalización y externalización predomina frente a su diferenciación. No obstante, este resultado no es característico de los adolescentes en riesgo, puesto que los análisis de tipologías desarrollados en este trabajo se hicieron entendiendo a ambas muestras como grupo único. Además, las tipologías fueron el resultado de un análisis conjunto de la variabilidad en problemas de ajuste con otras dos dimensiones de análisis: estrés psicosocial y socialización parental. En próximas investigaciones, sería interesante explorar si los perfiles de adolescentes hallados en este trabajo se replican teniendo en cuenta solo la dimensión de ajuste (los problemas externalizantes e internalizantes) y la muestra principal (grupo de adolescentes en riesgo) de estudio.

En lo que respecta a la prevalencia de las dificultades de ajuste durante la adolescencia, los profesionales están de acuerdo con que tanto los problemas de internalización como de externalización se incrementan notoriamente en la adolescencia (Achenbach, 1990). Además, este aumento parece ser especialmente llamativo en los contextos de riesgo, donde la continua presencia de estresores hace que la adolescencia para estos menores sea particularmente difícil y adversa (Appleyard et al., 2005; Cicchetti y Toth, 1995; Costello et al., 2001; Deater-Deckard et al., 1998; Jimenez, 2009; Sameroff, 2000). Los resultados de este trabajo van en esta línea; así, se observó que para el **conjunto de problemas de conducta** (internalizantes y externalizantes), los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. presentaron un peor ajuste personal que los del grupo de comparación. Esta diferenciación se ha justificado en que los menores que crecen en contextos de riesgo se enfrentan a una serie de circunstancias estresantes poco frecuentes durante este periodo evolutivo (por ejemplo, la adicción de una persona cercana) para las cuales no están preparados dado que no disponen de la madurez psicológica y cognitiva necesarias para un afrontamiento exitoso, de modo que las consecuencias para el desarrollo adolescente suelen ser muy negativas (Aneshensel y Gore, 1991; Casullo, 1998). Además, sus familias tampoco parecen estar dotadas de los recursos personales y sociales adecuados para ayudar a sus menores a superar tales situaciones (López et al., 2007; Menéndez et al., 2012; Rodriguez et al., 2006). Este examen puso de manifiesto que los jóvenes en riesgo se diferenciaron de los del grupo de comparación para el conjunto de problemas de ajuste; sin embargo, este análisis no permitía saber si estos menores presentaban un perfil de ajuste distintivo de naturaleza externalizante, internalizante o de los dos tipos. Esta última cuestión será tratada en los dos puntos que aparecen a continuación.

2.2.1. Problemas externalizantes.

Sin duda los problemas de conducta externalizantes son los que generan una mayor alarma social, ya que éstos son fácilmente perceptibles y además suponen una actitud amenazante o dañina para terceras personas. Como se apuntó en la introducción teórica de este trabajo, la adolescencia se considera un periodo de alta vulnerabilidad para el desarrollo de este tipo de comportamientos desajustados (Abad et al., 2002; Herrero et al., 2002; Sandoval et al., 2006). No obstante, los estudios encuentran que la continuidad de tales conductas es baja, aminorando o remitiendo en la adultez (Rutter et al., 2000; Serrano et al., 1996). Además, estos comportamientos desadaptativos solo parecen adquirir niveles preocupantes en aquellos menores que ya acarreaban problemas desde la infancia (Moffit et al., 1996).

En esta línea, los resultados descriptivos de esta investigación no indicaron un desajuste externo muy preocupante en los adolescentes de las distintas familias. No obstante, la variabilidad en el perfil de ajuste externo en ambas muestras del estudio sí puso de manifiesto la existencia de una minoría de adolescentes con una problemática acusada, que requerirían de una intervención específica por parte de los servicios de apoyo a menores y familias. Este porcentaje resultó más evidente en los contextos de riesgo psicosocial, encontrando a adolescentes con una puntuación de 46 puntos de los 64 posibles en dicha subescala.

En este trabajo, los adolescentes en riesgo presentaron un perfil más desajustado a nivel externo que los de la muestra de comparación. Resultados similares se han obtenido en otras

muestras de riesgo, que han destacado por la presencia de una problemática concreta: privación socio-económica (Costello et al., 2003), violencia familiar (Kernic et al., 2003; McDonald y Jouriles, 1991), psicopatología parental (Carter et al., 2001; Gartstein et al., 2009), adicción de los adultos (Keller et al., 2008; Wadsby et al., 2007) o antecedentes penales en la familia (Farrigton et al., 2001; Van de Rakt et al., 2009). La vulnerabilidad de estos menores a experimentar problemas externalizantes puede ser explicada atendiendo a los resultados de estrés psicosocial. La concentración elevada de SVE se ha relacionado en la literatura con la presencia de este tipo de comportamientos desadaptativos en la adolescencia (Deater-Deckard et al., 1998; Sameroff, 2000). Por lo tanto, si anteriormente se concluyó que los adolescentes de situaciones familiares adversas vivenciaron un número mayor de circunstancias estresantes que sus compañeros es lógico pensar que también experimentaran más problemas de externalización. La comprobación de la relación entre ambas dimensiones de estudio será comentada en un capítulo posterior, al hilo de los datos encontrados en el desarrollo del modelo explicativo sobre la adolescencia.

Respecto al estudio de la relación entre las conductas desadaptativas y la edad y el sexo de los adolescentes, los resultados mostraron un perfil de ajuste distintivo entre los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC. y el resto. Así, las diferencias inter-grupales mostraron que la presencia de problemas externalizantes en la muestra de riesgo fue mayor a la de comparación tanto en chicos como en chicas. Estos resultados van en consonancia con un estudio previo (Lorence, 2008), el cual aporta también evidencias acerca de la problemática externa de los comportamientos de los chicos y las chicas que crecen en estos contextos. Por otra parte, no se encontraron diferencias en el análisis intra-grupal en torno al sexo. En otras palabras, el perfil de ajuste externo fue similar en los chicos y las chicas pertenecientes, por un lado, al grupo de adolescentes en riesgo y, por otro lado, al de comparación. Estos resultados están en consonancia con el trabajo previo desarrollado por esta doctoranda (Lorence, 2008), pero no con la mayoría de los estudios comunitarios que destacan la prevalencia de este tipo de conductas desadaptativas en los chicos frente a las chicas (Achenbach, 1991; García et al., 2011; Sandoval et al., 2006; Zubeidat et al., 2009) ni tampoco con otro desarrollado con población adolescente de familias usuarias (Jiménez, 2009). Cada vez es más frecuente encontrar estudios como el que se presenta que no evidencian variaciones en relación a estas dificultades en función del sexo (Parra, 2005; Reitz et al., 2005; Sánchez-Queija, 2007). Sánchez-Queija (2007) argumenta que la similitud en los niveles de ajuste externo en chicos y chicas puede deberse a una tendencia en éstas últimas a ser iguales que en los chicos en todos los ámbitos de comportamiento, incluido éste. Otros autores argumentan que la no diferenciación por sexo puede deberse más a características metodológicas de los estudios que a una evolución o cambio comportamental en los chicos y las chicas de ahora. En este sentido, la crítica metodológica más destacada es aquella que hace referencia a entender los problemas de externalización como un cajón de sastre donde se incluye una gran variedad de conductas desadaptativas. Así pues, como indica Jiménez (2009), el desgranaje de tales comportamientos en la evaluación del desajuste externo quizás permitiría establecer un patrón diferencial en función del sexo.

En relación con la edad, las diferencias encontradas indicaron que los adolescentes de familias en riesgo manifiestaron más dificultades de ajuste externo en todos los tramos de

edad que los del grupo de comparación. Estos datos mostraron que la adolescencia en estos contextos supone una etapa de vulnerabilidad para el desarrollo de conductas problemáticas externalizantes a todas las edades. El impacto de estas diferencias fue más evidente en los tramos de edad de 11-12 años y 16-17 años, en comparación con los 13 y 15 años.

El análisis evolutivo de los problemas externalizantes apoyaba la discontinuidad frente a la estabilidad. Así, se observaron diferencias en el grupo de riesgo entre la adolescencia inicial y tardía y en el de comparación entre ésta primera y la intermedia. Estos resultados no son consonantes con los estudios desarrollados que ofrecen datos acerca de la estabilidad temporal de estos desórdenes conductuales durante la adolescencia (Lorence, 2008; Sandoval et al., 2006), pero sí con aquellos que informan de un aumento de los mismos con la edad (Zubeidat et al., 2009). Concretamente, los resultados de este trabajo pusieron de manifiesto que la etapa de mayores dificultades para los jóvenes de familias usuarias de los SS.SS.CC. fue la adolescencia tardía frente a la intermedia de los del grupo de comparación. La creciente presencia de este tipo de comportamiento en éste último grupo a las edades de los 13 a los 15 años, unido a la estabilidad evolutiva encontrada en los dos primeros tramos de edad en los menores en riesgo, posiblemente esté explicando que las diferencias encontradas entre ambas muestras en el periodo de la adolescencia intermedia sean menores.

La adolescencia tardía ha destacado como el tramo de edad que presenta un perfil de ajuste externo más complicado para los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. Este resultado puede ser explicado en parte en términos de socialización parental. Como se ha comentado en el marco teórico, los progenitores suelen ir concediendo a sus hijos e hijas una mayor autonomía, descendiendo el grado de control que ejercen sobre ellos, conforme crecen (Gracia et al., 2007; Oliva, 1999). No obstante, existe la posibilidad de que las características del entorno que rodea a los menores que crecen en contextos familiares en riesgo haga de dicha concesión de libertad un peligro para su ajuste externo, pudiendo producirse un acercamiento a iguales desviados. Otra explicación posible puede estar relacionada con el efecto acumulativo de las complicadas condiciones de vida de estos chicos y chicas, generando mayores dificultades conforme los menores crecen.

2.2.2. Problemas internalizantes.

A diferencia de lo que ocurre con los problemas de comportamientos externos, las conductas internalizantes no son fáciles de valorar o identificar por otras personas que no sean las que las sufren. Estos problemas se refieren a comportamientos relacionados con la timidez, tristeza o dificultades para expresar emociones, cuya invisibilidad ha generado que su inicio en la investigación adolescente haya sido más tardío que el de los problemas externalizantes. No obstante, en la actualidad existen muchos trabajos que se han centrado en este ámbito del comportamiento y han observado que los chicos y las chicas experimentan al inicio de la adolescencia estados de ánimo más extremos y cambiantes que en otras edades (Lila et al., 2006).

Del mismo modo que ocurría en el apartado anterior, la problemática asociada a los comportamientos internalizantes no resultó ser excesivamente preocupante en ninguna de las dos muestras de estudio. De nuevo, en los datos recogidos destacó una alta variabilidad en las

respuestas de los adolescentes. Por ejemplo, en la muestra de riesgo se encontró desde un menor que no presentó ningún tipo de estas conductas a otro que puntuó en esta subescala 39 de los 62 posibles. Como se ha comentado repetidas veces a lo largo de este trabajo, la variabilidad aparece como una característica definitoria de los adolescentes que crecen en contextos considerados en riesgo psicosocial y que están bajo la atención de los Servicios de preservación familiar.

En esta investigación la presencia de dichos comportamientos resultó ser más acusada en el grupo de menores en riesgo que en el de comparación. En consonancia con el trabajo de Jiménez (2009), se evidencia que los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC. presentaban una mayor tasa de este tipo de problemas que los iguales del grupo de referencia. En la misma línea, estudios centrados en un indicador de riesgo específico han demostrado también una problemática mayor en entornos vulnerables que destacan por sus dificultades socioeconómicas (Wadsworth et al., 2005), violencia doméstica (Kernic et al., 2003; McDonald y Jouriles, 1991), psicopatología parental (Garstein, Bridgett, Dishion y Kaufman, 2009) o problemas de adicción de adultos cercanos (Keller et al., 2008). Este hallazgo puede ser argumentado de la misma manera que para los problemas de externalización: las adversidades del entorno en el que crecen estos menores hacen que las conductas a estas edades resulten más desadaptativas e insaludables a las de otros iguales que viven en condiciones más óptimas (Rodrigo et al., 2004). Cabe destacar que este resultado también es consonante al encontrado por Lipschitz-Elhawi e Itzhaky (2008), los cuales observaron diferencias al respecto al comparar a un grupo de adolescentes en riesgo y uno de no riesgo.

Referente a los análisis intra e inter-grupales en función de la edad y el sexo de los adolescentes, resulta destacable que este nivel de problemática en los menores en riesgo se mantuviera con independencia del sexo. Es decir, los problemas internalizantes fueron más evidentes en la muestra de adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. que en la de comparación tanto en las chicas como en los chicos. No obstante, cabe destacar que la diferencia entre ambas muestras resultó más baja en el caso de los segundos, siendo por tanto las menores en riesgo las más vulnerables a experimentar este tipo de dificultades. Al hilo de las argumentaciones comentadas en torno al impacto emocional de los SVE, estos resultados pueden ser explicados aludiendo a la hipótesis de que las chicas son más propensas que los chicos a desarrollar este tipo de problemas porque se preocupan más por las cosas que le acontecen (Nolen-Hoeksema, 1994). Además, la mayor capacidad de pensamiento crítico y reflexivo que predomina en las chicas puede estar relacionada con su mayor predisposición a desarrollar sentimientos negativos y obsesivos cuando ocurre algo que les preocupa (Washburn et al., 2004). Esto es más probable que suceda en situaciones familiares adversas como las que se analizan en este trabajo, ya que el número elevado de eventos estresantes experimentados las hace más propensas a desarrollar problemas emocionales que los chicos. Luthar también argumenta que las chicas suelen asumir mayores responsabilidades familiares y, consecuentemente, son más conscientes de los problemas presentes en el hogar. En otra línea de argumentaciones, algunos profesionales explican que los estresores familiares afectan más a las chicas que a los chicos, siendo para estos últimos más importantes los elementos de riesgo presentes en la comunidad (Kavanagh y Hops, 1994; Luthar, 1999). Estas cuestiones

pueden estar haciendo que las diferencias entre ambas muestras en torno a los problemas internalizantes sean más evidentes cuando se compara a las chicas que a los chicos.

Una comparación de estos datos con los obtenidos en la investigación previa de esta doctoranda revela una similitud en cuanto a la presencia de un mayor número de problemas internalizantes en el caso de las chicas en riesgo que en las de comparación, pero una discrepancia en los datos referidos a los chicos. Concretamente, el estudio previo aportó un resultado algo contradictorio con lo esperado, los chicos en riesgo presentaron un perfil de ajuste interno más positivo que el de otros menores que no vivían en tales condiciones (Lorence, 2008). Cabe destacar que el tamaño del efecto de la diferencia encontrada entre los adolescentes varones de un grupo y otro para esta dimensión fue baja pero existente. Por lo que este trabajo tampoco va en la línea de lo encontrado por Lipschitz-Elhawi e Itzhaky (2008) que, con una muestra mayoritariamente de adolescentes varones (60%), no encontraron diferencias en ajuste emocional entre los adolescentes en riesgo y los de comparación.

En consonancia con la literatura disponible, la problemática internalizante se relacionó con el sexo de los adolescentes (Achenbach, 1991; Zubeidat et al., 2009). Asimismo, los análisis intra-grupales indicaron que los problemas de internalización eran más acusados en las chicas que en los chicos en ambas muestras de estudio. Estos resultados fueron consistentes con los de otras investigaciones con población normativa (Bonger et al., 2003; Hankin et al., 1998; Lemos et al., 1992a, 1992b, 1992c, 2002; Reitz et al., 2005) y de riesgo (Aalsma y Lapsely, 2001; Jiménez, 2009). Las argumentaciones que los profesionales dan a esta diferenciación son variadas pero complementarias entre sí. Algunos aluden a una mayor vulnerabilidad emocional de las chicas a los cambios que se producen en el cuerpo por una falta de madurez para afrontarlos (Graber, 2004; Nolen-Hoeksema y Girgus, 1994). Otros argumentan que estas diferencias en torno al sexo están fundamentadas en las distintas formas que tienen los chicos y las chicas de afrontar los problemas, siendo las segundas las que tienden a involucrarse en estrategias centradas en el problema mientras que los primeros utilizan técnicas de distracción emocional (Compas et al., 1993). Otros explican estos resultados destacando la preocupación de las chicas por las relaciones interpersonales, así como la presión por alcanzar las expectativas de los iguales y de sus familias (Calvete y Cardeñoso, 2005; Graber, 2004; Parra, 2005). Algunos autores asocian la predominancia de las dificultades emocionales a los bajos niveles de competencia autopercibida que suelen presentar las chicas en comparación con los chicos (Compas et al., 1991). Por tanto, existen distintas explicaciones a esta tendencia en la literatura, aunque existen trabajos que no han hallado diferencias al respecto (García et al., 2011; Lipschitz-Elhawi e Itzhaky, 2008; Kim et al., 2003; Yakin y McMahon, 2003).

Por otro lado, los análisis inter-grupales en función la edad pusieron de manifiesto que los adolescentes en riesgo se diferenciaron de los de comparación en los periodos extremos (11-12 años y 16-17 años) pero no en el rango de edad intermedio. No obstante cabe destacar que, según los tamaños del efecto, las diferencias encontradas a los 16 y 17 años fueron menos relevantes que las halladas a los 11 y 12 años de edad. Los nuevos cambios y las demandas a las que los menores deben hacer frente con la llegada de la adolescencia tienen un documentado efecto negativo sobre el bienestar emocional (Steinberg y Silk, 2002). Según la teoría acumulativa del riesgo, cuantos más retos afronte el adolescente de forma simultánea,

más riesgo corre su bienestar psicológico (Kloep, 1999, cit. en Parra, 2005). En esta línea, la situación de los menores que crecen en contextos de riesgo se complica al tener que hacer frente a múltiples acontecimientos vitales, de carácter nomativo y no normativo, de forma simultánea. Así, la dificultad de afrontarlos todos de forma satisfactoria puede explicar la probabilidad de que éstos estén sufriendo más problemas emocionales que los del grupo de comparación en los inicios del periodo. Por consiguiente, se podría decir que la entrada a la adolescencia para los menores que crecen en hogares que están recibiendo una intervención en materia de preservación familiar resulta un momento más vulnerable para la aparición de problemas emocionales que para otros menores a estas edades.

Como se ha comentado en el párrafo anterior, el nivel medio de ajuste interno en las edades intermedias resultó similar en ambas muestras de estudio. Los resultados extraídos de los análisis intra-grupales pueden ayudar a entender qué es lo que ocurre a estas edades. El curso evolutivo de los problemas internalizantes en los adolescentes de comparación indicó un crecimiento de este tipo de dificultades entre la adolescencia inicial y media, mientras que la presencia de este tipo de conductas en los adolescentes en riesgo se mantuvo constante para los tres tramos de edad. Por consiguiente, en la línea de los resultados de externalización, la proximidad en los niveles de ajuste interno a los 13-15 años viene derivada de un crecimiento en los menores del grupo de comparación y una estabilización en los de riesgo. En comparación con la evidencia empírica disponible, los datos encontrados en el grupo de comparación sobre el curso evolutivo que siguen los problemas internalizantes durante la adolescencia son consonantes con estudios que apoyan la inestabilidad de tales dificultades (e.g., Sandoval et al., 2006), mientras que los de riesgo con otros que evidencian su estabilidad (e.g., Gaertner et al., 2010). Cabe destacar que la consideración del sexo en estos análisis específicos por edad podría explicar parte de estos resultados, ya que existen estudios que han demostrado una trayectoria evolutiva de los problemas emocionales diferente en las chicas que en los chicos (Abad et al., 2002).

Capítulo 14.

La socialización parental en adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial.

Los procesos interactivos que se desarrollan dentro del hogar son una de las características de estudio relacionadas con la dimensión relacional del funcionamiento familiar planteada por Palacios y Rodrigo (1998). Como se ha comentado en el marco teórico de este trabajo, los componentes de esta dimensión son extensos y a su vez complejos, y por tanto requieren de un análisis específico. En este sentido, este trabajo se ha centrado en el análisis de dos de ellos, la cohesión familiar y la socialización parental. El primero de ellos ha sido tratado en el Capítulo 12 de esta discusión, así que ahora la atención se centra en la socialización parental.

Antes de empezar hay que puntualizar de nuevo que este estudio de la socialización parental se hace partiendo del modelo de Musitu y García (2001), los cuales proponen su evaluación a partir de las pautas de comportamiento que presentan los padres y las madres con los hijos e hijas en diferentes situaciones de la vida cotidiana, tanto positivas como negativas (ver Anexos), siempre desde la perspectiva del menor. Como se anticipó en el capítulo de metodología, este trabajo se centra en las prácticas educativas desarrolladas por la figura materna, y no se ha considerado la labor educativa desarrollada por los progenitores varones.

El interés por la socialización parental en contextos de riesgo psicosocial no es actual, no obstante el surgimiento de Políticas de Apoyo al Ejercicio Positivo de la Parentalidad (Consejo de Europa, 2006) ha promovido que el estudio de las prácticas educativas parentales en aquellos hogares que están recibiendo una intervención psicoeducativa por parte de Servicios de preservación familiar adquiera un especial protagonismo en la actualidad. En esta línea, se discuten los resultados relacionados con el objetivo general y los específicos que se detallan a continuación:

Obj 4.Examinar el funcionamiento familiar de los hogares en situación de riesgo psicosocial.

- 4.2.Describir la socialización parental presente en estos hogares desde un enfoque dimensional.
- 4.3.Examinar desde un enfoque tipológico la socialización parental presente en estos hogares.
- 4.4.Realizar un análisis situacional de la socialización parental presente en estas familias.

La estructura que sigue este capítulo es la misma que la planteada en los resultados de socialización parental, de tal manera que la discusión se hace atendiendo a tres enfoques de análisis diferentes pero complementarios: dimensional (1.), tipológico (2.) y situacional (3.). Así como el análisis de los dos primeros se hace siguiendo los criterios y directrices del sistema de evaluación propuesto por el modelo de Musitu y García, el tercero supone un análisis complementario e innovador al estudio de la socialización parental.

1. Enfoque dimensional.

Desde esta perspectiva de análisis, la socialización parental se examina atendiendo a dos dimensiones generales: la aceptación/implicación parental, por un lado, y la coerción/imposición parental, por otro lado, que resultan de la combinación de una serie de dimensiones más concretas referidas a prácticas educativas parentales específicas (Musitu y García 2001).

Según la literatura, las familias en situación de riesgo psicosocial se caracterizan por estar sometidas a un nivel de estrés que pone en peligro el ejercicio de las funciones parentales de los adultos (Forman y Davies, 2003; Lila y Gracia, 2005). Asimismo, los estudios hallan que las prácticas educativas llevadas a cabo por los responsables de estas familias no son las más adecuadas o idóneas para el desarrollo integral de sus menores. En esta línea, existen ejemplos de estudios hechos en entornos considerados en situación de riesgo por desventaja socio-económica (Conger et al., 2000; Hoff et al., 2002). Desde el enfoque dimensional de la socialización parental, este trabajo no aportó evidencias de una diferenciación entre los adolescentes de familias usuarias de los Servicios de preservación familiar y los del grupo de comparación, de tal modo que los chicos y las chicas adolescentes procedentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. no se diferenciaron significativamente de los del grupo de comparación para el conjunto de las dimensiones generales de socialización parental. En otras palabras, los adolescentes en riesgo percibían a sus madres igual de afectuosas, implicadas, coercitivas e impositivas que sus iguales. Estos resultados no son consonantes con un estudio previo, que evidenció una percepción más negativa de la socialización parental entre estos menores en comparación con el estudio original de la baremación de la escala (Lorence, 2008).

Además, los resultados de este trabajo mostraron que las mujeres de ambas familias destacaban por la implicación y aceptación frente a la coerción/imposición parental. Si se tiene en cuenta que las prácticas educativas relacionadas con esta primera dimensión se asocian en la literatura con indicadores de bienestar personal muy positivos para los menores (e.g., García et al., 2011; Ge et al., 1996; Gonzales et al., 1996; Musitu et al., 1998; Oliva et al., 2002), la aceptación/implicación parental podría considerarse una de las fortalezas presentes en las familias en situación de riesgo.

En esta investigación se han examinado las prácticas educativas específicas que constituyen las dos dimensiones de socialización parental, para comprobar en qué medida el uso que se hace de cada una de ellas es también compartido o no. En este caso, solo se observaron diferencias entre la muestra en riesgo y la de comparación en el uso de la displicencia. Estas diferencias revelaron que, según la percepción de los adolescentes, las madres de contextos familiares en riesgo psicosocial se mostraban más despreocupadas que otras ante una situación de transgresión de norma. No obstante, cabe destacar que los datos descriptivos indicaron un uso poco frecuente de dicha práctica educativa en ambas muestras, por lo que no se puede hablar de una falta de supervisión o dejadez educativa en las responsables de las familias usuarias de los SS.SS.CC. Aunque también se observaron ciertas discrepancias en las estrategias educativas relacionadas con la indiferencia, el afecto y la coerción física, éstas no resultaron estadísticamente significativas.

Recapitulando todo lo anterior, se podría afirmar que, atendiendo al enfoque dimensional, el perfil socializador de las madres responsables de estas familias no resultó muy diferente al de otras mujeres que viven en condiciones más idóneas. A priori, estos resultados van en contra de la evidencia empírica disponible acerca de los problemas que tienen los adultos de familias en situación de riesgo para desempeñar con éxito sus funciones parentales. Este trabajo ofrece, por tanto, una visión más positiva a la esperada de las familias en riesgo en materia de socialización parental. Así, el grado de aceptación/implicación y coerción/imposición parental percibido por los adolescentes resultó el mismo para estas adultas que para otras responsables de familias que no estaban recibiendo una intervención por razones de preservación familiar. Estos hallazgos pueden ser explicados atendiendo a tres aspectos relevantes:

- Variabilidad actual del riesgo de las familias que son objeto de intervención por parte de los Servicios de preservación familiar. En la actualidad, y como se ha comentado en anteriores ocasiones, tras las recomendaciones del Consejo de Europa (2006), uno de los tres principios en los que deben sustentarse las actuaciones en educación parental desarrolladas por estos servicios es que "*todos los padres y las madres requieren apoyos para desarrollar adecuadamente sus responsabilidades parentales*" lo que supone un cambio en la filosofía de la intervención familiar, dirigiendo ésta no solo a los casos más graves sino dando oportunidades a otras familias menos vulnerables que necesiten apoyos para cumplir con éxito sus responsabilidades educativas. Esta hetereogeneidad puede estar enmascarada tras las puntuaciones medias extraídas en este trabajo. De hecho, se observó una mayor variabilidad en las respuestas de socialización parental del grupo de adolescentes que crecían en contextos de riesgo psicosocial que en los de comparación, sobre todo para la dimensión aceptación/implicación parental.

- Historial de intervención. Como se ha comentado en el Capítulo 12, la trayectoria de intervención de estas familias no suele ser puntual ni esporádica sino más bien continuada en el tiempo. Esto quiere decir que muchas de ellas llevan años de intervención y seguimiento por parte de los Servicios de preservación familiar, y han sido partícipes anteriormente de programas de educación parental. Es posible que la intervención desarrollada hasta ahora en materia de parentalidad positiva haya mejorado sus competencias y habilidades parentales, resultando éstas muy similares a las desarrolladas por otras madres que ni han sido ni son objeto de intervención por parte de los SS.SS.CC.

- La socialización parental entendida como una dimensión cambiante. Los métodos de socialización que los progenitores suelen llevar a cabo con sus menores no son estáticos en el tiempo. De hecho, algunos estudios apoyan la idea de que la socialización parental sufre variaciones ante el surgimiento de nuevas situaciones y necesidades de los miembros de la familia (veáse Freeman y Newland, 2002). Por lo tanto, a pesar de que no se han encontrado diferencias entre el patrón de socialización de las mujeres en riesgo y las del grupo de comparación, las condiciones de vida de las primeras les hace más propensas a presentar variaciones en este sentido.

La apertura del Sistema a familias con distintos niveles de riesgo así como el creciente interés por programas de parentalidad positiva en materia de atención a familias en situación de riesgo puede estar explicando la existencia de un patrón de socialización parental compartido entre la muestra de adolescentes en riesgo y la de comparación. Como se ha comentado repetidas veces a lo largo de este trabajo, las características de riesgo de las familias participantes en este trabajo no las sitúan en una situación extrema o de alto riesgo. Si bien es cierto que la revisión teórica pone de manifiesto las necesidades de apoyo e intervención familiar que requieren las familias usuarias de los SS.SS.CC. para salvaguardar el bienestar de los menores que residen en ellas, se ha destacado repetidamente que las intervenciones llevadas a cabo en materia de preservación familiar no constituyen una amenaza para la retirada del menor. Probablemente, la participación en esta investigación de familias de otros dispositivos más especializados, por ejemplo del SPM, hubiera ofrecido resultados más diferenciadores en socialización parental al comparar sus resultados con el grupo de comparación.

La socialización parental fue analizada también tomando en consideración la edad y el sexo del adolescente. Como ya sucedía en el estudio previo (Lorence, 2008), los análisis intra-grupales mostraron similitudes en función del sexo en el grupo de riesgo y de comparación en torno a la aceptación/implicación y coerción/imposición parental. Por lo que respecta a la primera, los resultados de este estudio no son coherentes con aquellos que encuentran discrepancias entre los chicos y las chicas en torno a las estrategias educativas relacionadas con esta dimensión, ni con los que evidencian un mayor uso de prácticas educativas de aceptación/implicación parental con las chicas que con los chicos (Garaigordobil y Aliri, 2012; Musitu y García, 2001) ni con otros que encuentran lo contrario (Bulnes et al., 2008). Por otra parte, la actitud fue la misma para chicos y las chicas en ambas muestras en cuanto a la coerción/imposición parenal. Si bien es cierto que se observó que los chicos del grupo de comparación percibieron a sus madres algo más coercitivas que las chicas, tal diferencia presentó una relevancia clínica despreciable. Así se podría hablar de una disciplina coercitiva por parte de las madres de comparación tanto en chicos como en chicas, quizás un análisis centrado en las prácticas (por ejemplo, del castigo físico) hubiera arrojado algún matiz diferenciador entre ambos (Musitu y García, 2001). Por otra parte, la comparación entre ambas muestras indicó diferencias en las chicas pero no en los chicos. Así las chicas de familias en situación de riesgo presentaron una puntuación más baja en esta dimensión que otros iguales que no vivían en situación de adversidad. Nuevamente estos resultados van en detrimento de las chicas, las cuales no solo presentaron en proporción con sus compañeras una mayor acumulación de SVE y un perfil de ajuste personal más complicado, sino que también describen a sus madres como menos afectuosas e implicadas en sus tareas educativas.

Referente a los datos en torno a la edad de los adolescentes, el incremento de ésta estuvo asociado, en general, a un descenso progresivo y constante de las dos dimensiones de socialización parental en los menores de las distintas familias. Estos resultados se situaron en la línea de los ofrecidos por la mayoría de los trabajos de investigación referidos al tema (Collins y Steinberg, 2006; Lorence, 2008; Musitu y García, 2001; Parra y Oliva, 2006; Shek,

2000), pero no de otros que abogan por una cierta estabilidad a lo largo de la adolescencia en los aspectos que comprenden tanto la dimensión relacionada con la aceptación (Moreno et al., 2004) como la referida al control (Paulson y Sputa, 1996). Estos resultados son explicados generalmente desde una concepción normativa del desarrollo: los chicos y las chicas conforme crecen tienen la necesidad de ir ganando en autonomía, por lo que van a ir demandando la independencia de sus progenitores (Oliva y Parra, 2001). Para la consecución de este logro evolutivo es importante que los progenitores cambien su forma de actuar en relación con sus hijos e hijas, otorgándoles una mayor libertad que la dada hasta ahora. Además, el espacio de influencia de los progenitores disminuye conforme los hijos y las hijas se hacen mayores, y en consecuencia cambian las técnicas de socialización (Musitu y García, 2001).

Por último, los resultados de los análisis inter-grupales en función de la edad de los adolescentes revelaron una diferenciación en torno a la aceptación/implicación en la adolescencia tardía. En concreto, se observó que el uso de prácticas educativas relacionadas con esta dimensión resultaba más frecuente en los adolescentes del grupo de comparación que en el de riesgo. Por tanto, a estas edades las madres usuarias de los SS.SS.CC., en comparación con otras que vivían en mejores condiciones, actuaban con mayor indiferencia cuando los menores se comportaban de acuerdo con las normas, y más displicentes cuando las quebrantaban. En parte estos resultados pueden estar indicando que la implicación de las madres en los contextos de riesgo decrece en mayor medida que en las de comparación una vez que los chicos y las chicas adolescentes alcanzan una edad en la que comienzan a valerse por sí mismos y buscan una mayor autonomía. Los resultados sobre coerción/imposición no mostraron diferencias entre los adolescentes de las distintas familias en ninguno de los tramos de edad.

2. Enfoque tipológico.

Desde este enfoque de análisis se estudia la socialización parental atendiendo a la tipología que surge de la combinación de las dos dimensiones descritas anteriormente. Como anticipaban Musitu y García (2001, p.16) "*los estilos de socialización resumen una forma de relación que tiene una función heurística, en el sentido de que aglutina las conductas más frecuentes de los padres en la socialización de sus hijos*". Como indican estos autores, un tratamiento en esta línea resulta una simplificación de la realidad educativa de las madres y los padres con sus menores, no obstante, los trabajos al respecto hablan de coherencia en el tiempo en las estrategias utilizadas por los educadores, por lo que tiene sentido hablar de estilos de socialización característicos.

Los resultados encontrados en este trabajo de investigación indicaron que el estilo de socialización parental más frecuente en las familias en situación de riesgo fue el indiferente (35.16%), seguido del autorizativo (28.31%), el autoritario (23.28%) y, en último lugar, el indulgente (13.24%). Como se puede comprobar, estos resultados no van en la línea de la tendencia creciente en la adopción de estilos permisivos en España que apunta Picardo (1999, cit. en Musitu et al., 2010). El orden de presentación (de mayor a menor) de los cuatro estilos analizados no resultó coincidente con el estudio previo desarrollado por esta doctoranda

(Lorence, 2008), el cual muestra en este mismo contexto una frecuencia mayoritaria de los estilos autoritario y autorizativo, seguido del indiferente y por último del indulgente. Esta discrepancia puede deberse a las diferencias encontradas en las muestras de estudio, ya que a pesar de que ambas se refieren a familias en riesgo psicosocial, el nivel de intervención que éstas reciben por parte de los SS.SS.CC. denota una situación de riesgo menor que las del trabajo actual. No obstante, resulta destacable la coincidencia en cuanto a la ausencia de madres indulgentes. La frecuencia de presentación de los estilos de socialización parental indicada al inicio de este párrafo permite extraer al menos tres conclusiones interesantes:

- Las similitudes encontradas entre los porcentajes hallados para cada estilo educativo ponen de manifiesto la diversidad en el patrón de socialización de las responsables de familias en situación de riesgo, al menos en cuanto a los estilos indiferente, autorizativo y autoritario. Nuevamente, esta conclusión está en consonancia con resultados presentados anteriormente que muestran la hetereogeneidad que alberga la etiqueta de familias en situación de riesgo (Jiménez, 2009).

- Resulta destacable la presencia del estilo indiferente así como la escasez del indulgente. La literatura disponible basada en el modelo de socialización parental de Musitu y García (2001) enfrenta ambos estilos por el tipo de relación que guardan con distintas áreas de funcionamiento del menor (García y Gracia, 2010; Martínez, Musitu et al., 2003). Atendiendo a sus consecuencias, se podría hablar de efectos opuestos: mientras que el estilo indiferente se asocia con resultados muy desfavorables para el desarrollo, el indulgente resulta muy positivo. Si estas conclusiones extraídas principalmente de estudios con población comunitaria se transfiere a este contexto, se podría decir que se encontró lo contrario a lo ideal: alta proporción de madres indiferentes y escasa presencia de indulgentes.

- Acorde con los estudios presentados en el punto anterior, alrededor del 40% de las familias en situación de riesgo que han sido evaluadas en este estudio presentaron, a priori, un estilo de socialización parental adecuado o positivo (autorizativo o indulgente). Frente a este dato, aproximadamente un 60% de éstas disponían de un patrón de socialización poco adecuado (autoritario o indiferente) ya que éstos últimos se asocian a indicadores negativos de bienestar adolescente en población normativa (García y Gracia, 2010; Musitu y Cava, 2001). Por consiguiente, no se puede decir que todas las mujeres que estaban recibiendo intervenciones por razones de preservación familiar presentaran un patrón de socialización favorable para el funcionamiento psicosocial de los menores, pero tampoco perjudicial para estos últimos. Esto implica la necesidad de un análisis de las circunstancias y condiciones de vida que rodean a estos hogares que permita comprender por qué existen patrones de socialización tan diferenciados.

La variabilidad de las familias en riesgo en materia de socialización parental no fue exclusiva de los contextos en riesgo sino también de los del grupo de comparación, aunque en éste último los cuatro estilos se presentaron por igual, no existiendo la predominancia de unos sobre otros; de tal modo que los adolescentes de las familias no usuarias de los SS.SS.CC. no se caracterizaron por uno, dos o tres estilos concretos, sino que la diversidad en la manifestación

de cada uno de ellos fue muy elevada. En comparación con la muestra de riesgo, la presencia del estilo indulgente en este grupo fue la misma que la del resto de patrones de socialización. Esta diferenciación entre ambas muestras puede ser indicativa de que la muestra de comparación presenta algunas peculiaridades que la hace distinta de la de riesgo, al menos en lo referente a este estilo socializador. Esta conclusión será retomada posteriormente al hilo de otros resultados.

En un principio, las comparaciones entre estas dos realidades familiares no mostraron diferencias en la frecuencia de los estilos educativos de una frente a otra. Estos resultados están en consonancia con los discutidos desde la perspectiva dimensional, en los que no se aportaron evidencias de un perfil de socialización parental distintivo de los adolescentes en riesgo y los de comparación. Partiendo de esta semejanza, resulta interesante que un análisis específico de los datos sí revelara una cierta discrepancia entre los dos tipos de familias cuando éstas fueron comparadas para estudiar la presencia del estilo indulgente. En la línea de lo comentado en párrafos anteriores, los resultados pusieron de manifiesto que los adolescentes en riesgo percibieron en menor medida a sus madres como indulgentes en comparación con el otro grupo.

En este sentido, este trabajo indicó que los adolescentes que viven en situación de riesgo, sin llegar a presentar un estilo de socialización parental distinto al de otros adolescentes, partían de una situación socializadora más desfavorable que aquellos que no vivían en condiciones de tal adversidad por tener menos probabilidades de crecer con madres indulgentes que sus iguales. Es decir, la combinación de estrategias de aceptación/implicación parental sin el uso de prácticas educativas coercitivas e impositivas se daba con cierta frecuencia en las familias del grupo de comparación y poco en las de riesgo. No obstante, a diferencia de los que indican otros estudios con población de riesgo llamó la atención que la comparación entre ambas muestras no arrojara diferencias en torno a dos de los estilos de socialización analizados, el indiferente y autoritario:

- Si bien es cierto que la diferencia entre una muestra y otra estuvo presente con respecto al estilo educativo indulgente, el cual es considerado por los estudios españoles actuales como el más positivo para el funcionamiento psicosocial de los menores, no se observó para el estilo más negativo de todos, el indiferente (Musitu y Cava, 2001; García y Gracia, 2010), en concreto, la proporción de madres consideradas indiferentes por sus hijos e hijas fue la misma en los contextos familiares considerados de riesgo de los que no. Esta similitud resultó muy llamativa, teniendo en cuenta que las circunstancias familiares que rodean a ambos hogares son muy diferentes, y contradictoria con la de estudios previos centrados en contextos de riesgo. Así, Shek (2008) informa que los jóvenes que crecen en familias con dificultades económicas perciben menos supervisión, disciplina y demandas por parte de sus progenitores que los que no se encuentran en esta situación.

- En la misma línea, también sorprende la similitud de madres autoritarias en los dos tipos de familias. La investigación centrada en entornos considerados en situación de riesgo por desventaja socio-económica ha mostrado que los adultos responsables del cuidado y

la atención de los menores que viven en estas condiciones suelen estar menos implicados en la educación de sus hijos e hijas y se comportan con mayor probabilidad de forma hostil y autoritaria en su relación con ellos (Conger et al., 2000; Keegan, 2001). Este hallazgo ha sido encontrado en entornos considerados en situación de riesgo por deventaja socio-económica, explicando que la predominancia de este estilo se debe a la preocupación de los progenitores porque sus hijos e hijas se ajusten a las expectativas sociales, y por la creación de una atmósfera ambiental autoritaria que proteja al menor del entorno en el que vive (Keegan, 2001). Como se puede comprobar, los datos de este trabajo no estuvieron en la línea de lo que ofrece la evidencia empírica disponible.

Esta falta de diferenciación inter-grupal para el estilo indiferente y autoritario es complicada de argumentar con los datos y teorías disponibles; no obstante, a continuación se ofrecen algunas razones que podrían servir de ayuda para interpretar tales resultados:

- Como se ha comentado en páginas anteriores, la socialización parental es una dimensión cambiante en el tiempo, que sufre variaciones ante el surgimiento de nuevas situaciones y necesidades de los miembros de la familia (véase Freeman y Newland, 2002). Las trayectorias de riesgo que definen a las familias usuarias de los SS.SS.CC. pueden hacer más probable que en éstas exista una mayor inestabilidad en las prácticas educativas y un mayor número de cambios en el estilo de socialización empleado por sus responsables. Quizás un estudio longitudinal de la socialización parental en los contextos en riesgo podría arrojar resultados que indiquen más diferencias en este proceso entre ambas muestras de estudio.

- El hecho de que estas familias estuvieran recibiendo una intervención por parte de Servicios de preservación familiar puede estar propiciando una mejora en sus procesos de socialización parental que, sin tener aún beneficios visibles en el ajuste adolescente, está favoreciendo las interraciones educativas que se produjen en estos hogares entre progenitores e hijos/as.

- El hecho de vivir en condiciones adversas perjudica en mayor medida a la socialización desarrollada por los progenitores varones que la desempeñada por las mujeres. Algunos trabajos desarrollados con menores en dificultades económicas familiares encuentran que las consecuencias inciden negativamente en la socialización desarrollada por los padres, pero no tanto por las madres (McLoyd, 1998; Shek, 2008). A pesar de que no todos los estudios están de acuerdo con esta afirmación (Simons et al., 1992; Whitbeck et al., 1991), sería conveniente comprobar esta hipótesis en futuras investigaciones. Quizás un estudio centrado en los padres varones que viven en situación de adversidad muestre diferencias en la socialización parental que estos adultos desarrollan con sus hijos e hijas en comparación con otros contextos más favorables.

- La adolescencia como etapa crítica y de máxima conflictividad familiar. La percepción subjetiva que en esta etapa evolutiva tienen los menores del trato que reciben de sus progenitores, sin dejar de ser satisfactoria, es más negativa que en otros momentos del desarrollo (Holmbeck y Hill, 1991) y que la de otros informantes (Laursen et al., 1998). La elección de la adolescencia como periodo de estudio, así como de los menores como

informantes, puede estar explicando el acercamiento encontrado entre las dos muestras.

– La existencia de otras dimensiones que influyan en la relación entre adversidad y socialización parental. La influencia moderadora que otros indicadores personales, interpersonales y familiares ejercen en la relación entre situación de riesgo y prácticas educativas parentales puede ayudar a entender que la socialización de estas madres sea similar a la de otras. Existen evidencias que muestran efectos indirectos, y no tanto directos, entre el hecho de vivir en condiciones adversas y los estilos de socialización parental inadecuados (Conger et al., 2000). Así, por ejemplo, Rodrigo y colaboradores (20008) y Pinderhughes y colaboradores (2000) argumentan que las consecuencias del estrés psicosocial sobre la socialización parental están sujetas también a los procesos cognitivos y emocionales implicados en dicha relación. Además, la presencia de elementos positivos en el entorno familiar (por ejemplo, cohesión familiar positiva) puede estar favoreciendo la presencia de prácticas educativas positivas.

También se ha analizado el papel desempeñado por la socialización parental y el sexo y la edad de los adolescentes. Los estudios que ponen en relación los estilos educativos en función del sexo aportan resultados muy contradictorios entre sí. En este sentido, estudios previos han encontrado que las chicas perciben a sus progenitores como más autorizativos que los chicos (Pychyl et al., 2002), mientras que otros encuentran únicamente diferencias en el estilo autoritario, siendo éste más frecuente entre los progenitores de chicos que en los de las chicas (Garaigordobil y Aliri, 2012). En este caso, y acorde con los datos ofrecidos desde la perspectiva dimensional, los menores en riesgo percibieron un trato similar por parte de sus madres independientemente de su sexo, algo que no ocurrió en la muestra de comparación. A este respecto, las chicas describieron a sus madres como más indulgentes que los chicos. Este último resultado no es consonante con los estudios previos, en el sentido de que el estilo que establecía diferencias en torno al sexo no fue ni el autorizativo ni el autoritario sino el indulgente.

Las comparaciones inter-grupales indicaron que las diferencias entre ambas muestras resultaron relevantes al considerar el sexo del adolescente. Nuevamente estas discrepancias vinieron en torno al estilo indulgente, siendo las chicas que crecían en contextos familiares adversos las que percibían menos este patrón de socialización en sus madres que las que vivían en entornos más normalizados, de hecho, en proporción, de cada cuatro chicas adolescentes con madres indulgentes, tres solían ser de familias no usuarias y una de usuarias de los SS.SS.CC. Teniendo en cuenta que el estilo indulgente es uno de los que ofrece resultados más positivos para el desarrollo adolescente (García y Gracia, 2010; Musitu y Cava, 2001), este resultado indica que las condiciones socializadoras de las chicas en situación de riesgo son más desfavorecedoras que las de otras que no reciben intervenciones psicosociales por parte de los SS.SS.CC.

Por otra parte, los análisis intra-grupales pusieron de manifiesto que la edad jugaba un papel relevante para la socialización parental en ambas muestras de estudio. Así, la presencia de los estilos socializadores en cada uno de los tramos de edad fue diferente en ambas

muestras de estudio; de tal modo que se observó una baja presencia del estilo autorizativo entre los más mayores, así como el estilo indiferente fue poco frecuente entre los más pequeños pero muy usual entre los mayores. Este resultado va en la tónica general de los estudios evolutivos, los cuales hablan de un descenso paulatino en los niveles de afecto y control parental a medida que los menores crecen (Collins y Steinberg, 2006; Parra y Oliva, 2006). Por consiguiente, el estilo indiferente tiende a ser más frecuente entre los adolescentes de mayor edad. Acorde con las necesidades evolutivo-educativas de los adolescentes, las madres otorgan una mayor independencia a sus hijos e hijas conforme éstos son mayores, sin embargo, puede correr el riesgo de confundir la concesión de autonomía con un comportamiento indiferente. Precisamente esto es lo que ocurre en un porcentaje alto de familias en riesgo y del grupo de comparación, sobre todo en las primeras, donde más de la mitad de los menores de 16 y 17 años percibieron este estilo socializador en sus madres. El estilo indiferente ha demostrado no ser beneficioso durante la adolescencia, principalmente por la falta de aceptación/implicación que implica. El papel fortalecedor de las estrategias educativas relacionadas con la dimensión aceptación/implicación parental se ha comprobado hasta entrada la adultez, considerándose un ingrediente básico para la socialización de los chicos y las chicas (véase Khaleque y Rohner, 2002). En consonancia con esta argumentación, la combinación opuesta al estilo indiferente, el estilo autorizativo, resultó el menos frecuente en los más mayores de ambas muestras. Para finalizar, este análisis indicó una diferencia más entre los distintos tramos de edad en el grupo de comparación, concretamente a los 13 y 15 años: los menores de estas edades que crecían en familias no usuarias percibieron a sus madres menos indulgentes que los de edades inferiores o superiores.

Al contrario de lo que sucede con el sexo de los menores, la toma en consideración de la edad para encontrar posibles diferencias entre los adolescentes que crecen en un contexto familiar u otro no arrojó diferencias, de tal modo que la presencia de los cuatro estilos fue la misma en ambas muestras en la adolescencia inicial, media y tardía. Solo un análisis específico dejó entrever alguna diferencia nuevamente en torno al estilo indulgente en las chicas. Concretamente, la presencia de este estilo parecía estar más presente en las adolescentes de 16 y 17 años de familias en riesgo que no riesgo. No obstante, este último resultado debe ser tomado con cierta cautela ya que la significatividad del efecto no fue relevante.

3. Enfoque situacional.

El enfoque que se describe en este apartado tiene un marcado carácter innovador en el estudio de la socialización parental. Así como los enfoques dimensional y tipológico están bien documentados teóricamente y empíricamente, esta nueva perspectiva de análisis no dispone de estudios previos o trabajos que permitan discutir los hallazgos encontrados en esta Tesis Doctoral.

Hasta ahora se han comentado los resultados sobre la socialización parental atendiendo a los dos enfoques de análisis tradicionales, el dimensional y el tipológico, no encontrando un perfil claramente distinto en los adolescentes de las familias en situación de riesgo y otros iguales que no viven en situación de adversidad. A continuación, desde esta nueva perspectiva

de análisis se estudia la manera de actuar de las madres ante situaciones que requieren de diferentes grados de actuación o respuesta parental. Para ello, y como se explica en el apartado 2.3.1 del Capítulo 9 se desarrolló una técnica Delphi con expertos en familia y adolescencia que permitió clasificar las situaciones que recoge el instrumento ESPA29 (Musitu y García, 2001) en tres niveles de necesidad en la actuación parental (alta, media-alta y media). De esta manera se obtuvieron, para las dos dimensiones generales de socialización parental, tres niveles en función de esta necesidad. Esta clasificación arrojó tres resultados interesantes que deben ser mencionados de cara a la interpretación de los datos que se presentarán posteriormente:

- Esta técnica permitió clasificar las situaciones en tres niveles de necesidad no muy dispares entre sí, de tal modo que el análisis indicó que todas las experiencias que comprende el instrumento ESPA29 (Musitu y García, 2001) mostraron ser relevantes y de importancia para evaluar la socialización parental en la adolescencia. Únicamente la situación referida a "si el adolescente se come toda la comida que ha puesto su madre en la mesa" obtuvo una puntuación que la situaba en un nivel de necesidad inferior al resto. Como se comentará más adelante, hubiera sido interesante disponer de una gama de experiencias más variadas para que la evaluación situacional de la socialización parental hubiera recogido situaciones de diferente magnitud.

- Así como en los dos primeros niveles de necesidad (alto y medio-alto) predominaron las situaciones negativas frente a las positivas, en el tercero de los niveles (medio) éstas últimas estuvieron más representadas. De alguna manera este resultado revela que las situaciones de transgresión de normas que recoje el instrumento requieren, según los expertos, de una actuación parental más importante que las que se presentan como positivas o de comportamientos adaptativos. Este resultado en parte es consonante con el modelo de intervención centrado en el déficit que ha imperado en nuestra sociedad durante mucho tiempo, y que considera la intervención importante principalmente en los casos en los que existan problemas (Oliva et al., 2010). Esto ha conducido a un mayor seguimiento de las conductas negativas que de las positivas, cuando precisamente en la promoción de éstas últimas, tal y como se describe el modelo de desarrollo positivo, parece estar la clave para prevenir los comportamientos negativos (Catalano, Berglund, Ryan, Lonczak y Hawkins, 2004).

- Referente al contenido de la clasificación, cabe decir que las situaciones que requerían un grado de intervención alto o medio-alto fueron fundamentalmente aquellas relacionadas con el colegio, los iguales y el establecimiento de horarios, mientras que las de nivel medio se referían a cuestiones de autocuidado o convivencia en el hogar.

Los resultados de este trabajo indicaron que el nivel de actuación parental en ambas muestras era proporcional al grado de necesidad que requerían las situaciones. Así, se encontró una tendencia lineal progresiva en aceptación/implicación y coerción/imposición de las madres a medida que aumentaba la necesidad de respuesta parental. En términos de adaptabilidad, se podría hablar de que las madres modificaron sus prácticas educativas en función del grado de necesidad que requerían las situaciones cotidianas independientemente

de que sus familias fueran consideradas en situación de riesgo psicosocial o no. La adaptabilidad de las estrategias educativas en contextos en riesgo no es consonante, a priori, con los trabajos de Rodrigo y otros (2008) que hablan de una disciplina inflexible en los entornos vulnerables. No obstante, el hecho de que estas madres actuaran, en mayor o menor medida, en función de la necesidad de respuesta parental de estas situaciones cotidianas, no debe confundirse con que sean flexibles en el tipo de estrategias educativas que emplean con sus menores en cada situación.

Desde esta perspectiva, la comparación de ambas muestras arrojó diferencias en la socialización parental de las familias en riesgo frente a las de no riesgo, de tal modo que las madres en situación de adversidad se mostraron menos implicadas que el otro grupo de mujeres ante experiencias que, según los expertos, requerían de una necesidad de respuesta alta. Un análisis centrado en las prácticas específicas puso de manifiesto que, en comparación con los iguales, los adolescentes de familias en riesgo percibían ante este tipo de situaciones menos muestras de afecto explícito, así como un comportamiento más indiferente y displicente por parte de sus madres. También se observaron desacuerdos en el mismo sentido al comparar las puntuaciones de las situaciones de necesidad media-alta, aunque el tamaño del efecto de tal diferencia fue despreciable. Por otra parte, los resultados en relación a la coerción/imposición mostraron un perfil de socialización distinto entre ambas muestras en el análisis de las situaciones de menor necesidad de respuesta parental. Así, las madres del grupo de comparación resultaron ser las que, según los adolescentes, actuaban de forma más coercitiva e impositiva. En concreto, se observó que estas mujeres, ante situaciones de necesidad media, hacían un mayor uso de la coerción verbal y de la privación que las de riesgo. No se encontró un patrón diferencial entre los dos tipos de familia referente a la práctica de la coerción física. Respecto a esto, las diferencias encontradas en situaciones de necesidad media deben ser tomadas con cautela puesto que la puntuación de coerción/imposición se extrajo exclusivamente de la percepción en dos situaciones cotidianas.

Por tanto, este análisis situacional móstró que la socialización parental de las familias en riesgo no se asemejaba a la de otras familias cuando las experiencias educativas en las que se evaluaba el comportamiento de sus madres presentaban un nivel de actuación alto o medio, pero sí en situaciones con un grado de necesidad medio-alto, de tal modo que, ante momentos de máxima necesidad de respuesta parental como “el adolescente miente y la madre le descubre” o de necesidad intermedia como “el adolescente no se come toda la comida que ha puesto su madre en la mesa”, el comportamiento que unas madres y otras emiten suele ser ligeramente diferente. En el primero de los casos, las diferencias se encontraron por el uso de estrategias de aceptación/implicación mientras que en el segundo por la utilización de prácticas coercitivas e impositivas. En esta línea, y como ya se apuntaba anteriormente, hubiera sido interesante que la técnica Delphi hubiera identificado situaciones educativas de necesidad baja, para así poder evaluar la socialización parental situada en un grado de necesidad más amplio, y observar cómo se comportan las madres de ambas muestras ante tales situaciones.

En un intento de hacer una reflexión conjunta que relacione la socialización parental con la problemática conductual de los adolescentes que crecen en contextos de riesgo, se entiende

que probablemente el hecho de que estos menores presenten un mayor número de conductas externalizantes que los otros, hace que sus madres posiblemente tengan que afrontar más veces situaciones indeseadas que requieren de una necesidad de actuación parental alta. En el caso de que esta hipótesis fuera cierta, estaríamos diciendo que las diferencias en implicación y aceptación parental entre ambas muestras se dan en situaciones de necesidad que probablemente son más frecuentes en los contextos de riesgo, por lo que la relevancia que esta dimensión puede que no sea la misma para las dos muestras de familias.

Así, existe un acuerdo unánime al decir que la independencia de los menores es una necesidad que gradualmente debe ser concedida por los adultos responsables de su educación conforme avanza la adolescencia (Steinberg y Silk, 2002), pero no es lo mismo otorgar libertad a un menor responsable que irresponsable. Esto quiere decir que la actuación de una madre ante la llamada de un profesor que le dice que su hijo/a se está portando muy bien en casa no tiene por qué ser la misma en el caso de una hija que generalmente se porta bien en comparación con otra de la que habitualmente el colegio se queja por su mal comportamiento; ni suele ser la misma ni posiblemente genere las mismas consecuencias para el desarrollo del adolescente. Así pues, la necesidad de reforzamiento o de apremio que requiere el caso de la segunda chica con toda probabilidad sea más importante que en el caso de la primera, la cual posiblemente no espere ninguna recompensa. Hubiera sido interesante comprobar esta argumentación no obstante, el hecho de que el instrumento utilizado para esta investigación no recoja la asiduidad con la que cada una de las situaciones presentadas ocurre en casa, no ha permitido llevar a cabo este análisis. Sin embargo, para futuras investigaciones, se espera comprobar hasta qué punto la normalidad de las situaciones educativas modera los efectos de la socialización parental.

Este trabajo supone un primer acercamiento al estudio de la socialización parental desde un enfoque basado en situaciones concretas en las que el adulto responsable debe actuar, en mayor o menor medida, para incrementar o disminuir el comportamiento de los adolescentes. Esta Tesis Doctoral espera aportar con este análisis no sólo una nueva línea de investigación en torno a la socialización parental sino también contribuir en la mejora de la intervención familiar.

Capítulo 15.

Aproximación a un modelo explicativo: la adolescencia en contextos familiares en situación de riesgo psicosocial.

Recientemente, los trabajos centrados en la adolescencia han tratado de explicar los problemas de desarrollo que suelen presentar los menores que viven en situación de riesgo psicosocial desde un enfoque integrador y de conjunto, en el que se consideran elementos tanto individuales como de carácter interpersonal y familiar (e.g., Conger et al., 1995, 2000; Pinderhughes et al., 2000; Rodrigo et al., 2008). En esta línea, a continuación se comentan los datos de los análisis desarrollados en el último capítulo de resultados. Con ello se pretende cubrir los objetivos de investigación que se exponen a continuación.

Obj 5**.** Desarrollar un modelo teórico que explique la adolescencia en los contextos familiares en situación de riesgo psicosocial.

5.1.Analizar los factores que explican la socialización parental en la adolescencia desde un enfoque teórico integrado.

5.2.Examinar los problemas de ajuste adolescente enmarcados en un modelo teórico explicativo en el que se incluyen indicadores de diverso tipo.

Tal y como se ha comentado en el capítulo de objetivos, el modelo teórico que se propone en este trabajo de investigación se desarrolla exclusivamente con la muestra de familias en situación de riesgo psicosocial. Esta propuesta teórica debe ser interpretada atendiendo a los principios teóricos-explicativos que sustentan los modelos ecológico y transaccional que explican el desarrollo humano:

- Modelo ecológico: de acuerdo con este modelo, el ser humano se desarrolla en multiplicidad de ambientes que están relacionados entre sí (Bronfenbrenner, 1979). Aunque el modelo que se presenta a continuación hace referencia a la relación que indicadores (preferentemente del microsistema familiar) guardan entre sí, estas interacciones deben ser enmarcadas en un contexto más amplio en el que otros elementos contextuales, sociales y culturales también están presentes en la vida de estos menores.

- Modelo transaccional: desde este enfoque se hace especial hincapié en el carácter bidireccional y múltiple de las relaciones. Si bien es cierto que las características de diseño de esta investigación y la técnica estadística utilizada conducen a que se planteen relaciones en un único sentido, esto no significa que se niegue la reciprocidad de las mismas. En este trabajo, la elección del sentido de las relaciones propuestas ha estado sustentada en la evidencia empírica disponible que recoge la literatura encontrada hasta ahora.

El modelo teórico desarrollado en este trabajo parte del planteamiento de una serie de hipótesis que han sido propuestas en el capítulo de objetivos. En general, el modelo final que se presenta obtiene indicadores de calidad que muestran la idoneidad del mismo. A continuación se intenta hacer una discusión integrada, tomando en consideración los resultados que se extraen tanto del modelo desarrollado como de los análisis de regresión que se presentaron al final del Capítulo 11. El tratamiento conjunto de estos resultados permitirá entender mejor el funcionamiento psicosocial de los menores que crecen en contextos familiares en situación de riesgo durante la adolescencia, sobre todo en relación a sus problemas de ajuste.

Una forma de discutir los resultados encontrados tras el desarrollo del modelo planteado y de comenzar a extraer conclusiones sobre los mismos puede ser recordar las hipótesis que se han planteado al principio de este estudio y examinar, en el conjunto de este modelo, cuáles se cumplen y no.

1. **La acumulación de circunstancias estresantes vividas por las madres se relacionará negativamente con su propia autoestima.**

Esta hipótesis ha sido *verificada* en este trabajo de investigación: conforme aumentaba la concentración de eventos difíciles en la vida de estas mujeres su nivel de autoestima resultaba más bajo. Estos resultados están consonancia con la literatura revisada. En esta línea se encuentran los modelos de estrés parental y estrés familiar del equipo de Conger (Conger et al., 1995, 2000). Estos autores, en un intento por explicar las prácticas educativas de riesgo presentes en los contextos adversos, incluyen un indicador relacionado con sintomatología depresiva que guarda mucha relación con la autoestima emocional que se evalua en este trabajo. Así, ellos teorizan y evidencian la relación negativa entre concentración de circunstancias estresantes y este indicador emocional.

La autoestima es considerada una dimensión indisolublemente ligada a las experiencias que transcurren en la vida de una persona, por lo que resulta lógico entender que fueran aquellas personas que vivenciaron un mayor número de circunstancias estresantes las que presentaran una autoestima más negativa. En consonancia con los resultados de este trabajo están los encontrados por Pearlin y colegas (1981, cit. en Matud, 2004). Estos autores plantean que la presencia continuada de condiciones estresantes generalmente se asocia a problemas de autoestima, por la incapacidad o el sentimiento de frustracción que las personas que viven en condiciones adversas presentan ante la dificultad de afrontar o superar todos esos problemas adecuadamente. Resulta necesario puntualizar que el equipo de Pearlin solo encuentra evidencias para sucesos de larga duración y no para otros más puntuales.

2. **La autoestima de las madres se asociará al sentimiento de controlabilidad parental ante la tarea educativa en un sentido positivo.**

De todas las relaciones específicas que fueron analizadas en el modelo desarrollado, la propuesta entre autoestima y controlabilidad parental fue una de las *verificadas* estadísticamente. Así se observó que, a medida que las mujeres adultas presentaban una

autoestima más positiva, se observaba un mayor sentimiento de control por parte de estas madres ante la tarea educativa que deben de cumplir con sus menores.

Esta relación está en la misma línea que otras investigaciones que hablan de una relación entre la autoestima y el estilo de afrontamiento. Así, la autoestima se ha asociado en númerosos estudios al uso de un afrontamiento activo, la no evitación, persistencia al fracaso y mayor búsqueda de apoyo social ante la presencia de problemas (Aspinwall y Taylor, 1992; Di Paula y Campbell, 2002). Por consiguiente, se podría entender que aquellas personas que dispusieran de una autoestima negativa tendrían más dificultades para solucionar de forma exitosa cualquier problema, entre ellas las relacionadas con sus hijos e hijas, ya que no llevarían a cabo un afrontamiento activo que les permitiera mantener el control de la situación. Si bien es cierto que esta argumentación es más teórica que empírica, y debería ser estudiada con más detenimiento en futuras investigaciones, podría estar explicando los resultados de este trabajo.

3. **La autoestima de las madres se relacionará positivamente con la aceptación/implicación parental.**

Anteriormente ya se ha comentado la relación que la concentración de circunstancias adversas guarda con el bienestar emocional de las personas y ahora, a su vez, con la socialización parental. Concretamente, esta última relación también ha podido ser *verificada* en este trabajo de investigación: a medida que las mujeres se sentían más satisfechas consigo mismas y presentaban una situación emocional más estable, hacían un mayor uso de estrategias educativas basadas en la implicación y aceptación parental.

Estos resultados son consonantes con los de otras investigaciones (Rossier, 2000, cit. en Swick, 2008). Por ejemplo, el estudio de DiPaula y Campbell (2002) encuentra que las personas con baja autoestima son más vulnerables al fracaso. Atendiendo a este hecho se puede predecir que, en situaciones de riesgo donde la probabilidad de que se dañe la autoestima es más elevada, los responsables del cuidado de los menores pueden darse por vencidos con mayor antelación que el resto de progenitores que no viven en estas condiciones. Así, conforme la confianza que estas mujeres poseen sobre sí mismas es menor, se incrementan las probabilidades de que adopten una actitud pasiva e indiferente ante los comportamientos de los menores (Hughes y Gullone, 2008).

4. **A medida que la percepción de controlabilidad parental aumenta la coerción/imposición parental descenderá.**

Algunos autores comentan la necesidad de incluir características individuales relacionadas con la agencia personal en el análisis de la relación que autoestima y socialización parental guardan entre sí, sobre todo si se hace referencia a prácticas relacionadas con la coerción o disciplina estricta (Máiquez et al., 2000). En esta línea, este trabajo de investigación ha decidido analizar el papel de la controlabilidad parental como indicador que explica la presencia de estrategias educativas coercitivas.

Los resultados han puesto de manifiesto algo que apuntaba la literatura que aborda este aspecto (Bugental et al., 1989, 1997, 1999), las madres con un mayor sentimiento de controlabilidad ante la tarea educativa hicieron un menor uso de estrategias impositivas y coercitivas. En este sentido, se puede decir que la hipótesis ha sido *verificada* con los datos disponibles. Se ha argumentado esta relación aludiendo a que la falta de control parental conduce a las personas a interpretar las situaciones conflictivas cotidianas como una amenaza hacia ellos mismos, y por ello se inclinan por la coerción como medida de control (Rodrigo et al., 2008).

5. La socialización parental se asociará con los problemas de ajuste de los adolescentes.

Los estudios centrados en la etapa adolescente muestran la importancia que la educación parental sigue ejerciendo en el ajuste personal de estos chicos y chicas (véase Khaleque y Rohner, 2002). En esta línea, la revisión teórica planteada al principio de este trabajo aporta evidencias de la asociación entre socialización parental y problemas internalizantes y externalizantes en situaciones de adversidad (e.g., Ackerman et al., 1999; Gonzales et al., 1996; Lorence et al., 2013; Masten et al., 1999; Scaramella et al., 2008; Shumov et al., 1998). Si bien es cierto que el carácter bidireccional de esta relación no debe pasar inadvertido en las investigaciones (Huh et al., 2006; Sheehan y Watson, 2008), la influencia que las estrategias educativas desarrolladas por los progenitores ejerce sobre los comportamientos de los adolescentes está bien fundamentada (López, 2008; Palacios y Rodrigo, 1998). En esta línea de argumentación, este trabajo plantea una serie de hipótesis específicas en función de las dos dimensiones de socialización parental consideradas en este trabajo.

a. La aceptación/implicación parental se relacionará con los problemas de externalización e internalización en un sentido negativo.

Los resultados de este trabajo *verifican* esta hipótesis. Así, se observó que a medida que las madres hacían un mayor uso de prácticas educativas relacionadas con la aceptación/implicación los menores presentaban un ajuste más adaptativo, tanto a nivel interno como externo. Estos hallazgos son consonantes con estudios previos desarrollados tanto con población normativa (García et al., 2011; Ge et al., 1996; Linares, Cerezo, De la Torre, Carpio y Casanova 2011; Oliva et al., 2002) como en riesgo (Ackerman et al., 1999; Gonzales et al., 1996).

Tal y como se ha comentado en la introducción teórica de este trabajo, se han dado distintas argumentaciones para explicar el efecto positivo que esta dimensión ejerce sobre el ajuste en la adolescencia. Entre ellas, las más destacadas son las que hablan de que el empleo frecuente de estrategias educativas relacionadas con la implicación y la aceptación parental propicia la comunicación intrafamiliar (Fletcher et al., 2004), el apoyo emocional (Musitu et al., 1996), la influencia familiar (Laible y Carlo, 2004), la identificación de los menores con sus progenitores (Jacob y Leornard, 1991), y el autocontrol conductual de los chicos y las chicas que están siendo socializados en esos hogares (Amoto, 1989, cit. en Henry et al., 2006); todo ello protege al adolescente contra la emisión de conductas disruptivas y antisociales (Cummings et al., 2002). En

estudios con población en riesgo, se ha destacado preferentemente el papel protector de la aceptación/implicación parental, asociando este tipo de estrategias educativas al desarrollo de conductas resilientes de los hijos y las hijas (Bulnes et al., 2008).

Para finalizar, cabe comentar que los efectos de la aceptación/implicación parental sobre las dificultades externalizantes e internalizantes fueron muy similares. Si bien es cierto que en la literatura se ha comentado que este tipo de prácticas en la adolescencia suelen asociarse en mayor medida a desórdenes conductuales de tipo externo más que interno (García et al., 2011; Reitz et al., 2006; Parra y Oliva, 2006), esta diferenciación no se observó en este trabajo. Una explicación a este resultado puede venir dada por las características que definen a estos entornos. Musitu y colegas (1988) indican que el apoyo y comunicación, ambos elementos muy relacionados con esta dimensión, son muy necesarios cuando el chico o la chica tienen que afontar SVE ya que protegen al menor de posibles problemas conductuales. Teniendo en cuenta que la cantidad elevada de circunstancias estresantes que estos adolescentes han experimentado en los últimos cinco años, esta dimensión puede adquirir una relevancia especial ante los problemas de ajuste de naturaleza internalizantes y externalizante.

b. La coerción/imposición parental se asociará con los problemas de ajuste en un sentido positivo.

Los resultados que relacionan la disciplina coercitiva e impositiva con el bienestar personal adolescente son más controvertidos que los presentados sobre la aceptación/implicación parental. Sin embargo, cabe señalar que la mayoría de los trabajos evidencian una asociación positiva entre las estrategias de coerción parental con los problemas de internalización (e.g., García et al., 2011; Ge et al., 1996; Gershoff 2002; McLoyd et al., 1994) y los de externalización (e.g., Peiser y Heaven, 1996; Rutter et al., 2000; Sampson y Laub, 1993; Sheehan y Watson, 2008; Straus y Kaufman-Kantor, 1994). Estos resultados han sido argumentados basándose en los presupuestos de distintos modelos teóricos, entre ellos: el modelo de la coerción cíclica (Patterson, 2002), el aprendizaje social (Campbell et al 2000), el procesamiento de la información (Gershoff, 2002), el control social (Hirschi, 1969, cit. en Gershoff, 2002) o el afectivo-motivacional (Cummings et al., 2000)

La falta de consenso entre investigadores parece mayor cuando el estudio se centra en situaciones de adversidad o de riesgo. Si bien es cierto que la mayor parte de los estudios coinciden en resaltar los efectos negativos que la coerción/imposición ejerce sobre la adaptación de los adolescentes en estos contextos (Iglesia y Romero, 2009; Scaramella et al., 2008; Steinberg et al., 2006), algunos profesionales encuentran un papel protector en el uso de los mismos (Baldwin, Baldwin y Cole, 1990; Furstenberg et al., 1999). En la línea de lo que argumenta McLoyd (1990), los métodos coercitivos no tienen que funcionar de la misma forma en familias en situación de riesgo que en comunitarias. En esta línea se encuentra el estudio de Furstenberg y colaboradores (1999), estos autores hablan de una función adaptativa del autoritarismo parental para el desarrollo adolescente en contextos adversos.

La hipótesis planteada *no fue verificada* con los datos disponibles, por lo que no estuvo en consonancia con la literatura revisada. En este caso, no se encontraron evidencias de una relación entre la coerción/imposición parental y los problemas de ajuste. A pesar de la idoneidad del modelo desarollado, las relaciones entre esta dimensión y los desórdenes conductuales no resultaron estadísticamente significativas, ni en un sentido negativo ni en uno positivo.

La falta de relaciones encontradas condujo a que se examinara la existencia de un efecto moderador de esta dimensión sobre la relación entre aceptación/implicación parental y problemas de ajuste. Los resultados de los análisis de regresión realizados pusieron de manifiesto el papel moderador que la coerción parental ejercía en la interacción entre la otra dimensión de socialización parental evaluada y los problemas externalizantes. En concreto, los efectos positivos de la aceptación/implicación parental sobre este tipo de comportamientos desadaptativos desaparecían cuando el nivel de coerción/ imposición parental era alto. Este resultado es acorde con la investigación desarrollada por Aucoin y colaboradores (2006), los cuales evidencian una asociación entre el castigo físico y los problemas de conducta más fuerte cuando los menores no crecen en un ambiente familiar basado en el afecto y el apoyo por parte de los progenitores. En otras palabras, la coerción parental en estos contextos se relaciona positivamente con estas dificultades comportamentales sólo cuando ésta se emplea habitualmente y lo hace aminorando los efectos positivos que la aceptación/implicación parental ejerce sobre el ajuste externo.

Por otra parte, el efecto moderador de esta dimensión de socialización parental no se demostró en la relación aceptación/implicación y problemas internalizantes. En esta línea se encuentra el trabajo desarrollado por Mckee y colaboradores (2008). La revisión de literatura de estos autores pone de manifiesto la existencia de estudios que evidencian una asociación más fuerte de los comportamientos parentales relacionados con la coerción/imposición con las conductas externalizantes que con las internalizantes. Estas argumentaciones podrían ayudar a entender este resultado. En esta línea, cabe destacar que también es posible que la inclusión de otras variables en el modelo esté provocando que la relación entre coerción/imposición parental y problemas internalizantes no exista. Éste es el caso de la acumulación de SVE: en un estudio anterior con adolescentes de familias de Servicios de preservación familiar se ha demostrado que el estrés psicosocial ejerce una influencia mayor sobre los problemas de internalización de estos chicos y chicas que cualquiera de las dimensiones de socialización parental, entre ellas la coerción/imposición (Lorence et al., 2013).

En conjunto, estos resultados indican la necesidad de tomar en consideración ambas dimensiones en el análisis del ajuste psicosocial, ya que el estudio por separado de ambas puede no estar ofreciendo una realidad integral de las influencias que existen entre las variables estudiadas.

6. La cohesión familiar se relacionará negativamente con los problemas de ajuste de los adolescentes.

La cohesión familiar se ha considerado una dimensión del funcionamiento familiar relacionada con el clima afectivo que reina en este microsistema. De acuerdo con la evidencia empírica disponible, el grado de unión entre los miembros que conforman un hogar se relaciona con el bienestar personal de los menores que residen en él (Clark, 1995; Pichardo et al., 2002). Acorde con el planteamiento de Shek (1997), este trabajo plantea como hipótesis de partida que las probabilidades de que los adolescentes presenten problemas de conducta serán menores conforme el grado de cohesión familiar que impere en el hogar sea más alto. En esta línea, esta hipótesis se traduce en otras dos más específicas que han sido analizadas con los datos disponibles:

a. Conforme la cohesión familiar sea más alta se espera que los problemas externalizantes disminuyan.

Los estudios con población comunitaria evidencian las consecuencias positivas de la cohesión familiar en relación con los problemas externalizantes, tanto en población comunitaria (Barber y Buehler, 1996; Tafà y Baiocco, 2009; Smart et al., 1990) como en entornos más difíciles (Kliewer et al., 2006; Roosa et al., 1996). Además, este efecto protector parece que resulta más importante en los contextos familiares en riesgo que en otros entornos que no vivan en situación de adversidad (Matherne y Thomas, 2001; Shek, 2000). Los resultados de este trabajo están en consonancia con la literatura, por lo que la hipótesis planteada *se verifica* con los datos de esta investigación. De este modo, se podría decir que en la medida en que el vínculo emocional o los lazos afectivos existentes entre los miembros del sistema familiar y el grado de autonomía individual de cada uno en dicho sistema era más positivo, los adolescentes tenían menos probabilidades de desarrollar problemas de externalización.

Se han dado distintos argumentos, complementarios entre sí, para explicar las consecuencias positivas que, para el ajuste externo adolescente, tiene vivir en una familia en situación de riesgo cohesionada. Kliewer y colaboradores (2006) argumentan que vivir en un hogar cohesionado hace que los chicos y las chicas se sientan importantes para alguien, y por tanto sea más difícil que se involucren en conductas problemáticas. Estos mismos autores dan dos explicaciones más a este hecho: la cohesión familiar conlleva que los menores se sientan personas más seguras de sí mismas y con una mayor percepción de auto-control. Ambas dimensiones, según la literatura disponible, han demostrado que atenúan los efectos negativos de vivir en condiciones de adversidad; además, la comunicación que suele reinar en los ambientes cohesionados hace más probable que los progenitores puedan anticipar y prevenir oportunidades de consumo u otros actos antisociales en mayor medida que los progenitores que no saben qué hacen sus hijos e hijas. En otra línea de argumentaciones, algunos autores plantean que la cohesión familiar se relaciona con estos indicadores positivos de ajuste por ser promotora de estrategias de afrontamiento funcionales que permiten a los menores enfrentarse con mayor éxito a las circunstancias

estresantes a las que se exponen cotidianamente (Lohman y Jarvis, 2000; Seiffge-Krenke, 1995; Stern y Zevon, 1990).

b. El aumento de la cohesión familiar aminorará los problemas internalizantes.

La cohesión familiar también ha resultado positiva para el ajuste interno de los menores en situaciones normalizadas (Álvarez et al., 2009; Barber y Buehler, 1996; Lee et al., 2006; Salvo y Melipillán, 2008), y en contextos en riesgo (Carbonell et al., 1998, Roosa et al., 1996). No obstante, esta evidencia *no fue verificada* en este trabajo de investigación. Nuevamente los problemas internalizantes aparecen como la variable que no resultaba ser explicada, en este caso por la cohesión familiar. Como señalan algunos trabajos, la influencia del funcionamiento familiar sobre las dificultades internalizantes resulta menor que para las externalizantes (Cunningham y Bayle, 2002, cit. en Jiménez, 2009). Este tipo de problemas de conducta están sujetos a la influencia de dimensiones que son ajenas en muchas ocasiones a la dinámica y funcionamiento familiar presente en el hogar, entre ellas, las relacionadas con cuestiones más personales. En esta línea, el estudio de Lipschitz-Elhawi e Itzhaky (2008) encuentra que el ajuste emocional de los menores que viven en condiciones adversas se explica en mayor medida por los recursos personales de los que disponen los menores (madurez emocional) que por otros de carácter más externo como podría ser el apoyo percibido por su familia; contrario a lo que observaron en un grupo de iguales no usuarios de servicios de apoyo. Otros autores apuntan que la relación entre cohesión familiar y problemas internalizantes está moderada por el sexo de los adolescentes (Shek, 2005). Todo esto hace que sea una dimensión controvertida para explicar su etiología basada fundamentalmente en características de índole familiar, algo que, como se ha comprobado anteriormente, no ocurre con los problemas externalizantes. En consonancia con estos resultados, un estudio desarrollado por Haddad y otros (1991) encontró que los problemas de cohesión familiar explican en mayor medida los problemas externalizantes que los internalizantes.

7. La acumulación de sucesos estresantes experimentados por los adolescentes se asociará positivamente con sus problemas de ajuste.

La concentración de circunstancias estresantes en los últimos años ha sido uno de los indicadores de estrés psicosocial más estudiados en la adolescencia por la relación que mantiene con comportamientos desadaptativos a estas edades (Kraemer et al., 1997; Oliva, Jiménez et al., 2008; Oliva et al., 2009). Acorde con la hipótesis de la causación social, la aparición de desórdenes conductuales aumenta en probabilidad a medida que la concentración de eventos vitales estresantes es mayor, independientemente de la naturaleza de la circunstancia de riesgo que se trate (Flouri y Kallis, 2007). Esta asociación se ha demostrado en la adolescencia tanto para problemas internalizantes (Chang, 2001; Compas y Phares, 1991; Ge et al., 2001) como externalizantes (Jackson y Warren, 2000; Kessler et al., 1997, Kim et al., 2003). En consonancia con estudios que han demostrado estas relaciones en contextos de riesgo o de adversidad (Lorence, 2008), este trabajo ha *verificado* esta hipótesis para los dos tipos de dificultades evaluadas.

Se han dado distintas argumentaciones para explicar el efecto negativo que la concentración de SVE ejerce sobre el bienestar adolescente. Las más destacadas están relacionadas con la capacidad de afrontamiento de estos menores, en el sentido de que la experimentación de varias situaciones estresantes a la vez dificulta su afrontamiento exitoso, sobre todo en el caso de sucesos no normativos para los cuales estos menores pueden no tener la suficiente madurez psicosocial para afrontarlos (Aneshensel y Gore, 2001; Casullo, 1998). Como se ha comentado en repetidas ocasiones, las consecuencias del estrés psicosocial sobre el ajuste personal de los menores parecen ser más evidentes en los contextos familiares en riesgo, debido a la falta de recursos y apoyo disponibles, lo que dificulta aún más la respuesta adecuada a cada uno de los problemas que se presentan (Rutter, 1979, cit. en Menéndez, 2003).

8. Conforme aumenten los problemas internalizantes de los adolescentes se espera que se incrementen también los de naturaleza externalizante.

La comorbilidad que los problemas de conducta internalizantes presenta con los externalizantes ha sido demostrada en distintas investigaciones (Achenbach, 1991; Hoffman et al., 2004; Lemos et al, 1992a, 1992b; Moffit et al., 2001; Reitz et al., 2005; Sandoval et al., 2006; Vermeiren, 2003); tanto es así que algunos estudios han evidenciado resultados diferentes cuando estos dos indicadores se ponen en relación con otras variables controlando o no la comorbilidad entre ambas (Lorence et al., 2013). Si bien es cierto que no existe un acuerdo unánime acerca de si los problemas internalizantes suceden antes o después de los problemas externalizantes, los resultados de algunos estudios apoyan la hipótesis de que la presencia de dificultades emocionales aumenta la probabilidad de que los comportamientos externalizantes inadecuados aparezcan (Kovacs, Paulauskas, Gatsonis y Richards, 1988; Ybrant, 2008).

En línea con los datos ofrecidos anteriormente, este trabajo de investigación ha *verificado* esta hipótesis: acorde con el modelo planteado, los problemas de internalización se asociaron positivamente con los de naturaleza externalizante. Beyers y Loeber (2003) argumentan que los problemas emocionales se acompañan a menudo de una percepción negativa de la realidad así como de uno mismo que propicia que los individuos se sientan avergonzados de sí mismos y, por consiguiente, actúen con ira y falta de empatía. Este camino les lleva a mostrar más problemas de externalización que otros iguales que no presenten tales complicaciones.

9. La edad de los adolescentes se relacionará con la socialización parental y los problemas externalizantes.

a. Los adolescentes de más edad percibirán a sus madres menos implicadas y coercitivas.

En general, los resultados que ponen en relación la edad y la socialización parental ponen de manifiesto un descenso en el uso de las prácticas educativas, preferentemente de las estrategias relacionadas con la coerción/imposición, conforme los menores crecen (Collins y Steinberg, 2006; Moreno et al., 2004; Parra y Oliva, 2006; Shek, 2000). Si bien es cierto que todos los autores no están de acuerdo con esta relación (Moreno et

al., 2004; Paulson y Sputa, 1996), los estudios que apoyan esta primera premisa son más numerosos.

Los resultados de este trabajo fueron consonantes con la literatura revisada, por lo que los datos de esta investigación han *verificado* esta hipótesis para ambas dimensiones de socialización parental. Acorde con un estudio anterior, los adolescentes de más edad percibieron a sus madres menos implicadas y coercitivas en su educación parental (Lorence, 2008). Si bien es cierto que este hecho se considera una cuestión normativa en el desarrollo, este descenso no puede conducir a una dejación en las funciones parentales de los progenitores. Como se ha comentado anteriormente, las diferencias encontradas en torno a la socialización parental entre los adolescentes que crecen en familias en situación de riesgo y los de otras familias fueron evidentes para los adolescentes más mayores. Por consiguiente, la tendencia normativa de que los padres y las madres vayan otorgando autonomía a sus hijos e hijas a medida que se hacen mayores fue más evidente en los contextos familiares adversos.

b. Conforme los adolescentes sean más mayores presentarán más problemas externalizantes.

Los profesionales están de acuerdo con que los problemas de ajuste se incrementan notoriamente en la adolescencia (Achenbach, 1990), especialmente en los contextos familiares en situación de riesgo donde las condiciones de vidas son más adversas y preocupantes para los menores (Aneshensel y Gore, 1991). La literatura revisada apunta hacia un aumento importante de los comportamientos problemáticos de naturaleza externalizante, independientemente del sexo, conforme los menores crecen (Abad et al., 2002; Herrero et al., 2002; Martínez, Fuertes et al., 2003; Rutter et al., 2000; Sandoval et al., 2006). Los resultados de este trabajo *verifican* esta relación.

Cabe señalar que, si bien es cierto que la relación entre la edad del adolescente y los problemas internalizantes también ha sido demostrada en algunos estudios, algunos se decantan por la estabilidad de estas conductas durante este periodo (Parra, 2005), sobre todo si el foco de interés son los chicos (Sandoval et al., 2006). Por esta razón, esta asociación no ha sido considerada en este modelo.

En síntesis, los datos empíricos de este trabajo validan un modelo teórico en el que variables de diversa índole (personal, interpersonal y familiar) y de distinto tipo (positiva y negativa) interaccionan entre sí para explicar la socialización parental y los problemas de ajuste de los adolescentes que crecen en familias en situación de riesgo psicosocial. Por una parte, la socialización parental en estos contextos se explicó por la incidencia de factores personales de las madres responsables del cuidado de estos adolescentes (trayectoria de riesgo, autoestima y controlabilidad parental) así como por la edad de los propios chicos y chicas. Por otra parte, los problemas de conducta de los adolescentes se explicaron por la socialización parental desarrollada por sus madres (preferentemente por la dimensión aceptación/implicación parental), la cohesión familiar, la concentración de SVE y la edad de los adolescentes. La varianza explicada que se encontró para cada uno de los dos tipos de problemas de conducta indicó que las variables incluidas en el modelo explicaban en mayor

medida las dificultades externalizantes de estos menores que las de naturaleza internalizante, las cuales parecían estar sujetas a otras dimensiones no incluidas en el modelo. Así, como se ha referido anteriormente, las dificultades emocionales en la adolescencia son explicadas en la literatura no solo por cuestiones relacionadas con el microsistema familiar sino que en la adolescencia parece ser que la infuencia que ejercen otras de carácter más personal y provenientes de otros contextos de desarrollo adquieren una relevancia especial.

Para finalizar, los índices de calidad de esta propuesta mostraron la idoneidad de la misma, aportando evidencias acerca de la validez de los modelos actuales sobre riesgo y protección. Como se comentó en el marco teórico de esta Tesis Doctoral, estos modelos tratan de explicar los elementos y procesos que explican las situaciones de adversidad de las familias, considerando igual de relevante tener en cuenta los elementos adversos presentes en el ambiente como los que protegen al individuo. En esta línea, este modelo ha incluido indicadores de ambos tipos que permiten explicar, en parte, lo que ocurre en las familias en situación de riesgo psicosocial durante la adolescencia de sus hijos e hijas.

Capítulo 16.

Conclusiones finales, implicaciones prácticas y limitaciones de la investigación.

Este trabajo finaliza con dos apartados que hacen referencia, por un lado, a la exposición de las conclusiones más destacadas e implicaciones prácticas de la investigación, y, por otro lado, a las limitaciones del estudio y las futuras líneas de investigación.

1. Conclusiones finales e implicaciones prácticas.

La finalidad de la investigación debe consistir en generar nuevos conocimientos que puedan ser aprovechados de cara a la intervención. Por esta razón, este apartado se plantea para la consecución del último de los objetivos de este trabajo.

Obj 6. Contribuir a la mejora de las políticas de intervención familiar de los Servicios de preservación familiar.

6.1.Ofrecer pautas de actuación generales relacionadas con el trabajo de las familias en riesgo.

6.2.Proponer actuaciones encaminadas al trabajo con los adolescentes de estas familias.

6.3.Plantear acciones de intervención destinadas a la mejora del funcionamiento familiar de estos hogares y de las adultas responsables de los menores.

A continuación se van a resaltar las principales conclusiones de este estudio, así como las implicaciones para la intervención que se derivan de éstas. En primer lugar, esta investigación ha evidenciado la presencia de **fortalezas y debilidades** en las familias que reciben intervenciones por razones de preservación familiar y de sus hijos e hijas adolescentes. Acorde con la literatura sobre el tema, las primeras fueron menos destacadas que las segundas pero no por ello son menos importantes. A continuación, se presenta un cuadro de doble entrada en el que se especifican las fortalezas y debilidades detectadas en los contextos familiares en riesgo atendiendo a distintos contenidos de evaluación.

Tabla 81. Debilidades y fortalezas de las familias en situación de riesgo psicosocial y sus hijos e hijas adolescentes.

	Debilidades	Fortalezas
Hogar	– Alta presencia de menores en el hogar. – Hacinamiento. – Inestabilidad familiar. – Dificultades económicas importantes. – Ingresos familiares inestables. – Baja contribución económica por parte de la figura paterna.	– Tamaño familiar medio. – Presencia de la familia extensa en el hogar. – Pluralidad en la procedencia de los ingresos. – Percepción de ayudas económicas. – Disposición de ayuda formal por parte de un servicio de atención familiar.
Mujeres responsables de estos hogares	– Bajo nivel educativo. – Sobrecarga de responsabilidades familiares. – Condiciones laborales precarias. – Trayectorias de riesgo familiar complicadas. – Historias personales individuales marcadas por la violencia familiar. – Trayectorias de riesgo transaccionales.	– Activas laboralmente. – Trabajos flexibles que permiten la conciliación laboral y familiar. – Diversidad en autoestima emocional. – Variabilidad en la percepción de controlabilidad parental.
Funcionamiento familiar	– Descenso en los niveles de aceptación/implicación en la adolescencia tardía, en mayor medida que en el grupo de comparación. – Alta proporción de madres con un patrón de socialización indiferente. – Ausencia casi total de madres indulgentes. – Baja aparición de madres indulgentes en las chicas en riesgo, en comparación con la del grupo de iguales. – Baja presencia de prácticas educativas relacionadas con la aceptación/implicación parental ante situaciones que requieren de una respuesta parental elevada, en comparación con la de otras familias. – Limitado uso de estrategias educativas parentales relacionadas con la coerción verbal y privación ante situaciones que requieren de una actuación parental media, en comparación con otras familias.	– Diversidad en cohesión familiar. – Predominio de prácticas educativas parentales relacionadas con la aceptación/implicación frente a las de coerción/imposición. – Igualdad en la socialización parental según el sexo de los adolescentes. – Presentación de patrones de socialización indiferente y autoritario en igual proporción que en otras familias de no riesgo. – Consonante con el desarrollo normativo. Estas mujeres cambian sus pautas de socialización parental conforme los menores son mayores en edad, posibilitando una mayor independencia a estos últimos. – Capacidad de adaptación de estas madres en el empleo de sus estrategias educativas en relación al grado de actuación parental que requieren las situaciones cotidianas con sus hijos e hijas. – Actuación ante la transgresión de una norma, es decir, no suelen mostrarse displicentes ante un comportamiento inadecuado del adolescente. – Escaso uso del castigo físico como estrategia educativa para controlar la conducta de los adolescentes.

Circunstancias de vida de los adolescentes	– Elevada presencia de SVE, en comparación con sus iguales. – Alta proporción de sucesos relacionados con el contexto familiar, en comparación con sus iguales. – Mayor vulnerabilidad en las chicas a sufrir emocionalmente por cada uno de los SVE experimentados, en comparación con los chicos. – Alta experimentación de SVE en la adolescencia inicial e intermedia, en comparación con el grupo de iguales.	– Acumulación de SVE no muy preocupante. – Afectación emocional promediada de cada uno de los SVE similar a la hallada en otros menores.
Características de ajuste de los adolescentes	– Elevada presencia de problemas internalizantes y externalizantes, en comparación con sus iguales. – Alta proporción de problemas externalizantes en la adolescencia tardía, en comparación con sus iguales. – Elevada presencia de problemas internalizantes en la adolescencia inicial, en comparación con el grupo de iguales. – Particularmente vulnerables las chicas a experimentar problemas internalizantes en la adolescencia.	– Niveles de desajuste interno y externo no altamente preocupantes.

El análisis de las debilidades y fortalezas de los adolescentes en situación de adversidad y de sus entornos familiares muestra una mayor presencia de las primeras sobre las segundas, por lo que es evidente la preocupación mostrada por parte de los SS.SS.CC. por desarrollar intervenciones encaminadas a la preservación familiar en estos hogares. No obstante, los resultados obtenidos en este estudio no apoyan la visión dicotómica que con frecuencia se tiene del riesgo de estas familias, dado que se han encontrado en ellas algunos elementos positivos que, en parte, podrían paliar los efectos negativos de la situación de adversidad en la que viven. En consonancia con Rodrigo y colaboradores (2008), este trabajo apoya que el riesgo sea una cuestión de grado y no una característica cualitativa de estos entornos.

La diversidad encontrada en el riesgo de las familias usuarias de los SS.SS.CC. y de sus hijos e hijas adolescentes podría ser considerada una fortaleza más en el estudio e intervención con estas familias. Este hallazgo muestra que, así como existen familias con una problemática elevada, hay otras que no presentan un perfil muy complicado, pudiendo éstas últimas solucionar sus dificultades con una intervención muy específica y no muy prolongada en el tiempo. No obstante, la hetereogeneidad del riesgo no debe ser confundida con la idea de que estamos por término medio ante adolescentes con un grado de problemática similar al de otros. Si bien éstos comparten características con otros iguales y sus familias, los análisis desarrollados en este estudio ponen de manifiesto que, desde una aproximación holística e integradora, los adolescentes de familias usuarias de los SS.SS.CC. presentan un perfil distinto al de otros menores que viven en condiciones más idóneas. El examen individual mostró que las diferencias de estos adolescentes con respecto a otros venían marcadas en mayor medida por las características psicosociales de los adolescentes (estrés psicosocial y problemas de

ajuste) que por las de funcionamiento familiar. Por consiguiente, la necesidad de intervención con los adolescentes de estos contextos y sus familias es más que evidente.

A continuación, en un intento de aportar ideas para la mejora de las políticas sociales destinadas a las familias en situación de riesgo se exponen, al hilo de las conclusiones más destacadas, las **principales implicaciones prácticas** que se extraen de esta Tesis Doctoral. Estas mejoras van a estar relacionadas con dos aspectos: (a) con el conocimiento de esta población, y (b) con las características del trabajo desarrollado por los profesionales del servicio.

a) Mejoras de la intervención relacionadas con el conocimiento de las familias en riesgo.

En lo que respecta al primer grupo de implicaciones prácticas, los resultados de este trabajo han permitido conocer en mayor profundidad a los menores adolescentes, su funcionamiento familiar y las mujeres responsables de las familias en situación de riesgo. Siguiendo esta triple perspectiva de análisis a continuación se exponen las recomendaciones prácticas que derivan de estos datos.

En relación a los menores, las intervenciones que se realicen deberían ser diferenciadas para atender a las particularidades de los *adolescentes* y a las trayectorias de riesgo en las que se ven involucrados, a la vez que integrales para atender las dificultades comunes que presenta esta población. A continuación, y teniendo en cuenta las debilidades y fortalezas presentadas en la Tabla 81, se sugieren algunas claves para el trabajo con los menores de familias usuarias de los SS.SS.CC.:

- La experimentación elevada de sucesos estresantes hace necesario que se faciliten recursos a estos menores que faciliten el afrontamiento exitoso de estos problemas. En este sentido, se puede destacar el *entrenamiento en estrategias de afrontamiento activas y centradas en el problema*, así como proporcionar el acceso a recursos apropiados y accesibles a los que puedan acudir en caso de ayuda. En estos recursos deben estar presentes figuras adultas responsables, que supongan una fuente de apoyo social importante para la vida de estos chicos y chicas.

- En consonancia con lo presentado anteriormente, las historias personales de estos adolescentes justifican la importancia de que las intervenciones estén encaminadas también a la *experimentación de experiencias agradables y positivas*. La vivencia de este tipo de experiencias puede proporcionar a los chicos y a las chicas cambios favorables en su funcionamiento psicosocial; como se comentó en la introducción teórica, éstas incluso se han relacionado con el fortalecimiento de la resiliencia. Atendiendo a la comprobación de las hipótesis contrastadas en el modelo teórico, tanto la primera de las actuaciones presentadas como ésta contribuiría a su vez a la prevención de problemas de externalización e internalización.

- Los problemas de conducta resultan ser otra de las claves de intervención en el trabajo con estos menores. Estos adolescentes presentan dificultades a nivel interno y externo que deben ser trabajadas, aunque afortunadamente los datos no muestran, salvo minorías, un desajuste grave. Así pues, el trabajo desarrollado debe ser *de carácter preventivo del déficit y a la vez de promoción*, fomentando aquellas capacidades y

habilidades en las que los menores muestren una mayor competencia. La comorbilidad hallada entre los dos tipos de problemas indica la necesidad de desarrollar intervenciones integrales, en la que se traten los comportamientos desajustados de naturaleza internalizante y externalizante de forma combinada.

- Sin restar la importancia que se merece el trabajo conductual con estos menores a todas las edades, las intervenciones deben prestar una especial *atención a los problemas emocionales en la adolescencia inicial y a los de externalización en la adolescencia tardía.* Cabe la posibilidad, aunque no ha sido posible contrastar este dato en este trabajo, que la presencia de los segundos a los 16 y 17 años no sea más que una mala gestión de los primeros a los 11 y 12 años. En el caso de que esta hipótesis fuera cierta, sería conveniente promover el desarrollo emocional a edades tempranas a través de actividades que favorecieran el autocontrol y afrontamiento adecuado de las emociones negativas, preveniendo así la aparición futura de comportamientos antisociales, agresivos y delictivos. En consonancia con otros estudios, la intervención precoz parece ser una de las claves del éxito de la intervención con este tipo de menores.

- Sin descuidar los problemas externalizantes, la *intervención dirigida a las chicas debe centrarse de manera especial en el trabajo de las emociones*. En este sentido, se recomienda que desde edades muy tempranas estas chicas se entrenen, entre otras cosas, en el reconocimiento y aceptación de los sentimientos, el desarrollo de una autoimagen positiva y el control de las emociones negativas.

A excepción de lo ocurrido con el estrés psicosocial y problemas de conducta, el *funcionamiento familiar* no ha mostrado ser muy diferente entre ambas muestras de estudio. No obstante, si se espera conseguir resultados exitosos en la intervención, el trabajo de las primeras tiene que ir siempre de la mano del fomento de una dinámica e interacción familiar positiva en el hogar. Prueba de ello son las relaciones que se han encontrado en el modelo teórico desarrollado entre indicadores familiares y personales de los adolescentes. En este sentido se proponen distintas estrategias de intervención que deberían ser consideradas:

- La cohesión familiar se ha detectado como una de las fortalezas en las que este tipo de intervenciones puede sustentarse. El hecho de que los miembros de una familia perciban sus relaciones como algo satisfactorio ha demostrado en este estudio ser uno de los factores de protección en la prevención de los problemas externalizantes. En este sentido es importante *fortalecer y fomentar la unión familiar* en estos contextos.

- La importancia que la socialización parental adquiere en la prevención de los problemas de ajuste hace de ésta una de las claves primordiales en la intervención con estas familias. En general, estas madres hacen uso de estrategias relacionadas con la aceptación/implicación y coerción/imposición de forma habitual, primando la primera frente a la segunda, adaptándose a las necesidades de actuación parental que requieren las situaciones educativas diarias. El hecho de que se hayan encontrado más fortalezas que debilidades en este plano no quiere decir que no haya nada que hacer en este sentido. Las consecuencias positivas que derivan de la utilización adecuada de este tipo de estrategias sobre los problemas de conducta adolescente justifican la necesidad de

desarrollar *programas de intervención encaminados a la promoción de la parentalidad positiva* a través del fortalecimiento de competencias parentales. Los resultados de este trabajo ofrecen algunas pistas de cara a este tipo de intervenciones:

- Fiel al principio de preservación, se debe transmitir la idea de que los padres y las madres son la mejor fuente de protección para niños y adolescentes y que la familia constituye el contexto natural en el que deben cubrirse gran parte de sus necesidades básicas.

- El interés debe ser la práctica de estrategias relacionadas con la aceptación/implicación frente a las de coerción/imposición. Referente a las segundas, se debe hacer especial hincapié en que las madres no lleven a cabo un uso excesivo de las mismas con los menores, ya que la coerción llevada a niveles extremos se ha demostrado en este trabajo que elimina los efectos positivos que la aceptación/implicación parental ejercen sobre los problemas externalizantes de los adolescentes.

- Los cambios en socialización parental en torno a la edad de los adolescentes hacen plantearse la necesidad de que los progenitores de estas familias tomen conciencia de que sus responsabilidades educativas no acaban en la entrada de la adolescencia tardía. El hecho de que a edades avanzadas los menores busquen una mayor independencia de los adultos no significa que los progenitores dejen de reaccionar ante los comportamientos de sus hijos e hijas, algo que parece ocurrir en estos contextos. La adolescencia tardía se ha considerado el periodo de mayor vulnerabilidad en estos adolescentes para desarrollar problemas externalizantes, y además se ha demostrado que la percepción que los menores tienen acerca del uso que sus madres hacen de estrategias relacionadas con la aceptación/implicación parental es inferior a la del grupo de iguales de comparación. Dicho lo anterior, la importancia que esta dimensión sigue ejerciendo sobre la adaptación adolescente a estas edades justifica la necesidad de trabajar en esta idea.

- Los resultados extraídos del examen de la socialización parental desde el enfoque situacional recalcan la importancia de llevar a cabo intervenciones basadas en una metodología experiencial. Este modelo de intervención ha demostrado en la literatura ser uno de los más eficaces en el trabajo con familias en situación de riesgo psicosocial. La formación de padres y madres basada en esta modalidad implica, entre otras cosas, un tratamiento reflexivo de las situaciones cotidianas. Esta línea de actuación puede facilitar el trabajo sobre aquellas situaciones que requieren de una mayor aceptación/implicación parental, aspecto destacado como una de las debilidades presente en estos contextos.

Para finalizar con este primer grupo de implicaciones prácticas, este trabajo aporta información relevante también acerca de las características y condiciones de vida de las *mujeres responsables de estos hogares*. En la línea de lo que se ha hecho anteriormente, a continuación se ofrece algunas implicaciones prácticas derivadas de los resultados obtenidos con estas adultas:

- El bajo nivel de formación de estas mujeres conlleva la necesidad de realizar *intervenciones que utilicen una metodología que no requieran una elaboración cognitiva excesiva*.

- Las relaciones demostradas en el modelo teórico desarrollado ponen de manifiesto que, para asumir de forma competente la tarea de ser madre, las habilidades específicamente relacionadas con la socialización parental no pueden ser tratadas independientemente de otras de índole más personal. En este sentido, el *fortalecimiento de la autoestima y del sentimiento positivo de controlabilidad parental* resultan ser otras de las claves en la intervención con las mujeres responsables de estos hogares.

- Del mismo modo que se comentaba en las recomendaciones prácticas para los adolescentes, se sugiere que estas mujeres *vivencien experiencias positivas y agradables* y se entrenen en estrategias activas de resolución de problemas. Acorde con la hipótesis de la trayectoria de protección transaccional, la consecución de estos dos objetivos podría favorecer la presencia de nuevos elementos positivos en la vida de estas mujeres, así como aminorar las consecuencias negativas derivadas de la exposición continuada a circunstancias de riesgo. Este hecho sería especialmente relevante si se produjera para las trayectorias de riesgo en el entorno familiar, puesto que se ha demostrado que una problemática familiar baja o media hacía desaparecer las consecuencias negativas que las trayectorias vitales de riesgo de las usuarias ejercían sobre su autoestima.

b) Mejoras relacionadas con las características de la intervención desarrollada por los profesionales del Servicio.

En este caso, se destacan tres aspectos a tener en cuenta en el trabajo integral que los Servicios de preservación familiar desarrollan con las familias en situación de riesgo psicosocial.

La heterogeneidad encontrada en torno al funcionamiento familiar en estos hogares hace de la *evaluación* no tanto una necesidad como un requisito indispensable para la intervención con estas familias. En la medida en que la rigurosidad de este estudio sea un hecho, las intervenciones se ajustarán más a las necesidades reales de estas familias y podrán, por tanto ser individualizadas y específicas.

Las intervenciones dirigidas a estas familias deben estar *planificadas y programadas en un tiempo realista* para que no se favorezcan la cronicidad y dependencia del servicio. Este problema ha sido demostrado en este trabajo al analizar la trayectoria previa en los SS.SS. de estas familias. Los estudios no han evidenciado que la permanencia en estos servicios durante muchos años sea la clave para presentar mejores indicadores de adaptación y funcionamiento familiar. Además, las condiciones adversas que rodean a estas familias dificultan la participación prolongada y continuada en el tiempo. En este sentido, se estima que será mejor llevar a cabo actuaciones con una duración intermedia y centradas en cuestiones concretas.

El *trabajo en red* resulta una de las claves de intervención para lograr el éxito. El número de familias que están recibiendo intervenciones complementarias a la ofrecida por los SS.SS.CC.

en esta población es elevado. La coordinación de servicios no sólo permitiría economizar en recursos, sino realizar intervenciones integradas que resultaran más eficaces y eficientes en sus objetivos.

Para finalizar, desde esta investigación se apoya la idea de que la intervención con familias en situación de riesgo psicosocial enfocada desde esta triple perspectiva (adolescentes, familias y madres) arrojaría resultados muy positivos en el trabajo que los SS.SS.CC. llevan a cabo con los menores durante la adolescencia. No obstante, no cabe duda de que la intervención con estos chicos y chicas no debe limitarse a estos puntos, sino que debe ser desarrollado en un marco más amplio en el que otros factores, entornos y relaciones ocupan también un lugar privilegiado. En otras palabras, esta investigación secunda la necesidad de realizar intervenciones integrales y coordinadas con otros organismos, ya sean éstos públicos o privados.

2. Limitaciones de la investigación.

Las conclusiones e implicaciones prácticas extraídas de esta investigación están sujetas a una serie de limitaciones metodológicas y teóricas que deben ser consideradas para futuras investigaciones.

En primer lugar, el único informante para cada medida. En este caso, los inventarios o escalas fueron cumplimentados con la información ofrecida por un solo integrante de la unidad familiar. El hecho de haber dispuesto de información por parte de diferentes miembros de los contextos familiares hubiera aportado una visión más completa de la problemática que rodea a los adolescentes así como del funcionamiento familiar en estos hogares. Por ejemplo, hubiera sido interesante recabar también información acerca de la socialización parental percibida por las madres. Si bien es cierto que la literatura ha demostrado que la información aportada sobre este aspecto es más fiable cuando se pregunta a los adolescentes, la percepción de las adultas podría haber acercado aún más a la situación socializadora que se vive en estos hogares.

La transversalidad del estudio es otra de las características de esta investigación que supone una limitación importante para la interpretación de algunos de los resultados presentados. Concretamente, este diseño hace que se deban tomar con cautela algunas de las interpretaciones que se han hecho de los resultados relacionados con la edad de los adolescentes; cuando se hacían comparaciones de los tres tramos de edad establecidos para alguna de las dimensiones evaluadas y se extraían conclusiones en torno al curso evolutivo que seguían las mismas. Además, limita el carácter causal de las relaciones planteadas en esta investigación así como el sentido de su interacción ya que propicia la confusión entre las causas y los efectos.

Por otra parte, el tamaño muestral utilizado para el desarrollo y contrastación del modelo explicativo, teniendo en cuenta el número de hipótesis que se pretenden verificar, hace que se tomen con cierta precaución las conclusiones extraídas de este análisis. La dificultad que entraña la evaluación de contextos familiares en situación de riesgo ha imposibilitado la

consecución de un número mayor de entrevistas a los adolescentes y sus familias. No obstante, cabe destacar que todos los índices de bondad de ajuste del modelo fueron satisfactorios, lo que muestra la idoneidad del mismo con los datos disponibles. Cabe destacar que este problema se presenta principalmente en el análisis MES pero no en el resto de pruebas estadísticas, para las que el tamaño de la muestra con el que se encontraba era muy aceptable.

Por último, y desde un punto de vista más teórico, cabe destacar la inclusión de otras dimensiones de análisis que podrían haber sido relevantes para esta investigación. A este respecto, hubiera sido interesante recabar por ejemplo datos acerca de la influencia de los iguales en el ajuste de estos adolescentes, así como el tipo de estrategias de afrontamiento que madres y menores suelen llevar a cabo para afrontar las circunstancias estresantes y de riesgo que experimentan.

A pesar de estas limitaciones, esta investigación supone un avance importante en el estudio de la adolescencia de contextos familiares en situación de riesgo psicosocial, resultando escasa la literatura que ha abordado este tema con anterioridad. Esta Tesis Doctoral aporta información muy interesante acerca del perfil psicosocial y familiar que presentan los chicos y las chicas que viven en estos contextos, demostrando que éste es sustancialmente diferente al de otros menores que crecen en entornos familiares más normalizados. Las debilidades y fortalezas encontradas en este estudio posibilitan que se planteen una serie de implicaciones prácticas que pueden ser muy relevantes de cara a los objetivos de la intervención en estos contextos. En la misma línea, la contrastación empírica de un modelo explicativo acerca de las variables que inciden en la socialización parental y los problemas de ajuste de los adolescentes también contribuye en la mejora de las políticas de apoyo en materia de infancia y familia en nuestro país.

V. English Version

Con la finalidad de optar a la mención Internacional en el título de Doctor a continuación se presenta una versión breve de esta Tesis Doctoral en lengua inglesa. Concretamente, se exponen los aspectos teóricos, metodológicos y los resultados más relevantes de este trabajo así como las conclusiones derivadas del mismo.

INTRODUCTION

Research in the past few decades has proven that despite the changes experienced in developed societies (Rodríguez and Menéndez, 2003), the family continues to be the most appropriate environment to cover the developmental-educational needs of young people. Therefore, it constitutes the best possible setting for the growth and development of the child (Palacios and Rodrigo, 1998). However, not all families are able to appropriately fulfill these functions. For a number of reasons, some end up being a situation that threatens the well-being of children, or they endanger the child's integrity. In this sense, contemporary research also shows that these situations do not constitute a single group but rather, on the contrary, they embrace a wide selection of families characterized by extremely diverse circumstances which, as a group, hinder the positive development of the children living within them (Hidalgo, Menéndez, Sánchez, Lorence and Jiménez, 2009; Rodrigo, Máiquez, Martin and Byrne, 2008). In accordance with Rodrigo and collaborators (2008), these families are known as being in situations of psychosocial risk, understood to be:

> "Those in which the persons responsible for the care and education of a minor, due to personal their parental functions or use them inappropriately, compromising or prejudicing the minor's personal and social development, but without the situation attaining a degree of severity that would justify a foster care order, whereby it were considered appropriate to separate the minor from his or her family" (p. 42).

According to the laws of Spain, explicitly the law dated 1/1996 for the Legal Protection of Minors, Family Social Services (FSS) are created, among other reasons, to assist those family situations declared at-risk. The commitment of these care services for family and childhood is to safeguard children's rights and more specifically, guarantee that they receive the appropriate education and protection from their legal caretakers or those responsible for them. European Council recommendations (2006) state that these psychosocial risk situations should be approached, preferably, from the standpoint of family preservation and strengthening, in which case, intervention is based upon three principles (Rodrigo et al., 2008): (a) preservation (parents are the child's best source of protection and therefore everything possible must be done to ensure the child need not be removed from its family environment); (b) support (public powers are responsible for the situations of children and, in addition, they are responsible for supporting the parents in the care and protection of their child); and (c) proportionality (it is necessary to arbitrate the support resources in accordance with each specific family situation). This new intervention model encourages substantial changes in the characteristics of the families requiring intervention. Now, the families included are not only those at high risk, but also those with complications or functional difficulties.

The effectiveness of the social policies is subject to a prior evaluation of the needs and strengths of the target intervention population. Thus, in recent decades, there has been a great deal of in-depth research into the evaluation of families at psychosocial risk. In Spain, a number of studies are available, including this carried out in Andalusia (e.g., Garrido and Grimaldi, 2009; Grimaldi, Garrido and Jiménez, 2012; Jiménez, 2009; Lorence, 2008; Menéndez, Jiménez, and Lorence, 2008; Trigo, 1998) and in the Canary Islands (e.g., Rodríguez,

Camacho, Rodrigo, Martin and Máiquez, 2006; Rodrigo et al., 2008). These studies have defined the at-risk contexts, both based on their difficulties (for example, precarious employment, education and economy, overloads in educational functions, psychological problems in adults, complicated personal trajectories, nonexistent parental educational practices and/or inadequate and high need for personal support) and their potentialities (for example, participate in the intervention, perception of family support, satisfaction with the service and the perceived social support); nevertheless, difficulties are more prominent than the potentialities, due to this, these families require formal support from the FSS.

Children growing up in these homes appear to suffer more from the consequences of living in adverse environments. This is due, among other aspects, to their lack of psychosocial maturity to be able to face stressful circumstances when these arise (Aneshensel and Gore, 1991). Explicitly, this Thesis focuses on the problems these children present during adolescence. Adolescence is currently considered a period of personal and family transition, which, as with any transitions, can bear certain risks due to the onset of difficulties and problems (Steinberg and Silk, 2002). The life circumstances of adolescents who grow up in family situations considered to be at psychosocial risk make them even more vulnerable to personal adaptation difficulties than other similar adolescents (Guillamón, 2003). This Thesis seeks to explore the needs and strengths if adolescents from family contexts considered being at psychosocial risk, with various levels of analysis: individual, interpersonal and family level.

METHOD

For this project, the **sample** was made up of 449 adolescents who grew up in a variety of family situations. Their ages ranged between 11 and 17 years and were distributed proportionately according to sex. There were two groups:

- At-risk sample: 223 children from families, users of FSS, at psychosocial risk. The average age of this group was 13.63 years (SD = 1.83). These adolescents were selected from different psycho-educational intervention programs run by the Social Work Units. Simultaneously to the interviews carried out with the adolescents, information was collected about the women responsible for the care and attention of these children (81.16% of the adults from this group were interviewed).
- Comparison sample: 226 adolescents from families that were not receiving family intervention from the FSS. These children came from a number of schools, and in secondary school, junior or high school (between 7th and 12th grade). For this group, the boys and girls selected were only interviewed for some of the dimensions of interest.

In terms of the evaluation techniques, semi-structured interviews were used, as well as questionnaires and the Delphi method. The interviews and questionnaires were administered to the two adolescent samples and the Delphi method was used with a group of experts in family and adolescence affairs. The former are presented in Table 1. Indications are provided to identify the at-risk adolescents (®) and those from the comparison sample (©).

Table 1. Level of analysis, dimensions, instruments, information and informants.

Level of analysis	Dimension	Instrument	Information about	Informant
INDIVIDUAL	Sociodemographic	PSD® Hidalgo, Menéndez, López, Sánchez, Lorence, 2005 PSS© Lorence & Hidalgo, 2005	Mother	Professional and mother Adolescent
	Self-esteem	AUT-17® Gracia, Herrero & Musitu, 2002	Mother	Mother
	Parental control perceived	PSOC® Johnson & Mash, 1989. Adap. Menéndez, Jiménez & Hidalgo, 2011	Mother	Mother
	Adjustment problems	YSR®© Achenbach & Rescolar, 2001, 1991	Adolescent	Adolescent
	Stressful life events	AVE®© Oliva, Jiménez, Parra & Sánchez-Queija, 2008	Adolescent	Adolescent
	Trajectory of individual risk	ISER® Hidalgo, Menéndez, Sánchez, López, Jiménez & Lorence, 2005	Mother	Professional
INTERPERSONAL	Parental Socialization	ESPA-29®© Musitu & García, 2001	Mother-Adolescent	Adolescent
FAMILY	Sociodemographic	PSD® Hidalgo et al., 2005 PSS© Lorence & Hidalgo, 2005	Family	Professional and mother Adolescent
	Family cohesion	FACES® Olson, Portner & Lavee, 1985; Adap. Vielva, Pantoja & Abeijón, 2001	Family	Mother
	Trajectory of family risk	ISER® Hidalgo et al., 2005	Family	Professional

To collect the information, the field work was been carried out from 2005 to 2010. The **procedure** followed for each of the two groups is presented below:

- Adolescents at-risk: FSS professionals selected the participating families for this research, in keeping with the following requirements: (a) children from families using FSS who, due to personal and/or family circumstances, were in an average psychosocial at-risk situation; (b) youngsters between 11 and 17 years of age with no diagnosed mental deficiency. The families who decided to participate voluntarily in this study were given appointments to perform the evaluation.
- Comparison adolescents: random sample stratified by conglomerates, bearing in mind (in addition to the age and sex of the adolescents) the type of school. Fourteen schools were chosen randomly from the Andalusian Regional Government database, of which nine schools were public and five private/charter schools. After the initial postal and

telephone contact with the schools, a visit to the school was organized. One or two classes from each academic year were chosen [from 6th grade (primary school) to 12th grade (high school)] depending on the number of pupils, with an average of five adolescents per class becoming part of the sample. The adolescents per class were meticulously selected according to the attendance number assigned per course. To guarantee compliance with the main requirement of this sample (growing up in families that did not use FSS), the teachers and/or tutors of each class were asked if they were aware or thought that any of the families of the children interviewed were receiving some type of family intervention from the FSS; these cases were eliminated from the final sample.

In terms of the **analytical plan**, this was a non-experimental design based, preferably, on a cross-sectional and descriptive quantitative methodology. The data collected was processed using exploratory and confirmatory analysis techniques, with the help of the statistical packages SPSS (version 15.1) and EQS (version 6.1).

MAIN RESULTS

Following the objectives proposed in this Thesis, a synthesis of the most outstanding results has been provided.

Objective 1. Describe at-risk families and their relationships with the Family Social Services

Families in situations of psychosocial risk present a profile that differs from other households where there is no intervention from the FSS to preserve and reinforce the family. This work shows that within the heterogeneous nature of these contexts, these families have a greater number of needs than strengths. This characterization positions these families at a higher level of risk in comparison with other homes receiving no help from the family preservation Services. In general, we found unstable homes, a large number of children living together and experiencing economic difficulties, in which case, they sought social services to subsist. The women who were the head of such households suffered desperate educational, economic and employment situations; in addition they showed extremely complicated risk trajectories and were greatly overloaded in terms of their functions. Despite the needs encountered, it must be highlighted that these are actively working women with no serious problems of self-esteem and parental control perceived.

The intervention characteristics of these families receiving FSS enabled the sample to be divided into three differentiated prevention levels: primary, secondary and tertiary. Those in the tertiary level presented more complicated at-risk trajectories. The data indicated that the families participating in this study showed that the use of FSS could not be described as one-off or sporadic, but rather, this use tended to be reinforced by professionals from other public and private organizations.

Objective 2. Analyze the psychosocial characteristics of the adolescents growing up in at-risk families.

Despite the diversity found in the psychosocial characteristics of at-risk adolescents, the number of stressful life events (SLE) experienced and the behavioral problems encountered in this group were most noteworthy.

On the one hand, in terms of psychosocial stress, the adolescents presented an average of about five SLE in the past five years, the most frequent being related with the family context. The number of SLE experienced was positively related to the emotional impact that each generated. No differences were found between the boys and the girls of this group for the accumulative index of psychosocial stress; however, differences were found regarding the emotional impact. The girls suffered more from the consequences of such events. The experience and emotional effects of these events was similar in initial, mid and late-adolescence.

Then again, the data relative to adolescent adjustment did not indicate a severe problem, although, as has been mentioned, it was higher than that what was detected in the comparison group. Differences between the sexes were observed for internalization problems. Girls presented more internal behavior disorders than the boys. Comparisons by age indicated a difference between late and initial adolescence when it came to the externalization of problems; thus, adolescents who were 16 and 17 years of age presented a more serious external maladjustment than did younger children. No more differences between sexes and ages of the adolescents were found for either of the two types of behavior problems assessed.

Objective 3. Verify whether the adolescents from families using Family Social Services present a risk profile that differs from the others.

The analyses of conglomerates provided empirical evidence at the holistic level of the existence of psychosocial and family profiles that differed between the adolescents from families using FSS and youngsters from the comparison group. Without obviating the diversity found in the at-risk sample, it was proven that young people growing up in these homes presented, on a whole, a more unfavorable function than that of their peers. These analyses were undertaken paying attention to the dimensions of psychosocial stress, adjustment problems and parental socialization.

The contrast analyses between the two samples showed clearer differences for the dimensions of psychosocial stress and adjustment problems than for parental socialization. Thus, it was observed that the boys and girls from at-risk families presented a greater accumulation of SLE and greater adjustment problems, at the internal and external level, than those who lived in favorable family situations. Such differences were replicated attending to the sex and age of the adolescents, except for the accumulative SLE index in late adolescence and the internalization problems in mid-adolescence. Parental socialization was treated based on three different analytical focuses: dimensional, typological and situational. In general, the first two focuses provided results that showed a profile of similar parental socialization

between the two groups of adolescents. The only differences found were when comparing girls with boys and comparing 16 and 17 year olds with younger age groups. In both cases, the data showed that the mothers of the at-risk group were more indifferent when young person behaved following the rules and were more inconsiderate when they broke them than those from the comparison sample. With respect to the situational focus, the results indicate that the parental socialization of the at-risk families resembled that of the comparison group more when the educational situations evaluated required a medium-high response level or parental performance, but not when faced with situations considered to be of high and medium need. Thus, the mothers of at-risk families proved to be less involved than the other group of women when faced with experiences which, according to the experts, required a high response, but at the same time, were less coercive (verbal coercion and privation, not of physical coercion) when faced with situations that required medium parental action.

Objective 4. Examine family functioning in at-risk families.

Family functioning in these households was analyzed based on two analytical dimensions of analysis: family cohesion and parental socialization. Once again both samples showed diversity of risk that characterizes these homes.

At risk families, from the mothers' perspective, presented central scores in family cohesion that did not show dysfunctional levels. The homes that perceived better family cohesion were, in fact, those that were receiving primary preventive intervention, as compared with those receiving secondary and third level intervention.

Parental socialization analysis for the women responsible for these homes, from the young person's perspective, showed no differences between girls and boys regarding the levels of parental acceptance/involvement and coercion/imposition. When it came to the developmental level, differences were observed in terms of age, with the scores in both dimensions of parental socialization being lower in late than in early adolescence. From a typological focus, the indifferent, authoritative and authoritarian styles were, in the same proportion, the most frequent among the population, while the indulgent style was represented by a very low number of mothers. In line with the previous results, it was observed that the authoritative and indifferent styles were related with the age of the young person; a low level of the authoritative style was observed in late adolescence, while an indifferent style was not very frequent in early adolescence, but frequently appeared in late adolescence.

To conclude, an innovative analysis of the parental socialization, known as situational focus, was carried out in this research. The evaluation offered by the specialists in family and adolescence on the daily situations included in instrument ESPA29 (Musitu and García, 2001) facilitated the establishment of a classification that grouped situations requiring high, average-high and medium parental action. The results indicated that the degree of parental involvement/acceptance and coercion/imposition of these women increased with the need for parental response required by the educational situations presented. This result could be

considered an example of the capacity of educational adaptation of these women to daily educational situations depending on the need for intervention or parental action.

Objective 5. Develop a theoretical model that explains adolescence in at-risk family contexts.

The theoretical model proposed herein, based on the available theoretical and empirical evidence, presents satisfactory adjustment indicators. This model made it clear that there is a relationship between each of the variables coming from the three analysis levels (family, interpersonal and personal).

On one hand, parental socialization in these contexts was explained by the incidence of personal factors of the mothers responsible for the care of these young people (risk trajectory, self-esteem and parental control perceived) and by the age of the youths. On the contrary, adolescent behavior problems were explained by parental socialization (preferably by the parental acceptance/involvement dimension), family cohesion, concentration of SLE and the age of these young people. It is noteworthy that the indicators included in the model allowed for the externalization of (30%) problems to be explained to a greater extent than internalizing (12%) problems. Specifically, the hypotheses verified in the model were:

1. The accumulation of stressful circumstances experienced by the mothers is negatively related to their own self-esteem.
2. The mother's self-esteem is positively associated with the feeling of parental control perceived when faced with the educational task.
3. The mother's self-esteem is positively related to parental acceptance/involvement.
4. As perceived parental control increases, it is expected that parental coercion/imposition decreases.
5. Parental acceptance/involvement is negatively associated with the externalization and internalization of problems.
6. It is expected that the externalization of problems diminishes as family cohesion increases.
7. The accumulation of SLE experienced by the adolescents in recent years is positively associated with their adjustment problems.
8. As the adolescent's internalization of problems increase, an increase in externalization is also expected.
9. Adolescents perceive their mothers to be less involved and coercive as they grow older.
10. As adolescents grow up, more externalization problems are expected.

Nevertheless, all of the hypotheses outlined at the onset of the work were not empirically validated. Specifically this refers to the following two cases:

11. Parental coercion/imposition is associated with adjustment problems, but this time positively.
12. An increase in the levels of family cohesion reduces the internalization of problems.

With regards to the 11 hypothese, the lack of verification led us to study the moderator effect of parental coercion/imposition on the relationship between acceptance/involvement

and the two adjustment problems. These analyses indicated the existence of such an effect for the externalization of problems, but not for internalization. Thus, the positive effects of the parental acceptance/involvement on this type of behavior disappeared when the coercion/imposition level was high. In other words, the negative effects of coercion on the external adjustment of the adolescents took place when talking about high imposition homes and this occurred while reducing the benefits associated with the educational practices linked to parental acceptance/involvement.

CONCLUSIONS

The purpose of the research consists in generating new knowledge that can be taken into consideration in the light of intervention. Thus, this last section is provided to achieve the final objective of this work.

Objective 6. Contribute to the improvement of family intervention policies on behalf of family preservation services.

The main conclusions of this study are summarized, as well as their implications for intervention. First of all, this research has shown that there are both **strengths and weaknesses** in the families that receive intervention for family preservation. In accordance with the literature on the topic, the strengths were less visible than the weaknesses, but no less important. The weaknesses and strengths detected in the at-risk family contexts according to the various evaluation contents are specified in Table 1.

Table 1. Weaknesses and strengths in families at psychosocial risk and their adolescent children.

	Weaknesses	Strengths
Home	– Elevated number of children in the home. – Overcrowding. – Family instability. – Major economic difficulties. – Unstable family income. – Low economic contribution from the paternal figure.	– Average family size. – Extended family living in the home – Varied income sources. – Receive economic aid. – Availability of formal aid from a family-care service.
Women responsible for these households	– Limited education. – Family responsibility overload. – Precarious employment conditions. – Recent complicated risk trajectories within the family. – Individual personal histories marked by family violence. – Transactional risk trajectories.	– Actively working. – Flexible jobs that facilitate conciliation of employment and family. – Diversity in emotional self-esteem. – Variability in the perception of parental control perceived.

Family functioning	– Decrease in the levels of acceptance/involvement in late adolescence, to a greater extent than in the comparison group. – High rate of mothers with an indifferent socialization pattern. – Almost total absence of indulgent mothers. – Low appearance of indulgent mothers in at-risk girls, when compared with their peers. – Limited educational practices related to parental acceptance/involvement when faced with situations that require a severe parental response, in comparison with other families. – Limited use of parental educational strategies related to verbal coercion and restrictions when faced with situations that require an average parental action, in comparison with other families.	– Diversity in family cohesion. – Predominance of parental educational practices related with. acceptance/involvement as opposed to those of coercion/imposition. – Equality in parental socialization according to the sex of the adolescents. – Presentation of indifferent and authoritarian socialization patterns in equal proportion to those in other families that are not at-risk. – In keeping with normal development. These women change their parental socialization rules as their children grow older, to offer them greater independence. – Adaptation capacity of these mothers in the use of their educational strategies in terms of the degree of parental action required by the daily situations with their children. – Behavior when faced with the breaking of a rule; they tend not to be indifferent when faced with inadequate behavior from the adolescent. – Scarce use of physical punishment as an educational strategy to control adolescent behavior.
Life circumstances of the adolescents	– High presence of SLE, in contrast with the comparison group. – High rate of family-context-related experiences, in comparison with peers. – Greater vulnerability in girls to towards emotional suffering for each SLE experienced, in comparison with the boys. – High rate of SLE in early and mid-adolescence, in comparison with peer group.	– Accumulation of SLE not excessively concerning. – Average emotional behavior of each the SLE similar to that encountered in other young people.
Adolescent adjustment characteristics	– High presence of internalization and externalization of problems, when compared with peers. – High proportion of externalization of problems in late adolescence, when compared with peers. – High rate of internalization of problems in early adolescence, when compared with peers. – Girls are particularly vulnerable to experiencing internalization problems during adolescence.	– Levels of internal and external mal-adjustment not excessively worrying.

The analysis of adolescent weaknesses and strengths in adverse situations and their family environments shows a high presence of weaknesses. The concern shown by the FSS is justified to develop interventions aimed at family preservation within these households. Nevertheless, the results obtained do not support the dichotomic vision that one frequently has of these families. Certain positive elements have been found in these families, which, in part, could ease the negative effects of the adverse situation they are living in. In agreement with Rodrigo and collaborators (2008), the risk is a question of degree and not one single qualitative characteristic of these environments.

The diversity found in at-risk families using FSS and their adolescent children could be considered an additional strength in the study and intervention with these families. This discovery shows that, just as there are families with major problems, there are others without this profile, so they can cope with their difficulties with specific intervention for a short period of time. Nevertheless, dissimilarities in the risk should not be confused by the idea that we are, on average, seen adolescents with a degree of problems similar to those of others. Although they share characteristics with their peers and their families, the analyses carried out in this study show that, from a holistic and integrated approach, the families using FSS present a different profile to those of other adolescents who live in more suitable conditions. Individual scrutiny showed that the differences between these adolescents and others were marked more by the psychosocial characteristics of the adolescents (psychosocial stress and adjustment problems) than by those of family functioning. Consequently, there is a real need for intervention with the adolescents of these contexts and their families.

In an effort to contribute to the improvement of social policies for at-risk families, and continuing with the most outstanding conclusions, the **practical implications** extracted from this Thesis are detailed. These improvements regard two aspects: (a) having knowledge of the population, and (b) the characteristics of the work carried out by the professionals.

a) Improvements in intervention linked to knowledge about at-risk families.

The results of this project have facilitated an in-depth understanding of young adolescents, their family functioning and the women responsible for at-risk families. Following this triple perspective analysis, the practical recommendations derived from this data are provided herein.

With regards to the young people, interventions must be differentiated to attend the distinctive features of the *adolescents* and the risk trajectories of those involved, while at the same time being integrated to attend to the common difficulties of this population. Next, and bearing in mind the weaknesses and strengths presented in Table 1, key aspects are suggested for the work with the young people from families that use FSS:

- The high rate of stressful events makes it essential to make resources available to these young people that facilitate their coping with these problems. In this sense, *training in active confrontation strategies centered on the problem* are important, as well as providing access to suitable and accessible resources that can be used in the event of help. Responsible adults, who act as an important source of social support for the lives of these youths must be part of these resources.

- In consonance with what has been presented, the personal stories of these adolescents justify the importance of specifically-focused interventions to allow them to *enjoy pleasant and positive experiences*. Such experiences can offer these youth favorable changes in their psychosocial function; as was commented in the theoretical introduction, these have even been related with strengthening their resilience. Attending the verification of the hypotheses contrasted in the theoretical model, both the first of the actions presented would contribute, in turn, to preventing externalization of and internalization of problems.
- Behavioral problems are another key to intervention when working with young people. These adolescents have internal and external difficulties that must be worked with, although fortunately the data does not show, except in very few cases, serious maladjustment. Therefore, the work carried out must be pr*eventive of the deficit and at the same time promoting*, stimulating those capacities and abilities where the young people are most competence. The co-morbidity found between these two types of problems indicates the need to develop integrated interventions, in which the maladjusted internalization and externalization of behaviors are treated in a combined way.
- Without overlooking the importance deserved by the behavioral work with these young people of all ages, interventions must pay a special *attention to the emotional problems in early adolescence and the externalization of problems in late adolescence*. There is the possibility, although this point has not been proven in this work, that the presence of problems at the ages of 16 and 17 is no more than the poor handling of these problems at the ages of 11 and 12. Should this hypothesis be true, it would be recommendable to promote emotional development at early ages through activities that favored self-control and appropriate coping of negative emotions. Thus, the future appearance of antisocial, aggressive and criminal behaviors would be prevented. In accordance with other studies, early intervention seems to be one of the keys to the success of the intervention with such young people.
- Without disregarding the externalization of problems, *intervention aimed at the girls must be especially centered on working with emotions*. It is recommended that from very early ages these girls train, among other, in the recognition and acceptance of feelings, developing a positive self-image and the control of negative emotions.

The differences with regards to the *family functioning* were not so evident when compared with other families as in the case of the psychosocial characteristics of the adolescents. Nevertheless, these must always go hand in hand with the psychosocial function of the young people if one hopes to achieve successful results from intervention. Proof of this are the relationships found in the theoretical model developed between the family and personal indicators of the adolescents. In this regard, a number of intervention strategies to be considered have been proposed:

- Family cohesion has been detected as one of the strengths upon which this type of intervention can be sustained. The fact that family members perceive their relationships as somewhat satisfactory has been demonstrated in this study to be one of the

protective factors in the prevention of externalization of problems. Thus, it is important to *strengthen and promote family union* in these contexts.

– The importance acquired by parental socialization in the prevention of adjustment problems makes of this one of the keys in the intervention with these families. In general, these mothers routinely make use of strategies related with acceptance/involvement and coercion/imposition, the former prevailing over the latter. Also, the mothers adapt to the needs of parental action required in daily educational situations. The fact that more strengths than weaknesses were found here does not mean that there is space for improvement. The positive consequences derived from the appropriate use of this type of strategy on the adolescent behavioral problems justify the need to develop *intervention programs aimed at the promotion of positive parenting* by strengthening parental competences. The results of this work offer clues about this type of intervention:

  - Loyal to the principle of preservation, the idea that the fathers and mothers are the best source of protection for children and adolescents must be transmitted and that the family constitutes the natural context where most of their basic needs are covered.

  - Interest must be based upon the practice of strategies related with acceptance/involvement as opposed to those of coercion/imposition. With respect to the latter, it must be stressed that the mothers should not make excessive use of these with their children. Coercion, taken to extreme levels, as demonstrated in this work, eliminates the positive effects that parental acceptance/involvement exercises on the externalization of problems in adolescents.

  - Changes in parental socialization depending on the age of the adolescent makes it necessary to suggest that the parents need to be aware that their educational responsibilities do not come to an end when their children enter late adolescence. The fact that at older ages young people look for more independence from the adults does not mean parents should stop reacting to their children's behavior, which is something that seems to happen in these contexts. Late adolescence has been considered the most vulnerable period for these adolescents to develop the externalization of problems. It has been proven that the young people's perception about the use that their mothers make of strategies related with parental acceptance/involvement is less than any other. That said, the importance that this dimension continues exercising on adolescent adaptation at these ages justifies the need to work on this idea.

  - The results extracted from the examination of the parental socialization from the situational focus emphasize the importance of carrying out interventions based on an experiential methodology. This intervention model has been demonstrated, in the literature, to be one of the most effective when working with families at psychosocial risk. Training fathers and mothers based on this method imply, among other aspects, a reflexive treatment of daily situations. This line of action could facilitate the work on those situations that require greater parental

acceptance/involvement, an aspect that stands out as one of the weaknesses found in these contexts.

To conclude with this first group of practical implications, this work also contributes relevant information about the characteristics and living conditions of the *women responsible for these households*. Along the previous lines, some practical implications derived from the results obtained with these adults are offered:

- The limited educational level of these women makes it necessary to carry out *interventions that do not require excessive cognitive explanation*.
- The relationships demonstrated in the theoretical model developed show that, to competently undertake the task of motherhood, the abilities specifically related with parental socialization cannot be treated independently from those of a more personal nature. Thus, *reinforcing their self-esteem and their positive feeling of parental control perceived* are other keys to the intervention with the women responsible for these households.
- As mentioned in the practical recommendations for the adolescents, it is suggested that these women *experience positive and pleasant experiences* and train in active problem-solving strategies. In accordance with the hypothesis of the transactional protection trajectory, the attainment of these two objectives could favor the presence of new positive elements in the lives of these women, as well as reduce the negative consequences derived from their continuous exhibition to risk circumstances. This fact is particularly relevant if taken place for the trajectories of risk in the family environment; it has been proven that low or medium level family problems dissipate the negative consequences that the vital risk trajectories of the users have on their self-esteem.

b) Improvements related to the characteristics of the intervention carried out by professionals.

There are three aspects to be taken into consideration in the integrated work performed by family preservation services when working with families in situations of psychosocial risk.

The heterogeneous nature encountered in the field of family functioning in these homes makes *evaluation* an essential requirement for intervention. To the extent that the meticulousness of this study is a fact, the interventions must be more suited to the real needs of these families and therefore, be individualized and specific.

The interventions aimed at these families should be *planned and programmed in real time* to avoid chronic dependence on the service. This problem has been demonstrated in this work when analyzing the prior trajectory of these families in the FSS. There has been no evidence in studies to indicate that remaining with these services throughout a number of years is the key to presenting better adaptation and family functioning indicators. Furthermore, the adverse conditions surrounding these families hinder prolonged participation that continues over time. It is considered that it would be better to carry out actions with an intermediate duration, focusing on specific problems.

Networking is one of the intervention keys to achieving success. The number of families in this population receiving interventions complementary to those offered by the FSS is high. The

coordination of services not only facilitates resources being economized, but also carries out integrated interventions that would be more effective and more efficient in their objectives.

In conclusion, this Thesis provides an important advance in the study of adolescences within the family context of psychosocial risk, with literature approaching this subject to date. This work provides relevant information about the psychosocial and family profile of the youths who live in these contexts, demonstrating that this is substantially different to that of other young people who grow up in more standard family environments. The weaknesses and strengths encountered make it possible to suggest a series of practical implications when faced with the objectives of intervention in such contexts. Along the same lines, the empirical verification of an explanatory model about the variables impacting on parental socialization and the adjustment problems of the adolescents also contributes to the improvement of the social protection policies of Spain when it comes to the care of families and young people.

VI. Bibliografía

Aalsma, M. C. y Lapsley, D. K. (2001). A typology of adolescent delinquency: Sex differences and implications for treatment. *Criminal Behaviour and Mental Health, 11*(3), 173-191.

Abad, J., Forns, M. y Gómez, J. (2002). Emotional and behavioral problems as measured by the YSR. *European Journal of Psychological Assessment, 18*(2), 149-157.

Abad, J., Forns, M., Amador, A. y Martorell, B. (2000). Fiabilidad y validez del Youth Self Report en una muestra de adolescentes. *Psicothema, 12*(1), 49-54.

Achenbach, T. M. y Rescola, L. A. (2001). *Manual for the ASEBA school-age forms and profiles*. Burlington, VT: University of Vermont, Research Center for Chlidren, Youth and Families.

Achenbach, T. M. (1990). Conceptualization of developmental psychopahology. En M. Lewis y S.M. Miller (Eds.), *Handbook of developmental psychopathology* (pp. 3-14). New York, USA: Plenum Press

Achenbach, T. M. (1991). *Manual for the child behavior checklist /4-18 and 1991 profile*. Burlington, VT: University of Vermont, Department of Psychiatry.

Ackerman, B. P., Izard, C. E., Schoff, K., Youngstrom, E. A. y Kogos, J. (1999). Contextual risk, caregiver emotionally, and the problem behaviours of six and seven-year-old children from economically disadvantaged families. *Child Development, 70*(6), 1415-1427.

Ackerman, B. P., Kogos, J., Youngstrom, E., Schoff, K. y Izard, C.E. (1999). Family instability and the problem behaviors of children from economically disadvantaged families. *Developmental Psychology, 35*, 258-268.

Aiken, L. S. y West, S. G. (1991). *Multiple regression: Testing and interpreting interactions*. Newbury Park, London: Sage.

Akai, C. E., Guttentag, C. L., Baggett, K. M. y Noria, C. C. (2008). Enhancing parenting practices of at-risk mothers. *Journal Primary Prevent, 29*(3), 223-242.

Alonso, P. (2005). *Discrepancia entre padres e hijos en la percepción del funcionamiento familiar y desarrollo de la autonomía adolescente*. Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Valencia, Valencia, España.

Álvarez, M., Ramírez, B., Silva, A., Coffin, N. y Jiménez, M. L. (2009). The relation between depression and family conflicts in adolescents. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy, 9*(2), 205-216.

American Psychological Association (2002). *Manual de estilo de publicación de la American Psychological Association* (adaptado para el español por Editorial El Manual Moderno, 2a. Ed.). Mexico: Manual Moderno.

Aneshensel, C. S. y Gore, S. (1991). Development, stress, and role restructuring: Social transitions of adolescence. En J. Eckenrode (Ed.), *The social context of coping* (pp. 1-61). New York, USA: Plenum Press.

Annunziata, D., Hogue, A., Faw, L. y Liddle, H. A. (2006). Family functioning and school success in at-risk, inner-city adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, *35*(1), 105-113.

Appleyard, K., Egeland, B., Van Dulmen, M. H. M. y Sroufe, A. (2005). When more is not better: The role of cumulative risk in child behavior outcomes. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 46*(3), 235-245.

Arenas, A., Hidalgo, M. V. y Menéndez, S. (2009). Cohesión social percibida en familias usuarias de los servicios sociales comunitarios. *Portularia, Revista de Trabajo Social, 9*(1), 105-114.

Arón, A. M., Nitsche, R. y Rosenbluth, A. (1995). Redes sociales de adolescentes: un estudio descriptivo-comparativo. *Psykhe, 4*(1), 49-56.

Aronfreed, J. (1968). *Conduct and conscience.* New York, USA: Academic Press.

Arranz, E. y Oliva, A. (2010). La influencia del contexto familiar en el desarrollo psicológico durante la infancia y la adolescencia. En E. Arranz y A. Oliva (Eds.), *Desarrollo psicológico en las nuevas estructuras familiares* (pp. 15-34). Madrid: Editorial Pirámide.

Arranz. E. y Olabarrieta, F. (1998). Las relaciones entre hermanos. En J. Palacios y M. J. Rodrigo (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 245-260). Madrid: Alianza.

Arruabarrena, M. I. y De Paúl, J. (1994). *Maltrato a los niños en la familia*. Madrid: Pirámide.

Arruabarrena, M. I. y De Paúl, J. (2002). Evaluación de un programa de tratamiento para familias maltratantes y negligentes y familias de alto-riesgo. *Intervención Psicosocial, 11*(2), 213-227.

Asonibare, J. B. y Olowonirejuaro, O. A. (2006). Family cohesion and level of communication between parents and their adolescent children. *The Nigerian Journal of Guidance y Counselling, 11*(1), 52-59.

Aspinwall, L. G. y Taylor, S. E. (1992). Modeling cognitive adaptation: A longitudinal investigation of the impact of individual differences and coping on college adjustment and performance. *Journal of Personality and Social Psychology, 63*(6), 989-1003.

Asscher, J. J., Hermanns, J. M. A. y Dekovic, M. (2008). Effectiveness of the Home-Start parenting support program: Behavioral outcomes for parents and children. *Infant Mental Health Journal, 29*(2)*,* 95–113.

Ato, M. (1991). *Investigación en ciencias del comportamiento*. Barcelona: Ediciones PPU.

Atzaba-Poria, N., Pike, A. y Deater-Deckard, K. (2004). Do risk factors for problem behaviour act in a cumulative manner? An examination of ethnic minority and majority children through an ecological perspective. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, *45*(4), 707-718.

Aucoin, K. J., Frick, P. J. y Bodin, S. D. (2006). Corporal punishment and child adjustment. *Journal of Applied Developmental Psychology, 27*(6), 527-541.

Aydin, B. y Öztücüncü, F. (2001). Examination of adolescents negative thoughts, depressive mood, and family environment. *Adolescence, 36*(141)*,* 77-83.

Baer, J. (2002). Is family cohesion a risk or protective factor during adolescent development? *Journal of Marriage and Family, 64*(3), 668-675.

Baldwin, A.L., Baldwin, C. y Cole, R.E. (1990). Stress-resistant families and stress-resistant children. En J. Rolf, A.S. Masten, D. Cicchetti, K.H. Nuechterlein, y S. Weintraub (Eds.), *Risk and protective factors in the development of psychopathology* (pp. 257-280)*.* Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press.

Baldwin, A. L., Baldwin, C. P., Kasser, T., Zax, M., Sameroff, A. y Seifer, R. (1993). Contextual risk and resiliency during late adolescence. *Development and Psychopathology*, *5*(4), 741-761.

Barber, B. K. (1996). Parental psychological control: Revisiting a neglected construct. *Child Development*, *67*(6), 3296-3319.

Barber, B. K. y Buehler, C. (1996). Family cohesion and enmeshment: Different constructs, different effects. *Journal of Marriage and the Family, 58*(2), 433-441.

Barber, B. K. y Harmon, E. L. (2002). Violating the self: Parental psychological control of children and adolescents. En B. K. Barber (Ed.), *Intrusive parenting: how psychological control affects children and adolescents* (pp.15-52). Washington: American Psychological Association.

Barber, B. K., Olsen, J. E. y Shagle, S. C. (1994). Associations between parental psychological and behaviour control and youth internalized and externalized behaviours. *Child Development*, *65*(4), 1120-1136.

Barrera, M., Jr., Prelow, H. M., Dumka, L. E., Gonzales, N. A., Knight, G. P., Michaels, M. L., Roosa, M. W. y Tein, J. Y. (2002). Pathways from family economic conditions to adolescents' distress: Supportive parenting, stressors outside the family and deviant peers. *Journal of Community Psychology, 30*(2), 135-152.

Barry, C. T., Frick, P. J. y Grafeman, S. J. (2008). Child versus parent reports of parenting practices: Implications for the conceptualization of child behavioral and emotional problems. *Assessment, 15*(3), 294-303.

Baumrind, D. (1967). Child care practices anteceding three patterns of preschool behavior. *Genetic Psychology Monographs, 75*(1), 43-88.

Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology Monographs, 4*(1), 1-103.

Becker, W. C., Peterson, D. R., Hellmer, L. A., Shoemaker, D. J. y Quay, H. C. (1959). Factors in parental behavior and personality as related to problem behavior in children. *Journal of consulting psychology, 23*(2), 107-118.

Becoña, E. (2006). Resiliencia: definición, características y utilidad del concepto. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica, 11*(3), 125-146.

Belsky, J. y Barends, N. (2002). Personality and parenting. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*: *Vol. 3. Being and Becoming a Parent,* (2a. ed., pp. 415-438). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Belsky, J., Youngblade, L. y Pensky, E. (1989). Childrearing history, marital quality and maternal affect: Intergerational transmition in a low-risk sample. *Development and Psychopatology, 1*(4), 294-304.

Bender, H., Allen, J., McElhaney, K., Antonishak, J., Moore, C., Kelly, H. y Davis, S. M. (2007). Use of harsh physical discipline and developmental outcomes in adolescence. *Development and Psychopathology, 19*(1)*,* 227-242.

Benson, P. L., Mannes, M., Pittman, K. y Ferber, T. (2004). Youth development, developmental assets and public policy. En R. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescent psychology* (2a. ed., pp. 781-814). Hoboken, NJ, USA: John Wiley & Sons.

Bentler, P. M. (1995). *EQS structural equations program manual*. Encino, CA: Institute of Mathematical Statistics.

Bernstein, M. H. y Lamb, M. H. (1992). *Developmental psychology: Anadvanced texbook* (3a. Ed.). New York, USA: Lawrence Erlbaum Associates.

Beyers, J. M. y Loeber, R. (2003). Untangling developmental relations between depressed mood and delinquency in male adolescents. *Journal of Abnormal Child Psychology, 31*(3), 247-266.

Blum, R. W. y Rinehart, P. M. (1997). *Reducing the risk: Connections that make a difference in the lives of youth*. Recuperado el 10 de Mayo de 2012, del sitio web de Carolina Pupulation Center: http://www.cpc.unc.edu/projects/addhealth/faqs/addhealth/Reducing-the-risk.pdf.

Bolen, M. G., McWey, L. M. y Schlee, B. M. (2008). Are at-risk parents getting what they need? Perspectives of parents involved with Child Protective Services. *Clinical Social Work, 36*(4), 341-354.

Bongers, I. L., Koot, H. M., Van der Ende, J. y Verhulst, F. C. (2003). The normative development of child and adolescent problem behavior. *Journal of Abnormal Psychology, 112*(2), 179-192.

Bornstein, M. H. (2002). *Handbook of parenting: Vol.5: Practical issues in parenting* (2a. ed.). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Bouma, E. M., Ormel, J., Verhulst, F. C. y Oldehinkel, A. J. (2008). Stressful life events and depressive problems in early adolescent boys and girls: The influence of parental depression, temperament and family environment. *Journal of Affective Disorders, 105*(1-3), 185-193.

Bradley, R.H. (2002). Enviroment and parenting. En M.H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Vol 2. Biology and ecology of parenting* (2a. ed., pp. 281-314). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development.* Cambridge, Hardvard University Press. (Trad. Cast. La ecología del desarrollo humano. Barcelona, Ediciones Paidós, 1987).

Bronte-Tinkew, J., Moore, K. A. y Carrano, J. (2006). The father-child relationship, parenting styles, and adolescent risk behaviors in intact families. *Journal of Family Issues, 27*(6), 850-881.

Brooks-Gunn, J. (1991). How stressful is the transition to adolescence in girls? En M. E. Colten y S. Core (Eds*.), Adolescent stress: Causes and consequences* (pp. 131-149). New Yersey, USA: Aldine de Gruyter.

Brooks-Gunn, J., Klebanov, P., Liaw, F. y Duncan, G. (1995). Toward an understanding of the effects of poverty upon children. En H. E. Fitzgerald, B. M. Lester y B. Zuckerman (Eds.), *Children of Poverty* (pp. 3–37). New York, USA: Garland.

Brown, B. B., Mounts, N. S., Lamborn, S. D. y Steinberg, L. (1993). Parenting practices and peer group affiliation in adolescence. *Child Development, 64*(2)*,* 467-482.

Buchanan, C. M., Eccles, J. y Becker, J. (1992). Are adolescents the victims of ranging hormones? Evidence for activational effects of hormones on moods and behavior at adolescence. *Psychological Bulletin, 111*(1), 62-107.

Buehler, C. y Gerard, J. M. (2002). Marital conflict, ineffective parenting, and children´s and adolescents´ maladjustment. *Journal of Marriage and the Family, 64*(1), 78-92.

Buendía, J., Ruiz, J. y Riquelme, A. (1998). Efectos del estrés familiar en niños y adolescentes. En J. Buendía (Ed.), *Familia y Psicología de la Salud* (pp. 181-202). Madrid: Pirámide.

Bugental, D. B., Blue, J. y Cruzcosa, M. (1989). Perceived control over caregiving outcomes: Implications for child abuse. *Developmental Psychology, 25*(4), 532-539.

Bugental, D. B., Lyon, J. E., Krantz, J. y Cortez, V. (1997). Who's the boss? Differential accessibility of dominance ideation in parent-child relationships. *Journal of Personality and Social Psychology, 72*(6), 1297-1309.

Bugental, D. B., Lyon, J. E., Lin, E. K., McGrath, E. P. y Bimbela, A. (1999). Children "tune out" in response to the ambiguous communication style of powerless adults. *Child Development, 70*(1), 214-230.

Bulnes, M., Ponce, C., Huerta, R., Álvarez, C., Santiváñez, W., Atalaya, M., Aliaga, J. y Morocho, J. (2008). Resiliencia y estilos de socialización parental en escolar de 4to y 5pto años de secundaria de Lima metropolitana. *Revista de Investigación en Psicología, 11*(2), 67-91.

Buri, J. R. (1991). Parental Authority Questionnarie. *Journal of Personality Assessment, 57*(1), 110-119.

Burns, D. D. (2002). *El manual de ejercicios de sentirse bien*. Barcelona: Paidós.

Calvete, E. y Cardeñoso, O. (2005). Gender differences in cognitive vulnerability to depression and behavior problems in adolescents. *Journal of Abnormal Child Psychology, 33*(2), 179-192.

Calvete, E., Gámez-Guadix, M. y Orue, I. (2010). El Inventario de Dimensiones de Disciplina (DDI), versión niños y adolescentes: Estudio de las prácticas de disciplina parental desde una perspectiva de género. *Anales de Psicología, 26*(2), 410-418.

Campbell, S. B., Shaw, D. S. y Gilliom, M. (2000). Early externalizing behavior problems: Toddlers and preschoolers at risk for later maladjustment. *Development and Psychopathology, 12*(3), 467-488.

Canalda, G. y Carbonés, J. (2005). Acontecimientos vitales. En L. Ezpeleta (Ed.). *Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo* (pp. 337-358). Barcelona: Masson.

Carbonell, D. M., Reinherz, H. Z. y Giaconia, R. M. (1998). Risk and resilience in late adolescence. *Child and Adolescent Social Work Journal, 15*(4), 251-272.

Caron, C. y Rutter, M. (1991). Comorbidity in child psychopathology: Concepts, issues and research strategies. *Journal Child Psychology Psychiatry*, *32*(7), 1063-1080.

Carpenter, A. y Donohue, B (2006). Parental satisfaction in child abuse and neglect: a review of standardized measures. *Aggression and violent behavior, 11*(6), 577-586.

Carrasco, M. A., Rodríguez, J. F. y Del Barrio, M. V. (2001). Delincuencia y psicopatología entre adolescentes maltratados. *Revista de Psicologia General y Aplicada, 54*(4), 605-617.

Carter, A. S., Garrity-Rokous, F. E., Chazan-Cohen, R., Little, C. y Briggs-Gowan, M. J. (2001). Maternal depression and comorbidity: Predicting early parenting, attachment security, and toddler social–emotional problems and competencies. *Journal of American Academy of Child and Adolescent Psychiatry, 40*(1), 18-26.

Caspi, A. (1998). Personality development across the life course. En W. Damon (Ed. de la serie) y N. Eisenberg (Ed. del volumen), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social, Emotional, and Personality Development, (5a. ed.,* pp. 311-388). New York, USA: John Wiley & Sons.

Casullo, M. M. (1998). *Adolescentes en riesgo. Identificación y orientación psicológica*. Buenos Aires: Paidós.

Casullo, M. M. y Liporace, M. F. (2008). Percepción sobre estilos e inconsistencia parentales en adolescentes argentinos. *Estudos de Psicologia, 25*(1), 3-9.

Catalano, R. F., Berglund, M. L., Ryan, J. A. M., Lonczak, H. S. y Hawkins, D. (2004) Positive youth development in the United States: Research findings on evaluations of positive youth development programs. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science, 591*(1), 98-124.

Ceballos, E. y Rodrigo, M. J. (1998). Las metas y estrategias de socialización entre padres e hijos. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (pp.225-243). Madrid: Alianza.

Centro de investigaciones sociológicas (2008). *Sondeo sobre la juventud en España, 2008* (1). Madrid: Centro de investigaciones sociológicas.

Chacón, S., Shadish, W. R. y Cook, T. D. (2008). Diseños evaluativos de intervención media. En M.T. Anguera, S. Chacón y Á. Blanco (Coords.). *Evaluación de programas sociales y sanitarios. Un abordaje metodológico* (pp. 185-218). Madrid: Síntesis.

Chang, E. (2001). Life stress and depressed mood among adolescents: Examining a cognitive-affective mediation model. *Journal of Social and Clinical Psychology, 20*(3), 416-429.

Chao, R. (2001). Extending research on the consequences of parenting styles for Chinese Americans and European Americans. *Child Development, 72*(6), 1832-1843.

Chao, R. K. (1994). Beyond parental control and authoritarian parenting style: Understanding: Chinese parenting through the cultural notion of training. *Child Development, 65*(4), 1111-1119.

Chen, X., Rubin, K. H., Liu, M., Chen, H., Wang, L., Li, D., Gao, X., Cen, G. et al. (2003). Compliance in Chinese and Canadian toddlers: A cross-cultural study. *International Journal of Behavioral Development, 27*(5), 428-436.

Cicchetti, D. y Garmezy, N. (1993). Milestones in the development of resilience. *Development and Psychopathology*, *5*(4), 497-774.

Cicchetti, D. y Toth, S. (1995). A developmental psychopathology perspective on child abuse and neglect. *Journal of the Academy of Child and Adolescent Psychiatry, 34*(5), 541-565.

Cicchetti, D. y Toth, S. (1997). Transactional ecological systems in developmental psychopathology. En S.S. Luthar, J.A., Burack, D. Cicchetti y J.R. Weisz (Eds.), *Developmental psychopathology. Perspectives on adjustment, risk, and disorder* (pp. 317-349). Cambridge: Cambridge University Press.

Clark, P. (1995). Risk and resiliency in adolescence: The current status of research on gender differences. *Equity Issues, 1*(1), 1-13.

Coffelt, N. L., Forehand, R., Olson, A. L., Jones, D. J., Gaffney, C. A. y Zens, M. S. (2006). A longitudinal examination of the link between parent alcohol problems and youth drinking: The moderating roles of parent and child gender. *Addictive Behaviors, 31*(4), 593-605.

Cohen, J (1988). *Statistical power analysis for the behavioral sciences* (2a. ed.). Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Coleman, H. y Jenson, J. M. (2000). A longitudinal investigation of delinquency among abused and behavior problem youth following participation in a family preservation program. *Journal of Offender Rehabilitation, 31*(1-2), 143-162.

Collins, W. A y Russell, G. (1991). Mother-child and father-child relationships in middle childhood and adolescence: A developmental analysis. *Developmental Review, 11*, 99-136.

Collins, W. A. y Steinberg, L. (2006). Adolescent development in interpersonal context. En W. Damon (Ed.de la serie) y N. Eisenberg (Ed. del volumen), *Handbook of child psychology: Vol. 3. Social,*

emotional, and personality development. (2a. Ed., pp. 1003-1067). New York, USA: John Wiley & Sons.

Collins, W.A. (1997). Relationships and development during adolescence: Interpersonal adaptation to individual change. *Personal Relationships*, *4*(1), 1-14.

Collins, W.A. y Repinski, D. (2001). Parents and adolescents as transformers of relationships: Dyadic adaptations to developmental change. En J. R. M. Gerris (Ed.), *Dynamics of parenting: International perspectives on nature and sources of parenting* (pp. 429-443). Leuven, The Netherlands: Garant.

Coloma, J. (1993). La familia como ámbito de socialización de los hijos. En J.M. Quintana (Coord.), *Pedagogía familiar* (pp. 31-43). Madrid: Narcea.

Compas, B. E. y Phares, V. (1991). Stress during childhood and adolescence: Sources of risk and vulnerability. En E. M. Cummings, A. L. Greene, y K. H. Karraker (Eds.), *Lifes-span developmental psychology: Perspectives on stress and coping* (pp. 111-129). Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Compas, B. E. y Wagner, B. M. (1991). Psychosocial stress during adolescence: Intrapersonal and interpersonal processes. En M. E. Colten y S. Core (Eds*.), Adolescent stress: Causes and consequences* (pp. 67-86). New Yersey, USA: Aldine de Gruyter.

Compas, B. E., Hinden, B. R. y Gerhardt, C. A. (1995). Adolescent development: Pathways and processes of risk and resilience. *Annual Review and Psychology, 46*, 265-293.

Compas, B. E., Howell, D. C., Ledoux, N., Phares, V. y Williams, R. A. (1989). Parent and child stress and symptoms: An integrative analysis. *Developmental Psychology, 25*(4), 550-559.

Compas, B. E., Orosan, P. G. y Grant K. E. (1993). Adolescent stress and coping: Implications for psychology during adolescence. *Journal of Adolescence, 16*(3), 331-349.

Compas, B. E., Phares, V., Banez, G. A. y Howell, D. C. (1991). Correlates of internalizing and externalizing behavior problems: perceived competence, causal attributions and parental symptoms. *Journal of Abnormal Child Psychology, 19*(2), 197-218.

Conger , R. D., Ge, X., Elder, G. H., Lorenz, F. O., Simons, R. L. (1994). Economic stress, coercive family process, and developmental problems adolescents. *Child Development, 65*, 541-561.

Conger, K. J., Rueter, M. A. y Conger, R. D. (2000). The role of economic pressure in the lives of parents and their adolescents: The Family Stress Model. En L. J. Crockett y R.K. Silbereisen (Eds.), *Negotiating adolescence in times of social change* (pp.201-233). New York, USA: Cambridge University Press.

Conger, R. D. (1995). Unemployment. En D. Levinson (Ed.), *Encyclopedia of marriage and the family* (pp. 731-735). New York, USA: MacMillan.

Conger, R. D. (1997). The social context of substance abuse: A developmental perspective. En E. B. Robertson, Z. Sloboda, G. M. Boyd, L. Beatty y N. J. Kozel. (Eds.), *Rural substance abuse: State of knowledge and issues* (pp. 6-36). Washington, DC: National Institute on Drug Abuse.

Conger, R. D., Patterson, G. R. y Ge, X. (1995). It takes two to replicate: A mediational model for the impact of parents´stress on adolescent adjustment. *Child Development, 66*(1), 80-97.

Consejo de Europa (2006). Recommendation 19 of the Committee of Ministers to member states and policy to support positive parenting. *Explanatory Report*. Estrasburgo: Consejo de Europa.

Corsi, J. (1994). *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social.* Buenos Aires: Paidós.

Costello, E. J., Compton, S. N., Keeler, G. y Angold, A. (2003). Relationships between poverty and psychopathology: A natural experiment. *Journal of the American Medical Association, 290*(15), 2023-2029.

Costello, E. J., Keeler, G. P. y Angold, A. (2001). Poverty, race/ethnicity and psychiatric disorder: A study of rural children. *American Journal of Public Health*, *91*(9), 1494-1498.

Cova, F. (2004). La psicopatología evolutiva y los factores de riesgo y protección: el desarrollo de una mirada procesual. *Revista de Psicología, 13*(1), 93-101.

Cowan, P. E., Cowan, C. P. y Schulz, M. (1996). Thinking about risk and resilience in families. En E. M. Hetherington y E. A. Blechman (Eds.), *Stress, coping and resiliency in children and families* (pp. 1-38). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.

Crnic, K. y Low, C. (2002). Everyday stresses and parenting. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Vol. 5. Practical Issues in Parenting*, (2a. ed., pp. 243-268). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Cubiles, M. D (2009). *IX Curso de SPSS para Windows: Regresión.* Manuscrito no publicado, Universidad de Sevilla, España.

Cui, M. y Conger, R. D. (2008). Parenting behavior as mediator and moderator of the association between marital problems and adolescent maladjustment. *Journal of Research on Adolescence, 18*(2), 261-284.

Cummings, E. M. y Davies, P. T. (1994). Maternal depression and child development. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 35*(1), 73-112.

Cummings, E. M., Davies, P. T. y Campbell, A. J. (2000). Complex Patterns of Influence: Risk and Protective Factors. En E. M. Cummings, P. T. Davies y A. J. Campbell (Eds.), *Developmental Psychopathology and Family Process* (pp. 124-151). New York, USA: The Guilford Press.

Cummings, J. G., Pepler, D. J. y Moore, T. E. (1999). Behavior problems in children exposed to wife abuse: Gender differences. *Journal of Family Violence, 14*(2), 133-156.

Cumsille, P. E. y Epstein, N. (1994). Family cohesion, family adaptability, social support, and adolescent depressive symptoms in outpatient clinic families*. Journal of Family Psychology, 8*(2), 202-214.

Darling, N. y Steinberg, L. (1993). Parenting style as context: An integrative model. *Psychological Bulletin, 113*(3), 487-496.

De Haan, A. D., Prinzie, P. y Dekovic, M. (2009). Mothers' and fathers' personality and parenting: the mediating role of sense of competence. *Developmental Psychology, 45*(6), 1695-1707.

De Kemp, R. A., Scholte, R. H., Overbeek, G. y Engels, R. C. (2006). Early adolescent delinquency: The role of parents and best friends. *Criminal Justice and Behavior, 33*(4), 488-510.

De Paul, J. (2009). La intervención psicosocial en protección infantil en España: evolución y perspectivas. *Papeles del Psicólogo, 30*(1), 4-12.

De Paul, J. y Arruabarrena, M.I. (2001). Manual de protección infantil (2a. ed.). Barcelona: Masson.

De Paúl, J., Pérez-Albeñiz, A., Paz, P. M., Alday, N. y Mocoroa, I. (2002). Recuerdos de maltrato infantil en maltratadores y potencial de maltrato en víctimas de maltrato físico y abuso sexual. *Psicothema, 14*(1), 53-62.

Deater-Deckard, K. y Dodge, K. A. (1997). Externalizing behavior problems and discipline revisited: Nonlinear effects and variation by culture, context, and gender. *Psychological Inquiry, 8*(3), 161-175.

Deater-Deckard, K., Dodge, K.A., Bates, J. E. y Pettit, G. S. (1998). Multiple risk factors in the development of externalizing behavior problems: Group and individual differences. *Development and Psychopathology, 10*(3), 469-493.

Deater-Deckard, K., Ivy, L. y Petrill, S. A. (2006). Maternal warmth moderates the link between physical punishment and child externalizing problems: A parental-offspring behavior genetic analysis. *Parenting: Science and Practice, 6*(1), 59-78.

DeCarlo, C., Wadsworth, M. E. y Stump, J. (2011). Socioeconomic status, neighborhood disadvantage, and poverty-related stress: Prospective effects on psychological syndromes among diverse low-income families. *Journal of Economic Psychology*, *32*, 218-230.

Dekovic, M. (1999). Risk and protective factors in the development of problem behavior during adolescence. *Journal of Youth and Adolescence, 28*(6), 667-685.

Dekovic, M., Noom, M. J. y Meeus, W. (1997). Expectations regarding development during adolescence: Parental and adolescent perception. *Journal of youth and adolescence*, *26*(3), 253-272.

Del Barrio, C. (1995). Conflictos con los padres desde la perspectiva de los hijos. *Infancia y sociedad*, *30*, 133-143.

DeMause, Ll. (1991). *Historia de la infancia*. Madrid: Alianza.

Desjardins, J., Zelenski, J. M. y Coplan, R. J. (2008). An investigation of maternal personality, parenting styles, and subjective well-being. *Personality and Individual Differences, 44*(3), 587-597.

Di Paula, A. y Campbell, J. D. (2002). Self-esteem and persistence in the face of failure. *Journal of Personality and Social Psychology, 83*(3), 711-724.

Dirección General de Inclusión Social (2004). *Sistema de Información de Usuarios de Servicios Sociales (SIUSS). Datos general 2004*. Recuperado el 11 de Junio de 2007, del sitio Web del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales: http://www.mtas.es/SGAS/ServiciosSocDep/ServiciosSociales/siuss/SIUSS.htm.

Dogan, S. J., Conger, R. D., Kim, K. J. y Masyn, K. E. (2007). Cognitive and parenting pathways in the transmission of antisocial behavior from parents to adolescents. *Child Development, 78*(1), 335-349.

Downey, G. y Coyne, J. C. (1990). Children of depressed parents: an integrative review. *Psychological Bulletin, 108*(1), 50-76.

Dowrick, P. W. y Crespo, N. (2005). School failure. En T.P. Gullota y G.R. Adams, (Eds.), *Handbook of adolescent behavioral problems. Evidence-based approaches to prevention and treatment* (pp. 589-610). New York, USA: Springer Science and Business Media.

DuBois D. L., Felner R. D., Meares H. Krier, M. (1994). Prospective investigation of the effects of socioeconomic disadvantage, life stress, y social support on early adolescent adjustment. *Journal of Abnormal Psychology*, *103*(3), 511-522.

Dundas, I. (1994). The family adaptability and cohesion scale III in a Norwegian sample. *Family Process, 33*(2), 191-202.

Durbin D. L., Darling N., Steinberg L. y Brown B. B. (1993). Parenting style and peer group membership among European-American adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, *3*(1), 87-100.

Dwairy, M. y Achoui, M. (2010). Adolescents-family connectedness: A first cross-cultural research on parenting and psychological adjustment of children. *Journal of Child and Family Studies, 19*(1), 8-15.

Egeland, B., Carlson, E. y Sroufe, L. A. (1993). Resilience as process. *Development and Psychopathology, 5*(4), 517-528.

Eisenberg, N., Chang, L., Ma, Y. y Huang, X. (2009). Relations of parenting style to chinese children´s effortful control, ego resilience and maladjustment. *Development and Psychopathology, 21*(2), 455-477.

Ensel, W. M. y Lin, N. (1991). The life stress paradigm and psychological distress. *Journal of Health and Social Behavior, 32*(4), 321-341.

Erel, O. y Burman, B. (1995). Interrelatedness of marital relations and parent-child relations: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin, 118*(1), 108-132.

Esfandyary, B., Baharudin, R. y Nowzari, L. (2009). Background of inter-parental conflict and internalizing behaviour problems among adolescents. *European Journal of Scientific Research, 37*(4), 599-607.

Esteve, J. V. (2005). *Estilo parental, ciclo familiar y autoestima física en adolescentes*. Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Valencia, Valencia, España.

Estévez, E., Murgui, S., Musitu, G. y Moreno, D. (2008). Clima familiar, clima escolar y satisfacción con la vida en adolescentes. *Revista Mexicana de Psicología, 25*(1), 119-128.

Estrada, D., Rafuls, S. C. E. y Sherrard, P. A. D. (2000). Perceptions of family of origin cohesion and adaptability. *Journal of Feminist Family Therapy, 11*(2), 3-19.

Evans, G. W. y English, K. (2002). The environment of poverty: Multiple stressor exposure, psychophysiological stress, and socioemotional adjustment. *Child Development, 73*(4), 1238-1248.

Ezpeleta, L. (2005). *Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo*. Barcelona: Masson.

Fantuzzo, J. W., DePaola, L. M., Lambert, L., Martino, T., Anderson, G. Y Sutton, S. (1991). Effects of interparental violence on the psychological adjustment and competencies of young children. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 59*(2)*,* 258-265.

Farnós, T. y Sanmartín, J. (2005). Menores víctimas de la violencia doméstica. En L. Ezpeleta (Ed.), *Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo* (1ª ed., pp.257-290). Barcelona: Masson.

Farrel, M. P. y Barnes, G. M. (1993). Family systems and social support: A test of the effects of cohesion and adaptability on the functioning of parents and adolescents. *Journal of Marriage and Family, 55*(1), 119-132.

Farrington, D. P. (2004). Conduct disorder, aggression, and delinquency. En R. M. Lerner y Steinberg, L. (Ed.), *Handbook of adolescent Psychology* (pp. 627-664). New York, USA: John Wiley & Sons.

Farrington, D. P., Jolliffe, D., Loeber, R., Stouthamer-Loeber, M. y Kalb, L. M. (2001). The concentration of offenders in families, and family criminality in the prediction of boys' delinquency. *Journal of Adolescence, 24*(5), 579-596.

Felner, R. D., Brand, E. M., Dubois, D. L., Adan, A. M., Mulhall, P. F. y Evans, E. G. (1995). Socioeconomic disadvantage, proximal environmental experiences, and socioemotional and academic adjustment in early adolescence: Investigation of a mediated effects model. *Child Development, 66*(3), 774-792.

Fergusson, D. M., Beautrais, A. L. y Horwood, L. J. (2003). Vulnerability and resiliency to suicidal behaviours in young people. *Psychological Medicine*, *33*(1), 61-73.

Fernández, J. A. y Tobio, C. (1999). *Las familias monoparentales en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Fincham, F. D. y Hall, J. H. (2005). *Parenting and the marital relationship* (2a. ed.). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.

Fisiloglu, H. y Lorenzetti, A. F. (1994). The relation of family cohesion to marital adjustment. *Contemporary Family Therapy: An International Journal, 16*(6), 539-552.

Flaquer, L., Almeda, E. y Navarro-Varas, L. (2006). *Monoparentalidad e infancia*. Barcelona: Fundación La Caixa.

Fletcher, A., Walls, J. K., Cook, E. C., Madison, K. J. y Bridges, T. H. (2008). Parenting style as a moderator of associations between maternal disciplinary strategies and child well-being. *Journal of Family Issues, 29*(12), 1724-1744.

Fletcher, A. C., Steinberg, L. y Williams-Wheeler, M. (2004). Parental influences on adolescent problem behavior: Revisiting Stattin and Kerr. *Child Development, 75*(3), 781-796.

Flouri, E. (2008). Contextual risk and child psychopathology. *Child Abuse and Neglect, 32*(10), 913-917.

Flouri, E. y Kallis, C. (2007). Adverse life events and psychopathology and prosocial behavior in late adolescence: Testing the timing, specificity, accumulation, gradient, and moderation of contextual risk. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry, 46*(12), 1651-1659.

Flouri, E. y Tzavidis, N. (2008). Psychopathology and prosocial behavior in adolescents from socio-economically disadvantaged families: The role of proximal and distal adverse life events. *European Children Adolescent Psychiatry, 17*(8), 498-206.

Forjaz, M. J., Martínez, P. y Cervera-Enguix, S. (2002). Confirmatory factor analysis, reliability, and validity of a Spanish version of FACES III'. *The American Journal of Family Therapy*, *30*(5), 439-449.

Forman, E. y Davies, P. T. (2003). Family instability and young adolescent maladjustment: The mediations effects of parenting quality and adolescent appraisals of family security. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 32*(1), 94-105.

Freeman, H. S. y Newland, L. A. (2002). Family transitions during the adolescent transition: Implications for parenting. *Adolescence, 37*(147), 457-475.

Frías-Armenta, M., Sotomayor-Petterson, M., Corral-Verdugo, V. y Castell-Ruiz, I. (2004). Parental styles and harsh parenting in a sample of Mexican women: A structural model. *Revista Interamericana de Psicología, 38*(1), 61-72.

Friedman, R. J. y Chase-Lansdale, P. L. (2002). Chronic adversities. En M. Rutter y E. Taylor (Eds.), *Child and adolescent psychiatry* (4a. ed., pp 216-276). Oxford, UK: Blackwell Science.

Fuentes, M. J., Motrico, E. y Bersabé, R. M. (1999). *Escala de Afecto (EA) y Escala de Normas y Exigencias (ENE): Versión hijos y versión padre.* Documento no publicado. Universidad de Málaga, España.

Fuentes, M. J., Motrico, E. y Bersabé, R. M. (2001). Diferencias entre padres y adolescentes en la percepción del estilo educativo parental: afecto y normas-exigencias. *Apuntes de Psicología, 19*(2), 235-250.

Fuentes, M. J., Motrico, E. y Bersabé, R. M. (2003). Estrategias de socialización de los padres y conflictos entre padres e hijos en la adolescencia. *Anuario de Psicología, 34*(3), 385-400.

Fuhrman, T. y Holmbeck, G. N. (1995). A contextual-moderator analisis of emotional autonomy and adjustement in adolescence. *Child Development*, *66*(3), 793-811.

Furstenberg, F. F., Cook, T. D., Eccles, J., Elder, G. H. y Sameroff, A. (1999). *Managing to make it: Urban families and adolescent success.* Chicago, IL: The University of Chicago Press.

Gacic, B., Trbic, V., Markovic, M. y Nikolic, L. (2004). Family life in the context of chronic stress and dramatic social transformation in Yugoslavia. *Journal of Family Psychotherapy, 15*(1-2), 3-18.

Gaertner, A., Fite, P. J. y Colder, C. R. (2010). Parenting and friendship quality as predictors of internalizing and externalizing symptoms in early adolescence. *Journal of Child and Family Studies, 19*(1), 101-108.

Gámez, M. y Straus, M. A. (2010). Corporal punishment and long-term behavior problems: the moderating role of positive parenting and psychological aggression. *Psicothema, 22*(4), 529-536.

Gámez-Guadix, M., Orue, I., Calvete, E., Carrobles, J. A., Muñoz-Rivas, M. y Almendros, C. (2010). Propiedades psicométricas de la versión española del Inventario de Dimensiones de Disciplina (DDI) en universitarios. *Psicothema, 22*(1), 151-156.

Garaigordobil, M. y Aliri, J. (2012). Parental socialization styles, parents´ educational level, and sexist attitudes in adolescence. *The Spanish Journal of Psychology, 15*(2), 592-603.

Garbarino, J. y Ganzel, B. (2000). The human ecology of early risk. En J. P. Shonkoff y S .J. Meisels (Eds.), *Handbook of Early Childhood Intervention* (2a. ed., pp. 76-93). New York, USA: Cambridge University Press.

García, F. y Gracia, E. (2010). ¿Qué estilo de socialización parental es el idóneo en España? Un estudio con niños y adolescentes de 10 a 14 años. *Infancia y Aprendizaje*, 33(3), 365-384.

García, F. y Musitu, G. (2001). *Escala de Autoconcepto Forma 5*. Madrid: TEA Ediciones.

García, M. C., Cerezo, M. T., de la Torre, M. J., Carpio, M. V. y Casanova, P. (2011). Prácticas educativas paternas y problemas internalizantes y externalizantes en adolescentes españoles. *Psicothema, 23*(4), 654-659.

Garrido, M. y Grimaldi, V. M. (2009). *Evaluación del riesgo psicosocial en familias usuarias del servicio público de Servicios Sociales de Andalucía.* Sevilla: Consejería para la Igualdad y Bienestar Social.

Garrido, M., Casares, R., Grimaldi, V. M. y Domínguez, A. (2009). Terapia familiar y Servicios Sociales Comunitarios. *Apuntes de Psicología, 27*(2-3), 377-394.

Gartstein, M. A., Bridgett, D. J., Dishion, T. J. y Kaufman, N. K. (2009). Depressed mood and maternal report of child behavior problems: Another look at the depression–distortion hypothesis. *Journal of Applied Developmental Psychology, 30*(2), 149-160.

Ge, X., Best, K. M., Conger, R. D. y Simons, R. L. (1996). Parenting behaviors and the occurrence and co-occurence of adolescent depressive symptoms and conduct problems. *Development Psychology, 32*(4), 717-731.

Ge, X., Conger, R. y Elder, G. (2001). Pubertal transition, stressful life events, and the emergence of gender differences in adolescent depressive symptoms. *Development Psychology, 37*(3), 404-417.

Ge, X., Lorenz, F. Q., Conger, R. D., Elder, G. H. y Simona, R. L. (1994). Trajectories of stressful life events and depressive symptoms during adolescence. *Developmental Psychology, 30*(4), 467-483.

Gerard, J. M. y Buehler, C. (1999). Multiple risk factors in the family environment and youth problem behaviors. *Journal of Marriage and Family, 61*, 343-361.

Gerdes, A. C., Hoza, B., Arnold, L. E., Pelham, W. E., Swanson, J. M., Wigal, T. y Jenson, P. S. (2007). Maternal depressive symptomatology and parenting behavior: exploration of possible mediators. *Journal of Abnormal Child Psychology, 35*(5), 705-714.

Gershoff, E. T. (2002). Corporal punishment by parents and associated child behaviors and experiences: A meta-analytic and theoretical review. *Psycohological Bulletin, 128*(4), 539-579.

Gilmore, L. y Cuskelly, M. (2009). Factor structure of the Parenting Sense of Competence Scale using a normative sample. *Child: Care, Health and Development, 35*(1), 48-55.

Gonzales, N. A., Cauce, A. M., Friedman, R. J. y Mason, C. A. (1996). Family, peer, and neighborhood influences on academic achievement among African-American adolescents: One-year prospective effects. *American Journal of Community Psychology*, *24*(3), 365-387.

González, M. A., Díez, M. A. y Roca, J. C. (2010). Un antes y un después en el buen trato a la infancia. Las claves que nos impulsan a trabajar en red y avanzar. En M. A. González, M. A. Díez y J. C. Roca (Coords.). *Trabajo en red: las claves para avanzar en el buen trato a la infancia. Reflexiones y alternativas* (pp. 19-30). Valladolid: Asociación Rea.

Goodyer, I. M., Herbert, J., Tamplin, A. y Altham, P. E. M. (2000). First episode major depression in adolescents: Affective, cognitive and endocrine characteristics of risk status and predictors of onset. *British Journal of Psychiatry*, *176*, 142-149.

Goodyer, I. M., Park, R. J. y Herbert, J. (2001) Psychosocial and endocrine features of chronic first-episode major depression in 8–16 year olds. *Biological Psychiatry, 50*(5), 351-357.

Goossens, L. (2006). Emotion, affect, and loneliness in adolescence. En S. Jackson y L. Goossens (Eds.), *Handbook of Adolescent Development* (pp. 51-70). Padstow, Cornwall: Psychology Press.

Gore, S., Aseltine, R. H., Jr. y Colton, M. E. (1992). Social structure, life stress, and depressive symptoms in a high school-aged population. *Journal of Health and Social Behavior, 33*(2), 97-113.

Graber, J. A. (2004). Internalizing problems during adolescence. En R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescents psychology* (2a. ed., pp.587-626). New Jersey, USA: John Wiley & Sons.

Gracia, E., García, F. y Lila, M. (2007). *Socialización familiar y ajuste psicosocial: Un análisis transversal desde tres disciplinas de la psicología*. Valencia, España: Universidad de Valencia.

Gracia, E., Herrero, J. y Musitu, G. (2002). *Evaluación de recursos y estresores psicosociales en la comunidad*. Madrid: Síntesis.

Gracia, E., Herrero, J. y Musitu, G. (1995). *El apoyo social*. Barcelona: PPU.

Graertner, A. E., Fite, P. J. y Colder, C. R. (2010). Parenting and friendship quality as predictors of internalizing and externalizing symmptoms in early adolescence. *Journal of Child and Family Studies, 19*(1), 101-108.

Grant, K. E., Compas, B. E., Stuhlmacher, A. F., Thurm, A. E., McMahon, S. D. y Halpert, J. A. (2003). Stressors and child and adolescent psychopathology: Moving from markers to mechanisms of risk. *Psychological Bulletin, 129*(3), 447-466.

Grant, K. E., Compas, B. E., Thurm, A. E., McMahon, S. D., Gipson, P. Y., Campbell, A. J., Krochock, K. y Westerholm, R. I (2006). Stressors and child and adolescent psychopathology: Evidence of moderating and mediating effects. *Clinical Psychology Review, 26*(3), 257-283.

Grant, K. E., Compas, B. E., Thurm, A. E., McMahon, S. D. y Gipson, P. Y. (2004). Stressors and child and adolescent psychopathology: Measurement issues and prospective effects. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 33*(2), 412-425.

Gray, M. R. y Steinberg, L. (1999). Unpacking authoritative parenting: Reassessing a multidimensional construct. *Journal of Marriage and the Family*, *61*(3), 574-588.

Greenberg, M. T., Speltz, M. L., DeKlyen, M. y Jones, K. (2001). Correlates of clinic referral for early conduct problems: Variable and person-oriented approaches. *Development and Psychopathology, 13*(2), 255-276.

Greve, W. y Staudinger, U. M (2006). Resilience in later adulthood and old age: Resources and potentials for successful aging. En D. Cicchetti y D. J. Cohen (Eds.), *Developmental Psychopathology: Vol 3. Risk, disorder and adaptation* (2a. ed., pp. 796-840). New York, USA: John Wiley & Sons.

Grimaldi, V. M. (2007). *Evaluación de riesgo psicosocial en familias usuarias del sistema público de servicios sociales de Sevilla.* Tesis doctoral, Universidad de Sevilla. Tesis recuperada el 10 de Mayo del 2012, de http://fondosdigitales. us.es/thesis/thesis_view?oid=699).

Grimaldi, V. M., Garrido, M. y Jiménez, J. (2012). Perfiles de riesgo infantil y niveles de intervención con familias usuarias del Sistema Público Servicios Sociales. *Anales de Psicología, 28*(2), 515-523.

Grusec, J. E. y Davidov, M. (2007). Socialization in the Family. The Roles of Parents. En J. E. Grusec y P. D. Hastings (Eds.), *Handbook of Socialization. Theory and Research* (pp. 1-9). New York, USA: The Guildford Press.

Guerra, N. G., Huesmann, L. R., Tolan, P. H., Van Acker, R. y Eron, L. D. (1995). Stressful events and individual beliefs as correlates of economic disadvantage and aggression among urban children. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 63*(4), 518-528.

Guillamón, N. (2003). *Variables socioeconómicas y problemas interiorizados y exteriorizados en niños y adolescentes*. Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona. Tesis recuperada el 12 de Mayo del 2011, de http://tdx.cesca.cat/handle/10803/5432.

Gunnoe, M. L. y Mariner, C. L. (1997). Toward a developmental-contextual model of the effects of parental spanking on children's aggression. *Archives of Pediatrics and Adolescent Medicine, 151*(8), 768-775.

Gwynne, K., Blick, B. A. y Duffy, G. M. (2009). Pilot evaluation of an early intervention programme for children at risk. *Journal of Paediatrics and Child Health, 45*(3), 118-124.

Haddad, J. D., Barocas, R. y Hollenbeck, A. R. (1991). Family organization and parent attitudes of children with conduct disorder. *Journal of Clinical Child Psychology, 20*(2)*,* 152-161.

Hair, J.F., Anderson, R.E., Tatham, R.L. y Black, W.C. (2008). *Análisis multivariante* (5a. ed.). Madrid: Prentice Hall Iberia.

Hall, G. S. (1904). *Adolescence*. Nueva York: Appleton.

Hankin, B. L., Abramson, L. Y., Moffitt, T. E., Silva, P. A., McGee, R. y Angell, K. E. (1998). Development of depression from preadolescence to young adulthood: Emerging gender differences in a 10-year longitudinal study. *Journal of Abnormal Psychology, 107*(1), 128-140.

Hasebe, Y., Nucci, L. y Nucci, M. (2004). Parental control of the personal domain and adolescent symptoms of psychopathology: A cross-national study in the United Status and Japan. *Child Development, 75*(3), 815-828.

Hecht, D. y Hansen, D. (2001). The environment of child maltreatment: Contextual factors and the development of psychopathology. *Agression and Violent Behavior, 6*(5), 433-457.

Henggerler, S. W., Melton, G. B. y Smith, L. A. (1992). Family preservation using multisystemic therapy: An effective alternative to incarcerating serious juvenile offenders. *Journal Consulting and Clinical Psychology*, *60*(6), 953-961.

Henry, C. S., Robinson, L. C., Neal, R. A. y Huey, E. L. (2006). Adolescent perceptions of overall family system functioning and parental behaviors. *Journal Child Family Studies, 15*(3), 319-329.

Herrenkohl, T. I., Maguin, E., Hill, K. G., Hawkins, J. D., Abbott, R. D. y Catalano, R. F. (2000). Developmental risk factors for youth violence. *Journal of Adolescent Health, 26*(3), 176-186.

Herrero, O., Ordoñez, F., Salas, A. y Colom, R. (2002). Adolescencia y comportamiento antisocial. *Psicothema, 14*(2), 340-343.

Hetherington, E. M. y Stanley-Hagan, M. M. (1995). Parenting in divorced and remarried families. En M. H. Bornstein (Comps.), *Handbook of Parenting: Vol. 3. Being and Becoming a Parent* (pp. 233-254). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.

Hidalgo, M. V., Jiménez, L., Lorence, B., Menéndez, S. y Sánchez, L. (2010). El desarrollo adolescente en el ámbito de la preservación familiar. Una propuesta de intervención psicoeducativa. *Mosaico*, *45*, 60-68.

Hidalgo, M. V., Lorence, B., Pérez, J., Menéndez, S., Sánchez, J., Jiménez, L. y Arenas, A (2009). *El apoyo social de mujeres solas con responsabilidad familiar. Un estudio de madres usuarias de los servicios sociales comunitarios*. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer.

Hidalgo, M. V., Menéndez, S., López, I., Sánchez, J. y Lorence, B. (2007). *Ficha de Inscripción en el programa FAF*. Documento no publicado, Universidad de Sevilla, España.

Hidalgo, M. V., Menéndez, S., López, I., Sánchez, J., Lorence, B. y Jiménez, L. (2011). *Programa de Formación y Apoyo Familiar*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla.

Hidalgo, M. V., Menéndez, S., Sánchez, J., López, I., Lorence, B. y Jiménez, L. (2005). *Inventario de Situaciones Estresantes y de Riesgo* (ISER). Documento no publicado, Universidad de Sevilla, España.

Hidalgo, M. V., Menéndez, S., Sánchez, J., Lorence, B. y Jiménez, L. (2009). La intervención con familias en situación de riesgo psicosocial. Aportaciones desde un enfoque psicoeducativo. *Apuntes de Psicología, 27*(2-3), 413-426.

Hidalgo, M. V. y Arenas, A. (2010). *Calidad de los barrios sevillanos y bienestar familiar*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla.

Hirschi, T. (1969). *Causes of delinquency*. Berkeley: University of California Press..

Hoeve, M., Blokland, A., Dubas, J. S., Loeber, R., Gerris, J. R. M. y Van der Laan, P. (2008). Trajectories of delinquency and parenting styles. *Journal Abnormal Child Psychology, 36*(2), 223–235.

Hoff, E., Laursen, B. y Tardif, T. (2002). Socioeconomic status and parenting. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*: *Vol. 2. Biology and ecology of parenting,* (2a. ed., pp. 231-252). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.

Hoffman, L., Paris, S. y Hall, E. (1996). *Psicología del desarrollo hoy*. Madrid: Mcgraw Hill.

Hoffman, M. L. (2000). *Empathy and moral development: Implications for caring and justice*. Cambridge, England: Cambridge University Press.

Hoffmann, M. L., Powlishta, K. K. y White, K. J. (2004). An examination of gender differences in adolescent adjustment: The effect of competence on gender role differences in symptoms of psychopathology. *Sex Roles, 50*(11-12), 795-810.

Holmbeck, G. N. y Hill, J. P. (1991). Conflictive engagement, positive affect, and menarche in families with seventh-grade girls. *Child Development*, 62(5) 1030-1048.

Hughes, E. K. y Gullone, E. (2008). Internalizing symptoms and disorders in families of adolescents: A review of family systems literature. *Clinical Psychology Review, 28*(1), 92-117.

Huh, D., Tristan, J., Wade, E. y Stice, E. (2006). Does problem behavior elicit poor parenting? A prospective study of adolescent girls. *Journal of Adolescence Research, 21*(2), 185-204.

Iglesias, B. y Romero, E. (2009). Estilos parentales percibidos, psicopatología y personalidad en la adolescencia. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica, 14*(2), 63-77.

Ingram, J. R., Patchin, J. W., Huebner, B. M., McCluskey, J. D. y Bynum, T. S. (2007). Parents, friends, and serious delinquency: An examination of direct and indirect effects among at-risk early adolescents. *Criminal Justice Review, 32*(4), 380-400.

Instituto de Juventud (2007). *Sondeo de opinión. 4º encuesta 2007. Conclusiones: jóvenes y personas mayores, relaciones familiares, igualdad de género.* Recuperado el 19 de Diciembre de 2012, del sitio

Web del Observatorio de la Juventud en España: http://www.injuve.es/sites/default/files/2012/42/publicaciones/B1B79d01.pdf

Jackson, Y. y Warren, J. S. (2000). Appraisal, social support, and life events: Predicting outcome behavior in school-age children. *Child Development*, *71*(5), 1441-1457.

Jacob, T. y Leonard, K. (1991, Noviembre). *Family and peer influences in the development of adolescent alcohol abuse*. Documento presentado en la NIAAA conference, Working Group on the Development of Alcohol-Related Problems in High-Risk Youth: Establishing Linkages Across Biogenetic and Psychosocial Domains, Washington, DC.

Jiménez, J. M. y Muñoz, A. (2005). Socialización familiar y estilos educativos a comienzos del Siglo XXI. *Estudios de Psicología, 26*(3), 315-327.

Jiménez, L. (2009). *Crecer en contextos familiares en riesgo psicosocial. Análisis evolutivo durante la infancia y la adolescencia.* Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla. Tesis recuperada el 10 de Mayo del 2012, dehttp://fondosdigitales.us.es/tesis/tesis/1174/crecer-en-contextos-familiares-en-riesgo-psicosocial-analisis-evolutivo-durante-la-infancia-y-la-adolescencia/.

Jiménez, L., Dekovic, M. e Hidalgo, M. V. (2009). Adjustment of school-aged children and adolescents growing up in at-risk families: Relationships between family variables and individual, relational and school adjustment. *Children and Youth Services Review, 31*(6), 654-661.

Jiménez, L., Menéndez, S. e Hidalgo, M. V. (2008). Un análisis de los acontecimientos vitales estresantes durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, *26*(3), 397-527.

Johnston, C. y Mash, E.J. (1989). A measure of parenting satisfaction and efficacy. *Journal of Clinical and Child Pschology, 18*(2), 167-175.

Jones, D. J., Forehand, R., Brody, G. y Armistead, L. (2002). Psychosocial adjustment of African-American children in single-mother families: A test of three risk models. *Journal of Marriage and Family, 64*(1), 105-115.

Jöreskog, K. G. (1993). *Modelado de ecuaciones estructurales con Lisrel*. Victoria: Instituto Vasco de Estadística.

Kagan, J. y Moss, H. A. (1962). *Birth to maturity. A study of psychological development*. New York, USA: John Wiley & Sons.

Kakihara, F. y Tilton-Weaver, L. (2009). Adolescents' interpretations of parental control: Differentiated by domain and types of control. *Child Development, 80*(6), 1722-1738.

Kavanagh, K. y Hops, H. (1994). Good girls? Bad boys? Gender and development as contexts for diagnosis and treatment. *Advances in clinical child psychology,* 16, 45-69.

Keegan, M. (2001). Poverty, parenting peer, and neighbourhood influences on young adolescent antisocial behavior. *Journal of Social Service Research, 28*(1), 1-23.

Keijsers, L., Frijns, T., Branje, S. J. y Meeus, W. (2009). Developmental links of adolescent disclosure, parental solicitation, and control with delinquency: Moderation by parental support. *Developmental Psychology, 45*(5), 1314-1327.

Keller, P. S, Cummings, E. M., Davies, P. T. y Mitchell, P. M. (2008). Longitudinal relationship between parental drinking problems, family functioning and child adjustments. *Development and Psychopathology 20*(1), 195-212.

Kendler, K. S., Sham, P. C. y MacLean, C. J. (1997). The determinants of parenting: An epidemiological, multi-informant, retrospective study. *Psychological Medicine, 27*(3), 549-563.

Kerig, P. K. y Fedorowicz, A. E. (1999). Assessing maltreatment of children of battered women: Methodological and ethical considerations. *Child Maltreatment, 4*(2), 103-115.

Kernic, M. A., Wolf, M. E., Holt, V. L., McKnight, B., Huebner, C. E. y Rivara, F. P. (2003). Behavioral problems among children whose mothers are abused by an intimate partner. *Child Abuse and Neglect, 27*(11), 1231-1246.

Kerr, M. y Stattin, H. (2000). What parents know how they know it, and several forms of adolescent adjustment: Further support for a reinterpretation of monitoring. *Developmental Psychology*, *36*(3), 366-380.

Kerr, M., Stattin, H., Biesecker, G. y Ferrer-Wreder, L. (2003). Relationships with parents and peers in adolescence. En R. M. Lerner, M. A. Easterbrooks y J. Mistry (Eds*.), Handbook of psychology: Vol 9. Developmental Psychology* (pp. 395-419). New Jersey, USA: John Wiley & Sons.

Kessler, R. C., Gillis-Light, J., Magee, W. J., Kendler, K. S. y Eaves, L. J. (1997). Childhood adversity and adult psychopathology. En I. H. Gotlib y B. Wheaton (Eds.), *Stress and Adversity Over the Life: Trajectories and Turning Points* (pp. 29-49). New York, USA: Cambridge University Press.

Khaleque, A. y Rohner, R. P. (2002). Reliability of measures assessing the pancultural association between perceived parental acceptance-rejection and psychological adjustment: A meta-analysis of cross-cultural and intracultural studies. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, *33*(1), 87-99.

Kim, K. J., Conger, R. D., Elder, G. H., Jr. y Lorenz, F. O. (2003). Reciprocal influences between stressful life events and adolescent internalizing and externalizing problems. *Child Development, 74*(1), 127-143.

Kliewer, W., Murrelle, L., Mejia, R., De Torres, Y. y Angold, A. (2001). Exposure to violence against a family member and internalizing symptoms in Colombian adolescents: The protective effects of family support. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 69*(6), 971-982.

Kliewer, W., Murrelle, L., Prom, E., Ramirez, M., Obando, P., Sandi, L. y Karenkeris, M. (2006). Violence exposure and drug use in Central American youth: Family cohesion and parental monitoring as protective factors. *Journal of Research on Adolescence, 16*(3), 455-478.

Kline, R. B (2005). *Principles and practice of structural equation modeling* (2a. ed.). New York, USA: Guilford.

Kochanska, G. (1993). Toward a synthesis of parental socialization and child temperament in early development of conscience. *Child Development, 64*(2), 325-347.

Kochanska, G. (1995). Children´s temperament mother´s discipline and security of attachment: Multiple pathways to emerging internalization. *Child Development, 66*(3), 597-615.

Kochanska, G., Friesenborg, A. E., Lange, L. A. y Martel, M. M. (2004). Parents' personality and infants' temperament as contributors to their emerging relationship. *Journal of Personality and Social Psychology, 86*(4), 744-759.

Kovacs, M., Paulauskas, S., Gatsonis, C. y Richards, C. (1988). Depressive discords in childhood: III. A Longitudinal study of comorbidity with and risk for conduct disorders. *Journal of Affective Disorders, 15*, 205-217.

Kraemer, H. C., Kazdin, A. E., Offord, D. R., Kessler, R. C., Jensen, P. S. y Kupfer, D. J. (1997). Coming to terms with the terms of risk. *Archives of General Psychiatry, 54*(4), 337-343.

Laible, D. J. y Carlo, G. (2004). The differential relations of maternal and paternal support and control to adolescent social competence, self-worth, and sympathy. *Journal of Adolescent Research, 19*(6), 759-782.

Laird, R., Pettit, G. S., Dodge, K. A. y Bates, J. E. (1999). Best friendships, group relationships, and antisocial behavior in early adolescence. *Journal of Early Adolescence, 19*(4), 413-437.

Lamborn, S. D., Mounts, N. S., Steinberg, N. L. y Dornbusch, S. M. (1991). Pattern of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful families. *Child Development, 62*(5), 1049-1065.

Landea, J. (1999). El método Delphi. Una técnica de prevision para la incertidumbre. Barcelona: Ariel.

Lansford, J. E., Deater-Deckard, K., Dodge, K. A., Bates, J. E. y Pettit, G. S. (2004). Ethnic differences in the link between physical discipline and later adolescent externalizing behaviors. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 45*(4), 801-812.

Lansford, J. E., Malone, P. S., Castellino, D. R., Dodge, K. A., Pettit, G. S. y Bates, J. E. (2006). Trajectories of internalizing, externalizing, and grades for children who have and have not experienced their parents´ divorce or separation. *Journal of Family Psychology, 20*(2), 292-301.

Laparra, M. y Pérez, B. (2009). La exclusión social en España: un espacio diverso y disperso en intensa transformación. En FOESSA, *VI informe sobre exclusión y desarrollo social en España 2008* (pp. 175-297). Madrid: Fundación FOESSA.

Larson, R. W., Richards, M. H., Moneta, G., Holmbeck, G. y Duckett, E. (1996). Changes in adolescents' daily interactions with their families from ages 10 to 18: Disengagement and transformation. *Developmental Psychology, 32*(4), 744-754.

Larzelere, R. A., Schneider, W. N., Larson, D. B. y Pike, P. L. (1996). The effects of discipline responses in delaying toddler misbehavior recrrences. *Child and Family Behavior Therapy, 18*, 35-57.

Larzelere, R. E. y Merenda, J. A. (1994). The effectiveness of parental discipline for toddler misbehavior at different levels of child distress. *Family Relations, 43*(4), 480-488.

Latzman, R. D., Elkovitch, N. y Clark, L. A. (2009). Predicting parenting practices from maternal and adolescent sons' personality. *Journal of Research in Personality, 43*(5), 847-855.

Laursen, B., Coy, K. y Collins, W. A. (1998). Reconsidering changes in parent-child conflict across adolescence: A meta-analysis. *Child Development, 69*(3), 817-832.

Lee, M. T., Wong, B. P., Chow, B. W. y McBride-Chang, C. (2006). Predictors of suicide ideation and depression in Hong Kong adolescents: perceptions of academic and family climates. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 36*(1), 82-96.

Lemos, S. (2003). La psicopatología de la infancia y la adolescencia: consideraciones básicas para su estudio. *Papeles del Psicólogo, 85*, 19-28.

Lemos, S., Fidalgo, A. M., Calvo, P. y Menéndez, P. (1992a). Estructura factorial de la prueba YSR y su utilidad en psicopatología infanto-juvenil. *Análisis y Modificación de Conducta, 18*(62), 883-905.

Lemos, S., Fidalgo, A. M., Calvo, P. y Menéndez, P. (1992b). Salud mental de los adolescentes asturianos. *Psicothema, 4*(1), 21-48.

Lemos, S., Fidalgo, A. M., Calvo, P. y Menéndez, P. (1992c). Validación de la escala de psicopatología infanto-juvenil YSR. *Clínica y Salud, 3*(2), 183-194.

Lemos, S., Vallejo, G. y Sandoval, M. (2002). Estructura factorial del Youth Self Report (YSR). *Psicothema, 14*(4), 816-822.

Lerner, R. M. (2002). *Concepts and theories of human development*. Mahwah, NJ: Erlbaum.

Lerner, R. M. y Steinberg, L. (2004). The scientific study of adolescent development: past, present and future. En R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescent psychology: Vol. 1. Individual Bases of Adolescent Development* (2a. ed., pp. 1-12). New Jersey, USA: John Wiley & Sons.

Levy, J. P. y Mallou, J. V. (2006). *Modelización con estructuras de covarianzas en ciencias sociales. Temas esenciales, avanzados y aportaciones especiales*. Madrid: Netbiblo, S.L.

Lévy, J. P. y Varela, J. (2006). *Modelización con estructura de covarianzas en Ciencias Sociales*. Temas esenciales, avanzados y aportaciones espciales. A Coruña: Netbiblo.

Levy, J. R. y González, N (2006). Modelización y causalidad. En J. P. Levy y J. V. Mallou (Eds.), *Modelización con estructuras de covarianzas en ciencias sociales. Temas esenciales, avanzados y aportaciones especiales* (pp. 155-174). Madrid: Netbiblo, S.L.

Levy, J. R. y Oubiña, J. (2006). Análisis Path y modelización con variables observables. En J.P. Levy y J.V. Mallou (Ed.), *Modelización con estructuras de covarianzas en ciencias sociales. Temas esenciales, avanzados y aportaciones especiales* (pp. 175-192). Madrid: Netbiblo, S.L.

Ley 1/1996, de 15 de Enero, de *Protección Jurídica del Menor*, de modificación parcial del Código Civil y de la Ley de Enjuciamiento Civil. BOE num. 15, del 17 de Enero de 1996.

Ley 2/1988, de 4 de Abril, de los *Servicios Sociales de Andalucía*. BOJA num. 29, del 12 de Abril de 1988.

Ley 21/1987, de 11 de Noviembre, de *modificación de determinados artículos del código civil y de la ley de enjuiciamiento civil en materia de adopción*. BOE num. 275, del 17 de Noviembre de 1987.

Lila, M. y Gracia, E. (2005). Determinantes de la aceptación-rechazo parental. *Psicothema, 17*(1), 107-111.

Lila, M., Buelga, S. y Musitu, G. (2006). *Programa LISIS. Las relaciones entre padres e hijos en la adolescencia*. Colección Ojos Solares. Madrid: Pirámide.

Lilienfeld, S. O. (2003). Comorbidity between and within childhood externalizing and internalizing disorders: Reflections and directions. *Journal of Abnormal Child Psychology, 31*(3), 285-291.

Linares, M. C., Cerezo, M. T., De la Torre, M. J., Carpio, M. V. y Casanova, P. F. (2011). Prácticas educativas paternas y problemas internalizantes y externalizantes en adolescentes españoles. *Psicothema, 23*(4), 654-659.

Lipschitz-Elhawi, R. e Itzhaky, H. (2008). The contribution of internal and external resources to emotional adjustment: A comparison of at-risk and normative adolescent. *Child and Adolescent Social Work, 25*(5), 385-396.

Lohman, B. J. y Jarvis, P. A. (2000). Adolescent stressors, coping strategies, and psychological health studied in the family context. *Journal of Youth and Adolescence, 29*(1), 15-43.

López, F. (2008). *Necesidades en la infancia y en la adolescencia. Respuesta familiar, escolar y social*. Madrid: Pirámide.

López, I. (2005). *La familia y sus necesidades de apoyo. Un estudio longitudinal y transversal de las redes sociales familiares*. Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Sevilla, Sevilla, España.

López, I., Menéndez, S., Lorence, B., Jiménez, L., Hidalgo, M. V. y Sánchez, J. (2007). Evaluación del apoyo social mediante la escala ASSIS: descripción y resultados en una muestra de madres en situación de riesgo psicosocial. *Intervención Psicosocial, 16*(3), 323-337.

López-Jáuregui, A. y Elosua, P. (2009). Adaptation of the ESPA29 Parental Socialization Styles Scale to the basque language: Evidence of validity. *The Spanish Journal of Psychology, 12*(2), 737-745.

Lorence, B. (2008). Procesos de socialización parental con adolescentes de familias en situación de riesgo psicosocial (Documento de trabajo nº04/08). Recuperado el 5 de Enero de 2010, del sitio Web de la Fundación Acción Familiar: http://www.accionfamiliar.org/media/docs/DOC.04_08.Premio_Joven.Barbara%20_lorence.pdf.

Lorence, B. e Hidalgo, M. V. (2005). *Ficha demográfica simple*. Documento no publicado, Universidad de Huelva, España.

Lorence, B., Hidalgo, M. V. y Dekovic, M. (2013). Adolescent adjustment in at-risk families: The role of psychosocial stress and parental socialization. *Salud Mental*, *36*(1), 49-57.

Lorence, B., Jiménez, L. y Sánchez, J. (2009). Un análisis de los sucesos vitales estresantes experimentados por adolescentes que crecen en familias usuarias de los Servicios Sociales Comunitarios. *Portularia. Revista de Trabajo Social, 9*(1), 115-126.

Lorence, B., Menéndez, S. y Hidalgo, M. V. (2010a). *Escala de necesidad de actuación parental situacional*. Documento no publicado, Universidad de Huelva, España.

Lorence, B., Menéndez, S. y Hidalgo, M. V. (2010b). *Escala de acuerdo con la evaluación conjunta de la Delphi*. Documento no publicado, Universidad de Huelva, España.

Luthar, S. S., Cicchetti, D. y Becker, B. (2000). The construct of resilience: a critical evaluation and guidelines for future work. *Child Development, 71*(3), 543-562.

Luthar, S. S. (1993). Annotation: Methodological and conceptual issues in research on childhood resilience. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, *34*(4), 441-453.

Luthar, S. S. (1999). *Poverty and children´s adjustment*. Thousand Oaks, California: Sage Publications, Inc.

Luthar, S. S. (2006). Resilience in development: a synthesis of research across five decades. En D. Cicchetti y D. J. Cohen (Eds.), *Developmental Psychopathology*: *Vol. 3. Risk, disorder and adaptation* (2a. ed., 739-795). New York, USA: John Wiley & Sons.

Luthar, S. S., Cushing, G., Merikangas, K. R. y Rounsaville, B. J. (1998). Multiple jeopardy: Risk / protective factors among addicted mothers' offspring. *Development and Psychopathology 10*(1), 117-136.

Lynskey, M. T., Heath, A. C., Nelson, E. C., Bucholz, K. K., Madden, P. A. F., Slutske, W. S., Statham, D. J. y Martin, N. G. (2002). Genetic and environmental contributions to cannabis dependence in a national young adult twin sample. *Psychological Medicine, 32*(2)*,* 195-207.

Lytton, H. (1990). Child and parental effects in boys' conduct disorder: A reinterpretation. *Developmental Psychology, 26*(5), 683–697.

Maccoby, E. E. y Martin, J. A. (1983). Socialization in the context of the family: parent-child interaction. En J.S. Hetherington (Ed. de la serie) y E.M. Hetherington (Ed. del vol), *Handbook of Child Psychology: Vol.4. Socialization, Personality and Social Development* (3a. ed., pp. 1-101). New York, USA: John Wiley & Sons.

Magnuson, K. A. y Duncan, G. J. (2002). Parents in Poverty. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting* (Vol. 4, pp. 95-121). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Mahoney, A., Donnelly, W. O., Lewis, T. y Maynard, C. (2000). Mother and father self reports of corporal punishment and severe physical aggression toward clinic referred youth. *Journal of Clinical Child Psychology, 29*, 266-281.

Máiquez, M. L., Rodrigo, M. J., Capote, C. y Vermaes, I. (2000). *Aprender en la vida cotidiana. Un programa experiencial para padres*. Madrid: Visor.

Malecki, C. K. y Demaray, M. K. (2003). What type of support do they need? Investigating student adjustment as related to emotional, informational, appraisal, and instrumental support. *School Psychology Quarterly, 18*(3), 231-252.

Martín, J. (2005). *Evaluación del programa de apoyo personal y familiar para familias en situación de riesgo psicosocial*. Tesis Doctoral no publicada, Universidad de La Laguna, La Laguna, Tenerife, España.

Martín, J. C., Máiquez, M. L., Rodrigo, M. J., Correa, N. y Rodríguez, J. (2004). Evaluación del programa "Apoyo personal y familiar" para madres y padres en situación de riesgo psicosocial. *Infancia y Aprendizaje, 27*(4), 437-445.

Martín, Q., Cabero, M. T. y De Paz, Y. (2007). *Tratamiento estadístico de datos con SPSS. Prácticas resueltas y comentadas*. Madrid: Thomson.

Martínez, I. y García, F. (2008). Internalization of values and self-esteem among Brazilian teenagers from authoritative, indulgent, authoritarian and neglectful homes. *Adolescence, 43*(169), 13-29.

Martínez, I., García, F. y Yubero, S. (2007). Parenting styles and adolescents´ self-esteem in Brazil. *Psychological Reports, 100*(3), 731-745.

Martínez, I., Musitu, G., García, J. F. y Camino, L. (2003). Un análisis intercultural de los efectos de la socialización familiar en el autoconcepto: España y Brasil. *Psicología Educação e Cultura, 7*(2), 239-259.

Martínez, J. L., Fuertes, A., Ramos, M. y Hernández, A. (2003). Consumo de drogas en la adolescencia: importancia del afecto y la supervisión parental. *Psicothema, 15*(2), 161-166.

Martínez, R. A. y Becedóniz, C. M. (2009). Orientación educativa para la vida familiar como medida de apoyo para el desempeño de la parentalidad positiva. *Intervención Psicosocial, 18*(2), 97-112.

Masten, A. S., Hubbard, J. J., Gest, S. D., Tellegen, A., Garmezy, N. y Ramirez, M. (1999). Competence in the context of adversity: Pathways to resilience and maladaptation from childhood to late adolescence. *Development and Psychopathology, 11*(1), 143-169.

Matherne, M. M. y Thomas, A. (2001). Family environment as a predictor of adolescent delinquency. *Adolescence, 36*(144), 655-664.

Matud, M. P (2004). Autoestima en la mujer: Un análisis de su relevancia en la salud. *Avances en Psicología Latinoamericana, 22*, 129-140.

McCrae, J. S. y Barth, R. P. (2008). Using cumulative risk to screen for mental health problems in Child Welfare. *Research on Social Work Practice, 18*(2), 144-159.

McDonald, R. y Jouriles, E. N. (1991). Marital aggression and child behaviors problems. *The Behavior Therapist, 14*, 189-192.

McKee, L., Colletti, C. J. M., Rakow, A., Jones, D. J. y Forehand, R. L. (2008). Parenting and child externalizing behaviors: Are the associations specific or diffuse? *Aggression and Violent Behavior, 13*(3), 201-215.

McKee, L., Roland, E., Coffelt, N., Olson, A.L., Forehand, R., Massari, C., Jones, D., Gaffnet, C.A. et al., (2007). Harsh discipline and child problem behaviors: The roles of positive parenting and gender. *Journal of Family Violence, 22,* 187-196.

McKeown, R. E., Garrison, C. Z., Jackson, K. L., Cuffe, S. P., Addy, C. L. y Waller, J. L. (1997). Family structure and cohesion, and depressive symptoms in adolescents. *Journal of Research on Adolescence, 7*(3), 267-281.

McLoyd, V. C. y Smith, S. G. (2002). Physical discipline and behavior problems in African American, European American, and Hispanic Children: Emotional support as a moderator. *Journal of Marriage and Family, 64*(1), 40-53.

McLoyd, V. C., Jayaratne, T. E., Ceballo, R. y Borquez, J. (1994). Unemployment and work interruption among African American single mothers: Effects on parenting and adolescent socioemotional functioning. *Child Development, 65*(2)*,* 562-589.

McLoyd, V. C. (1990). The impact of economic hardship on Black families and children: Psychological distress, parenting, and socioemotional development. *Child Development, 61*(2), 311-346.

McLoyd, V. C. (1998). Socioeconomic disadvantage and child development. *American Psychologist, 53*(2), 185-204.

McMahon, S. D., Grant, K. E., Compas, B. E., Thurm, A. E. y Sydney, E. (2003). Stress and psychopathology in children and adolescents: is there evidence of specificity? *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 44*(1), 107-133.

Medora, N. P., Wilson, S. y Larson, J.H. (2001). Attittudes toward parenting strategies, potential for child abuse, and parental satisfaction of ethnically diverse low-income U.S. mothers. *The Journal of Social Psychology, 141*(3), 335-348.

Menéndez, S. (2003). *Psicología Evolutiva*. Proyecto Docente no publicado, Universidad de Huelva, España.

Menéndez, S., Arenas, A., Pérez, J. y Lorence, B. (2012). Madres usuarias de servicios de preservación familiar: perfil sociodemográfico y evolución. *Cuadernos de Trabajo Social, 25*(1), 193-203.

Menéndez, S., Hidalgo, M. V., Jiménez, L., Lorence, B. y Sánchez, J. (2010). Perfil psicosocial de familias en situación de riesgo. Un estudio de necesidades con usuarias de los Servicios Sociales Comunitarios por razones de preservación familiar. *Anales de Psicología, 26*(2), 378-389.

Menéndez, S., Jiménez, L. e Hidalgo, M. V. (2011). Estructura factorial de la escala PSOC (Parental Sense of Competence) en una muestra de madres usuarias de servicios de preservación familiar. *RIDEP, 32*(2), 187-204.

Menéndez, S., Jiménez, L. y Lorence, B. (2008). Familia y adaptación escolar durante la infancia. *XXI: Revista de Educación, 10*, 97-110.

Meyerson, L. A., Long, P. J., Miranda, R. J. y Marx., B. P. (2002). The influence of childhood sexual abuse, physical abuse, family environment, and gender on the psychological adjustment of adolescents. *Child Abuse and Neglect, 26*(4), 387-405.

Miller, J. B. y Stubblefield, A. (1993). Parental disclosure from the perspective of late adolescents. *Journal of Adolescence, 16*(4), 439-455.

Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2007). *El sistema público de los servicios sociales. Plan concertado de prestaciones básicas de Servicios Sociales en Corporaciones Locales (2005-2007)*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Minuchin, P. (1985). Families and individual development: Provocations from the field of family therapy. *Child Development, 56*(2), 289-302.

Minuchin, S. (1974). *Families and family therapy*. Cambridge, MA: Hardvard University Press.

Moffitt, T. E., Caspi, A., Dickson, N. M., Silva, P. y Stanton, W. (1996). Childhood onset versus adolescent-onset antisocial conduct problems in males: Natural history from ages 3 to 18 years. *Development and Psychopathology, 8*(2), 399-424.

Moffitt, T. E., Caspi, A., Rutter, M. y Silva, P. A. (2001). *Sex differences in antisocial behavior: Conduct disorder, delinquency, and violence in the Dunedin Longitudinal Study*. Cambridge, England: Cambridge University Press.

Moffitt, T. E. (1993a). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behaviour: a developmental taxonomy. *Psychological Review, 100(4)*, 674-701.

Moffitt, T. E. (1993b). The neuropsychology of conduct problems. *Development and Psychopathology, 5*(1-2), 135-151.

Montemayor, R. (1983). Parents and adolescents in conflict: All families some of the time and some families most of the time. *Journal of Early Adolescence*, *3*(1-2), 83-103.

Montero, L. y León, O. (2007). A guide for naming research studies in Psychology. *International Journal of Clinical and Health Psychology, 7*(3), 847-862.

Moraes, R., Camino, C., Da Costa, J. B., Camino, L. y Cruz, L. (2007). Socializacao parental e valores: Um estudo com adolescentes. *Psicología: Reflexao e Crítica, 20*(1), 167-177.

Morales, J. R. y Guerra, N. G. (2006). Effects of multiple context and cumulative stress on urban children's adjustment in elementary school. *Child Development, 77*(4), 907-923.

Moreno, M. C. (1996). La persona en desarrollo: una reflexión acerca de la continuidad y el cambio en la definición de las trayectorias de vida. *Apuntes de Psicología*, 47, 5-44.

Moreno, M. C. (1999a). Desarrollo y conducta social de los 2 a los 6 años. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Comps.), *Desarrollo psicológico y educación 1. Psicología Evolutiva* (2a. ed., pp. 305-326). Madrid: Alianza Editorial.

Moreno, M. C. (1999b). Desarrollo y conducta social de los 6 a la adolescencia. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Comps.), Desarrollo *psicológico y educación 1. Psicología Evolutiva* (2a. ed., pp. 405-430). Madrid: Alianza Editorial.

Moreno, M. C., Muñoz, M. V., Pérez, P. y Sánchez Queija, I. (2004). *Los adolescentes españoles y su salud*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.

Motrico, E., Fuentes, M. J. y Bersabé, R. (2001). Discrepancias en la percepción de los conflictos entre padres e hijos/as a lo largo de la adolescencia. *Anales de Psicología, 17*(1), 1-13.

Muñoz, A. (2012). El estudio de la resiliencia desde la perspectiva evolutiva y su aportación a la comprensión del riesgo y la protección en la intervención social. *Portularia, Revista de Trabajo Social*, *12*(1), 9-16.

Musitu, G. y Cava, M. J. (2001). *Familia y Educación*. Barcelona: Octaedro.

Musitu, G. y García, F. (2001). *ESPA29. Escala de Estilos de Socialización Parental en la Adolescencia*. Madrid: TEA Ediciones.

Musitu, G. y García, J. F. (2004). Consecuencias de la socialización familiar en la cultura española. *Psicothema, 16*(2), 288-293.

Musitu, G., Jiménez, T. I. y Murgui, S. (2007). El rol del funcionamiento familiar y del apoyo social en el consumo de sustancias de los adolescentes. *Revista Española de Drogodependencias, 32*(3), 370-380.

Musitu, G., Román, J. M. y Gracia, E. (1988). *Familia y Educación. Prácticas educativas de los padres y socialización de los hijos*. Barcelona: Labor Universitaria.

Musitu, G., Román, J. M. y Gutiérrez, M. (1996). *Educación familiar y socialización de los hijos*. Barcelona: Idea Universitaria.

National Center for Education Statistics (2006). *The condition of Education 2006 (Informe nº NCES 2006-71).* Washinhton, DC: U.S. Department of Education. Government Printing Office.

Navarro, M. y Mateo, M. J. (1993). *Informe Juventud en España: 1992*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Juventud.

Ngai, F. W., Chan, S. y Holroyd, E. (2007). Translation and validation of a Chinese version of the parenting sense of competence scale in Chinese mothers. *Nursing Research, 56*(5), 348-354.

Nicholson, B., Anderson, M., Fox, R. y Brenner, V. (2002). One family at a time: A prevention program of at-risk parents. *Journal of Counseling and Development, 80*(3), 362-371.

Nolen-Hoeksema, S. (1994). An interactive model for the emergence of gender differences in depression in adolescence. *Journal of Research on Adolescence, 4*(4), 519-534.

Nolen-Hoeksema, S. y Girgus, J. S. (1994). The emergence of gender differences in depression during adolescence. *Psychological Bulletin, 115*(3), 424-443.

Noller, P. y Callan, V. (1986). Adolescent and parent perceptions of family cohesion and adaptability. *Journal of Adolescence, 9*(1), 97-106.

Noller, P. y Callan, V. (1990). Adolescents' perceptions of the nature of their communication with parents. *Journal of Youth and Adolescence, 19*(4), 349-362.

Noller, P. y Callan, V. (1991). *The adolescent in the family*. Londres: Routlege.

Noom, M. J., Dekovic, M. y Meeus, W. H. J. (1999). Autonomy, attachment and psychosocial adjustment during adolescence: A double-edged sword? *Journal of Adolescence, 22*, 771-783.

Oliva, A. (1999). Desarrollo social en la adolescencia. En J.Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Comps.) (2a. ed., pp. 493-514), *Desarrollo psicológico y educación 1. Psicología evolutiva*. Madrid: Alianza Editorial

Oliva, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología, 37*(3), 209-223.

Oliva, A. y Palacios, J. (1998). Familia y escuela: padres y profesores. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.). *Familia y desarrollo humano* (pp. 333-350). Madrid: Alianza Editorial.

Oliva, A. y Parra, A. (2001). Autonomía emocional durante la adolescencia*. Infancia y Aprendizaje, 24*(2), 181-196.

Oliva, A. y Parra, A. (2004) Contexto familiar y desarrollo psicológico durante la adolescencia. En E. Arranz (Ed.), *Familia y desarrollo psicológico* (pp. 96-123). Madrid: Pearson Educación.

Oliva, A., Jiménez, J. y Parra, A. (2009). Protective effect of supportive family relatioships and the influence of stressful life events on adolescent adjustment. *Anxiety, Stress and Coping, 22*(2), 137-152.

Oliva, A., Jiménez, J., Parra, A. y Sánchez-Queija, I. (2008). Acontecimientos vitales estresantes, resiliencia y ajuste adolescente. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica, 13*(1), 53-62.

Oliva, A., Parra, A. y Arranz, E. (2008). Estilos relacionales parentales y ajuste adolescente. *Infancia y Aprendizaje, 31*(1), 93-106.

Oliva, A., Parra, A. y Sánchez, I. (2002). Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología, 20*(2), 225-242.

Oliva, A., Parra, A., Sánchez-Queija, I. y López, F. (2007). Estilos educativos materno y paterno: Evaluación y relación con el ajuste adolescente. *Anales de Psicología, 23*(1), 49-56.

Oliva, A., Ríos, M., Antolín, L., Parra, A., Hernando, A. y Pertegal, M. A. (2010). Más allá del déficit: construyendo un modelo de desarrollo positivo adolescente. *Infancia y Aprendizaje, 33*, 223-234.

Olivares, J., Rosa, A. I. y Olivares, P. J. (2006). *Ser padres, actuar como padres. Un reto requiere formación y tiempo*. Madrid: Pirámide.

Olson, D. H. y Gorall, D. M. (2003). Circumplex model of marital and family systems. En F. Walsh (Ed.), *Normal Family Processes* (pp. 514-547). New York, USA: Guilford Press.

Olson, D. H., Russell, C. y Sprenkle, H. D. (1983). Circumplex model of marital family systems: VI theoretical update. *Family Process, 22,* 69-83.

Olson, D. H., Portner, J, J. y Lavee, Y. (1985). *FACES III*. St Paul, Minnesota, EE.UU.: University of Minnesota.

Olson, D. H., Sprenkle, D. H. y Russell, C. S. (1979). Circumplex model of marital and family systems: Cohesion and adaptability dimensions, family types, and clinical applications. *Family Process, 18*(1), 3-28.

Ortega, R. y Del Rey, R. (2005, Noviembre). *Violencia interpersonal y bullying en la escuela*. Documento presentado en el Congreso Ser Adolescente Hoy, Madrid, España.

Osofsky, J. D. y Thompson, M. D. (2000). Adaptative and maladaptative parenting: perspectives on risk and protective factors. En J. P. Shonkoff y S. J. Meisels (Eds.), *Handbook of Early Childhood Intervention* (2a. ed., pp. 54-75). New York, USA: Cambridge University Press.

Paikoff, R. L. y Brooks-Gunn, J. (1991). Do parent-child relationships change during puberty? *Psychological Bulletin, 110*(1), 47-66.

Pajer, K., Stein, S., Tritt, K., Chang, C., Wang, W. y Gardner, W. (2008). Conduct disorder in girls: Neighborhoods, family characteristics, and parenting behaviors. *Child and Adolescent Psychiatry and Mental Health, 2*(1), 28-35.

Palacios, J. (1994). *Escala de evaluación de Estilos Educativos* (4E). Manuscrito no publicado. Universidad de Sevilla, España.

Palacios, J. (1999). La familia y su papel en el desarrollo afectivo y social. En F. López, I. Etxebarria, M. J. Fuentes y M.J. Ortiz (Coords.), *Desarrollo afectivo y social* (pp.267-284). Madrid: Pirámide.

Palacios, J. y Moreno, M. C (1994). Contexto familiar y desarrollo social. En M. J. Rodrigo (Ed.). *Contexto y desarrollo social* (pp. 157-188). Madrid: Síntesis.

Palacios, J. y Rodrigo, M. J. (1998). La familia como contexto de desarrollo humano. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (pp.25-44). Madrid: Alianza Editorial.

Palacios, J., Hidalgo, M. V. y Moreno, M. C. (1998). Ideologías familiares sobre el desarrollo y la educación infantil. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Eds.). *Familia y desarrollo humano* (pp. 181-200). Madrid: Alianza editorial.

Parker, G. y Gladstone, C. G. (1996). Parental characteristics as influence on adjustment in adulthood. En G. Pierce, B. Sarason y I. Sarason (Eds.). *Handbook of social support and the Family* (pp. 195-218). New York, USA. Plenum Press.

Parker, R. D. y Buriel, R. (1998). Socialization in the family: ethnic and ecological perspective. En W. Damon (Ed. de la serie) y N. Eisenberg (Ed. del vol), *Handbook of child psychology: Vol.3. Social, emotional and personality development* (pp. 463-552). New York, USA: John Wiley & Sons.

Parra, A. (2005). *Familia y desarrollo adolescente: un estudio longitudinal sobre trayectorias evolutivas*. Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Sevilla, Sevilla, España.

Parra, A. y Oliva, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología, 18*(2), 215-231.

Parra, A. y Oliva, A. (2006). Un análisis longitudinal sobre las dimensiones relevantes del estilo parental durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje, 29*(4), 453-470.

Parra, A., Oliva, A. y Antolín, L. (2009). Los programas extraescolares como recurso para fomentar el desarrollo positivo adolescente. *Papeles del Psicólogo, 30*(3), 265-275.

Parra, G. R., DuBois, D. L. y Sher, K. J. (2006). Investigation of profiles of risk factors for adolescent psychopathology: A person-centered approach. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 35*(3), 386-402.

Patró, R. y Limiñana, R. M. (2005). Víctimas de violencia familiar: consecuencias psicológicas en hijos de mujeres maltratadas. *Anales de Psicología, 21*(1), 11-17.

Patterson, G. R. (2002). The early development of coercive family process. En J. B. Reid, G. R. Patterson y J. Snyder (Eds.), *Antisocial behavior in children and adolescents: Developmental theories and models for intervention* (pp. 25-44). Washington, DC: American Psychological Association.

Patterson, G. R., DeBaryshe, B. D. y Ramsey, E. (1989). A developmental perspective on antisocial behavior. *American Psychologist, 44*(2), 329-335.

Patterson, G.R. (1982). *Coercive family process*. Eugene, Oregon: Castalia.

Paulson, S. E. y Sputa, C. L. (1996). Patterns of parenting during adolescence: Perceptions of adolescents and parents*. Adolescente, 31*(122), 369-381.

Peiser, N. C. y Heaven, C. L. (1996). Family influences on self-reported delinquency among high school students. *Journal of Adolescence, 19*(6)*,* 557–568.

Pelcovitz, D., Kaplan, S., Ellenberg, A., Labruna, V., Salzinger, S., Mandel, F. y Weiner, M. (2000). Adolescent physical abuse: Age at time of abuse and adolescent perception of family functioning. *Journal of Family Violence 15*(4), 375-389.

Perci, A., Thornton, M. y McCrystal, P. (2008). The extent and nature of family alcohol and drug use: Findings from the belfast youth development study. *Child Abuse Review, 17*, 371-386.

Pérez, J., Hidalgo, M. V. y Menéndez, S. (2012). Estrés parental en familias en riesgo psicosocial. El papel del lugar de control como progenitor. *Ansiedad y Estrés, 18*(1), 55-67.

Pettit, G. S., Laird, R. D., Dodge, K. A., Bates, J. E. y Criss, M. M. (2001). Antecedents and behavior problem outcomes of parental monitoring and psychological control in early adolescence. *Child Development, 72*(2), 583-598.

Pettit, G. S. y Laird, R. D. (2002). Psychological control and monitoring in early adolescence: The role of parental involvement and earlier child adjustment. En B. K. Barber (Ed.) *Intrusive parenting: how psychological control affects children and adolescents* (pp. 97-123). Washington: American Psychological Association.

Pichardo, M. C., Fernández, E. y Amezcua, J.A. (2002). Importancia del clima familiar en la adaptación familiar y social de los adolescentes. *Revista de Psicología General y Aplicada, 55*(4), 575-589.

Pinderhughes, E. E., Nix, R., Foster, E. M. y Jones, D. (2001). Parenting in context: Impact of neighborhood poverty, residential stability, public services, social networks, and danger on parental behaviors. *Journal of Marriage and Family*, *63*(4), 941-953.

Pinderhughes, E., Dodge, K. A. y Zelli, A. (2000). Discipline responses: Influences of parents' socioeconomic status, ethnicity, beliefs about parenting, stress, and cognitive–emotional processes. *Journal of Family Psychology, 14*(3), 380-400.

Pons-Salvador, G. y Del Barrio, V. (1995). El efecto del divorcio sobre la ansiedad de los hijos. *Psicothema*, *7*(3), 489-497.

Pons-Salvador, G., Cerezo, M. A. y Bernabé, G. (2005). Cambio y estabilidad en los factores que afectan negativamente a la parentalidad. *Psicothema, 17*(1), 31-36.

Prange, M. E., Greenbaum, P. E., Silver, S. E., Friedman, R. M., Kutash, K. y Duchnowski, A. J. (1992). Family functioning and psychopathology among adolescents with severe emotional disturbances. *Journal of Abnormal Child Psychology, 20*(1), 83-10.

Putnick, D. L., Bornstein, M. H., Hendricks, C., Painter, K. M., Suwalsky, J. T. y Collins, W. A. (2008). Parenting stress, perceived parenting behaviors, and adolescent self-concept in European American families. *Journal of Family Psychology, 22*(5), 752-762.

Pychyl, T. A., Coplan, R. J. y Reid, P. A. M. (2002). Parenting and procrastination: Gender differences in the relations between procrastination, parenting style and self-worth in early adolescence. *Personality and Individual Differences, 33*(2), 271–285.

Reitz, E., Dekovic, M. y Meijer, M. (2005). The structure and stability of externalizing and internalizing problem behavior during early adolescence. *Journal of Youth and Adolescent, 34*(6), 577-588.

Reitz, E., Dekovic, M. y Meijer, M. (2006). Relations between parenting and externalizing and internalizing problem behaviour in early adolescence: Child behaviour as moderator and predictor. *Journal of Adolescence, 29*(3), 419-436.

Reitz, E., Dekovic, M., Meijer, A. M. y Engels, R. C. (2006). Longitudinal relations among parenting, best friends, and early adolescent problem behavior: Testing bidirectional effects. *The Journal of Early Adolescence, 26*(3), 272-295.

Reynolds, W. M. (1992). *Internalizing disorders in children and adolescents*. New York, USA: John Wiley & Sons.

Roche, K. M., Ensminger, M. E. y Cherlin, A. J. (2007). Variations in parenting and adolescent outcomes among African American and Latino families living in low-income, urban areas. *Journal of Family Issues, 28*(7), 882-909.

Rodrigo, M. J., Camacho, J. C. Máiquez, M. L., Byrne, S. y Benito, J. M. (2009). Factores que influyen en el pronóstico de recuperación de las familias en riesgo psicosocial: el papel de la resiliencia del menor. *Psicothema, 21*(1), 90-96.

Rodrigo, M. J., Capote, M. C., Máiquez, M. L., Martín, J. C., Rodríguez, G., Guimerá, P. y Peña, M. (2000). *Manual del Programa Apoyo Personal y Familiar*. Santa Cruz de Tenerife: Fundación ECCA.

Rodrigo, M. J., Máiquez, M. L., García, F., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A. y Martín, J. C. (2004). Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia. *Psicothema, 16*(2), 203-210.

Rodrigo, M. J., Máiquez, M. L., Martín, J. C. y Byrne, S. (2008). *Preservación familiar. Un enfoque positivo para la intervención con familias.* Madrid: Editorial Pirámide.

Rodrigo, M. J. y Acuña, M. (1998). El escenario y el currículum educativo familiar. En M.J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.). *Familia y desarrollo humano* (pp. 261-276). Madrid: Alianza Editorial.

Rodrigo, M. J. y Byrne, S. (2011). Social support and personal agency in at-risk mothers. *Psychosocial Intervention, 20*, 13-24.

Rodrigo, M. J., Janssens, J. y Ceballos, E. (2001). The complexity of maternal thinking: Its sources and consequences. *International Journal of Behavioral Development, 25*(1), 50-59.

Rodrigo, M. J., Máiquez, M. L. y Martín, J. C. (2010). *Parentalidad positiva y políticas locales de apoyo a las familias*. Madrid: FEMP.

Rodrigo, M. J., Martín, J. C., Máiquez, M. L., Álvarez, M., Byrne, S., González, A., Guerra, M., Montesdeoca, M. A. y Rodríguez, B. (2010). *Programa Vivir la adolescencia en familia. Programa de apoyo psicoeducativo para promover la convivencia familiar*. Toledo: Junta de Comunidades de Castilla La Mancha.

Rodríguez, A. y Torrente, G. (2003). Interacción familiar y conducta antisocial. *Boletín de Psicología, 78*, 7-19.

Rodríguez, G., Camacho, K., Rodrigo, M. J., Martín, J. C. y Máiquez, M. L. (2006). Evaluación del riesgo psicosocial en familias usuarias de Servicios Sociales Municipales. *Psicothema, 18*(2), 200-206.

Roldán, M. A. (1998, Mayo). *Influencia de la estructura familiar en la construcción de la identidad de los adolescentes*. Documento presentado en el VIII Congreso de INFAD, Pamplona, España.

Roosa, M., Dumka, L. y Tein, J. Y. (1996). Family characteristics as mediators of the influence of problem drinking and multiple risk status on child mental health. *American Journal Community Psychology, 24*(5), 607-624.

Rossi, P. H. (1991). *Evaluating family preservation programs: A report to the Edna McConell Clark Foundation*. Social and Demographic Research Institute: University of Massachusetts.

Roustit, C., Chaix, B. y Chauvin, P. (2007). Family breakup and adolescents' psychosocial maladjustment: Public health implications of family disruptions. *Pediatrics, 120*(4), 984-991.

Rudy, D. y Grusec, J. E. (2001). Correlates of authoritarian parenting in individualist and collectivist cultures and implications for understanding the transmission of values. *Journal of Cross-Cultural Psychology, 32*, 202-212.

Ruiz de Miguel, C. (1999). La familia y su implicación en el desarrollo infantil. *Revista Complutense de Educación, 10*(1), 289-304.

Ruiz, M. A., Pardo, A. y San Martín, R. (2010). Modelos de ecuaciones estructurales. *Papeles del Psicólogo, 31*(1), 34-45.

Rutter, M. (1990). Commentary: Some focus and process considerations regarding effects of parental depression on children. *Developmental Psychology, 26*, 60-67.

Rutter, M. (1999). Psychosocial adversity and child psychopathology. *British Journal of Psychiatry*, *174*(6), 480-493.

Rutter, M. y Quinton, D. (1984). Parental mental illness as a risk factor for psychiatric disorders in childhood. En D. Magnusson y A. Ohman (Eds), *Psychopathology: An Interactional Perspective* (pp. 199-219). Orlando, FL: Academic Press.

Rutter, M., Giller, H. y Hagell, A. (1998). Antisocial behavior by Young people, New York: Cambridge Universtiy Press. (Trad. Cast. *La conducta antisocial de los jóvenes*. Madrid: Cambbridge University Presss, 2000)

Salvo, G. L. y Melipillán, A. R. (2008). Predictores de suicidalidad en adolescentes. *Revista chilena de Neuro-psiquiatría, 46*(2), 115-123.

Sameroff, A. J. (1983). Developmental systems: Contexts and evolution. En W. Kessen (Ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 1, History, theory, and methods* (pp. 237-294). New York, USA: John Wiley & Sons.

Sameroff, A. J., Seifer, R. y Bartko, T. (1997). Environmental perspective on adaptation during childhood and adolescence. En S. S. Luthar, J. A. Burack, D. Cicchetti, y J. R. Weisz (Eds.), *Developmental Psychopathology* (pp. 507-526). Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Sameroff, A., Seifer, R. y McDonough, S. C. (2004). Contextual contributors to the assessment of infant mental health. En R. Del Carmen-Wiggins y A. Carter (Eds.), *Handbook of infant, toddler, and preschool mental health assessment* (pp. 61-76). New York, USA: Oxford University Press.

Sameroff, A.J. (2000). Dialectical processes in developmental psychopathology. En A. Sameroff, M. Lewis, y S. Miller (Eds.), *Handbook of developmental psychopathology* (2a. ed., pp. 23-40). New York, USA: Kluwer.

Sameroff, A.J. y Fiese, B. H. (2000). Transactional regulation: The developmental ecology of early intervention. En J. P. Shonkoff y S. J. Meisels (Eds.), *Handbook of Early Childhood Intervention* (2a. ed., pp. 135-159). New York, USA: Cambridge University Press.

Sameroff, A. J., Bartko, W. T., Baldwin, A., Baldwin, C. y Seifer, R. (1998). Family and social influences on the development of child competence. En M. Lewis y C. Feiring (Eds.), *Families, risk, and competence* (pp. 161-183). Mahwah, NJ: Erlbaum.

Sampson, R .J. y Laub, J. H. (1993). *Crime in the making: pathways and turning points through life*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

San Luis, C., Hernández, J. A. y Ramírez, G. (1997). Estimación de datos perdidos por máxima verosimilitud en patrones <<missings>> aleatorios (MAR) y completamente aleatorios (MCAR) en modelos estructurales. *Psicothema, 9*(1), 187-197.

Sánchez-Queija, I. (2007). *Análisis longitudinal de las relaciones con los iguales durante la adolescencia*. Tesis Doctoral no publicada, Universidad de Sevilla, Sevilla, España.

Sandoval, M., Lemos, S. y Vallejo, G. (2006). Self-reported competences and problems in Spanish adolescents: A normative study of the YSR. *Psicothema, 18*(4), 804-809.

Sapienza, J. K. y Masten, A. S. (2011). Understanding and promoting resilience in children and youth. *Current Opinion in Psychiatry, 24*(4), 267-273.

Scaramella, L., Neppl, T. K., Ontai, L. L. y Conger, R. D. (2008). Consequences of socioeconomic disadvantage across three generations: Parenting behavior and child externalizing problems. *Journal of Family Psychology, 22*(5), 725-733.

Schafer, J. L. y Olsen, M. K. (1998). Multiple imputation for multivariate missing-data problems: A data analyst's perspective. *Multivariate Behabioral Research*, *33*(4), 545-571

Schaffer, H. R. (1996). *Social development*. Oxford: Blackwell.

Seiffge-Krenke, I. (1995). *Stress, Coping, and Relationships in Adolescence*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.

Serbin, L. A. y Karp, J. (2004). The intergenerational transfer of psychosocial risk: mediators of vulnerability and resilience. *Annual Review of Psychology*, *55*, 333-363.

Serrano, G., Godás, A., Rodríguez, D. y Mirón, L. (1996). Perfil psicosocial de los adolescentes españoles. *Psicothema, 8*(1), 25-44.

Shadish, W. R., Cook, T. D. y Campbell, D. T. (2002). *Experimental and quasi-experimental designs for generalized causal inferences*. Boston: Houghton-Mifflin.

Shaffer, D. R. (2000). *Psicología del desarrollo. Infancia y adolescencia* (5a. ed.). México: Thomson.

Shaffer, D. R. (2002*). Desarrollo social y de la personalidad* (4a. ed.). Madrid: Thomson.

Sheehan, M. J. y Watson, M. W. (2008). Reciprocal influences between maternal discipline techniques and aggression in children and adolescents. *Aggressive Behavior, 34*(3), 245-255.

Shek, D. T. (1997). Family environment and adolescent psycholohical well-being, school adjustment, and problem behavior: A pioneer study in a Chinese context. *The Journal of Genetic Psychology: Research and Theory on Human Development, 158*(1), 113-128.

Shek, D. T. (2000). Differences between father and mothers in the treatment of, and relationship with, their teenage children: Perceptions of Chinese adolescents. *Adolescence, 35*(137), 135-147.

Shek, D. T. (2002). Family functioning and psychological well-being, school adjustment, and problem behavior in Chinese adolescents with and without economic disadvantage. *The Journal of Genetic Psychology: Research and Theory on Human Development, 163*(4), 497-502.

Shek, D.T. (2005). A longitudinal study of perceived family functioning and adolescent adjustment in Chinese adolescent with economic disadvantage. *Journal of Family Issues, 26*(4), 518-543.

Shek, D. T. (2008). Economic disadvantage, perceived family life quality, and emotional well-being in Chinese adolescents: A longitudinal study. *Social Indicators Research, 85*(2), 169-189.

Sher, K. J., Grekin, E. R. y Williams, N. A. (2005). The development of alcohol use disorders. *Annual Review of Clinical Psychology, 1*, 493–523.

Shumow, L., Lowe, D. y Poner, J. (1998). Harsh firm and permissive parenting in low-income families: Relations to children´s academic achievement and behavioral adjustment. *Journal of Family Issues, 19* (5), 483-507.

Silk, J., Morris, A., Kanaya, T. y Steinberg, L. (2003). Psychological control and autonomy granting: Opposite ends of a continuum or distinct constructs? *Journal of Research on Adolescence, 13*(1), 113-128.

Simons, R. L., Lorenz, F. O., Conger, R. D. y Wu, C. I. (1992). Support from spouse as mediator and moderator of the disruptive influence of economic strain on parenting. *Child Development*, *63*(5), 1282–1301.

Smart, L. S., Chibucos, T. R. y Didier, L. A. (1990). Adolescent substance use and perceived family functioning. *Journal of Family Issues, 11*(2), 208-227.

Smetana, J. G. y Daddis, C. (2002). Domain-specific antecedents of parental psychological control and monitoring: The role of parenting beliefs and practices. *Child Development, 73*, 563-580.

Smetana, J. G. (1995). Parenting style and conceptions of parental authority during adolescence. *Child Development, 66*(2), 299-316.

Smith, A. B., Gollop, M., Taylor, N. J. y Marshall, K. (2004). *The Discipline and Guidance of Children: A Summary of Research*. Recuperado el 12 de Febrero del 2011, del sitio web de Children's Commissioner: Children's Issues Centre: http://www.skip.org.nz/documents/resources/research-and-training/the-discipline-and-guidance-of-children.pdf

Smith, S. G. (1996). *Clinical utility of the family adaptation and cohesion evaluation scales III (FACES III).* Unpublished Thesis Doctoral, Texas Tech University, Texas, EE.UU.

Sousa, L., Ribeiro, C. y Rodrigues, S. (2007). Are practitioners incorporating a strengths-focused approach when working with multi-problem families? *Journal of Community and Applied Social Psychology, 17*(1), 53-63.

Spaccarrelli, S., Sandler, I. N. y Roosa, M. (1994). History of spouse violence against mother: Correlated risks and unique effects in child mental health. *Journal of Family Violence, 9*(1), 79-98.

Spence, S. H., Sheffield, J. y Donovan, C. (2002). Problem-solving orientation and attributional style: moderators of the impact of negative life events on the development of depressive symptoms in adolescence. *Journal of Clinical Child Psychology, 31*(2), 219-229.

Stattin, H. y Kerr, M. (2000). Parental monitoring: a reinterpretation. *Child Development*, *71*(4), 1072-1085.

Steinberg, L. (1990). Interdependence in the family: autonomy, conflict and harmony in the parent-adolescent relationship. En S.S. Feldman and G.L. Elliot (Eds.), *At the threshold: The developing adolescent* (pp. 255-276). Cambridge, M.A: Hardvard University Press.

Steinberg, L. y Morris, A. S. (2001). Adolescent development. *Annual Review of Psychology, 52*, 83-110.

Steinberg, L. y Silk, J. S. (2002). Parenting adolescents. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*: *Vol. 1. Children and Parenting* (pp. 103-134). New Jersey, USA: LEA.

Steinberg, L., Blatt-Eisengart, I. y Cauffman, E. (2006). Patterns of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent, and neglectful homes: A replication in a sample of serious juvenile offenders. *Journal of Research on Adolescence, 16*(1), 47-58.

Steinberg, L., Lamborn, S. D., Darling, N., Mounts, N. S. y Dornbusch, S. M. (1994). Over-time changes in adjustment and competence among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent, and neglectful families. *Child Development, 65*(3), 754-770.

Steinberg, L., Lamborn, S. D., Dornbusch, S. M. y Darling, N. (1992). Impact of parenting practices on adolescent achievement: Authoritative parenting, school involvement and encouragement to succeed. *Child Development, 63*(5), 1266-1281.

Steinberg, L. y Levine, A. (1997). *You and your adolescent: A parent´s guide for age 10-20*. Dunmore, PA: Harper Collins.

Stern, M. y Zevon, M. A. (1990). Stress, coping, and family environment: The adolescents' response to naturally occurring stressors. *Journal of Adolescence Research,* 5(3), 290-305.

Sternberg, K. J., Lamb, M. E., Guterman, E. y Abbott, C. B. (2006). Effects of early and later family violence on children's behavior problems and depression: A longitudinal, multi-informant perspective. *Child Abuse and Neglect, 30*(3), 283-306.

Stevens, G., Vollebergh, W. A. M., Pels, T. V. M. y Crijnen, A. A. M. (2007). Parenting and internalizing and externalizing problems in Moroccan immigrant youth in the Netherlands. *Journal of Youth and Adolescence, 36*(5), 685-695.

Stice, E. y Barrera, M., Jr. (1995). A longitudinal examination of the reciprocal relations between perceived parenting and adolescents' substance use and externalizing behaviors. *Developmental Psychology, 31*(2), 322-334.

Stouthamer-Loeber, M., Loeber, R., Homish, D. L. y Wei, E. (2001). Maltreatment of boys and the development of disruptive and delinquent behavior. *Development and Psychopathology, 13*, 941-955.

Straus, M. A. y Stewart, J. H. (1999). Corporal punishment by American parents: National data on prevalence, chronicity, severity, and duration, in relation to child and family characteristics. *Clinical Child and Family Psychology Review, 2*(2), 55-70.

Straus, M. A. (2001). New evidence for the benefits of never smacking. *Society*, *38*(6), 52-60.

Straus, M. A. y Kaufman-Kantor, G. K. (1994). Corporal punishment by parents: A risk factor in the epidemiology of depression, suicide, alcohol abuse, child abuse and wife beating. *Adolescence, 29*(115), 543-561.

Subirats, J., Gomá, R. y Brugué, J. (2005). *Análisis de los factores de exclusión social*. Bilbao: Fundación BBVA.

Subirats, J., Riba, C., Giménez, L., Obradors, A., Giménez, M., Queralt, D., Bottos, P. y Rapoport, A. (2004). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*. Barcelona: Fundación la Caixa.

Sunday, S. S, Labruna, V., Kaplan, S., Pelcovitz, D., Newmana, J. y Salzinger, S. (2008). Physical abuse during adolescence: Gender differences in the adolescents' perceptions of family functioning and parenting. *Child Abuse and Neglect, 32*(1), 5-18.

Svedin,C. G., Wadsby, M. y Sydsjö, G. (2005). Mental health, behavior problems and incidence of child abuse at the age of 16 years: A prospective longitudinal study of children born at psychosocial risk. *European Child and Adolescent Psychiatry, 14*(7), 386-396.

Swaab, D. F. (1991). Relation between maturation of neurotransmitter systems in the human brain and psychosocial disorders. En M. Rutter y P. Casaer (Eds.). *Biological risk factors for psychosocial disorders* (pp. 50-66). Cambridge: Cambridge University Press.

Swick, K. J. (2008). Empowering the parent-child relationship in homeless and other high-risk parents and families. *Early Childhood Education Journal, 36*(2), 149-153.

Tabachnick, B. G. y Fidell, L. S. (2007). *Using multivariate statistics* (5a. ed.). Boston, MA: Pearson Education.

Tafà, M. y Baiocco, R. (2009). Addictive behavior and family functioning during adolescence. *The American Journal of Family Therapy, 37*(5), 388-395.

Teti, D. M. y Candelaria, M. (2002). Parenting competence. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Vol. 4. Social conditions and applied parenting* (pp. 149-180). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Thornberry, T. P., Ireland, T. O. y Smith, C. A. (2001). The importance of timing: The varying impact of childhood and adolescent maltreatment on multiple problem outcomes. *Development and Psychopathology, 13*(4), 957-979.

Tolan, P., Gorman-Smith, D. y Henry, D. (2006). Family violence. *Annual Review of Psychology, 57*(1), 557-583.

Tolan, P., Gorman-Smith, D., Huesman, L. R. y Zelli, A. (1997). Assessment of family relationship characteristics: A measure to explain risk for antisocial behavior and depression among urban youth. *Psychological Assessment, 9(3)*, 212-223.

Toro, J. (2005). La familia como factor de riesgo en psicopatología infantil. En L. Ezpeleta (Ed.), *Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo (*pp.291-318). Barcelona: Masson.

Trentacosta, C. J. y Shaw, D. S. (2008). Maternal predictors of rejecting parenting and early adolescent antisocial behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology, 36*(2), 247-259.

Trigo, J. (1998). Indicators of risk in families receiving attention from social services. *Psychology in Spain, 2*(1), 66-75.

Turner, H. A. y Finkelhor, D. (1996). Corporal punishment as a stressor among youth. *Journal of Marriage and the Family, 58*(1), 155-166.

Ulloa, F. (1996). Violencia familiar y su impacto sobre el niño. *Revista Chilena de Pediatría, 67*(4), 183-187.

Vallejo, A., Osorno, R. y Mazadiego, T. (2008). Estilos parentales y sintomatología depresiva en una muestra de adolescentes veracruzanos. *Enseñanza e investigación en psicología, 13*(1), 91-105.

Valois, R. F., MacDonald, J. M., Bretous, L., Fischer, M. A. y Drane, J. W. (2002). Risk factors and behaviors associated with adolescent violence and aggression. *American Journal of Health Behavior, 26*(6), 454-464.

Van de Rakt, M., Nieuwbeerta, P. y Apel, R. (2009). Association of criminal convictions between family members: Effects of siblings, fathers and mothers. *Criminal Behaviour and Mental Health, 19*(2), 94-108.

Van de Rakt, M., Nieuwbeerta, P. y De Graaf, N. D. (2008). Like father, like son. The relationships between conviction trajectories of fathers and their sons and daughters. *British Journal Criminology, 48*, 538-556.

Verhoeven, M., Junger, M., Van Aken, C., Dekovic, M. y Van Aken, M. A. C. (2007). Parenting during toddlerhood: Contributions of parental contextual, and child characteristics. *Journal of Family Issues, 28*(12), 1663-1691.

Verlaan, P. y Schwartzman, A. E. (2002). Mother´s and father´s parental adjustment: Links to externalising behaviour problems in sons and daughters. *International Journal of Behavioral Development, 26*(3), 214-223.

Vermeiren, R. (2003). Psychopathology and delinquency in adolescents: A descriptive and developmental perspective. *Clinical Psychology Review, 23*(2), 277-318.

Vielva, I., Pantoja, L. y Abeijón, A. (2001). *Las familias y sus adolescentes ante las drogas*. Bilbao: Instituto Deusto de Drogodependencias, Universidad de Deusto.

Waaktaar, T., Borge, A. I. H., Fundingsrudc, H. P., Christiea, H. J. y Torgersen, S. (2004). The role of stressful life events in the development of depressive symptoms in adolescence—a longitudinal community study. *Journal of Adolescence, 27*(2), 153-163.

Wadsby, M., Svedin, C. G. y Sydsjo, G. (2007). Children of mothers at psychosocial risk growing up: A follow up at the age of 16. *Journal of Adolescence, 30*(1), 147-164.

Wadsworth, M. E., Raviv, T., Compas, B. E. y Connor-Smith, J. K. (2005). Parent and adolescent responses to poverty-related stress: Tests of mediated and moderated coping models. *Journal of Child and Family Studies, 14*(2), 283-298.

Wagner, K. D., Ritt-Olson, A., Chou, C.-P., Pokhrel, P., Duan, L., Baezconde-Garbanati, L., Soto, D. W. y Unger, J. B. (2010). Associations between family structure, family functioning, and substance use among Hispanic/Latino adolescents. *Psychology of Addictive Behaviors, 24*(1), 98-108.

Waldren, T., Bell, N. J., Sorell, G. y Peek, C. (1990). Cohesion and adaptability in post-divorce remarried and first married families: Relationships with family stress and coping styles. *Journal of Divorce and Remarriage, 14*(1), 13-28.

Walton, A. y Flouri, E. (2010). Contextual risk, maternal parenting and adolescent externalizing behaviour problems: the role of emotion regulation. *Child: Care, Health and Development, 36*(2), 275-284.

Washburn, J., Hillman, S. y Sawiloswsky, S. (2004). Gender and gender-role orientation differences on adolescents' coping with peer stressors. *Journal of Youth and Adolescence*, *33*(1), 31-40.

Webster-Stratton, C. (1990). Stress: A potential disruptor of parent perceptions and family interactions. *Journal of Clinical Child Psychology, 19*(14), 302-312.

Wenar, C. y Kerig, P. (2000). *Developmental psychopathology. From infancy through adolescence* (4a. ed.). Singapur: McGraw-Hill International.

Werner, E. E. (2000). Protective factors and individual resilience. En J. P. Shonkoff y S.J. Meisels (Eds.), *Handbook of early childhood intervention* (2a. ed., pp. 115-132). New York, USA: Cambridge University Press.

Whitbeck, L. B., Simons, R. L., Conger, R. D., Lorenz, F. O., Huck, S. y Elder, G. H. J. (1991). Family economic hardship, parental support, and adolescent self-esteem. *Social Psychology Quarterly*, *54*(4), 353–-363.

Williams, S., Anderson, J., McGee, R. y Silva, P. A. (1990). Risk factors for behavioral and emotional disorder in preadolescent children. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry, 29*(3), 413-419.

Wolfe, D., Scott, K., Wekerle, C. y Pitmman, A. L. (2001). Child maltreatment: Risk of adjustment problems and dating violence in adolescence. *Journal of the American Academic of Child and Adolescent Psychiatry, 40*(3), 282-289.

Yakin, J. A. y McMahon, S. D. (2003). Risk and Resiliency: A Test of a Theoretical Model for Urban, African-American Youth. *Journal of Prevention and Intervention in the Community, 26*(1), 5-19.

Ybrandt, H. (2008). The relation between self-concept and social functioning in adolescence. *Journal of Adolescence, 31*(1), 1-16.

Youniss, J. y Smollar, J. (1985). *Adolescent relations with mothers, fathers and friends.* Chicago: University of Chicago Press.

Zahn-Waxler, C., Iannotti, R. J., Cummings, E. M. y Denham, S. (1990). Antecedents of problem behaviors in children of depressed mothers. *Development and Psychopathology, 2*(3), 271-291.

Zocodillo, M. (1993). Gender and the development of conduct disorder. *Development and Psychopathology, 5*, 65-78.

Zubeidat, I., Fernández-Parra, A., Ortega, J., Vallejo, M. A. y Sierra, J. C. (2009). Características psicosociales y psicopatológicas en una muestra de adolescentes españoles a partir del Youth Self-Report / 11-18. *Anales de Psicología, 25*(1), 60-69.

Zuravin, S., McMillen, C., DePanfilis, D. y Risley-Curtiss, C. (1996). The intergenerational cycle of child maltreatment: continuity versus discontinuity. *Journal Interpersonal Violence, 11*(3), 315-334.

VII. Anexos

ANEXO A. Ficha Sociodemográfica extensa (PSD).

ANEXO B. Ficha Sociodemográfica Simple (PSS).

ANEXO C. Problemas de ajuste en la adolescencia (YSR).

ANEXO D. Inventario de Acontecimientos Vitales Estresantes (AVE).

ANEXO E. Inventario de Situaciones Estresantes y de Riesgo (ISER).

ANEXO F. Sentimiento de controlabilidad parental (PSOC).

ANEXO G. Autoestima emocional (AUT-17).

ANEXO H. Escalas de Socialización Parental para Adolescentes (ESPA29).

ANEXO I. Cohesión familiar (FACESIII).

ANEXO J.Escala de necesidad de actuación parental situacional.

ANEXO K.Escala de acuerdo con la evaluación conjunta de la Delphi.

ANEXO A. Ficha sociodemográfica extensa (PSD)

DATOS PERSONALES DE LA USUARIA
Nombre y apellidos: Prestación de Servicio actual: COSO-SIVO-SECORE-ETF Fecha de nacimiento: Trayectoria (¿En qué servicios ha estado antes?): Nivel educativo (2): _____ _____ La vivienda: _____ - m^2: ¿Ha participado en programas para padres? ☐ No ☐ Sí ¿Cuál/es y cuando?

SITUACIÓN LABORAL DE LA USUARIA
¿Trabaja? Sí/No ¿Estable? Sí/No ¿Contrato? Sí/No Tipo de trabajo:

GENOGRAMA
¿Estable? Sí/No ***Tipo de Familia*** Biparental □ Monoparental □ Reconstituida □ Extensa □ ***Marca con una cruz si se da en la familia alguno de estos casos*** Menor en Adopción □ Menor en Acogimiento □

INGRESOS FAMILIARES (MARCAR LO QUE PROCEDA)
☐ Estables ☐ Usuaria: _____ ☐ No estables ☐ Pareja: _____ Procedencia:_____ ☐ Padres/Suegros usuaria: _____ Cuantía mensual aprox. _____€ ☐ Hijo-a: _____ ☐ Ayuda social: _____ ☐ Otros *(especificar):* _____

OTROS COMPONENTES DEL HOGAR

	Nombre y apellidos	Parentesco (1)	Fecha de nacimiento	Nivel educ. (2)	Profesión/ Ocupación	Nombre centro laboral/educativo	Intervención (3)
1							
2							
3							
4							
5							
6							
7							
8							
9							
10							

(1) Parentesco en relación con la usuaria:
1. Pareja
2. Hija-o
3. Madre/Padre
4. Suegra-o
5. Hermana-o
6. Sobrina-o
7. Nieta-o
8. Otros (especificar):

(2) Nivel educativo:
1. Hasta primarios incompletos
2. Hasta primarios completos
3. Hasta secundario/FP incompleto
4. Hasta Secundaria/FP completa
7. Universitarios completos
8. Otros *(especificar):*

(3) Intervención (prestación que recibe de SS.SS.):
1. Ayuda económica
2. Socioeducativos
3. Unidad de día
4. Ayuda a domicilio
5. Otros *(especificar):*

ANEXO B. Ficha sociodemográfica simple (PSS)

FECHA DE HOY: _____

COLEGIO:_____ CLASE:_____ Nº CLASE:_____

FECHA DE **NACIMIENTO**:_____**EDAD**:_____**CHICO O CHICA**:_____

EDAD DE LA **MADRE**____ NIVEL DE ESTUDIOS MADRE:_____
TRABAJO DE LA MADRE:_____ JORNADA LABORAL:_____

EDAD DE LA **PADRE**____ NIVEL DE ESTUDIOS PADRE:_____
TRABAJO DE LA PADRE:_____ JORNADA LABORAL:_____

¿QUIÉN VIVE **EN CASA** CONTIGO?
Escribe las personas que viven en tu CASA, así como las edades y relación que tienes con ellas:

1._____ Edad:_____
2._____ Edad:_____
3._____ Edad:_____
4._____ Edad:_____
5._____ Edad:_____
6._____ Edad:_____
7._____ Edad:_____
8._____ Edad:_____
9._____ Edad:_____

¿CUÁNTOS **HERMANOS** TIENES Y QUÉ POSICIÓN OCUPAS RESPECTO A ELLOS?:_____

¿ACUDE POR ALGUNA RAZÓN TU FAMILIA A LOS **SERVICIOS SOCIALES**? (Contrastar con el tutor/a del menor) _____

ANEXO C. Problemas de ajuste en la adolescencia (YSR)

Debido a restricciones relativas a los derechos de autor y a petición de la autora de la tesis, las páginas de este anexo (434-437) han sido retiradas de la tesis.

ANEXO D. Inventario de acontecimientos vitales estresantes (AVE)

Para finalizar, te pedimos que nos digas si en los **últimos 5 años** ha ocurrido en tu vida alguna de las siguientes circunstancias (ante cada una de las afirmaciones rodea con un círculo sí o no). En caso afirmativo, te pedimos que nos digas cuánto te afectó negativamente dicha situación atendiendo a una escala de 1 a 10. Si el acontecimiento te ha ocurrido en más de una ocasión, piensa en el que más te afectó. Para ello, te proponemos la siguiente escala.

De 1 a 10: 1 significa que no te afectó negativamente y 10 que te afectó muy negativamente

				AFECTÓ (1-10)
1.	Divorcio o separación de tus padres.	SI	NO	
2.	Broncas importantes y fuertes entre tus padres en los últimos 5 años.	SI	NO	
3.	Nuevo emparejamiento de tus padres (que la nueva pareja de tu padre o de tu madre se haya trasladado a vivir a casa en los últimos 5 años)	SI	NO	
4.	Engaño, aislamiento, rechazo o ridiculizaciones frecuentes por parte de tus amigos o traición por parte de tus amigos en los últimos 5 años.	SI	NO	
5.	Cambio de domicilio (traslado de barrio, población) en los últimos 5 años.	SI	NO	
6.	Dificultades económicas importantes en casa en los últimos 5 años	SI	NO	
7.	Muerte de un familiar cercano en los últimos 5 años.	SI	NO	
8.	Enfermedad o accidente grave de un familiar cercano con el que convivas en los últimos 5 años.	SI	NO	
9.	Traslado de algún familiar (alguien que vivía en tu casa se ha ido a vivir a otro sitio o algún pariente se ha venido a vivir a tu casa) en los últimos 5 años.	SI	NO	
10.	Problemas de adicción (drogas, alcohol, juego…) de algún familiar cercano o de alguno de tus mejores amigos en los últimos 5 años.	SI	NO	
11.	Ruptura de la relaciones con tu pareja (novio/a) en los últimos 5 años.	SI	NO	
12.	Engaño o traición por parte de tu pareja (novio/a) en los últimos 5 años.	SI	NO	
13.	Bronca importante o ruptura con uno de tus mejores amigos	SI	NO	
14.	Acoso o abusos sexuales en los últimos 5 años.	SI	NO	
15.	Has sufrido alguna enfermedad o accidente de importancia en los últimos 5 años.	SI	NO	

ANEXO E. Inventario de situaciones estresantes y de riesgo (ISER)

Para los profesiones de los SS.SS.CC:

A continuación se plantean dificultades o situaciones problemáticas que podrían ocurrir en las trayectorias de vida personal o familiar de las mujeres que están recibiendo intervenciones psicosociales por Servicios de preservación familiar. Me gustaría que me respondieses SI o NO según la información que usted disponga de la familia y en el caso de desconocimiento se recomienda una entrevista personalizada con la usuaria para completar dicha información.

1	Maltrato en la infancia de la usuaria	SI NO
2	Maltrato en la adultez de la usuaria	SI NO
3	Problemas psicológicos o mentales diagnosticado en la usuaria	SI NO
4	Problemas de consumo de drogas de la usuaria	SI NO
5	Conducta antisocial de la usuaria	SI NO
6	Separación o divorcio de la usuaria	SI NO
7	Inestabilidad familiar (no residen siempre las mismas personas en el hogar)	SI NO
8	Familia grande (más de tres menores)	SI NO
9	Situación laboral difícil e inestable en el entorno familiar durante los últimos años	SI NO
10	Relación de pareja conflictiva en el entorno familiar durante los últimos años	SI NO
11	Relación con hijo/a conflictiva en el entorno familiar durante los últimos años	SI NO

Observaciones:

ANEXO F. Sentimiento de controlabilidad parental (PSOC)

A continuación aparecen frases que se refieren a tus sentimientos de ser madre. Por favor, lee atentamente cada una de ellas y señala en qué medida crees que te reflejan a ti, eligiendo entre las opciones de respuesta que se especifican en la escala.

		No, totalmente en desacuerdo	En desacuerdo	En parte desacuerdo	En parte de acuerdo	De acuerdo	Sí, totalmente de acuerdo
1.	En las cosas que tienen que ver con mis hijos, me acuesto igual que me levanto, con la sensación de no haber terminado nada.						
2.	No sé por qué pero, aunque como madre creo que controlo la situación, a veces siento como si la situación me controlara a mí.						
3.	Como madre, a veces siento que no doy abasto.						
4.	Ser madre me pone nerviosa y ansiosa.						

ANEXOG G. Autoestima emocional (AUT-17)

A continuación encontrará una serie frases referidas a tus sentimientos, capacidades y forma de ser. Lea cada una de ellas cuidadosamente y conteste según su criterio poniendo un círculo alrededor de la respuesta que considere adecuada.

		Muy en desacuerdo	En desacuerdo	En parte de acuerdo y en parte en desacuerdo	De acuerdo	Muy de acuerdo
1	Me altero con facilidad					
2	Soy nervioso/a					
3	Mis emociones no cambian fácilmente					
4	Me cuesta controlarme					

ANEXO H. Escala de socialización parental para adolescentes (ESPA29)

Debido a restricciones relativas a derechos de autor y a petición de la autora de la tesis, las páginas de este anexo (442-445) han sido retiradas de la tesis.

ANEXO I. Cohesión familiar (FACES III)

A continuación, se presentan una serie de frases relacionadas con las personas que conforman la familia. Indica, por favor, con qué frecuencia se dan en tu familia, teniendo en cuenta las opciones de respuestas que se especifican en el cuestionario.

		Casi nunca	Pocas veces	A veces	Con frecuencia	Casi siempre
1	Los miembros de la familia nos pedimos ayuda unos a otros.					
2	Tanto los padres como los hijos aceptamos los amigos que tiene cada uno.					
3	Nos gusta hacer cosas en las que estemos solo nosotros.					
4	Los miembros de nuestra familia nos sentimos más unidos entre nosotros que con otras personas que no son de la familia.					
5	A los miembros de la familia nos gusta pasar el tiempo libre juntos.					
6	Los miembros de la familia nos sentimos muy unidos.					
7	Cuando nos reunimos para alguna actividad, todos estamos presentes.					
8	Se nos ocurren fácilmente cosas que podemos hacer en familia.					
9	Los miembros de la familia nos consultamos las decisiones.					
10	La unión familiar es muy importante para nosotros.					

ANEXO J. Escala de necesidad de actuación parental situacional

Fecha de administración de la prueba:

Datos del profesional informante

Sexo:

Edad:

Profesión actual:

Lugar de trabajo:

Años de experiencia profesional:

A continuación se presentan las 29 situaciones cotidianas que conforman la Escala de Socialización Parental para Adolescentes (Musitu y García, 2001). Mediante la realización de esta técnica delphi queremos conocer la opinión que tienen profesionales de diversos ámbitos educativos respecto al grado de actuación parental necesario para cada una de las situaciones que plantea este instrumentos. Para ello, nos gustaría que pensaras en familias con menores adolescentes con edades comprendidas entre los 11 y 18 años y valores **en qué medida es NECESARIO que las madres y los padres actúen o reaccionen de alguna manera y de forma inmediata ante las distintas situaciones planteadas**. Primero, se presentan situaciones en las que el adolescente actúa positivamente y, por tanto, lo que se pretende es que valores la necesidad de que los progenitores refuercen positivamente el comportamiento que se indica. Segundo, se presentan situaciones donde la actuación del adolescente no es apropiada y nos gustaría que valorases en qué medida consideras necesario que los padres y las madres hagan algo para controlar dichas situaciones. Para ello puedes utilizar la siguiente escala.

1. No es necesario. 2. Poco necesario. 3. Algo necesario. 4. Bastante necesario.5. Muy necesario.

		No es necesario	Poco necesario	Algo necesario	Bastante necesario	Muy necesario
SITUACIONES POSITIVAS: *en qué medida consideras necesario que los progenitores refuercen positivamente o premien al adolescente en estas situaciones*						
1	Si el adolescente obedece en las cosas que le mandan sus padres	1	2	3	4	5
2	Si hay visita en casa y el adolescente se porta bien y con educación	1	2	3	4	5
3	Si el adolescente ordena y cuida las cosas de su casa	1	2	3	4	5
4	Si el adolescente trae a casa el boletín de notas a final del curso con buenas calificaciones	1	2	3	4	5
5	Si el adolescente cuida sus cosas y sale limpio y aseado a la calle	1	2	3	4	5
6	Si el adolescente al llegar a casa por la noche, llega a la hora que sus padres le habían dicho	1	2	3	4	5

7	Si algún profesor llama a los padres y le dice que su hijo/a se está portando muy bien en clase	1	2	3	4	5
8	Si el adolescente respeta y cumple los horarios establecidos en casa	1	2	3	4	5
9	Si el adolescente se porta bien en casa y no molesta a sus padres	1	2	3	4	5
10	Si el adolescente se come toda la comida que ha puesto su madre en la mesa	1	2	3	4	5
11	Si algunos de los amigos o profesores del adolescente llama a su madre y le dice que es un buen compañero	1	2	3	4	5
12	Si el adolescente estudia y hace todos los deberes y trabajos que le mandan en casa	1	2	3	4	5
13	Si el adolescente no falta y llega puntual a clase	1	2	3	4	5
SITUACIONES NEGATIVAS: *en qué medida consideras necesario que los progenitores hagan algo para controlar al adolescente en estas situaciones*						
1	Si el adolescente no estudia o no quiere hacer los deberes que le mandan en el instituto	1	2	3	4	5
2	Si hay visita en casa y el adolescente hace ruido o molesta	1	2	3	4	5
3	Si el adolescente rompe o estropea alguna cosa de casa	1	2	3	4	5
4	Si el adolescente trae las notas del instituto con suspensos	1	2	3	4	5
5	Si el adolescente sale a la calle sucio y desastrado	1	2	3	4	5
6	Si la madre se entera que el adolescente ha roto algo de la calle o de otra persona	1	2	3	4	5
7	Si el adolescente se queda por ahí con los amigos o amigas y llega tarde a casa por la noche	1	2	3	4	5
8	Si el adolescente sale de casa para ir a cualquier sitio y no le pide permiso	1	2	3	4	5
9	Si el adolescente se queda hasta muy tarde viendo la tele	1	2	3	4	5
10	Si algún profesor llama a los padres para decirle que el adolescente se porta mal en clase	1	2	3	4	5
11	Si el adolescente miente y la madre le descubre	1	2	3	4	5
12	Si el adolescente se pelea con algún vecino o amigo	1	2	3	4	5
13	Si el adolescente se pone furioso y pierde el control por algo que le ha salido mal o que sus padres no le dejan hacer	1	2	3	4	5
14	Si el adolescente no se come la comida que hay en la mesa	1	2	3	4	5
15	Si el adolescente molesta en casa y no deja que sus padres vean la televisión	1	2	3	4	5
16	Si el adolescente desobedece a la madre en algo	1	2	3	4	5

ANEXO K. Escala de acuerdo con la evaluación conjunta de la Delphi.

Nombre: **Profesión:**

Estimado compañero o compañera:

Recientemente ha colaborado en el desarrollo de una Tesis Doctoral determinando el grado de actuación parental que, según su opinión, requiere las situaciones cotidianas familiares que recoge la escala de socialización parental para adolescentes de Musitu y García (2001)

En esta evaluación han participado un total de **15 profesionales dedicados al estudio y/o trabajo con familias y/o adolescentes** y han evaluado en qué medida consideran importante que las madres y los padres actúen o reaccionen de alguna manera y de forma inmediata ante 29 situaciones cotidianas.

Gracias a tu experiencia profesional en este ámbito y a la de otros compañeros y compañeras que han participado en este trabajo disponemos al fin de información al respecto y hemos podido establecer una clasificación de dichas situaciones familias, tanto positivas como negativas, atendiendo al grado de necesidad de respuesta parental requerido asi como a una jerarquización de las mismas.

Ahora nos gustaría hacerte partícipe de esta información y preguntarte si estás conforme con los resultados obtenidos. Se trata de que leas la información que se presenta a continuación y nos comuniques si estás o no de acuerdo con ella. Después, reenvíala al correo electrónico **barbara.lorence@dpee.uhu.es**. Responder a estas preguntas te llevará tan solo unos minutos. No dudes en ponerte en contacto con nosotros para resolver cualquier duda.

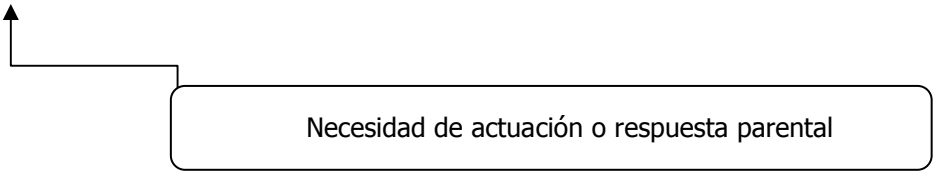
A continuación aparecen **clasificadas y ordenadas las respectivas situaciones familiares,** desde las que han sido valoradas como necesarias de una alta implicación parental hasta la que han sido valoradas como necesarias de una baja implicación parental. Primero, se presenta las situaciones en las que el adolescente actúa positivamente y, por tanto, se ha valorado la necesidad de que los progenitores refuercen positivamente al menor y segundo, se presentan situaciones en las que se ha valorado en qué medida se considera necesario que los padres y las madres hagan algo por controlar dichas situaciones. Atendiendo a las recomendaciones de Landeta (1999) la clasificación y jerarquización de las situaciones se ha establecido atendiendo a dos medidas de tendencia central (mediana y media) y a una medida de dispersión (desviación tipo).

En concreto, nos gustarías que valorases el resultado obtenido para ambos tipos de situaciones atendiendo a la siguiente escala.

□ Estoy MUY DESACUERDO con la valoración realizada.
□ Estoy en DESACUERDO, aunque no totalmente, con la valoración realizada.
□ Estoy DE ACUERDO, aunque no totalmente, con la valoración realizada.
□ Estoy MUY DE ACUERDO con la valoración realizada.

A continuación aparecen **clasificadas** (alta, media-alta, media, media-baja y baja) **y ordenadas** (del 1 al 13) **las situaciones familiares POSITIVAS de mayor a menor necesidad de implicación parental**.

ALTA	1. Si el adolescente trae a casa el boletín de notas a final del curso con buenas calificaciones.
	2. Si algún profesor llama a los padres y le dice que su hijo/a se está portando muy bien en clase.
MEDIA-ALTA	3. Si el adolescente estudia y hace todos los deberes y trabajos que le mandan en casa.
	4. Si algunos de los amigos o profesores del adolescente llama a su madre y le dice que es un buen compañero.
	5. Si el adolescente obedece en las cosas que le mandan sus padres.
	6. Si el adolescente respeta y cumple los horarios establecidos en casa.
	7. Si el adolescente al llegar a casa por la noche, llega a la hora que sus padres le habían dicho.
	8. Si hay visita en casa y el adolescente se porta bien y con educación.
MEDIA	9. Si el adolescente cuida sus cosas y sale limpio y aseado a la calle.
	10. Si el adolescente ordena y cuida las cosas de su casa.
	11. Si el adolescente no falta y llega puntual a clase.
	12. Si el adolescente se porta bien en casa y no molesta a sus padres.
MEDIA-BAJA	13. Si el adolescente se come toda la comida que ha puesto su madre en la mesa.



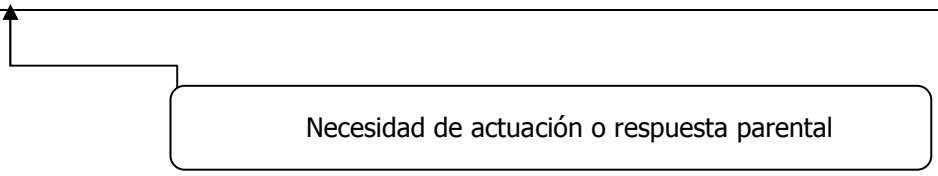
Nos gustaría que **indicaras en qué medida estás de acuerdo con la CLASIFICACIÓN Y JERARQUIZACIÓN dada a las situaciones POSITIVAS**:

□ Estoy TOTALMENTE DESACUERDO con la valoración realizada.
□ Estoy en DESACUERDO, aunque no totalmente, con la valoración realizada.
□ Estoy DE ACUERDO, aunque no totalmente, con la valoración realizada.
□ Estoy TOTALMENTE DE ACUERDO con la valoración realizada.

En caso de que hayas contestado que estás en desacuerdo total o parcialmente con la valoración realizada, nos gustaría que argumentaras tu respuesta. ¿Qué aspectos modificarías de dicha valoración?

A continuación aparecen **clasificadas** (alta, media-alta, media, media-baja y baja) **y ordenadas** (del 1 al 16) **las situaciones NEGATIVAS de mayor a menor necesidad de implicación parental**.

ALTA	1.	Si el adolescente no estudia o no quiere hacer los deberes que le mandan en el instituto.
	2.	Si algún profesor llama a los padres para decirle que el adolescente se porta mal en clase.
	3.	Si la madre se entera que el adolescente ha roto algo de la calle o de otra persona.
	4.	Si el adolescente miente y la madre le descubre.
MEDIA-ALTA	5.	Si el adolescente se pelea con algún vecino o amigo.
	6.	Si el adolescente trae las notas del instituto con suspensos.
	7.	Si el adolescente se queda por ahí con los amigos o amigas y llega tarde a casa por la noche.
	8.	Si hay visita en casa y el adolescente hace ruido o molesta.
	9.	Si el adolescente se pone furioso y pierde el control por algo que le ha salido mal o que sus padres no le dejan hacer.
	10.	Si el adolescente sale de casa para ir a cualquier sitio y no le pide permiso.
	11.	Si el adolescente desobedece a la madre en algo.
	12.	Si el adolescente sale a la calle sucio y desastrado.
	13.	Si el adolescente se queda hasta muy tarde viendo la tele.
	14.	Si el adolescente rompe o estropea alguna cosa de casa.
MEDIA	15.	Si el adolescente molesta en casa y no deja que sus padres vean la televisión.
	16.	Si el adolescente no se come la comida que hay en la mesa.



Nos gustaría que **indicaras en qué medida estás de acuerdo con la CLASIFICACIÓN y JERARQUIZACIÓN de situaciones familiares NEGATIVAS**:

□ Estoy TOTALMENTE DESACUERDO con la valoración realizada.
□ Estoy en DESACUERDO, aunque no totalmente, con la valoración realizada.
□ Estoy DE ACUERDO, aunque no totalmente, con la valoración realizada.
□ Estoy TOTALMENTE DE ACUERDO con la valoración realizada.

En caso de que hayas contestado que estás en desacuerdo total o parcialmente con la valoración realizada, nos gustaría que argumentaras tu respuesta. ¿Qué aspectos modificarías de dicha valoración?